Maria Valtorta

LOS CUADERNOS
1945-1950

Traducción del italiano de
A. Carmen Massari Acquavella

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO

Todos lo derechos reservados.

Título original: *I Quaderni dal 1945 al 1950.*
© 1984 by Emilio Pisani.
© 1985 by Centro Editoriale Valtortiano srl.

Traducción del italiano de
A. Carmen Massari Acquavella
© 2005 by Centro Editoriale Valtortiano srl.
Viale Piscicelli 89-91 03036 Isola del Liri (Fr) – Italy
www.mariavaltorta.com

ISBN 978-88-7987-095-5

Fotocomposición e *impresión:*
Centro Editoriale Valtortiano srl.

Reprinted in Italy, 2009

LOS CUADERNOS
1945-1950

2 de enero de 1945

No tengo una visión particular. Pero al amanecer, mientras digo el Rosario en los misterios dolorosos porque es martes, Jesús me ilustra nuevamente sus sufrimientos de los 4 primeros misterios. Y todas las torturas del Getsemaní, de la flagelación –ese sufrimiento siempre atroz pero que, yo diría, es tanto más atroz cuanto más se le ve-, de la coronación con el cerco de espinas, pasan ante mí y me hacen sufrir por los sufrimientos de Jesús.

Del cuarto misterio he visto solamente a Jesús que, tambaleándose, iba subiendo por una callejuela estrecha y mal empedrada que conduce a la puerta Judicial, uno de los consabidos altibajos de Jerusalén. Allí, para sobrepasar un fuerte desnivel, hay dos toscos peldaños. Para Jesús, que estaba exhausto e iba cargado con la larga y pesada cruz, subirlos significaba un esfuerzo enorme. Sudaba, le faltaba el aliento, parecía estar a punto de desplomarse.

Luego no vi nada más.

10 de enero de 1945

Tan pronto como me despierto se me presenta una visión singular.

Veo un cuarto estrecho, largo, oscuro, con el techo bajo. En uno de los lados estrechos hay una pequeña ventana; es la única. En el fondo de la pared opuesta hay una puertecita entreabierta que deja ver un mísero pasillo, iluminado apenas por la escasa luz que penetra por alguna ventanita que no veo. En ese cuarto, que más bien parece un pasillo, hay una mesa larga y rústica; no es más que una tabla espesa y lisa, del color natural de la madera que, ciertamente, se ha oscurecido por el uso prolongado; está sostenida por cuatro pares de patas: son soportes cilíndricos dispuestos de esta manera[1] en los dos extremos y en la cuarta parte de la mesa. En la pared hay un Crucifijo muy grande.

A esa mesa están sentados seis franciscanos: San Francisco, a quien se le ve pálido y demacrado como siempre; fray Elía, alto, bello, joven, con ojos negros y fieros, y negros cabellos rizados… ¡ay!, sus rasgos y, sobre todo, sus gestos tienen una semejanza muy fea con los de Judas. También fray León es joven y no muy alto, pero su rostro expresa bondad y jovialidad. Estos frailes están a uno y otro lado de San Francisco., Luego, junto a León, está fray Maseo, un fraile corpulento, calmo, más bien anciano. Además hay tres frailecillos, que me

[1] La escritora pone un dibujito parecido a: / \.

parecen novicios o conversos; están siempre en silencio, con actitud tímida y casi incómoda y están vestidos aún más pobremente que los otros cuatro, pues ni siquiera llevan manto. Están comiendo, en platos de estaño, verdura hervidas (me parece que se trata de brócolis o de repollo) y pan de un color ceniciento.

<<¡Qué rico es este pan! Tiene un sabor especial. No sé cómo decirlo, casi parece un dulce…>>, dice fray Elía.

Y fray Maseo le responde: <<Eso es, ¡un dulce! Y, además, es jugoso como la carne. Nutre, tonifica. Es un alimento tan completo como una comida entera>>.

Fray León prosigue: << ¡¿Y que decir de la santa Hostia?! Jamás he sentido un sabor como ése: Es una levedad inconsútil que se disuelve en dulzura… ¡Oh! ¡es una dulzura paradisíaca!>>.

<<Os haré conocer a la que hace este pan y estas hostias. No os fijéis en su aspecto: es rozagante y alegre, mas bajo la sonrisa afable oculta su austeridad. Es una conversa que hace el pan y se ocupa de la comida de las monjas. Mas sé con seguridad que es bien poco el alimento que ingiere y que se trata siempre de lo que las otras rechazan, del lo que a las otras repugna. Si escasea la comida, la deja para las que son más débiles física y espiritualmente y para su hambre y su cansancio destina sólo lo que al hombre le asquea… ¡Tendríamos que llamarla Juana Bautista! En este desierto suyo de verdadera enclaustrada -desierto en sí misma, porque la clausura es desierto sólo si así se lo quiere, es decir, si en ella se sabe vivir con el Solo- se alimenta solamente de langostas y de caracoles arrancados de las verduras del huerto y luego asados en la llama. Y aun así ríe y canta como una alondra libre. Hela aquí >>.

Los frailes, llevados por la curiosidad, se vuelven hacia la puertecita entreabierta. Entra una monja bella, joven (tendrá unos 30 años), robusta. Sonriendo, apoya sobre la mesa una jarra de agua y una escudilla de madera. Lleva un hábito derecho, de color herrumbre, con amplias mangas; por delante y por detrás el monjil le cae hasta el suelo. No veo cordón alguno. Ni tampoco un cinturón, porque lleva un pequeño manto corto, circular, que le llega a las caderas y que esta sujetado al cuello por un trocito de madera. La cabeza está fajada por las vendas que le estrechan la frente –cubriéndosela hasta las cejas- y también las mejillas y que luego descienden por debajo del monjil. Por encima lleva el velo negro puesto como un manto. Tiene un rostro bello, redondo, la tez rosada; ojos negros, risueños y brillantes, y hermosos dientes, sanos y fuertes; su estatura es normal y su aspecto robusto.

<<He aquí a Sor Amata Diletta de Jesús>>, dice Francisco. Y luego prosigue: <<A mis compañeros les gustaría saber qué sueles poner en tu pan, que es tan

bueno, y cómo haces las hostias para la santa Misa, que son diferentes a todas las demás>>.

La monja ríe y responde inmediatamente: <<el aroma me lo da mi vendedor de especias >>.

<<Pues, ¿de qué aroma se trata?>>.

<<De la Caridad de Él, de Jesús, mi Señor, mi Esposo>>.

No veo nada más. La visión termina con el rostro de Sor Amata Diletta de Jesús, que resplandece al decir estas palabras.

Mientras aún sigue hablando el P. Migliorini, antes de la comunión, también habla el Maestro. Y su tono es tan imperioso que planto al sacerdote y me ocupo de Jesús. Dicta:

<<Yo soy tu Superior, ¿sientes mi Gracia en ti? ¿Me sientes en tu corazón, sientes que te apruebo? Y entonces, ¿qué pasa? ¿No soy acaso Yo el Superior de los superiores? ¿No soy Yo tu Clausura? ¿Tu amor hacia Mí y mi Amor por ti no son acaso barreras y canceles?

¿Hay quien se empecina en la dureza de las necesidades? ¿Por qué lo hace? Lo hace por soberbia y egoísmo. ¡Oh, santa Humildad que ya fue mía! ¡Oh, santa Pobreza que ya fue mía! ¡Oh, santa Caridad que soy Yo mismo!

A ti, que sufres, te he dado una luz: Sor Amata Diletta de Jesús, que es más tuya que de los franciscanos>>.

Ayer por la noche Jesús me dictó esto para Sor Gabriella[2]:

<<Ave, María Gabriela de mi Madre. No conozco un saludo más dulce.

Sí, es la "palabra de oro>". La coloco donde hay algún sufrimiento, algún sufrimiento que aún conserva algo humano… que Yo quiero abolir. Por eso lo abraso con el oro encendido de mi Caridad. A los que prefiero les doy como suerte no sólo la de ser amados sino también temidos y no comprendidos, para que así se asemejen más a Mí y para que no amen más que a Mí. Todo afecto que se da o se recibe, que humanamente se da y se recibe, es como una molécula de impureza en la amalgama de una vara de oro.

Dirás que el oro nunca es puro. Se le une siempre a otros metales para poder elaborarlo. Ya lo sé. Añádele plata, o sea, llanto. Añádele platino, o sea, dolor. Pero nunca le añadas cobre, que es rencor. Nunca le añadas estaño, que es

[2] Se trata de Sor Gabriella cuyo nombre es Emma Federici, superiora de Camaiore de la congregación de las Pobres hijas de los estigmas de San Francisco (Stimmatine). Sor Gabriella está mencionada varias veces en este volumen. Su deseo era fundar un instituto para acoger las vocaciones religiosas de mujeres cuyo nacimiento no había sido reconocido legítimamente. Terminó por salir de la Congregación a la que pertenecía, pero no logró su misión y se le consideró una figura discutible.

cansancio. Nunca, nunca, nunca le añadas hierro ni carbón, que representan el deseo de ser amada y el de ser comprendida. Si lo hicieras, ensuciarías tu oro.

Cuando seas solamente oro, platino y plata, atraerías a todos hacia ti. Créeme, Gabriella de María: les atraerás porque sólo cuando no se es más que una llama que arde por arder, Sin preocuparse por quién ni tampoco por qué se arde, sólo entonces todo se vuelve para mirar la luz. ¿Y sabes por qué? Porque esa luz que arde del modo que decía tu Francisco: "Sin deseo de ser amado", refleja el Cielo y el Rostro de Dios, se funde con el fuego que es Dios, ama todas las cosas en Dios, y por eso resplandece de Dios. Ya no es un alma que ama; es Dios que ama en un alma. Yo puedo decírtelo: entonces todo converge en nosotros. Converge "todo" lo bueno. También algo de lo menos bueno y menos todavía de lo malvado. Mas siempre se vuelve con estupor.

¿Estás cansada? Heme aquí. Digo siempre: "Heme aquí" cuando alguien me quiere a su lado. Sólo Yo, que aunque calle, sé, puedo aliviar el cansancio y aquietar el dolor.

¿Cuál es la guía para obrar, para obrar el bien? Es el amor. Mi Juan era joven e ignorante, hasta un poco tozudo, como dices, y perezoso como son por lo general los orientales. Mas lo entendía todo enseguida porque amaba tanto que el amor suplía todo lo que le faltaba. No te preguntes nunca: "¿Podré hacer esto?". Si te lo inspiro, quiere decir que puedes hacerlo.

Lo demás te lo dará el Amor.

Que mi paz sea contigo. Te digo aún: ¿querrías que te dijera: "Ven"? Mas Yo he caminado hoy, mañana y también pasado mañana, por años… un paso tras otro, sosteniendo la Cruz, cuesta arriba, arriba, arriba… Mira cuántos golpes… Mira cuánta sangre…

Camina; hoy, mañana, y aún pasado mañana… las últimas horas serán las más angustiosas… Mas luego… luego tu espíritu vendrá a descansar en las manos de Jesús>>.

16 de enero de 1945

A las 6 de la mañana

Escribo a la luz de la bujía y no sé cómo estaré escribiendo. Pero no quiero padecer lo que padecí ayer. Mientras estaba diciendo el "Veni Sancte Spiritus", se me aparece esta visión de modo tan prepotente que comprendo que es inútil insistir en rezar. Por lo tanto, sigo la visión y, al advertir que es tan compleja, comienzo a escribirla como puedo con esta luz.

De seguro me encuentro en las catacumbas. ¿En cual? ¿En qué siglo? No lo sé. Estoy en una iglesia de las catacumbas hecha de este modo:[1]

Es decir, tiene forma rectangular y termina en una vasta aula circular en cuyo centro está el altar constituido por una mesa rectangular, separada de la pared, cubierta por un verdadero mantel, o sea, un paño de lino con un ancho dobladillo en los cuatro lados, pero sin encajes o bordados.

En el muro del ábside está pintada una escena evangélica con el Buen Pastor. Por cierto, no es una obra de arte. Se ve un sendero campestre que parece de fango amarillo; más allá del sendero, a la derecha de quien mira, una mancha verdosa viene a ser el prado; al borde del prado, siete ovejas –tan apiñadas que parecen un solo bloque y de las que sólo se ve el hocico de las dos primeras, mientras, mientras las otras parecen hatillos panzudos- van caminando por el sendero en dirección de quien mira. A su lado, hacia el fondo, está el Buen Pastor, vestido de blanco y con un manto rojo desteñido. Sobre los hombros lleva una ovejilla que sostiene las patitas. El pintor, o mosaiquista, hizo todo lo que pudo… pero por cierto no puede decirse que a Jesús se le ve hermoso. Tiene el característico rostro de las pinturas y mosaicos de las primeras épocas del cristianismo: un rostro achatado, más ancho que largo porque se le representa de frente, con los cabellos lisos y untuosos, demasiado oscuros y opacos. Ni siquiera lleva barba. Pero, a pesar de su fealdad, tienen una mirada triste y amorosa que atrae y en los labios la mueca de una sonrisa dolorosa que hace pensar.

En el punto señalado por una pequeña cruz hay una abertura, pero es tan baja que sólo un niño podría pasar por ella sin golpearse la cabeza. Por encima de la abertura, una lápida de la altura de un hombre, indica un nicho. En la lápida está escrito el “Paz” que se usaba en ese entonces y debajo en latín: “Huesos del beato mártir Valente”. A los lados de la inscripción hay dos grafitos: una ampolla y una hoja de palma.

Al fondo de la iglesia hay otra baja abertura, indicada con el círculo, y junto a ella veo cuatro excavadores muy robustos, armados de palas y picos. Cerca de ellos se ven dos montones de arenisca de desmonte. Deduzco que es época de persecuciones y que están listos para derribar la pared y ocultar la iglesia con esa avalancha y con los montones de arenisca ya preparados.

La iglesia está iluminada como de costumbre, por la trémula claridad rojo-amarillenta de las lámparas de aceite. Hacia el altar, la luz está más viva. En cambio, hacia el fondo apenas es una claridad en la que se pierden los contornos de las personas que, por lo general, están vestidas de oscuro.

[1] La escritora incluye un dibujito con un pasillo y el altar de mencionada iglesia.

Sobre el altar se ve el cáliz, aún cubierto. Pero la Misa ya debe haber empezado. Ante el altar está un viejecito de rostro ascético y palidísimo, que parece estar esculpido en antiguo marfil. La tonsura se pierde en la calvicie, que deja en torno a la cabeza sólo una corona de vaporosas canas que descienden hasta las orejas. Todo lo demás queda descubierto y la frente parece inmensa. Y debajo de ella hay dos claros ojos celestes, mansos, tristes, pero límpidos como los de un niño. La nariz es larga y fina. La boca presenta la característica arruga de vejez y en las mandíbulas hay muy pocos dientes. Es un rostro de santo, afilado y austero. Lo veo bien porque está vuelto hacia mí, pues está celebrando el rito del otro lado del altar. Lleva la casulla usada en esa época, es decir, en forma de pequeño manto y, por encima, el palio y la estola.

Delante del altar están arrodillados tres jóvenes. Los que están en los extremos llevan la casaca de los diáconos, con las mangas anchas y largas hasta más abajo del codo. El que está en medio lleva ya la casulla, con las mangas constituidas por una pequeña capa que va desde la espalda hasta los hombros; tiene la estola en bandolera. Al ver la estola deduzco que no se trata de una escena de los primeros tiempos, pues si bien me acuerdo no la vi en las primeras Misas. Pienso que estamos al final del siglo II° o a principios del III°. Pero podría equivocarme porque se trata de una idea mía y en cuanto a arqueología cristiana y a ceremonias de aquellos tiempos soy una verdadera ignorante.

El Pontífice –creo que lo es, dado que lleva el palio- pasa por delante del altar para ponerse frente a los tres jóvenes arrodillados. Impone las manos al primero y al tercero mientras pronuncia plegarias en latín. Luego se coloca delante del que está en el medio, el que lleva la estola en bandolera, y también a él le impone las manos; luego, con la ayuda de uno vestido de diácono, moja los dedos en un vaso de plata y unge la frente y las palmas de las manos del joven, le sopla en el rostro, o mejor, primero sopla y luego unge las manos, se las junta y las ata con un borde de la estola del joven, que el ayudante ha desatado, y le pasa la otra parte alrededor del cuello como si fuera un yugo. Luego le obliga a levantarse y tomándole las manos atadas, le hace subir los tres peldaños que conducen al altar y le hace besar dicho altar y también un voluminoso rollo atado con una cinta roja, que supongo que sea el Evangelio. Luego lo besa a su vez, conduce consigo al joven hacia el lado opuesto y prosigue la Misa.

Ahora entiendo bien que la Misa ha comenzado desde no hace mucho tiempo porque poco después llega el Evangelio (es una Misa casi igual a la nuestra y esto me confirma que estamos por lo menos a finales del siglo II°). Canta el Evangelio el sacerdote neófito (en efecto, creo que se trata de una ordenación sacerdotal). Vuelve otra vez ante el altar y los dos que aún estaban de rodillas se levantan: uno

coge una pequeña lámpara, el otro el rollo del Evangelio, que le alcanza el que ya estaba sirviendo en el altar. El diácono lo desenrolla y lo abre en el punto exacto mientras está frente al nuevo sacerdote, a cuyo lado está el que tiene la lámpara. El nuevo sacerdote es alto, moreno, de cabellos más bien ondulados y rostro de rasgos típicamente romanos; tendrá unos treinta años y canta con hermosa voz el Evangelio de Jesús y del joven que le pregunta qué debe hacer para seguir al Señor[2]. Su voz decidida, sonora, bien entonada, colma la iglesia. Mientras entona su canto firme, hay en su rostro una sonrisa luminosa y cuando llega al "Anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme", su voz es un trino de gozo y de amor.

Besa el Evangelio y regresa hacia el Pontífice, que ha escuchado el Evangelio de pie, vuelto hacia el pueblo y rezando con las manos juntas. Ahora el nuevo sacerdote se arrodilla y el Pontífice pronuncia su homilía.

"El nuevo hijo de la Iglesia Apostólica Romana y hermano nuestro, bautizado en el día natal del mártir Valente, ha querido tomar el nombre del mártir beato, mas con la modificación que le ha dictado la humildad tomada del Evangelio; la humildad que es una de las raíces de la santidad. Y por eso ha querido ser llamado Valentino y no Valente.

¡Mas, en verdad, es Valente! Mirad cuánto camino ha recorrido el pagano que tenía por religión el vicio y la prepotencia. Vosotros le conocéis tal como es ahora, en el seno de la Iglesia. Algunos de vosotros (especialmente los que fueron para él padres y madres que le generaron verdaderamente porque con la palabra y el ejemplo le hicieron concebir por la Santa Madre Iglesia, a fin de que ésta le diera a luz para el altar y para el Cielo) saben qué era, no como el cristiano Valente sino como el pagano anterior, cuyo nombre ni siquiera él mismo quiere recordar, no queremos recordarlo nosotros.

El pagano ha muerto. Y el cristiano ha renacido del agua lustral. Y ahora es vuestro sacerdote. ¡Cuánto camino ha recorrido! ¡Cuánto! Ha pasado de las orgías a los ayunos; de los triclinios a la iglesia; de dureza, de la impureza, de la avaricia, al amor, a la castidad, a la generosidad absoluta.

Era un joven rico y un día encontró a Jesús, nuestro Señor bendito; fue llevado a Él por el corazón de los santos que, aun sin palabras, ilustran a Cristo, pues Él se revela a través del ánimo de sus santos. Los ojos dulcísimos del Maestro se detuvieron en el rostro del pagano. Y el pagano experimentó una seducción que ningún placer le había provocado hasta entonces, una emoción nueva, cuyo nombre desconocía, que le daba una sensación indescriptible. Era algo suave

[2] Mateo 19, 16-30; Marcos 10, 17-27; Lucas 18, 18-30.

como la caricia de una madre; algo honesto como el olor del pan apenas cocido; algo puro como el alba de primavera; algo sublime como un sueño ultraterrenal.

¡Oh, espectros del mundo y del Olimpo pagano!, caéis cuando el Sol Jesús besa a quien ha llamado. Os disolvéis como niebla. Huís como pesadillas demoníacas. ¿Qué queda de vosotros, de vosotros que parecíais algo tan espléndido? Queda sólo un montón de inmundas escorias mal quemadas, que aún expanden el mal olor de la corrupción.

El joven pregunta: "Maestro bueno, ¿qué debo hacer para seguirte y obtener la vida eterna?". Y el dulce Maestro divino con pocas palabras le impartió la enseñanza de la Vida: "Sigue estos dictados". ¡Oh, no podía decirle: "Sigue la Ley!", porque el pagano no la conocía. Entonces le dijo: "No mates, no robes, no jures en falso, no seas lujurioso, honra a tus parientes y ama a Dios y al prójimo como a ti mismo". ¡Eran palabras nuevas, metas nunca imaginadas, horizontes infinitos plenos de luz, de su luz!

El pagano no podía dar la respuesta propia del joven rico. No podía, porque en el paganismo existen todos los pecados y todos esos pecados estaban en su corazón. Mas quiso dar un respuesta. Y fue hacia un pobre viejo, hacia el Pontífice perseguido, y le dijo llorando: "¡Dame la Luz, dame la Ciencia, dame la Vida! ¡Dale un alma a mi cuerpo, a este cuerpo de bruto!".

Y el pobre viejo, que soy yo, tomó el Evangelio y en él encontró la Luz, la Ciencia, la Vida para el afligido mendigo. Lo encontré todo para él en el Evangelio de Jesús nuestro Señor. Y pude darle el alma. Pude evocar a la vida el alma muerta y decirle: "He aquí tu alma. Custódiala para la vida eterna".

Entonces, vuelto cándido por el baño bautismal, se dio a buscar al Maestro bueno, volvió a encontrarle y le dijo: "Ahora puedo decirte que hago lo que me has dicho. ¿Qué me falta aún para seguirte?". Y el Maestro bueno respondió: "Ve. Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Sólo entonces serás perfecto y podrás seguirme".

¡Oh, entonces Valentino superó al joven de Palestina! No se fue, pues era incapaz de separarse de todos sus bienes, pero me los trajo para los pobres de Cristo y, ya libre del pesado yugo de las riquezas que impide seguir a Jesús, me pidió el yugo luminoso, alado, paradisíaco del Sacerdocio.

He aquí. Bajo este yugo, con las manos atadas, prisionero de Cristo, le habéis visto subir a su altar. Ahora partirá para vosotros el Pan eterno y saciará vuestra sed con el Vino divino. Mas tanto él como yo, para ser perfectos a los ojos del Maestro bueno, deseamos una cosa aún. Deseamos hacernos pan y vino: deseamos inmolarnos, partirnos, exprimirnos hasta la última gota, reducirnos a

harina para ser hostias. Deseamos vender la última, la única riqueza que nos queda: la vida, mi caduca vida de viejo, su floreciente vida de joven.

¡Oh, Pontífice eterno, no nos desilusiones! ¡Concédenos el beato martirio! Queremos escribir con sangre tu Nombre: Jesús, nuestro Salvador. Para nuestra estola, que la imperfección humana corrompe siempre, queremos otro bautismo: el de la sangre. ¡Lo queremos para subir a Ti con la estola inmaculada y seguirte, oh Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, que los has quitado con tu Sangre! Beato mártir Valente, en cuya iglesia estamos, pídele al Pontífice eterno tu misma palma y tu misma corona para tu Pontífice Marcello y para tu hermano sacerdote".

Y no se ve nada más.

26 de enero de 1945

A las 20.

Si no estuviéramos en tiempos de toque de queda, le habría mandado llamar, pues hasta tal punto me aterrorizó la aparición del demonio. Se trataba de un verdadero demonio, sin ningún disfraz especial. Era un enigmático personaje alto, delgado, con la frente baja y estrecha, rostro afilado, ojos profundos y de mirada tan perversa. Irónica y falsa que poco faltó para que me pusiera a gritar pidiendo auxilio.

Estaba rezando en la oscuridad de mi cuarto mientras Marta estaba en la cocina, y le rezaba precisamente al Corazón Inmaculado de María, cuando se me apareció cerca de la puerta cerrada. Era una imagen oscura en medio de esa oscuridad pero, a pesar de ello, pude ver todos los detalles de su cuerpo desnudo y feo, no por ser deforme sino por un no sé qué feroz y serpentino que traslucía de todos sus miembros. No vi cuernos ni cola ni pie bífido ni alas, todo eso con que le representan por lo general. Todo su aspecto monstruoso estaba en la expresión. Si tuviera que definirla, diría: Falsedad, Ironía, Ferocidad, Odio, Engaño. Eso es lo que decía su expresión engañosa y malvada. Se burlaba de mí y me insultaba. Pero no osaba acercarse. Estaba allí, como clavado junto a la puerta. Permaneció allí por unos diez minutos y luego se fue. Pero en tanto me invadían sudores fríos y candentes al mismo tiempo.

Mientras me preguntaba consternada por qué había venido, Jesús me dijo: <<Porque tú le habías rechazado tan duramente en su principal elemento>>. (Mientras le rezaba a María, se me presentó insistentemente la… no sé cómo definirla porque no es una voz ni una idea ni un pensamiento y, sin embargo, es

algo que dice: “Si tú no hubieras estado aquí, habría sucedido algo. No sucedió gracias a ti. Porque eres muy amada por el Señor”. No sé si hago bien o mal, aunque me parece que hago bien si, cuando oigo esto, digo: “Vete Satanás. No me tientes. Porque si es Jesús quien dice estas cosas, lo acepto. Pero no debe decirlas ningún otro para provocar en mí la complacencia hacia mí misma”). Por eso, Jesús dijo:

<<Porque tú le habías rechazado tan duramente en su principal elemento: la soberbia. ¡Oh, si él pudiera hacerte caer en ese pecado!

¿Le has visto bien? ¿No has notado cómo su aspecto, casi diría su soberanía o su autoridad de padre, se evidencia y se trasluce en quienes le sirven aunque sea temporalmente? No te fijes si en una persona se te muestra con el aspecto repugnante de un animal sucio y libidinoso, de un monstruo hinchado por el fermento, por la levadura de la lujuria. Esto sucede porque esa pobre criatura es una pocilga llena de numerosos vicios y pecados y, entre ellos, los pecados carnales son los mayores. Piensa en todos los que, de otras maneras, te han llevado a sobresaltarte y a sufrir, piensa en los que, quizás por una hora, fueron instrumentos de Satanás para atormentar un alma fiel, para causarle dolor, para llevarla a la desolación. Mientras hería ¿no tenía acaso la misma expresión de cruel despecho que viste a la perfección en él? ¡Oh, él se revela en sus siervos!

Mas no temas. Si te quedas junto a Mí y a María, no puede hacerte mal. ¡Oh, te odia desmesuradamente! Pero no tiene poder para dañarte. Si no quieres tu alma de vuelta para darla a ti misma, si la dejas en el refugio de mi Corazón, ¿cómo quieres que pueda hacerte mal a tu alma?

Escribe estas cosas y escribe también las otras visiones menores que has tenido. El Padre debe conocerlas todas y conocerlas tiene una finalidad. Debes saber que está llegando el tiempo de mi primavera, la primavera que otorgo a mis predilectos. En primavera, las violetas y las prímulas constelan los prados. La coparticipación en mis dolores constela en mis amigos los días de preparación para la Pasión.

Ve en paz. Para terminar de disipar tus restantes temores, te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo>>.

Las otras visiones se produjeron hace ocho días a esta misma hora.

Vi a Jesús que, cargado con una enorme cruz, iba hacia La Spezia (para que Ud. entienda la dirección), pero no cogía Vía Fratti. Iba en diagonal, siguiendo una senda recta ideal de aquí hasta ese punto. Llevaba la túnica blanca y corta de Herodes sobre la suya, roja, y caminaba agobiado por el dolor, sudado y

sollozando. Sí, lloraba de verdad. Y me decía, mientras yo estaba angustiada por verle llorar: <<¿Ves? No basta el dolor de los suplicios… también tengo otros, otros dolores más fuertes. Compadéceme, alma. Tu Jesús está agobiado completamente por una suma de desventuras demasiado fuertes>>.

Luego, el domingo por la noche, cuando casi me había adormecido rezando el rosario de los siete dolores de María, la Madre me sacude llorando y diciéndome: <<No duermas. Llora conmigo. ¿No sabes que han matado a mi Hijo?>>. ¡Oh, cómo lloraba mientras pronunciaba estas palabras!

En cambio, el martes por la noche tuve una enorme tristeza porque vi a mi madre… también el 1° de enero la vi así. Pero ahora me parecía más angustiada, más viva pero más angustiada. Se lo explico mejor: el 1° de enero la veía más o menos como el Día de Todos los Santos: sin brillo, sola, absorta, como quien está asombrada de hallarse donde está y, al mismo tiempo, apesadumbrada por ello. Me miraba pero seguía como atontada. En cambio, el martes me parecía menos atontada aunque estaba siempre en ese lugar y siempre eran opacos su color y sus vestidos. Por el contrario, sus ojos tenían una expresión más viva y parecía que quería decirme algo y no podía hacerlo. Era como una invocación, una disculpa, un llamado… Si tuviera qué traducir esa mirada, tendría que deducir que me decía: "Perdóname y ayúdame. Aún tengo necesidad de ti, la tengo aquí como la tenía cuando estaba allí. Ayúdame. Estoy tan sola… No tengo más que a ti". Yo le decía: "¿Esto es lo que quieres decir, mamá?" y ella, moviendo la cabeza, decía "sí, sí" mientras sonreía tristemente, muy tristemente. Lloré y me quedé muy triste también yo. Vino otra vez. Le dije: "¿No bastan los sufragios?" y ella seguía diciendo con movimientos de la cabeza: "sí, sí", pero al mismo tiempo me pedía algo que no entendí. Le dije: "Ya sabes que te quiero" y, aunque ella asentía, mantenía siempre esa mirada. "No conservo ningún rencor, mamá, y quisiera que estuvieras aquí todavía" y ella sonreía, pero no estaba contenta. Sufrí. No la siento tranquila.

Esto es lo que tenía que decir y que nunca había escrito porque me parecía algo sólo mío y tan triste, demasiado triste…

4 de febrero de 1945

Esta mañana he vuelto a pensar en su expresión cuando ayer le leía la visión. Estaba Ud. pasmado. Se lo dije a Jesús, que estaba cerca de mí y Él me respondió:

<<Doy las visiones por este motivo. No puedes imaginar el inmenso gozo con que me hago luz para mis verdaderos amigos. Me concedo así a mi Romualdo,

por amor, para su gozo, para ayudarle y porque Yo le veo. Yo no tenía secretos para con Juan. No los tengo para con los Juanes. Dile al anciano Juan que le otorgo mucha paz y buena pesca. Para ti no hay pesca. A ti te confío solamente la tarea femenina de trenzar las redes con los hilos que te doy. Trabaja, trabaja… y no te enfades si no te queda tiempo para hacer nada más. Todo está en este trabajo. Ni te enfades tampoco si no vengo a decirte: "Que la paz sea contigo". Se saluda cuando se llega o cuando se parte. Mas cuando se está presente siempre no se saluda. La permanencia, mi permanencia, ya es paz en sí misma. Y para ti Yo no soy un huésped. Yo te tengo en mis brazos y no te bajo ni siquiera un momento. ¡Tengo tanto por decirte de mi tiempo mortal! Mas he aquí que hoy, para que te quedes satisfecha, te digo: "Que mi paz sea contigo">>.

11 de febrero de 1945

A las 20

En medio de mis sufrimientos veo estos otros sufrimientos.

Hay una especie de pozo circular de varios metros cuadrados de superficie. Debe tener un diámetro de unos cuatro o cinco metros a lo más y una altura semejante; no hay ventanas. En el robusto muro de casi un metro de espesor está empotrada una pequeña y estrecha puerta de hierro. En el centro del techo hay una abertura circular de medio metro de diámetro a lo más, que sirve para la ventilación de dicho pozo. En su piso de tierra batida el pozo presenta otra abertura, de la que llega el borbotear de aguas profundas, como si allí cerca hubiera un río, y un notable hedor, como si allí abajo pasara una cloaca que va a desembocar en el río. Es un lugar malsano, húmedo, fétido. Los muros trasudan agua, el suelo está impregnado de materias repugnantes, pues me doy cuenta de que el orificio del techo es el desaguadero de los deshechos de la celda superior.

En esta cárcel horrible, envuelta en una densa penumbra que permite ver apenas lo esencial, hay dos personas. Una está acostada en el húmedo suelo, cerca de la pared, y está encadenada por un pie. No se mueve. La otra está sentada allí cerca, con la cabeza entre las manos. Se trata de un viejo, pues veo que la parte alta de la cabeza es completamente calva.

Arriba, en la otra celda, debe de haber más personas, porque oigo voces y traqueteo. Son voces de hombre y mujer. Son voces de niños y de viejos mezcladas con frescas voces juveniles y sonoras voces de adultos.

De tanto en tanto cantan melancólicos himnos que, aun en su tristeza, tienen un dejo de auténtica paz. Contra esas paredes espesas, las veces resuenan como en una sala armónica. Es muy bello el himno que dice:

<<Guíanos a tus frascas aguas.
Llévanos a tus huertos floridos.
Concede tu paz a los mártires
que esperan, que esperan en Ti.
En tu santa promesa
Hemos fundado nuestra fe.
¡Oh, Jesús Salvador!, no nos desilusiones,
porque hemos esperado en Ti.
Vamos gozos al martirio
para seguirte en el hermoso Paraíso.
Lo dejamos todo por esa Patria
y lo único que queremos, lo único que queremos eres Tú>>.

Cuando este último canto se va extinguiendo lentamente, aparece una luz en el orificio y se asoma, balanceándose, un brazo que sostiene una pequeña lámpara y tras él el rostro de un hombre. Mira hacia abajo. Advierte que el hombre acostado no se mueve, y que el otro que tiene la cabeza entre las manos no ve la luz, y entonces llama: "¡Diomede! ¡Diomede! Ha llegado la hora".

El que estaba sentado se levanta y arrastrando su larga cadena, se sitúa debajo de la abertura. Dice: "Que la paz sea contigo, Alejandro".

"Y contigo, Diomede".

"¿Tienes todo?".

"Sí, todo. Priscila ha osado venir, disfrazada de hombre. Se ha rapado para parecer un sepulturero. Nos ha traído lo necesario para celebrar el Misterio. ¿Qué hace Agapíto?".

"Ya no se lamenta. No sé si duerme o ha expirado. Quisiera poder ver… para decir sobre su cuerpo las plegarias de los mártires".

"Espera. Te bajamos la lámpara. Será un gozo para él recibir el Misterio".

Con un cordón formado por cinturones anudados bajan la lámpara hasta las manos de Diomede que, ahora que le veo bien, es un anciano de rostro afilado y austero. Tiene pocos cabellos, ojos que aún conservan una luminosa expresión y está muy pálido, Aun en su mísera situación de prisionero encadenado en esa fétida cueva, tiene la majestad de un rey.

Desata la lámpara del cordón y va hacia su compañero, Se inclina, Lo observa. Le toca. Y, tras haber posado la lámpara en el suelo, abre los brazos en un amplio gesto de conmiseración. Luego toma las manos ya casi rígidas del cadáver y las cruza sobre el pecho. Son pobres manos amarillentas y esqueléticas de un viejo muerto de privaciones.

Se vuelve hacia el que está esperando cerca del orificio y dice: "Agapito ha muerto. ¡Gloria al mártir de la pútrida fosa!".

Los de la celda superior responden: "¡Gloria! ¡Gloria! Gloria al fiel en Cristo".

"Bajad lo necesario para el misterio. No nos falta el altar. El sostén ya no lo forman sus manos extendidas, pero lo hace su pecho inmóvil, que hasta la última hora palpitó por Jesús, nuestro Señor".

Bajan una bolsa de tela preciosa y Diomede extrae de ella un pequeño paño de lino, un pan achatado, un ánfora y un pequeño cáliz. Lo prepara todo sobre el pecho del muerto, celebra y consagra diciendo de memoria las oraciones mientras los que están arriba responden. Deben de ser los primeros tiempos de la Iglesia porque la Misa es más o menos como la de Pablo en el Tullianum.

Después de celebrar la Consagración. Diomede vuelve a verter en el ánfora el vino del cáliz (que tiene una ligera forma de jarra y que quizás han elegido así para esta función); pone el Pan en la bolsa y lleva todo al punto donde el cordón está esperando para volver a llevar arriba la bolsa. Y mientras ésta va siendo alzada con la debida precaución, Diomede absuelve a sus compañeros. Entonces reinicia el canto con un coro casi exclusivamente de jóvenes voces femeninas y, mientras tanto, los cristianos comulgan.

Cuando cesa el canto. Diomede habla:

"Hermanos, comprendo que ha llegado la hora del circo y de la victoria eterna. Para Agapito ya ha llegado. Para Vosotros, será mañana. Sed fuertes, hermanos. El tormento durará sólo un instante. La beatitud no tendrá pausas. Jesús está con vosotros. No os abandonará ni siquiera cuando en vosotros ya las Especies estén consumidas. Él no abandona nunca a sus confesores. Por el contrario, se queda con ellos para recibir sin vacilaciones el alma de cada uno de ellos, lava por el amor y la sangre. Id. En la hora de la muerte rezad por los verdugos y por vuestro sacerdote. Por mi mano el Señor os da la última absolución. No temáis. Vuestras almas son más cándidas que un copo de nieve que desciende de los cielos".

"¡Adiós, Diomede!", "¡Oh tú, santo, asístenos con tus plegarias!", "Le diremos a Jesús que venga por ti", "Vamos antes que tú, para prepararte el camino", "Ruega por nosotros". Los cristianos se asoman a turno al orificio, saludan, son saludados a su vez y desaparecen… Al final vuelven a subir la pequeña lámpara y

la oscuridad se hace aún mayor en este antro en el que uno muere lentamente junto al que ya está muerto, entre el hedor y el profundo borboteo de las aguas subterráneas. Arriba vuelven a cantar los himnos lentos y suaves.

En cuanto a mí, no sé dónde se desarrolla la escena. Diría que acaece en Roma, en tiempos de las persecuciones. Pero no sé en qué cárcel. Ni tampoco sé quién es este sacerdote llamado Diomede, de tan venerable figura. Pero, por su misma tristeza, esta visión me impresiona más que la de Tullianum.

12 de febrero de 1945

Más tarde dice Jesús:

<<Debes acogerles a todos con infinita caridad y con sutil prudencia. Si te encerraras en ti misma, aguzarías la curiosidad. Si les rechazaras, sería anticaridad. Ya te lo he dicho: "Serás la ciudad buscada". ¿No todos llegan con fines honestos? ¿Y con eso? Tú eres prudente y eso es suficiente. ¡Temes perder tiempo? Pues, ¿quien es el dueño del tiempo? Soy Yo. Y entonces ¿qué problemas puedes tener? Vamos, vamos, no tengas miedo, ni inquietud, ni impaciencia. ¿Has visto cuantas veces Yo he tenido que cambiar mi programa? Y se trataba de Mí… Hay que dar paz, paz y caridad para todos y, en tercer lugar, hay que tener prudencia; ese suficiente>>.

Le diré personalmente cuál es el origen de esta leccioncilla.

20 de febrero de 1945

Siento que Jesús quiere presentarse con el Evangelio que vivió y no sé cómo haré para escribir tanto pues sufrí toda la noche para recordar la siguiente visión, de la que garabateé como pude las palabras que escuché, para no olvidarlas.

Es tiempo de persecuciones, pero una de las más grandes persecuciones, porque los cristianos son torturados en masa y no individualmente. El lugar es la cávea de un Circo (¿se llama así?). En resumen, es un local que de seguro está situado bajo las gradas del Circo y sirve como reparo para los gladiadores, los bestiarios, etc., en fin, para todos los que trabajan en el Circo. Anticipo que me equivocaré los nombres porque hace 35 años que no leo nada de historia romana y por lo tanto…

Es un local amplio y oscuro, porque la luz entra solamente por una puerta que da a un pasillo (que, a su vez, lleva seguramente al interior del Circo y puede que también al exterior) y por una pequeña ventana, que más parece un tragaluz, que

está al nivel del suelo del Circo y por la que llega el rumor de la multitud. En este local amplio y oscuro están amontonados numerosos cristianos de todas la edades, desde niños pequeñísimos, todavía en los brazos de las respectivas madres (hay dos que, a pesar de aparentar dos años más o menos, aún maman de los exhaustos senos), hasta viejos decrépitos.

También hay gladiadores, ya vestidos con el yelmo y esa coraza que tendría que defender y, en realidad, no defiende porque deja al descubierto partes vitales como la yugular y son las del abdomen vecinas al hígado y al baso. Llevan esta armadura parcial sobre la piel desnuda y tienen en la mano la corta y ancha daga, de forma semejante a la hoja del castaño. Son hombres hermosísimos, no tanto en cuanto al rostro sino por el cuerpo robusto y armonioso que, en cada movimiento, me permite ver el ágil vibrar de los músculos. Algunos muestran las cicatrices de viejas heridas; en otros no se advierte ninguna huella de herida. Hablan entre ellos y noto que deben de provenir de países sometidos a Roma (de seguro son prisioneros de guerra), porque emplean solamente un latín espurio, pronunciado con voz dura y gutural cuando se dirigen a los cristianos que, esperando la muerte, entonan sus dulces y tristes himnos.

Veo a un gladiador de casi dos metros de altura, un verdadero coloso rubio como la miel, de ojos claros entre azul y gris, de mirada mansa a pesar del reflejo metálico que produce en su rostro la visera de yelmo. Se dirige a un anciano completamente vestido de blanco, muy digno y austero; diría más a un: un anciano ascético al que todos los cristianos veneran con el máximo respeto. “Padre blanco, tendré que matarte si las fieras no lo hacen. Tal es la orden. Y me duele, porque en Panonia dejé aun viejo padre como tú”.

“No te duelas, hijo. Tú me abres el Cielo. Y en mi larga vida, nadie me ha hecho un don más hermoso que el que me haces”.

“También en el Cielo, donde por cierto estará tu Dios como en el mío están nuestros dioses y en el de Roma están los de los romanos, todavía hay lucha y muerte. ¿Acaso quieres sufrir por el odio de los dioses como sufres aquí?”.

“Mi Dios es uno solo. En su Cielo, reina con amor y justicia, Y el que llega a su Cielo, conoce solamente el gozo eterno”.

“Ya les he oído decir esto a miles de cristianos durante esta persecución. Y le dije a una doncella que me sonreía mientras yo estaba a punto de herirla con mi daga… y a la que fingí matar pero que no mate para salvarla, porque era tierna y rubia como un joven brezo de mis bosques… mas fue inútil… No pude sacarla fuera de aquí y el día después… ese cuerpo de leche y de rosas fue arrojado a las serpientes…”. El hombre calla y su rostro refleja pesadumbre.

El viejo le pregunta: “¿Que le dijiste, hijo?”.

“Le dije: “¿Ves? No soy malo. Pero ésta es mi tarea. Soy un esclavo de guerra. Si es verdad que tu Dios es justo, dile que se acuerde de Álbulo –en Roma me llaman así- y que se manifieste con todo su bien”. Me dijo: “Sí”. Pero hace días que murió y aún no ha venido nadie”.

“Hasta que no se es cristiano, Dios se muestra sólo a través de sus siervos. ¡Cuántos de ellos te ha traído! Cada cristiano es un siervo de Dios, cada mártir es un amigo y lo es hasta tal punto que vive entre los brazos de Dios”.

“¡Oh, sí! Me ha traído muchos… y no sólo yo, sino también Dacio e Ilírico y otros de entre nosotros que compartimos esta triste suerte, hemos sido contagiados por vuestro júbilo… y lo quisiéramos también nosotros… Vosotros estáis encadenados… nosotros no. Pero ni siquiera nuestro aliento es libre. Si César lo quiere, encadenan también nuestro aliento matándonos. ¿Te disgusta hablarnos de Dios?”.

“Es mi único gozo en la tierra, hijo mío, y es un gozo inmenso. Que Jesús, mi Dios y Maestro, te bendiga por este gozo. Álbulo, yo soy sacerdote y me he pasado la vida predicando su nombre y llevado a Él tantas criaturas. Y ya no esperaba volver a tener este gozo. Escucha…” y el viejo comienza a repetirles, tanto a él como a los demás gladiadores que se han agrupado a su alrededor, la vida de Jesús desde el nacimiento hasta la muerte en la cruz y a explicarles concisamente los dictámenes esenciales de la Fe. Está sentado sobre una piedra que le sirve de banco y habla serenamente, solemnemente; hay un absoluto candor en sus largos cabellos, en la barba mosaica, en la túnica y hay un absoluto ardor en la mirada y en la palabra. Se interrumpe solamente dos veces para bendecir a dos grupos de cristianos llevados a la arena para ser arrojados a los cocodrilos durante los juegos náuticos. Luego vuelve a hablar circundado por esos robustos gladiadores .casi todos rubios y rubicundos- que le escuchan con la boca abierta.

Ese doctor de la Iglesia se llama Crisóstomo. Mas entonces ¿qué nombre le daremos a éste, que no se nombra?

Termina diciéndoles: “Esencialmente, esto es lo que hay que creer para recibir el Bautismo y el Cielo””

Las voces sonoras de unos diez gladiadores retumban en la baja bóveda: “Lo creemos. Danos a tu Dios”.

“Aquí no tengo nada para rociaros, ni siquiera unas gotas de agua o de otro líquido, y ha llegado mi hora. Pero ya vais a encontrar el modo… ¡No! ¡Me lo dice Dios! Hay un líquido ya listo para vosotros”.

El carcelero ordena: “¡Que todos los cristianos sean arrojados a los leones!”.

Todos entran cantando en la arena; a la cabeza va el anciano sacerdote, los otros van detrás y, entre ellos están las madres, que llevan a sus pequeños dormidos sobre el pecho.

¡Cuán grande es la multitud! ¡Y qué luz, qué vocerío, cuántos colores! La arena está repleta hasta lo inverosímil de gente de todas las clases sociales. En la zona en la que pega el sol, están los de bajo rango, que son los más rumorosos; a la sombra están los patricios. Togas y más togas, abanicos de avestruz, joyas, conversaciones irónicas en voz baja. En el centro de la zona en penumbra, está el podio imperial con su baldaquín purpúreo, su balaustrada, cubierta por lienzos y toda llena de flores y sus muelles asientos para el descanso del César y de los patricios y cortesanos, que son sus invitados. En los extremos de esta balaustrada humean dos trípodes de oro que expanden exóticas esencias. A los cristianos se les empuja hacia la parte soleada.

Me he olvidado de algo. En medio de la arena hay un… no sé cómo definirlo. Es una construcción de mármol, de la que se elevan hacia el cielo sutiles e impalpables surtidores. En la plataforma de esta construcción, de forma más bien oblonga y de unos dos metros de altura, hay estatuillas de oro que representan dioses y, delante de ellas, trípodes en los que arde el incienso.

Pues bien, los cristianos están amontonados en la zona soleada. Le haré un bosquejo como pueda. Los leones irrumpen del punto X (del lado izquierdo). En primer lugar, sólo avanza el anciano sacerdote con los brazos abiertos. Dice: “¡Oh, romanos! Que la paz y la bendición sean con mis hermanos y conmigo. Que por este gozo que nos dais al permitirnos confesarlo con nuestra sangre. Jesús os conceda Luz y Vida eterna. Nosotros le rezamos para que así sea, porque os estamos agradecidos por la púrpura eterna con la que nos vestís con…”.

Un león, que se le ha acercado arrastrándose casi aplastado contra el suelo, se le abalanza, le hace caer y le clava los dientes en el hombro. Y en un instante se enrojecen la túnica y los cabellos blancos como la nieve.

Ésta es la señal para el feroz ataque. Las fieras se lanzan en tropel con furiosos saltos sobre el rebaño de mansos. Con un zarpazo, una leona arrebata a una madre uno de los niñitos adormecidos y su arañazo es tan fuerte que arranca también parte del seno de la mujer y, probablemente, desgarra su corazón, porque se desploma en la arena y muere. La fiera defiende su tierna comida con zarpazos y golpes de cola y se la devora en un abrir y cerrar de ojos. En la arena queda una pequeña mancha roja como única huella del mártir pequeñito, mientras la fiera se levanta lamiéndose el hocico.

Pero, en comparación, los cristianos son numerosos y las fieras pocas. Puede que ya estén saciadas pues, más que devorar, matan por matar. Derriban, degüellan, destripan, lamen un poco y luego se van y pasan a otra presa.

La multitud se inquieta por la falta de reacción de los cristianos y porque las bestias no son lo bastante feroces. Y por eso gritan: "¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte también el intendente! ¡Éstos no son leones, son perros bien nutridos! ¡Muerte a los traidores de Roma y de César!".

El emperador imparte una orden y se hace volver a los animales a su antro. Entran los gladiadores para dar el golpe de gracia. La multitud repite a gritos el nombre de los preferidos: "Álbulo, Ilírico, Dacio, Hércules, Polifemo, Tracio". Y aún otros más. No se trata solamente de aquellos a quienes habló el anciano mártir, que ahora agoniza en la arena con un pulmón casi puesto al descubierto por un zarpazo. Hay también otros, que entran por otros accesos.

Álbulo corre hacia el anciano. La muchedumbre grita: "¡Hazle sufrir! ¡Álzale, que se pueda ver la herida! ¡Ánimo, Álbulo!". Pero en cambio, Álbulo se inclina para pedirle algo al anciano y, cuando éste le hace un gesto de asentimiento, llama a esos compañeros que antes habían escuchado las palabras del viejo sacerdote.

No logro entender lo que hacen, si se hacen bendecir o si sucede otra cosa, porque sus recios cuerpos forman una especie de techo sobre el viejo postrado. Pero por fin entiendo cuando veo que una mano senil ya vacilante se alza sobre el grupo de cabezas estrechadas la una a la otra y las rocía con la sangre que le colma la mano como si fuera copa. Luego vuelve a caer.

Rociados por esa sangre, los gladiadores se ponen de pie de golpe y levantan la daga, que brilla a la luz. Gritan con fuerza: "Ave César, emperador: Los triunfadores te saludan" y luego, veloces como un rayo, se precipitan hacia la construcción que está en medio del Circo, saltan sobre ella, derriban los ídolos y los trípodes, los pisotean.

La muchedumbre vocifera como si estuviera enloquecida. Algunos querrían defender al gladiador preferido; otros invocan una muerte atroz para los nuevos cristianos. Por su parte, éstos han vuelto a la arena y están allí, alineados, serenos, como magníficas estatuas de gigantes, con una sonrisa nueva en el rostro intrépido.

César está rodeado por sus patricios, que visten completamente de blanco, excepto algunos que llevan una franja roja; se levanta, es un hombre feo, obeso, cínico, coronado de flores y vestido de púrpura. La multitud calla esperando su palabra. César (no sé quién es éste que tiene un rostro lascivo y achatado) tiene a

todos en suspenso por unos instantes y luego, con el pulgar hacia abajo, exclama: <<Que reciban la muerte por manos de sus compañeros>>.

Mientras tanto, los gladiadores no convertidos han degollado a los cristianos moribundos con la exactitud con la que un carnicero degüella a los corderos. Y ahora se vuelven con la misma frialdad y exactitud les cortan la garganta a los compañeros, a la altura de la yugular. Como un manojo de espigas que la hoz corta tallo por tallo, los diez cristianos nuevos, rociados por la sangre del sacerdote mártir, se visten de púrpura eterna con su propias sangre y caen boca arriba, con una sonrisa, mirando el cielo en el que ya amanece el día beato de todos ellos.

No sé de qué Circo se trata. No sé qué época del cristianismo será. No tengo datos. Veo y digo lo que veo. Nunca he pisado ninguna Arena o Circo o Coliseo; por eso no puedo darle el menor indicio. Dada la enorme multitud y la presencia del César, creo que se trata de Roma. Pero no lo sé de seguro. En mi corazón queda la visión del viejo sacerdote mártir y de los últimos que ha bautizado y nada más.

1° de marzo de 1945

¡Es un día cuyo recuerdo no puede perderse! El Rostro velado se ha descubierto. El "Desconocido" se ha dado a conocer. El Maestro ha llamado a "María"… y María se ha vuelto Juan. ¡Mi llanto ha sido enjugado por tu beso y tu promesa!… Mi espíritu "renace" por tu voluntad.

La gente no lo sabe. Pero yo lo sé. Y Ud., Padre, lo sabe. ¿Cómo puedo dejar de celebrar esta fecha?… La celebro al servicio de Dios, bendiciendo el peso y la pena de este servicio porque… ¡oh!, esa hora del 1° de marzo de 1943 es tan grande que hasta el peso de la cruz no es nada.

4 de marzo de 1945

Jesús me dice:

<<Ten paciencia, alma mía, por la doble fatiga. Es tiempo de sufrimientos. ¡Ni imaginas qué cansado estaba en los últimos días! ¿Ves? En el camino me apoyo en Juan, en Pedro, en Simón, también en Judas… Así es. ¡Y Yo, de quien emanaba el milagro tan solo con rozar mi túnica, no pude mudar este corazón! Pequeño Juan, deja que me apoye en ti para repetir las palabras ya dichas en los últimos días a esos obtusos malvados en los que el anuncio de mi tormento

resbalaba sin penetrar. Y deja también que el Maestro haga sus horas de predicación en el triste llano de Agua Especiosa (Aguas Claras). Yo te bendeciré dos veces por tu fatiga y por tu piedad. Cuento tu esfuerzo, recojo tus lágrimas. A los esfuerzos realizados por amor de los hermanos se les otorgará la recompensa de los que se consumen para hacer que los hombres conozcan a Dios. A tus lágrimas, derramadas por mi sufrimiento de la última semana, se les concederá el premio del beso de Jesús. Escribe y recibe mi bendición:

8 de marzo de 1945

Por la noche

Tras haber escrito buena parte de la Última Cena, me pregunto cómo puedo entender hasta las cosas más oscuras mientras habla Jesús. Y me digo: "¿También a los demás les habrá pasado lo mismo?". Defino "los demás" a los místicos y místicas de estos veinte siglos de cristianismo, a los doctores, etc.

Oigo que una voz me habla y siento que un inmenso regocijo me invade. Sin embargo, en esos momentos por cierto no estaba alegre porque sobre mí pesaba la pena de las últimas horas de Jesús y esa pena me agobiaba hasta provocarme un sufrimiento físico. La voz me dice: "¿Sabes quién soy?". Mas no lo sé. Siento solamente esa paz y veo solamente una luz clara, lunar, bellísima, que define un cuerpo, pero de modo tan inmaterial que no distingo quién es. "Soy Catalina".

Me digo: "¡Qué raro! La otra vez tenía una voz diferente. Ésta es una voz cristalina, joven, aguda, pero no tiene nada qué ver con la hermosa voz de la santa de Siena".

"No soy la que imaginas. También ella es doctora por obras de la divina Sabiduría. Pero yo soy Catalina de Alejandría, la mártir de Cristo, y te protejo. Y quiero decirte que también en nosotros todo se transformaba en luz bajo la luz de Jesús, Nos hemos convertido en doctores del Señor por obra sobrehumana y no por el estudio humano, para amarle así, para servirle así, para alabarle así y para hacerle amar, servir y alabar a través de esta doctrina que provenía de lo alto y que, aun siendo incomprensible para los humanos en las partes más sublimes, era simple como las palabras de un niño si la oíamos estando con Él, el Esposo. Adiós. Te he respondido. Te amo. Eres una pequeña hermana. Que el amor trino sea contigo".

La luz se desvanece y la voz calla. No sucede nada más. Me duermo contenta por haber conocido a esta nueva amiga del Cielo.

19 de marzo de 1945

Le hablé de la visita poco agradable y de la profecía que tuve ayer noche. Y cuando Ud. entró me notó una expresión "asustada" y así me lo dijo. No sé qué reflejaba mi rostro pero por cierto estaba impresionada. Y con el pasar del tiempo el susto no me pasa.

Como Ud. sabe, no es la primera vez que Satanás me importuna tentándome con una u otra cosa. Y ahora que ya no tienta la carne, tienta el espíritu. Hace ya un año que, cada tanto, me importuna. La primera vez lo hizo en los días tremendos para mí del mes de abril de 1944, cuando me prometió su ayuda si yo lo adoraba. La segunda vez fue cuando me asaltó con una aguda, violenta y larga tentación el 4 de julio de 1944, induciéndome a imitar burlonamente el lenguaje del Maestro para aniquilar a quien me había ofendido. La tercera fue cuando me sugirió que publicara como mías las palabras que me habían sido dictadas, para recibir así méritos y dinero. La cuarta fue en febrero de este año (me parece que ya estábamos en febrero) cuando se me apareció (y era la primera vez que le veía, porque las otras sólo lo sentí) y me aterrorizó su aspecto y su odio. La quinta fue ayer noche.

Estas son las grandes manifestaciones de Satanás. Pero también le atribuyo todas las demás cosas más pequeñas que me llegan de los otros y que quieren obligarme a envanecerme, a sentirme satisfecha de mí misma o a buscar la falsedad de las apariencias o, si no, a persuadirme de que soy sólo una enferma y que todo es fruto de mi turbación psíquica. También las dificultades con mis parientes, con las autoridades y hasta con los camioneros[1], las atribuyo a Satanás. Hace lo que puede, y lo hace lo mejor que puede, con tal de molestarme y provocar en mí inquietud y rebelión y llevarme a la persuasión de que rezar es inútil y de que todo es mentira.

Pero le confieso que ayer noche me turbó mucho. No es la primera vez que suscita en mí el temor de haber sido engañada y de tener que dar cuenta de ello, un día, a Dios y a los hombres. Ud. bien sabe que éste es mi terror… y que, aunque Jesús y Ud., Padre mío, me confortáis siempre, ese terror resurge siempre. Pero hasta ahora se trataba de ideas "mías", ideas instigadas por Satanás pero pensadas por mí. En cambio, ayer noche fue una amenaza explícita, directa.

Me dijo: "¡Sigue adelante, sigue adelante! Estoy esperando que llegue el momento oportuno, el último momento. Y entonces lograré persuadirte de tal modo que siempre le has mentido a Dios, a los hombres y a ti que eres un

[1] Alude a los acontecimientos relacionados con el período bélico y que puede decirse que se concluyeron en febrero de 1945.

embustera, que te invadirá el terror y la desesperación de ser condenada. Y lo expresarás con tales palabras que quien te asista pensará que haces una retractación final para poder ir a Dios menos manchada por el pecado. Tú y los que estén contigo quedaréis persuadidos de ello. Y morirás en esta situación… y los demás quedarán impresionados… Sí, te espero… Espérame tú también. Nunca prometo sin mantener. Ahora tu conducta me molesta desmesuradamente. Pero luego seré yo quien te moleste. Me vengaré de todo lo que me estás haciendo… Me vengaré como sólo yo sé vengarme". Y se fue, dejándome muy mal…

Luego vino la dulce Madre, apacible y amorosa, con su túnica blanca, y me sonrió y me acarició. Mi Jesús me sonrió con su sonrisa más jubilosa. Pero tan pronto como me dejaron sola, volví a caer en mi extenuación… Y aún dura. Cuando este pensamiento me acosa siento la tentación de decir: "No escribiré una palabra más, a pesar de cualquier presión". Pero luego reflexiono y me digo: "Esto es lo que quiere Satanás" y no obedezco a ese deseo.

Es época de Pasión ¿no es verdad? Ya sea entre los que –por la idolatría tan inculcada en los hombres, aun en los buenos- adoran al portavoz, al ídolo, olvidando que éste sólo es un instrumento y que el que debe ser adorado es Dios ya sea entre los que me escarnecen, habrá quienes esperen –de igual modo aunque con fines diversos- hechos maravillosos de parte mía, especialmente en este tiempo de Pasión. Quizás los espere Ud. mismo, como algo natural en mi caso. En Ud. se trata de una espera justa. En los otros se trata de escarnio o de idolatría. Y puedo asegurarle que prefiero el escarnio a María Valtorta a la idolatría hacia ella. Esto me molesta de un modo indescriptible. Me parece que me desnudan en medio de una plaza, que me despojan de mi precioso secreto… ¿qué sé yo? La verdad es que me hace sufrir. El escarnio causa menos mal si está dirigido a María Valtorta. Lo importante es que no dañe los "dictados" y no los haga considerar una burla o una locura.

Pero por encima del deseo más o menos santo y honesto de mucha gente, está la voluntad, o mejor dicho la bondad de Dios, que escucha a su pobre María, a esa María que ha rezado siempre y que sigue rezando y diciendo: "He aquí a tu 'víctima'. Que recaiga sobre mí todo lo que quieras, pero sin señales exteriores". Yo no habría querido ni siquiera esta manifestación de Dios en mí, yo… Mas Él ha querido que yo fuera su fonógrafo… ¡paciencia! Pero no quiero nada más, no, no, no. Que me lleguen todas las enfermedades, diagnosticables o no diagnosticables si no tienen características conocidas. Que me lleguen todos los sufrimientos que me hagan padecer lo que Él padeció. Que me llegue la agonía que me haga estar curvada sobre su agonía. Pero que todo eso sea conocido sólo por Él, por Ud. –que es un padre para mí- y por mí y basta.

Si en este tiempo de Pasión desilusiono al que idolatra y al que escarnece porque no soy materialmente "la apasionada", le aseguro que vivo igualmente mi pasión. Pero más que el mayor sufrimiento físico del cuerpo transido[2] y magullado por los golpes y el cansancio del Gólgota, de la cabeza dolorida por el cerco cruel, de los estirones y los calambres, del afán y la congestión de esta tortura, de la sed y la fiebre, de la languidez y la excitación del suplicio, "pasión" significa siempre para mí lo que llamo "mi Getsemaní", es decir, la oscuridad que aumenta, densa de fantasmas y temores… el temor y el terror del futuro y de Dios… y la cercanía del Odio y la ausencia del Amor. Esto sí que lleva a la sed, a la fiebre, a las lágrimas de sangre, a los gemidos y el agotamiento. Le aseguro que es algo tan fuerte como la hora que viví el año pasado cuando Dios me dejó sola. Y aún más; puedo decirle: "Es más fuerte", porque *duele igualmente a pesar de que Dios está conmigo.*

Espero haberme explicado bien, aunque ciertas torturas se explican muy mal y se comprenden peor, tanto por parte de quien es padre espiritual como de quien es idólatra, de quien es curioso o estudioso o escarnecedor del… fenómeno. Pero los últimos tres tendrían que experimentar por una hora lo que nosotros experimentamos… Y también tendrían que probarlo los idólatras, que puede que sientan envidia. ¡Pero no! Es mejor que no lo prueben. Los idólatras se escaparían quién sabe dónde por temor de que se repitiera otro momento semejante y los curiosos, los estudiosos y los escarnecedores llegarían hasta a maldecir a Dios… Por eso… impongamos el yugo a mis espaldas y quitemos el veneno… ¡adelante!

Señor, que se haga tu voluntad y no la mía. He aquí a tu sierva y a tu víctima. Que se haga de mí lo que Tú quieras. Pero, en nombre de tu bondad, te pido únicamente que me des la fuerza para poder sufrir. No me dejes sola. "Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado…".

Estoy muy agitada, en medio de una tormenta como éstas de marzo que alternan momentos luminosos de sol a la oscuridad de las nubes borrascosas. Tengo la impresión de ser una pequeña barca en medio de las olas enfurecidas; a veces estoy arriba, en la cresta de las olas y en pleno sol, y otras estoy abajo, oprimida entre dos montañas de agua que parecen querer sumergirme en un tenebroso abismo. Me parece que paso alternativamente de un océano borrascoso al más plácido de los puertos y que, siempre alternativamente, me sumerjo en la hiel y en la miel. ¡Cuán grande es mi sufrimiento desde ayer por la noche!

[2] Transido: Fatigado, acongojado o consumido de alguna penalidad, angustia o necesidad.

Hay momentos en que estoy en el Cielo gracias a las breves y dulces palabras y a las beatas sonrisas de Jesús y María y por la fuerza que de ellas me deriva. Entonces digo: "¡Oh!, estoy absolutamente segura de que no he sido engañada y que no soy una pecadora" (se entiende que me refiero a los dictados y a las visiones). Pero luego hete aquí que vuelvo a precipitarme en el sombrío abismo en el que resuena el espantoso fragor de las palabras amenazadoras de ayer por la noche. Y tras el Paraíso, ahora experimento el infierno. Luego vuelve a socorrerme la bondad de Jesús y de María y mi pobre alma es alzada en el sol hacia el cielo, en un estado de beatitud que me colma de dulzura. Y después nuevamente me precipito en la amargura, en la oscuridad, en el espanto. Tengo miedo… Ayúdeme a superar esta batalla.

Hoy he visto a una señora que me conoce desde niña y que me ha dado su amistad materna por muchos años; luego, por una voluntad ajena a la mía, tuve que abandonarla y ahora, por fin, he podido volver a acercarme a ella. La señora me ha hablado de la Marina… y de mis dictados, de los que ha leído algunos fascículos. Como si yo no supiera nada, le he preguntado qué diferencia nota entre las dos personas, de las cuales una es conocida y la otra casi anónima, porque se le cree un servita o una señorita enferma, etc.… Me ha respondido que, según ella, los de la M… están escritos en trance, mientras los otros son "sublimes, pero atemorizan porque en lugar de hacer sentir la misericordia de Dios hacen sentir su justicia. Pero reconoce que encierran palabras de luminosa claridad y de una elevación espiritual que impresiona. Hay una maravillosa oración a la Virgen". Y ha terminado diciendo: "Haz que te los den para leerlos. No pude obtener otros pero, te digo la verdad, deseo obtenerlos".

No puedo decirle si cree o no que se trata de mí o si cree que no conozco los dictados. Pero para mí ha sido como una gota de miel porque es una mujer religiosa y culta, que siempre me ha parecido muy equilibrada. Por eso, su juicio y su deseo me han confirmado que en los dictados las almas sienten a Dios.

¡Dios! ¡Dios!… Éste es mi dolor. Tener como único fin servirle y hacerle amar y temer que Él me aborrezca. Pero es tiempo de Pasión… ¡Oh! Ayúdeme porque bajo la calma aparente, soy una doliente herida.

20 de marzo de 1945

Habla el Padre Santísimo:

<<Os parece dura la palabra que expresa la verdad. Querríais solamente palabras misericordiosas. ¿Podéis reconocer que merecéis misericordia? ¿Acaso

no es misericordia también la Voz severa que os habla de castigo y os incita a arrepentiros? ¿Acaso os arrepentís?

Este deseo de oír solamente promesas de bondad, esta manía de recibir de Dios sólo caricias, es la desviación de la Religión. Habéis convertido en epicureísmo[1] también este principio sublime que es la Religión referida al Dios verdadero. Pretendéis deleite de ella pero no queréis dedicarle esfuerzo. Queréis descansar en la cómoda transacción entre lo que os ordena la Religión y lo que os place. Y pretendéis que Dios se avenga a esta adaptación. En otras épocas, este vicio espiritual se llamaba "quietismo" y aún lo llaman así los doctores del espíritu. Yo soy más severo y lo llama epicureísmo del espíritu.

Querríais recibir de la Religión, de Dios, de su Palabra, sólo lo que acaricia los sentidos, porque os habéis rebajado tanto que habéis convertido en sensual hasta el espíritu. Por eso queréis ofrecerle sensaciones y estremecimientos completamente humanos. Parecéis los enajenados de otras religiones que, con oportunas ceremonias provocan un estado psíquico anormal para gozar de los falsos éxtasis de sus paraísos.

Ya no comprendéis la grande, la mayor misericordia de Dios y llamáis dureza, espanto, amenaza, lo que es amor, consejo, invitación al arrepentimiento para obtener gracias. Queréis palabras misericordiosas. ¿Decís que las queréis para que os den las fuerzas para resurgir? No mintáis. Os gustarían porque son dulces. Pero igualmente para los labios de Dios, vuestro sabor sería amargo como el veneno.

¿De qué sirven las palabras misericordiosas, las visiones plenas de amor que se os brindan desde hace un año como última prueba de elevación hacia Dios de vuestras almas paganizantes? A muchos les sirve de deleite, a algunos para su ruina y a un pequeño número tremendamente exiguo para la santificación. De este modo, continúa el destino de Cristo: el de ser un signo de contradicción para muchos.

Hoy hablo Yo. ¡Oh culpables más culpables que los sodomitas[2]!, hablo para demostrar que mi misericordia aún es infinita, visto que no os sepulta bajo una granizada de fuego.

Se ha dicho: "Castigas a los descarriados poco por vez, les reprendes por sus faltas y les amonestas para que se aparten de la perfidia y crean en Ti"[3]. ¿No han ido aumentando poco a poco estos periodos tremendos? ¿Os he dejado azotar de modo infernal en una sola vez? No es así. Hace decenas y decenas de años que el castigo va aumentando en cuanto al modo y la duración, dándoos de tanto en

[1] Epicureísmo Refinado egoísmo que busca el placer exento de todo dolor, según la doctrina atribuida a Epicuro.:
[2] Génesis 19, 24-25.
[3] Sabiduría 12, 1-2.

tanto una milagrosa ayuda que os liberaba de él y que usabais para preparar, por vuestra misma voluntad, un flagelo aún más cruel.

No mejorasteis nunca. ¡Oh, vosotros que escarnecéis a Dios!, siempre ha aumentado vuestra maldad y vuestra falta de fe. ¿Y ahora qué he de hacer? Si no supiera cómo os he creado, ahora me preguntaría si tenéis un alma, porque vuestras obras son peores que la de seres bestiales. Os disgusta oíroslo decir? ¡Pues no obréis de modo tal de merecer estas palabras!

En el libro de la Sabiduría se leen estas palabras dirigidas a los Cananeos: "Aborrecías a los antiguos habitantes de tu tierra santa porque sus obras, cumplidas con prácticas mágicas y ritos sacrílegos, eran abominables ante Ti. Mataban sin piedad a sus pequeños, comían las entrañas de los hombres y bebían la sangre en tu sacra tierra. Quisiste destruir a esos padres, verdugos de almas indefensas…"[4]

¡Oh generación de hombres de esta época!, ¿no os reconocéis en estos antepasados vuestros? Yo sí que os reconozco. Respecto a ellos, vuestra perfidia ha aumentado, se ha hecho más satánica. Pero seguís perteneciendo a esa ralea que detesto. El satanismo se ha difundido tanto hasta convertirse casi en la religión de los estados. Ya sea entre los grandes o entre los modestos, entre los cultos o entre los ignorantes, y hasta en la casa de los ministros de Dios, se quiere conocer y se cree conocer a través de magias que tienen un sello inconfundible: el sello de Satanás.

¿No realizáis los sacrificios de los cananeos? ¡Los hacéis aún peores! No inmoláis las carnes sino vuestras almas y la de vuestros semejantes, conculcando[5] el derecho de Dios y la libertad del hombre. En efecto, habéis llegado hasta tal punto que, con la burla o con la fuerza, quebrantáis las conciencias que aún saben mantenerse fieles, las arrojáis del trono de su fe, que las eleva a Mí, y las corrompéis con doctrinas malditas o las matáis, porque haciéndolo creéis despojarlas de la fe. No; por el contrario, de este modo las ataviáis con una fe incorruptible. Mas, que la maldición recaiga sobre vosotros porque sembráis la corrupción para arrebatar fieles a Dios.

¿Y no os reconocéis en estos antepasados vosotras, generaciones de padres que sin piedad matáis moralmente a vuestros hijos al comunicar a esos inocentes vuestra incredulidad, vuestra sensualidad, toda la cohorte de racionalismo y de bestialidad de que estáis saturados y que ahora, ahora, ahora que estos hijos ya no están sostenidos por ninguna columna espiritual, termináis de matarles en lo que

[4] Sabiduría 12, 3-7.
[5] Conculcar= Quebrantar una ley, obligación o principio

les queda, es decir, en la carne, pues permitís que de esa carne hagan mercancía como bestias lujuriosas, y es más, aprobáis satisfechos porque ese mercado os permite os satisfaceros y gozar con el sacrificio de vuestros hijos?

¡No, no exagera el libro de la Sabiduría cuando os llama verdugos de almas indefensas! Cuidáis más a la bestia que criáis para venderla y a la planta que cultiváis para obtener los frutos, que a vuestros hijos. Ellos son débiles mas no los fortificáis, pues no les dais ni la religión de Dios ni, al menos, la de la honestidad cívica y del amor familiar.

Padres, ya no sois los tutores de los menores. Madres para vuestras criaturas no sois ángeles, sois ídolos. No cumplís el fin al que os he destinado. Abdicáis de vuestros deberes y de vuestros derechos. Me causáis horror. Sois ídolos idólatras: sois ídolos, porque carecéis de espíritu. Sois idólatras, porque adoráis lo que es todo menos espíritu. Habéis adorado al hombre; habéis permitido que se llegara al culto del cuerpo, que se volviera al culto del cuerpo, tal como lo practicaban los paganos cuando Cristo les encontró, o los neopaganos, que son culpables del paganismo doblemente, porque lo eran y porque siguieron siéndolo aún después de haber recibido la verdadera religión.

Y además, en los lutos, en las alegrías, ¿qué hacéis Practicáis la idolatría. Veneráis, adoráis lo que es perecedero. No pensáis en el espíritu y en El que lo creó. Y eso es un engaño para la vida humana, pues los hombres secundando la afición o la tiranía, dan a la piedra o al leño o a la tela pintada el Nombre incomunicable"[6]. Yo, sólo Yo, soy Dios.

¿Os parece que os fustigo? Y entonces oíd: "Ni les bastó haber errado en el conocimiento de Dios sino que, viviendo en la dura guerra de la ignorancia, llaman paz a tan graves males. Ya inmolan a los hijos, ya hacen misteriosos sacrificios, ya transcurren las noches en orgías infames. No conservan puros ni la vida ni los matrimonios. Por el contrario, uno mata al otro por envidia o le humilla con adulterios. Todo es un caos de sangre, homicidios, robos, fraudes, corrupción, deslealtad, desorden, perjurio, vejación de los buenos, olvido de Dios, contaminación de las lamas, inversión de los sexos, inconstancia en los matrimonios, adulterios, libertinaje, porque el abominable culto a los ídolos es causa, principio y fin de todos los males. O se dan las frenéticas juergas o vaticinan falsedades o viven en la injusticia y perjuran sin vacilar pues, dado que confían en ídolos inanimados, no temen que el jurar en falso pueda perjudicarles"[7].

[6] Sabiduría 14, 21.
[7] Sabiduría 14, 22-29.

Mas, ¿se trata de la Sabiduría dictada un siglo antes de Cristo o de algo dictado en los momentos actuales? ¿Y aún pretendéis palabras de misericordia?

¿No habéis visto nunca a un pueblo que huye bajo una colosal granizada? Huye veloz pero igualmente el granizo le azota porque los gruesos granos les persiguen por doquier. Si tuviera que hablar según lo merecéis y os hablara como quien soy, como Dios Padre, seríais como esas gentes azotadas por una colosal granizada.

Habla la Bondad y no entendéis. Habla la Justicia y la consideráis injusta. Tenéis miedo y no os corregís. ¿Sois tontos o criminales? ¿Sois locos o endemoniados? Que cada uno se examine. ¿Y por gentes como éstas se mandó a morir al Hijo del Padre?

En verdad, si fuera posible encontrar un error en Dios, se diría que ese Sacrificio fue un error, porque su infinito valor es nulo para demasiada gente. Sí, digo que fue un error. *Un error que es testimonio de mi Naturaleza.* Sí, ¡oh, hombres que, a pesar de ser tan culpables, juzgáis que Yo no os trato con misericordia!, *porque si Yo no fuera Amor, no os habría concedido la Redención.* Sí, porque si en verdad hubiera tenido que obrar como vosotros que pretendéis el 100 por ciento y hasta el 1000 por ciento cuando hacéis el mínimo bien. Yo no habría tenido que concederos la gracia jamás. Porque desatendéis, burláis, convertís en desgracias, todas las formas de gracia, empezando por la de la Sangre derramada por vosotros.

Hoy Jesús no habla y el pequeño Juan no ve. Hoy hablo Yo para deciros que hoy, como hace dos años, mi Pensamiento es el mismo; para deciros que si callo es porque sé que hablar es inútil; para deciros que la palabra es amor, que el silencio es amor, que la severidad es amor. Sólo vosotros sois desamor, en medio del amor soberano que conforma todo lo que proviene de Dios. Y ésta es vuestra condena>>.

Me faltaba sólo este severo dictado para terminar de abrumarme…

25 de marzo de 1945.

Hablo con la Madre y me lamento diciéndole: “Pero de esta manera ya no puedo pensar en ti. Escribo, escribo, escribo… y después me quedo como muerta e incapaz de decirte ni siquiera una Avemaría. Ya lo ves: ¡me quedo con el rosario en la mano, justo ahora que quería hacerte más compañía en estos viernes de Cuaresma y de Pasión”

Oigo su respuesta nítidamente: “No importa. Tú cantas el Evangelio de su Pasión y lloras sobre sus dolores y le acompañas en ellos. Y, de este modo, enjugas mucho más mis lágrimas que si me hicieras compañía directamente. ¡Oh, hija del celeste Jerusalén!, llora por los pecados del mundo y bendice al Señor, que quiso que fueras estéril, que no probaras los gozos humanos, para merecer la gloria de ser el “pequeño Juan”. Di junto conmigo: “He aquí a la doncella del Señor. Que se haga en mí lo que Él desea”. Te bendigo y no te retengo. Te espero en el camino del Calvario. Ve”.

29 y 30 de marzo de 1945

Mis gozos.

Estaba muy triste desde el mediodía del jueves porque pensaba “Mañana no habrá Comunión”. Me causaba dolor quedarme sin mi Alimento, visto todo lo que sufro siempre, especialmente el viernes, y lo que, por lo general significa para mí el viernes de Pasión desde hace 15 años. Pensaba: “Dos años atrás, el P. M. me trajo la Comunión al amanecer del Viernes Santo. En ese entonces yo estaba mal y por eso él podía hacerlo”. Le aseguro que habría deseado estar aún peor para poder recibirla. Este sufrimiento, junto con el pesar por la reliquia de la Santa Cruz –que me fue quitada, tras habérmela donado, por una que, con Satanás, contribuyó a hacerme sufrir- constituye mi pena secreta… mi pena más profunda.

Marta había salido para hacer la visita de las siete iglesias. Yo estaba sola. Escribía. Y, mientras tanto, la desolación de María se fundía con el llanto de la pobre María…

Detiene mi pena la gozosa aparición de mi Jesús, pero no ya martirizado y sangrante, sino bellísimo, radiante en su túnica de radiante en su túnica de cándido lino, tal como le veo en los momentos más jubilosos de las visiones. Viene hacia mí como si proviniese de un campo florido y sonríe mientras sostiene algo bajo su manto que lleva cruzado sobre el pecho y las manos.

Me dice: <<Pequeño Juan, en realidad quería decirte “pequeño escriba”, pero no te lo digo porque si bien es cierto que eres un ser laico que, por no bastar los sacerdotes, ilustras la verdad de mi tiempo mortal, por el contrario, no eres la criatura dura y feroz que eran los escribas de mi época. Escucha, pequeño Juan. El Padre Migliorini no puede traerte la Comunión y sufres por ello. Yo soy tu Sacerdote. Te he tenido doblada sobre mis torturas, sobre mi agonía. Es justo que te dé un premio. Mira: hace muchos años, a esta misma hora Yo me dirigía a

Cenáculo para consumar la Pascua y distribuir la primera Eucaristía. Pequeño Juan, ven y toma>>.

Deja abrir el manto y me muestra la píxide[1] que lleva en la mano. Dice solamente: <<Yo soy el Pan vivo que desciende del Cielo. Quien coma de este Pan, no tendrá más hambre y vivirá eternamente. Este es mi Cuerpo, que te doy en memoria mía. Toma y come>> Y me da una hostia muy grande. Digo que es grande porque tiene el diámetro de una vieja moneda, o sea, de un escudo. Su sabor material y espiritual es tan extraordinario que me colma de júbilo. Me acaricia y luego dice: <<Ahora que has recibido tu Alimento, escribe. Mañana volveré>>.

Y, en efecto, esta tarde, a la misma hora, vuelve a aparecer ante mí. Yo estaba mal ya cuando Ud. se encontraba aquí; no lograba superar la crisis. Estaba pálida como una muerta, envuelta en un sudor frío, jadeaba, tenía continuos mareos y se me ofuscaba la vista. Sin embargo, escribía porque tenía qué escribir… La Madre Dolorosa demostraba gimiendo tu tormento.

Por unos instantes Jesús me aparta de tanto dolor físico y de coparticipación. Mostrando claramente el cáliz colmo de sangre roja, vigorosa, la definiría densa, casi en hervor –porque borboteaba en espumeantes burbujas como si apenas hubiera salido de una arteria- Jesús me dice: <<Ésta es mi Sangre, que he derramado por amor hacia vosotros. Toma y bebe>> me avecina el cáliz a los labios mientras con la otra mano me acerca a éste.

Siento frío el metal contra mis labios y en mi nariz el olor de la sangre. Pero no me causa repulsión. Adhiero mis labios al liso borde del cáliz de plata y bebo un sorbo de esta Sangre divina, que presenta todas las características de nuestra misma sangre en cuanto a fluidez, viscosidad y sabor, pero que al descender en mí provoca una delicia que me eleva a las cimas más altas de gozo. Quisiera beber más y más… porque cuanto más se bebe de esta Sangre, más se querría beber. Pero me detiene la reverencia hacia Jesús y sólo contemplo esa Sangre amada, aspiro su intenso olor, admiro el perfecto color rojo vivo. Jesús me hace beber otras dos veces… Luego se va… y en mí permanecen el sabor y la fragancia de esa sangre de mi Jesús.

Casi no quería escribir esto aquí. Prefería hacerlo en una carta que no sabía bien si entregársela enseguida a Ud. o dejarla para que fuera entregada después de mi muerte. Porque, en verdad, ciertas cosas sublimes se expresan mal y se hace de mala gana. Pero luego prevaleció la idea de escribir esto en un cuaderno y, por lo tanto, hacérselo saber a Ud. inmediatamente.

[1] Píxide = Copón o caja pequeña en que se guarda el Santísimo Sacramento o se lleva a los enfermos.

Me siento rebosante de una delicia sobrenatural.

31 de marzo de 1945

A las 8.

Aún perdura esa delicia sobrenatural. En mi mente está presente siempre ese cáliz, como si todavía lo estuviera viendo, y todavía siento en mi paladar el sabor inefable de la Sangre de mi Dios… Éstas fueron mis Comuniones del Jueves y del Viernes Santos.

1° de abril de 1945

Pascua de Resurrección. A las 23.

Jesús dice lo siguiente para el Padre Miglioroni, para Sor M. Gabriela y para mí:

<<Antes de que terminara el día de la Resurrección, me mostré a las mujeres fieles y a los amigos más queridos para que su júbilo fuera total, para que supieran que la prueba había terminado y que el Señor había resurgido, para que su fe fuera confirmada con su paz y su perdón. Antes de que termine el día, vengo a vosotros. Vengo a vosotros que habéis sabido hacer una Betania y un Cenáculo de vuestro corazón y que habéis permanecido conmigo en la Pasión.

Que la paz y la bendición sean con la una y la otra María. Que la paz y la bendición sean con su Lázaro y el mío. Que la paz y la bendición sean con quien convive con ellos en el amor hacia Mí. Creced amándome. Que la Sangre y la Palabra engendren en vosotros fuerzas siempre renovadas. Venid sin temor a las Palmas heridas. Vosotros no tenéis necesidad de tocar para creer. Pero tenéis necesidad de caricias para gustar anticipadamente el Cielo y mis manos rebosan de caricias para mis amigos.

Os quise conmigo en la Pasión para que, conociéndola, la amarais cada vez más, pues este conocimiento es fuerza y santificación. Gustad de él hasta obtener mi misma fuerza también en los sufrimientos por amor de Dios y del hombre. Ahora venid conmigo hacia el gozo que el mundo no puede experimentar, o sea, hacia mi gozo.

Que la paz y la bendición del Señor Resurgido sean con vosotros, ¡oh, amigos de mis Betanias, las que Yo solo conozco!>>.

10 de abril de 1945

Dado que hace tres días que descanso de ls dictados, abro la Biblia[1] en un punto cualquiera, tanto para leer algo que siga siendo palabras provenientes de Dios. El libro se me abre el la pág. 769 y los ojos se detienen en los versículos 25-31 del salmo 17 del libro 1° [2]. Y entonces el Señor habla:

<<¿No es acaso lo que puedes decir de ti?

En un tiempo no merecías mi recompensa. Yo te amaba en mi perfección, más tú no me amabas con tu perfección porque, aunque en tu corazón albergaba la inclinación hacia Mí, había en él afectos más fuertes que el que me dedicabas. No merecías la recompensa. Por cierto recuerdas ese tiempo y también Yo lo recuerdo. Acababas de salir del colegio completamente perfumada con el perfume de Dios como una virgen del templo con los perfumes del incienso ritual. Y Yo ya te había elegido.

¿Quieres saber cuándo te elegí? En verdad, lo hice cuando se engendró en ti un alma, porque no hay ningún destino humano que sea desconocido para la Mente eterna. Y mi pequeña María –que mi Voluntad mantuvo viva a pesar de las infelices circunstancias de su nacimiento, que la acompañaron durante los meses en que era sólo un ángel que mamaba- fue mía cuando derramó sus primeras lágrimas ante el divino Depuesto de la cruz. Él te pidió a Mí. Y Yo te di con una sonrisa complaciente. Y ya en el Cielo, Él repitió su exhortación en cuanto a ti: "Dejad que nos niños vengan a Mí". Y así lo dijo al Padre y al Paráclito.

Sólo los labios de los niños quitan el dolor de sus heridas: labios de los que son niños por edad y de los que lo son porque lo quieren ser. O sea, de los que por su amor y por obediencia al Maestro, "se hacen semejantes a niños para obtener el Reino de los Cielos"[3]. María, Virgen y Madre, Delicia de Dios, es la perfecta niña que vive jubilosa en el Reino de los Cielos. Las almas "niñas" de personas adultas son tan raras como perlas perfectamente redondeadas de asombroso grosor. Todos los adultos niños poseen un alma así, como si aún no fuera profanada, que causa la delicia de Dios y el alivio de Cristo. Y por eso el Hijo te ha querido ya desde entonces. Por cada lágrima inocente derramada, recibiste un beso suyo; por cada beso, una gracia; por cada gracia, una unión con el Divino Amor.

[1] El texto que emplea la escritora es la Sacra Biblia, traducción y comentario del Padre Eusebio Tinbtori O. F. M., editado por el Instituto Missionario Pia Società San Paolo, 1942.
[2] Según el texto de la Vulgata. En cambio, según el texto hebraico es el salmo 18, 25-31.
[3] Mateo 18, 1-5; Marcos 10, 13-15; Lucas 18, 15-17.

No es un error mirar hacia atrás para poder entonar el Magnificat y el Miserere. Tú pudiste entonar el Magnificat desde que saliste del colegio. Pertenecías por entero a Dios. En ti había un solo altar y un solo amor. El blanco lirio cuya corola se entreabría apenas, rebosaba sólo de celestial rocío y de rayos divinos. Luego llegó el mundo y con él llegaron muchos otros altares y muchos otros amores, es decir, los usurpadores de "mi" lugar. Duraron hasta que Yo lo quise. También habría podido no quererlo. Alguien dirá: "Fue un experimento peligroso". No es verdad; era necesario. Los apóstoles fueron humillados con la deslealtad hacia Cristo y durante ese período les dominaron todas las formas de corrupción humana y volvieron a ser aferrados, zarandeados, acuciados por todo lo que turba al hombre. Entonces comprendieron que todo lo que habían logrado mejorar no lo habían obtenido exclusivamente por su propio mérito, sino porque estaban con Jesús. Y, gracias a eso, en ellos quedó destrozada totalmente la soberbia, esa fuerza que corrompe al hombre. Esto es lo que debe hacerse con todos los que han sido elegidos para un destino especial, a fin de que no pierdan tal elección al no merecer más mi amor. Los que usurparon mi lugar en ti fueron cayendo uno a uno. Y únicamente tu Dios volvió a ser tu Rey, al que cantaste el Miserere de tu sabio arrepentimiento.

Hija, ahora considera el pasado y el presente. Considera aquel tiempo en que florecían tantos amores: hacia el hombre, hacia la ciencia, hacia ti misma, y considera el tiempo actual, en el que no hay nada nuevo sino un solo amor: el amor hacia Mí. Y entonces dime, dímelo con el alma; dímelo escuchando solamente a tu alma, la única que posee una voz preciosa y verdadera. ¿No lo tienes todo ahora? ¿No lo tienes todo desde que eres mía? Los tontos, que son muchos, dirán: "¡Si no tienes nada! No tienes salud, no tienes alegría, no tienes riqueza". Pero tu alma, que ve con los ojos del espíritu, dice: "Ahora lo tengo todo, hasta lo que aun siendo santo, es superfluo". Si puede llamarse superfluo todo lo que se aparta de lo estrictamente necesario para elevarse a Dios.

Tienes una misión especial: la de portavoz, que es un don y que no se necesita tener para ser predilectos. Pero además, tienes el consenso de Dios para tus deseos. ¿Por qué lo tienes? Pues, porque como dice el salmo: "El Señor me ha recompensado según mi justicia, según la pureza de mis manos ante tus ojos"[4].

Con los justos y los puros de corazón soy infinita y divinamente munífico[5]. Soy bueno con los débiles, soy perfectamente bueno con los que saben ser fuertes por amor mío. Y, dado que soy Amor, debo esforzarme a mí mismo para no ser débil también con los que pecan. A éstos les concedo la misericordia de mi Hijo.

[4] Salmo 18,(17), 25.
[5] Munificencia = Generosidad espléndida.

A mis hijos les concedo la profusión de mis dones. Y les salvo, les ilumino, les doy la libertad, les fortifica cada vez más y, llevándoles de la mano, les conduzco por mi senda inmaculada y les instruyo con mi Palabra, forjada en el Fuego del Divino Amor.

Así hago contigo, alma mía, que has puesto en Mí tu amor y toda tu confianza. No temas, ¡oh, flor de Dios! Desde las microscópicas flores de los países sumidos en los hielos hasta las flores gigantescas de los países tórridos, no hay una sola a la que Yo deje sin rocío, sin la luz y el calor necesarios para su tierna vida. ¡Y son vegetales! Entonces, ¿qué cuidados dará su Creador a las flores de mis almas? No temas, ¡oh flor de Dios, perlada con la sangre y el llanto del Hijo y de la Virgen! Te quiero mucho, por estas gemas y por tu fidelidad. Canta por siempre el Magnificat.

El Padre, el Hijo y el Paráclito están contigo>>.

¡Oh, Señor, Señor! Si tú lo dices, por cierto es verdad y, por lo tanto, todo eso habrá sido necesario. Pero, ¡qué terrible fue para mí tu abandono el año pasado! Tú lo ves, tú no ignoras las sensaciones de los corazones. Hay heridas que duelen al más ligero roce, aun después de haber cicatrizado. A veces hasta duelen por simpatía nerviosa cuando se les toca o se toca el miembro opuesto. Los nervios cercenados duelen aún después de que la herida se ha cerrado. De este modo tu abandono, aún ahora que has vuelto a cobijarme junto a tu corazón, es una herida que sigue doliendo porque has cercenado el nervio que me unía a Ti. No te pregunto por qué lo has hecho. Te digo solamente: "¡Sabes bien qué ha significado para mí tu abandono!>>.

Hoy me estremeció el escribir: 10 de abril, porque hoy hace un año que Tú dejaste tu mísera flor sin rocío, sin luz, sin calor. Por poco me muero. Te lo he dado todo, y si aún tuviera algo, te lo daría. Pero no me sometas más a pruebas semejantes. Ya ves que mi mísero ser no puede soportarlas.

Es verdad, canto. ¡Canto mi Magnífícat! Y también te digo: "No he merecido en absoluto que Tú hicieras en mí 'cosas excelsas'". De todos modos, mi canto estará mezclado por siempre con el llanto; a igual que el niño que ha vivido una infancia desdichada no tiene la expresión serena de los niños felices, en mí siempre está presente tu abandono del año pasado. ¡Tiene razón Jesús! ¡Tiene razón María! Lo que no se soporta en "nuestra pasión" es tu abandono, ¡oh Padre!…

Mientras escribo esto, vuelve a encenderse la lucecilla que arde generalmente delante de la imagen de Jesús. Es una estrellita que, junto con mi corazón,

resplandece ante mi Jesús crucificado. Hacía un año que estaba apagada… Mi celda, mi tabernáculo, mi paraíso ya no tenían luz. ¡Eso me causaba tanta congoja!…

Recibí todo de tu amor. Pero también recibí mucho de tu rigor: tinieblas, soledad y lo que tu Hijo ha definido "infierno"… Me quedé como un pajarillo que sólo por casualidad logró huir de sus torturadores. Tengo miedo… Por todas partes veo redes, prisiones, torturas… Señor ten piedad…

12 de abril de 1945

Dice Jesús:

<<Escribe solamente esto. Los designios de Dios tienen una continuidad y una necesidad misteriosa, santa, que solo en la otra vida comprenderéis claramente. A veces parecen tener una extraña incoherencia. Os parecen incoherentes, porque lo miráis todo con ojos humanos. En cambio, cada variación de su acaecer es una concatenación armónica y justa, de la que proviene el destino humano y sobrehumano porque, según como el alma se adecua al proyecto que le propone Dios, corresponde una especie de beatitud o de condena o, simplemente, de dolosa expiación en la otra vida y de ayudas o abandonos divinos en ésta.

La pronta obediencia y la jubilosa adhesión al designio de Dios son la señal de la formación espiritual de un corazón. En esta formación Jesucristo fue perfecto. Ya lo era como Dios, lo fue también como hombre. Y, si como Dios no podía ser alcanzado por las insidias del Tentador que inocula soberbia y desobediencia para arrebatar un espíritu al amor de Dios, como Hombre cuando vino a la Tierra, bien pudo recibir las numerosas exhortaciones del Tentador a la desobediencia. Considera, hija, a qué obediencia debía someterse a Sí mismo. Ya se había impuesto el humillante yugo para Él, que era Dios, de asumir naturaleza humana. Y, con esa naturaleza, había tenido que soportar todo lo que implica tal condición. Además al final de ese doloroso camino humano, veía la Cruz, la ignominiosa y atormentada muerte del crucifijo. No ignoraba su futuro y no se sustrajo de él.

¡Cuántas veces los hombres, aun sabiendo que de lo que Dios les propone deriva un bien para ellos y para sus semejantes, se niegan a dicha propuesta diciendo: "¿Por qué debo dejar lo que me procura provecho para dedicarme a lo que es penoso? ¿En favor de quién tendría qué hacerlo?". Pues, hijos míos, ¡tendríais qué hacerlo por amor!, por amor hacia Mí. El Padre no puede pediros nada que no sea para vuestro bien, para un bien seguro, no fugaz. Si procedierais al amparo de la fe, no dudaríais del Padre. Diríais: "Si me propone esto, lo hace

seguramente por mi bien. Por eso lo haré". Si procedierais al amparo del amor, diríais: "Él me ama. Lo amo". Y si fuerais píos y lo que os propone el Padre fuera beneficioso para el prójimo aunque implicara un sacrificio para vosotros, lo aceptaríais enseguida como lo aceptó mi Hijo para vuestro bien. Yo os daría luego un refulgente premio.

Por lo tanto, cuando consideres el aparente contraste de tu vida, o mejor, los muchos contrastes de tu vida, y todo lo que tienes, di siempre: "Ese hecho, que aparentemente está en disonancia con el siguiente y con mi momento actual, ha preparado este otro hecho y tengo esto porque he aceptado aquello". Considera que, desde que has adoptado como norma no estéril de tu vida las palabras presentes en la plegaria del Hijo: "Sea hecha tu Voluntad", no solo no te has detenido sino que has caminado, y luego has corrido y, al final, has volado hacia lo alto. Se acentuó tu voluntad, tu ansia de conocer, de mejorar y, al final aumentó tu jubilosa obediencia, pronta para mis designios.

No digo nada más. Quédate con nuestra bendición>>.

Creía que se trataba de Jesús y, en cambio, quien me dice esta mañana tan dulces palabras y muestra tanta piedad por mi estado físico, es el Padre Eterno.

14 de abril de 1945

Dice el Espíritu Divino:

<<He herido tu mente con la frase: 'En la íntima unión con la Sabiduría está la inmortalidad' (Sabiduría 8, 17), Ahora te explico esta verdad.

Comparemos el alma a una criatura cualquiera y la Sabiduría a un rey poderoso. Hasta que no sea más que un súbdito de dicho rey o solamente un ser que ve a ese rey en viaje por la Tierra, esta criatura será sólo una criatura cualquiera. Hoy vivirá satisfecha de su exiguo bienestar; mañana temblará por temor al poderío exagerado; pasado mañana estará atareada en cosas de escaso valor y el día después llorará porque verá dañados sus bienes. El rey siempre es el mismo: rico, poderoso, seguro de sí. En cambio, la pobre criatura nunca está segura. Mas, si el rey, desde lo alto de su carroza, baja la mirada hacia la criatura y, viéndola pulcra aun en su pobreza, se enamora de ella y dice: "Quiero llevarla conmigo, instruirla para que no haga mal papel junto a mí y luego, una vez que haya aprendido el arte de reinar, quiero hacerla mi esposa" y así lo hace, ¿esa esposa no adquirirá acaso, gracias a esta elección, las dotes de poder, de riqueza, de seguridad de su esposo-rey?

Un alma pasa de la condición de súbdito a la de unión con el poder, cuando la Sabiduría le dice: "Ven. Sé mía" y le enseña sus verdades, la hace su esposa y se concede a ella en continuos y apasionados abrazos, revelando en el sublime tálamo toda su perfección; cuando abre sus cofres y le dice: "Toma mis joyas. Son para engalanarte"; cuando su mano le tiende el cáliz del vino vital, que da pureza y vida eterna, diciéndole: "Bebe de mi copa para quedar preservada de la corrupción y de la muerte". Entonces, si esta alma se mantiene fiel a su elección, alcanza la inmortalidad, la verdadera inmortalidad, no la inmortalidad relativa que los hombres otorgan a otros hombres.

¡Cuántos de los que en su época fueron llamados "inmortales" y así se lo creyeron, ahora son solo "desconocidos", muertos aun para la memoria! La mayor parte de los hombres hasta ignora que han vivido y entre los que les han oído nombrar ¿quiénes conocen exactamente sus obras? De seguro, las conocen sólo una exigua minoría. La verdadera inmortalidad es la que es conocida por Dios y por sus bienaventurados; es la que será proclamada en el día del Juicio Final ante los ojos de la multitud resucitada. Es la que se conquista en la unión con la Sabiduría. Es la que se conquista en la unión conmigo, porque quien convive conmigo y me ama, quien se engalana con mis gemas, quien bebe de mis aguas, camina por las sendas de la santidad y conquista la inmortalidad al conquistar el Reino de Dios.

Yo no te abandono. Si el descanso del Hijo de Dios está en medio de los corazones que le aman, mi gozo está en mantener junto a Mí a los que me aman. El Amor que se nutre de amor, que se siente sumergir en ese amor porque puede volcar solo en pocos las olas de su bien, se expande, de modo constante y rebosante como un caudaloso río perenne, sobre las almas que le son fieles, las abraza con sus dulcísimas ondas, las eleva, las transporta, las lleva, en el vasto mar del conocimiento de Dios, hasta el golfo de la beatitud, o sea, hasta el regazo del Padre Eterno.

Quédate tranquila, quédate en paz. Sobre las ondas, la flor no hace resistencia. Navega en el azul que quita su sed, brilla a los rayos del sol en virtud del agua que le adorna, y va hacia el mar abierto. Ve también tú del mismo modo. Te bendigo>>.

15 de abril de 1945

Ezequiel 37, 1-14.

Dice Jesús: <<Al igual que el Señor le preguntó a Ezequiel. Yo te pregunto: "¿Crees que estos huesos revivirán?">>.

Yo, como Ezequiel, te respondo: <<Tú lo sabes, Señor Dios>>, dado que entiendo el significado de la palabra "huesos", que en este caso está usada en lugar de "hombres". Es decir, entiendo que Jesús no me pregunta si resucitarán los muertos en el último Día. Eso pertenece a la fe, y sobre eso no hay ninguna duda. Pero Él llama "huesos" a la pobre humanidad actual, que es sólo materia sin espíritu. Llego a entender esto porque, como ya le he explicado muchas veces, cuando Dios se apodera de mí para convertirme en su portavoz, mi inteligencia se dilata y se eleva a una potencia que es muy superior a la que le es consentida a los seres humanos. Y por eso "veo", "oigo", "comprendo", según el espíritu.

Jesús sonríe porque ve que he comprendido su pregunta y explica:

<<Así es. Ahora la humanidad es sólo huesos, restos calcinados, densos, muertos, hundidos en los fétidos surcos de los vicios y las herejías. Ya no existe el espíritu, el espíritu que es vida en la carne y en la eternidad, el espíritu que es lo que diferencia al hombre del animal. El hombre se ha matado a sí mismo al matar a la parte mejor de sí. ¿Es una máquina? ¿Es bruto? ¿Es cadáver? Sí, es todo esto.

Es una máquina porque cumple su jornada mecánicamente, como un dispositivo que se mueve porque debe hacerlo, dado que sus partes han sido puestas en movimiento. Pero lo hace sin comprender la belleza de lo que hace. Del mismo modo, el hombre se levanta, se acuesta, tras haber comido, trabajado, paseado, hablado, sin comprender nunca la belleza, o la fealdad, de lo que hace. Y no lo comprende, simplemente porque, al estar privado del espíritu, ya no distingue lo bello de lo feo, el bien del mal.

Es un bruto porque está satisfecho con dormir, comer, acumular la grasa en su cuerpo y provisiones en su cueva, ni más ni menos que como hace el animal, cuyo único fin en la vida y cuya única alegría en la existencia son estas operaciones y que, por esta ley baja y brutal que establece la necesidad de saquear para quedar saciado, lo justifica todo; los egoísmos y los actos feroces.

Es un cadáver porque lo que permite decir que un hombre está vivo es la presencia del espíritu en su carne. El hombre se convierte en un cadáver cuando exhala su alma. En verdad, el hombre actual es un cadáver que está en pie y se mueve por un sortilegio de la mecánica o del demonio. Pero no es más que un cadáver.

Pues bien, Yo digo: "¡Oh, áridos huesos!, infundiré en vosotros el espíritu y reviviréis. Haré que en vosotros vuelva a haber nervios y crezca la carne y otra vez os cubriré de piel y os daré el espíritu y reviviréis y sabréis que Yo soy el

Señor". Sí, lo haré. Vendrá el tiempo en que volveré a tener un pueblo de seres "vivos" y no de cadáveres.

Mientras tanto, a los mejores, a los que no están muertos más sólo están reducidos a esqueletos por la falta de alimento espiritual, les doy el sustento de mi palabra. No quiero que muráis de consunción. Ésta es la suculenta ambrosía[1] que, dulcemente, os da vigor. ¡Oh, nutríos con ella, hijos de mi amor y de mi sacrificio! *¿Por qué debo ver que muchos tienen hambre y que, habiendo preparado el Salvador abundante alimento para ellos, no ha sido alcanzado por los que tienen hambre?* Nutríos, poneos de pie, salid de los sepulcros. Sacudíos la inercia, apartaos de los vicios del siglo, venid al conocimiento, venir a "reconocer" al Señor vuestro Dios.

Os lo he dicho al comienzo de esta obra y a mediados de esta trágica guerra y os lo repito: "Esta es una de las guerras preparatorias de la época del Anticristo. Luego vendrá la era del espíritu vivo. ¡Bienaventurados los que se preparen a recibirla!

No digáis: "Nosotros no estaremos allí". No estaréis todos vosotros. Mas pensar solamente en sí mismos significa estupidez y anticaridad. De padres ateos naces hijos ateos. De padres inertes nacen hijos inertes. ¡Y todos ellos, vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos, tendrán una enorme necesidad de fuerza espiritual en esa hora! En el fondo, es una ley del amor humano proveer al bien de los hijos y de los nietos. No os mostréis en lo que atañe a los espíritus inferiores a lo que atañe a las cosas terrenas y, del mismo modo en que dais a vuestros hijos riquezas o consideráis cómo poder dárselas para que vivan días más felices que los que vosotros habéis vivido, dedicaos a prepararles una herencia de fuerza espiritual que ellos puedan modelar y multiplicar, para tener una gran cantidad de ella cuando los embates de las últimas batallas del mundo y de Lucifer flagelen de modo tan feroz la Humanidad que los hombres se preguntarán si no sería mejor el Infierno.

¡Oh, el Infierno!: La Humanidad deberá vivirlo. Luego, para los que permanecieron fieles al espíritu, vendrá el Paraíso, vendrá la Tierra que no es Tierra: el Reino de los Cielos>>.

[1] Ambrosía = Cosa deliciosa al espíritu.

20 de abril de 1945

Veo con insistencia los restos de un cuerpo humano carbonizado. Es un espectáculo que inspira piedad y temor. Está tan consumido por las llamas que parece una informa estatua de hierro extraída del fondo del mar. Aún se identifican en la cabeza las líneas principales de la nariz, los pómulos y la barbilla, pero en ese rostro faltan la redondez de las mejillas, la parte carnosa de la nariz, las orejas y los labios. Todo está resecado o destruido. Por ejemplo, lo están las extremidades: tanto los brazos como las piernas semejan ramos semi-carbonizados, a los que el calor ha mudado de aspecto: es como si la cera revistiera los tendones que, crispados por la combustión, han hecho contraer y retorcer los pies y las manos. Naturalmente faltan los cabellos y las cejas. No podría decir si ese mísero ser que yace echado sobre los restos de un fuego que ya se ha apagado, fue un hombre o una mujer, si era joven o maduro, rubio o moreno. En cuanto al lugar parece que se trata de los suburbios de una ciudad, un lugar donde ya empieza el campo, una zona desolada, pedregosa, lúgubre.

Miro y remiro ese pobre cuerpo abandonado en semejante lugar y se me ocurre preguntar: "¿Quién eres?".

Por muchas horas no me llega una respuesta. Pero ahora, aun encontrándome en ese mismo lugar, lo veo animado por personas que visten a la antigua y que están preparando una formidable hoguera con fajinas mezcladas con pequeños troncos robustos, una hoguera sólida, apta para arder debidamente. Veo también que, de la parte de la ciudad, está llegando un cortejo de soldados y gente del pueblo. No sé de qué ciudad se trata, pero de seguro es una ciudad cercana al mar, que se ve brillar allá en el fondo bajo el sol del mediodía.

En medio de este cortejo va una joven; es poco más que una adolescente. La llevan a la hoguera. La hoguera está destinada a ella. Se dirige allí, tranquila, segura, con la misma expresión soñadora de paz suprema, que siempre he visto reflejada en el rostro de los mártires.

Una mujer, cubierta por un velo, la sigue hasta el pie de la hoguera y allí la saluda. Por sus formas más bien abundantes y por lo poco que se ve cuando alza el velo para besar a la jovencita, se comprende que es anciana. No le dice ni una palabra. Solamente la besa llorando. Intenta rechazarla y con dureza la obliga a alejarse mientras ya las primeras llamas, encendidas en los brezos secos de las fajinas, lamen la pila. Le dicen: "¿Por qué tienes interés en esta rebelde? ¿Eres pariente suya? Vete. No se puede consolar a los enemigos del Cesar". Con

dignidad no exenta de altivez, la anciana responde: “Soy Anastasia, una dama romana, y ella es mi hermana. Tengo derecho a estar junto a ella como lo estuve junto a las hermanas de ayer. Dejadme aquí o me apelaré al emperador”.

Permiten que se quede y ella mira a la jovencita, hacia la que se elevan lenguas de fuego y oleadas de humo que por momentos la envuelven. Ve que está serena y sonríe a su sueño espiritual, insensible a las llamas que la devoran comenzando con los cabellos, que arden en una humeante lengua de fuego, para pasar luego a sus vestidos… hasta que, en lugar de la blanca túnica, abrasada por las llamas, precisamente el instrumento del martirio le conforma un espléndido atavío de fuego vivo que la oculta a la mirada de la multitud.

“Adiós, Irene. Acuérdate de mí cundo estés en paz”, exclama Anastasia. Y, detrás del velo de fuego, le responde la voz tranquila y juvenil: “Adiós. Ya estoy hablando de ti con…”. Pero no se oye nada más que el rugiente crepitar de las llamas…

Cuando comprenden que ha llegado la muerte, los soldados y los ejecutores de la sentencia se alejan y dejan que sólo la hoguera cumpla la destrucción total.

Anastasia no se mueve. Firme en medio del ardor del fuego y del sol, que pega fuerte en esta zona tan árida, espera… hasta que llegan las sombras del crepúsculo, en las cuales brilla débilmente una que otra chispa que ha sobrevivido entre la leña de la hoguera y que parece escribir palabras misteriosas, que narran en las sombras las glorias de la joven mártir.

Entonces, Anastasia se mueve. No va hacia la hoguera sino hacia una choza en ruinas que está poco distante, perdida en medio de un campo desnudo. A la luz del primer rayo de luna, entra decidida en un pequeño huerto abandonado, se inclina sobre el pozo y llama. Su voz resuena con ecos de bronce en la cavidad del pozo. Le responden varias voces. Luego, una tras otra, van surgiendo del pozo –que debe de estar seco- algunas sombras.

“Venid. Ya no hay nadie. Venid antes de que la ultrajen. Ha muerto como un ángel, tal como ha vivido. No he tocado las cenizas porque… le he dado todo, como el Padre de mi alma me ha ordenado. Pero… ¡oh, es demasiado horrible ver reducir a carbón un joven lirio!”.

“Apártate, señora. Lo haremos nosotros por ti”.

“No. Debo acostumbrarme a este suplicio. Él me lo ha dicho. Pero entonces no estaré sola. Ella y las hermanas en compañía de los ángeles, estarán a mi lado. Por ahora, ¡oh, hermanos de Tesalónica!, quedaos vosotros conmigo.

Van hacia la hoguera, que ahora está apagada definitivamente: es sólo un montón de cenizas desparramadas, sobre el que está posado el cuerpo carbonizado

que he visto antes. Anastasia llora quedamente mientras, con la ayuda de los cristianos, envuelve en un paño precioso el cuerpo, que las llamas han momificado. Luego lo depositan en una parihuela y el pequeño y piadoso cortejo se encamina costeando el borde de la ciudad y llega a una hermosa casa, muy amplia. Entran y, en el cementerio excavado en el jardín, depositan el cadáver, mientras uno de ellos, de seguro un sacerdote, lo bendice en medio de los pausados cantos de los presentes.

24 de abril de 1945

Por lo pronto, hago esta primera observación si no se me olvida.

El trozo del año pasado titulado "Sepultura de Jesús", colocado en el índice de la Pasión, que suprimimos porque nos parecía una superflua repetición, en cambio era útil para explicar varias cosas a quienes tienen deseos de conocer (honestamente) todo lo que se refiere al Señor y para explicárselo también a los que niegan la real muerte de Cristo. Hacia el final de dicho trozo se describía el modo en que había sido embalsamado el Cuerpo y envuelto luego en los paños. Y todo eso explicaba muchas cosas.

Paciencia, ya está hecho. Pero convénzase: cuando no estoy sostenida por Jesús, soy una perfecta tonta, no veo nada, no comprendo nada. Por eso, es perfectamente inútil venirme a preguntar algo después de que mi deber ha terminado: no sé nada más, no entiendo la utilidad de un trozo. Es la nada absoluta, la absoluta oscuridad.

Esta mañana, al amanecer, se me ha indicado la causa por la cual ese fragmento, fue colocado en el índice de los trozos. Y así, me he sorbido mi… medicina contra el orgullo del juicio humano. Ahora, yo haría una acotación en una hoja adjunta para explicar cómo fue preparado el Cadáver. De este modo, dicha inclusión resultaría una útil aclaración para los deseosos de saber y para los que niegan.

Y ahora vayamos adelante.

4 de mayo de 1945

Esta mañana Jesús ha tenido una sonrisa también para mí.

Mi desolación es tan completa que me había echado a llorar por varios motivos y no era el menor el cansancio que me producía escribir y escribir con la convicción de que tanta bondad de Dios y tanta fatiga del pequeño Juan eran

completamente inútiles. He invocado llorando a mi Maestro y, dado que por su inmensa bondad ha venido para dedicarse todo Él a mí, le aclaré mi pensamiento. Se ha encogido de hombros como queriendo decir: "deja de lado el mundo y sus historias" y luego, acariciándome, me ha dicho:

<< ¿Y entonces?, ¿no querrías ayudarme aún? ¿El mundo no quiere conocer mis palabras? Pues bien, digámoslas entre nosotros, por mi alegría al repetírselas a un corazón fiel, por tu alegría al oírlas.

¡Las fatigas del apostolado!… ¡abaten más que las de cualquier otra tarea! Quitan la luz al día más sereno y la dulzura al más dulce alimento. Todo se transforma en fango y cenizas, en náusea e hiel. Pero, alma mía, estas son las horas en que nosotros cargamos con el cansancio, con las dudas, con la miseria de los hombres que se consumen por no poseer lo que nosotros tenemos. Estas son las horas en que hacemos más. Ya te lo dije el año pasado.

"¿Para qué sirve?" se pregunta el alma sumergida en lo que sumerge al mundo, o sea, en las ondas que envía Satanás. El mundo se ahoga. Pero el alma clavada con su Dios en la Cruz no se ahoga. Pierde la luz por un instante y queda sumergida bajo las olas nauseabundas del cansancio espiritual, pero luego surge más fresca y más bella.

Tus palabras: "Ya no sirvo para nada", son una consecuencia de dicho cansancio. Nunca servirías para nada. Mas Yo soy siempre Yo y, por lo tanto, siempre servirás para tu deber de portavoz. Naturalmente. Yo diría "Basta" si viera que mi don es ocultado con avaricia como si se tratara de una gema preciosa y maciza, o es usado imprudentemente, o que, con indolencia, no se intenta tutelarlo con esas garantías que la maldad humana obliga a usar en estos casos para proteger ya sea el don, ya sea a la criatura a través de la cual se otorga el don. Yo diría basta y esta vez sin volver atrás. Diría basta para todos, excepto para mi pequeña alma, que hoy parece una florecilla bajo un aguacero.

¿Si te brindo estas caricias, puedes dudar de que te ame? ¡Animo! Me ayudaste en tiempos de guerra. Ayúdame aún, ahora… ¡Hay tanto por hacer!>>.

Bajo la caricia de la afilada mano y de la sonrisa tan dulce de mi Jesús, cándido como siempre cuando es completamente para mí, me he serenado.

15 de mayo de 1945

Esta noche se ha producido la aparición del horrible rostro del que Ud. está enterado, tal como lo veo siempre. Y ahora estoy aterrorizada por ello.

17 de mayo de 1945

Dice Jesús:

<<Estás mal y te dejo tranquila. Te hago observar solamente cómo puede cambiarlo todo sólo una frase omitida o una palabra transcrita mal. Y tú, que escribes ahora, estás viva y puedes reparar enseguida el error. Por lo tanto, piensa y considera de qué modo 20 siglos han podido privar de algunas partes el Evangelio apostólico; partes que no son dañinas para la doctrina pero que lo son para la fácil comprensión del Evangelio. Si nos remontamos a los orígenes, descubrimos que el Evangelio es una obra surgida en el Desorden que explica muchas cosas y que se presta a los hijos del Desorden para muchas otras. Y ya ves qué fácil es caer en errores de trascripción.

Quédate tranquilo hoy pequeño Juan. Eres una flor quebrada. Ya pasaré más tarde a fortalecer tu tallo. Por hoy me sirven las lágrimas de tu herida. Dios está contigo>>.

20 de mayo de 1945

Por la noche dice el Amor eterno:

<<No te he hablado directamente. Pero me has oído hablar por boca del Verbo, de la Virgen, del Apóstol y así hablé a los que buscaban a Dios, a los que estudiaban la doctrina de Dios, a los que necesitaban a Dios. Para ti era una corriente de dulzura en medio de las ondas amargas de tu vida. Para los demás era algo incluido en lo mucho que se recibe. Soy Espíritu de Amor. Pero también soy Justicia. Me entrego más a quien más me es inmolado. A buen entendedor…

No hay que experimentar sensualidad en el amor espiritual. Las caricias de Dios no son dones que podéis exigir. Son gracias que os son otorgadas. Y no hay que ser ávidos de ellas, como si fuerais avaros que acumulan afanosamente grandes riquezas. Y no hay que ser como los sátrapas, que transcurrían el tiempo mirando y remirando, sin ningún esfuerzo, las piedras preciosas con que los súbditos colmaban sus cofres, mientras que los portadores habían sudado sangre para arrancar la gema de las vísceras del mar y de la tierra. Que cada uno extraiga los purísimos diamantes de la Sabiduría con el propio esfuerzo. No incurráis en la fácil desviación que lleva de la espiritualidad al sentimentalismo. Yo soy el Fortalecedor y quiero que mis fieles tengan fortaleza. En religión, el sentimentalismo es como la creta y el hierro de los pies de la estatua soñada por

Nabuconodosor[1]. Basta que los golpee la piedrecilla de una desilusión para que todo peligre. Y si la piedra es grande, los aniquila.

¡Sed fuerte, hijos! ¡Sed fuertes! La tierra es un campo de batalla. La bienaventuranza está aquí, donde Yo estoy. Mas para alcanzarla… Es como una senda de diaspro hecho astillas, Es una tortura. Y toda tortura es un mérito. Al Hijo de Dios le tocó recorrer solamente ésa. ¿Acaso vosotros queréis una mejor? Renovaos en mi Fuego>>.

[1] Daniel 2, 31-36.

21 de mayo de 1945

Lunes de Pentecostés, a las 11.

La onda de dulzura que el Paráclito me había prometido ayer noche ha llegado y la he recibido con lágrimas de alegría. Ha llegado con una caricia completamente espiritual, con un soplo que era un beso ligerísimo que apenas me ha rozado la frente y ha provocado en mí un ímpetu de amor tan profundo que mi corazón, el corazón concreto, ha sufrido por ello pero, al mismo tiempo, todo era dulzura y júbilo. Contemporáneamente, la Voz sin voz del Paráclito me ha hablado y sigue hablándome y me trae, para demostrarme el amor de Dios por mí, el lirio que me ha florecido, "su" lirio: del Paráclito y de Dios… Dice:

<<De este modo eres amada… de este modo eres sostenida… (espera que yo haya escrito esto y luego prosigue). Dios es tu fuerza. Observa cuán firme es el tallo… No le falta nada, ni siquiera las hojas, que no son inútiles sino necesarias para proteger la flor. Dios es tu tallo. Las virtudes divinas son tus hojas. Dios es tu finalidad. La flor está en la cima del tallo. Eres como el largo pistilo que se asoma del cáliz níveo, circundado por las doradas llamas de los estambres colmados de polen. Dios te ama así. Te ha creado hundiéndote en la tierra como el bulbo en el cuadro del jardín, pero te ha dado un alma, que es el centro de tu vida y, tras haber mortificado dicha alma haciéndole probar la agobiante oscuridad de la tierra, la ha llevado hacia arriba, hacia arriba, cada vez más arriba, protegiéndola con las virtudes que le ha otorgado para defenderla hasta elevarla al cándido abrazo de la Corola eterna, o sea, de nuestra santísima Trinidad. De este modo te circunda nuestro amor: con el candor y el fuego, con la paz y el regocijo. Observa: dado que eres "nuestra" pequeña María, la que es completamente nuestra, tu espíritu, ese largo estilo encerrado en nuestro corazón, lleva nuestro signo: es un signo único, marcado por tres separaciones que no lo dividen sino que, por el contrario, hacen que su estigma sea tricúspide. ¡Oh María, pequeña María!…>>.

La Voz calla pero la reemplaza un coro resonante de angélicos hosannas sobrepasado por la jubilosa y límpida voz de la Virgen, que canta el Magnificat… ¡Y cómo la canta! Nunca he oído este salmo cantado de esta manera. Sólo Ella puede cantarlo así… No la veo. Veo solamente un inmenso y refulgente esplendor. Pero sé que es Ella y me uno a su canto con el alma…

22 de mayo de 1945

Para Paola. Dice María:

<<Para ti no sólo existirán la sonrisa y las gracias de la Madre celeste sino aún más. Su sonrisa y sus gracias velarán siempre sobre ti si sigues siendo la Paola de Jesús. La que Jesús ha querido apartar de los sitios tan lejanos y tristes, envueltos en la niebla, de los prados malsanos donde te consumías sin contento y sin provecho, para conducirla a regiones luminosas, al alimento santo con el que te has corroborado el alma sabiendo que existía la Vida, que nada está perdido, que nadie está separado para los que se aman en el Señor. Ahora sabes cómo se encuentran las almas de los vivos y las de los que "viven", como del Cielo a la Tierra se tienden los incorpóreos brazos de los espíritus para intercambiarse palabras y caricias para que sea menos triste vuestra existencia y más feliz nuestra Morada. Ahora sabes qué es la bienaventurada comunión de los espíritus, de los santos, de quienes, a pesar de haber mudado de forma y de naturaleza, no han dejado de existir y que aman como no habrían podido amar en la vida terrenal, porque aman en Dios.

Y no sólo yo, que soy la Madre de todos los hijos de mi Hijo, la Madre, de todos los que sienten la necesidad de amor, me inclino sobre ti, ¡oh hija!, en esta hora. También lo hace otra madre, tu madre, la que buscabas donde no podía estar, donde no podías encontrarla porque fue buena y honesta y conoció lo más grande: el perdón. Hija mía, tu madre no está ausente: mientras te bendigo, ella te besa para que tu corazón no esté triste en esta hora; para que, por el contrario, esté sereno.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo>>.

Este dictado de la Madre me ha llegado después de la carta que me anunciaba las próximas bodas de Paola, y cuando yo acababa de terminar mi mensaje de felicidades para la ocasión. Eran las 21 y 30. Para que escribiera este dictado, la Virgen, con decisión e insistencia, me ha hecho interrumpir la carta a Giuseppe, que yo estaba empezando en este momento.

30 de mayo de 1945

(Hace 40 años que recibí la Confirmación por mano del Cardenal Andrea Ferrari).

31 de mayo de 1945

Corpus Domini

Para Sor Gabriella. Dice Jesús:

<<Paz y bendición para la Gabriella de mi Madre. Haz que el corazón se dilate cada vez más, no solo por la cruz de tu enfermedad sino por abrirse completamente a Mi. La invasión del Amor es borrascosa por que el Amor no es solo dulzura; es lo que ya ha sido cuando era Carne, es decir, Dolor. He muerto por los treinta y tres años de dolorosa dulzura que implicó hacer la voluntad de Dios. El Amor es un cauterio que quema para sanar al espíritu de la parte humana que, como prolífica enfermedad, siempre intenta resurgir e instalarse en otras zonas para provocar daños. Yo destruyo para crear. Y cuando están destruidos todos los lazos de lo humano, el alma, ya desde la Tierra, disfruta de la libertad superior y bienaventurada de los ángeles.

Luego… luego, cogida de una oreja como se hace con una alumna negligente, se me obliga a escribir lo siguiente para la Señora A. P.[1] que, en realidad, nunca me había pedido nada directamente.

Dice Jesús:

<<Por tu prudencia mereces la palabra que deseas y no pides. Que te sea dada y, con ella, que recibas también paz y bendición. Conserva esta certidumbre como consuelo de tus últimos años: no hay ninguno entre aquellos cercanos a ti por vínculos de sangre, de afecto, de amistad, de caridad hacia el prójimo, que pueda reprocharte por haber perjudicado su alma. Son pocos lo que pueden oírse decir esto. Persevera hasta el principio de la vida eterna en Mí. Encontrarás a quien amaste juntamente con Dios. Que sean contigo la paz y mi bendición; vive gozosa por mi amor>>.

Hacía ya cuatro días que Jesús me decía: “Escribe”. Pero convertirme en distribuidora de estos mensajes está tan… poco de acuerdo con mis sentimientos que, aun sintiéndome contenta por esa señora amiga mía, no escribía. Me decía a mí misma: “Y si escribo ¿qué pasa? El mensaje escrito quedaría allí, porque de seguro yo no se lo voy a dar. Entonces, tanto vale no escribirlo.

[1] Se trata de Angelina Panigadi, amiga de la escritora ya desde la infancia, fallecida en 1960.

Esta mañana he merecido un lindo reproche por el que se me decía:

<<Si te he aconsejado que hagas una excepción en cuanto a esta alma y que la llames a ti, es porque Yo veo en los corazones y conozco las necesidades. Te hago presente el Evangelio, donde se lee: "¡Ay de los solos!"[2]. Aún estás demasiado sola. Tienes la tutela de un sacerdote y ya esto es muchísimo, pues sirve para poner un sello de seguridad en tu misión. Pero tienes a tu alrededor a tantos que nos son precisamente santos. Y, además, necesitas amigos, como los necesitaba Yo. Del mismo modo que elegí a mis amigos, elijo a los tuyos, para que cuentes con ellos. Si quiero darle un premio a esta persona que lo sabe todo perfectamente y que tiene la virtud rarísima de saber callar; a esta persona que pudo haberse resentido y no lo hizo, pues no manifestó resentimiento ni te lo hizo pesar y volvió tan pronto como le dijiste: "Venga"; a esta persona que tiene un "gran" anhelo en el corazón y querría satisfacerlo para ir al encuentro del "gran paso" más serena en su soledad, ¿por qué rehúsas hacerlo? Hace muchos meses te dije que estabas castigada por haber hecho más caso a los demás que a tu Director, que hablaba en mi nombre. ¿Quieres volver a empezar? ¿No te basta el castigo? ¿No sabes que entre "los otros" que dicen lo contrario de lo que Yo digo, también está tu yo? Claro que puede estar y está todas las veces en que te obstinas. Por eso mismo escribe y luego habla con el P. M. Primero obedéceme a Mí y luego a él. Y sé extraordinariamente caritativa, caritativa de modo sobrenatural para con esta amiga que he vuelto a traerte para tu bien>>.

[2] Qohèlet (Eclesiastés) 4, 10. Naturalmente, no es exacta la referencia al Evangelio, hecha por la escritora después de algún tiempo de haber escuchado el dictado.

3 de junio de 1945

Lo escribo porque debo decirle todo, pero son cosas tristes.

Ayer oí por radio la alocución del Santo Padre dirigida al Colegio de los Cardenales. Las palabras de S. S. Expresan su condena del nacional-socialismo y su piedad hacia el pueblo alemán. Es justo que lo haya hecho porque, si habla en nombre de la Misericordia, no debe ensañarse con quienes ya han recibido su castigo, aunque estoy convencida de que los alemanes siempre serán los mismos, a pesar de toda la piedad, de todos los castigos y de todos los esfuerzos para mudar si psique. Eventualmente, aumentará su espíritu de venganza y, si los demás Estados permiten que se rearmen, la próxima vez serán peores que ahora.

Pero la condena del nacional-socialismo, que hoy es explícita, me lleva a recordar el gran sufrimiento que, como portavoz, tuve en el mes de noviembre de 1943. En ese entonces obtuve, con lágrimas y plegarias, que se modificara un dictado tremendo. Es decir, tuve una copia integral del mismo, que está entre mis papeles secretos, y otra… moderada, que figura en los dictados. El reproche del Señor no recae sobre los alemanes y sus aliados sino sobre quienes, siendo depositarios de la Sabiduría y de los medios sobrenaturales de Dios no los usan e inducen a las almas a pensar en una complicidad o en una debilidad culpable. Es un reproche que muchos pronunciaron y una conducta que resultó un arma en manos de los culpables para atemorizar y tener subyugados a su poder.

Ayer todo esto se volvió a presentar a mi memoria… e hice eco a la Voz que decía: "¡Demasiado tarde!"… Esta es una de las tristezas.

La otra es mi breve sueño al amanecer… Fue un sueño espantoso. Me recordó las previsiones que me turbaban mucho antes de la guerra y las revoluciones de 1915, etc., etc. hasta la actual y las relativas consecuencias de las mismas. Hoy me parecía vivir, junto con toda la ciudad, a la espera de un hecho espantoso. Y, en efecto, hemos tenido qué huir en busca de un refugio dónde cobijarnos porque el cielo estaba atestado de pequeños y obscuros aviones (parecían pequeños porque volaban muy alto), cuyas intenciones no se conocían. ¿Iban a arrojar gases?, ¿bombas?, ¿iban a ametrallarnos? Todos huían. Las calles se vaciaban. Yo trataba de escrutar el cielo, pero me decían: "¡Vamos, vamos, rápido, al refugio!", y todos gritaban: "Comienza el castigo". Parecían aviones rusos. Yo decía: "¡Pero si apenas acabamos de salir de una tormenta! ¿Aún no es suficiente?". Muchos me respondían: "Ésta acabará con todos. Ha llegado la hora también para la

Monarquía (esta no es un profecía, porque lo saben hasta las piedras). Todos recibirán su merecido". Me desperté aterrorizada,

Cuando parecía que la grandeza de Italia iba a ser todavía mayor y que el rey estaba a punto de ser coronado como emperador, yo soñaba siempre con las desgracias que luego cayeron sobre nosotros: ataques, refugios, huidas, etc. y, entre los enemigos, veía siempre a los rusos con sus pajarracos negros. También veía siempre que el rey, la reina y sus parientes descendían, en una fuga afanosa, entre escombros y montones de carbón mineral. No parecían huir de un ataque inminente sino porque no podían permanecer más debido al odio del pueblo. Mamá se burlaba de mí porque yo decía estas cosas… y yo lloraba por lo que veía. Lamentablemente, los hechos ya han confirmado lo de la Monarquía… ¡Pero Señor!, ¿no basta aún?…

2 de julio de 1945

A las 12.

Sé lo que me has hecho, Señor, llevándome contigo en tu venida a Jerusalén y a Betania, tan dulce en su melancolía y en su paz… Lo sé. Después de la visión del sábado en el Getsemaní, la verdad resplandeció ante mí de improviso… Y tuve un sobresalto… pero no me detuve, porque te secundé en tu amoroso intento. Me llevabas muy hacia lo alto, me ocupabas completamente por días enteros, y luego me sumergías en la niebla de mis torpezas para no hacerme pensar en el significado de esos días por mí. Por todo el mes de junio, un mes de angustias para tu pobre María, me precipitaste por completo en tu torbellino para que el torbellino de mis recuerdos no me arrollara…

¡Gracias, Dios mío! Ya ves: por temor de destruir tu piadosa tarea, ni siquiera escribí en ese entonces, cuando comprendí el motivo de esas horas tan embelesadoras de las visiones… La visión de la Madre… del niño… tu amor hacia la Madre niña, tus palabras que la evocaban, tus palabras al niño recogido por tu amor… Si yo hubiera escrito que había entendido, habría significado que mi mirada había advertido el tormento que tu amor, en cambio, envolvía en dulzuras para no hacérmelo ver y para no hacérmelo sentir… Por eso callé.

Tú eres bueno, tu bondad es completa, total. Eres infinitamente bueno porque eres Dios, eres perfectamente bueno como Hombre-Dios. Comprendes que los recuerdos hacen mal, que ciertas cosas turban y no quieres que la muerte o la agitación turben a tu portavoz, que ya está tan agotado, tan agotado… Por eso me has absorbido en Ti, en tu pasado de Jesús de Nazaret, peregrino y maestro en la

Tierra; lo hiciste para que yo no pensara… para que no pensara en todas las fechas luctuosas que para mí se acumulan en el mes de junio… A pesar de ello, me afligía el tormento… pero estaba mitigado. Existían los sollozos de la pobre María, que en este mes de junio ha asistido a las peores tormentas de su destino, las que la han despojado de los afectos más grandes, para que no volviera a florecer sino en Ti… Existían esos sollozos, listos para estallar… pero Tú los escondías bajo tu canto… y sólo se advertían si la María-alma consideraba por un instante su parte humana.

¡Gracias, Dios mío! Hace diez años, a esta misma hora, mi papá estaba abandonando del todo mi casa… y Tú me has traído hasta aquí en estos días, estrechándome a tu corazón. Como haces siempre en las horas peores desde que soy tu "portavoz"… Lo hiciste cuando murió mamá, en los días más feroces de la guerra… y también ahora. Solamente el año pasado, en abril y en junio me hiciste beber toda la amargura, debido a un designio tuyo que, a mi parecer, lleva por nombre "reparación de los momentos desesperados y alivio para los mismos". Es así, me hiciste enloquecer para salvar a otros de la desesperación. ¿Quiénes habrán sido salvados de este modo? ¿Dónde están ahora mis pobres hermanos desesperados?

Esta mañana he estado a punto de morir… Desde las siete hasta las 12, es decir, hasta ahora, he soportado una crisis cardiaca… Pero ya desde ayer me estaba oprimiendo la angina pectoris… Dado que no podía hacer más de lo que hice, te he amado y he ofrecido tu Sangre y mis dolores por mi papá y por mis hermanos desesperados.

8 de julio de 1945[1]

¿Es que, acaso, los enemigos de Cristo no siguen atacando y rodeando de asechanzas a Cristo ahora y siempre? ¿Acaso la Ciencia y la Herejía, el Odio y la Envidia, los enemigos de la Humanidad, surgidos de la misma Humanidad como ramas envenenadas de una planta sana, no hacen todo esto para que la Humanidad muera, dado que la odian más aún de lo que odian a Cristo, porque la odian activamente, privándola de su gozo al descristianizarla, mientras que a Jesús no pueden quitarle nada porque Él es Dios y ellos son sólo polvo? Sí, lo hacen. Pero Cristo se refugia en los corazones fieles y desde allí mira, desde allí habla, desde allí bendice a la Humanidad y luego… y luego se dona a estos corazones y

[1] Para comprender el trozo siguiente, hay que tener presente qué implica la reflexión sobre un episodio en el que se habla de una multitud que se agolpa en torno a Jesús, no sólo con el amor de los buenos sino también con la curiosidad de los malvados.

éstos… éstos, aún permaneciendo aquí, tocan el Cielo y su bienaventuranza y arden hasta experimentar un delicioso tormento en todo lo que constituye su ser; en los sentidos y en los órganos, en los sentimientos y en el pensamiento y, en fin, en el espíritu…

Nuestros compañeros son las lágrimas y las sonrisas, los gemidos y el canto, la extenuación y, sin embargo, el imperioso deseo de vivir; más que compañeros son nuestro mismo ser porque, así como los huesos están amalgamados con la carne, y las venas y los nervios circulan bajo la piel y todo eso forma un solo hombre, del mismo modo todas estas cosas están en nosotros, en nuestra pobre condición humana y han nacido, han prendido en nosotros porque Jesús se ha dado a nosotros. Y en esos momentos -que son sólo instantes, porque si fueran eternos moriríamos abrasados y destrozados- ¿qué somos nosotros? Ya no somos hombres. Ya no somos los animales dotados de razón que puebla la Tierra. ¡Oh, Señor!, deja que lo diga una sola vez, no por soberbia sino para cantar tus glorias, porque tu mirada me quema y me hace delirar… En esos momentos somos serafines. Y me asombra que no se desprendan de nosotros llamas y calor a los que son sensibles las personas y la materia, así como sucede en las apariciones de los condenados. Pues, si es verdad que el fuego del Infierno es tal que basta el reflejo que emana de un condenado para hacer arder el leño y fundir los metales, ¿qué es entonces tu fuego, oh Dios, que eres totalmente infinito y perfecto?

No, no se muere de fiebre, no se arde por su causa, no nos consumimos de fiebre provocada por los males de la carne. ¡Amor, tú eres nuestra fiebre! Y por amor ardemos, morimos, nos consumimos; de amor y por amor se desgarran las fibras del corazón que no puede resistir a tanto sentimiento. Pero no me he expresado bien, porque el amor es delirio, el amor es una cascada que rompe los diques y avanza demoliendo todo lo que no es amor, el amor es el tumulto en la mente de sensaciones absolutamente verdaderas, absolutamente presentes que, no obstante, la mano no puede transcribir por lo veloz que es la mente en traducir en pensamiento el sufrimiento que experimenta el corazón. No es verdad que se muere. Se vive con una vida diez veces más vida y con un doble aspecto, porque se vive como hombres y como bienaventurados: con la vida de la Tierra y la vida del Cielo. ¡Oh, estoy segura de que se alcanza y se supera la vida sin taras, sin menoscabos ni limitaciones que Tú, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Tú Dios creador, Uno y Trino. Habías dado a Adán y que es el preludio de la Vida después de la asunción a Ti; una Vida que se goza en el Cielo tras un plácido pasaje del Paraíso terrestre al celestial y un recorrido en los amorosos brazos de los ángeles, tal como fue el dulce sueño y la dulce asunción al Cielo de María para ir a Ti, a Ti, a Ti!

Se vive la verdadera Vida. Y luego volvemos a encontrarnos aquí y, tal como estoy haciendo ahora, nos asombramos, nos avergonzamos de haber ido tan lejos y decimos: "Señor, yo no soy digno de tanta gracia. Perdóname, Señor", y nos golpeamos el pecho porque tememos haber cometido pecado de soberbia y se baja un espeso velo sobre el esplendor que, apiadado de nuestros límites, no sigue brillando con consumado ardor, sino que se recoge en lo íntimo de nuestro corazón, listo para volver a brillar en toda su potencia en un nuevo momento de beatitud establecido por voluntad de Dios. Se baja el velo sobre el sagrario en el que arden los fuegos, las luces, los amores de Dios… y agotados, pero regenerados, retomamos el camino como… embriagados por el vino fuerte y suave, que no obnubila la razón y que, por el contrario, nos impide dirigir los ojos y el pensamiento hacia lo que no es el Señor, o sea, Tú, mi Jesús, eslabón de conjunción entre nuestra miseria y la Divinidad, medio de redención para nuestra culpa, creador de bienaventuranza para nuestra alma; Tú, Hijo, que con las manos heridas pones nuestras manos entre las manos espirituales del Padre y del Espíritu para que estemos en Vosotros ahora y siempre. Amén.

Mas ¿adónde he ido mientras Jesús me encendía encendiendo a los ciudadanos de Yuttá con su mirada plena de amor? Ud. habrá notado que ya no hablo de mí o que lo hago muy rara vez ¡Cuántas cosas podría decir! Pero el cansancio y la debilidad física, que me oprimen inmediatamente después de los dictados y el pudor espiritual, que es más fuerte cuanto más avanzo, me persuaden, me obligan a callar. Pero hoy… he ascendido demasiado a lo alto y es sabido que el aire de la estratosfera hace perder el control… Yo he ido mucho más arriba que la estratosfera… y ya no he podido controlarme… Además creo que si nosotros, los que estamos envueltos por estos torbellinos de amor, calláramos siempre, terminaríamos por estallar como proyectiles, o mejor como calderas archicalientes y herméticas.

Perdóneme, Padre. Y ahora vayamos adelante.

9 de julio de 1945

Porque me apiado de sus ojos, Padre, vuelvo a leer lo que escribí ayer para aclarar ciertas palabras escritas de modo incomprensible. Releer este texto me desconsuela… ¡es tan inferior a lo que sentía mientras describía mi estado de ánimo! Y sin embargo, por el temor de expresarme mal y para que me ayudara a narrar lo que el Señor me hacía sentir y me diera un poco de alivio porque también es un sufrimiento, ¿sabe?- llamé a mi San Juan. Le dije: "Conoces bien

estas cosas. Las has experimentado. Ayúdame". Y no me faltó su presencia ni su sonrisa de eterno niño bueno ni sus caricias. Pero ahora siento que mi pobre palabra es inferior, muy inferior al sentimiento que yo experimentaba en esos momentos… Todo lo humano es paja; oro es sólo lo sobrenatural. Pero el lenguaje humano ni siquiera puede describirlo.

16 de julio de 1945

Ahora tendría que decirle una cosa porque, si no, se me convierte en obsesión.

Hace unos 15 días, o tal vez más, que la Voz querida incita a mi corazón de este modo:

<<Acuérdate de los hermanos separados. Acuérdate de que eres víctima también de ellos. Acuérdate de que estaban sostenidos por tu amiga Gabriella della Trappa[1]. Acuérdate de que el obstáculo de la guerra ha cesado. Acuérdate de que no sólo con la plegaria se ayuda a las almas. Acuérdate de que Yo soy el Cristo de todos y que todos los cristianos son de Cristo. *Acuérdate de que tu misión va mucho más allá de la sangre y los afectos.* Eres la portadora de la Voz y la Voz se dirigía a todos. No puedes negarla. Acuérdate de que me aman con mayor veneración –como tú misma has intuido- en las otras confesiones que entre vosotros. Hay que hacer un solo paso para formar un solo redil bajo un único pastor. Y se necesita una mano que se tienda más allá del arroyo que divide, para ayudarles a venir. La sed de Mí es muy intensa allí…".

Mas, ¿qué puedo hacer? Por esta reprensión que es como un taladro que no calla nunca en mi mente, sólo puedo perder todo el sueño que me queda, Sólo puedo perder la tranquilidad, porque no sé cómo hacer, porque me opongo a hacer, porque siento que no haciendo desagrado a Jesús. Los únicos hermanos separados que conozco, de nombre, son los de la Nashdom Abbey. ¿Cómo puedo hacer? ¿Qué tengo qué decir? No sé hablar inglés. ¿Por qué Jesús pretende de mí cosas tan superiores a mi capacidad y a mis tendencias? Ayúdeme Ud. porque debe saber que, cuando Él quiere algo, lo quiere y basta, y no se calma hasta que no se le satisface.

Dice Jesús: <<Dado que falta unión entre los pueblos, que haya al menos unión entre los cristianos, porque son inminentes los periodos anticristianos y es necesario que se cumpla lo antedicho>>.

[1] Se trata de sor María Gabriella Sagheddu, trapense de Grottaferrata (1914-1939), que se ofreció por la unidad de los cristianos y fue proclamada beata por el papa Juan Pablo II el 25 de enero de 1983.

Muy bien… pero ¿cómo hay que hacerlo?… Por lo pronto, yo ofrezco todos mis sufrimientos y dejo sólo una pizca para otros motivos. Pero parece que no es suficiente y no puedo agregar otros sufrimientos a los que son propios de la enfermedad. Entonces, ¿qué debo hacer?

21 de julio de 1945

Son las 11 y mi corazón padece un nuevo dolor. Le confieso que, aunque ya desde hacía días iba percibiendo este nuevo dolor, hoy he llorado. Las lágrimas iban derramándose mientras comía sin hacer tantos espavientos, porque no me gusta dar demostraciones que a otros no les interesan.

A través de un amigo suyo, mi tío[1] me escribe su último saludo… También este pariente ha muerto. Siempre había estado en mi corazón. ¡Estaba tan enfermo, tan necesitado de todo!, en primer lugar de afecto, de alguien que acariciara sus profundas heridas para quitarle esa acrimonia que le habían hecho nacer en el corazón sus desventuras, demasiadas desventuras y demasiado dolorosas. ¡Y yo lograba cumplir muy bien ese propósito! He sufrido también por él en estos meses en que me era imposible comunicarme con los del norte. Su carta del mes de junio me había dejado muy contenta. Y enseguida pensé en hacerle un pequeño regalo… inmediatamente después, sentí que iba a ser el último… Lo recibió… y creo que será la única flor afectuosa en su cabezal fúnebre.

Las lágrimas siguen bañando mis ojos… ¡Señor!… no digo nada más. Tú ya sabes. Con este nudo de mudo dolor en mi corazón, me recuesto para dar un poco de alivio a mi cuerpo, que no quiere morir –mientras yo, en cambio, tengo tantos deseos de que llegue la muerte- y pienso en sor M. Gabriella. Siento que ella tiene ganas de una dulce, de una pequeña compensación… No se convence de que hay más hiel que miel en el cáliz de Jesús.

Y, dado que advierto que se avecina la llegada de dos hermanas de su orden para suplicar en su nombre una palabra, le digo a Jesús: "¿No hay nada para ella?, de modo que no siga pidiéndome frecuentemente si hay algo para darle". Recibo una respuesta tajante como un fusilazo: <<No>>. Me quedo aniquilada por el efecto de ese "no" seco, que impide toda respuesta… me vuelvo hacia otra parte y sollozo por mi tío, mientras Marta dormita. Y he aquí que a las 16 llegan las monjas: <<¿No tiene nada que decirle a la Superiora?>>. Léase: nada qué darle…

[1] Se trata de Aristide Fioravanzi, hermano de la madre de la escritora, fallecido en Bergamo el 14 de julio de 1945.

Habría tenido qué agradecerle por Cancogni. Pero me siento abrumada por demasiadas cosas y yo también digo: "No". Pienso en lo mal que se va a quedar. ¿Qué puedo hacerle? Le escribiré una cartita de circunstancias apenas pueda. Pero el "no" de Jesús ha sido tan terminante que creo que sor Gabriella no va a recibir nada por mucho tiempo. Y eso me duele, porque me causan compasión las almas que no saben obrar por sí mismas… sin dulzuras… pues se las reservan todas para la eternidad. ¿Es acaso un modo de pensar con soberbia? Me lo pregunto y me parece que no. Es sólo la verdad.

Padre, ¿por qué se me hace cada vez más ligero el velo que envuelve las almas y las cosas? No quisiera que fuera así… En pocos meses, es la cuarta vez que digo: "Siento que éste o ésta ha muerto" y luego resulta que es verdad. Así pasó con mi médico, con la Soldarelli, con Annalina, con mi tío… Pienso en ellos y siento que están vivos y luego, un día, digo: "Es inútil que espere o que le escriba a él o a ella. Ha muerto". Y han muerto verdaderamente. Ve: en el caso de sor Giovannina yo sentía que no se había ido de Roma, que no se había muerto, que no estaba paralizada o atontada o cualquier otra cosa, y sabía cuál era el verdadero nombre de este silencio. En cambio, de estos otros de los cuales podía y debía creer que estaban vivos, sentí que habían muerto. Naturalmente, el hecho no es agradable para nada…

…Jesús vuelve a adueñarse de mí para hablarme del Evangelio.

23 de julio de 1945

Por la noche.

Episodio de las mártires Flora y María de Córdoba.

Quizás para consolarme de la visión perdida y permitir que se me pase la inquietud que me invade cuando, por inconvenientes absolutamente humanos, no puedo ocuparme de mi tarea, ahora se me presenta nítidamente la extraña visión de un subterráneo, que de seguro, es la prisión de algún castillo. Se trata de un castillo musulmán, porque veo un desagradable individuo vestido de turco o de árabe, aunque más bien me parece como un turco de épocas pasadas, con un largo caftán marrón, por debajo del cual asoma un atavío de tela brillante como seda, de color rojo oscuro, y una especie de amplios pantalones ceñidos al tobillo. Calza babuchas rojas sin taco, de cuero marroquí. En la cabeza lleva un sombrero marrón de forma de cono truncado, con una faja de tela de color verde esmeralda enrollada a modo de turbante. La prisión o, mejor dicho, el subterráneo –porque las ventanas están a nivel del suelo- está hecho de este modo: por una empinada

escalerilla se desemboca en el bajo pasillo y, pasando por una arcada, se entra en un cuarto también bajo y, además, oscuro como un sótano. En medio de la habitación se ve un pesado bloque de piedra en cuyo centro hay un grueso anillo de hierro. El suelo está apisonado. Tal es el lugar que no logro describir absolutamente con un dibujo.

Conducen allí a una jovencita muy bella. Tiene las manos atadas a la espalda y la empujan, casi hasta hacerla caer, por los 5 peldaños que llevan al pasillo que precede este lúgubre cuarto, donde la espera paseando nerviosamente el personaje que he descrito antes. En esta ocasión me he olvidado de decir que lleva un ancho cinturón que le sujeta las ropas y en el que está ensartada una larga y curva cimitarra con una empuñadura adornada de gemas y la vaina damasquinada en oro.

"Te lo pregunto por última vez: ¿quieres abandonar la religión de los perros hebreos y volver a la santa fe del Profeta?".

"No".

"Piénsalo bien. Sabe que en tierra de moros no se venera más que a uno solo, a Mahoma, ¡el verdadero profeta de Alá! Y ya conoces la suerte que les espera a los apóstatas".

"Ya lo sé. Mas permaneced fieles a vuestra fe, yo permaneceré fiel a la mía. Vosotros sois fieles a la vuestra, que es falso, yo soy fiel a la mía, que es verdadera".

"Haré que te quiten la vida por medio de tormentos".

"Mas no me quitarás el Cielo y sus gozos".

"Perderás la salud, la vida, la alegría, lo perderás todo".

"Pero encontraré a Dios y a su Madre, la Virgen María, y a mi madre, que me engendró para Dios".

El hombre patea el suelo con ira y ordena que la azoten con varas de hierro.

A la jovencita le arrancan los vestidos, queda desnuda hasta la cintura; las ropas se deslizan por sus flancos y le cubren las manos, dado que no se las han desatado. Le rodean el cuello con una soga como si fuera un collar y, tras haberla hecho arrodillar junto al pesado bloque, atan la soga al anillo, de modo que su barbilla toca la dura piedra; luego dos fornidos verdugos, escogidos entre los de la escolta que la ha arrastrado hasta allí, comienzan a azotarla ferozmente en los tiernos hombros, en el cuello, en la cabeza. Cada golpe origina una ampolla sangrienta en las carnes blancas y delicadas. Cuando azotan la cabeza, la barbilla golpea duramente contra la piedra y se hiere y, por consiguiente, los dientes chocan entre sí y le causan dolor. Como está arrodillada más bien lejos del

bloque, con las manos atadas a la espalda y obligada a estar encorvada casi en ángulo recto, no puede encontrar alivio de ningún modo; y, además de los golpes, ya la misma posición es una tortura.

Pero el juez aún no está satisfecho y, mientras sigue controlando la tortura con los brazos cruzados y como si estuviera contemplando un agradable espectáculo, ordena que aumenten los golpes en la cabeza "para que sea más semejante a su maldito Cristo", dice riendo sarcásticamente.

Los verdugos golpean y golpean con las varas sutiles, casi flexibles –creo que son de metal- que, tras haber silbado en el aire caen de plano sobre la pobre cabeza. Los cabellos se enredan en las varas y son arrancados a mechones; los que quedan van enrojeciéndose por la sangre, pues la piel se resquebraja y deja ver el cráneo, mientras la sangre corre a lo largo del cuello, por detrás de las orejas, hasta el pecho desnudo y se detiene en la cintura, donde la absorben las ropas.

"¡Basta!", ordena el juez.

La desatan, la vuelven a vestir, la depositan en el suelo porque está medio desvanecida.

El juez la zarandea con el pie y cuando la joven abre los ojos con una mirada mansa y dolorosa, como cordero torturado, le dice: "¿Reniegas?".

"No". Ya no es el triunfal "no" de antes pero, aun en su debilidad, es una afirmación segura.

"Ya se va a encargar tu hermano. Y será peor que yo. Llamadle y entregadla a él". Tras haberle dado el último puntapié, el juez se va…

…y la visión se concluye en un lugar nuevo que, por cierto, también en este caso es una prisión, porque hay patios con ventanas con poderosas rejas y, a través de ellas, se oyen voces que blasfeman o dicen cosas triviales mezcladas con cantos cristianos.

Ahora la joven está con otra persona de su misma edad; ambas son conducidas a una suntuosa sala, donde vuelvo a ver al juez anterior, que está circundado por otros musulmanes probablemente siervos o jueces de rango inferior.

"¡Pues bien, aún tengo qué interrogaros! Es la última vez. ¿Qué es lo que queréis?".

"Morir por Jesucristo".

"¡Morir por Jesucristo! Pero tú, Flora, ¿sabes qué quiere decir tortura?".

"Sé que quiere decir Jesús".

"¿Sabéis que podría teneros por toda la vida entre las… (aquí escribo mujeres de mala vida, pero él ha usado una palabra fea), así como lo habéis estado en estos días? ¿Qué llevaríais entonces a vuestro Cielo? Pues, llevaríais fango y suciedad".

Habla la otra joven: "Te engañas. La suciedad se queda aquí, contigo. Yo creo firmemente que, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, de su Madre María Santísima, de la que llevo el nombre, de todos los santos del Paraíso, el último de los cuales es mi hermano diácono, que has hecho martirizar, una vez que hayamos subido al Cielo podremos hacer germinar la semilla echada en tantos pobres corazones encerrados en una carne infame y redimir de este modo a las desdichadas hermanas entre las cuales nos has hecho vivir esperando que nos corrompieran y que se quebrara la firmeza de nuestra fe. Debes saber que, por el contrario, hemos salido de allí aún más puras y firmes y más deseosas que nunca de morir para agregar nuestra sangre a la sangre de Cristo y redimir a nuestras infelices compañeras".

"Llamad al verdugo. Que sean decapitadas".

"Que el Dios verdadero te recompense por abrirnos el Cielo y que toque tu corazón. Ven, Flora. Encaminémonos cantando".

Mientras salen, en medio de la escolta, cantan el Magnificat…

Jesús me dice: "Ahora has conocido la historia de las vírgenes y mártires Flora y María de Córdoba, en la época en que España estaba en manos de los moros; era el siglo noveno. Son santas mártires casi ignoradas. ¡Mas, cuán felices son en el Cielo!".

28 de julio de 1945

Y ahora, para obedecerle, voy a referirme a la precipitada fuga de los espiritistas que en junio querían que les alquilara una habitación y que, como se las negué, se… alojaron en la casa de al lado para dedicarse a sus operaciones con el pretexto de que ambos eran cartománticos y quirománticos. Y, a pesar de que me molestan estas dos categorías, acepté el hecho hasta el 18 de julio. Cuando los sufrimientos que me acosaron esa noche, absolutamente semejantes a otros de ese tipo que experimenté todas las veces en que estuve cerca de lugares o personas que se dedicaban a prácticas espiritistas, me hicieron comprender que en esa casa se hacían sesiones espiritistas.

Entonces me dije y se lo dije también a Ud., Padre: "Les voy a dar su merecido y vamos a ver quién tiene los cuernos más duros". Por lo tanto, esa noche me puse

a practicar el exorcismo según la fórmula de León XIII, que me dieron los Redentoristas de Nápoles. Siempre me ha parecido potente contra tempestades, bombas, caracteres… infernales y contra toda práctica espiritista.

Entonces heme allí arrodillada a duras penas, con mi crucecita en la mano, con toda el alma que se me escapaba del cuerpo para conducir la fórmula más allá de las dos paredes que me separaban del antro de los médium. Luego me desplomé extenuada, como me sucede siempre cuando lo hago; es como si toda la fuerza se me saliera del cuerpo dejándome desfallecida… Seguí haciéndolo por tres noches: el 18, el 19 y el 20. Pero el 20 tuve que hacerlo sentada porque estaba más muerta que viva.

Ayer la dueña de la casa de los dos fulanos me dijo que uno de los dos precisamente el que es médium –pues el otro es su ayudante. Tomó las de Villadiego "porque no ganaba más que 1000 ó 1,500 por día. ¿Qué son mil o mil quinientas liras?" En realidad, a mí me parecía que ya son algo… Y cuando le hago notar que 500 ó 750 liras diarias para cada uno son tan pocas, la señora añade: "También dijo que no se queda porque está muy molesto, no por los rumores ni por las personas de la casa, porque nosotros ni decimos esta boca es mía cuando el profesor (?!) está trabajando, sino por otras cosas que no quiso explicar. Después quiso saber un montón de cosas: quién es Ud., qué hace. Y cuando le dijimos: "Es una señorita enferma: lee, escribe, borda…" respondió: No, yo sé qué es. Es una santa"". (Disculpe si, para reproducir exactamente lo que dijo, tengo que escribir esta palabra). Esa buena gente no entendió qué relación tengo con los trabajos del profesor (?!) ni de qué modo éste podía saber algo respecto a mí: tanto es así que me preguntaron: "¿Pero Ud. le conoce?". Respondí: "No, gracias a Dios". En cambio, he entendido perfectamente todas las correlaciones.

¡Muy bien, se repite el episodio de 1930. Lo importante es que el médium ha puesto pies en polvorosa y que el otro pronto hará lo mismo, como espero… así que en el aire, finalmente limpio, ya no quedará ese olor de azufre que mis pulmones espirituales no soportan. Ahora vamos a ver qué fastidios me causará Satanás para vengarse… Por cierto, no es que me va a ir de rositas. Como Ud, bien sabe, en 1930 me dijo por boca del médium que yo había ahuyentado: "Ud. me echa, pero hace mal. Porque el que me expulsa encontrará dolores y dificultades en su camino…". Y, en efecto, nunca más volví a estar bien. Pero ellos tuvieron que irse a otro lado…

29 de julio de 1945

Dice Jesús:

<<Y esto es para la Marta pequeña, que no debe lamentarse de que nunca hay una palabra para ella y que debe estar segura de que su Señor la ama mucho, solícitamente, y ha pensado en protegerla desde que la puso debajo de la tienda donde Él encuentra reposo. Ya te amaba desde antes, porque el amor es su aliento. Pero cuando creíste que te habías quedado sola, te amé como una familia entera y te doné la paz poniéndote junto a María. No te lamentes si no hay palabras para ti. Viviendo junto a María, ya las tienes todas. Las cartas se escriben a los que están lejos, no a quienes viven con nosotros. Y tú estás donde Yo vivo. Sé buena. Anima tu actividad de Marta con la espiritualidad de María, que ha elegido la parte mejor[1] y que, por haberla elegido con dolor y con amor total y voluntario, ha recibido de Mí la parte superlativa. Tú te apoyas en el corazón de María y María se apoya sobre mi corazón. Por eso no te aflijas por demasiadas cosas, entre las que está el preguntarte si Yo pienso en ti. Descansa en el corazón de quienes te aman y ten fe. Dios no abandona a los que esperan en Él y practican la caridad. Que mi paz te acompañe>>.

En cambio, lo que sigue lo digo yo, me lo digo a mí misma, recordando…

Hace dos años llegaban, como hoy, mis parientes de Calabria, a los que di asistencia y afecto familiar y por quienes he emprendido la batalla más grande. Pero no estoy en las mismas condiciones que la Marta de Lázaro. No estoy segura de tener en las manos mi victoria, a pesar de todas las protestas de fe, etc., etc., que me escriben. De lo que estoy segura es que sufrí mucho y sigo sufriendo y sufriré por esta causa que empezó hace dos años. Dice Jesús: <<Vale la pena perder una amistad para salvar un alma>>. Está bien. Creo que ése es, justamente, mi caso. Y confieso que mi disgusto es muy relativo. Creo que cuantos menos lazos tenga, estaré más libre de volar hacia Jesús. Me refiero a los lazos de afecto humano. Siento que dichos lazos ya están tan desfibrados por el desgaste de la mezquindad y la miseria humanas, que no les queda más que una fibra ya deshilachada, una fibra que una nimiedad puede romper. De este modo, mi amor hacia los parientes se despoja de todo lo que es carne y sangre, o sea, de un placer egoísta, y se convierte en un amor espiritual áureo y doloroso que, por amor de Jesús, no abandonará a estos espíritus. Dos años de íntimo conocimiento han exprimido esta esencia del fruto de dicha vecindad…

[1] Lucas 10, 38-42.

10 de agosto de 1945

Obtengo estas palabras para Sor Gabriella; las obtengo con lágrimas porque siento la intolerancia de este corazón:

<<Hija, hija, hija mía, ¿no te has dejado coger por el anhelo de las grandes alturas donde se eleva la Cruz? ¿No te dije la última vez: "Que mi paz te acompañe y que sea para ti sustento en tus grandes necesidades"? Te lo dije porque Yo sé lo que le toca a cada hombre; porque Yo sabía que necesitabas ese sustento; porque Yo sé que un premio grande está reservado al que cumple la Voluntad de Dios; porque Yo sé qué significa la hora del Getsemaní. Por todo el dolor que hay sobre la Tierra, por toda la gloria que hay en el Cielo para los generosos, te di mi paz como sustento. Y, dado que te has dejado coger por el anhelo de las grandes alturas donde se eleva la Cruz, aprende a repetir las palabras de la Cruz, especialmente en tu caso la primera y las dos últimas, unidas por la cadena de oro de la sed de expiar por el mundo. Que la paz sea contigo, María Gabriella, que la paz sea contigo; una vez más, que la paz sea contigo>>.

12 de agosto de 1945

Santa Clara de Asís.

Veo algo que no parecerá imposible de ver pues se trata de un hecho conocido por muchísimas personas. Es el milagro que obró Santa Clara arrojando del convento de Asís a los que lo habían atacado. Ver este milagro me da gran alegría y no me ocupo de lo demás. Le describo lo que veo.

Es un pequeño y humilde convento, muy bajo, con el techo muy inclinado y un claustrillo que en cada piedra parece gritar: "Pobreza", la gran palabra franciscana, hay estrechos pasillos breves, oscuros, en los que se abren las puertecillas de las celdas. Miedo y dolor agitan esta pobre morada de paz. El convento resuena como una sonora colmena de voces que ruegan y gimen. Y, en verdad, este pequeño convento parece una colmena estupefacta ante una invasión. El rumor de la lucha exterior penetra en él y sus ecos feroces se unen a los acentos de piedad.

No sé si es una profesa la que da la noticia que las hordas enemigas intentan invadir el convento o si es un habitante de Asís quien advierte del peligro a las Clarisas. Sé que el desconcierto llega al máximo mientras todas se precipitan a la celda de la abadesa, que reza postrada al borde de su jergón, y se alza para recibir a sus atemorizadas hijas: su rostros está céreo y extenuado, pero aún así se le ve

hermosa y solemne. Escucha a sus hijas y les ordena que desciendan al coro en orden y con fe, en el silencio que impone la Regla "porque" –dice- "*ninguna circunstancia, por tremenda que sea, debe hacer olvidar la santa Regla*". Luego las sigue y entra en el minúsculo y humilde coro, más allá del cual se ve la pequeña iglesia cerrada herméticamente, oscura, iluminada sólo por dos bujías –una en la iglesia, la otra en el coro- que, ante el ciborio, resplandecen serenamente: hacia afuera, resplandecen por las almas del mundo que se acuerdan muy poco de Dios y, hacia adentro, por las almas de Jesús que en esa llamita perpetua ven el símbolo de sí mismas.

Rezan y se sobresaltan ante cada grito más fuerte y más cercano. Y cuando una de ellas –seguramente una profesa- entra gritando sin cuidarse del respeto debido al lugar: ¡¡Madre, ya están en la puerta!", las clarisas se curvan como si ya las hubieran herido de muerte.

Pero Sor Clara no reacciona así. Por el contrario, se pone de pie, va al centro del coro y dice: "No temáis. Ellos son hombres y están allí afuera. Nosotras estamos aquí adentro y con Jesús. Acordaos de sus palabras: "No os tocarán un cabello". Nosotras somos sus palomas. Él no permitirá que las profanen los gavilanes".

Como para desmentir sus palabras, afuera el clamor del tumulto se hace aún más fuerte. Mas ella no se desconcierta. Al ver que sus clarisas están demasiado atemorizadas como para poder vencer las dudas y el terror, se vuelve a Dios: "Mi dulce Jesús, perdona si tu pobre Clara osa poner las manos donde sólo un sacerdote puede hacerlo. Pero aquí estamos solamente Tú y nosotras. Por lo tanto, una de nosotras debe decirte: "Ven". Mis manos están lavadas por el llanto. Pueden tocar tu trono". Se dirige resueltamente al tabernáculo, lo abre y no coge el ostensorio sino un estuche semejante a una píxide que, a lo que me parece por lo poco que permite ver la escasa luz, no es de metal precioso sino de marfil o madreperla, al menos en la parte exterior. Lo toma y lo tiene en sus manos con la misma veneración con la que sostendría al Dios Niño. Desciende con aplomo los pocos peldaños y, salmodiando, va hacia la puerta del convento, subyugadas, las monjas la siguen temblando.

"Hija, abre la puerta".

"¡Pero están allí afuera! ¿No oís los gritos y los golpes?".

"Hija, abre la puerta".

"¡Es que se precipitarán aquí adentro!".

"Abre la puerta, ¡Debes obediencia!". Clara, que antes era dulce y persuasiva, asume ahora un tono imperioso que no admite contradicciones. En estos

momentos es la antigua castellana, acostumbrada a ordenar y la ilustre abadesa que exhorta a la obediencia.

Gimiendo, la clarisa abre la puerta y su temblor retarda tal operación; es el mismo temblor que agita a las demás, agrupadas detrás de la Abadesa. Cerrando los ojos, se hacen la señal de la cruz y dispuestas al martirio, se bajan el velo para morir con el rostro cubierto.

Por fin la puerta se entreabre. Los alaridos de los asaltantes se convierten en un grito de victoria; ya no usan las armas y se precipitan hacia la puerta entreabierta.

Con el rostro blanco a semejanza del estuche que lleva bien alzado como único velo de su semblante de enclaustrada, Clara da dos, tres, cinco pasos más allá del umbral. No sé si ve a los que están frente a ella o si ve a su tierra o a sus enemigos, pero no me parece nada de eso. Sus ojos sólo adoran al Santísimo que lleva en sus manos. De este modo, alta, delgadísima, consumida, cándida como una azucena, con su paso lento, parece más bien un ángel o un fantasma. A mi me parece un ángel, a los otros debe de parecer un fantasma. La arrogancia del enemigo se quebranta, se detiene y, al ver que Clara avanza un paso más, se convierte en una fuga desordenada.

Entonces Clara vacila, se dobla como si estuviera próxima a caer y se apresura a entrar de nuevo atravesando el umbral. "¡Bendito sea Dios! Se han dado a la fuga. Ahora… ahora sostened a vuestra madre, para que pueda volver a colocarlo en su altar. Cantad, hijas, y sostenedme. ¡Ahora vuestra madre está muy cansada!". En efecto, su rostro parece el de una moribunda, como si hubiera agotado todas sus fuerzas. ¡Pero, a pesar de ello, tiene una sonrisa dulcísima y en sus manos céreas mucha fuerza para estrechar la custodia!

Entran cantando en coro y, mientras entonan el "Tedeum", Clara deposita el estuche en el tabernáculo y luego queda tendida boca arriba sobre los dos peldaños del altar como si estuviera muerta, mientras las clarisas siguen entonando el himno de gracias.

Esto es lo que veo. Y para mí, hay sólo pocas palabras de Santa Clara, pero no ya en condición de clarisa, sino bajo su aspecto paradisíaco: "Con Él (e indica el Santísimo Sacramento) se vence todo. Será la excelsa fuerza del Paraíso y de la Tierra hasta que existan las necesidades de esta Tierra. Gracias a los méritos infinitos del Santísimo Cuerpo, aniquilado para nuestro provecho, nosotros, los santos del Cielo, obtenemos gracias para vosotros y por medio de Él vosotros obtenéis victorias. ¡Que sea alabado el Cordero eucarístico y que el Señor te conceda paz y bendiciones".

17 de agosto de 1945

Recibo una carta insultante de mi primo que, al no poder justificarse y sintiéndose aludido por la verdad que le expresé, me muerde. Sufro, no tanto por la ofensa sino porque vuelvo a reconocer en él una vez más al viejo Giuseppe, tal como le conozco desde hace 25 años. Ni Satanás ni Dios le han cambiado. Si leyera este juicio mío, se inquietaría, porque está convencido de que es la perfección en persona… ¡Y el pobre desgraciado no sabe que, de los juicios referidos a él, el mío fue el último en caer! Aún después de las severas palabras que el Señor tuvo para con ellos para condenar duramente su conducta, seguí queriéndoles con un afecto doloroso, pero que siempre fue un afecto verdadero. Una a una fueron cayendo las ramas del árbol de este afecto bajo los metódicos hachazos de su conducta extraña y solapada, egoísta y malvada a mi respecto, y ahora el árbol está muerto, como esas plantas petrificadas de las que habla Jesús.

¿Si sufrí? Sí, y también lloré. Pero decidí no responder a tono. No diga que lo hice por virtud. Lo hice simplemente porque he alcanzado ese nivel de náusea y de cansancio que impide cualquier estímulo de apetito o de movimiento. ¿Si todo esto me causa molestias en mi particular condición? Me la causa inmensamente. Parece una exageración, pero mi pobre físico –ya tan torturado- y todavía más mi mente, que no está llevada a alterarse, se ofuscan ante el choque de la perversidad. Pero ya lo he dicho y vuelvo a repetirlo: si muere también ese afecto, tanto mejor.

A este punto, vivo sólo para el amor sobrenatural y en cuanto a los parientes, a los amigos o simplemente, al prójimo que golpea como una ola contra mi lecho, los amo sólo por su alma y mi único anhelo es ayudar a estas almas. Todo lo demás, o sea, rostros, acciones, atavíos, comodidades, miserias materiales, queda anulado para mí. Veo y siento las almas, sólo las almas. Y también eso es un sufrimiento. Por eso le decía esta mañana: “Le he dicho a Jesús que, si soy un obstáculo para que las almas beban a su fuente, que quite el obstáculo quitándome la vida”. ¡Pero claro!, sería tan lindo irse y dejar abiertos los pozos que Jesús ha dispuesto para todos y que están restañando allí, sin que beban en ellos los sedientos.

¡Cuánto advierto la sed de las almas! Porque es cierto que hay muchas almas muertas, pero también hay muchas, muchas, muchas que tienen sed… Jesús me lo hace entender. No se trata solamente de almas de personas que saben que existe el portavoz y también los dictados. Hay otras almas encerradas en seres que nada

saben de esto y que, sin embargo, van buscando, bajo el peso del propio dolor, la palabra que se convierta en su Cireneo…

18 de agosto de 1945

Dice Jesús:

<<Para Sor Gabriella de María Inmaculada:

No soy propenso de conceder direcciones particulares y no lo hago por dureza de corazón sino por piedad hacia el portavoz y también por piedad hacia las almas. Para que se trate de auténtica fortaleza, hay que fortificarse por sí mismos. Pero en este caso se necesita una palabra y Yo la doy.

Has pronunciado la primera palabra de la Cruz por ti, a quienes no comprenden y consideran con ligereza, y por Mí, que he sido ofendido en mis huérfanos, en los que toda ofensa es medicada por Mí.

Ya en tiempos de la antigua Ley se decía: "Tener piedad de la viuda y del huérfano"[1]. Yo he dicho: "Seré el padre de los que no tienen padre y que el mundo desprecia.

Mi corte y mi ejército han sido compuestos por humildes e infelices. En mi corte había pecadores, esclavos, campesinos, huérfanos y entre ellos no faltaban los mártires de los pecados ajenos: los bastardos. No faltaron nuca y no fueron inferiores a los demás en afirmar el Reino de Cristo entre los pueblos.

¿Quién puede juzgar si el Cielo o el Sacerdocio o el Claustro son prerrogativa de quienes han sido beneficiados con una familia regular? ¿Acaso aquí se necesita acta de nacimiento y otros documentos para tener acceso al gozo del Cielo? Aquí se necesita santidad para entrar, nada más que santidad. Porque el acta de nacimiento se detiene en lo que es perecedero, no se refiere al alma. El alma no nace cuando nacéis en la Tierra. Su nacimiento se produce el día en que viene a Dios para alcanzar su paz eterna. Esto es lo que tendrían que tener presente los que están llamados a juzgar las circunstancias más delicadas. ¿Qué pensaríais de Dios si negara el Cielo a quien nació como bastardo? Pensaríais que esa es una injusticia. Y entonces, ¿por qué negáis a estas criaturas que aspiran a Mí y que yo aspiro a Mí, el camino que para ellas es el camino del Cielo? El niño no ha pedido nacer. El delito no es suyo. Suya es sólo la cruz. No se debe hacer caer sobre los hijos los pecados de los padres. Yo he dicho: "No juzguéis". Lo he dicho, porque no conocéis las circunstancias por las cuales uno ha cometido una culpa. El juicio

[1] Éxodo 22, 21; Jeremías 22, 3; Zacarías 7, 10.

me corresponde a Mí, solamente a Mí. Y entonces, ¿por qué vosotros no sólo juzgáis, sino que en este caso hasta juzgáis dos veces: una con respecto al hijo y otra en cuanto a los padres?

En verdad, el viejo Israel, con su fariseísmo sin caridad resurgió más fuerte que antes, instigado por el racionalismo, que ofusca lo sobrenatural, y por el jansenismo[2] que hiela y pone obstáculos a las almas. Esto no es encaminarse hacia las luces del tiempo final, sino retroceder no sólo hasta las épocas precristianas sino hasta los métodos inhumanos y tenebrosos de los pueblos paganos, porque ahora se obstaculiza mi camino –este camino hacia el cual Yo he llamado- y se erigen contra mi voluntad.

Vosotros predicáis que no es lícito oponerse a la vocación de un hijo. Se lo decís a los padres, aun cuando dichos padres tienen en el hijo todo el consuelo y la ayuda, porque decís que Dios es más que un padre. Es justo. También Yo lo dije. Mas entonces, ¿por qué me disputáis estas criaturas? Si estuvierais iluminados por el Espíritu Santo y unidos a él, tendríais que ver en este llamado toda mi misericordia. Si de dos seres de fango, que se unieron para procrear en el pecado, nace una flor que Yo reclamo para mi altar, tendríais que ver en ello toda mi potencia. En estas vocaciones tenaces que despreciáis, tendríais que ver y sentir el signo de la paternidad de Dios, que exige sus derechos y abre sus brazos para llamar a esposas de su Unigénito a éstas que el mundo profanaría y que vosotros alejáis.

¡Pobres almas!, ¿las consideráis indignas de acercarse al altar, que es un objeto, cuando Yo no las juzgo indignas de acercarse a mí? Esto es lo que quiero decirles a los que me ofenden a través de los inocentes que lloran y piden piedad sin obtenerla; a través de los que con superficialidad rechazáis hacia las turbias ondas del mundo y llamáis “frutos del mundo” mientras que, si tuvierais caridad justicia y prudencia, precisamente porque soy frutos del mundo tendríais que recogerlos para cobijarlos en los graneros de Dios, al abrigo de ciertos llamados y herencias que podrían destruir lo que la buena voluntad ha construido. Esto es lo que quería decir y, además, querría hacer reflexionar sobre el hecho de que estas flores -que en lo material tienen los apetitos comunes a todos los nacidos de mujer, agravados a veces por atavismos que sólo la Gracia y la convicción del amor de Dios logran retener- reciben de vosotros, además de las tentaciones del mundo, la desolación de dudar de Dios y de su bondad.

[2] Jansenismo = Doctrina que exageraba las ideas de San Agustín acerca de la influencia de la gracia divina para obrar el bien, con mengua de la libertad humana.

Pero sería inútil que dijera esto a los que niegan todo lo que no sea ellos mismos. Por eso te hablo a ti, Gabriella de María Inmaculada.

Tú has doblegado tu humanidad para pedir, para explicar, para soportar el no verte comprendida. Y lo has hecho con humildad. Tú te has sometido a la obediencia hacia los hombres. Y, por cierto, tu sufrimiento fue muy grande. Ahora escúchame. Yo soy mucho más que los hombres y mi sabiduría y mi justicia son perfectas.

Los que son superiores están para enseñar la virtud, Mas Yo existo para coronarla. Intervengo porque ahora ya es tiempo de hacerlo, para que tu energía no se convierta en algo no sólo inútil sino nocivo al quedar comprimida en una misión sumamente circunscrita, en la que serías una nulidad tan sólo capaz de salvarte a ti misma y siempre a punto de no lograr salvarte, porque el imprudente rumbo y la amarga experiencia de estos días crearían un estado, muy íntimo pero brioso, de desconfianza y de juicio hacia los superiores ciegos y superficiales.

No es lícito para ti contribuir, junto con los soberbios de la nueva Israel, a la ruina de los corazones. Mas recoger estos corazones para que no se pierdan, quiere decir salir del lugar al que has entrado, ser arrancada de él lacerando tus fibras, ir sola al encuentro del futuro, soportar agrias críticas y ser acusada de desamor, de soberbia, de volubilidad, por los superiores, por las compañeras y por el mundo. Por uno que te entienda, mil te escarnecerán. Piénsalo. Todo esto significa conocer la tremenda soledad de quien lucha solo contra las costumbres, los prejuicios y las obstinaciones. Si recoges los corazones que Yo he llamado y a los que Yo quiero dar una paternidad, un nombre, una casa, un esposo, hijos, te aguardan reproches, burlas, horas de duda, desilusiones, estrecheces, angustias. La paternidad es la de Dios; el nombre, el de hijas de Dios; una casa: la mía; un esposo: Yo; los hijos: ésos por los cuales rezarán y trabajarán. Debe ser así porque quiero que sepan que Dios es bueno y para que nunca puedan pensar que Dios es igual a los que condenan como objetos profanados, sin justicia ni caridad.

Recoger esos corazones quiere decir *sufrimiento en todos los momentos,* quiere decir consumirse más rápidamente y con mayor padecimiento, quiere decir estar obligada a ceder ese dulce ministerio tras haber puesto en él todo tu afecto, quiere decir conocer la responsabilidad de una verdadera madre que no tiene a sus espaldas una Casa Madre, ni Superiores, ni nada, *sino que es justamente como una madre privada de ayuda, que se ha quedado sola en medio de la nidada de los hijos que debe criar hasta la edad viril…* Y por cierto es tremenda la angustia de una madre que muere dejando huérfanos a hijos que aún no son adultos. Es una agonía moral, y en tu caso también espiritual, insertada en la agonía física. Todo

lo que has experimentado hasta ahora no es nada comparado con lo que podrías experimentar y con lo que experimentarás si dices la segunda palabra de las que te he indicado, o sea: "¡Todo se ha cumplido!".

En mi Pasión le dije a Iscariote, ese representante perpetuo de todos los que tienen la misión de causar dolor a sus semejantes: "Lo que aún te queda por hacer, hazlo pronto". En el Calvario admití que *todo se había cumplido* y no sólo por lo que se refería a Mí. También los hombres lo habían *cumplido todo respecto a lo que se debía hacer para crear esta hora.* Y también ahora *los hombres han hecho todo lo que era necesario hacer para darte tu pasión.* Ahora te toca a ti consumarla hasta poder decir: "Todo se ha cumplido para salvar estos corazones para Dios". ¿Tienes el coraje de decirlo? ¿Tienes el coraje de hacerlo? Ten presente que hasta aquí has bebido el cáliz, pero que ahora te espera la esponja con la hiel y el vinagre sobre las heridas sangrantes, en medio de la bruma, en el abandono. ¿Tendrás fuerzas suficientes para aferrarte solamente al Cielo, aunque el Cielo te parezca lejano? Si te entregas a esta misión, conocerás la pasión en toda su compleja aspereza.

Yo no engaño. Yo expongo el cuadro con todas sus tintas para que no vengan a decir: "Yo no sabía" y cometan falta por no saber. Te ayudo haciéndote esta neta exposición del futuro así como, a pesar de los tiempos actuales, he promovido ayudas económicas para la obra concebida. Y también te he dado mi consuelo para sostenerte, para confortarte, para calmarte, para templar tu tenacidad con mi mansedumbre.

Todos podrán engañarte, Gabriella María Inmaculada. Yo no te engaño. Desde hace meses te formo para esta hora. Vuelve a leer mis mensajes, los que te di contra la voluntad de todos, hasta forzándome a Mí mismo; los que te di sólo porque tú eres tú, y te encuentras en particulares contingencias que interesan a la mujer y a la monja, a la enferma llena de vida y al alma que aún no ha encontrado el equilibrio estable, que es el abandono total e ingenuo en Mí.

En el 1° escrito esta dicho: "Adonde vaya la esposa de Cristo, el anillo de la caridad irá con ella".

En el 2°: "Hay dos palabras tan sublimes que Yo, el Verbo, las he dicho en los momentos más solemnes de mi vida: "He aquí, Cúmplase". Pero nunca fueron pronunciadas sin lágrimas".

En el 3°: "Piensa siempre: '¿Qué dirá Jesús de lo que estoy haciendo?' y, si sientes que Jesús está contento, sigue adelante sin temor".

En el 4° mi Madre ha dicho: "Ve hacia Jesús con la rosa de oro de tu caridad".

En el 5° ya te he bendecido para esta hora diciendo: "Que haya paz y bendiciones para quien con ellos convive en el amor hacia Mí. Que la Sangre y la Palabra engendren siempre en vosotros nuevas fuerzas".

En el 6°, que no te fue dado por ser demasiado severo y porque no era la hora propicia para que lo gustaras, esta dicho: "Que cada uno extraiga *con su fuerza* los preciosos diamantes de la Sabiduría".

En el 7°: "Haz que el corazón se dilate cada vez más para abrirse completamente a Mí".

En el 8° te decía: "Ve con mi paz". No te lo habría dicho si no hubiera aprobado tu camino.

En el 9° te he vuelto a dar el consuelo de mi paz y te he indicado las palabras de la Cruz.

Nunca me he desmentido como Amigo y Maestro y ahora hablo en calidad de Rey, La última vez le había dicho también a María la excelsa palabra: "Mujer, he aquí a tus hijos". Pero luego le he dicho a María: "Aún hay que derramar lágrimas antes de decirle esa palabra. Será la última para ella. Espera aún antes de escribirla".

Ahora te aconsejo aislarte con tu alma y conmigo. Te aconsejo aislarte, escucharte, contemplarte, analizarte y también contemplar a los demás y a los días futuros. En el silencio las ideas se ordenan y se hacen claras como un dibujo. Y si de ellas deduces la palabra: "Ve", entonces no sigas rehuyendo.

Encomienda tu espíritu al Padre y muere como Gabriella para resurgir como Madre de los huérfanos más infelices. Entonces te diré: "Madre, he aquí a tus hijos, los hijos del dolor". Si quieres ser madre de verdad, debes saber estar erguida a los pies de la Cruz, en la cumbre del Calvario, entre las burlas y curiosidad irrespetuosas, para acoger a los seres más infelices entre todos los humanos.

Llama esta obra: "Obra de Santa Verónica Giuliani", como para no cortar toda relación con la Orden que recuerda a mi Francisco, *que jamás rechazó miseria alguna porque había comprendido a Jesús.* Hazlo también para recordar a la que en el Calvario mereció mi rostro estampado en el lino. Yo os daré mi rostro impreso en el corazón, *para que seáis amantes, consoladoras y expiadoras* como la primera y la segunda Verónica.

Ve en paz y que sea contigo la caridad de Dios, la gracia de Jesús, la luz del Espíritu Santo".

19 de agosto de 1945

Mas yo no voy con ellos. Después de haber cumplido el acto de caridad de escribir a Sor Gabriella, sigo a Jesús que, desde las laderas del Carmelo se vuelve hacia mí y me dice las siguientes palabras para Sor Gabriella:

"Siempre soy Aquél que amaba a los niños. Y estas criaturas son como niños para Mí. Y me gustaría que en la nueva Casa hubiera mucho amor para el Jesús amante de los niños, aun conservando el gran amor franciscano por el Jesús recién nacido y por el Jesús de la Pasión. Por eso os he citado a las Verónicas y os las he dado como patronas".

24 de agosto de 1945

Esta mañana, después de la Santa Comunión, he tenido el vivo deseo de darle a Sor Gabriella un objeto sacro, pero no tenía nada en absoluto. Se me presenta Jesús, erguido en un pequeño prado, con su blanco atavío, a la sombra de los olivos, y me dice sonriendo: "Manda a comprar enseguida cinco medallas. Las bendeciré y las mandarás a Sor Gabriella para ella y para sus hijas". "¡Pero si las jóvenes son tres!". "He dicho cinco, y que sean iguales". "¿Acaso hay dos más para el Padre Migliorini y para Marta?". "Sí, y apresúrate, que hay qué trabajar".

Mando a Marta a que vaya de prisa por las medallas. Mientras tanto disfruto de la presencia de Jesús, que sigue mirándome y sonriendo, para mí sola. Marta regresa. Deposito las medallas en la palma de mi mano y las ofrezco; Jesús, que tenía los brazos cruzados, los abre, alza la mano derecha y las bendice. Me sonríe y me bendice también a mí… y siento que me invade un gozo, una palpitación, una dulce inquietud tales que desahogaría cantando, caminando, si pudiera moverme… En cambio, estoy aquí, en mi lecho… Luego me pongo a describir lo que veo… Pero el gozo que me ha provocado Jesús, tan condescendiente, Jesús que va bendiciendo, perdura por todo el día aun en medio de los intensos espasmos de un dolor de cabeza que hasta me impide ver y que me saca de quicio.

29 de agosto de 1945

Siento la necesidad de señalar aquí un gesto bondadoso del Señor. Se trata de la muerte cristiana de mi único tío, a quien una serie de enormes desventuras de todo tipo, además de una enfermedad sumamente dolorosa y deprimente que duró cuarenta años exactos agravándose cada vez más, habían llevado a estar irritado con Dios. De joven era muy devoto y practicante hasta el punto de que en casa,

por broma, le llamaban “el fraile”. Luego se volvió tan contrario, tan inquieto y rebelde, que llegó a rayar en el odio y quizás hasta a alcanzarlo. Eso me hacía sufrir mucho. Las cartas que le escribía a mamá, que era su hermana, eran una sarta de improperios, de agravios a Dios, de maldiciones a la vida, a esas dos desgraciadas que eran su mujer, que fue la causa primera de sus desventuras, y su hija, que le abandonó después de haberle quitado de nuestra casa para poder cumplir libremente sus… empresas. También había maldiciones para el prójimo, para los médicos y enfermeras y otras cosas por el estilo. A mí todo eso me provocaba un disgusto tan grande que hasta llegaba a convertirse en un malestar físico. Sin embargo, cuando pensaba en él, yo sentía mucha piedad y mucho afecto precisamente porque lo sabía tan infeliz, infeliz hasta el punto de rechazar la única riqueza y el único alivio que les queda a los infelices: Dios. Además, yo le quería porque él había sido la causa de un gran sufrimiento y de una gracia grande para mí.

Cuando vino, ya enfermo, a nuestra casa en Voghera, su llegada fue acompañada por mis abundantes lágrimas. Él me quería mucho, pero era una persona inquieta, nerviosa y no tenía ninguna indulgencia hacia todo lo que difería de su modo de pensar. Hablaba perfectamente, con absoluto dominio, el francés, el inglés y el alemán y pretendía que yo, que entonces tenía 10 años y ya estaba muy adelantada en francés, no sólo hablara perfectamente este idioma sino que cumpliera progresos milagrosos en alemán, que yo, entre paréntesis, odiaba y apenas farfullaba. Además, quería enseñarme el inglés y le habría gustado que lo dominara en el acto. Lo comprendo porque, dado que estaba paralizado, sus días eran, de seguro, muy largos y él no sabía adaptarse al ocio. Quería colmar sus horas convirtiéndose en mi profesor de idiomas. Pero yo ya tenía que pensar en mis estudios… y si se considera que a los 16 años ya había terminado el ciclo básico, se puede comprender cuánto debía estudiar… Pero él no entendía nada. Era un ser original, como su hermana, y cuando quería algo, no cejaba en su empreño. Y el que manifestaba una opinión contraria a la suya, debía soportar sus caprichos, sus reproches, sus acusaciones, etc., etc. Sin embargo, me quería. Me llamaba siempre “Pretty, Pobly, Darling, Mary” y con sus propias manos que, como los brazos, habían quedado libres de la parálisis que le había anquilosado los miembros inferiores, me hacía lindos cuadritos o me preparaba unos dulcecillos que yo, naturalmente, comía pero que tenían como azúcar mis lágrimas, pues no pasaba días sin que él, lamentándose y acusándome de desgano, holgazanería y testarudez, instigase a mi madre y me hiciera castigar por ella, cuya severidad aún hoy es legendaria…

Su venida agregó otro dolor a este dolor, pues me costó la separación de mi casa y de mi papá… En realidad, mi tío no tenía más que una parálisis derivada de la fractura de las últimas vértebras, causada en Inglaterra. Pero los médicos, que ven y entienden lo que pueden –en realidad, muy poco- juzgaron que, además del problema de la columna vertebral, estaba enfermo de los pulmones. Murió a los 84 años con una artritis deformante… y en los últimos 40 años no tuvo nunca problemas pulmonares… En resumidas cuentas, para los doctos médicos tenía que estar enfermo de los pulmones y, por lo tanto, su cercanía era peligrosa para mí, dado que era aún una niña. ¡Que Dios me perdone! Dado que los médicos que habían pronunciado este veredicto eran personas íntimas de mamá desde su niñez y dado que el sueño de mamá era meterme en un colegio para "mortificar mi carácter", como decía ella (concepto que papá rebatía encarnizadamente, y sólo en ese caso hacía frente a su mujer), pienso que mamá, con la complicidad de los médicos, se jugaba esta carta para obtener sus fines. Papá no tuvo tanta fuera como para afirmar: "Entonces que se vaya mi cuñado". Se limitó a hacerle escribir a mamá una declaración en la que decía que era ella quien quería mi alejamiento de casa. Esa declaración la encontré entre los papeles de familia. De este modo, me pusieron en un colegio… Cuatro meses más tarde, ingresaron a mi tío en el Hospital Civil de Bergamo, donde también le emplearon como secretario… Pero a mí me dejaron en el colegio… y así perdí la alegría de gozar de la compañía de mi papá en los últimos meses de su integridad física y mental. Después se convirtió en un ser bueno pero… cansado, de escasa memoria y voluntad… Y no me quedó más que el consuelo de las caricias… y el tormento de verle tan disminuido.

Todo esto sucedió por culpa de mi tío. Estos fueron los sufrimientos que me causó. La gracia fue encontrar en el colegio, como si hubiera vuelto desde muy lejos y me hubiera dado una cita de amor allí, a mi Jesús, que ya había entrevisto entre las brumas de la infancia en lo de las Orsolinas y que luego había perdido de vista. *No le perdí en cuanto a la fe, pero le perdí de vista.* Era mi Jesús doliente que en el colegio se me mostró en todas las sonrientes y confortantes delicias de su dulcísimo Corazón. Quizás porque entonces ya cargaba yo con una cruz demasiado pesada sobre mis espaldas… Y ahora soy lo que soy porque en esa época pertenecí sólo a Él, totalmente y por largo tiempo. En el colegio me nutrí de vida profunda y fuertemente cristiana y me enamoré conscientemente de Jesús en esa edad en la que ya sabía lo que quería (10-16 años); por eso después pude resistir a todas las circunstancias que hacían presión en mi fe amorosa para derribarla y destruirla, ¿y sí que fueron muchas!… Desde los 18 a los 25 mi fe

sufrió muchas vacilaciones. Pero luego… Jesús vino por tercera vez y ya no me ha dejado…

He aquí el motivo por el cual le quería a ese tío que ahora ha muerto. Cuando murió mamá –que, como de costumbre, me había acusado anticipadamente de que yo no socorrería ni amaría a mi tío-, me encargué inmediatamente de su cuidado. Le escribía y le mandaba dinero para sus pequeños caprichos de enfermo. Hasta dispuse en el testamento que mi heredero estuviera obligado a seguir mandándoles el cheque mensual por toda la vida. Y, contemporáneamente, desde mi primera carta, le expliqué muy claro mi modo de pensar, mi fe, mi amor hacia el buen Dios, mi respeto hacia la Iglesia, etc., etc. ¿Y sabe lo que terminé por decirle? Pues: "Soy así y así debes aceptarme. No juzgo tus ideas, aunque me duele saber que no tienes fe, porque sé que eso te priva del único consuelo que podrías tener. Pero te ruego que no faltes al respeto a las mías". Me entendió tan bien que se acercó inmediatamente a los Sacramentos y me mandó una hojita de su Comunión, como haría un pobre niñito que quiere demostrar que se ha portado bien… ¡Pobre tío!

Ahora la Superiora me escribe contándome que se había vuelto un ferviente cristiano y que como cristiano murió serenamente y que, hasta pudo hablar, habló de mí con afecto. ¿Acaso no es un gesto de bondad del Señor? ¡Me apenaba tanto pensar que podía morir sin ser amigo de Dios! Y Dios me contenta, demostrándome que no se ruega y se sufre sin obtener, y también que una franca profesión de fe puede dar una fuerte sacudida a las personas y volverlas a Dios.

¡Pobre tío que ha muerto tan solo!… ¿También a mí me pasará así? ¡Pobre tío, que estuvo sin noticias por tanto tiempo a causa de la guerra! Pero ahora sabrá que yo experimentaba por él la misma ansiedad que él sentía por mí durante los meses de guerra y de imposibilidad de cartearnos. Ahora sabe todo y está en paz.

Y, dado que estoy dispuesta a contarle cosas mías, también le voy a referir un hecho, que no tiene relación con lo del tío, y que, en pocos días, ha sucedido tres veces. De repente, oleadas de un intenso perfume de flores y de finísimos inciensos, como el benjuí y otras resinas semejantes, inundan mi cuarto y luego, del mismo modo imprevisto, se van. Ayer las advirtió también Marta, que estaba sentada lejos de mí. Cerca de mi lecho el perfume es fortísimo. Hacía ya meses que no lo advertía.

2 de septiembre de 1945

Jesús me dice[1]:

<<El punto que trata de la re-posesión de Satanás se refiere también a tu primo[2]. El demonio encontró la casa limpia y vacía y volvió con otros siete espíritus peores que el primero. Por ahora no ha entrado el espíritu mayor, el que lo dominó en sus siervos por tantos años. Valen para él también las frases finales de Jesús en la disputa con escribas y fariseos en Cafarnaúm: "Este segundo estado de un convertido que vuelve a pervertirse es peor que el primero. Ya no hay más posibilidad de mejoría ni de cura". Sé que causa dolor. Pero es la verdad. Te hablé de esto desde noviembre porque su caída comenzó desde que se alejó de ti. Dices: "¡Sin embargo, todos me habían dado esperanzas!…. Sí, te las dimos para darte una hora de alivio en medio de la amargura que te rodeaba y que, en buena parte, provenía de ellos. Pero *tú le has visto siempre tal como es.* Recuérdalo. ¡Oh, hay tantos así!… ¿Quieres saber si tienes que seguir rezando? Debes hacerlo siempre… Porque es un deber rezar por los pecadores hasta que permanezcan en esta Tierra. Luego…>>.

Jesús no dice nada más. Mientras yo, que por muchas causas tengo el corazón oprimido, me echo a llorar.

Lloro desde ayer noche. He llorado ya antes de recibir estas palabras. Porque pienso que su egoísmo, su falso afecto y la bajeza de su ánimo, han llegado al máximo y se han puesto al descubierto completamente, justo como hoy. He llorado también porque la presencia de la persona que se hospeda en mi casa –un señor de Mantua, con la misma profesión, con muchas semejanzas con mi primo en el lenguaje, en los gestos, en las actitudes- evoca en mí de modo más vivo la imagen de Giuseppe de los mejores tiempos, cuando era no sólo un pariente sino también un amigo mío, no un enemigo sin piedad alguna… Y, como a pesar de su conducta hacia mí, aún mantengo mi afecto por ellos, este doliente afecto –aturdido con los golpes que, cada vez más fuerte y de modo continuo le propinan desde hace dos años- se estremece, recuerda y sufre aún más. Ellos, en su inconmensurable soberbia, no lo creerían. Pero tampoco lo sabrán…. No lo sabrán nunca. Sería inútil.

Créeme, la conducta que observan, cuyas causas y cuyos extremos materiales y espirituales conozco, es para mí más dolorosa que los sufrimientos que ahora me atormentan también las manos y me impiden descansar aun durante el sueño. ¡Pero hay qué tener paciencia y seguir adelante! Con la inevitable comparación que hago entre la conducta de mis parientes y la de los que no lo son, han

[1] Después del último trozo escrito el 2 de septiembre de 1945, perteneciente a la obra sobre el Evangelio.
[2] Ya ha sido mencionado en la nota 2 del diario del 22 de mayo de 1945.

conseguido envenenarme hasta la gentileza que podrían procurarme un alivio… Amén…

8 de septiembre de 1945

Es un día de fiesta… un día de recuerdos… y un día de comparaciones. Por eso, es un día que podría hacerme sufrir. Desde ayer, Jesús le… suministra a mi sufrimiento la anestesia de su amor sensible. Para evitar que pensara en mis problemas, humanos y dolorosos, ayer se me acercó y me sirvió de maestro hasta en materias profanas.

Voy a explicarle. Hace unos días, yo estaba hablando con mi joven inquilino, que está a punto de ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras y que está atravesando un período muy agitado por el contraste entre su vida de Joven Católico, como era ayer, y la de hoy que… tiende a ser la de un Joven Comunista, a causa de la sugestión que obran sus compañeros y de su disgusto por las faltas del clero, que se le han evidenciado de modo brutal en estos tiempos en que hay que evacuar las ciudades, tiempos de egoísmo y ruindad. Mientras hablábamos de literatura y de filosofía, me preguntó si me gustaba Sócrates.

¿Que si me gusta? Por cierto; ya me ha gustado siempre por mí misma, pero desde que Jesús me instruye me gusta aún más, porque le entiendo mejor. Es verdad que de Sócrates poseo solamente el *Eutifrón y la Apología.* Pero cuando era… una borriquilla, me sirvieron para que no me degradara por mí misma. No degradarse y es prepararse a elevarse

El joven me trajo el *Fedón*. Tengo poco tiempo y pocas ganas para leer, tanto cosas serias como tonterías. Pero, si bien no derrocho mi escaso tiempo leyendo tonterías, logro encontrar un momento para dedicarlo a las lecturas serias lo que, además, me es útil para apartar mi mente de la acostumbrada tarea. Pues lo que parece extraño –pero no lo es- es que, mientras deseo este trabajo con todo mi ser, cada tanto siento la necesidad de dejar vagar mi yo en otros pensamientos que no sean los sobrenaturales, como si fuera un descanso de la parte que no es espiritual, o mejor dicho, de la parte material y de la parte moral. Por lo tanto acepté el *Fedón* diciéndome a mí misma: "Si Jesús permite que lo reciba, es señal que obtendré beneficios de su lectura". ¡Jesús ha procedido siempre así! Ha puesto en mis manos o me han puesto en contacto con libros o personas de las que he obtenido beneficios para mí o para ellas.

Empecé, pues, la lectura. Pero la María Valtorta que leía el *Fedón* ya no era la María Valtorta que tiempo atrás había leído el *Eutifrón.* Ahora era y es el

"portavoz". Y, debido a ese fenómeno que me sucede cuando Jesús lo quiere, las palabras se iluminan con una luz sobrenatural y se enriquecen con referencias sobrenaturales. ¿Recuerda cuando leía esos libros de Ubaldi y, dado que Dios así lo quería, extraía de ellos pensamientos profundamente cristianos? Ud. ha sonreído ante esta… propiedad mía de ver, sentir, gustar, comprender solamente a Dios hasta en las obras de un demonio. En cambio, yo me lo explico perfectamente. Es que Dios me ha puesto unos lentes especiales, milagrosos, que anulan las palabras malvadas y las transforman en palabras buenas. Pienso en el Evangelio… "Pisaréis serpientes y escorpiones y no os harán daño"[1]. ¡Dios es bueno!

Pero volvamos al *Fedón*: yo leía y sentía también allí la presencia de lo sobrenatural, pero no sabía gustar su verdad. Jesús vino a mi lado, a la derecha de mi lecho, cerca de la cabecera, casi a mis espaldas y empezó a señalarme con la mano derecha, mientras tenía la izquierda sobre mi hombro izquierdo, los renglones que me explicaba y de ese modo me dio una lección hermosísima, tan hermosa que yo estaba extasiada. Me extasiaba sentirme estrechada a Él hasta sentir el calor de su cuerpo y me extasiaban sus explicaciones que resultarían sólo una copia sumamente enrevesada si yo me propusiera repetirlas. Pero, en cambio, la luz ha quedado en mí.

Recuerdo bien solamente esa frase sobre la reminiscencia de la que le hablé: "Hablé de esto en la infancia de María. Las almas recuerdan porque provienen de la luz y así como cuando se forma un rayo molecular amalgama los elementos esparcidos en el éter y las lleva consigo, ellas, del mismo modo, llevan consigo partículas de la Inteligencia eterna. Y, cuanto más límpida es el alma, por obra de la Gracia y cuanto más activa es por obra de la Voluntad, tanto más recuerda. No recuerda como dice el filósofo griego –que posee sólo una semi-revelación, una religión apenas vislumbrada, y por lo tanto no puede poseer la Verdad total- sino como Yo digo. El alma no recuerda porque revive, sino que recuerda *porque proviene de donde ya todo es conocido"* También habló de renacer pero no me acuerdo bien. Sé que dijo que Sócrates siguió este pensamiento en línea recta hasta que pudo y que luego, al faltarle el conocimiento de la Verdad divina, perdió la vía recta y replegó hacia lo bajo en lugar de proseguir la ascensión. Recuerdo que Jesús dijo: "Sí, se vive una segunda vida, pero ya no en la Tierra. Se vive con el espíritu, en otros reinos", pero el resto se me ha olvidado.

Me gustaría que me dictara sus explicaciones porque luego ya no tendré el libro y… se me borrará todo. Pero más aún me gusta tenerle como maestro de

[1] Lucas 10, 19.

escuela… de todo el saber. Es un maestro paciente y sagaz. Pero la alumna es una borrica y cuando Él cierra el libro, ya no sé repetir nada… Quedo sumida en el gozo… y las maldades del mundo ya no existen…

Ayer noche sonreía con los ojos cerrados, con una expresión de beatitud tal que Marta creyó que había caído en un extático sopor. No era así. Estaba bien despierta, pero oía palabras tan excelsas que llevaban al éxtasis y, en cuanto a ver, no se necesitaban ojos… Sigo estando, ahora y siempre, con el dulce Jesús a mi lado… y me siento bienaventurada… Es un regalo, su piedad hacia su María en el día de Santa María Niña.

14 de septiembre de 1945

Miro pasar las horas de este día de la Santa Cruz, después del tremendo sufrimiento que casi me llevó a la muerte, después de tres días de agonía, después de la Confesión y la Comunión de esta mañana, mientras aún me siento muy mal, con un atroz dolor de cabeza y una pesadez somnolienta en el cuerpo agotado; la carne desearía solamente descanso y silencio, a la vez que el alma tiende a la Palabra.

Pienso que en el tremendo período de Compito me aferré a la Cruz justo como al último apoyo para no hundirme. Pienso que en el viaje de regreso, habría querido entrar en la iglesia de San Martín para dar "gracias" a mi Salvador. Pienso que el 10 por la mañana mientras agonizaba, se me volvió a presentar la cumbre del Calvario con las tres cruces: una, despojada de su mártir; la otra, inclinada hacia el suelo bajo el peso del martirio, como para depositar su fruto atormentado, y la otra todavía en pie. Se me presentaron así como las vi cuando estaba muriendo Antonietta Dal Bo. Pienso tantas cosas. Pienso también que el otro día Jesús, haciéndome de enfermero, me ayudó más que todos los demás pues, sin quitarme el dolor –que sólo Él sabe cuán grande es, un dolor inimaginable- me apaciguó. Pienso que, por cierto, sufría al hacerme sufrir, pero que debía hacerlo porque había un alma que debía ser rescatada o ayudada en este gran dolor. Y mientras Jesús me ayudaba, Satanás intentaba turbarme… y lo intenta aún. Pienso, pienso…

Se me dejaría en paz enseguida y, a lo mejor, se me ayudaría materialmente, si accediera a no escribir más lo que Jesús quiere que escriba. Pero no puedo hacer eso. Si los que critican o niegan o se burlan reflexionarán sobre el hecho de que esta tarea de "portavoz" no significa para mí ni una ventaja económica ni de otra especie, sino que implica sólo cansancio y sufrimientos de todo tipo y, sobre todo,

si experimentaran todo lo que sufro y siento yo, comprenderían inmediatamente que debo hacer lo que hago porque Dios lo quiere y que lo hago sin obtener ningún beneficio material o moral.

16 de septiembre de 1945

¿Podré escribir o describir por completo? ¿Qué sucederá después? Cualquiera se haría estas preguntas. Yo no me lo pregunto y sigo adelante, pidiéndole disculpas si mi escritura es más indescifrable que de costumbre.

3 de octubre de 1945

¡También hoy, con mucha paciencia por ambas partes, hemos terminado! Ayer tuve veintitrés interrupciones, hoy he tenido catorce. Si no fuera porque la infinita paciencia de Jesús irradia y se difunde de Él a mí, le aseguro que me volvería hidrófoba. ¡Pero Él es tan paciente! Suspende, retoma y está siempre calmado y sonriente. Ya no logro perder la paciencia por las molestas interrupciones que me obligan a cerrar el cuaderno y dejar la pluma, a lo mejor por pocos minutos, para velar el misterio que se cumple tan dulce y secretamente y ocultarlo a las curiosidades inútiles. Y ya es un considerable milagro haber hecho de mí una persona paciente… Claro que lo soy porque sé que allí está Él dictándome sin perder el hilo. Porque, en cambio, cuando estoy escribiendo una carta u otra cosa, enseguida pierdo el hilo y la paciencia aunque sólo estén hablando cerca de mí, como ha sucedido esta mañana. Marta sabe muy bien cuántas veces exclamo: "¡Silencio! ¡Cierra la puerta!" cuando estoy escribiendo por mi cuenta…

4 de octubre de 1945

Como el año pasado, Jesús me muestra en esta fecha[1] "una viejecita que no rehuye a Jesús"…

¿Comprende Ud. qué gran dolor es éste para mí? Sólo ella, sólo mi mamá, solamente ella, no acogió a Jesús… Se trata siempre del mismo dolor ¿sabe Ud.? Es un dolor más fuerte que el de la misma muerte. Es el dolor que siento siempre cuando veo un alma que rechaza al Señor, que se aparta de Él. Pero en el caso de mi mamá se acentúa todavía más porque, debido al amor que siento por ella,

[1] Es el aniversario de la muerte de Iside Fioravanzi, su mamá, que falleció el 4 de octubre de 1943.

habría querido su total unión con mi Jesús… Por eso, no me faltaron lágrimas también este año… Y ni pregunto como el año pasado: "¿Por qué ella no te quiso?". Jesús ya me respondió el año pasado… Por eso lloro.

Sin embargo, me llegan una palabras no sé desde qué profundidad celeste; tampoco sé quién las dice ni quién las evidencia pero, dado que es algo tan inmaterial que es aún mucho menos tangible que las "voces" habituales, que es sólo "un pensamiento que se ilumina y aporta paz", pienso que me las trae mi Ángel custodio: "Tus padres han sido confiados a manos clementes. Tu padre reclinó la cabeza en el regazo del Apóstol al que fueron conferidos todos los poderes absolutorios y del queeconoces la franca, afectuosa bondad y llaneza. A tu padre vino a recogerle Pedro, porque Pedro podía comprender muy bien la justicia de tu padre. Tiene a San José, a San Pedro… ¿y aún tiemblas por él?, ¡no debes hacerlo! El Seráfico, es decir, Francisco, el amado por Jesús, aquel a quien nada se niega, en el Cielo y desde el Cielo, vino a recoger el alma de tu madre entre sus palmas heridas. En verdad tu madre le veneraba y por eso, Francisco vino. ¿Acaso no recuerdas que se dice que salva a quienes le son devotos?…".

Es verdad. Se reaviva la esperanza… ¿Y a mí quién me recogerá? ¿A mí, que estoy tan mal; a mí, a quien el tormento de Satanás roe como una carcoma? Este tormento no me da tregua. Como no puede forzarme de otra manera, me fuerza así: insinuando que quien escribe soy yo, o sea, que no es Jesús quien evoca las visiones y dicta. Sabe que, si yo pudiera persuadirme de semejante cosa, me encerraría en la desolación y en el terror de haber pecado y tendría miedo de la muerte y del Juicio. ¡Oh cuánto me tortura! Me trastorna tanto con su voz ininterrumpida que, tan pronto como Jesús apaga las visiones y enmudece las palabras, pierdo cualquier posibilidad de gozar de todo lo que constituye mi vida, o sea, de lo sobrenatural que me envuelve y me convierte en "portavoz".

¿A vosotros los que leéis, os parecen tan hermosos estos episodios? Antes, también a mí me parecían así. Ahora, aparte del aspecto artístico, no tiene otro atractivo. Busco y vuelvo a buscar inútilmente las frases que, mientras eran pronunciadas, me elevaban hacia lo alto, hacia la beatitud. Pienso y vuelvo a pensar inútilmente en esas actitudes cuya dulzura, mientras las veía, me impresionaba tanto… Todo está apagado, todo es ceniza. El Paraíso –porque seguramente esto es ya un paraíso- ha perdido sus fulgores; mejor dicho se despliega ante mí mientras dura mi cotidiano servicio de portavoz y me inunda con toda su luz, sus cantos, su júbilo y dulzura. Luego, cuando termina la tarea, se cierra herméticamente y quedo envuelta y sumergida en las tinieblas, en la oscuridad, sin más voces que las de la Duda y la Negación que provoca y escarnece. ¿Acaso no es esta una pena enorme? Sin embargo, no quiero

desesperarme ni decir: “Dejo de hacerlo porque es un obra mía”. ¡No, no lo es por cierto! Yo no podría hacer esto, especialmente ahora que estoy agotada y abrumada por tantas cosas y que ignoro muchas otras; en el estado de debilidad física y de profundo dolor moral en que me encuentro, todo esto sólo podría nausearme y no escribiría nada. Materialmente, me sería imposible pensar, moralmente me nausearía pensar…

Enciendo la radio al azar y la sintonizo en Radio Florencia, que transmite su programa de las 17 y 30. Nunca lo hago porque, a esa hora, Radio Florencia transmite solamente “palabras” y, en cambio, prefiero escuchar música y no palabras. Oigo que la locutora dice: “Dentro de poco vamos a transmitir la función desde la basílica de Asís, que terminará con la bendición impartida por el reverendísimo Cardenal Canali con la reliquia de la bendición escrita por San Francisco”. Escucho: es la paz que llega a mí. Me la trae mi San Francisco, el primero que me confortó en Compito[2]…

[2] Se trata de la localidad en que vivió durante la evacuación.

5 de octubre de 1945

Acabo de salir de una crisis tremenda. Ud. mismo la ha visto y ya es suficiente. Pero quizás pueda interesarle saber que, justo cuando me sentía morir y le he pedido la Santa Comunión como Vicario, no sólo se han aliviado mis sufrimientos y mejorado mi grave condición, sino que he sido confortada primero solamente por Jesús, luego por María y después, sucesivamente, por San Juan Apóstol, San Pedro Apóstol, mi Ángel de la Guarda, San Francisco y, por último, San José. Me habría gustado tanto ver también a Santa Teresita del Niño Jesús, pero no ha venido. Todos los demás se han quedado conmigo aun después de que Ud. se había ido. Jesús estaba a la derecha de mi cabecera; María, a la izquierda y decían: "Asistamos a nuestra hijita enferma" El ángel estaba en adoración. ¡Qué raro, siempre lo veo junto a la Virgen! Cerca del escritorio estaba San José, de pie, con su dulcísima mirada algo melancólica. Cerca de él veía San Pedro, sentado en una silla y algo inclinado hacia adelante. Entre San Pedro y el ángel, estaba San Juan, de pie. No sé si Ud. ha notado que yo sonreía: le estaba sonriendo al pálido San Francisco que, con gran humildad, casi se escondía en un rincón junto a la puerta. Me sentía muy acudida, pero también ¡cuán grandes eran los sufrimientos! Lo importante es que, al venir mis amigos, Satanás se va.

Padre, estoy muriéndome. Sor Saviane tiene razón. La corona está casi terminada y la mayor parte de mis sufrimientos ya se ha acabado. Pero, ¿por quién estoy sufriendo tanto? He ofrecido mis sufrimientos por una madre, por Sor Saviane, por Sor Gabriella, por los "hermanos separados", por el joven que vive en mi casa, y luego por Ud., por Marta, por los parientes. Pero por ninguno de éstos debo sufrir de este modo. Entonces, ¿por quién debo sufrir? He incluido en este fin también el perdón otorgado a Giuseppe. He dicho perdón. Lo que experimentaba antes, el aprecio se ha perdido. Pero quiero irme sin guardar rencor hacia nadie. Estoy contenta de haber definido todo lo relativo a la casa. Cuando uno está agonizando, se acuerda de todo y todo le turba. También lo referente a Marta está en orden. Ahora todo está en orden en la Tierra. ¿Y en mi alma estará todo en orden, de modo que esté en paz al final de la vida?

El médico protesta porque escribo. Naturalmente, cree que mi tendencia a escribir es "un romanticismo de vieja solterona". Y eso le lleva a desviarse de un diagnóstico exacto. Terminará por inclinarse hacia un dictamen de histeria y en su mente este deseo mío de escribir tomará los nombres de "manía reevocativa" o de "desahogos de mujer desilusionada" que, *al menos quiere soñar lo que la vida le ha negado y se cuenta a sí misma una linda historia.* Dice que, de este modo,

siempre consumo fósforo… En verdad, es Jesús el que consume su fósforo… yo no hago más que trazar signos en el papel para registrar su "fósforo". ¿Pero cómo puede decírsele esto a un médico y encaminarle hacia una justa conclusión? ¿Puede decirme Ud. cómo tenemos que hacer?

Por lo pronto hoy descanso. Y de este modo, se va acabando la vida y tengo aún tanto por corregir y por oír…

He escrito estas páginas porque creo que era necesario escribirlas. ¿Ha visto qué caligrafía?

8 de octubre de 1945

Dice Jesús:

<<Ven, María, voy a consolarte con una luz que será sólo para ti. Te comentaré un nuevo aspecto de la frase evangélica: "Pisaréis serpientes y escorpiones y nada os hará daño"[1].

El que está colmado de Mí puede pisar todas las doctrinas humanas y vivir sin daño en medio de quienes están colmados del propio veneno. Se pude interpretar también de este modo. Porque si, en realidad, en otras épocas los bendecidos por mí estuvieron inmunizados de las mordeduras de las fieras, de los venenos y otros peligros hasta que así lo quise, los que ahora están bendecidos por Mí y viven en la atmósfera corrupta de una sociedad idólatra y endemoniada, del mismo están preservados de todo mal por mi Voluntad.

Ellos están en Mí y Yo en ellos. No queda lugar para nada más. Ningún veneno arraiga donde mi amor, nuestro amor –el de Jesús y el del predilecto de Jesús- neutraliza todo veneno.

Pequeña predilecta, quédate en paz. Yo recojo tus sufrimientos, tus lágrimas, tus plegarias por todos.

Te has conmovido porque cerca de Belén se ha encontrado una piedra con algunas referencias acerca de mi crucifixión. Se trata de una piedra. Sirve para los soberbios y nada más. La alta reevocación de mi pasión que les he dado a los hombres de fe a través de tu fatiga es mucho, mucho, muchísimo más. Pero el hombre propenso a creer en la árida e incierta piedra, será árido e inseguro ante ese documento de mi dolor que te he dado para él.

Deja de lado las piedras y aliméntate con el llanto de mi Pasión, que conoces tan bien. Que mi pasión sea tu consuelo. Quédate en paz>>.

[1] Lucas 10, 19.

13 de octubre de 1945

Ayer noche, a las 23, mientras todos dormían y yo intentaba conciliar el sueño y descansar, se me apareció Jesús, tal como siempre aparece ante mí, es decir, con una túnica de lana blanca. En la mano derecha sostiene un cáliz de metal, alargado y más bien estrecho. Se me acerca por el lado derecho de mi cama. Sonríe tristemente. Pero su sonrisa me da coraje, porque comprendo que su melancolía no es por mí, sino que, al contrario, viene a mí para encontrar alivio. Pone su mano izquierda en mi hombro izquierdo y me atrae hacia sí, mientras con la derecha me acerca el cáliz a los labios y me dice: "Bebe". El cáliz está lleno de un líquido que parece agua pura. Lo entreveo que en el instante en que Jesús me lo tiende y me obliga a beber.

Bebo. ¡Qué amargura! ¡Oh! ¡No es por cierto el embriagador cáliz del Jueves santo, rebosante de la sangre viva de mi Señor!, ¡de esa sangre dulce, densa, de la que nunca habría apartado los labios!… En cambio, esta es un agua de una amargura tan desagradable que ningún medicamento podría igualarla. Roe la garganta; roe el estómago, lo crispa por el disgusto; hace saltar las lágrimas; perdura como el ardor de un ácido que quema.

Jesús me hace beber solamente un sorbo… y luego aparta Él mismo el cáliz y explica: "Este es el cáliz en que Yo bebí en el Getsemaní. Pero lo bebí todo hasta el fondo y en el fondo está lo más amargo. Este es el cáliz que las culpas de los hombres colman todos los días y que luego ellos tienden hacia el Cielo para que Yo beba siempre de él. Mas Yo puedo beber solamente el amor infinito. Y entonces, se lo ofrezco a los generosos, a los predilectos. ¡Gracias por este sorbo!, Ahora voy hacia otras almas dilectas. Te bendigo en el nombre del Padre, en mi Nombre y en el nombre del eterno Amor". Y se va dejándome la boca y el estómago abrasados por el tóxico, pero el alma rebosante de paz.

15 de noviembre de 1945

Para Emma Federici.

La impaciencia nunca es un coeficiente de éxito. Cuando llegue la hora las almas resurgirán por Voluntad de Dios. La obediencia es siempre prueba de justicia y de espiritualidad y siempre es premiada. Los temores del mañana demuestran una imperfección en cuanto a las tres virtudes teologales. Dios puede suscitar en cualquier lugar, y en especial en los lugares y los seres más

imprevistos, lo que le necesita a un hijo suyo que se le confía. La que a veces parece la ayuda mejor, por el contrario es algo que desvía de la senda de Dios y entonces Dios lo quita y se ocupa y se preocupa hasta sustituirlo por el elemento necesario el que se aferra a demasiados consejos, termina por perecer en una maraña tentacular. No es suficiente decir: "Su Voluntad". Es necesario hacerla una vez que ha sido expresada.

2 de diciembre de 1945

Jeremías 31, 21-22, para Emma Federici.

Dice el Señor:

<<Es penoso tener palabras severas donde uno quiere tener sólo amor. Mas ya lo he dicho: "No permitir que sucedan desviaciones en la justicia es amor".

Por lo tanto, escucha. Cuando la humanidad os convierte en náufragos –entiendo por humanidad la exterior, es decir, la del prójimo y también la interior; o sea, la propia –para lograr volver a la superficie, a la orilla, a la salvación, la única posibilidad es huir del mar insidioso, enfurecido, agitado por vientos contrarios. ¿Cómo se puede hacer? *Se puede hacer aislándose.* El aislamiento permite comprender a Dios y discernir el bien y el mal; en el aislamiento puede separarse lo bueno de lo que no lo es; en fin, se puede realizar y se puede realizarse. La disipación nunca es buena. Se trata siempre de un desorden. En el desorden nuca está Dios.

¿Cómo puedes aislarte? Como hace el marinero cuando arrecia el temporal. Es decir, amparándote en una tranquila ensenada. ¿La ensenada está fuera de la ruta que te habías propuesto? No importa. Por lo pronto, no está dicho que la ruta que te habías propuesto fuera una ruta adecuada. Tú la considerabas así. Y la has seguido sin mirar la brújula, obedeciendo a tus propósitos y, de ese modo, saliste mal del puerto desde el primer momento y en vano más de un timonel te volvió a la justa ruta. Queriendo seguir la aguja enloquecida de tu brújula, te desviaste cada vez más de la ruta. Apártate del mundo y de las voces del mundo para escuchar a Dios.

¿Qué valor le diste a los consejos del que hablaba en mi Nombre? ¿Acaso no sabes que Dios está en los labios de sus servidores? ¿Qué valor diste a lo que te fue entregado en mi Nombre? Hubo uno, dos, tres, mil consejeros: una Babel. Hubo una, dos, tres desobediencias: la Rebelión. ¡Es inútil pedir ayuda si luego no se escucha la voz que responde! Por eso, vuelve a los primeros consejos, reflexiona y, si puedes, repara. Mas ya no puedes, porque es tarde. Y te arruinas.

Vas errando en busca de consuelo. Mas si dicho consuelo no es como tú lo deseas, lo dejas de lado. ¿Y entonces, qué pretendes? ¿Por qué me desobedeces? ¿Qué te había aconsejado el Padre Migliorini desde los primeros momentos? Ni siquiera te acuerdas e inútilmente le haces sentirse incómodo y también lo estás. ¿Qué encierran mis palabras? ¿No sabes leerlas? Si no interpretas los signos y vuelves a equivocarte aun cuando Yo reparo providencialmente ese necio envío de cartas, como si buscar vocaciones fuera como buscar víveres, ¡paciencia! ¡Pero que no entiendas mis palabras!, ¡mis palabras!

¡Aíslate! ¡Trunca las amistades! No te ilusiones. Haz *silencio a tu alrededor, en ti, a tu respecto*. Deja pasar el viento. Y luego recomienza, por otras sendas; recomienza sumisamente, humillada, obediente, paciente. ¿Quieres ser víctima? Quiébrate. La obediencia, la obediencia que se me debe, se mantiene aun después de la anulación del voto. Si la Obra debe naufragar para siempre, sufrirá mi Corazón y también el tuyo y el de los demás más., si sabes convertir esta tortura en una satisfacción, tu alma obtendrá beneficio. Doblega el alma, doblégala. Pondrá alas más fuertes. Tienes la debida libertad para saberla usar. Aprende a tener paciencia para poder concluir y heroísmo para saber humillarte. Si es necesario, te purificarás en otra Orden o en el secreto de una casa, en el mundo, y esa no es una vida menos grata a Dios.

Que la Luz sea contigo, ¡oh, alma ofuscada!>>

4 de diciembre de 1945

Santa Martina.

Son las 20. Me invade un júbilo sobrenatural tan intenso que sabe ya a éxtasis. No sé qué lo origina porque no tengo motivo alguno que pueda provocarlo. Estoy cansada, toda adolorida, atontada porque he tenido que hablar mucho y oír cosas que no eran consoladoras precisamente: ruinas de los espíritus… Figúrese si no he sufrido. Y sin embargo, me invade este júbilo tan vivo… tan vivo.

Luego se me presenta una construcción conformada por muros oscuros que, además, me parecen húmedos; son de color café muy claro o de fango muy oscuro. Es como una rotonda de la que parten pasillos en cruz. Los defino pasillos porque no se ve el cielo, hay un techo alto y oscuro, como los muros de anchas piedras escuadradas que había en el Tullianum.

Justo en el centro de la rotonda se me aparece una criatura. Es poco más que una niña. A lo más tendrá unos 12 años y su cuerpo está aún menos desarrollado que el de Santa Inés; se diferencia de ella no sólo por ser más menuda, sino

también porque tiene cabellos oscuros y tez igualmente morena. Tiene ojos negros, grandes y dulcísimos, pero algo tristes, como cansados, como si hubieran sufrido mucho o pertenecieran a quien ha sufrido mucho. Y también su sonrisa, mansa y dulcísima, es un poco triste. Lleva una túnica completamente blanca, de lino, muy amplia, sin cinturón, con las mangas hasta el codo, por lo que asoma el antebrazo bien modelado que termina en las manos pequeñas, morenas, cruzadas sobre el pecho. No se trata de la fúlgida figura de una beata, pero es una figura luminosa, aunque sin serlo demasiado. Es como si esta tierna aparición brillara con la luz de una estrella, empañada por un ligero velo de niebla. Aun así me atrae porque se trata de una luz pura y suave que otorga paz y alegría. El contraste con los muros oscuros es muy fuerte. Me mira y sonríe.

A sus espaldas, por los dos lados de la cruz que he señalado con las rayitas, veo huir hombres que llevan una corta túnica de un amarillo ceniciento. Cuatro de ellos van hacia el norte, hacia una luz lejana, que apenas se ve, como si ese alto pasillo terminara en un lugar abierto; los demás van hacia el sur, en medio de tinieblas tan densas que me impide comprender cuántos son. En cambio, comprendo que esa adolescente es una mártir, porque lleva una pequeña palma, que estrecha al pecho entre los brazos cruzados; es una palma blanca, me atrevería a decir espiritualizada, del mismo modo que el lino de su túnica, que es más inmaterial y espléndido que el lino más hermoso.

Pero no sé quién es y por eso le pregunto: "¿Quién eres?". Me responde: "Soy Martina. Y este es el lugar donde he sufrido mucho. Es sólo uno de los lugares, porque sufrí mucho. Sufrí muchos martirios antes de la espada. Los que huyen en las tinieblas son los que me martirizaron. Los que van hacia la luz son los que salvé con mi dolor y bauticé con mi sangre. Los otros no quisieron convertirse a Jesús. Pero ahora soy feliz. Ya no existe el dolor. Para llegar a la gloria hay que sufrirlo todo. Recuerda: soy Martina… y, de modo especial, me nombran también en las invocaciones de la Iglesia. ¡Oh, qué bueno es Jesús! ¡A cambio de tan poco dolor, da tanto júbilo y tanto poder! Adiós. Soy tu amiga. No te acuerdas de mí y, sin embargo, me conociste y me amaste cuando eras una adolescente de mi misma edad. Pero yo te he amado siempre, junto con Inés. Que la luz del Paraíso resplandezca siempre en ti y te ayude a llevar hacia la Luz a tantas almas. Adiós. Toma, derramo sobre ti mis bálsamos".

Agita hacia mí la palma, luego vuelve a cruzar los brazos sobre el pecho y se me desvanece su visión con un canto suave, abstracto, irrepetible; todo resplandece en ese lúgubre lugar mientras ella se desvanece dejando como único recuerdo de sí un intenso perfume inefable.

Tomo el Misal: el 30 de enero, hay 4 renglones acerca de Santa Martina. Hojeo un viejo misal de plegarias. Ni siquiera la nombra. Hurgo en mi memoria… nada. La oscuridad es absoluta. Pero me quedan su amistad, su mirada, su sonrisa, la fragancia de sus bálsamos. Y el júbilo de antes perdura y me eleva muy hacia lo alto…

7 de diciembre de 1945

Dice Jesús:

<<Cuando les exhorto a llevar una vida justa y les instruya acerca del modo en que debe entenderse y practicarse la Religión para que sea una forma de vida que conduzca a la Vida eterna, aún hoy los hombres dicen: "¡Semejante lenguaje es demasiado duro! ¡Éste quiere convertirnos en víctimas de su locura!". Y no se dan cuenta de que, expresándose de este modo, confiesan que están degradados de su condición de hombres.

Hablan de evolución, de superhombre. Pues bien, tomemos al hombre tal como Yo le encontré tras su descenso del Paraíso. Te guío la mano para que traces el diagrama; cuando lo termines, verás que no se trata de elevación sino de disminución. ¿Hablan de evolución? Cuando los soberbios y falsos filósofos de hoy hablan de evolución presuponen el concepto de "subida". Pero evolucionar quiere decir proceder de un punto hacia otro. Por lo tanto, por espirales se puede proceder tanto hacia lo alto como hacia lo bajo. ¿No sabes dibujar una espiral? Pues, haz una parábola. (Aquí se incluye el dibujo de una parábola).

¿Ves? Si hubiera ido a la derecha, habría evolucionado hacia el Cielo. Ha querido ir hacia la izquierda. Ha evolucionado hacia el infierno. ¡He aquí al "superhombre" actual, al "evolucionado" actual! Ese hombre al que le parece una locura vivir al menos como "hombre", si no logra convertirse en "ángel". Ese hombre que se considera "víctima" porque le exhorto a vivir como hombre. Ese hombre que me llama loco. ¡Sí, lo soy, muy loco!, ¡por amor!

Ámame, ámame tú, ¡oh, pequeño Juan!…>>.

18 de diciembre de 1945

Dice Jesús:

<<Hace trece años que Yo te clausuré, oprimiéndote bajo el peso de la invalidez, quebrando tu palabra y tu acción. Por años has salvado por medio del dolor. Luego te transformé en fuente para que salvaras con la Palabra. Te hice "portavoz". Hoy, mi violeta escondida, te autorizo a disponer de lo que has visto y oído. Hazlo con prudencia, sin avaricia, con santidad y por un fin santo.

Era un deseo mío, claro y firme, que nadie pudiera tomar de la cisterna en la que se vuelca mi Palabra a través de ti, antes de que ésta se hubiera llenado completamente. Mas dado que se ha querido hacerlo aunque sólo a gotas –y, en verdad, eso no me ha gustado, porque es imprudente y disminuye la obra- es necio sofocar todo chorro en la fuente originaria si luego el agua que surge de ella no es recogida en depósitos para poder ser usada a su debido tiempo y con las debidas cautelas y tutelas, a fin de que no sea sustraída o contaminada por elementos extraños o cualquier otra cosa. Por el contrario, el agua que emana de esa fuente se divide y difunde en mil regueros, perdiendo su imponente belleza y se extravía en la aridez profana de un desierto más o menos racionalista e incrédulo, y hasta resulta útil para las maniobras de ciertos espíritus burlones y hostiles.

Por eso, pequeño Juan, cuando veas que mi verbo puede convertirse en "bálsamo" y salvación, dona mi verbo. No temas. *Verás claramente a quién es justo darlo.* Te ilumina la Luz.

Y reza mucho, mucho, mucho, por los sacerdotes que en estas fiestas se acercarán al altar por primera vez. Que su Navidad sea una verdadera Navidad. Que sea un nacimiento de Cristo, con Cristo y para Cristo. El mundo lo necesita. Tener sacerdotes santos no impedirá que haya guerras y masacres. Pero, al menos, hará que no muráis todo embrutecidos, como ya estáis encaminándoos a ser. ¡Oh, en verdad, Yo tendría que repetir el acto de la expulsión de los profanadores del Templo! Estoy profundamente disgustado. Violeta de la Cruz, ruega por los ministros de tu Jesús…

Ve en paz, alma mía, crucificada mía, mi voz, mi hija, mi júbilo…>>

Me toma el rostro entre sus manos afiladas, se inclina sobre mí hasta rozarme la frente con sus cabellos y a hacerme sentir su respiración.

19 de diciembre de 1945

A las 23 y 30.

Dice Jesús:

<<Heme aquí para explicarte muchas cosas. No amo las preguntas y, en especial, las tuyas. Tienes inteligencia suficiente como para entender las respuestas que te doy a través de los dictados contenidos en las visiones. Pero aquí, ahora que los hechos se han desarrollado como debían, sin influenciar a nadie en ningún sentido, hablaré y explicaré.

Las preguntas tuyas que considero justo acoger son: -I. ¿Por qué hay tanta diferencia entre tú y Dora[1] en cuanto a las manifestaciones? -II. ¿Por qué se producen tan frecuentemente estos casos? -III. ¿Podría suceder mañana lo que hasta ahora no ha ocurrido? (o sea, una acusación contra mis fenómenos). -IV. ¿Dora permanecerá en su estado actual? -V. ¿Por qué, aún admitiendo en ella la manifestación de lo sobrenatural, sientes un desapego espiritual a su respecto? -VI. ¿Tienes que conservar el mensaje que te llegó por dictado angélico? -VII. ¿Es oportuno que Dora te conozca y conozca tu labor? -VIII. ¿Por qué en el primer momento quisiste verla y luego ya no lo has querido? -IX. ¿Por qué el demonio la tortura de ese modo? Las demás preguntas son razonamientos infantiles y las desatiendo.

Pues bien, debes saber que adecuo las manifestaciones al ambiente y al fin por el cual las he suscitado. Tú has recibido la misión de ser una voz mundial. Debes cantar el himno de la Misericordia y del Amor, de la Sabiduría y de la Perfección, para todos los oídos y para todos los corazones, para todas las mentes y para todas las almas. Por eso, tras haberte formado para darte esa capacidad, te he convertido en una "voz" completa, he hecho de ti, que eras un pigmeo, un gigante. (Y no te envanezcas, porque todo lo que tienes te lo he dado Yo para realizar esta misión, te he dado todo, hasta la enfermedad, hasta tu soledad). Mas el gigante no eres tú: soy Yo, que estoy en ti, ¡oh, mi pequeña Cristóbal, que llevas a Cristo pero que, en realidad, eres llevada por Él! Dora está destinada a hacer amar a Dios entre los humildes que ni siquiera saben decir bien el Pater e ignoran las nociones más elementales de religión. Si ella hablara como Yo te hablo a ti (y Yo podría hacer que así fuera), ¿quién la entendería? En lo que te dicto hay páginas que complican hasta a los doctos. ¿Acaso podrían entenderlas esos seres humildes para los cuales la he convertido en mi instrumento? ¿Ves cuán bueno y justo es Dios? ¿Ves cuán humilde es? Se aniquila para adecuarse al instrumento y a quien lo escucha, soporta confidencias y expresiones que no soportaría si provinieran de ti. Porque tú sabes comportarte y, por eso, en tu caso se trataría de expresiones irrespetuosas, mientras en Dora son solamente expresiones simples, que me hacen

[1] Se trata de Dora Barsotelli que, según se decía, estaba favorecida por manifestaciones sobre cuyo origen la escritora nutría dudas y aprensiones, como se verá en el curso del presente volumen y como se evidencia en otros escritos no relacionados con los cuadernos.

sonreír porque me parece escuchar el modo campechano con que me hablaban los afables galileos. No todos pueden ser nuevas Juanas de Cusa, ¿no te parece?

A la segunda pregunta respondo de este modo: La Providencia obra con indulgencia hacia sus criaturas. La corrupción general, ya existente antes de la guerra y siempre en aumento, la relajación del clero, la tremenda guerra, las doctrinas perniciosas, la soberbia de los… sabelotodo (o que se creen tales), han disminuido de tal modo la fe que terminaría por morir de consunción. Y es doloroso tener que decir que el agente que daña más a la fe es el clero, acerca de cuyas faltas te he dictado muchas veces. Entonces, he ahí que, como en una noche sin luna resplandecen en mayor número las estrellas y logran verse aun las más pequeñas y, todas juntas, consiguen producir un poco de luz para guiar al viandante nocturno, a la sociedad católica, a la que le faltan luces mayores (léase: un clero activo), se le conceden estrellas y estrellitas. El tiempo último será el tiempo del espíritu. Y estas luces, estas voces, abundarán para servir de guía a los rectos de corazón que van a ciegas en medio de las brumas del materialismo, del racionalismo, de los sectarismos, en los cuales tomarán parte activamente los sacerdotes. Y Dios siempre será manifiesto a sus hijos con su verdadera vitalidad y no con el frío y automático mecanismo creado por quien ya no cree, aunque sigue gritando "¡fe! ¡fe!", y lo hace sólo porque éste es su oficio. ¡Oh!, ¿quiénes son los que gritan de este modo? ¿Acaso son lloronas asalariadas o pregoneros remunerados que, una vez que han terminado su tarea, se van sin estar convencidos de ningún modo los unos de la calidad de lo que han pregonado, sin quedar abatidas de ningún modo las otras por el dolor que ha expresado su llanto? ¡En verdad, en verdad os digo que tendrá mayor poder una "pequeña voz" que pronuncie palabras venidas de Dios, aun cuando las repita con algún error gramatical, que el obrar utilitario y poco convencido de una excesiva parte del clero! Por eso, Yo voy suscitando por doquier mis "voces". Lo haré siempre, aunque se me combata a través de esas mismas voces. Y cuanto más vea mi rebaño a merced de los pastores-ídolos, tanto más persistiré en mi propósito.

En cuanto a la tercera pregunta, te digo: ¡Por cierto que podría suceder! *Y el demonio hará todo para que suceda*. Por eso te ruego que ayudes mucho a tu hermana de misión que, por su misma ignorancia y porque está menos formada de lo que tú lo eres, es menos sensible que tú tanto en sentir como en distinguir y reaccionar y que por lo tanto, podría sucumbir ante un ataque, más astuto que los otros, del Maléfico, que intenta abatiros a las dos, y a ti mucho más que a ella. Tú estás más formada porque eres una pequeña luchadora que combates contra la Tentación desde la adolescencia, y aún antes de ella, por amar mío; eres el aguilucho de agudo pico que soportó mordiscos y perdió plumas, pero que logró

sanar de las heridas satánicas volando cada vez más alto, hacia cimas cada vez más puras, para ser cauterizada y curada por Mí, tu Sol. Por eso el Maléfico intentará abatirte especialmente a ti, cuyo radio de acción es más vasto y potente que el de Dora. Y afirmo que sería necesario que Dora fuera nutrida con el Pan eucarístico con mucha frecuencia. Si Satanás no lo quiere así. *Yo lo quiero*. También la ayudará la Confesión, pero sólo porque aquietará los escrúpulos que el Enemigo suscitará en su corazón. Por eso, la Confesión podrá ser menos frecuente. Mas su fuerza será la Eucaristía.

Y llegamos a la cuarta pregunta. Contesto así: las almas nunca son estáticas. Oscilan de abajo hacia arriba o viceversa. A veces se despeñas, cuando la soberbia o la mentira o la lujuria me apartan del alma. O, en cambio, otras veces suben veloces como saetas hacia el Cielo, cuando se inmolan según mi ejemplo. Pero éstos son casos especiales. En el conjunto se notan altos y bajos. Un alma, llevada a un determinado nivel, puede descender o puede subir; no queda en ese nivel. Dora está en un nivel muy susceptible de cambios. Podría perfeccionarse. Y podría arruinarse. Reza mucho. Que el Padre vele mucho sobre su sinceridad y humildad. El demonio intentará arruinar estos dos aspectos.

Quinta frase. Podrías completarla y sonaría así: "¿Por qué casi me da miedo?". Y temes que eso demuestre que no estás en gracia de Dios. ¡Pero vamos!, ¡eres una niñita que esconde la cabeza bajo las mantas para no ver la oscuridad! Pero ¿acaso la oscuridad no es más densa bajo las mantas? ¿De qué tienes miedo? ¿De lo que eres? ¡Dora no se te parece! ¡Pobre Dora! Es el ser más inocuo de la Tierra. Pero María, mi Madre, quedó desconcertada ante el ángel y, sin embargo, era la llena de gracias. ¡Qué misterio fue para algunos ese temor de mi Madre! Sin embargo, es algo fácil de entender. Ella era la humilde, la escondida, la consagrada, la Virgen. El misterio está en estas cuatro palabras. Tú eres la violeta de la Cruz, la escondida, la consagrada. Es por eso que no desea mantener relaciones y tiemblas a la idea de ser conocida, porque sería como si te desnudaran. ¡No temas! No serán alzados tus velos sobre tus místicos amores. ¡Quédate tranquila! ¡Quédate tranquila! ¡Oh mi violeta, hermana, esposa, no tiembles por el sufrimiento! Sólo Yo ten conozco. Y Yo permito que se conozca hasta donde Yo lo deseo. El "otro" conoce y habla hasta que puede hacerlo. ¿Te acuerdas de Punturieri? ¡Y bien!, ¿para qué sirvió? Sirvió para traer aquí a Giuseppe y dármelo. ¿Lo ves?

Sexta pregunta. Sí, conserva esta hojita entre los papeles secretos. No hace falta nada más

Séptima pregunta. No, no es necesario de ningún modo. Las estrellas siguen su camino aunque no se conozcan o no se encuentren. Es más: ¡cuán grande es el peligro si dos estrellas se encuentran en el cielo! Vosotras dos tenéis una misión diferente pero ambas misiones tienden a un único fin. Os encontraréis en dicho fin: en Mí. Del mismo modo, es inútil –más claramente: no sirve para nada- que la mujer, instruida directamente, reciba una instrucción ulterior que, para su limitada cultura, no significaría más que fatiga y un placer superficial. Al menos que ahora, es así. *Tampoco el ambiente es adecuado para retener los dictados.* Nunca serán suficientes mis recomendaciones de parsimonia y prudencia en la distribución de los fascículos. Dado que es muy lento el camino para hallar una tutela para ellos, se debe ser sumamente lentos en distribuirlos a uno u otro destinatario.

Octava pregunta. Porque Yo inspiré esta acción en ti. ¿Que por cuáles motivos? No es necesario que los explique. Porque era justo hacerlo así y –siempre porque he obrado en ti- tú lo intuiste, tras haber pensado inútilmente hasta que llegó la Luz. Sería dañino que os conocierais por el hecho de que, tanto tú como ella, tenéis que tratar con un mundo racionalista. ¿Sabes qué diría el mundo? Pues diría: "He ahí cómo se exaltan la una a la otra. ¡Son cosas retrógradas!" y volverían a evocar a los reformistas que en el siglo XI se oponían a la corrupción eclesiástica, a los secuaces de Savonarola del siglo XVI y a otros semejantes, hasta terminar con los grandes nombres de la psiquiatría… ¡Déjalos corres! ¡Déjalos corres! Que cada fuente emane su chorro, sin que se funda el uno en el otro. Del mismo modo, es conveniente que tu tarea no influencie o demuestre influenciar a Dora. ¿Tú tienes la profusión de la Palabra? ¿Ella hace oír la voz? ¡Muy bien! Que cada una se quede con lo que la caracteriza.

Noven pregunta. Ella está torturada materialmente, porque el enemigo no podría atormentarla como a ti, que eres más refinada psíquicamente. Contigo es sutil e inteligente, te aguijonea en tu yo psíquico. Ella, ¡pobre criatura!, no entendería los problemas que el enemigo agita ante tus ojos para provocar tus dudas y temores; por lo tanto, se limita a cogerla por los cabellos y a zarandearla. Pues bien, ruega por ella, que tendrá que sufrir tanto, tanto, tanto, ¡pobre Dora! Sostenla. Es una hermana tuya. *¡Que no se pierda! ¡Que no la dañe el haber sido llamada!* Sabes que Satanás logró instilar su veneno en los discípulos. Ruega para que eso no suceda aquí. Dora se encuentra ante una difícil prueba y ante un cambio total.

Muéstrale al Padre todo esto. Es una lección para ti y para él y para ningún otro. Que nadie desobedezca. No lo quiero.

Y ahora reposa. Reposa con el cuerpo cansado y el alma serena. Quédate en paz. Te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(Es la 1 y 20 de la madrugada del 20 de diciembre, pero estoy contenta de haber tenido este dictado y de haberlo tenido tan pronto. Se lo agradezco a mi Señor).

21 de diciembre de 1945

¡Oh, Padre! No sé si Ud. se habrá dado cuenta de que en el momento de la Santa Comunión me costaba seguirle porque yo ya estaba… en otro lugar, abstraída en mirar hacia lo alto, desde donde me llegaba un llamado gozoso, pleno de un júbilo que no se puede describir con comparaciones o vocablos humanos. Tenía que hacer un esfuerzo para separarme de allí para responderle a Ud.… Luego entre estremecimientos de gozo, entre oleadas de un júbilo cada vez más intenso, se presentó más nítidamente a mis ojos lo ultraterrenal y vi.

Vi el añil resplandeciente de los prados paradisíacos… y aunque el único espectáculo posible fuera el de las regiones celestiales inundadas por la luz del Paraíso, esa luz que ninguna comparación logra explicar, ya bastaría para elevarnos a la bienaventuranza.

Note que esas extensiones del Reino celeste se me aparecían mucho más en lo alto que el corriente cielo cósmico pero, aun así las veía muy nítidamente, como si no estuvieran más allá de los techos. Toda vez que contemplo el Paraíso advierto esta sensación de lejanía infinita de la Tierra y de que yo soy transportada más allá de la atmósfera terrestre para ser acercada al Cielo paradisíaco y poder verlo bien. En suma, me siento arrancada de la Tierra y llevada muy lejos, allá arriba. No es el Paraíso, que está aún más arriba, pero se trata de un lugar que está lejos de toda la creación con sus planetas y estrellas. Tengo la sensación de estar arrodillada con mi alma, y me arrodillaría también materialmente si no fuera porque un resto de vigilante razón me hace desistir de hacer manifestaciones de lo que pasa en mí. Pero con el alma me postro porque siento que estoy en presencia de algo que es muy superior al hombre y que debe ser venerado aunque sea simplemente luz y azul iluminados.

Desde un punto colocado entre el norte y el este, vienen a mi encuentro tres figuras refulgentes, caminando por los campos de zafiro como comunes mortales; su paso es majestuoso y sumamente digno. Sin embargo, no manifiestan ninguna afectación. Por el contrario, caminan con soltura, sin perder majestad. Sonríen al mirarme y también sus ojos sonríen cuando sus miradas se cruzan indicándome.

A medida que se acercan, veo los destellos de los hermosísimos ojos –de color azul zafiro en el primero, intensamente oscuros en el segundo, castaño dorados en el tercero- que resplandecen risueños a la luz del Paraíso. Vienen hasta el borde del campo celeste, más allá del cual y hasta el escalón inferior, donde me encuentro extasiada y en adoración, se extiende el vacío. Se detienen allí mirándome, sonriendo como sólo un ángel puede sonreír y tomándose de la cintura como tres hermanos que se aman y pasean juntos.

Son los tres arcángeles: Gabriel, Miguel y Rafael. Intentaré hacerle un retrato de los tres. Son jóvenes bellísimos. Me parece que tienen entre veinte, o quizás entre 18 y 30 años. El más joven es Rafael; el mayor (por su aspecto) es Miguel, el de la terrible belleza.

El primero a la derecha es Gabriel, que representa unos 24 o 25 años. Es alto, esbelto; tiene un rostro muy espiritualizado por los rasgos extasiados de perpetuo adorador. Sus cabellos rubios tienen el color del oro puro. Son ondulados y caen hasta tocar apenas los hombros, o mejor, la base del cuello y están sostenidos por una delgada diadema diamantada que, más que de metal o de gemas, parece hecha de una faja de luz resplandeciente. Lleva uno de esos atavíos que muchas veces he visto en los cuerpos gloriosos, es decir, una vestidura como de luz entretejida de perlas y diamantes. Es una túnica larga, suelta, castísima que oculta por completo los pies y que apenas deja entrever la mano derecha, una mano de bellísima forma abandonada a lo largo del cuerpo. Me mira con sus ojos de zafiro y su sonrisa es tan sobrenatural que, a pesar de ser una sonrisa, me atemoriza.

También el que está en el medio es muy alto como su compañero. Se trata del que he definido terrible en su belleza austera. Sus cabellos oscuros son más cortos y más rizados que los de su compañero; sus miembros son más robustos; en su frente desnuda no hay ninguna diadema pero sobre el pecho luce una especie de medallón cuadrado de oro y piedras y sostenido al cuello por dos cadenillas de oro. Sus piedras engarzadas forman caracteres, probablemente un nombre, pero no sé leer esas palabras, esas letras que no son como las nuestras. Está vestido como de oro llameante, hasta el punto de que su ropaje encandila por lo resplandeciente. Parece que sus miembros ágiles y robustos están fajados por una llama clara, es decir, una llama que no es rojiza sino dorada. Su mirada oscura es severa y arroja rayos. No me causa temor porque siento que no está airado conmigo y que, por el contrario me ama. Pero lo terrible de su mirada debe de resultar angustioso para los pecadores y para Satanás. A diferencia de como lo representan, Miguel no tiene espada ni lanza, pero sus armas son en verdad sus ojos. También su sonrisa es severa, muy austera.

El tercer arcángel lleva un atavío ceñido por un cinto adornado con piedras preciosas. Es un atavío de un delicado color esmeralda; precisamente parece estar vestido del color que se ve cuando se mira a trasluz una esmeralda. Es alto, tiene cabellos oscuros, largos como los de Gabriel. El color es precioso, pues son castaños y tienen reflejos de color oro oscuro. Parece ser el más joven de los tres y, por su dulce y juvenil sonrisa, me recuerda un poco al apóstol San Juan. Pero Rafael tiene ojos de un delicadísimo color castaño y una mirada dulce, plácida, paciente, que es como una caricia. Sonríe de un modo más humano que los otros. Todo en él se asemeja más a nuestro propio modo de ser. Es, por cierto, el "buen joven" del libro de Tobías[1]. Nos vienen ganas de poner confiadamente la mano en la suya y decirle: "¡Guíame en todo!".

Me miran, me sonríen, sonríen entre sí. Luego me saludan.

Gabriel canta "Ave María", su voz asemeja a las notas de una incorpórea arpa y cada nota eleva el éxtasis. Al decir "María", recoge las manos sobre el pecho e inclina la cabeza; luego la alza, con una sonrisa que aumenta los destellos que emanan, de todo su ser, hacia lo más alto del Paraíso. Me doy cuenta de que, más que saludarme, ha querido mostrarme claramente quién es. Es el Arcángel que anuncia el gran misterio… y parece que sabe decir solamente esas palabras y venerar a la Virgen…

Miguel roza el precioso medallón que lleva sobre el pecho. Lo toma entre los dedos de la mano derecha, lo alza para mostrármelo y, con una voz en que resuenan ecos de bronce, dice: "El que está con Dios, lo puede todo. Nada puede Satanás contra el que está con Dios. Porque *¿quién es como Dios?"* Estas últimas palabras parecen hacer vibrar el aura celeste como si se tratara de un armonioso trueno. Vuelve a dejar el medallón sobre el pecho y se arrodilla adorando al Eterno, al que yo no veo pero que, por la mirada del arcángel, me parece que está muy, muy en lo alto, en posición perpendicular a mí o inmediatamente a mis espaldas.

Rafael, el de la voz áurea, abre los brazos como para estrecharme en ellos y, al mismo tiempo, alza el rostro radiante de júbilo en la contemplación de Dios y dice: "Que el júbilo sea siempre contigo". Se parece un poco al ángel que ya he visto en dos visiones, pero es menos incorpóreo que él. En la raíz del cabello brilla una luz en forma de estrella; es una luz tenue que consuela, que consuela como su resplandeciente atavío de color esmeralda claro.

Vuelven a mirarme. Luego se toman aún más estrechamente por la cintura y abren las alas de color de perla, llameantes de color verdoso (fíjese que todavía no

[1] Tobías 5, 4-23.

había notado esas alas detrás de la espalda). Suben velozmente al Empíreo cantando una canción imposible de repetir, una canción igual a la que oí el 13 de diciembre de 1944 en Compito, cuando vi las cohortes angélicas que volaban cantando sobre Belén…

Y yo me quedo aquí. O mejor, desciendo de las altas esferas donde estaba y vuelvo a adentrarme en mí misma, en mis espasmos, en mi lecho. Pero el gozo permanece… y además me doy cuenta de que no he sabido decir ni una sola palabra a los tres arcángeles. ¡Oh, qué estúpida!, ¡qué estúpida!… Pero mi alma ha hablado con ellos. Yo sentía que mi alma les veneraba aunque no podía traducir en palabras concretas su palpitar.

Después de sucederme todo lo que he narrado más arriba, tomo la Biblia para buscar en ella, todas las apariciones angélicas. De este modo, pasan Abraham, Jacob, Tobías y el profeta Daniel. En el capítulo 8° mis ojos se posan en los versículos 13-14. Leo la frase: "Respondió: De la noche a la mañana, por dos mil trescientos días y luego el santuario será purificado". Como una flecha luminosa, me llega una respuesta, o mejor, una explicación: "Pon la palabra 'siglos' en lugar de la palabra 'días' –porque para nosotros un siglo es menos que un día- y obtendrás la fecha del fin del mundo". No oí nada más La voz que a mi parecer era la de mi íntimo amonestador porque se asemejaba a la suya, cesó tan repentinamente como había llegado.

24 de diciembre de 1945

A Madre Teresa María de San José, Priora del Carmelo[1].

Dice Jesús:

<<Yo soy el Director, el Tutor, el Administrador de las almas y de lo que necesitan las almas. Nadie está por encima de Mí. Y autorizo al "portavoz" a llevar mi luz a estas almas que amo. Cundo Yo lo juzgue necesario, le daré al "portavoz" tiempo y fuerzas, porque todo lo he dispuesto por amor.

Añade esta orden, que te di cuando estaba acongojada, al otro acto bondadoso del dictado que te hice hace algunos meses. Por esto comprenderás cuán dilecta eres para Mí. Te tomo la cabeza entre las manos y te digo: "No temas. Yo te amo. ¿Comprendes? Yo te amo". El Adviento y San Juan de la Cruz os han dado el

[1] Madre Teresa María de San José, carmelita descalza, monja de clausura, que se convirtió en la gran confidente de María Valtorta. Era la priora del Carmelo de Santa Teresa, comunidad monástica de San Colombano, cerca de Lucca. Pertenecían a este mismo monasterio Sor Teresa Cherubina y Sor Luigia Giacinta, a las que están dirigidos los dictados siguientes.

dolor y la privación. Las Navidades y mi San Juan os dan la guía, porque no es justo privar a mis esposas del pan de la mesa del Esposo. Haced penitencia, sed prudentes, pacientes. Contentaos de lo que os llevará el pequeño Juan como si fuera algo suyo. Mas sabed que donde parecerá que está el pequeño Juan, en realidad estaré Yo. Mas sed sumamente prudentes. De lo contrario, se os privará de esta gracia. Esto vale para todas.

En cuanto a ti, te confirmo que tu conducta en estos tiempos tremendos ha sido de mi agrado y te bendigo por ello. Y debes saber que tu madre está en la senda de mi Misericordia y en ella permanecerá. Te agradezco en su nombre, porque la ayudan mucho tus penitencias y oraciones. Tu Director me lo regalas a Mí, ¿no es verdad? Y no pides nada a cambio. Me dices solamente: "¡Aquí le tienes!". Sé lo que tengo que hacer. Que Dios te bendiga y que mi paz te acompañe>>.

Y a mí Jesús me dice: <<Di a la Madre Priora que deje escribir a sus hijas. Si sus cartas me parecen justas, las guiaré. Y lo que digo para una, puede ser utilizado para todas>>. Y luego me dice que el día de los Santos Inocentes haga la Santa Comunión por Sor Luisa Giacinta.

A Sor Teresa Cherubina del Santo Rostro.

Dice Jesús:

<<No, no soy un obstinado que quita un bien por una nadería. Yo soy la Bondad y la Palabra. Puedo dejar que los hombres hagan padecer. Mas Yo curo. Puedo dejar que los hombres despojen. Mas Yo doy. Puedo dejar que los hombres ofusquen las mentes. Mas Yo soy la Luz y doy la Luz. No te crees problemas. La causa de la privación de la palabra de Dios no fue tu deseo de conocer al pequeño Juan. La causa fue el juicio que sobre sí mismo ha dado un hombre que, por mucho que sea justo, siempre adolecerá de algunas imperfecciones al juzgar. Reza por él, respétale y calla. Me ocuparé Yo de curarlo todo y de darle la ocasión de adquirir méritos cada vez mayores por medio de las pequeñas cosas.

Por ejemplo, una pequeña cosa para negociar –que luego se transformará en una gran cosa en el Cielo- es tu sumisión a las necesidades actuales. Ten presente, hija mía, que lo que te hace sufrir hace sufrir también a quien lo impone. ¿Por qué quieres aumentar su sufrimiento? Eso no es caridad. Diez meses atrás hablé muy claro. ¿Pretendes saber más que Yo? ¿Eres una monja de clausura? ¡Muy bien! ¿Quién te impide serlo? La Tierra es una total clausura para las almas que han comprendido en qué consiste la Vida verdadera. ¿Acaso vuestras almas, creadas para el Cielo, no están en la clausura de la carne? Que la carne, objeto de pecado para muchos, sea la reja que preserva tu alma del contacto con el mundo.

Y no desprecies el mundo. Tampoco eso es caridad. ¿Te causa repugnancia? ¡Oh! ¡Oh!, ¿no te acuerdas que Yo, el Santísimo, estuve sumergido en él por 33 años y percibí todos los hedores y posé mis ojos y apoyé mis manos en todas las llagas de la Humanidad? Ningún mal puede tocarnos si el alma no admite el mal; crece sólo la caridad y se hace pedazos el egoísmo y, con él, el residuo de soberbia que aún queda en la antigua criatura que pertenecía al mundo y que Yo he querido para Dios. No desprecies el mundo, santifícalo.

Mi Madre lo santificaba transitando por los caminos corruptos de la Tierra, ¡ella, mi Purísima, la que era nuestro Lirio! Ten presente este magnífico ejemplo que te doy como modelo. Se había entregado a Dios en la niñez. El Templo la encerró, como un místico Carmelo, entre sus muros. En su vida había dos clausuras: la del Templo y la del voto virginal. Dios rompió los cerrojos. La quitó del Templo. La convirtió en esposa. La unió a un hombre, justo a ella que estaba unida sólo a Dios. Para el mundo fue "la esposa" conocida por un hombre, y para su hombre –que nunca la conoció como esposa por la carne- se mostró como "la adúltera"… ¡Podía estar más deprimida!… Cantó aún más fuerte su "Ecce Ancilla Domini". Y Dios la premió concediéndole la estima de José.

La maternidad volvió a recluirla por segunda vez, en la casita de Nazaret. En la hora más íntima para una mujer, el edicto de un hombre arrancó de su nido a la santa Reclusa y la arrojó a los caminos del mundo, mientras Yo ya estaba al llegar y en ella nacía el deseo justo de estar "sola con el Solo" en la hora sublime de su divino puerperio. Belén la acogió tras mi nacimiento y el silencio y el misterio encerraron entre rejas por tercera vez a la Reclusa de Dios. El cruel Herodes rompió por tercera vez esas rejas y ella volvió a estar en el mundo y hasta a vivir en tierras paganas.

Luego… ¡Oh, luego!… Teresa, ¿cuáles sufrimientos habrá padecido mi Madre, obligada por el mundo hostil a seguir a su Criatura a abandonar Nazaret para ocuparse, además de lo espiritual, de lo "temporal" para su Hijo? ¿Cómo fue su clausura? Sus lágrimas fueron velo y reja y ellos la enclaustraron también al pie de la Cruz, entre los insultos ignominiosos de todo el pueblo. Y Dios nunca la vio tan enclaustrada como cuando se quitó también el velo para auxiliar mi pudor.

Teresa Cherubina, ¿no sabes que esta es la hora de Satanás y que él usa todos los medios para hacer cometer pecado de rebelión (¡al menos ese!) hasta a los mejores? ¿Por qué te prestas a su juego? ¿Quieres causarme dolor? Has ido por el mundo. Es así. Quizás te hayas acercado a los demonios. Es así. Pero acuérdate de que quien cree en Mí pisará serpientes sin que ello lo dañe. Si no hubieras salido al mundo, no habrías conocido al "pequeño Juan" y no habrías recibido estas

palabras de hoy. No te he dicho "una palabra", como pedías, sino muchas más. Y lo he hecho porque quiero hacer que te eleves.

La resistencia a mi voluntad provoca resistencia a mis concesiones. Acéptalo todo y Yo sabré proveer siempre para bien. Y no te comportes de manera humana en cuanto a la necesidad del director. Yo soy el Director de todas las almas. Y no estés con el compás y el dosificador, con el gancho y el microscopio, midiendo, hurgando, examinando el pasado y sus residuos. Cuando te confesaste, tenías el deseo sincero de confesarlo todo. Por lo tanto, *todo está confesado.* Lo que el sacerdote no oyó de tus labios, lo he oído Yo de tu alma y te he dicho: "¡Ve en paz!".

No te envanezcas si hoy me he dirigido mucho a ti. No ha sido porque eres la más santa de este Carmelo, sino porque tienes mucha necesidad de mis palabras para santificarte. No exijas mucho del Portavoz. Soy Yo quien le gobierna y si está callado quiere decir que Yo así lo dispongo.

Ve en paz. Sé el rey de Oriente que me trae la mirra de tu obediencia a las necesidades actuales. ¡Ve en paz! ¡Ve en paz!>>.

25 de diciembre de 1945

Para la Madre Teresa María de San José.

Dice Jesús:

<<¿Ves? He hablado a dos de tus hijas y las he hecho "rey de oriente"[1]. Pero quien me trae el incienso has de ser tu. Tráeme, tráeme el incienso de tu cargo de Priora, un cargo que santifica tanto cuanto se lo cumple con justicia.

¡Oh!, en verdad, el Superior de un convento, a fin de cumplir realmente la misión a la que le destinaron al elegirle para dicho cargo, debe ser triturado y consumido por carbones ardientes del mismo modo que el incienso es fragmentado en pequeños granos y luego arrojado a los carbones para que se desprenda el perfume y se cumpla la misión para la que fue creado. El mortero y el mazo representan el deber cumplir; el mortero, que lo abraza todo, y los caracteres de las almas confiadas al Superior que, conglomerándose, forman un mazo de bronce sumamente pesado, porque es gravosa la masa de las diversas características y tendencia de las mismas. Y la pobre Superiora o el pobre Superior están debajo, como una resina olorosa que los demás trituran y que no podría ser arrojada al turíbulo[2] si no estuviera triturada. Y que no perfumaría si en

[1] Mateo 2, 1-12.
[2] Turíbulo = Incensario.

el turíbulo, movido por manos angélicas ante el altar de los Cielos, no hubiera carbones ardientes. En parte son carbones dulcísimos: son los carbones de la caridad de la víctima, que los enciende por sí misma para lograr su hoguera inmolada. En parte, en cambio, son amarguísimos: son los carbones de los egoísmos, que sobreviven aún en las criaturas aunque ya no se llamen Rosa, Josefina, Antonia, Ángela, etc., y sean ahora Sor A, B, C. Se trata de esas criaturas que, junto con el ropaje secular, en el acto de vestirse tendrían qué haber abandonado la vestidura mortal preexistente y surgir renovadas, completamente renovadas, para entrar cantando en la casa del Esposo.

¡Mas hay que tener compasión!… La naturaleza humana es peor que un pulpo… Se amputa, se amputa… pero queda siempre un tentáculo, algunas ventosas aferradas al pasado… a ese pasado que tendría que estar muerto, con todas sus tendencias y todos sus sabores.

¡Ardes! ¡Ardes! Tu perfume sube hasta aquí. El oro es precioso y les sirve a los reyes para su corona. La mirra es saludable y sirve para preservar de las putrefacciones. Por lo tanto, les sirve a los hombres. Pero el incienso está destinado a Dios: para su trono, para su aclamación… Teresa María, sé el incienso. Que mi paz sea contigo>>.

Para la Madre Luisa Giancinta.

Dice Jesús:

<<Me gusta ver esas dos palabrillas humildes en el sobre de la Madre. En efecto, en esta época los jacintos tienen apenas una cabecita verde que asoma de la tierra. Todo lo demás muerde la tierra del tiesto o del cuadro, padece en la oscuridad, en la humedad; es ignorado… Pero cuando llega el tiempo de mi glorificación de Redentor, todos los jacintos alzan su columna perfumada y parecen ofrecerla al Cielo y a mi altar, manteniéndola entre la copa de las hojas, semejante a los dedos de ambas manos que, unidos para rezar, luego se abren en la invocación. Y, justamente, porque me gusta la mortificación del jacinto, al jacinto le dedico mi palabra.

Le dije a una hermana tuya que me trajera la mirra. A la Madre le diré que me traiga el incienso. A ti, Giacinta, te digo: “Tráeme el oro”, o sea, ¡la caridad! ¡Cuánto puedes hacer en este ámbito!

Deseas que mi Madre te indique una dirección. La conduzco a ti. Que hable Ella, la que es toda Caridad>>.

Jesús calla y le reemplaza María. Dice María:

<<Hija, la ciencia no guía; guía el corazón por los campos floridos del amor.

Cuando mi Niño comenzaba a caminar, muchas flores renacieron por los campos de Belén, al llegar las primeras lluvias de otoño. Y Él, el Pequeño dilecto, impulsaba su cuerpecito santo, asentaba los piecitos en el suelo yendo de una a otra corola esparcida entre la hierba del prado y como una avecilla murmuraba sus incipientes palabras a esas flores que había creado su Padre. Y estoy segura de que esas flores comprendían las misteriosas palabras del Dios Niño, aniquilado, disminuido, por caridad hacia todos nosotros, a la condición de infante balbuciente, ¡Él, que era la Palabra!

Pero en la primavera siguiente, y aún más en las que se sucedieron después, Él, ya completamente afianzado, iba de flor en flor, como una dorada abeja, como una alegre calandria, a través de las tierras del Nilo, que la crecida había nutrido y había mudado en terrenos fértiles. Y cogía esas flores para mí y reía mostrando sus dientecillos brillantes entre los labios rosas mientras volcaba su botín en mi regazo y echaba hacia atrás la cabeza, solicitando besos en sus ojos de cielo y preguntaba los nombres de las flores y quería conocer sus historias. También quería saber para qué servían sus zumos.

Y una vez, era la última primavera pasada en Egipto, la divina Sabiduría habló por medio de sus labios inocentes. Me había escuchado hablar. Luego había separado las flores según una idea suya. Parecía jugar, pero su mente trabajaba. José, que segaba largas tablas en la verde umbría que creaban las hojas nuevas en el pobre huerto, notó que había dejado a un lado, con indiferencia, las flores más bellas, mientras acariciaba y dirigía palabras dulces a las humildes florecillas de manzanilla, a los muguetes silvestres, a coclearias y ranúnculos, a la flor de la achicoria, a las estelarias, a los rojos tréboles. Entonces le dijo: “Hijo mía, ¿por qué prefieres esas flores simples y comunes a las espléndidas rosas, a los jazmines dobles que te ha dado Raquel de Leví?”. “Porque éstas son las flores que tienen caridad hacia los hombres. No son sólo un placer para los ojos y el olfato; también son caridad”, respondió Jesús. Y yo y José nos quedamos sin palabras ante la sabiduría del Niñito y nos inclinamos a la vez para besarlo en la frente luminosa.

También tú conoces, hija, las virtudes humildes y comunes y los actos que ellas, como simples florecillas, suscitan. Prefiere esas virtudes, cumple esos actos, Jesús los ama mucho. Ya le has oído: “Los prefiero porque son caridad”. En tus tierras puedes recoger muchísimos de ellos. Ante ti tienes un prado en flor. Siega, siega… La caridad nunca es suficiente. Sé toda caridad y llevarás el oro del rey de Oriente a mi dulce Jesús>>.

<<Y ahora que ha hablado la Dulzura de Dios y de los hombres, Yo, junto con Ella, te bendigo. Que la paz sea contigo>>.

Dice Jesús:

<<Es algo necesario y hay qué hacerlo. Pero esto no me alegra en absoluto. Aun así, que se inicie cuanto antes y se cumpla lo antes posible. Mas no se debe comenzar antes de que haya sido copiado a máquina todo lo que has escrito y entregado al Padre y que el Padre te haya devuelto lo copiado para que lo corrijas durante el mes de su ausencia. No puedo permitir que queden hojas sin corregir o sin copiar. ¡Tu vida está tan minada por fuerzas secretas y enemigas!

¡Oh, mi pequeña violeta, la del tallo cercenado!, ¿nadie advierte que sólo una pequeña raíz, la más frágil de todas, sobrevive y te mantiene aferrada aún a la existencia y que, por lo tanto, vives únicamente por mérito de esa sutilísima vena vital? Bastaría el roce de una mariposa para truncar también esa pequeña raíz.

No te daré nada más hasta que no haya sido transcrito todo lo que ha sido dado. No debes hacer nada hasta que no tengas corregido todo. El Padre Romualdo no debe hacer nada hasta que no se haya hecho esto. No hay que bromear con estas cosas ni confiar, imprudentemente, en ayudas sobrenaturales. Obrad con los medios ordinarios, como si los extraordinarios no existieran.

Por lo que se refiere a la asistencia sacerdotal, no hay duda de que debes recibirla. No te doy señales extraordinarias o clamorosas. De lo contrario, ya no serías mi violeta. Pero en tu aparente normalidad de criatura perfectamente común que come, bebe, duerme, como cualquier mortal, que no tiene éxtasis, o inexplicables ayunos, o sudores de sangre, o estigmas u otras cosas semejantes; que está en perfecto equilibrio psíquico –y miente por el gusto de mentir quien afirma lo contrario-, hay rasgos extraordinarios que evidencian lo que eres y lo que Yo soy en ti: el Todo, el Origen, la Explicación, la Finalidad de tu ser.

Uno de dichos rasgos es la vitalidad que vuelve a invadirte cada vez que haces la Comunión. No vengo y quedo en ti sólo con mi Espíritu para nutrir tu espíritu. Vengo también con mi Virilidad sana y te la infundo. ¿Cómo podrías estar sin la Vida, precisamente tú, que eres un cuerpo casi extinguido? La clave, el secreto de toda tu resistencia a las enfermedades y a las fatigas de la misión, que con su mole vencería completamente la resistencia de personas bien fuertes y sanas, está en el hecho de que tu Jesús penetra en ti con todos sus dones, sin excluir el de la transfusión vital y física.

Si no fuera por apremiar demasiado a mi siervo Romualdo, ya tan cansado, Yo vendría a ti todos los días, como verdadero Médico y verdadera medicina, para

sosegar los excesivos espasmos, en verdad demasiados, y socorrer tus fuerzas destruidas. Piensa si permitiera que estuvieras días y más días sin Eucaristía. Morirías aun sin tener crisis. Morirías porque te faltaría lo que te nutre y serías demasiado maltratada por el que odia, ya que la Eucaristía que llevas en ti es lo que le mantiene alejado. Sólo la Eucaristía lo logra, pues te odia cada vez más y, con todos los medios intenta turbar y obstaculizar tu tarea. También por este motivo exhorto a Romualdo a que no se distraiga con otros cuidados. Tales cuidados son otros tantos escenarios falsos para desviarle, retrasarle, distraerle en detrimento de tu tarea que, en verdad, es solamente esto: una tarea mía.

Que tenga caridad, mucha caridad con todos. Pero que no te abandone, porque eso me causaría un dolor. Tú debes ser guiada hasta el final, sin otras metas y sin abusar de la confianza de Dios. Que no tiente a la Providencia y que tenga presente que para Satanás todos los aspectos que constituyen la vida común: acontecimientos, necesidades, temores, disgustos, estrecheces, son armas para cercenar la pequeña raíz que aún sobrevive. Y su gran victoria sería lograrlo antes de que la Catedral de la reconstrucción evangélica integral pueda ser acabada y corregida cabalmente por el portavoz.

¿A quién se ha de confiar el pequeño Juan? "Juan, he aquí a María, tu Madre", "María, he aquí a tu hijo Juan"[3]. Los nombres indican a quién confiarte. Mas, ¡cuánto habría preferido que sólo Romualdo cuidara a María! Sin embargo, es conveniente que te acostumbres a otras voces, al menos para borrar otros recuerdos penosos…

Y no te pongas a averiguar si él era o no un instrumento… Muchas veces, el hombre es un instrumento sin que lo merezca. En verdad, en verdad te digo que sólo diez hombres sobre mil mueren sin haber sido instrumento de Satanás al menos una vez, aunque hayan sido santos siempre. ¡No pienses! ¡No pienses! Y ruega por él.

Y ahora basta, pequeño Juan, llama que no se apaga porque Yo me vierto en ella.

Pero antes dile al Padre que Satanás no es sólo astuto y envidioso; también es un espíritu inteligente. No perdió esta cualidad propia de cuando era un espléndido arcángel. La diferencia es que ahora la emplea para el mal. Y comprende anticipadamente. Si no me reconoció como Cristo antes de que llegara la hora, fue porque se cumplía en mi favor una operación de especial potencia divina. Pero, tan pronto como se manifestó mi misión de profeta, de justo, me comprendió.

[3] Juan 19, 26-27.

Y tú… ¿sabes cuándo ha comenzado tu misión? No, no lo sabes. En cambio, él lo percibió al primer llamear y entonces comenzó su obra. Y procede así en tantas situaciones. Satanás es astuto y ronda incansablemente en torno a las almas para espiar sus secretos coloquios con Dios, esos coloquios que pueden producirse sin que lo advierta la misma criatura cuya alma coloquia con Dios.

Ve en paz>>.

26 de diciembre de 1945

Dice Jesús:

<<¡Es tiempo de gracias! ¡Es tiempo de Gracia! Yo he venido a traer "paz" a los hombres de buena voluntad. Por lo tanto escribe lo que te digo y entrégalo a María Raffaelli[1], para que alcance su paz>>.

Dice Jesús a M. R.:

<<Que mi paz sea contigo y que lo que te digo sea como un torrente de paciente espera y de paciente sufrir, hecho soportable por mi promesa que no miente nunca. Hija mía, conoces mucho de lo que los hombres enseñan de Mí, pero sabes poco de lo que yo soy realmente y de mi obra. Escucha. Quien te habla es el Señor, es la Sabiduría, es la Verdad.

Una cosa es ser torturado y otra es querer ser torturado. Lo primero es una desventura que no va más allá de la jornada terrena y que a veces cesa antes. Lo segundo es un pecado, porque es "convivencia con la voluntad satánica". Esto no existe en tu hijo. Cuando delira, no es él quien habla. ¿Acaso un fonógrafo es responsable de lo que se difunde a través de su altavoz? No lo es, ¿no es verdad? Pues bien, del mismo modo tu hijo no es responsable de lo que "el otro" le hace decir. Yo ni siquiera oigo esas palabras, porque con el Maldito Yo uso solamente el silencio de los labios y de los oídos. No escucho esas palabras de tu hijo, esas palabras no suyas que retumban en el aire; miro a este pobre hijo mío y tuyo, ¡oh, madre dolorosa!, y de Mí se derrama una absoluta piedad sobre él.

Pensando en ti he dicho: "Muchas veces, en las enfermedades está oculto Satanás para torturar y llevar a maldecir al Señor". He dicho: El dolor de las

[1] María Raffaelli esa natural de Castelnuovo de Garfagnana (Lucca) y tenía un hijo minusválido que se llamaba Antonio y creaba graves problemas a su mamá y a Rosa y Dina, sus hermanas. Como dato biográfico interesante, añadimos que la señora Raffaelli fue causa involuntaria del primer encuentro de María Valtorta con el Padre Romualdo M. Migliorini. En efecto, cuando se enteró de que la inválida carecía de asistencia espiritual, fue a decírselo al Padre Pietro M. Pennoni, un sacerdote del convento de San Andrés de los Servitas en Viareggio. Dicho sacerdote tuvo que pedirle permiso a su superior para poder asistir a María Valtorta. Pero su superior era precisamente el Padre Migliorini que, ya habiendo oído hablar de ella, esperaba una ocasión propicia para ir a conocerla y, por lo tanto, respondió al Padre Pennoni: "Iré yo".

madres es salvación para los hijos". Y así es, María. El Cielo está poblado de los hijos que las madres han salvado. ¡Ve, ve con tu cruz! La llevas por ti y por él. Cargas más con la suya que con la tuya. ¡Oh, madre buena!, ¿no estás contenta de ser el Cireneo de tu hijo? Mi madre susurra: "¡Si hubiera podido llevar tu cruz, Hijo mío!".

No tengas prisa. Son cosas largas. Hasta podría ser que no las vieras cumplidas en tu jornada mortal. Podrías subir al Cielo con esta fe –digo fe, ¿entiendes?, no esperanza- con esta fe en lo que digo, y desde allí, con mayor fuerza, ayudar a la criatura… ¡Oh, no suspires! Allí arriba, la espera se convierte en un instante. Y luego llega el júbilo de verle hermoso, sano, bueno, feliz para siempre. Para siempre. Para siempre. Lo que parece un castigo es sólo un medio. Lo que puede parecer condenación en cambio es salvación. Su cruz es la expiación en la Tierra de sus culpas de hombre. Yo no hago pagar dos veces. Soy justo.

Ten fe. Sostenlo con tus plegarias. Dámelo. Ofrécemelo. Di: "Te lo confío". El bálsamo que desciende de mis heridas nunca queda inerte.

Hija mía, que la paz sea contigo y con quien te asemeja. Sobre tu hijo desciende mi misericordia>>.

Jesús prosigue, dirigiéndose a mí: <<Y ahora, dile esto a Padre Romualdo>>.

Dice Jesús:

<<Ve sin vacilar. Obra. Intenta. Mas las objeciones que se hacen al caso "Dora", tan agitado y envuelto en un alternarse de luces y sombras, y las objeciones que se hacen al caso "María", tan plácido, ordenado, pacífico, como todo lo que proviene directamente de Mi (contra Quien no puede chocar el demonio y, por lo tanto, debe obrar con dificultad y al acecho), son útiles para justificar un punto evangélico, que no sirve sólo para Mí, sino para todos los casos en los que Yo soy y estoy presente aunque esté oculto en una criatura-instrumento. El trozo evangélico dice: "Hemos tocado músicas y no habéis bailado, hemos proferido lamentos y no habéis llorado". Y en otro párrafo: "Ha venido Juan, que no come y no bebe, y dicen: 'Es un demonio'. Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "He aquí a un comelón y un beodo que es amigo de publicanos y pecadores'. Así, la sabiduría se ha acreditado por sus mismos hijos"[2].

Sí, se ha acreditado la sabiduría humana, soberbia e incrédula, que pretende dictar doctrina acerca de todo; que ha perdido el sentido de los hechos y se atiene a las apariencias y que quiere justificar –pero no puede hacerlo porque lo

[2] Mateo 11, 16-19; Lucas 7, 31-35.

sobrenatural escapa a los métodos naturales de investigación y de juicio- los dos casos diferentes con las mismas razones equivocadas y no advierte que se contradice. Lo hace para poder absolverse de su incredulidad, de su incapacidad de advertir y reconocer lo sobrehumano, o sea, lo divino donde se le encuentre.

El último tiempo será el tiempo del espíritu. Mas en verdad, en verdad os digo que sabrán admitir lo sobrenatural sólo los que sean víctimas voluntarias para el Espíritu y presas aceptadas del Espíritu. Los demás serán… la hez depositada en el fondo de las pozas infernales, para las cual ya no existirá la Palabra, que no se concede a los puercos, porque tiene respeto a Sí misma y por Sí misma se tutela.

Que esto te ilumine, Romualdo María. Que mi paz sea contigo>>.

27 de diciembre de 1945

Estoy aún en el momento de la Comunión, cuando se me aparece San Juan apóstol en un bosque de olivos: lozano, sonriente, ataviado de color lila y con un manto de color avellana claro. Parece llegar de prisa. Se vuelve para mirarme, me sonríe, me llama: "¡Hermanita!".

"¡Oh, Juan!", le digo respondiendo a su sonrisa con una sonrisa semejante.

Permanece así mientras recibo la Eucaristía, mientras recito el acto de gracias y aún después, durante el tiempo en que… ejercito mi paciencia escuchando charlas que no me interesan o cuyo único valor es el de la caridad hacia personas molestas…

Pero ahora mientras, aun escuchando tanta charla, me hago esta pregunta: "¿Cómo será juzgada Dina R., a quien Jesús no ha nombrado en su dictado en favor de Antonio R., el apóstol me responde:

"Se aplicará, mejor dicho, ya está aplicada la palabra de la Cruz: "Padre, perdónala porque no sabe lo que hace"[1]. Mas considera que en este caso, en que se ha menoscabado con sarcasmo razonador lo que no debe ser escarnecido, Jesús, nuestro Señor, no puede perdonar por Sí mismo. Es decir, perdona las ofensas hechas a Jesucristo Dios y Hombre. Pero en cuanto a las ofensas hechas a la Divinidad Una y Trina y, por lo tanto, hechas especialmente a la Potencia y al Amor (el Padre y el Espíritu), sabe que sólo Dios puede perdonar los pecados cometidos contra el Espíritu de Dios, pues únicamente el Altísimo y Divino puede conceder tal absolución. Por eso, Él dirige al Padre su plegaria por la culpable. Y confía en la Misericordia del Padre, dado que la conoce. Y yo confío

[1] Lucas 23, 34.

conjuntamente con Él, porque escuché de qué modo pronunció aquellas palabras desde la Cruz y no puedo albergar dudas acerca del poder de las mismas.

Adiós, hermanita. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea siempre contigo".

Y se va tan de prisa como ha venido.

Para Emma Federici.

Dice Jesús:

<<¿Sabes lo que es la mirra? Es una resina que preserva de corrupciones. ¿Y sabes a qué se le puede comparar? Se le puede comparar al llanto. ¿Qué hace el llanto cuando es auténtico?, pues, quita las impurezas humanas.

Escucha, hija. Recuerda el Eclesiástico: El que ama a su hijo le castiga a menudo para poder obtener con ello consuelo en el futuro"[2]. Y recuerda los Proverbios: "No desdeñes, hijo mío, la disciplina del Señor y no te abatas cuando Él te castiga, porque el Señor corrige a quien ama, como hace un padre con su hijo dilecto"[3]. Debes advertir todo mi amor en mi última y severa admonición[4].

Escucha, hija. Ésta es una promesa que te hago y una paz que te concedo como regalo de mis tres fiestas: Navidad, Circuncisión y Epifanía. Si, también a causa de la hostilidad de los hombres, no pudieras ver la Obra, Yo no dejaría de quererte. Me basta que seas generosa y fiel. Todo lo que sufras será una justificación de lo que hayas podido realizar de modo imperfecto. Lo que exijo, lo que exijo absolutamente de ti, es la docilidad, es el absoluto abandono a la Voluntad que se te evidencia hora a hora. Renuncia absolutamente a todo juicio sobre ti misma. Por esta renuncia, todos los actos quedarán a cargo de los demás.

No digas: "¡Pero entonces nunca tendré méritos!". Los méritos en las acciones humanas son del 10 por 1000, aun en las acciones intencionalmente buenas. Las restantes 990 partes corresponden a deméritos. Pero si tú renuncias al juicio sobre ti misma y dejas las acciones a los demás, cumples acto de obediencia al 1000 por 1000. Digo al 1000 por 1000, o sea, total y perfectamente. Y adquieres a mis ojos un mérito total, que anula cualquier demérito posible tuyo.

Entonces, ¿me das esta mirra? Con ella embalsamaré todo espíritu y quedará incontaminado.

Hija mía, que mi paz sea contigo>>.

[2] Eclesiástico (Sirácides) 30, 1.
[3] Proverbios 3, 11-12.
[4] Admonición = amonestación, reconvención

29 de diciembre de 1945

Dice Jesús:

<<El nombre primitivo era Lucifer, que en el concepto de Dios quería decir "alférez o portador de la luz", o sea, de Dios, porque Dios es Luz. Era el espejo puro que reflejaba la insostenible Belleza y, por eso ocupaba el segundo lugar por belleza en todo lo creado. En las misiones hacia los hombres, habría sido el ejecutor de la voluntad de Dios, el mensajero de los decretos de bondad que el Creador iba a mandar a sus hijos bienaventurados exentos de culpa, para elevarles cada vez más hacia su semejanza. Este portador de la luz, por medio de los rayos de la luz divina que llevaba, habría hablado a los hombres y los hombres, dado que estaban libres de culpa, habrían comprendido esos destellos de armónicas palabras, hechas solamente de amor y gozo.

Dios le envolvía con su luz y se deleitaba con el esplendor de su arcángel y, por eso, al verse en Dios, en sí mismo, en sus compañeros, y dado que los ángeles le veneraban por ser el espejo más perfecto de Dios, terminó por tener admiración hacia sí mismo. Debía admirar solamente a Dios. Pero, así como en la atmósfera están todos los elementos gaseosos porque son necesarios, en la esencia de todo lo creado están presentes todas las fuerzas buenas y malvadas y se agitan hasta que una de las dos partes vence para dar lugar al bien o al mal. Lucifer atrajo a sí a la soberbia. La cultivó, la amplió. Hizo de ella un arma, una seducción. Pretendió más de lo que tenía. Él, que ya poseía tanto, lo quiso todo. Sedujo a los menos próvidos de sus compañeros. Les apartó de la contemplación de Dios como Belleza suprema. Dado que conocía las futuras maravillas de Dios, quiso estar él en el lugar de Dios. Su mente turbada ya le hizo verse a la cabeza de los hombres futuros, adorado como potencia suprema. Pensó: "Conozco el secreto de Dios. Conozco las palabras. Y también me es manifiesto su proyecto. Puedo todo lo que Él quiere. Así como he controlado las primeras operaciones creativas, puedo proceder ahora. Yo soy". La palabra que sólo Dios puede decir fue el grito de la ruina del soberbio. Y nació Satanás.

Fue Satán. En verdad te digo que el nombre de Satán no fue dado por el hombre que, sin embargo, por orden y voluntad de Dios le puso un nombre a todas las cosas existentes conocidas por él y que aún hoy, bautiza sus descubrimientos con un nombre creado por él mismo. En verdad te digo que el nombre de Satán proviene directamente de Dios y es una de las primeras revelaciones que Dios hizo al espíritu de un pobre hijo suyo que vagaba por la

Tierra. Y así como mi Nombre Santísimo tiene el significado que te expliqué una vez, escucha ahora el significado de este nombre horrendo. Escribe como te digo:

S	A	T	Á	N
Sacrílego	Ateo	Truhán	Anticaritativo	Negativo
Soberbio	Adverso	Tentador	Ávido	No amigo
		Traidor		

Todo esto es Satán. Y todo eso, son los que están enfermos de satanismo. Y además de todo esto, también es: seducción astucia, tinieblas, prontitud, perversidad. Las 5 letras malditas que forman su nombre están escritas con fuego en su frente fulminada. Son las 5 características malditas del Corruptor contra las cuales llamean mis 5 llagas benditas, que con su dolor salvan a quien quiere ser salvado de lo que Satanás inocula continuamente.

Todos los espíritus tenebrosos pueden llamarse "demonio, diablo, belcebú". Pero sólo Satán es "su" nombre. Y en el Cielo se le nombra solamente con ése, porque allí se habla el lenguaje de Dios, con amor fiel aun para indicar lo que se quiere, según el pensamiento de Dios.

Él es el "Contrario". El que está contra Dios. El que es el contrario de Dios. Cada una de sus acciones es la antítesis de las acciones de Dios. Y cada uno de sus designios implica llevar a los hombres a ser contrarios a Dios. Eso es Satanás. Es "el deseo de oponerse a Mí" en acción. A mis tres virtudes teologales opone la triple concupiscencia. A las cuatro virtudes teologales y a todas las otras que surgen de Mí opone el criadero de serpientes de sus horrendos vicios.

Y así como, según se dice, la caridad es la mayor de todas las virtudes, del mismo modo afirmo que la mayor de sus antivirtudes, la que me resulta repulsiva, es la soberbia, porque de ella derivó todo el mal. Por eso digo que, mientras llego a compadecer la debilidad de la carne, que cede al acicate de la lujuria, no puedo compadecer el orgullo que, como nuevo Satanás, quiere competir con Dios. ¿Te parezco injusto? No lo soy. Considera que, en el fondo, la lujuria es un vicio de la parte más material, que en algunos origina apetitos muy voraces, satisfechos en momentos de embrutecimiento que atontan al individuo. Pero la soberbia es un vicio de la parte más elevada consumado con lúcida y aguda inteligencia, un vicio premeditado, duradero. Un vicio que daña la parte del hombre que más se asemeja a Dios. Un vicio que mancilla la gema que nos ha dado Dios. Un vicio que manifiesta semejanza con Lucifer. Un vicio que siembra el dolor más de lo que hace la carne, porque la carne podrá hacer sufrir a una esposa, a una mujer.

Pero la soberbia puede hacer sus víctimas en continentes enteros y en toda clase de personas. Por culpa de la soberbia ha sido arruinado el hombre y perecerá el mundo. Por culpa de la soberbia languidece la fe. La soberbia es la emanación más directa de Satanás.

He perdonado a los grandes pecadores de los sentidos, porque su espíritu estaba exento de soberbia. Mas no he podido redimir a Doras, Jocana, Sadoc, Elí y otros semejantes a ellos, porque eran "soberbios!>>.

30 de diciembre de 1945

Antes del dictado copiado en las páginas a continuación y mientras estoy corrigiendo la parte escrita a máquina, se me aparece el rostro demoníaco de Satanás, sólo el rostro, completamente contraído en una sonrisa sobremanera sarcástica, que termina con una carcajada fragorosa, malvada. Y luego desaparece. Me pongo nuevamente a corregir y ya no pienso más en ello. Eran las 10 de la mañana. Casi a medio día, Jesús me dicta lo que está escrito en la página sucesiva. He creído oportuno establecer esta premisa, aunque después no volví a ver el rostro bronceado de Satanás ni a oír su risa venenosa. Fue como si se hubiera ido para siempre. Las últimas palabras de Jesús me hacen pensar que no estaba muy lejos.

Dice Jesús:

<<He aquí una pequeña meditación, en la que no es extraño encontrar lo que sucederá hoy:

El libro de Josué narra la estratagema usada por los Gabanoitas y el veredicto de Josué: "Nunca faltará en vuestra estirpe quien corte la leña y lleve el agua a la casa de mi Dios"[1].

El transitar de Dios es el de todo lo que es paradisíacamente sobrenatural: la fe que avanza y se extiende por todo el mundo, el surgir de justos, o de inspirados, o de instrumentos de Dios, o sea, todas las cosas que sirven para llevar a la humanidad, a través de un largo y penoso éxodo, al Reino eterno. Y en ese transitar de Dios, que cumple su camino a través de los siglos para alcanzar el lugar prometido en el momento establecido, ¿acaso no vemos frecuentemente criaturas que con un fin impuro van hacia el pueblo de los santos? Algunos lo hacen por temor; otros, por curiosidad y otros –que son los más culpables- por

[1] Josué 9.

escarnio. Se acercan, observan, deciden si conviene permanecer o no. Les mueve siempre un interés, presente o futuro: el de obtener utilidad de la amistad de un instrumento de Dios o de un ministro de Dios; el escarnecer lo sobrenatural sin que su alma sea condenada; en fin, el de servir a la parte adversaria, pues actúan como espías que circulan en medio del ejército santo para sonsacar sus secretos y revelarlos a los enemigos de Dios, que los utilizan para perjudicar a los servidores de Dios, para dañar las obras de Dios.

Estos enemigos y aquellos a quienes sirven, representan la proliferación de la planta de Judas y su conducta es completamente demoníaca. Dios les condena, pero también considera muy viles a los demás y tiene en justa cuenta su engaño astuto respecto a lo sobrenatural o hacia el ministro de Dios. No sufrirán una condena total, pero tampoco se les otorgarán méritos por su respeto, que es un respeto calculado. Sobre todo los que pertenecen a la categoría de Judas, se acercan con humildad, como seres inocuos, "habiendo cargado sus asnos con víveres contenidos en alforjas viejas y en odres rotos y recosidos", "llevando vestidos raídos y zapatos viejos y remendados" y, para su alimento, "panes duros y hechos migajas", tal como la Biblia les describe a la perfección en el libro de Josué. *Son los falsos humildes, son los falsos mansos, son los astutos glorificadores, son los embusteros creyentes en lo sobrenatural manifiesto.* Sus palabras son astucia y puñal. Y al menos fueran como un puñal al descubierto! Pero no es así: es un puñal envuelto en un paño precioso. Dicen: "Vengo porque he oído; quiero que tú, instrumento de Dios, me instruyas porque soy un pecador, un ignorante, un infeliz y, en cambio, tú eres una luz, eres una fuerza, eres un santo…" Dicen: "Venimos desde lejos a hacer las paces con vosotros… Porque nos ha llegado la fama de tu potencia, que es la potencia de Dios,… venimos a decirte: alíate con nosotros".

¡Atención, oh siervos de Dios! No creáis en todo lo que se os dice. ¡Atención! Hacedlo para tutelar el secreto del Rey y para tutelar vuestra alma. Por vuestra misma fe absoluta, sois seres indefensos frente a la astucia de las serpientes- Tened cuidado de no abrir la "ciudad cerrada". Tened cuidado de no dejaros envenenar por el veneno que os paraliza para siempre, o sea, el veneno de la complacencia hacia sí mismo. Muchas veces "la plebe", es decir, las almas comunes pero honestas, es más lista que vosotros en percibir las artimañas de los falsos aliados y en prever los peligros que de ellas derivan, porque la "plebe" está en medio, entre vosotros –que sois sólo espíritu –y los enemigos del espíritu y por lo tanto, conjuga en ellas luces y sombras, viveza y sabiduría… ¡Atención, hijos míos! Satanás no duerme nunca, su mente no se detiene nunca, su obrar no se aquieta jamás. Mueve sus ejércitos, que no son sólo los infernales, y los lanza

contra vosotros –fortalezas, arcas, libros de Dios- para desmantelaros, para violentaros y robaros los tesoros y, sobre todo, para escribir palabras impuras en las páginas de Dios con las tintas rojas de su infierno, con el color rojo oscuro de sus malditas charcas, y para grabar así en vuestro espíritu sus caracteres de soberbia.

¡Ay del siervo, ay del instrumento, ay de la voz que pronuncia la palabra de Satanás "Yo soy"! ¡Ay de quien la pronuncia aunque sea sólo con el impulso de su mente! Porque, si bien es verdad que el Señor castigará a los falsos aliados de lo sobrenatural, no será menor el castigo para los elegidos a "siervos, instrumentos, voces" que dejen de ser luces para convertirse en "adversarios". No serán Lucifer sino Satán. A los primeros se les mandará sufrir como los esclavos de la muela del molino y quedar en el último puesto en la lista de Dios, tras una larga expiación. En cambio, a vosotros, luces decaídas, no se concedería permanecer; se os expulsaría, para siempre. Y por cierto, sería justa, porque aquel al que más se ha dado, es el que debe dar más.

¡Oh, mi pequeña voz! ¡Ven, ven aquí! Ven para que pueda tomarte la cabeza entre las manos, besarte en la frente y hacer así que nunca, nunca, nunca, el diente de Satanás y de sus acólitos pueda morder a mi violeta, escondida y amada, e inocularle su soberbia. ¡Ven aquí, pequeña voz, aquí!… ¡Y vade retro, Satanás! Estoy entre tú y ella, erguido para defenderla. ¡Recorre la Tierra! ¡Corrompe, muerde, pudre! Pero no lo hagas aquí, sobre mi presa. Mi Cruz vela sobre ella. ¡Vete, maldito! ¡Yo soy quien soy y tú eres el vencido! ¡Fuera, fuera de aquí! ¡A otro lado! ¡Fuera de aquí en el Nombre santo, que sólo Yo conozco!, ¡en el Nombre de El que es y que te ha fulminado" ¡Fuera, en el nombre de Dios y Rey, de Jesús, Salvador y Crucificado, en el Nombre del Amor eterno!>>.

Mientras Jesús dictaba estas páginas, yo no veía ningún elemento demoníaco pero, por cierto, lo veía Jesús que, desde el momento en que comencé a escribir esta página, tenía mi cabeza entre sus manos y también la estrechaba contra su pecho, defendiéndome con el brazo izquierdo mientras con el derecho gesticulaba. Y tengo que decir la verdad: cuando le oí gritar de esa manera, a voz en cuello y sumamente encolerizado, a pesar de que no veía nada ni advertía el desasosiego que puede provocar un espíritu malvado, tuve miedo. ¡La cólera de Dios es terrible! Sólo otra vez la sentí así: fue en ocasión de un lejano dictado –si no me equivoco de enero de 1944- contra Mussolini e Hitler. Buscaré la fecha: 17 y 18 de enero de 1944. Pero hoy su cólera era aún más fuerte. Al final, su última orden era como un rayo exterminador. Parecía que todos los sonidos del Cielo se habían aunado en su voz. Pero ya no eran los dulces cantos de indescriptible belleza. Eran fragores de trueno. Y cuando pronunció las tres últimas frases:

<<¡Fuera de aquí en el Nombre santo, que Yo solo conozco!, ¡en el Nombre de El que es y que te fulminado!, ¡Fuera en el Nombre de Dios y Rey, de Jesús, Salvador y Crucificado, en Nombre del Amor eterno!>>, yo temblaba como una hoja, estremeciéndome a cada explosión de los rayos que fulminaban al Maldito, aunque yo no lograba saber dónde estaba. Por cierto no estaba en este cuarto, porque me habría dado cuenta. Además, lo entendía por la posición de Jesús, que parecía mirar más allá del edificio, como si Satanás quisiera acercarse a mi casa y Jesús no lo quisiera.

31 de diciembre de 1945

Nuestro Señor quiere que añada esta hojita al cuaderno que acabo de terminar, porque dice que es oportuno que complete el episodio de ayer por la mañana con lo que siguió y que dura aún. Obedezco.

Ante todo ayer, después de esa… veloz retirada de Satanás provocada por Nuestro Señor, por varias horas no vi nada más. Luego vino esa señora… y de ese modo se produjo lo que estaba escrito en el dictado de la mañana. Lo cierto es que, por curiosidad o por necesidad (no creo que lo haya hecho por maldad), esa mujer vino.

Luego, cuando se fue y yo me quedé enfadada por su venida y estaba tomando la decisión de no verla más, volví a ver por la mañana el rostro de Satanás, pero esta vez su expresión no era irónica ni triunfante. Por el contrario, lo noté abatido, como atemorizado. En efecto, me mira, me mira como aturdido y que ha perdido toda su arrogancia. Parece preguntarse: "¿Por qué estoy aquí? ¿Quién es esta?"… Se va… Yo estoy tranquila porque aún me siento defendida completamente por la potencia de Jesús. Y esta sensación de seguridad va aumentando cada vez más, a medida que pasan las horas.

Llega la familia Raffaelli. Hablo de cosas sin importancia, mientras mi pensamiento está puesto en la visita de la desconocida y sigo sintiéndome molesta también por el hecho de que he sido engañada y pienso en la expresión mortificada de Satanás. Se van todos y por fin me acuesto, agotada, y escucho por radio un concierto de música clásica.

Entonces veo en una lontananza infinita, infinita como cuando veo el Paraíso (con la diferencia que éste es un abismo, una profundidad, mientras que el Paraíso es elevación), veo pues un lugar que no podría definir horrendo, pero que es triste, infinitamente triste. La luz es escasa y plúmbea; la atmósfera neblinosa; las paredes pedregosas y escarpadas que costean una especie de banquisa polar, están

envueltas en tinieblas. No hay nieves ni hielos que blanqueen la banquisa; por el contrario, las plataformas cubiertas de escollos oscuros esparcidas en su superficie, la hacen parecer más negra que el carbón. Sobre una de esas plataformas, está echado Satanás, sosteniéndose el rostro con una mano, el codo apoyado en la roca y el vientre aplastado contra ella. He intentando hacerle un bosquejo, pero no soy tan hábil. No me mira ni mira a los demás. Está allí, casi a nivel del agua densa y oscura, piensa, parece afligido, si podemos hablar y pensar así de Satanás. Seguramente, está muy abatido. ¿En qué está pensando allí, tan solo y meditabundo?… ¿Se ha quedado pasmado ante la violencia de Jesús o está absorto, pensando en otras fechorías para recobrarse del fracaso de esta mañana? Además, ¿por qué reía de ese modo esta mañana? ¿Qué es lo que Jesús desbarató con su violenta intervención? Todas estas preguntas no tienen respuesta.

Esta mañana Nuestro Señor me hace comprender que hay que compadecer a esa mujer que vino ayer, porque tiene muchas penas, es una persona recta y, por lo tanto, se le debe tratar con caridad.

Está bien, pero ¿quién me dará la fuerza? ¡Estoy aquí, postrada casi sin fuerzas para respirar! Desearía sólo estar acostada en silencio, en la oscuridad, para reunir las pocas fuerzas que me quedan. ¡Y nunca puedo tener la posibilidad de hacerlo! ¡Y nadie entiende que no puedo más! Además, no estoy tranquila. Satanás trabaja. Está trabajando. Siento que trama sus designios para dañar la obra y al instrumento.

¡Jesús, ten piedad de mí!…

1° de enero de 1946

A las 5 de la mañana.

Dice Jesús.

<<¡Oh, hijos que amo, he aquí el primer consejo del año nuevo!

Si lo creéis podéis publicar la Hora santa, el dictado, sobre el Pater Noster y el Purgatorio. *Mas no quiero que sea publicada ni siquiera una palabra tomada de las visiones de mi Vida Pública.* La Vida pública debe ser publicada integralmente y, a lo sumo, en tres libros: uno por cada año. *Mas nunca debe ser segmentada* en visiones individuales y aún menos en fragmentos de las mismas. Es un modo de disminuirla que desapruebo. Es un modo de hacer inútil su finalidad. Es un modo de paralizar su poder. No lo hagáis nunca.

Y ahora, amados hijos, recibid la bendición de Dios, Uno y Trino, sobre vuestras obras, sobre vuestras fatigas, sobre vuestros sufrimientos, y también

sobre vuestros gozos morales y espirituales del año que hoy comienza. Que el Señor os bendiga y vele por vosotros. Que el Señor os muestre su rostro y tenga piedad de vosotros. Que el Señor vuelva a vosotros su mirada y os conceda la paz. Que el Amor y la Sangre os fortifiquen y os purifiquen y que, como hostias de suave olor, ardáis sobre el altar para gloria del Señor>>.

A las 6 y 35 de la mañana.

Dice Jesús:

<<Levántate, María. Santifiquemos el día con una página del Evangelio, porque mi palabra es santificación. Contempla la visión, María; porque ver los días de Cristo en la Tierra es santificación. Escribe, María; porque escribir acerca de Cristo es santificación; porque repetir lo que dice Cristo es santificación; porque predicar a Jesús es santificación; porque instruir a los hermanos es santificación. Por esta obra de caridad, recibirás una recompensa muy grande>>.

2 y 3 de enero de 1946

De noche.

Veo el claustro de un monasterio, circundado por el pórtico con un piso de baldosas cuadradas blancas y negras. El largo claustro se pierde en la oscuridad del fondo. Me encuentro en una parte que forma como un ángulo o borde saliente, de esta manera: (la escritora pone un dibujo): En el punto señalado con la estrellita hay una pequeña estatua del Niño Jesús cuando tenía unos 28 ó 30 meses. Es rubio y hermoso, lleva una túnica de color azul pálido con estrellitas doradas; la mano derecha está alzada para bendecir, la izquierda sostiene el globo. Una lámpara de aceite ilumina la estatua.

Mientras la observo, se anima y se convierte en un niño de carne y hueso. Me sonríe y, con su manita me hace un gesto diciendo: <<¡Ven aquí! ¡Ven aquí!>>. Y se vuelve resplandeciente y bellísimo. Ese rincón del claustro brilla como una luz de estrellas. Me acerco un poco, sonriendo con reverencia. Pero todavía estoy demasiado lejos del Niño y éste insiste, repitiendo el gesto con la manita y volviendo a decirme: <<¡Pero ven aquí, aquí cerca!". Me acerco más. Sonríe muy contento y me dice: <<¿Me calientas con un beso los piecitos? ¡Tengo tanto frío!>> y, al decirlo me avecina, alternando sus pequeños pies desnudos, en los que apoyo para calentarlos, no sólo mis labios sino también mi mejilla febril.

Ríe, con clara risa infantil, y dice: <<Soy el Niño de la pequeña Teresa de Lisieux. Éste es el Carmelo. ¿Entiendes?, soy el Niño Jesús de Sor Teresa del Niño Jesús>>.

Ahora que estoy casi junto a Él, le contemplo extasiada. ¡Es tan bello! Luego la luz aumenta, aumenta; llega a ser tan violenta que anula la posibilidad de ver y desaparecer todo. Queda sólo el recuerdo y la paz.

4 de enero de 1946

Se me aparece la figura, espiritualizada y gloriosa, de San Pedro. Ordena:

<<Escribe esto para tu Padre: "Yo, Regidor del Sacerdocio, te digo: Vigila, porque Satanás , como un león rugiente, merodea con el intento de devorarte y destruirte. ¡Ay de nosotros, los sacerdotes, si por negligencia dejamos que el perpetuo adversario devore el rebaño de Dios y el alimento de Dios!". Esto es todo. Que a ti, pequeña voz, lleguen cada vez más la gracia y el conocimiento de Jesucristo, Nuestro Señor>>.

También se me aparece, como el otro día, el Niño del claustro de Lisieux. De nuevo me pide que me acerque. Con su risueña belleza me consuela de mis tristezas, de mis muchas tristezas. De nuevo me presenta sus piecitos helados para que los caliente, mientras vuelve a decirme: <<¡Tengo mucho frío!>> y yo me atrevo a encerrarlos en mis manos para darles calor. Y eso le pone contento.

Me parece que le cansa sostener el globo únicamente con la mano izquierda y, en efecto, lo toma con las dos manos y lo estrecha contra el pecho. Mientras caliento sus piecitos entre mis manos, miro lo que hace. Nota, quizás, que me sorprende su actitud y me dice: <<¡Pesa!, ¿sabes? Además, ¡este globo del mundo es tan frío! Toma. Siente cuán frío y pesado es. Sostenlo un poco también .Estoy cansado de tenerlo y de sentirlo siempre así >>. Diciendo esto, me tiende el pequeño globo que parece ser de un ligero vidrio dorado y liso. En cambio, pesa más que el plomo, su superficie es áspera porque esta cubierto completamente de aguijones que penetran en la piel y provocan dolor. Logro sostenerlo con gran esfuerzo y sufrimiento, ya sea por las puntas hirientes, ya sea por la sensación de hielo que trasmite. Miro al Niño santo con piedad.

<<¿Verdad que pesa? ¿Y que es frío? Hasta hiela el corazón. Sin embargo, tengo que sostenerlo. Si Yo lo abandono, ¿quien lo sostendrá?>>.

"¡Pobre Jesús pequeñito!, ¿cómo puedes resistir esta tortura? Porque, en verdad, es una tortura…>>.

<<Es así. Mira. Mis manos sangran. Bésamelas para que sanen >>. Y me tiende las tiernas manitas cubiertas por minúsculas gotas de sangre. Las beso en el hueco blando de las palmas. Pero están frías, muy frías. >>Gracias, María. Devuélveme el globo. No puedes sostenerlo por más tiempo. Sólo Yo puedo hacerlo. Y para hallar alivio, me basta encontrar quien lo sostenga por algunos minutos. ¿Sabes cómo podéis ayudarme a sostenerlo vosotros, los que me amáis? Pues, con vuestro amor hecho de sacrificio. Las almas victimas sostienen el mundo junto con Jesús.

Se vuelve resplandeciente como la otra noche y retira el piecito mientras dice: <<Ahora ya están calientes los dos. Y me siento mejor. Adiós, María. Gracias también en nombre de Mamá. Ella es feliz cuando hay alguien que me ama y me consuela>>. Y así diciendo, desaparece en medio de una luz enceguecedora.

Si no tuviera estos consuelos, sería muy infeliz y estaría muy abatida, porque siento que grandes asechanzas obran en torno a mí y a Ud…

6 de enero de 1946

Mientras me estoy ocupando de una labor para el altar, viene la "Mamá" con un Niño en brazos. Me dice: "Aquí le tienes. Cuídamelo por un rato. Te lo confío", y le sienta en la cama, a mi lado.

Jesús es verdaderamente el Niño de Nazaret, o mejor, de Egipto, porque tendrá unos 2 años. Lleva una corta túnica de lanilla celeste, también las mangas son más bien cortas. De este modo, los antebrazos y las piernitas gorditas, hermosas, quedan descubiertas… juega con sus manitas y con su vestido, ensaya balbuceos, me mira mientras trabajo con sus ojazos inocentes, azules y brillantes como zafiros. Está conmigo por toda la mañana… y mi gozo es inmenso.

7 de enero de 1946

Para Sor Teresa Cherubina.

Dice Jesús:

<<En un lugar había nacido una planta florecida. Cada uno puede imaginar la flor que más le guste, basta que sea hermosa y preciada. Mas el lugar en que había nacido no era adecuado para esa flor. Es sabido que algunas plantas necesitan pleno sol; otras, penumbra. Algunas necesitan terreno gredoso[1]; otras lo necesitan

[1] Greda = Arcilla arenosa, por lo común de color blanco azulado, usada principalmente para desengrasar los paños y quitar manchas.

muy fértil. Algunas pueden incrustar sus raíces sólo en los terrenos pedregosos; en otras, ya un solo guijarro turba su misma vida. Entonces, esa flor había nacido en un terreno que no le era propicio y sólo gracias a la bondad del Señor había podido vivir hasta ese día y también había podido prosperar y llegar a florecer. Sabiendo que el terreno no era adecuado para ella, el buen Padre hizo llover sobre la planta rocíos especiales, hizo crecer cerca de ella un arbusto de hojas anchas para mitigar la violencia del sol, hizo nacer tiernas hierbas en torno al brote para proteger las raíces del calor excesivo y para que esas humildes hierbas, con su sacrificio, protegieran también la bellísima flor.

Un día el divino Agricultor pasó por allí y vio. Y, al ver, dijo: "En verdad, esta flor es muy bella. Mas lo sería mucho más si estuviera nutrida por otro terreno. No hay que decir imprudentemente: 'Hasta ahora ha vivido aquí y así seguirá viviendo'. No, no hay qué proceder de este modo; es tentar al Cielo. Por lo tanto, voy a desarraigarla y a llevarla a un lugar adecuado. Quiero que sea cada vez más linda para delicia de Dios". Se inclinó, tomó sus herramientas y se puso a excavar con amoroso cuidado para desarraigar la planta sin hacerla sufrir.

Sin embargo, la plantita sentía algún dolor y gemía: "¡Ay!, ¡Ay! ¡Me haces mal! ¡Me harás morir! ¡No quiero morir!".

"No amada planta del Señor, no morirás. Por el contrario, liberada de esta tierra árida y gredosa que mortifica tus raíces, vivirás aún más fuerte. ¿Ves cómo estos guijarros mezclados con la tierra hasta el punto que hay más guijarros que tierra, impiden que tus raíces penetren profundamente para ir en busca de un alimento cada vez mejor para sus corolas? ¿Acaso no sabes que una flor es tanto más bella, allí, en lo alto de su tallo, cuanto más sus raíces, humildemente, penetran aquí abajo en la oscuridad y el silencio? Aquí abajo se cumple la faena; allí arriba, la gloria. Mas no puede haber gloria sin faena. Por lo tanto, deja que cumpla mi faena".

"¡Ay qué dolor! Me quitas de aquí, donde estoy aclimatada, donde todos me conocen: el pajarillo que hace su nido en el arbusto, la lagartija que se calienta a mis pies, la mariposa blanca que, como la lagartija, todos los días viene a contarme lo que sucede en los alrededores y aún más lejos. En lugares desconocidos, sufriré, languideceré".

"¡Pero no, mi dulce flor! No vas a un desierto. Vas a donde no hay un solo pajarillo sino mil pajarillos que cantan y vuelan; donde hay prados y más prados de flores. Abandona las ligeras mariposas y las reptantes lagartijas. ¿Qué pueden decirte que te sea útil de verdad? Ven, ven conmigo. En mi jardín, las aves son los ángeles de Señor y enseñan las palabras santas. En él paseamos Yo y mi Madre".

La plantita no sabía qué decir. Pero, como era testaruda, resistía aún con la última raíz atrapada en la hendidura de una roca. Las manos del Señor sangraban mientras intentaba ensanchar la hendidura para liberar la raíz, porque el Señor nunca rehúsa sufrir por sus criaturas, para que éstas sufran lo menos posible cuando les impone operaciones de gracia aptas para conceder eterna gloria en el futuro. Pero la flor decía: "Esto me cuesta demasiado. No tengo el coraje de descubrir también esta raíz. ¡En fin de cuentas, es mía! Nadie debe verla. ¡Es la más bella de todas!".

"¿Pero no ves, amor mío, que esa raíz presuntuosa es precisamente la que daña la planta? Se ha elegido su camino, que no es un camino justo. Es la raíz más fuerte, pero también la más nociva. O cedes o la arrancaré Yo mismo. Y entonces sufrirás de verdad porque, para tu bien, también el infinito Amor debe ser justo. Ceder ante el orgullo, significaría ser injusto contigo, a quien he creado para mi jardín".

Pero la pequeña y porfiada planta no cedía. ¿Y Jesús, qué hizo? Pues ¡tac!, cogió las tijeras, cortó la obstinada y soberbia raíz y se llevó a su prado la planta, que iba llorosa tanto por el dolor del corte como por el capricho domado.

¡Oh, hija y esposa!, ésta es la parábola. ¿Eres capaz de meditar sobre ella y aplicar el futuro de tu meditación? Te ayudaré, pues soy el Maestro. Escucha.

Mis esposas son las plantas florecidas. El prado de mi jardín es la Madre Priora o la Abadesa o la Superiora del Monasterio o Convento o Comunidad, como queramos llamarlo. Las plantas han nacido como plantas florecidas para Mí. Su voluntad las hace mías pero a veces, conservan dañinos rasgos humanos. Y, sobre todo, conservan "el más humano de los rasgos humanos: el orgullo". Y eso, precisamente, es lo que no quiero.

¿Por qué querer obrar por sí mismas? ¿Por qué, si su nombre es "Madre", las hijas no tienen absoluta familiaridad con ella? Precisamente en estos casos hay qué ejercitar la humildad y la humillación. Y desagrada decirlo, ¡pues bien!, servirá para que otra vez se obre de manera tal que no haya necesidad de exhortación alguna –ni por parte de Dios, ni por parte de la propia conciencia, ni por parte de quienquiera- y que se evite el sufrimiento de tener qué manifestar la turbación del propio ánimo o de tener qué confiar la admonición[2] recibida a la "Mamá" del Monasterio, o sea, a la que hace la parte de María Santísima en vuestra "casita de Nazaret", Yo y José le decíamos todo a María…

¿Has entendido angelito mío? ¡Si no obras así, no te convertirás en un gran querubín! Y Yo quiero que seas un "querubín". Me has dado todas las raíces que

[2] Admonición = amonestación

te tenían unida a tu yo, a tu pasado. Pero falta aún (¡oh, no sólo en ti! Sino en todas las almas, excepto en las que ya se han renovado fuertemente en Mí) la pequeña raíz del orgullo, ésa que lleva a pronunciar estos pensamientos, o mejor, que succiona de la piedra el veneno de estos pensamientos: "Quiero obrar por mí misma". No quiero que se conozca esta admonición". ¡No! ¡arranca!, ¡arranca! Hazte plantar en este prado especial el corazón de la Madre Priora. Y te convertirás en el brote de bellísimas flores que me llevaré al Paraíso, tras haberme deleitado en la Tierra con sus perfumes.

Que mi paz sea contigo>>.

Al darme este envío del 7 de enero, Jesús dice sonriendo: <<Al final voy a ser Yo el Maestro de las Novicias y el Director extraordinario de este Monasterio!… En realidad, aunque descubra las… raíces ocultas, encerradas en las rocas inmutables de su naturaleza humana, las quiero mucho. También quiero mucho a Sor Teresa María. Quiero ayudarla a llevar su carga y a mantener encendida una luz que ilumine los puntos más secretos, para el bien de todas>>.

9 de enero de 1946

La voz inmaterial de mi amonestador interior me despierta a las seis menos cuarto y me saluda de este modo: <<Que el Señor se manifieste cada vez más en tu espíritu y te instruya>>. Luego espera a que yo haya apreciado como es debido este saludo y a que esté bien despierta, y dice: "Escribe". Me siento, cojo el cuaderno y la pluma. Dicta:

<<Toda acción del hombre, aunque se cumpla en secreto, siempre tiene testigos: los ojos de Dios y el ángel que cada hombre tiene como custodio. Mas hay acciones pertenecientes a una categoría especial que requieren testigos también entre los hombres. Son precisamente las acciones que, por su carácter extraordinario, hacen difícil poderlas aceptar como acciones "simples". Son acciones simples como todo lo que proviene de Dios que, en su grandiosidad, es el Ser más simple que existe, pues está compuesto sólo de Sí mismo, y produce acciones puras, rectas, directas; acciones simples porque no están contaminadas por segundos fines, porque no son desordenadas, no son tortuosas. Las acciones extraordinarias y las acciones de la Gracia son simples como el Origen del que provienen. Mas la mayor parte de los hombres, castigados por su apetecido materialismo, ya no puede comprender esta sublime simplicidad y la niegan, la

escarnecen o la acusan de fraude, para disminuirla y disminuir, de este modo, también a Dios en sus manifestaciones de gracia.

Debido a esto y por prudencia divina, ante un instrumento de Dios se exige la presencia de testigos, elegidos entre los mismos hombres. Cada instrumento de Dios posee testigos para poder deponer cerca de la verdad –y del modo en que se desarrolla- ante los tribunales competentes. Han tenido testigos las grandes voces y las pequeñas voces, los grandes santos que cumplieron acciones clamorosas y los santos que la mayor parte de la gente ignora, porque vivieron en el claustro o en la intimidad doméstica. Han tenido testigos los que fueron llamados a ver apariciones o a pregonar una devoción establecida por el Señor. Y también tú los tienes, ¡oh, alma elegida para llevar la Voz Santísima a los hombres que para "vivir" tienen necesidad de *"creer, conocer y amar"*!

Tus testigos son: el Padre, que te conforta y ayuda; Marta, que te cuida; tus primos, a quienes has salvado. ¡Oh, ellos!, ¡vaya testigos de tu modo de obrar en el Señor! *Satanás no trabaja contra sí mismo.* Ellos pertenecían a Satanás y ahora pertenecen a Dios, Este es un testimonio que supera en miles de potencias el testimonio de tu modo de vivir, de nutrirte, de descansar *y de escribir sin la ayuda de libros o de otros elementos científicos*, que puedan explicar la doctrina como obra tuya cuando, en realidad, tal doctrina te es dada por la Sabiduría infinita. El mundo no puede admitir esta verdad y quiere explicarlo todo con una frase: "ayudas de la ciencia adquirida". No es así. Es Dios, el Altísimo que adoro, El que habla y comunica la luminosa doctrina. ¡Gloria al Señor! Otros testigos son los que te aportan las amistades, las circunstancias o el azar. Son los que están en contacto contigo y saben, dudan o ignoran por completo quién eres, es decir, "el portavoz", pero que, de todos modos, ven lo suficiente como para ser testigos en el futuro. ¡Sí que tienen que existir estos testigos! ¡Son necesarios, alma mía!

Y en este punto, la Eterna Sabiduría me ordena que dé un consejo: cuando el Padre Romualdo reciba a superiores de la Orden o a otras personas de segura y comprobada fe no sólo en Dios sino también en la obra de Dios en ti, no deberás prohibirles que te conozcan y te interroguen. En verdad, es algo penoso. Pero aun los hombres más buenos son eternos Santo Tomás. Se convencen sólo si ven. ¿Qué quieren ver? Pues, que el instrumento es simple y que está estabilizado en todo momento y acción. He aquí otro consejo: si un Ordinario de ánimo justo se preocupara de examinar los escritos y pidiera explicaciones y quisiera conocerte, dado que no puedes caminar ni moverte, se le debe llevar como prueba principal la de los Belfanti y, si es necesario, se debe poner a éstos en comunicación con el examinador. La deposición de Giuseppe B. *es de importancia fundamental.* ¿Ha

hecho ya una deposición? No importa. Su deposición, repetida después de algún tiempo, adquirirá cada vez mayor valor.

Querida alma, he repetido todo lo que ha dicho el Señor y lo he ampliado siguiendo sus órdenes. Gobiérnate y haz que el Padre se gobierne según estas enseñanzas, porque todo instrumento tiene y debe tener sus testigos. Que la Gracia del Señor esté siempre contigo>>.

(La fase de Satanás que está escuchando a escondidas, está en el dictado sobre Satanás).

Ayer no pude escribir la respuesta de Jesús a estas preguntas mías: "¿Por qué Dora tiene qué tener sus testigos? ¿Acaso porque, tras salir del sueño espiritual, no recuerda lo que recibe en él?".

A pesar de que estas preguntas me las dirigía a mí misma, Jesús me respondió: <<¡Pero también tú tienes tus testigos! Todo instrumento de Dios tiene sus testigos. También Bernadette tuvo a sus amigas, las pastorcillas; Teresa Neumann tuvo a sus parientes y al párroco, etc., etc. Los testigos tienen qué existir en cada caso para poder declarar la verdad>>. También dijo otras cosas pero, dado que no pude escribirlas enseguida porque no me era posible, me limito a decir solamente esto. De lo contrario, podría escribir algún disparate por mi cuenta…

Dado que Jesús quiere que esta explicación sea clara y expresa, le ha encargado a mi angelito Amonestador que me la repita y que la complete con los dos consejos que anteayer no había dado; de eso estoy segura. Yo también exclamo junto con el Ángel: "¡Gloria al Señor!".

Oigo una "voz", no hay otra manifestación. Pero es una voz fuerte y clara, aunque llena de gracia y de paz; evidencia un neto acento toscano, a punto tal que pienso que se trata de Catalina de Siena.

<<El amor es a la perfección que se quiere alcanzar como el soplo a la brasa: la enciende, difunde su calor, la hace viva y resplandeciente. La perfección que se quiere alcanzar solamente para lograr paz y gloria, es decir por un egoísmo espiritual, es como un fuego apagado: negro, frío, inútil. La perfección que encierra poco amor es como un montón de brasas oscuras con un único puntito encendido: apenas un carboncito… Languidece, dormita, corre el riesgo de apagarse. Pero si nuestro amor –un amor puro, un amor nacido sólo para dar gloria a Dios- sopla sobre esas brasas, se enciende toda la perfección y purifica nuestra alma, la embellece, la vuelve dispuesta y servicial ante la Divina Voluntad como una perfecta sierva y, además digna de arder ante el trono donde resplandece el Cordero. Las acciones de los santos –los perfectos agentes de la

Voluntad divina son santos- resplandecen junto con sus oraciones en los incensarios celestes. Cuanto más aumenta el amor por el amor mismo, tanto más aumenta la perfección. Ama totalmente y serás perfecta por completo, en la medida en que lo quiere para ti la Santísima Trinidad.

¿Quién soy? Soy una desconocida para la mayor parte de la gente. Sin embargo, soy tu hermana porque el Amor, por nuestra voluntad de víctimas en favor de los hombres según su Santísimo ejemplo, nos convirtió en reclusas. Soy Giulia Della Rena, natural de Certaldo, virgen y reclusa de San Agustina desde el siglo 14 y bienaventurada en los Cielos por la bondad del Amor, En ciertos lugares, aún hoy me recuerdan pero, en verdad, se acuerdan muy poco de mí. Esto no me aflige por mí, que todo lo poseo al poseer a Dios. Pero me aflijo porque, si me recordaran, yo podría dirigir al mundo una palabra de salvación, la palabra que le recordara volver al amor, en el que se comprendían todas las virtudes y se esconden la paz y la gloria.

Adiós, hermana. Quédate en la paz del Señor>>.

A las 12 de ese mismo día.

Con respecto a A. R.[1] , dice mi Señor:

<<Mucho trabaja Satanás a insiste y resiste y se afianza usando los apoyos existentes, porque obra en un terreno constituido por orgullo y capricho. Sus lágrimas no expresan arrepentimiento por el dolor causado, sino abatimiento por el mal papel que hace. Por lo tanto, se trata sólo de orgullo y de corazón indiferente. Si amara, lucharía, reaccionaría a la tentación y ésta no podría dominarle de manera tan fuerte. No tiene caridad hacia la madre y las hermanas. Donde falta el amor y la humildad, prospera el "otro" y de nada sirven las ayudas. Sin dejar paso a una compasión fuera de lugar, se debe proceder con medios humanos y sobrenaturales a luchar en sustitución de él, que no quiere luchar. Se necesita médico y sacerdote. Y si esto hace sufrir su orgullo, tanto mejor. Querría ver su orgullo hecho añicos, querría verle hecho añicos también a él antes que verle convertido en mi enemigo. ¡Y pensar que aún recibe tanto de la Providencia! ¡Y, en cambio, la maldice! La maldice bajo el acicate de Satanás. Mas también en las horas de seudocalma, su subconsciente impreca. Lo hace porque su conciencia es débil y se complace en ello. Esto no puede ser. Yo soy bueno, pero no ignoro la justicia. Además, contribuyen al estado de A. el orgullo y la ingratitud hacia Dios de otros miembros de la familia. En verdad, en ciertas

[1] Dado que sucesivamente se refiere a madre y a hermanas, podría tratarse de Antonio Raffaelli.

casas Satanás encuentra su propio clima. Demoled en él el orgullo y será más fácil liberarle>>.

Pregunto: <<Me gustaría saber la diferencia entre él y Dora>>. Jesús responde:

<<Dora es maltratada porque Satanás querría aterrorizarla, separada de Mí, usarla contra Mí. Pero, por ahora, es buena y me ama a pesar de que este amor le procura penas. Dora es un instrumento torturado entre dos fuerzas opuestas. Pero, por ahora, alberga en ella la voluntad de pertenecer a una fuerza sola. Si persevera, será un instrumento útil.

A Ant., que podría estar en las mismas condiciones de doble uso, le falta la voluntad de pertenecer a la Fuerza buena. Esto le sucede porque no tiene amor hacia Mí. Y es por eso que el "otro" le utiliza a su gusto. En los momentos en que está poseído, me odia completamente. En las pausas, si no me acusa, es completamente indiferente. En los momentos mejores, que son los más raros, tiene conatos hacia el Bien por una reminiscencia del alma. ¡Es una situación muy triste! Sería necesario lograr detenerle antes de que el alma consienta completamente. ¿Te acuerdas de aquella lección sobre los condenados que intentan acercarse a Dios a través de los justos? Sienten a la vez la atracción y la repulsión de Dios. Y en eso consiste su tormento. Él está en una situación muy semejante. Siente que en Mí reside la paz, que sólo Dios puede liberarle de su tortura. Pero no sabe aspirar a Dios. ¡El infierno no está solamente en las profundidades! Estas dos indicaciones son para Romualdo y para ti. Dejad de lado a la angustiada madre, que no tiene culpas en lo que respecta a la caída del hijo. Exhortadla únicamente a rezar mucho., mucho, mucho…>>.

11 de enero de 1946

Recibo una carta de mi primo[1]. Es una carta muy clara. Aun no conociendo los dictados del Maestro, emplea palabras casi iguales para exhortar a no abandonarse ciegamente al caso Dora, que es un caso "mixto" sobremanera. Y de este modo, desde el 5 de diciembre hasta hoy, ya son muchas las voces, espirituales o humanas, que dicen lo mismo. La primera fue la voz angélica, luego la voz de una persona que está ampliamente en gracia de Dios; luego la voz de mi alma, que lo repite siempre; después de las palabras del Maestro, que llaman la atención acerca de la inestabilidad del caso y de su duplicidad y también sobre los peligros que en

[1] Giuseppe Belfantti.

el mismo se ocultan, incluso respecto a la obra que Él cumple y en la cual soy su instrumento; por fin, las palabras de San Pedro… Es un continuo y veloz ir y venir de voces que dicen: "¡Tened cuidado tú y el Padre! ¡Atención!". Le confieso que, cuando la vi partir, me puse contenta sólo por un motivo, el mismo motivo al que, aun desde tan lejos, se refiere también Giuseppe: es decir, que su partida iba a servir para apartarla de este enredo…

¡No, es inútil! Desde que se ha presentado este problema, me es imposible cualquier oportunidad de estar en paz. Inútilmente trato de dominarme y me reprocho de mil maneras por mi temor, al que quiero dar otros nombres para reprochármelo aún más. Inútilmente Jesús intenta calmarme y tranquilizarme. Él y mi ángel me tranquilizan precisamente porque el mal está obrando contra lo que me es más querido.

¿Sabe que algunas tardes he tenido que emprender una verdadera batalla para no mandarle llamar y decirle a gritos: "¡Abandónelo todo! ¡Abandónelo todo! ¡No se arruine!"? ¿O para no ceder al deseo de ponerme a gritar mi temor, en mi misma casa? No sé si Ud. se ha dado cuenta de todo esto. No sé si Ud. ha notado que a veces (la última fue esa mañana en que Ud. volvió por última vez de Camaiore), al advertir lo "seguro" que Ud. estaba, se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Hablan bien de mí? Si se trata de una voz de Dios, le agradezco que le ilumine a este respecto. Pero le atribuyo una seguridad tan mínima que no me causa ninguna alegría. Por eso he ido escribiendo mis impresiones cada vez…

Puede que sea yo la equivocada. Puede que sea yo la mala. No me opongo a que piense así de mí. Será un propósito de Jesús que yo rece por esa mujer y que Él no diga exactamente cuánto Bien y cuánto Mal hay. Y nadie puede forzarle para que lo diga. Quizás desee que la mujer sea ayudada con preces para no caer en poder del "otro". No sé. *Sé que siento que el caso no es claro, que me produce repugnancia, que desde el primer momento he sentido que está mezclado a mentiras.* Pienso que la mujer no se da cuenta de que es presa también de la Mentira. Pero no puedo dejar de concluir que en esto veo un juego insidioso hacia la obra que Jesús me hace cumplir.

Una vez más, y esta vez más claro que todas las otras veces, también yo le digo como Giuseppe, que desde tan lejos siente las cosas como las siento yo, y como la otra alma que he interrogado: "¡Atención! ¡Atención! Póngase Ud. en una posición de espera, en una posición de vigilancia. Observe desde lejos. El tiempo traerá la luz, si es que ya antes no la trae Dios". Hoy 11 de enero, a las 16, siento muy claramente que debo decirle esto, que debo recordarle que Jesús ya le ha exhortado a no perder tiempo ni lucidez mental en todo lo que no sea lo que

desde hace casi tres años tiene Ud. entre manos, que debo decirle que tengo la lúcida y neta impresión que tanto el aviso de San Pedro como las órdenes del Señor tienen por fin obligarle a vigilar contra la insidia que se esconde en este caso. Sería un verdadero e imperdonable error que por una ligereza se obrara como palanca, se pusiera la palanca en manos de los enemigos para ayudarles a destruir la obra, ya harto insidiada, del Señor de los dictados y las visiones. Le ruego una vez más que vuelva a considerar y a leer todo lo que se refiere a Giuseppe y a mí… Créame, será instructivo.

Dora será el ser más inocuo posible… Pero ni siquiera Jesús niega que ella es incapaz de reaccionar, que su posición es muy inestable. Lo dijo así Él, el Maestro, en el dictado que Ud. tiene en su poder. Y cuando el "otro" quiere usarla en nuestro detrimento, ¿qué sucede? ¿Es que no comprende que, aunque no la posea para siempre, le es suficiente poseerla por el poco tiempo necesario para hacerle aparecer a Ud. como *"un ser incapaz de distinguir la Verdad de la Mentira"*, de modo que así se reirán de Ud. en las Curias y demás? ¿Es que no comprende que, por consiguiente, eso podría dañar también mi caso? ¡Oh, si pudiera hacerle sentir por una hora sola lo que siento! Pero Ud. no me hará caso Que la Bondad infinita obre el milagro de no castigarle y de no decir "¡Basta!" para castigarle. En verdad, si así fuera, después de haberme dado tanto bien, me daría Ud. el dolor más grande y después de haber servido tanto y tan bien a Dios, le serviría tan mal y tan gravemente que no quedaría sin un castigo sobrenatural.

Hágame caso. No haga como un niño, que se encandila con un jueguito de luces multicolores. Escuche también a Giuseppe. Ya lo ha dicho Jesús: <<Hagamos que la experiencia del mal sirva al Bien>>. Quizás Jesús quiera que Giuseppe, el obrero de la hora 11 a quien no obstante, Él ha amado hasta querer salvarle a toda costa y con todos los medios, sea el que nos ayude a distinguir gracias a sus conocimientos de fuerzas ocultas. No despreciemos con soberbia esta ayuda; por el contrario, usémosla para salvaguardar la obra del Señor.

Me gustaría que me entendiera, que instruyera mi angustia, la angustia de sentir que la Serpiente merodea para sofocar la obra santa, la angustia que me hace subir a la garganta gritos de horror que logro dominar con dificultad…

13 de enero de 1946

En un periódico encuentro una crónica de un hecho referido al ocultismo, cometido por una médium y referido a la violación del libre albedrío de una pobre joven. No sé si lo defino con el término exacto. Lo cierto es que la joven está

sometida a la voluntad de la médium, que la hace hablar y obrar con la personalidad de uno que murió hace dos años.

Digo para mis adentros: "Lo copio y se lo mando a Giuseppe, del mismo modo que le mandé la relación referida a Dora, a la que él dio una respuesta exhaustiva y capaz de determinar un decisión eficaz". Mientras estoy copiando, mi amonestador interior me dice:

<<No, no la mandes a Giuseppe. No es necesario. Podría engendrar la vuelta o el deseo de volver al influjo del médium en un hombre que acaba de sanar de dicho influjo. Era necesario hablar de Dora, porque es una demostración de cómo Satanás puede mezclarse a las potencias superiores. Giuseppe ha tenido que recordar, comparar y sacar conclusiones cada vez más en el camino justo. Pero en este caso no es así. Esto es Satanás en absoluto. No le tientes. Más bien dale esa hoja que estás copiando al Padre Migliorini. Le servirá para los sermones, para demostrar que el Purgatorio existe y que es sufrimiento y para contrarrestar las teorías de quienes evocan a los difuntos. ¿Lo sientes? Al venir sufre, y los que vienen por evocación son almas que aún no están liberadas de las fuerzas terrenas, o sea que todavía están bajo el peso de la culpa. En este sentido tendría que decir que los que vienen son demonios más que almas. Pero acerca de esto ya te ha hablado el Verbo bendito. Que el súbdito no añada palabras a las palabras de su Rey>>.

Calla. Calla el buen compañero tan dispuesto a guiar para que yo no dé pasos falsos. ¡Bendito sea Dios por ello!

15 de enero de 1946

A las 5 y 30 de la madrugada.

Si no describo mi gozo nocturno me siento mal.

Pues bien, nos hemos acostado a las 24 y 15 y Marta se ha quedado dormida enseguida. ¡Y cuando duerme… duerme de verdad! Yo, en cambio, he cogido la Santa Reliquia y me he puesto a rezar la acostumbrada plegaria contra Satanás, al que noto muy concentrado en merodear por mi casa, en moverse a mi alrededor y alrededor de Ud. Luego he dicho el acto de dolor, he hecho la Comunión espiritual, la plegaria "Heme aquí mi amado y buen Jesús… voy apreciando vuestras 5 llagas, etc., etc." y la plegaria de la Cruz y luego el Acto de ofrenda, como hago todas las noches. Termino con los "Gloria" a los Santísimos Arcángeles y Ángeles, dejando por último a mi Ángel Custodio. Mientras le rezo a este último, me interrumpo para decirle: <<Pero ¿cómo te llamas? ¡Por cierto

tendrás un nombre! Yo te llamo “amonestador interior”, pero me gustaría llamarte con un verdadero nombre.

Se me aparece al lado de mi cama, a la derecha, hacia el fondo y dice muy listo y sonriente: “Me llamo Azarías”.

<<¿Precisamente Azarías?>>.

Sonríe aún más evidentemente y replica: <<¿Todavía no estás segura? Digamos juntos el “Veni Sancte Spiritus” y siete “Gloria” como te he enseñado desde hace años para encontrar en todas las necesidades la respuesta y la guía del Espíritu Santo: luego abre la Biblia al azar: El primer nombre que veas, es el mío>>.

Digo junto con él las plegarias y después abro la Biblia. Se me abre en la página 596 –II° Paralipómenos Cap. 15°: “Azarías, hijo de Obed, etc., etc.”.

Sin dejar de sonreír, el ángel dice: <<El significado de este nombre lo encontrarás en el libro de Tobías, en las notas a pie de página>>.

Me precipito a encontrar el libro de Tobías. Encuentro a pie de página del 5° capítulo: “Azarías quiere decir ‘ayuda del Señor’; por lo tanto, Azarías, hijo de Abnanías, quiere decir ‘ayuda del Señor, hijo de la bondad del Señor’”.

El ángel dice: “Así es” y sonríe mirándome dulcemente.

Le observo: es alto, bello, tiene cabello castaño oscuro, rostro redondeado y perfecto en cuanto a facciones y color, dulces ojos castaño oscuro, grandes y hermosísimos. Observo su amplio atavío: es una túnica derecha, casta, bellísima, sin cinturón ni manto, con amplias mangas y escote cuadrado. Es de color blanco y plata. El fondo es plateado, ligeramente oscuro; en cambio, el motivo en relieve (parece ser una túnica de precioso brocado) es de un blanco luminoso, aún más blanco que la más blanca de las nieves o de los pétalos blancos que hayan existido jamás. Dicho relieve forma una estela continua de tallos de lirios con las corolas abiertas. Los tallos llevan esta dirección: de modo que el ángel parece estar ceñido por un manojo de lirios en flor que lo envuelve por completo. En el cuello, en las mangas y en el ruedo, la túnica tiene fajas de plata.

Le digo: “¡Es el mismo atavío del 4 de enero de 1932 y tienes el mismo aspecto!”.

“Sí, soy yo. Y si otras veces te me aparecí con los tres colores santos fue para recordarte que el ángel Custodio vela especialmente sobre la vida de las tres virtudes teologales, en el espíritu del que es custodiado por él”.

Sigo contemplándole y contemplándole, repitiendo y saboreando su nombre, por toda la noche poblada de amargos sufrimientos y sin el menor asomo de sueño…

Por lo tanto, de ahora en adelante, el "amonestador interior" quedará indicado con el nombre de Azarías porque, como dijo él mismo al saludarme y antes de desaparecer a mi vista espiritual, "todo ángel custodio es un Azarías; es decir, una ayuda del Señor que, en casos especiales, se manifiesta con más intensidad por orden del señor y para su gloria".

20 de enero de 1946

Mientras estoy cosiendo, contemplo mentalmente la figura moral de Jesucristo. Pienso que, si pudiera tener un retrato reproducido en una tela según mis indicaciones y, por lo tanto, lo más semejante posible a como era en su Santísimo Semblante de Hombre, me gustaría hacerle escribir debajo de la imagen un frase que fuera "todo" lo que era Jesús de Nazaret. Pienso que podría ser "Venid a Mí" o "Yo soy la Vía-Verdad-Vida" o "No temáis, soy Yo", pero siento que todavía no es lo que mi alma quiere para indicar a "el Cristo".

San Azarías me habla:

"Jesús es el Compendio del amor de los Tres. Jesús es el Compendio de lo que es la Santísima Trinidad y la Unidad de Dios. Es la perfección de los Tres compendiada en Uno solo. Es la infinita, multiforme Perfección compendiada en Jesús. Es un abismo de Perfección ante el cual se postran en adoración las milicias celestes y las bienaventuradas muchedumbres del Paraíso. Es un abismo de Amor que pudo ser y puede ser comprendido y aceptado solamente por los que poseen amor.

Por lo que aquí se explica cómo pudo convertirse en Espíritu del Mal el arcángel que era un espíritu benigno y santo, pero no tan santo como para ser completamente amor. Precisamente, es la medida del amor y que uno lleva en sí, la que establece la medida de su perfección y de su grado de oposición a toda corrupción. Cuando el amor es total, ya nada puede abrirse a la corrupción. La molécula que no ama es una brecha que permite fácilmente la infiltración de los primeros elementos que no son amor. Y ellos fuerzan, ensanchan, inundan y así sumergen los elementos buenos hasta matarlos. Lucifer tenía una medida de amor incompleta. En él había un espacio ocupado por la complacencia de sí mismo, o sea, un espacio en el que no podía haber amor. Y por esta brecha entró, para perderle, su depravación. Debido a ella, no pudo comprender ni aceptar al Cristo-Amor. Compendio del infinito, del único, del trino Amor. Y el hecho de que hoy en día esté más difundida la herejía que niega la Humanidad Divina de la Segunda Persona y que hace de Él simplemente un hombre bueno y justo, se explica

fácilmente con esta clave: la falta de amor en el corazón humano, la incapacidad de amar, la escasa posesión de amor.

Alma mía, observa que, tanto en la época de Cristo como luego en la era cristiana, siempre fueron dos los puntos que se empecinó en negar el arrogante intelecto del hombre que, si no es humilde y amoroso, no puede creer: uno, que Cristo era Dios y Hombre y que hizo únicamente acciones espirituales, por las cuales fue odiado hasta por los más íntimos de los suyos y, por lo tanto, también fue traicionado; dos, que Cristo creó el Sacramento del Amor. En aquel entonces, ahora, siempre, heréticamente los "sin amor" dijeron y dirán que Dios no puede estar en Jesús y que Jesús no puede estar en la Santísima y adorable Eucaristía.

Por eso, alma mía, si tuvieras que hacer escribir una palabra bajo la efigie del Hombre-Dios, tendrías que hacer escribir: "Yo soy el Compendio del Amor"".

Y luego San Azarías calla y queda en adoración.

¡Qué paz, qué paz queda en mí! ¡Qué luz, qué sensación de bienestar mental, la sensación del pensamiento que se apacigua gracias a una respuesta que lo persuade por completo: esto es lo que se produce durante y después de la lección angélica! Con este tesoro mío cierro el cuaderno y vuelvo a mi tarea manual, mientras los ojos de la mente satisfecha contemplan la lección de su vida.

Más tarde vuelvo a leer, medito y me detengo obstinadamente en la frase: "Lucifer no fue tan santo como para ser completamente Amor". En mi concepto sublime de los ángeles, no logro comprender cómo un espíritu angélico pudo haber tenido faltas. ¡Ante el pecado de los ángeles, siempre he tenido un invencible estupor! Y nadie ha logrado darme jamás una explicación capaz de persuadirme de qué modo, en un mundo en el que faltaba el elemento "mal" porque aún no se había formado, ciertos seres espirituales, creados con la perfecta voluntad de Dios, seres que contemplaban la eterna Perfección -y nada más que esa- hayan podido pecar. Y ahora la frase: "…no tan santo como para ser completamente amor" me detiene y suscita de nuevo en mí la pregunta: "¿cómo pudo suceder eso? San Azarías me dice:

"Los ángeles son superiores a los hombres. Diciendo "hombres", me refiero a los seres así llamados, compuestos de materia y espíritu. Entonces, somos superiores nosotros, que somos sólo espíritu. Mas recuerda que, cuando en el hombre vive la Gracia y circula la Sangre del Místico Cuerpo cuya Cabeza es Cristo y ya está fortalecido por los siete Sacramentos desde el nacimiento hasta la muerte y en todos los estados y fases de la vida, entonces en vosotros, que por eso sois "templos vivos del Señor", nosotros vemos al Señor y le adoramos en vosotros. En este caso sois superiores a nosotros, sois "otros Cristos" y poseéis lo

que se llama “Pan de los ángeles” que, en realidad es Pan solamente de los hombres. ¡Esta es la mística y no saciada hambre de Eucaristía que existe en nosotros y que nos lleva a estrecharnos a vosotros cuando os nutrís de Ella para sentir la fragancia divina de este Pan perfecto!

Mas, para volver al principio, te diré que en los ángeles, que somos diferentes de vosotros en cuanto a naturaleza y perfección, existe –como en vosotros- la libre voluntad. Dios no creó esclavos. Al principio, en la creación existía sólo el orden. Pero el orden no excluye la libertad. *Por el contrario, en el Orden existe la perfecta libertad.* Y tampoco existe en el orden, como fuerza constrictora, el temor de una invasión, de una intromisión, de una anarquía de otras voluntades que, al penetrar en la órbita y en la trayectoria de otros seres o cosas creadas, puedan producir colisiones y ruina. Así era todo el Universo antes de que Lucifer, abusando de su libertad, por su propia voluntad creara en sí mismo el desorden de las pasiones para crear desorden en el Orden perfecto. Si hubiera sido todo amor, no habría encontrado lugar en sí mismo para ninguna otra cosa que no fuera amor. En cambio, encontró lugar para la soberbia, que es como que podríamos definir al desorden del intelecto.

¿Dios habría podido impedir este hecho? Sí, habría podido hacerlo. Mas, ¿por qué forzar la libre voluntad del bellísimo e inteligentísimo arcángel? De este modo, no queriendo ya lo que antes había querido, o sea, la libertad del arcángel, ¿no habría sido Él mismo, el Justísimo, quien acabaría por llevar el desorden a su ordenado Pensamiento? Dios no oprimió el espíritu turbado para ponerlo, con la violencia, en la imposibilidad de pecar. En ese caso, su conducta no pecaminosa no habría tenido mérito alguno. También para nosotros fue necesario el “saber desear el Bien” para seguir mereciendo el gozo de la vista de Dios. ¡Qué beatitud infinita!

Así como había querido a su lado al arcángel sublime en los primeros actos de la Creación, haciendo que tuviera tal conocimiento de esa creación de amor, del mismo modo Dios quiso que el arcángel conociera la adorable y dolorosa necesidad que su pecado le había impuesto a Él mismo: la Encarnación y la Muerte de un Dios para contrabalancear la ruina del Pecado que se habría producido si Lucifer no hubiera vencido en sí mismo la soberbia. Tal era el único lenguaje que podía emplear el Amor. La primera aniquilación de Dios está en este acto de querer doblegar dulcemente al soberbio, casi suplicándole, con la visión de lo que su soberbia iba a imponer a Dios, que no pecara, para no llevar a otros a pecar.

Era un acto de amor. En cambio Lucifer, ya completamente poseído por la furia satánica, lo tomó por miedo, debilidad y afrenta, como una verdadera declaración de guerra y, por eso, declaró guerra al Perfectísimo diciendo: "¿Tú eres? Pues, yo también soy. Lo que has hecho, lo has hecho gracias a mí. Dios no existe. Y si existe un Dios, soy yo. Yo me adoro. Yo te aborrezco. Yo me niego a reconocer como mi Señor a quien no sabe vencerme. Si no querías rivales, no debías haberme creado tan perfecto. Ahora yo soy y estoy contra ti. Vénceme, si puedes. Pero no te temo. También yo crearé y por mi causa va a temblar toda tu Creación, porque yo la sacudiré como un jirón de nube zarandeado por los vientos, pues te odio y quiero destruir lo que es tuyo para construir sobre las ruinas lo que será mío. No conozco y no reconozco ninguna otra potencia más que yo. Y ya no adoro, ya no adoro, ya no adoro a nadie que no sea yo mismo".

En verdad, entonces se produjo en la Creación, en toda la Creación, desde las más insondables profundidades, una pavorosa convulsión debido al horror que produjeran estas sacrílegas palabras. Fue una convulsión tan grande que ni siquiera la habrá igual al final de la Creación. Y de ella nació el Infierno, el reino del Odio.

¿Comprendes ahora, alma mía, cómo nació el Mal? Nació de la libre voluntad, que el Señor respetó, de uno que no era "todo amor". Y, créeme, sobre todo pecado que desde entonces se comete, grava este juicio: "Aquí todo es amor". El amor total impide el pecado. Y lo hace sin esfuerzo. ¡Al que ama, no le cuesta alcanzar la justicia! El amor le eleva por sobre todos los fangos y los peligros y le purifica continuamente de las mínimas imperfecciones que aún perduran en el último grado de la santidad consumada, es decir, en ese estado en el que el espíritu ya ha progresado tanto que es verdaderamente un rey y ya está unido en espiritual connubio a su Señor, y goza de una vida que es menor sólo un grado a la de los bienaventurados en el Cielo, pues de tal modo el Señor se dona y se revela a su hijo bendito.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo".

21 de enero de 1946

Dice Jesús:

"Hace treinta y tres días te dije: "Ya no daré nada hasta que no vea que todo está en orden, así como lo establece al prudencia". Y te lo dije de manera tal que preferiste que no te lo dijera solamente a ti sino que se lo repitiera, por medio de un claro dictado, también a quien te guía. Y ocho días más tarde, visto que tenía

la oportunidad de hacerlo, satisfice tu deseo. Ahora todo está ordenado, copiado, corregido como se debe. Vuelvo a repetir que en una materia tan grave y con un instrumento tan agotado, es preciso impedir que se acumule el trabajo; por el contrario, hay que ir copiándolo poco a poco y hay que ir corrigiéndolo poco a poco, para que no queden partes sin terminar en caso de muerte o de otros problemas.

No abuses nunca de una confianza que ya no es prudencia. Haced como si cada hora fuera la última y estad siempre al día con todo. Y que esto también se tenga presente al disponerlo todo para permanecer junto al instrumento hasta que todo se haya cumplido. Las penosas experiencias del otoño de 1944 han dejado una señal indeleble en el portavoz, que dice: "No puedo fiarme de ningún otro y si tuviera que quedarme sola, no entregaría ni una palabra más". ¡Pero estas experiencias penosas no las sufrió solamente ella! También tú, Romualdo las has experimentado. También tú has visto de qué modo se ha obrado y aunque hayas sufrido mucho menos porque el sufrimiento de María fue muy profundo, hasta el punto que dejó una huella irreversible también en su físico- debes comprender que el hecho no debe repetirse. En ese caso, Yo aprobaré el deseo de María y, sin privarla a ella del gozo de ver; privaré a todos vosotros del gozo de recibir, pues no haré escribir ni una palabra más.

No puedo permitir que se convierta esta tarea en una burla o poco menos. Y tampoco puedo permitir que quede solamente manuscrita, o sea, sin ser copiada a máquina y corregida. Tenemos qué vérnosla con un mundo obtuso y perverso, aún siendo un mundo eclesiástico; es un mundo que no se preocupa de revisar para aprobar sintiéndome a Mí en dicha obra, pero que analizaría la obra con la máxima atención para encontrar una palabra que, ya sea debido a la escritura difícil del portavoz, ya sea por un error de copia, pueda ser considerada como un error teológico o simplemente histórico. Ésta es la verdad. Y Yo proveo para que esta animadversión quede desilusionada.

En estos treinta y tres días he dado solamente dos visiones evangélicas. Y las he dado porque, a través de ellas, he querido hablarte precisamente a ti, Romualdo, como hago tantas veces. Estas escenas evangélicas mías son verdaderas lecciones. Son lecciones incluso para la vida cotidiana particular y en casos particulares. Si no hubiera sido así, al iniciar las visiones no habría mostrado escenas ocasionales como he hecho; por el contrario, habría iniciado por la primera palabra de los 4 Evangelios y habría continuado en orden. En cambio, he dado los episodios necesarios para esos determinados momentos, a fin de sostener al portavoz por la gran cruz que de allí a poco debía llevar (en enero-

marzo de 1944), por la que ya llevaba (de mayo a octubre de 1944)[1] y para evangelizar a Giuseppe B., luchando con Satanás para prepararle al dictado que le ha separado para siempre de éste y de sus herejías. Después de haberme ocupado de las dos necesidades mencionadas, he realizado regular y ordenadamente la reconstrucción evangélica. Te hablo tantas veces, Romualdo, a través de ella o a través de los dictados de tema no evangélico que voy dando. Y lo hago para serte luz y guía por medio de ellos. Del mismo modo, para ayudarte, te he dado los dos últimos y ha sido una excepción, porque no quería dar ningún otro hasta que todo lo anterior estuviera ordenado.

Ahora recuerda y reflexiona pues, así como he callado por treinta y tres días, podría callar para siempre. Y lo haría si se produjeran contratiempos que pudieran dañar la obra. Ves que María, por sí misma, no puede hacer nada. No puede ver, no puede decir nada. Si para hacer la prueba le dijeras: "Repite la última visión", verías que no sólo no hallaría las palabras, sino la descripción del hecho resultaría incompleta y desdibujada. Apartada de mi luz, María es sólo una pobre mujer común. En ella queda solamente el sentido espiritual de la lección recibida y esto le aumenta la voluntad de obrar santamente en todo lo que se propone y según las enseñanzas recibidas. Mas la inteligencia no disfruta de lo que ha visto. Una vez que la visión ha pasado, ya no puede repetirse en su mente. Si, advirtiendo que ya no es posible imprimir lo que ella escribe, Yo cesara por prudencia en mi deseo de hacerle escribir lo que ve y siente, no tendríais ni una palabra más. La hija permanecería siempre en mis brazos, mas todos los demás quedarían sin más lecciones. Reflexiona y has reflexionar sobre esto.

Y ahora te daré una lección solamente a ti, que eres un servidor al que quiero. No es un reproche, no lo consideres así. Es una caricia de quien te ama y no quiere que des pasos ingenuamente falsos o inútiles. No tomarías a mal que un buen padre te dijera: "Dame la mano para que te guíe por este sendero escabroso" o "¿Ves, hijo mío? Esta flor, esta baya no es buena. Parece buena, pero no lo es. No la pruebes nunca, porque en su interior oculta jugos nocivos". Del mismo modo tú, ¡oh niño inmortal!, no debes apenarte si te enseño algo. Tú perteneces a mi ejército: el de los que carecen de malicia y que, en el fondo, están indefensos contra el astuto mundo y contra Satanás, astutísimo en sus obras. Es una gloria, pero también es un peligro continuo. A esos seres indefensos, Yo les doy una ayuda particular precisamente porque lo son, de modo que no les engañen las apariencias falaces.

[1] Debe tratarse de un error de escritura referido a uno de los dos 1944. O sea que, para la sucesión cronológica, debe interpretarse primero como 1945 o el segundo como 1943)

No debes juzgar todo lo sobrenatural del mismo modo. Sobrenatural es todo lo que se aparta de lo natural, ¿no es verdad? Mas en lo sobrenatural, en lo extranatural, hay dos corrientes, como dos ríos: el que viene de Dios y el que viene del Enemigo de Dios.

Considerados exteriormente, superficialmente, los fenómenos son casi idénticos, porque Satanás, con la perfección de su maldad, sabe simular las cosas de Dios. Mas un rasgo de mis fenómenos es la paz profunda, el orden que hay en ellos y que se comunica a quien está presente. Otra señal es el aumento de las facultades naturales de memoria e inteligencia, porque lo natural paradisíaco siempre es Gracia y la Gracia aumenta también las facultades naturales del hombre, para poder ser recordada con precisión en sus manifestaciones. En cambio, en los fenómenos no producidos por Mí, siempre se difunde un no sé qué que turba o que disminuye la consabida seriedad sobrenatural y provoca curiosidad, provoca esa sensación de risueño y vacío interés que uno tiene cuando va a un teatro a ver un espectáculo de malabaristas o algo semejante. En los fenómenos que no son míos, siempre hay desorden y, después del chisporroteo de los cohetes que deslumbran, hay humo y niebla que ofuscan la pureza de la luz preexistente. Por lo tanto, habéis visto y oído, pero luego no recordáis nada con verdadera exactitud y caéis continuamente en contradicciones aun sin quererlo. Con sus garras Satanás enmaraña, enmaraña para escarnecer y agotar.

En fin, existe una señal muy precisa en el sujeto mismo. A mi acción en un ser corresponde siempre la acción del ser mismo. Me explico. Cuando Yo alecciono, todo se transforma en quien recibe la enseñanza. Surge en él una voluntad impetuosa de hacer lo que digo, por lo que no lo hace en fases lentas de elevación como sucede en la común voluntad de santificarse, sino que el alma se eleva y cambia de lo que es a lo que Yo quiero que sea, con rápidos y, sin embargo, duraderos tránsitos. Son almas cogidas por la "buena voluntad", que demuele y destruye todo lo que en ellas es pasado, todo lo que constituye el *yo* antecedente y las vuelve a componer en su nueva forma, según mi modelo. Son infatigables artífices de su mismo ser inmortal. Advierten que van mudándose en bien, pero nunca están satisfechas del grado de bien que han alcanzado y trabajan para lograr una perfección aún mayor. Y no lo hacen por el propio orgullo, sino por amor hacia Mí.

Por el contrario, en las almas de quienes son falsos contemplativos, falsos instrumentos, falta esa infatigable metamorfosis. Ellos en este caso alumnos de Satanás, se deleitan y son felices con lo que tienen. Y algunas veces, hasta han recibido realmente un don mío. Reposan en el orgullo de ser "algo". Y ese "algo" crece día a día como un animal nutrido en exceso. En efecto, está nutrido

sobremanera por el orgullo que Satanás derrama silenciosa y abundantemente en torno a ellos. Ese "algo" se vuelve enorme, enorme monstruoso. Sí, es así: monstruoso. Es un monstruo porque pierde el aspecto primitivo, el mío, y toma el aspecto satánico. Se pone una aureola de luces falsas. Explotan su más o menos relativa celebridad para coronarse. Y se contemplan. Dicen: "Estoy perfectamente. ¡He llegado al top!". Y, de este modo, se enceguecen hasta el punto de no saber ver lo que son. De este modo, se vuelven sordos hasta el punto de no saber oír la diversidad de las voces que hablan en ellos. ¡Mi voz es tan diferente de la de Satanás! Mas ya no lo oyen. Y mientras Yo me retiro. Satanás les da lo que quieren: las cosas vanas. Y con ellas se adornan…

¿Qué les puede hacer Dios a esos voluntarios del Mal, que prefieren el ropaje iridiscente, las luces, los aplausos, a la cruz, a la desnudez, a las espinas, al secreto, al asiduo obrar en sí mismos y en torno a sí en el Bien y para el propio bien y el de los demás? ¿Qué debe hacer Dios respecto a estos histriones de la santidad, que son sólo patrañas y mentiras? Dios se retira. Los abandona en manos del padre de la Mentira y de las Tinieblas. Y ellos se deleitan en medio de los dones que Satanás les da como premio por su modo de obrar. Se profesan "santos", porque ven que logran resultados extranaturales. No saben que son el parto de su orgullo, que Satanás alimenta, y no mejoran. ¿Sabes?, no mejoran. Aunque aparentemente no sufren una regresión, hasta los más superficiales advierten que no mejoran.

¡Romualdo, atento al centelleo multicolor que se disuelve en niebla! Yo dejo siempre luces y cosas concretas, ordenadas, claras. ¡Atento a los falsos santos, que para mi triunfo son más nocivos que todos los pecadores declarados! Lo sobrenatural santo existe y Yo lo suscito. Se le debe aceptar, se le debe creer. Mas que no sea aceptado a primera vista todo frasco que lleve escrito: "Óleo de sobrenatural sabiduría" o todo libro cerrado en el que esté escrito: "Aquí está Dios". Puede que del primero se desprendan hedores infernales y que el segundo encierre fórmulas heréticas. Observad también el exterior del frasco y del libro; observad dónde y cómo le gusta estar. Y, para dejar el lenguaje figurado, observad si se presenta humildemente, si es santamente activo hasta la exageración. Si veis que su evolución hacia el Bien es lenta o falta del todo, abrid los ojos. Y abridlos dos veces si advertís en esta alma el placer de ser notada. Y si la encontráis soberbia y si la sorprendéis mintiendo, abridlos tres veces, diez veces, setenta veces.

Que la paz sea contigo, Romualdo María. Que la paz sea contigo, María".

28 y 29 de enero de 1946

En la noche.

Me lamento por mi excesivo sufrir. Digo: “Es demasiado tremendo. San Azarías me dice:

<<¿Por qué llamas tremendo lo que viene de Dios? ¿Por qué dices que es insoportable? ¿Cómo puedes decir que es atroz lo que es coparticipación a la Redención de Cristo? Atroz es el infierno. Insoportable es lo que proviene de Satanás. Tremendo puede ser solamente lo que proviene del Odio. Dios no da nada superior a lo que la criatura puede soportar. Sólo sobre su Hijo su mano fue más pesada. Sólo esos fueron sufrimientos inconmensurables. Y sin embargo Cristo, que sabía que era cosa justa, los soportó sin llamarlos tremendos, atroces o insoportables, porque definirlos así habría sido como acusar al Padre por fustigarle sin caridad.

Las almas víctimas deben uniformarse a la Víctima en todo. Llora pero no digas que es demasiado el sufrimiento. Está proporcionado a lo que puedes soportar. Y podría aumentar aún. Pero, al mismo tiempo, aumentará en ti la fuerza para soportar, porque aumentarás el amor. El aumento de amor es aumento de fuerza. ¿Crees que a Dios le gusta verte sufrir? Ni lo pienses. Así como sufría por el Hijo del hombre, que sufría en la cruz por los hombres, Él, que es la Bondad sufre porque debe hacerte sufrir. Pero lo has pedido tú, para asemejarte en todo a Jesús. Y Dios ha satisfecho tu deseo.

Mira la hora del mundo. ¿Ves que es una hora de pecado? Esta fue la hora contemplada por Jesús en las últimas 24 horas de su vida humana. Y también te ha contemplado a ti, como ser consolador. ¡Pero quien se lamenta no consuela! ¡Ea, vamos! ¡Un poco de heroísmo! Canta conmigo: “Gloria al Padre al Hijo y al Espíritu Santo”>>. Luego calla.

Prometo que nunca más diré que mis dolores son “tremendos”.

2 de febrero de 1946

Desde hace 48 horas me acompaña la presencia de Santa Teresita del Niño Jesús. Es una presencia humana y gloriosa al mismo tiempo, porque se me aparece radiante, apoyada en nubecillas luminosas, pero igual a como era en el claustro de Lisieux. No tiene el Crucifijo en los brazos, pero lleva el amplio manto blanco sobre la túnica marrón. No veo la mano izquierda, que está oculta bajo el manto, pero veo la derecha, que es bellísima. Se asoma por debajo del

manto, que está corrido ligeramente hacia atrás, y sostiene una rosa entre los dedos. Es una rosa hermosísima, de un maravilloso color amarillo oro; es una de esas rosas que, según me parece, se llaman híbridas, de corola un poco abierta y pétalos muy ondulados, sin espinas en el tallo de un verde rojizo oscuro, así como son oscuras las hojas, de un verde denso y brillante, como si fuera de cera. No conozco el nombre botánico. Santa Teresita la sostiene con ligereza entre el pulgar y el índice, con el brazo extendido hacia el suelo y también la corola tiende hacia el suelo, como si estuviera a punto de dejarla caer. Le digo: "¡Déjala caer! ¡Será una rosa para mí…". Sonríe pero no habla. Es una sonrisa alegre, expresiva, estimulante. Ahora se dispone a hablar.

Para aclarar este dictado, voy a explicar que yo estaba razonando para mis adentros acerca de… algunas restricciones y pretextos y otras cosillas que encuentro en las cartas venidas del Carmelo. Me sorprende un poco que estas almas meditativas puedan ser tan sordas y refrenadas, incapaces de advertir cuál es el Bien seguro y que tengan tantas aprensiones, etc., etc.

Por fin, Santa Teresita habla:

"Es la sobrecarga del amor. Es muy fácil que se produzca. Son un obstáculo. Su origen está una vez más en la astucia del demonio, que se apoya en los fáciles escrúpulos, en los temores, en la misma desordenada inquietud de ser buenos, para impedir en realidad que las almas lleguen a serlo con los medios de Dios, ya sean ordinarios o extraordinarios.

Es una desordenada inquietud la que lleva a hacer las cosas de prisa, con medios elegidos por nosotros, con el miedo de no saber hacer. ¡Pero dejemos esto a los pobres humanos que no conocen la infinita bondad, la infinita paciencia y magnanimidad de Dios y del tiempo que Dios concede a quien confía en Él para hacerlo todo y hacerlo bien! ¿Por qué tendríamos que temer, si tratamos con un Padre? ¿Por qué tendríamos qué decir: "¡Vamos, vamos, que si no, no llego", si sabemos que Él tiene el tiempo a su servicio, que el tiempo no puede rebelarse y que, por lo tanto, será tal como Él lo quiere para cada ser? ¿Por qué no empecinarnos en decir: "Debo santificarme con este medio o este otro, con ese ejercicio o ese otro, porque he faltado en esto o aquello", si tenemos un Maestro que sabe con qué medio y en qué aspecto debemos santificarnos, y que provee para que lo hagamos con medios increíbles para la criatura humana? No, no hay qué hacer así.

Estos errores, que ya son fáciles en los católicos que viven en el mundo, son facilísimos en los monasterios. Muchas son las almas y muchos son los medios y modos de satisfacción. Una urdimbre única no puede ser suficiente para todas y

de una sola manera. El alma debe ser libre porque su esposo es el Libre. El alma debe ser "esposa" porque está casada. ¿Es verdad o no que una no se casa en pañales, sino cuando es capaz de hacer por sí misma al menos lo indispensable para su esposo y para la casa? ¡Oh!, no es fácil santificarse en los monasterios. Salvarse ya es más fácil. Pero recorrer el camino de Cristo, que es todo de oro pero está sembrado de tribulaciones, enrojecido por la sangre, mojado por el llanto, no es fácil. Mas ese es el camino de la santidad.

Hermanita, diles a las hermanas de mi orden que tengan una piedad y una obediencia amplia y refulgente. No son esclavas. Son "esposas". Las esposas no están obligadas a una sumisión supina. Eso queda para los inferiores. Las esposas-reinas tienen el deber y el derecho de saber comprender y aplicar las expresiones y las palabras del Esposo y rey, las que se dicen en la cámara nupcial del espíritu, antes que cualquier otra manifestación. Se narra en el libro de Ester que ella compareció ante el rey, en el atrio interior, sin haber sido llamada, aun sabiendo muy bien que esa audacia significaba "muerte". Comprendiendo que Dios estaba en la plegaria de Mardoqueo, vistió atavíos reales y se presentó en el atrio interior ante el rey sentado en el trono. Y al rey le gustó esa esposa humilde y, sin embargo, majestuosa y le extendió el cetro para consagrarla ante el mundo. Y tanto la quiso, que le prometió que le serían concedidas todas sus súplicas[1]. Ester que era muy joven pero ya esposa, *supo expresar una voluntad si bien sometida, libre y clara*. Que mis hermanas no se presten a las insidias humillantes del demonio, que crea escrúpulos para poner en cadenas.

¡Oh, en Lisieux yo era la "última" y la gran priora era muy potente y tenía una pequeña "corte" muy fiel! ¡Pero cuando entré, el aire de las almas y para las almas era muy viciado; la luz era muy gris y el espacio muy reducido! ¡Oh, por cierto no bastaba para que las almas renacieran como serafines! Yo, la "pequeñita" me atreví a lograr aire, luz, espacio! No lo hice por soberbia. Sufrí al tener que hacerlo. Pero quería hacer de mi alma un serafín con las alas de oro. De otro modo, ¡habría sido inútil convertirme en una prisionera!… Quería hacer de mi alma un alma "fuerte". En cuanto al cuerpo, mi medio para ir al Amor era la tisis. Pero no lo era en cuanto el alma. Y para llegar al amor, que es el objeto de la vida cristiana, quise para todas lo que quería para mí: aire, luz, espacio, para las alas de los serafines de la Tierra, del monasterio. Yo era el "niño terrible" que decía la verdad, que quería la verdad. Verdad es la piedad amplia y trascendente; no es verdad la piedad llena de escrúpulos. A mis hermanas les parecí hecha de una materia extraña. Pero como le gusté al Señor, por esa senda mía que parecía

[1] Ester 4, 10-11; 5, 1-8.

el fruto de la irreflexión de un niñito, ahora caminan los que se salvan, porque se hacen "semejantes a los niños, a quienes pertenece el reino de los Cielos"[2].

Ven hermanita, cantemos nuestro *Magnificat*[3]*;* cantémoslo nosotras, a quienes Dios vio en nuestra "pequeñez" y, por lo tanto, "nos acogió en su seno, como hace una madre, y nos dio un nombre mejor que el de hijos e hijas, un nombre eterno, *un nombre que jamás perecerá"*[4]*".*

Sonríe y resplandece tanto que quedo como extasiada…

[2] Mateo 18, 2-3; Marcos 19, 14-15; Lucas 18, 16-17.
[3] Lucas 1, 46-55.
[4] Isaías 56, 4-5.

8 de febrero de 1946

En el momento de la Santa Comunión se me aparece la figura de Pío X, el Papa santo. Es una figura cándida, dulce, afable. Avanza tal como era seguramente en los últimos días. Algo obeso, agobiado bajo el peso de los achaques, arrastrando ligeramente los pies, con las espaldas encorvadas que sostienen el breve cuello y la cabeza, que los cabellos han plateado, aureolada por luz resplandeciente. Es joven la carne en el rostro senil y la mirada de los límpidos ojos serenos tiene una dulzura virginal, Lleva el blanco atavío de los pontífices pero faltan la esclavina roja y el camauro. ¡Oh, no! Es como si fuera simplemente un sacerdote vestido de blanco en lugar que de negro y nada más. Pero es tan "él", que resulta aún más venerable que si estuviera en medio de los fulgores de la apoteosis pontificia, entre estandartes y flabelos, guardias resplandecientes, púrpuras cardenalicias y demás. Es el Papa santo.

Alza la mano pequeña y regordeta para bendecirme. Dice mezclando al italiano su agradable dialecto:

<<¡Oh tú, que has sido bendecida por el Señor y la Virgen Inmaculada!, que el Señor y María estén siempre contigo.

¡Bendita, no te enfades! Prosigue, prosigue tu camino. Así le gusta al Señor. Sé simple, cada vez más simple, como un niñito. Como uno de esos niñitos que nuestro Señor bendito amaba tanto. Nútrete con la Eucaristía porque tú eres la hostia pequeña, que es consagrada sólo cuando en la Hostia grande se transubstancia nuestro Santísimo Señor Jesucristo. Por eso, cuanto más te nutras de la Santísima Eucaristía, tanto más te convertirás en hostia con Él.

¡Oh, bendita! Si hubiera estado yo en el trono de Pedro y me hubieran dicho que había una criatura que se había vuelto "voz" tras haber sido "voluntaria cruz", no te habría dejado en esta angustia. Te habría confortado con mi bendición, leyendo de rodillas las páginas benditas.

Quédate niña, quédate siempre niñita, ¿sabes? Sé siempre un Juan pequeño, pequeñito, con los ojos libres de toda malicia y con el corazón libre de toda soberbia, para comprender siempre al beatísimo Maestro que les enseña para el bien de muchos. Se necesita *Eucaristía y simplicidad*. Es el camino de los niñitos del amor, el de Santa Teresita y también el mío, pobre siervo del Señor que aún hoy se asombra que, de sacerdote, haya podido llegar a ser Pontífice>>. (Llora dulcemente, mansamente; es santo en su llanto como en su sonrisa).

Vuelve a alzar la cabeza. Y me mira otra vez, como un niño grande también el, como demuestra su expresión pura. Me sonríe de nuevo.

<<Te doy mi bendición. ¿Estás contenta? Te bendigo, alma del Señor y de María Santísima. Prosigue con fe y con paciencia. En el Paraíso, lo único que se recuerda es haber hecho siempre la Voluntad Santísima de Dios y por ello se es bienaventurado. ¡El Paraíso es tan hermoso que no lo igual ninguna de las cosas bellas que puedas contemplar! No podrías ver cómo es exactamente el Paraíso, porque te estallaría el corazón ante tal belleza.

Cuando tengas la ocasión, mándale mi bendición a esa alma bendita de Sor Giuseppina. Dile que su patriarca se acuerda siempre de los institutos de María Niña Santísima y, especialmente, de los vénetos, los tan queridos por su tierra natal. ¡Que la paz, la paz, recaiga sobre esos lugares y sobre quienes en ellos viven!

Y paz también para ti, ¡oh, niñita de mi Jesús! Adiós. Acuérdate siempre del Pontífice de los niñitos y de la Eucaristía>>.

Alza nuevamente la mano, para bendecir y la calidez de su túnica de lana muda en un resplandor en el cual se transfigura San Pío X, y desaparece. ¡Y ahora también yo puedo decir que he visto a un Pontífice, y qué Pontífice!

¿Habré escrito bien las palabras en dialecto? He tratado de escribirlas tal como las oía pronunciar, pero no conozco el dialecto véneto. Viví siempre en Romaña, en Lombardía, Pavía, Florencia, Reggio, Calabria y Viareggio, pero nunca en la región Véneta. Por lo tanto… Pero me ha alegrado mucho que haya hablado así, de un modo familiar como un buen párroco, precisamente como lo era en su lugar natal (y ya era santo y grande a los ojos de Dios) o como cuando, siendo ya patriarca o, más tarde, pontífice, se detenía a hablar familiarmente con sus íntimos… con los seres simples, con los cuales debía de sentirse muy cómodo el muy humilde y santo Papa Pío X…

9 de febrero de 1946

Ayer noche, mientras sufría mucho, en una verdadera agonía de la cruz entre la sexta y novena hora, tuve una visión singular.

Veía a un joven Servita, no muy alto y más bien delgado, aunque no esquelético o de aspecto enfermizo. Me hacía acordar un poco al Padre Pennoni, pero no llevaba gafas ni tenía defectos físicos. ¿Habrá sido un sacerdote o era sólo un novicio? No lo sé. Lo veía de frente, llevaba el hábito, pero no la amplia capa. ¿Estaba muerto o estaba en éxtasis? No lo sé. Veía que estaba absorto, separado del suelo por un rayo vivísimo y algo oblicuo, que descendía de la Virgen María, del pecho de la Virgen María, que como una imagen gloriosa y vestida de blanco,

se presentaba desde lo alto de los cielos para llamar a sí a su siervo. La Virgen era completamente semejante a la Inmaculada de Sor María Catalina Labouré, pero tenía un solo rayo que partía de su pecho, a la altura del Corazón Inmaculado. Yo la veía de perfil y, por eso, no sé decir si se veía también su Sagrado Corazón. Veía, en cambio su gloriosa belleza y la potente luz del rayo de su Corazón del rayo que, desde lo alto, descendía sobre el Servita y parecía como aspirarle. En efecto, éste se eleva cerrando los ajos cada tanto y dirigiendo hacia María una mirada de indecible amor. Luego volvía a cerrar los ojos y en su rostro quedaba una sonrisa extática. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, con los dedos dirigidos hacia los hombros.

¿Era un religioso de estos tiempos? ¿O era un religioso de siglos pasados? No lo sé. ¿Hubo algún beato de esta Orden que fue devoto de modo particular al Corazón Inmaculado de María? ¿Quizás haya muerto en estos días un joven novicio o sacerdote perteneciente a esta Orden? No sé nada. Narro lo que vi. El lugar en que parecía desarrollarse la escena era, a mi parecer, una iglesia, precisamente la nave menor de la derecha, junto a una capilla, de la que veía solamente la abertura. En cambio, la Virgen parecía estar directamente sobre el altar mayor, pero muy en lo alto, en el Cielo.

10 de febrero de 1946

Nota.

Habiendo leído esta descripción del joven y desconocido Servita que ascendió a la gloria por obra de María Santísima, el Padre Migliorini me ha traído esta mañana un librito en cuya portada se ve el retrato de un joven Servita que reconozco enseguida por ser el que ya he visto. La única diferencia es que en la visión no llevaba gafas y su rostro era algo más delgado, pero no mucho.

Yo no sabía que había existido. Fray Venancio M. Quadri[1] ni que había muerto en concepto de santidad. Lo ignoraba completamente, hasta el punto que estaba indecisa entre considerar si había visto un éxtasis del beato Juan Ángel o si había muerto el Padre Pennoni y la Virgen quería hacerme comprender que la misericordia de su sagrado y materno Corazón junto con mis plegarias, le habían hecho absolver de todas sus culpas, por lo que la muerte había significado su ingreso en el Paraíso. En realidad, éstos fueron mis pensamientos tras la visión.

Me alegra saber quién es el beato. Y no vacilo en declarar que, así como lo he reconocido sea en el retrato de la portada, sea por la posición de los brazos y de la

[1] Se trata de un clérigo profeso perteneciente a la Orden de los Siervos de María (1918-1937).

cabeza ligeramente inclinada a la derecha en el dibujo de M. Barberis que está en la página 47 del libro, del mismo modo estoy convencida de que él está en la gloria, gozando de la visión de Dios Uno y Trino y de María Santísima, que me lo hizo ver primero envuelto en el rayo amoroso y purísimo que partía de su Sagrado Corazón y luego elevado al Cielo por Ella, la Madre hermosa y purísima…

Nuestro Señor me dice que transcriba mi acto de ofrenda, el himno de Jesús Crucificado y otras cosas espirituales que han preparado el estado actual. Obedezco, pero antes escribo estas breves notas.

El día de la Santísima Trinidad de 1925, yo había hecho solemnemente la ofrenda como víctima del Amor misericordioso. Pero luego, impulsada por una fuerza particular y por una premonición referida a los hechos mundiales (que luego se cumplió) que duró desde julio de 1930 hasta mayo de 1931, sentí la necesidad de aconsejar, sirviéndome de la publicación de la Acción Católica Femenina, una verdadera cruzada de almas víctimas para salvar el mundo. Pero esta propuesta, que yo sentía que me había aconsejado Dios, fue rechazada muy duramente el 17 de mayo de 1931. Se dijo que no había necesidad de tal cruzada porque tanto en Italia como en las demás naciones las relaciones entre la Iglesia y el Estado, así como entre un Estado y otro, estaban en perfecto orden. Dado que sólo 14 días después Dios desmintió, con una dolorosa prueba (la lucha contra la Acción Católica) el excesivo y fácil optimismo, decidí hacer por mi cuenta lo que los demás consideraban inútil hacer. Recordando estas palabras de Santa Teresita del Niño Jesús, me hacía temblar un poco la idea de ofrecerme a la Justicia: “Si os ofrecierais a la Justicia, tendríais qué temblar; si os ofrecierais al Amor misericordioso, no. El amor os tratará con misericordia”. Mientras estaba en estas dudas, llegó el día del Sagrado Corazón de Jesús, en junio de 1931. Durante la Misa cantada por las jóvenes del Círculo, inmediatamente después del Gloria, se me presentó la visión mental y la comprensión mental de todas las desgracias que nos han torturado en los últimos 10 años. Es una contemplación apocalíptica… Me coge una tremenda angustia y un llanto incontenible, hasta el punto que no veo nada más, nada más que el abismo en el que se está precipitando el mundo y la necesidad de colocar víctimas como puntales que sirven para impedir o, al menos, retardar la carrera del mundo hacia el precipicio. Al final de la Misa, tienen que transportarme fuera de la iglesia porque lloro tanto que no logro ver nada… Apenas llego a casa, escribo mi acto de ofrenda, que luego hice solemnemente en el día de la Preciosísima Sangre.- Helo aquí:

Acto de ofrenda como víctima a la Justicia y al Amor.

¡Oh, Dios mío, origen y fin de toda potencia, de toda sabiduría, de todo bien, Amor eterno y no creado! ¡Oh, Santísima Trinidad!, que seas bendecida ahora y siempre; que seas amada y adorada por los siglos de los siglos.

Aunque soy mísera y pecadora, desde el abismo de mi nulidad me atrevo a elevar mi corazón y mi vida, todo mi ser, hacia Ti, beata Trinidad, y a ofrecer esta nulidad mía como hostia de expiación y de amor por la venida de tu reino, por el florecer de tu paz, por la redención de las almas, de los que amo y conozco, de las que amo entre todas las demás por los lazos que me unen a ellas y así también de las que no conozco o que son hostiles hacia mí. Y lo hago para que este amor hacia Ti se difunda e invada toda la Tierra y para que el reino de Cristo se establezca en ella llevando a los hombres la paz, esa paz que proviene solamente de Ti; para que las almas se dirijan a Ti, fuente de agua viva que sacia todas las formas de sed y da la vida eterna.

¡Oh, Dios!, que este sacrificio que te ofrezco por intercesión de María Santísima y de San José, pueda seros grato aun en su pequeñez. Es todo lo que puedo darte y lo ofrezco con júbilo por la conversión de las almas, por la paz mundial, por la prosperidad, tranquilidad, paz y demás bienes de mi Patria, por el triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos, porque vuelvan a Dios esas naciones que en estos momentos son presa de Satanás y de los cismas, por la perfección del sacerdocio, por mi eterna salvación, la de mis padres y la de todas las almas que he amado, que están formadas en tu Ley y orientadas a Ti.

Si comparara el resplandor de tu potencia con mi miseria, quedaría anulada ante tanta omnipotencia; si comparara mi nulidad y mi culpa con tu Perfección, tendría que huir por no ser digna de estar ante Ti. Pero yo me fío de Ti, tal como a Ti te gusta, y me entrego por completo a Ti con mi pasado, mi presente, mi futuro, con mis culpas, con mis esfuerzos hacia el bien, con mis caídas, con mis inmensos deseos de amor hacia Ti y hacia las almas. Pienso que Tú eres Amor, Misericordia, Bondad. Pienso que eres el Padre, el Hermano, el Esposo de nuestras almas. Pienso que eres la Caridad hecha carne y que no niegas a nadie tu pecho amoroso. Por lo tanto, estoy segura de que te inclinarás piadosamente sobre esta pequeña esclava tuya para acoger su ofrenda, para oír su plegaria, para acceder a sus deseos.

¡Oh!, me quedaré a tus pies hasta que así lo quieras, esperando que tu sonrisa me diga que mi ofrenda te agrada y no me asustará la espera porque sé que es una prueba a la que me sometes para comprobar mi fe, ni tampoco me asustará mi nulidad porque la revestiré con los méritos de mi Dilecto, que vive en mí. Para

presentarte mi ruego, ¡oh, Eterno!, repito las palabras inefables de mi Verbo adorado, de mi Maestro y Redentor: "Padre, perdona a los hombres porque no saben lo que hacen; perdónales por los méritos de Cristo, de María, de los Mártires y Santos. *Y si para aplacar tu Justicia ofendida se necesitan nuevas hostias de expiación, heme aquí, ¡oh, Padre! Inmólame por la paz entre Dios y el hombre, entre el hombre y el hombre y por la venida de tu Reino".*

¡Oh, mi Dilecto!, tu corazón sangra porque está herido incesantemente por la marea de culpas que invade la Tierra y tu sed de amor aumenta día a día mientras la humanidad se aleja de Ti. ¡Oh!, tómame como hostia consoladora de tu amor infamado. Querría renovar esta ofrenda todas las veces que te hiere una culpa y que es proferida una nueva ofensa contra la Santísima Trinidad. Querría ser inocente y con más méritos para poder consolarte más. Querría que junto conmigo hubiera filas de almas listas para ofrecerse a tu amor. Pero soy pobre, estoy sola y también soy culpable. Pero no me desalienta mi incapacidad, ni mi miseria, ni mi soledad. Soy como te place y esto me basta y me alienta para ofrecerme a Ti. Tú has puesto en mi corazón esa sed de amor y de inmolación, que sigue creciendo, y esto me demuestra que Tú me quieres también a mí, que soy pobre y débil, que soy una nada que se pierde ante tu inmensidad.

Porque conozco muy bien mi pequeñez, te ruego que no me trates como esposa o hermana. Tú eres el Dueño del Cielo y de la Tierra, yo soy un átomo de polvo… Tú eres el Rey de los reyes, yo soy la última de tus súbditos. Pero, del mismo modo que en un palacio están las personas más íntimas del soberano y transcurren con él los días en afinidad afectiva, y también están los servidores, cuyo único deber es obedecer, así deseo que me consideres una servidora o menos aún, ¡oh, Dilecto mío! Quiero ser la esclava cuyo único fin *es servir con humildad y fidelidad* a su Señor. Quiero ser el ciego instrumento usado para lograr en la Tierra el triunfo del Amor misericordioso; quiero ser la humilde doncella que da todo su ser por la causa de su Rey; quiero ser la criatura que está en el polvo al pie de tu trono para cubrir con su pobre canto el blasfemo alarido de los pecadores para consolar con su fiel amor tu Corazón traspasado, para obtener para Ti muchas almas por medio de su oscuro sacrificio. ¡Oh dilecto Jesús!, Tú mismo has dicho que el amor más grande es el de quien da la vida por sus amigos. Pues bien, heme aquí, vengo, me ofrezco a Ti, mi único y perfecto Amigo, para que tu reino se establezca en la Tierra y en el corazón de los hombres.

También has dicho: <<Cuando haya ascendido, atraeré a todos hacia Mí>>. También yo, para imitarte, quiero ser alzada sobre la cruz del dolor, sobre tu Cruz

de salvación, que la mayor parte rehuye atemorizada; también yo quiero ser crucificada contigo y por Ti; quiero expiar por los que pecan; quiero obedecerte por los que se rebelan; quiero bendecirte por los que te maldicen; quiero amarte por los que te odian; quiero suplicarte por los que te olvidan; en una palabra, quiero vivir en un acto de amor perfecto, refiriéndolo todo a Ti, viéndote en todas las cosas, amándolo todo por Ti y en Ti, aceptando todo lo que proviene de Ti, ¡oh, mi Bien infinito!

¡Oh, mi Dilecto!, por la cruz que te pido, por la vida que te ofrezco, por el amor que anhelo, hazme víctima feliz de tu Amor misericordioso. Haz que yo viva en él y de él, que obre bajo su impulso, que cada uno de mis gestos, de mis palabras, de mis pensamientos y acciones, lleven el sello de ese amor tuyo. Que él sea mi escudo y mi purificación, mi júbilo y mi martirio; que sea una fusión cada vez más íntima contigo, hasta alcanzar la última fusión, en la que el alma libre vuele a unirse contigo para adorarte y amarte perfectamente por la bienaventurada eternidad.

Mis dos pequeñas Coronas para las 5 Llagas.

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

¡Oh, Jesús mío!, adoro la Santísima Llaga de tu mano derecha y te ruego, por el dolor que te dio, que me concedas el espíritu de caridad. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc…de tu mano izquierda y, por… te ruego que me concedas el espíritu de contrición. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc…del pie derecho y, por… te ruego que me concedas el espíritu de apostolado. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc…del pie izquierdo y, por… te ruego que me concedas el espíritu de sacrificio. Padrenuestro, Ave y Gloria.

Adoro la Santísima Llaga de tu costado y, por amor de ella, te ruego que aceptes mi ofrenda de víctima a la divina Justicia y a tu Amor misericordioso. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, por el dolor de tus carnes santas e inmaculadas, traspasadas por tu don de amar, te ruego que me concedas lo que te pido. Fortaléceme con la Sangre santa que vertieron tus llagas, purifícame con el agua brotada de tu corazón desgarrado, enciéndeme el alma con el resplandor de tus heridas divinas, has que los rayos de amor que parten de ellas se claven en mi corazón como dardos candentes e impriman la huella de tu Cuerpo traspasado, para que pueda convertirme en una crucificada por el amor. Por el amor de tus Santísimas Llagas,

otórgame una sed de Ti cada vez más ardiente, un ensimismamiento en Ti cada vez más profundo, una caridad cada vez más arrebatadora, que me lave y purifique de las culpas y me disponga para el Cielo.

Otra pequeña Corona para obtener resignación.

Adoramos, etc., etc.

¡Oh, Jesús mío!, adoro la santísima Llaga de la mano derecha y, por amor de ella, te ruego que me concedas el don de la resignación en los sufrimientos corporales. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío! Adoro etc., etc… de la mano izquierda y te ruego, por amor de ella, que me concedas el don de la resignación en las penas morales. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc… del pie derecho y, por… te ruego que me concedas el don de la resignación en los sufrimientos espirituales. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, ador, etc., etc… del pie izquierdo y, por… te ruego que me concedas el don de la resignación en los sufrimientos, en las amarguras, en los desalientos de las enfermedades, en las ofensas, en las traiciones, en los abandonos y en las crueldades de las criaturas. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc… de tu costado y, por… te pido que me concedas la resignación ante la muerte; es más, te pido la calma, la paz, el gozo en el morir. Te ruego: haz que yo expire en un ansia de amor por Ti.

¡Oh, mi adorado Señor, crucificado por mí, Mártir divino por amor nuestro!, te ruego que me des la gozosa voluntad de sufrir. Aumenta en mí el amor hacia Ti a medida que aumentas la pena. Si las llamas de la caridad logran invadir totalmente mi alma, será dulce para mí sufrir y morir por tu amor y por el amor de las criaturas.

Corazón de Jesús, sé siempre mi bien y mi amor.

¡Oh María, Madre mía!, cuando sobre mí ruge fragorosamente la tempestad y pesa más la cruz, dame la dulzura de tu sonrisa; cuando el alma sufre por la pasión, dame el consuelo de tus caricias; cuando la muerte me causa temor, dame tu regazo para refugiarme y tu corazón de Madre para confortar mi debilidad. ¡Oh, Madre mía!, a ti confío mi vida y mi agonía. ¡Que yo pueda morir entre tus brazos para despertarme en el Paraíso!

Piadoso patriarca San José, en el momento extremo, ven a mi encuentro para guiar mi alma en el último viaje, el de la salvación. Que tu mirada haga huir al

tentador infernal y que mi alma se refugie entre tus brazos, que fueron una cuna para el Salvador, y que desde ellos alce el vuelo hacia el Amor eterno. San José, sé mi escudo en la batalla final, para que yo muera en Cristo.

Ángel santo, que me has sido donado por la piedad de Dios, perdóname por el escaso amor que te he dado hasta hoy. Haz que, de aquí en adelante, yo te ame y te honre siempre y quédate siempre junto a mí, aún más en la hora de la muerte, para que el Maligno no pueda turbar la serenidad del tránsito, de modo que yo expire con cristiana fidelidad y sumisión a la Voluntad eterna. Ángel mío, en la muerte acompáñame a mi Jesús.

21-2-1934.

¡Oh, San Francisco de Asís, padre mío!, por ese amor con que Jesucristo te amó y con que tú me amaste, te ruego que me obtengas el sufrimiento y el amor que impetraste para ti mismo. No te pido la gloria visible de los estigmas, de los que no soy digna, sino la íntima coparticipación en las penas y el amor de Jesús y también en el tuyo, de modo que yo, imitándoos, muera de amor por Dios y por las almas.

11-3-1934.

Mi calendario místico.

14 de marzo de 1897. Nacimiento en la calle G. B. Vico, de Caserta.

24 de marzo (?). Bautismo en la iglesia de Santa Helena.

2 de octubre de 1901. En el Instituto de las Ursulinas de Milán, en la calle de Lanzone: mi primer encuentro con Jesús el Apasionado.

18 de marzo de 1904. Primera confesión en el Instituto de las Ursulinas.

30 de mayo de 1905. Confirmación en el Instituto de las Marcelinas, en la calle de Quadronno.

5 de octubre de 1908. Primera comunión en Casteggio, con las Hermanas de Nevers y consagración a la Virgen Inmaculada.

4 de marzo de 1909. Me matriculan en el Colegio Bianconi de las Hermanas de la Caridad de Santa María Niña y de la Capitanio.

1° de junio de 1910. Soy Hija de María.

11 de noviembre de 1912. Ejercicios memorables… Propongo este tema: “Sacrificio y deber en todas las cosas y en todos los tiempos” y me nace la vocación del dolor por amor.

11 de junio de 1916. Sueño de admonición. Jesús me dice: “No basta no cometer el mal. También es necesario no desear cometerlo” Esto refrena los desconciertos motivados por muchos dolores morales.

11 de febrero de 1922. San Francisco de Asís habla a mi corazón…

1° de enero de 1923. “Sitio” (¡tengo sed!). Dame almas para salvar para que te las entregue y toma todo lo demás…”.

1° De enero de 1924. Renuncia al mundo y a los afectos para alcanzar la salvación, mía y de muchos otros. Voto de castidad.

28 de enero de 1925. Santa Teresita del Niño Jesús…

Santísima Trinidad, 1925, Acto de ofrenda al Amor misericordioso.

4 de mayo de 1928. Esclavitud en María Santísima, según el Beato Grignon de Monfort.

21 de mayo de 1929. En Castelverde de Cremona. Primer tañido de la muerte y del dolor. ¡Viva el amor!

25 de junio de 1929. II° jubileo. Voto de castidad, de pobreza y de obediencia.

6 de noviembre de 1929. Postulante de la III^{era}. Orden Franciscana.

29 de diciembre de 1929. Acción Católica Femenina.

Viernes Santo de 1930. La agonía en la iglesia durante la función de las tres horas de agonía. Primer ataque de angina pectoris.

29 de junio de 1930. “Ecce Sponsa Christi! Veni!…” y así el amor acelera las lesiones cardiacas y me consume.

23 de noviembre de 1930. Toma del hábito de la Tercera Orden franciscana y renovación de los votos y ofrendas.

1° de julio de 1931. Acto de ofrenda como víctima a la divina Justicia y al Amor. Se trata de mi acto de ofrenda.

4 de enero de 1932. El ángel custodio y el síncope…

18 de diciembre de 1932. Al agravarse la enfermedad, empieza mi clausura.

7 de abril de 1933. Viernes de la Pasión. Para acelerar la inmolación, repito el acto de ofrenda con el patrocinio de la Santísima Madre Dolorosa.

Viernes Santo 1934. Adorando a Jesús Crucificado, ardiendo de amor pleno de compasión, ardiendo de deseo de inmolación, canto mi salmo en alabanzas del dolor y del amor (Véase más adelante).

1° de abril de 1934. Pascuas de Resurrección. Jesús resurge. Yo estoy clavada en el lecho… Mi corazón ha cedido tras el ardiente arrebato del viernes.

18 de abril de 1934. Siempre con el fin de acelerar el fuego devorador, renuevo el acto de ofrenda y uno al patrocinio de María el de San José, de quien hoy se celebra la fiesta del Patrocinio.

21 de abril de 1934. ¡Santifiquemos y usemos el dolor! Me convierto en patrocinadora de sufrimiento.

30 de junio de 1935. Muerte de mi padre… y, aun estando en la misma casa, Jesús me pide el sacrificio de no asistirle, de no saludarle, de no verle…

5 de octubre de 1938. Soy hermana de la Congregación de la Santísima María Niña, bajo cuyo patrocinio renuevo todas mis ofrendas.

9 de febrero de 1939. Suplico: "Señor, salva a esta pequeñita y haz que su mal se transfiera a mí, para que este padre no pierda la esperanza y la fe en Ti". Y, de este modo, me enfermo de pleuritis, mientras Ana María, cuya muerte se esperaba de un momento a otro, pues ya estaba agonizando, se salva milagrosamente. Hacía tres meses que estaba enferma; primero la atacó una pulmonía y tras varios abscesos pulmonares, se le formó gangrena, cuando tenía apenas 15 meses…

1° de abril de 1940. Comienza mi correspondencia con Giuseppe acerca de sus teorías, etc., etc.

4 de junio de 1941. Veo que la misteriosa puerta se abre dejando pasar un haz de luz; desde el interior, una Voz me dice que no desprecie a Giuseppe Belfanti, sino que, por el contrario, tenga para con él profunda caridad, porque puede que haya encontrado misericordia ante el divino Corazón por su búsqueda de Dios, aunque la haya practicado por caminos equivocados.

2 de marzo de 1943. Después de haberme hablado como si fuera una voz desconocida que me llegara en sueños o cuando estaba despierta, la Voz se hacer reconocer como la de Jesús y, acompañando las palabras con el gesto de sus manos que me estrechan contra su pecho, me dice con claridad: "Pero te quedo Yo…"

23 de abril de 1943. Viernes Santo. El primer dictado.

4 de octubre de 1943. Muere mamá… y, a pesar de estar a poco metros de distancia la una de la otra, como en el caso de la muerte de mi padre, se me niega la posibilidad de asistirla, de saludarla, de verla…

Diciembre de 1943. Las visiones.

Del 25 al 31 de marzo de 1944. Toma del hábito y Profesión en la Tercera Orden de losa Siervos de María.

Del 10 de abril al 9 de mayo de 1944. ¡Suena la hora del Getsemaní, la hora entre la sexta y la novena. Es la atrocidad del sufrimiento que el Cielo no consuela. Es la hora del infierno…

9 de mayo de 1944. Vuelve la Palabra. El sufrimiento es atroz, pero me ayuda Jesús, mi Cireneo.

4 de julio de 1944. La tentación. Satanás intenta explotar la ofensa que recibí de parte de los beneficiados, tentándome violentamente para que les maldiga simulando la "Voz". Fue una lucha muy dura, que superé por el amor de Dios.

15 de julio de 1944. Se difunde la paz para consolarme de la crueldad de los hombres y de las violencias tentadoras de Satanás.

11 de agosto de 1944. La promesa. Contrariando las palabras de los hombres pesimistas, la Voz dice: "Dentro de pocos días seréis liberados" Y, en efecto, el 3 de septiembre somos librados y logro comprobar cada vez más el egoísmo humano y cada vez más me estrecho a Dios para poder perdonar… perdonar… perdonar para obtener un alma para Dios.

16-17 de octubre de 1944. Tras 4 años y 6 meses de lucha. Giuseppe se convierte, abandona la herejía, se libera del espiritismo. (Véase más adelante).

10 de noviembre de 1944. ¡Vivo en absoluto abandono en este exilio. Sólo está Dios y el perdonar… perdonar para terminar de convertir…

24 de diciembre de 1944. Vuelvo a casa. Consagro la casa también a la Virgen de Fátima, tras haberla consagrado al Sagrado Corazón de Jesús y a San José.

5 de octubre de 1945. La Extremaunción. Ofrezco la penitencia de la muerte por la vida espiritual de Giuseppe, que en estos meses no ha progresado mucho por lo que se refiere al alma y que como pariente, ha obrado mal. Mas he perdonado siempre para alcanzar el fin, siempre he ofrecido para este fin los sufrimientos provocados por su conducta…

21 de noviembre de 1945. Primera Confesión y primera Comunión de Giuseppe a los 65 años. ¡Gracias Señor!

Y también podría anotar las fechas, igualmente místicas, de los latigazos (entre el 10 y el 20 de noviembre de 1944) del cáliz de la Sangre divina (alrededor de las Pascuas de 1945, del cáliz del Getsemaní (octubre o noviembre de 1945), pero no tengo ganas ni fuerzas para buscar las fechas exactas.

Este es hasta hoy mi calendario místico.

A continuación de la fecha 16-17 de octubre, adjunto aquí la copia de lo que Giuseppe escribió al pie del "dictado" dirigido a él. Dicho dictado se lo entregué al Padre Migliorini junto con otras hojas referidas a Giuseppe y a los fenómenos relativos a los médium.

Con fecha 23-10-44, Giuseppe escribió: "Leo el mensaje que en su infinita bondad el Maestro ha querido enviarme. Estoy conmovido y contento por este inmenso bien, que ha mitigado el dolor experimentado en estos días al saber que mi empresa ha sido destruida por completo, que han destruido o robado todos mis bienes terrenos y, que por eso, tras tantos años de laboriosidad que me llevaron al bienestar, me veo ahora en la miseria. A este bien terreno que he perdido, se opone un bien mucho más grande: el de haber sido perdonado por el Maestro. Por lo que se refiere a lo que el Maestro dice en su mensaje, ésa es la pura verdad. Yo estaba en contacto con un amigo que creía ser, en buena fe, un 'portavoz del Maestro'. Tenía también otro amigo, que estaba poseído completamente por la Bestia, pues *sostenía y creía firmemente* que un día muy cercano iba a convertirse nada menos que en "un mandatario de Jesús en la Tierra'. Pero a ése yo ya le había comprendido. Varias veces expresé a María mi fuerte deseo de conocer la verdad en cuanto al presunto 'portavoz' de Reggio Calabria y no esperaba recibir tanta bondad de parte del Maestro, que me ilumina acerca de mi buena fe y me demuestra claramente que yo estaba siguiendo un camino errado. ¡Gloria y gracias a Él y que su Nombre sea siempre bendito". Firmado: Giuseppe Belfanti.

Himno al amor y al dolor.

Viernes Santo de 1934.

Él es el Hombre de los dolores, el Predilecto de mi corazón. Para asemejar a Dios, también yo debo sufrir.

Por lo tanto, venid a mí, a mí, ¡oh amadas espinas, oh dulces clavos! Fustigadme, fustigadme, pues la esposa quiere adornarse con las joyas de su Rey.

Mira qué lánguida es su mirada, qué abrasada su boca, mientras ruega en la cruz por la perversa humanidad.

Corazón mío, ¿oyes la "Voz", que murmura entre sollozos las palabras de amor?

¡Cuán grande es su dolor! Él muere por nosotros y perdona y promete el Paraíso e, inclinando el dulce rostro, dice <<¡Sitio! (¡Tengo sed!)" y espera nuestra piedad.

<<¿Qué puedo darles a tus labios benditos, a tu corazón dolorido, para calmar la extrema congoja? ¿Con qué bálsamo puedo aliviar tu pecho, oh Redentor?>>.

<<Puedes hacerlo con tu fiel afecto y con tu generoso sufrimiento>>.

¡Oh, venid a mí, a mí, dulces espinas y amados clavos! ¡Ceñidme, fustigadme, clavadme al duro madero! Que la cabeza de mi Rey se pose sobre mi pecho, sobre mi corazón. Quiero secar su llanto, refrescar su fiebre, confortar su agonía con mi afecto, con mi amor.

¡Bendito sea el dolor que me hace igual a Ti!

¡Bendita se tu cruz que me eleva hasta el Cielo!

¡Bendito sea el amor que le da alas a mi sufrimiento!

¡Bendito sea aquel día en el que tu mirada me ha hechizado, y más bienaventurado aún sea el momento en que me ha consagrado a Ti, mas, oh Redentor, es seráfico el tormento que me une a la cruz, al dolor, para tu gloria, oh Dios!

¡Oh, venid a mí, a mí, dulces espinas, amados clavos! ¡Adornadme y esculpid en mí los rasgos de mi Rey!

¡Ven, ven, duro madero de cruz, teñido de púrpura! ¡Aquí abajo, sólo a ti buscaré como sostén!

El Redentor me espera allí arriba, en el Cielo, en medio de fulgentes destellos, no ya lánguido y gimiente, sino resplandeciente por la eternidad.

Un día volaré hacia Él, adornada con la Cruz, consumada por su amor, con la cabeza ceñida por sus espinas.

Y Él, en medio de seráficos fulgores y de ángeles que alaban al Señor, mudará los tormentos y dolores en cuantiosas piedras preciosas.

¡Bendito sea el dolor, bendita sea la cruz, bendito sea el amor que se cumplirá en el Cielo!

11 de febrero de 1946

A las mozuelas de Narni y también a Emma y a Pía[1].

Dice Jesús:

<< "El que, con la mano en el arado, se vuelve a mirar el pasado y las posibilidades del pasado, o que mira a uno y otro lado y se detiene a meditar sobre lo que en ellos puede ser estimulante, no es apto para el Reino de Dios". También se ha dicho: "El que desee construir una torre y no calcule antes los gastos y las dificultades que encontrará para llevarla a cabo, soportará las burlas de los demás y tendrá qué abandonar la tarea de inmediato". También se ha dicho:

[1] Debe tratarse de Emma Federici y de jóvenes compañeras de ella.

“Buena es la sal, mas si pierde su sabor ¿para qué servirá? No servirá para nada, la arrojarán afuera y la pisotearán”. Podría continuar aún con mis palabras antiguas para recordaros que no es este el modo con el que se responde al amor de Dios.

Os recuerdo el espléndido elogio que fue hecho por mí al Bautista: “¿Qué fuisteis a ver en un desierto; acaso una caña agitada por los vientos?” y se comprende que no se trataba de una caña inútil y aturdida; por el contrario, se comprende que habían ido a ver al que era más que un hombre, más que un profeta. Al que era un “ángel”. El ángel que, por haber servido firmemente al Señor desde el nacimiento hasta la muerte, mereció preparar las vías al Señor. En verdad, en verdad parece que habéis construido vuestra casa sobre la arena y no sobre la roca. No me habéis amado por Mí, en Mí. No me habéis dicho “si” por amor, sino por ligereza y cálculo. Y el viento de las contrariedades, que aviva a los que son verdaderas llamas, en cambio os enfría.

¿Queréis merecer que os diga: “Yo no os conozco” cuando vengáis a mi presencia? ¿Queréis que se os apliquen las palabras del Apocalipsis: “Conozco tus obras y sé que tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Vigila y reanima lo que te queda y que está a punto de morir… Recuerda lo que recibiste: mi elección, el nombre de ‘esposa de Cristo’, que borra toda la ignominia, recuerda lo que oíste: la llama de mi amor que te decía: ‘Ven’, cúmplelo y haz penitencia”? ¿Y aún estas otras: “Puesto que eres tibio, que no eres ni frío ni caliente, empezaré a vomitarte de mi boca”?

¡Oh!, en verdad Yo estoy ante la puerta de vuestros corazones y golpeo y digo: “¡Ábreme, oh hermana, oh esposa mía!”. Mas vosotros cerráis la puertecilla que da a la abrupta senda por la que llega el Amador para haceros recorrer “su” camino y conduciros al Cielo y abrís, en cambio, la puerta ancha que da a los cómodos y atrayentes senderos del mundo, en los que hay sólo apariencias de gozo pues, detrás de ellas, existe la realidad de una inquietud, de penas, de burlas, de condenas, también la mía, que llegará por último, cuando os diga: “Yo no os conozco”. Y podría hablaros de este modo sólo por caridad pues, si no la tuviera, tendría que decirlos: “¡Alejaos de Mí, oh vosotros que me habéis traicionado y despreciado!”.

Despertaos, obrad, sed santas. No me agrada vuestra conducta. No tenéis caridad ni para con Jesús ni para con vuestra madre. La habéis crucificado y ahora la confirmáis en la cruz sin piedad, sin franquearos con ella, olvidando lo que le costáis, demostrando ingratitud por lo que sufre y sufrirá por vosotras. Mas cada santo tiene sus enemigos y los que más le demuestran su enemistad son los más

amados entre ellos. Pues bien, al menos sed sinceras, sed decididas en vuestro obrar. Os digo lo que le dije a Judas Iscariote: "Lo que quieras hacer, hazlo pronto". Eso os digo.

Y a ti, a ti que estás sufriendo, te estrecho contra mi Corazón. Aunque todo el mundo te falte, Yo no te faltaré. ¡Oh, esposa mía, coronada con mi espinosa corona! Yo no te condenaré. Aunque hayas errado como criatura, tu sufrimiento actual te absuelve por completo. Y ten la seguridad de que mi paz será el torrente de gozo que te embriagará cuando el dolor ser haya acabado.

¡Oh, Pía!, también a ti, que estás espiando y que quizás tiembles por haber merecido mi desprecio, te digo: "Yo soy el Pastor bueno". El sufrimiento es expiación y Dios lo envía a los que ama y que quiere ver perdonados en la hora de la muerte.

Vosotras dos quedaos con mi paz. Con mi paz…>>.

11 de febrero de 1946, Nuestra Señora de Lourdes.

14 de febrero de 1946

Viene el médico, ha sido llamado para comprobar el continuo empeoramiento de mis numerosos achaques: los edemas que van extendiéndose, las complicaciones fundamentales de mi pleuritis, etc. Mientras me visita y habla o, mejor dicho, mientras habla después de haberme visitado, y se muestra afable y deseoso de dar un poco de alivio a una enferma, despertando su interés por una u otra cosa, la voz espiritual de Azarías me dice:

<<Este es uno de tus testigos. El testimonio de un médico tiene un gran valor en el caso de las comprobaciones futuras sobre una criatura de Dios y, especialmente, para las criaturas que son "portavoces", como lo eres tú. Sólo el médico de cabecera puede decir si el individuo es un enfermo o un seudo enfermo, si es equilibrado o si padece de psicosis simulatorias que pueden explicar adecuadamente ciertos fenómenos. Recordad el valor de los testimonios médicos con relación a las criaturas predilectas por Dios. Recordad a Fernanda Lorenzoni[1], cuyos médicos conocían y respetaban los secretos de Dios albergados en ella. Además, el hombre que tienes delante de ti es un espíritu bueno. Por lo tanto, no le descuides. Tú habla, pide el certificado y *llega hasta el punto de solicitarle un certificado de tu resignación y de la resistencia de tu cuerpo enfermo, que no se puede explicar desde el punto de vista humano. Que luego el Padre diga claramente lo demás para obtener un certificado útil.* El médico debe

[1] Terciaria de la Dolorosa (1906-1930)) ya citada el 16 de marzo de 1944.

observar el secreto profesional como el sacerdocio. Entonces, ¿por qué manifestar tantos escrúpulos con él si el hecho ya es público, para más con versiones no siempre honestas y caritativas? ¿Dudas del hombre? Dentro de poco, él mismo te quitará esa duda. Habla, como te he dicho, para gloria de Dios>>.

Entonces le dije: <<Doctor, ahora que me ha visitado varias veces y que ha visto las diversas fases de mi enfermedad y mis agravamientos, haga ese certificado que quiere el Padre Migliorini>>.

<<A propósito, explíqueme un poco, con claridad, para qué sirve y qué tengo qué decir, en qué sentido tengo qué hacerlo. Porque soy muy correcto y, si se trata de un diagnóstico clínico, quiero hacerlo de un modo muy detallado y preciso, referido a todos los órganos, con exámenes radiológicos, etc., etc. Pero si se trata de un juicio sobre la gravedad de los sufrimientos, puedo hacerlo de otra manera>>.

<<Se trata de darle al Padre un certificado para adjuntarlo a la memoria que, tras mi muerte, se escribirá acerca de mi caso, como de costumbre hacen los sacerdotes en el caso de una criatura que ha sufrido una larga enfermedad que, por el modo en que se desarrolla y es soportada, lleva a pensar en la existencia ya sea de fuerzas espirituales que desean dicha enfermedad y también la larga duración de la misma, ya sea de fuerzas espirituales presentes en el enfermo por un espíritu de profunda religión. Lo único que quiere saber el Padre es si yo, considerando el caso desde un punto de vista humano, puedo estar viva a pesar de todo lo que padezco desde hace años, si se comprueba en mí un innegable sufrimiento, si se puede pensar en hechos reales o fruto de sugestión, etc., etc.>>.

<<Pero entonces se lo hago con mucho gusto. Ya desde ahora digo que, en verdad, a quien contempla el caso con fe no pasa desapercibido que hay en el mismo hechos sobrenaturales. Si todo se hubiera desarrollado humanamente, ya desde hace tiempo no tendría qué haberse hablado de Ud. Pero ya comprobar con qué paciencia y resignación Ud. soporta todo esto, y lo soporta desde hace tanto tiempo, hace intuir en Ud. una viva fuente ultraterrena. O no cree o no cree. Pero, si uno cree, y yo creo, ¿por qué debe negar lo sobrenatural? Algunos días atrás hice dos certificados para atestiguar un milagro por obra de la fundadora de las Hermanas del Hospital. Me los pidió una de las hermanas de sala y se los hice con mucho placer. A la verdad, no se podía sostener que la cura se había obtenido por obra de la medicina; la hermana afirmaba que había puesto la imagen de la fundadora bajo la cabecera del enfermo moribundo y éste se había sanado. ¿Por qué se había de negar el reconocimiento de la monja, muerta en concepto de santidad? Pero querría saber las cosas con precisión para orientarme bien>>.

Yo no le precisé “las cosas” porque para mí es fastidioso hacerlo y, además, Azarías no me lo había dicho. Pero supongo que el doctor, que mantiene tan buenas relación es con las hermanas del Hospital, no ignora del todo la cuestión de los dictados, etc., etc., aunque sólo vislumbrara algo. Por eso creo que es útil que Ud. exponga los hechos claramente al doctor. Entre otras cosas, ya es la segunda vez que él me sorprende mientras estoy escribiendo, o sea, mientras me rebelo a su consejo de no escribir. Por mi parte, tampoco puedo decirle: <<Le desobedezco porque, como portavoz, le obedezco a Dios>>. ¿No le parece?

No hay nada indecoroso en lo que debe decírsele al médico en cuanto a mi caso. Y si el Obispo no ha vacilado en mandar a Dora al médico para demolerla, creo que es lícito ser explícitos con mi médico de cabecera para añadir una nota científica, pero de persona creyente, que refuerce los otros testimonios sobre mi caso proporcionados por los demás testigos y que, en su totalidad, son testimonios de carácter espiritual o afectivo. No espere a que yo haya muerto para hacerlo. No espere siempre. El tiempo y los hechos son veloces y cambian. Luego es inútil lamentarse y suspirar…

15 de febrero de 1946

Ante mi íntimo razonamiento sobre el motivo por el cual ahora el Señor, más que permitirme, me impulsa a recibir personas y a no ocultar quien soy –esto me atemoriza porque tengo miedo que sea un engaño diabólico-, Él me responde de este modo:

<<Obedece y no temas. No sufrirás mayor daño que el que has recibido hasta ahora permaneciendo oculta. Y, por lo menos, el daño que hacen los que no saben entender dónde se encuentra Dios, será neutralizado por lo que comprobarán y dirán los espíritus rectos.

Usemos las astucias del mundo para combatir el mundo. Usemos las que ha enseñado el maestro al mundo… Yo he dicho: “Sed sencillos como las palomas y astutos como las serpientes”[1]. Satanás convierte a sus alumnos en serpientes astutas y ellos adoptan actitudes clamorosas, aptas para seducir el recargado corazón de los hombres del mundo, mientras los espíritus rectos, que rehúyen estas exhibiciones porque el alma siente que no son sinceras, no saben adónde ir para encontrar lo que advierten que es necesario para ellos y esto sucede únicamente porque en el 90% de los casos las verdaderas “voces” están ocultas y segregadas.

[1] Mateo 10, 16.

Basta; por lo que a ti se refiere, basta. Que al menos los inciertos puedan comparar y elegir. Y cada uno elegirá según lo que merece, porque los que buscan verdaderamente a Dios irán en una dirección, y los que buscan a Dios impuramente en otra. Son buscadores impuros los que de la amistad con una "voz" o "instrumento", esperan deleite o provecho humano. Les aborrezco, porque no suscito mis voces y mis instrumentos para tales casos. No soy un histrión. Ni tampoco lo son mis voces. No soy un charlatán, un mimo. Pero no los son tampoco ellas. No soy un oráculo para tonterías y ellas tampoco lo son. No soy entretenimiento. Ni tampoco ellas lo son. Y deben ser respetadas. Mas cuando se intenta socavarlas con artes humanas y con artes diabólicas, desvirtuarlas, calumniarlas, como si fueran enfermas, para no decir locas y farsantes, entonces Yo digo: "Basta con el silencio y con los escondites! ¡Sal fuera y hazte conocer por los mejores!".

No hay incongruencia en mi conducta, sino justicia alta y previsora. Y hay también conciencia y conocimiento del tiempo. La desembocadura se avecina… Que el río que Yo nutro sea conocido antes de desaparecer en el mar sobrenatural. ¡Que mi paz sea contigo, oh martirizado Juan! Ya sabes, pequeño Juan, que el "gran Juan" vio la Jerusalén celeste y las glorias del Cordero y los misterios del tiempo último después del martirio[2]. El martirio reduce el velo de la carne, es la saliva de Dios en los sentidos aún humanos. Después, la visión se hace cada vez más nítida, porque debe preparar a la "posesión" de Dios. Y así será. Y si hay quien no cree, quien no puede creer, su incredulidad es el bloque del que se cogen las piedras para lapidar al "negador", al "blasfemo", al "prepotente" que querría limitar a Dios negándole el poder de hacer de una nada un instrumento suyo, negándole el poder de hacer milagros.

Adiós, pequeño Juan de los martirios. Dios bendice tu camino hora tras hora, tormento tras tormento>>.

[2] Apocalipsis 21-22

17 de febrero de 1946

A altas horas de la noche, mientras pienso, Jesús me dice:

<<Tal como te dije[1], has transcrito tus plegarias de amor, tus pasos en la vía de la Cruz. Ellos tienen más valor que las visiones y los dictados. Éstos son una "escuela" y tú no eres una colegiala. Aquellos son una "prueba de examen" de lo que tú eres. Ya sabes que no puede decirse que uno es instruido sino cuando demuestra con las debidas pruebas que lo es. ¿Acaso puede llamarse instruido el que está en el banco escolar y escucha distraídamente y sin voluntad alguna' no, no se le puede llamara así. Mas cuando uno, al terminar la escuela, en lugar de escuchar al maestro, da la prueba de lo que encierra en sí y habla de la sabiduría adquirida, entonces puede decirse: "Estas son las ideas del escolar". Y, por lo tanto, se le aprueba dándole la certificación que le abre las puertas del empleo y de las ganancias.

Y a ti, las puertas de la ganancia celestial, la posesión de Dios, te serán abiertas no porque eres un "portavoz", sino porque eres la víctima voluntaria, porque has escrito con la palabra del espíritu, con la palabra del amor, "esas" palabras que fijaron en el papel lo que ya hacía tu espíritu. Sólo esto tendrá valor para juzgarte en la Tierra y en el Cielo. Y sólo esto explicará el porqué Yo te he hecho "portavoz". Lo he hecho porque has demostrado buena voluntad e intenso amor.

Quédate en paz, con mi bendición>>.

[1] 10 de febrero de 1946.

20 de febrero de 1946

A las 9 de la mañana.

El arcángel Rafael y Tobías[1].

En el momento de la Comunión, se me aparece sólo, el arcángel Rafael con su dulce belleza y, de inmediato, me envuelve el sereno gozo que comunica el "buen compañero". Se queda conmigo hasta las 14 y 30, sin mostrar más gestos que su sonrisa y un ligero movimiento de aprobación con la cabeza, como si quisiera decirme, sin hablar, que algo que estoy haciendo está bien hecho. No me explico qué puede ser, pues estoy escribiendo a los Belfanti una normal carta familiar.

Por fin, ante mi último pedido: <<Vamos, dime qué quieres, por qué me miras y sonríes y callas>>, comienza a hablar: <<Has obedecido enseguida y has hecho bien. Compórtate siempre de ese modo. Me has ayudado y le he pedido a mi Señor que me deje llevarte conmigo para hacerte repetir el viaje de Tobías, al menos en los puntos que son mis predilectos. ¡Te gusta tanto ver! ¡Y te gusta tanto lo que es hermoso! Las orillas del Tigris, que atravesaba los campos asirios, eran bellísimas. Ven conmigo>>.

Voy con él. ¡Oh!, no atemoriza. Pongo mi mano febril en su mano fuerte y fresca y voy, mirando cada tanto al "buen compañero", que sonríe con inmensa dulzura mientras me muestra la belleza de la naturaleza que nos rodea. Una llanura verde y fertilísima se extiende a nuestro alrededor hasta donde puede alcanzar la vista. Me parece que es primavera, a juzgar por el estado de los pastos, a no ser que aquí siembren dos veces. He aquí el ancho río, ¡oh, mucho más ancho que el Jordán!, y mucho más caudaloso; sus aguas van majestuosamente hacia el lejano mar. Es un bellísimo país que descansa la vista y que trae paz al corazón. Rafael me mira y sonríe diciendo: <<Mira, mira bien. Míralo todo, no sólo a mí. Aquí soy Azarías, el compañero>>. Quitando los ojos con esfuerzo del rostro radiante del arcángel, me convierto en espectadora…

El arcángel, bajo el aspecto de un hombre común, va hablando con Tobías, que escucha con respeto y obedece cada uno de sus gestos. Azarías aconseja que hagamos un alto y Tobías obedece sin replicar. Azarías le aconseja al joven que se dé un baño en el río para refrescarse y Tobías obedece solícitamente. Mientras se baña en el río, las aguas hasta entonces calmas se encrespan y emerge un pez, tan grande como el joven, que intenta alcanzar el cuerpo desnudo de Tobías para morderlo, quizás para llevárselo al fondo consigo y devorarlo. Parece un enorme lucio o un grueso salmón o un esturión, con una boca considerable dotada de tres

[1] Tobías 6.

filas de aguzados dientes, con el dorso oscuro y el vientre blanco que, al deslizarse, reluce bajo el velo del agua.

Tobías ve que está muy cerca de él y que le cierra el paso, pues se interpone entre él y la orilla; entonces, aterrorizado, grita: <<¡Oh, mi Señor!, ¡un monstruo me está atacando!>>. Azarías que está sentado en la orilla herbosa, se levanta de golpe y grita: <<¡No temas! Ponte a sus espaldas y cógelo por las branquias y tráelo hacia ti. ¡Hazlo ahora que se ha girado!>>. En efecto, al oír otra voz y el rumor de los ramos del sauce agitados por Azarías, que acaba de quitarse los zapatos y desciende hacia el río dispuesto a ayudar sin dilaciones a su compañero, el animalazo se vuelve revoloteando los ojos redondos, crueles e impenetrables, ojos fríos de pez. Tobías lo aferra por las branquias y lo tira hacia sí resistiendo a los colazos y las sacudidas con las que el pez intenta liberarse. Tobías camina hacia atrás y tira, tira hundiendo los pies en el fondo gredoso[2] cada vez más bajo, donde ya se descubren las primeras hierbas acuáticas, en el fondo que ya se convierte en cieno resbaladizo. ¡Qué esfuerzo debe hacer en el último tramo del recorrido!

El pez hace esfuerzos gigantescos para liberarse, para salvarse y el joven hace esfuerzos igualmente gigantescos para retenerlo. ¡Tobías está a punto de perder las fuerzas! Su mano cansada resbala sobre la branquia izquierda, el pie resbala en el fango. El pez intuye el cansancio del que lo ha capturado y da un colazo tan desesperado que Tobías pierde el equilibrio y cae intentando aún aferrar el pez y éste, aunque está casi fuera del agua, sigue haciendo esfuerzos prodigiosos para completar su victoria. Pero Azarías lo agarra por la cola y lo retiene hasta que Tobías se levanta, lo vuelve a aferrar y lo arrastra, ahora seguro de sí, hacia la arena que ya no es fangosa y donde el pie, por lo tanto, puede afirmarse y resistir. El pez boquea, se estremece… muere.

<<Toma el cuchillo y destrípalo. Quítale el corazón, el hígado y la hiel y consérvalos en ese pequeño odre. Siempre encontraremos agua de beber sin necesidad de llevarla con nosotros. El corazón, el hígado y la hiel son útiles porque son grandes remedios. Te diré cómo se usan. Y ahora cozamos el pez. Nos será viático en nuestro camino>>. Preparan algo de fuego con las ramas secas y asan la pulpa del pez cortada en gruesas tajadas, que los dos comen con buen apetito, y luego ponen en las alforjas lo que sobra, separando las tajadas con anchas hojas espolvoreadas con sal.

[2] **Greda** = Arcilla arenosa, por lo común de color blanco azulado, usada principalmente para desengrasar los paños y quitar manchas.

Como buenos amigos retoman el camino y Azarías le explica y enseña muchas cosas; entre ellas, una que responde a la pregunta de Tobías sobre el empleo de las entrañas del pez y a la que corresponde la explicación que se encuentra en la Biblia[3].

<<¿De verdad?>>, pregunta Tobías sorprendido. <<¡Oh, si fuera así se podría devolver al padre la vista que ha perdido!>>.

Azarías le provoca para poner a prueba el espíritu de su compañero: <<Es así. Pero antes podrías obtener otros dones: riquezas, amores…>>.

<<¡Oh no, no! ¡Lo del padre me apremia! Yo… estoy bien siempre. Hagamos de prisa lo que tenemos qué hacer pues, si antes tenía ganas de regresar, ahora mi deseo es mucho más fuerte porque no sólo es por la alegría del abrazo paterno, sino porque me espera el júbilo de volver a dar luz a los ojos sin luz de mi padre>>.

Azarías le tienta: <<Mozuelo, crees en lo que te digo sin probarlo. ¿Y si no fuera verdad lo que te digo?>>.

<<¡Oh, no! Tu rostro es diáfano y sereno. Hablas con el gran sosiego de Dios. Sólo un santo puede ser como eres y los santos no mienten. Tengo fe en ti>>.

A los labios de Azarías asoma una luminosa sonrisa.

Tobías pregunta: <<¿Dónde nos hospedaremos?>>.

Y el arcángel le habla de Sara de Ragüel del modo en que habla de ella la Biblia[4]… con los consejos para casarse con ella y liberarla de todos los demonios, sin temor. Veo el ingreso en la casa de Ragüel, el reconocimiento y las bodas de la viuda-virgen con el buen Tobías. Dulce, dulcísima es la noche, o mejor, las noches nupciales, después que el demonio ha sido vencido y relegado a otro lugar, cuando los esposos vírgenes rezan y se unen a Dios antes de convertirse en una sola carne… Y con esta dulzura termina la visión y me encuentro de nuevo con Rafael que dice:

<<Tobías tuvo más de lo que deseaba porque fue obediente y fiel. Mas yo soy el que sana y enseña a sanar las insidias satánicas. Por eso me han propuesto para curar esa alma atormentada hasta lo indecible por un demonio que la odia; esa alma que tiene tanta necesidad de ayuda para librarse del enemigo que la persigue. Mas duele mucho no encontrar en ella una perfecta sumisión, semejante a la del joven Tobías. Tobías venció porque fue dócil y obediente, le fue grato a Dios, cuya bondad celebró con espíritu sincero y humilde. Porque *es bueno tener escondido el secreto del rey y no pavonearse de él, pero mucho mejor es publicar*

[3] Tobías 6, 7-9.
[4] Tobías 6, 10-18.

las obras de Dios, no con palabras sino con la santidad manifiesta cada vez más y no contaminada por las miserias humanas. La tentación es una prueba, no una condena, si se sabe resistir a ella. Después seremos bien acogidos por el Señor. *Mas se debe velar y perseverar en todo hasta la hora extrema y hay que hacerlo con perspicaz cautela.*

En cuanto a ti, no tengas miedo, porque si he estado contigo, si lo estoy, es porque Dios me manda a traerte la paz y la luz de los cielos. Ahora vuelvo a donde el Señor me manda; que la paz que te deseo sea siempre contigo>>.

El párrafo que he señalado con rojo, lo tuve qué abreviar porque vino el abogado y yo estaba entre dos fuegos y, por lo tanto, no podía entender a ese hombre ni podía recordar al pie de la letra lo que decía el arcángel para ilustrar las operaciones de obediencia y de plegaria a fin de vencer a Satanás, presente en las enfermedades, en las insidias, en las desventuras, para turbar y llevar a la desesperación, y presente en las circunstancias de gracias extraordinarias, con el propósito de desencadenar orgullos y complacencias que turbarían el corazón y alejarían de Dios. Lo recuerdo todo, pero lo diría con palabras mías. Por eso, conservo la esencia y dejo el resto. Recuerdo la frase: <<Si te hubiera complacido, te habría abandonado. Te he protegido hasta el final., porque has sido humilde>>. Las demás frases… se me fueron de la mente. Y sufro mucho cuando me pasa eso…

También recuerdo muy claramente que, al comenzar su reflexión final, el arcángel me ha dicho: <<Esta visión es para ti, es toda para ti. Que no sea comunicada a Dora, porque el Señor así lo quiere. Ella debe ignorar lo que ves. Si lo merece, lo verá. Mas no debe tener tramas ya marcadas para tejer sobre ellas su hilo. A cada uno lo suyo>>. Por lo que a mí respecta, no tendrá más nada y quiera Dios que no haya quien se lo dé, desobedeciendo más o menos conscientemente la prudencia y la orden de Dios.

Son las 0:15 horas y me gustaría quedarme quieta, descansando. Pero viene Azarías, mi ángel. Hay que coger el trozo de papel que está más a mano y escribir como puedo, empeñándome a copiarlo en el cuaderno por la mañana. Es lo que estoy haciendo ahora.

Dice Azarías:

<<Dile esto al Padre. Que le diga a Dora que *no repitan nunca más y por ningún motivo* un subterfugio como el que ha usado recientemente. Que deje que estas cosas las hagan los desgraciados y que ella sea sincera, si quiere recibir la

Verdad. Esa malicia y esa desobediencia al Obispo, cabeza de la diócesis, le han provocado máximo disgusto al Santísimo Señor Jesucristo. Si Dora sabe que, por espontánea voluntad, no hace nada malo, ¿por qué teme que se haga luz? El Obispo tenía derecho de indagar y ella tenía el deber de obedecer. Entonces, ¿por qué no obedeció simplemente, sin buscar detalles o añadidos para ocultar la verdad?, ¿por qué mintió? No hacía falta decir muchas cosas. Era suficiente decir: "Venga a visitarme porque lo necesito" y habría obtenido un certificado mejor desde el punto de vista humano y sobrenatural y, sobre todo, no habría disgustado al Señor con la mentira y la malicia.

No está bien. El intelecto se emplea y se le hace trabajar para la justicia, no para el mal. El desasosiego que la ha cogido en estos días se debe a su error. Satanás se aprovecha de él y ríe. Y, al no poder convivir donde hay hedor de Mentira, la Verdad se aleja. El que ha sido llamado a entablar amistades especiales, debe ser un espejo terso, sin el más leve ofuscamiento voluntario.

Esto es lo que el Padre debe hacer saber. Y no debe ir, sino enviar. Esto es todo. Digamos juntos el Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y luego reposa en paz>>.

23 de febrero de 1946

A las 10 y 30.

Hace 20 minutos que el Padre se ha ido… voy rumiando mis grandes amarguras…

Ahora Jesús, que ha aparecido junto al lado derecho de mi cama en el momento de la Comunión, me consuela divinamente y me estrecha contra su pecho. Disfruto de la tibieza de su Cuerpo a través de la tela de lana blanca de su túnica y me siento segura en la dulce tenaza de sus manos fuertes que me obligan a estar estrechada a Él así, como si fuera un simple amigo. Pero lo mismo se derraman mis lágrimas, porque me ha dolido el lamento del Padre y su velada acusación de guiarle mal. ¡Demasiadas cosas me causan dolor! El inconveniente clínico que ha sucedido esta mañana, que habría aterrorizado a cualquier otro, no me ha causado ni me causa la más mínima agitación… ¡Por el contrario! ¡¡¡Si fuera también para mí el susurro con el que la voz del Esposo dice: "Ven"!!!

Mas las cosas que me causan dolor son las otras. ¡Las almas embusteras!, ¡las almas desobedientes!, ¡las almas soberbias!, ¡las almas inquietas!, ¡las almas pecadoras!, ¡las almas blasfemas!, ¡ésas sí que me causan dolor! Entiendo, entiendo cada vez más la pasión espiritual de Cristo… Cada alma que falta es un

latigazo, es la punzada de una espina, es una crucifixión… Y yo veo sólo pocas almas. ¡Él, en cambio, las contemplaba todas!

Lloro, Jesús me deja llorar. Pero el llanto aquí, oprimida en esta tenaza de amor, estrechada contra un corazón que es todo amor, no es amargo. Es triste, pero también es alivio.

Luego Jesús ordena: <<Escribe lo que estás sintiendo, después dictaré Yo para el Padre>> y me hace escribir sin soltarme por completo de su abrazo: pasando el brazo y la mano izquierda alrededor de mis hombros, me mantiene a su lado. Ahora habla. Dice Jesús:

<<La conducta extraña –para no usar otro adjetivo- de los hombres quiere justificarse y tranquilizarse mediante artimañas o con razones que les alivian a ellos mientras agravan a otros hombres, al darles a éstos la responsabilidad de las acciones cometidas por quienes quieren librarse de ellas. Y muchas veces terminan por atribuir la responsabilidad al mismo Dios, y hasta llegan a acusarle de haber permitido que un alma se equivocara porque Él no la iluminó o lo hizo poco. Hace miles y miles de años que la humanidad acusa a Dios por haber inducido al hombre al pecado con la tentación de lo prohibido. Y seguirá siendo así hasta el final de los siglos, por todo lo que se refiere a las cosas negativas.

¿Por qué me reprochas, Romualdo, que no haya sido más claro? ¿Qué más querías? ¿No sabes que Yo soy Caridad? ¿No has sentido aún lo infinito de este amor que es mi esencia y que se convierte en todo para todos con tal de ayudar, de consolar, de salvar? Lo hace, ayudando paternalmente los deseos de sus criaturas y respaldando alguna de sus imprudencias, si no es una verdadera culpa (procede así para impedir que un alma sea abochornada por una futileza, por un capricho infantil, de modo que, agradecida por la condescendencia del Señor, convierta la imprudencia en el punto de partida de un santo camino que siga mi vía; lo hace para perdonar a los culpables y modificando el diseño inicial, alterado por Satanás, para poder hacer siempre de un alma una obra maestra.

¿Aún no has comprendido que con todos los modos posibles intento hacer que todos sean santos, que querría hacer de cada uno de vosotros una voz mía, que querría poder hablaros a todos, saturaros de Mí, propagarme para poder teneros a todos, a todos, a todos conmigo donde Yo esté?

¿No sabes que tan pronto como un impulso bueno, Yo me precipito para difundirme en él? No dirías como los que no me conocen: "¿Pero entonces es un necio que no ve el futuro?". ¡Oh!, ¡no lo dirás! Piensa, reflexiona sobre mi congoja y comprenderás mi conducta hacia los buenos y hacia los que no lo son.

¿Hay uno que es santo, que es predilecto para mi corazón o que, simplemente, tiene el deseo de serlo y siempre está llevado a alcanzar la santidad? Es justo que Yo vaya a hacer mi morada en él y que él, en esa unión conmigo, encuentre cada vez mayores fuerzas para santificarse.

¿Hay uno que, sin ser réprobo, es de todos modos un pecador que no cambia? ¿Por qué no debería Yo ir a buscarle y atraerle con dones espirituales para sacarle de su inmovilidad? ¿Acaso no se hace así con los niños para despertar su inteligencia, su deseo de aprender, su atención y, de este modo, hacerles crecer en inteligencia así como en estatura? Entonces, del mismo modo, a ésos que están detenidos en sus faltas, Yo les doy un empujón, les hago un llamado, les ofrezco un don, una gracia, un milagro, para que nazca en ellos la voluntad de moverse, de tener un impulso que les quite de ese sitio en el que están enviscados.

¿Hay uno que es culpable, gran culpable, que se prevé como un futuro condenado? Y entonces, ¿por qué Yo, el buen Pastor, el Salvador, no debería aún, hasta a la última hora, hasta el momento en que el alma se separe del cuerpo, intentar salvarle con mi amor? Acuérdate de Dimas[1]… Le había encontrado una y otra vez, sin aparente utilidad, sin aparente intención de encontrarle… Ese ladrón impenitente podía aparecer a los ojos del pueblo como una derrota para Mí. Y de seguro habrá parecido una tonta debilidad mía que Yo, en las gargantas de Carit, me difundiera en benignidad hacia el ladrón que –en un impulso de bondad hacia El que casi un año antes y en otro valle le había hablado con dulzura para que se arrepintiera- me traía el cordero asado (ciertamente fruto de algún robo). Mas ¿qué podía ofrecer el culpable que no fuera una culpa? Por cierto, podía ofrecer sólo el fruto de un robo que, sin embargo, se purificaba por el acto caritativo del que era objeto. Ese acto habrá significado todo esto y algún apóstol habrá sentido sabor de escándalo en esa carne ofrecida… Mas un año después, las palabras de amor pronunciadas en el valle cercano a Modin y la mirada de amor dirigida en Carit hacia el que venía a ofrecer el fruto de su horrible tarea, sumándose a las palabras de amor y a las miradas de amor de un Crucifijo y de una madre traspasada por el dolor, salvaron a Dimas.

Tal es mi conducta, Romualdo. Nunca soy el primero en indicar al que merece un reproche, nunca soy el primero en lanzar la primera piedra. Sé con quién trato. Lo sé. Os conozco. Estáis muy llevados a escandalizaros, más que si fuerais ángeles purísimos. Yo no me escandalizo porque soy la Piedad. Yo cubro con mi piadosa palabra a los leprosos del espíritu como ayer cubrí con mi manto

[1] En el Evangelio, Dimas es el buen ladrón, crucificado junto con Jesús.

extendido a Eliseo que se purificaba, para daros la capacidad de permanecer junto a un leproso y amarle y ayudarle con vuestro amor a acelerar su resurrección.

Y por otra parte… ¿cómo puedes decir que no te he aconsejado en cuanto a Dora?

He dicho: "Que el Padre se limite a ejercitar las funciones de su ministerio y que no vaya más allá", o sea, que practique la Confesión y la Comunión, porque no se las puede negar a una católica que no esté excomulgada.

He dicho: "Ve a consultar al Obispo". ¡Claro que lo he dicho! Si el Párroco faltaba a su deber hacia un alma atormentada, era necesario que hubiera alguien que obligue al Párroco a ocuparse de ella. Y para lograrlo, era necesario uno que hablara. ¿Qué mal hay en ello?

He dicho: "Que el Padre insista mucho en cuanto a la Confesión y a la Eucaristía", porque cuanto más esté nutrida, mejor será para su alma que, por sí misma, tiene menos resistencia que un alga de foso.

Mas también he dicho: "Que el Padre vele mucho sobre la soberbia y la mentira", Ésa es una señal muy significativa.

Mas también he dicho: "Que el Padre deje todo y se ocupe solamente de María y de los dictados".

Y permití las turbadoras apariciones demoníacas del 30 de diciembre y de los días siguientes; y dicté los tremendos dictados sobre Satanás, los claros dictados sobre las diferencias entre los místicos verdaderos y los místicos dudosos o completamente falsos.

¿Qué más quieres Romualdo? Yo te aconsejé y no eres un niño. Del mismo modo que para Dora mando a Rafael, "la medicina de Dios", a ti te mando el consejo del Verbo. No ordeno. Se ordena a los siervos, no a los hijos o a los amigos y tú eres hijo y amigo de tu Padre.

Mas la "medicina de Dios" o la "Medicina de las medicinas" –el Verbo santo que concentra en Sí totalmente a Dios en la Voluntad, el Poder, la Sabiduría, el Amor y demás atributos y que en Sí contiene todo lo que Nosotros somos- no pueden surtir efecto si quedan fuera de nosotros, es decir, si no son asimilados. Algunas veces serán amargas, como muchas medicinas. Pero sirven para sanar y fortificarse. No hay qué mirarlas solamente. Hay qué ponerlas en práctica en vosotros, para que se os convierta en Medicina útil.

Y recuerda que si Lucifer, el más bello, y Adán, el más amado, pudieron decaer, tras haber sido creados para un destino completamente diferente, bien puede decaer y convertirse en "nada" un alma que no corresponde en pleno a su ministerio. Yo doy y Yo quito. Y nadie puede reprocharme si lo hago.

Recuerda[2]: "¡Ay de los profetas insensatos que van tras su espíritu sin ver nada! Vosotros no os habéis pronunciado contra vosotros, no habéis levantado un muro (contra Satanás y en defensa de Satanás en vuestro espíritu) para no moveros luego en la batalla en el día del Señor (la batalla de las seducciones satánicas que intentan impedir que alcancéis el Día: la Luz de Dios) Di a los que blanquean la pared sin la mezcla (la mezcla es la santidad lograda penosamente, fatigosamente), que la pared se derrumbará, que llegará el agua a inundar, que arrojaré piedras enormes y enviaré un viento tempestuoso que lo abatirá todo. Tú, hijo del hombre, vuelve tu rostro hacia las hijas de mi pueblo que profetizan por su cuenta y diles: 'Así habla el Señor Dios: ¡Ay de las que trabajan con el fin de obtener almas (para satisfacer su orgullo) y de este modo me deshonran por un puño de cebada y un trozo de pan (es la impaciencia de ser conocidas y alabadas) y hacen morir las almas que no mueren y vivir las almas que no viven (es decir, deprimiendo con el dolor y el escándalo a los justos y lisonjeando a los injustos) y engañan a mi pueblo, que cree en las mentiras! Mas he aquí que Yo desgarraré vuestra urdimbre, libraré al pueblo de vuestro poder y sabréis que soy el Señor. Porque vosotras, con la mentira, habéis afligido el corazón del justo que Yo no afligí".

Dilo, en lo íntimo de tu corazón. No se entendería si lo dijeras con las palabras de Ezequiel. Mas sobre esta base, comprende qué debes hacer y no digas que te ha faltado la guía segura. Uno no debe desalentarse por haber sido engañado, mas debe desalentarse por no seguir la vía que el Señor indica como justa.

Que el Espíritu te ilumine y te consuele>>.

El tono diferente, ya sea en la voz que en la severa majestad, me hace comprender inmediatamente cuando el Padre Eterno reemplaza a Jesús. Sucede en la frase: <<Yo te aconsejé y no eres un niño>>. Lo comprendí también porque Jesús había dejado de sostenerme y con sumo respeto escuchaba la Voz.

Es de noche. Vuelve el arcángel bueno, el buen compañero. Me mira, me sonríe, pero está triste. La radio transmite música profana y Marta se deleita con ella. Trabajo y contemplo a San Rafael.

¡Cuán prodigios es poderse perder en lo sobrenatural sin que nada pueda distraernos de ello! ¡Qué operaciones maravillosas hace Dios en nosotros, pobres criaturas materiales, pesadas, superficiales, inertes! ¡Oh, qué grande es el poder de la "buena voluntad"! Yo tengo sólo eso, nunca he tenido más que eso. Y esta buena voluntad ha hecho de mí, que soy una criatura muy humana, muy

[2] Ezequiel 13.

imperfecta, muy vehemente, la que soy: un alma pequeña, muy pequeña, pero hecha de tal modo que puedo dar un poco de gozo a mi Señor.

La buena voluntad de amar al Señor ha sido el hilo de oro que ha brillado en todas mis acciones y las ha encaminado y dirigido y ha impedido que desbordaran hacia senderos adonde mi impulso, mi impaciencia de vivir, podría haberlas llevado. Aún entre las sombras de las horas peores, cuando era propiamente una criatura de carne y sangre, ese hilo de oro brillaba y me hacía acordar de Dios y entonces mi mirada se alzaba de la Tierra al Cielo. Al principio era una mirada fugaz, pero luego se fue haciendo cada vez más prolongada, hasta que se ha reunido para siempre y el musical solo del divino Amor que me decía: "¡Ven a Mí!", se convirtió en un dúo en el que también yo dije: "¡Ven! Ven en el dolor, ven siempre, ven todo Tú, pero ven, ven, ven, mi único Amor". Y para abreviar la espera y la distancia, avancé, avancé, ya siguiendo el hilo de oro, ya corriendo a lo largo de él, mientras antes solamente lo miraba; avancé sin pedir, sin pensar siquiera que podría llegar a mi estado actual; avancé sólo porque quería amar cada vez más.

Y ahora sucede que en cualquier circunstancia aun en una acción concreta que me distrae o que me turba, me quedo con Él y le descubro en las palabras que oigo, en el trabajo, en el descanso, en las armonías, en los desasosiegos… y nada me separa de Él. ¿Acaso no es así, oh dulce Arcángel que sabes, que ves las acciones de los hombres a través del espejo de Dios, en el que se refleja todo y todo se conoce?

Pero, ¿por qué estás aquí, oh dulce ángel mío? Tu compañía es entrañable, protectora, da sosiego. Pero no dejes sola a esa alma. Ve, ve con ella… Te lo ruego porque siento piedad hacia ella, porque pienso que si tú no estás allí, su alma no tiene protección alguna. ¡Es tan horrible sentirse sola!… ¡sentirse sola en las horas de tormenta en las que el Cielo, ya sea por prueba o por castigo, se cierra para nosotras! ¡Es una desolación! ¡Es un infierno! ¡Oh, dulce ángel!, tú no conoces esas horas, pero yo sí… Y su recuerdo se me ha quedado como el recuerdo de una pesadilla que se desvanecerá solamente en el Cielo. Ve, ve a ella, ve hacia esa hermana tan desdichada…

Estoy rezando así, absorta, y Marta cree que estoy abstraída por la música y que es ésta la que me provoca dulces pensamientos. En cambio… es la contemplación y la piedad. Pero San Rafael no se va. Y yo pienso en Dora con la angustia de una hermana…

24 de febrero de 1946

Por la mañana.

¿Hasta cuándo se ha quedado Rafael? No lo sé. Estaba cansada y me he quedado dormida después de la una y sus ojos buenos han seguido mirándome hasta que los míos se han cerrado…

25 de febrero de 1946

Cuando me despierto, a las 7 y 25, porque sólo hacia la mañana he podido descansar, San Rafael ya está aquí. Como lo estaba ayer, en el momento de la Comunión, junto con Nuestro Señor. Esta mañana está solo. Pero aun así, el primer acto de mis sentidos y de mi pensamiento, apenas despertados consiste en la visión, la contemplación y el saludo a este amado ángel que me sonríe y me invita a iniciar mi labor sin prestar atención al cansancio que me abate. Luego saluda y se va…

A las 17.

Desde un níveo fulgor que tiene forma de cuerpo espiritualizado, me llega una voz queda y dulcísima, como cansada, como la voz extenuada de quien ha sufrido mucho. Dice:

<<Soy yo. ¿No me reconoces? Soy Aglae[1]; soy el pasado fango convertido en luz. Vengo a hablarle a una hermana mía, siempre menos infeliz que yo, pero que padece mis penas de ayer, el purgatorio de la carne, que es ávida… Le hablo a través de ti, que me viste en la abyección y en la redención y que, de ahora en adelante, podrás decir que me has visto en la gloria. ¡Oh! testimonia la bondad del Señor hacia las hijas de Eva, hijas corrompidas pero que quieren quitarse de la sangre la llama abrasadora para amarle a Él.

Dile que ame su purgatorio, soportando con paciencia, constancia y espíritu de sacrificio por las pecadoras obstinadas. En mi época de penitencia sufrí sus mismas penas. Y por eso sé. Pero no me desanimaba. Soporté con el espíritu las reminiscencias de la carne, sus alaridos de locura, a igual que un enfermo que padece por una llaga fétida pero que la soporta igualmente, porque es mejor que la podredumbre salga en lugar de permanecer en la sangre e infectarla… El alma estaba más arriba y no admitía las debilidades. Abajo, la carne aullaba como una

[1] Se trata de una pecadora convertida, citada en la vasta obra sobre el Evangelio.

loba. A veces, ese aullido hasta me impedía rezar. Entonces, ofrecía al Señor la plegaria de la tolerancia. Y con los ojos del espíritu miraba al Salvador y con mi espíritu repetía sus palabras. ¡Cuando llegó la muerte!… un ángel, mi ángel, el que no me había abandonado ni siquiera cuando yo estaba poseída por una monstruosa lujuria, me dijo mientras tomaba mi alma entre sus manos purísimas: "Más que este martirio, ha sido el otro el que te ha convertido en cándida Hostia: Ese el martirio anónimo, incruento, en el que los sentidos eran tu verdugo y tu torturador. Alégrate, por que has triunfado. Los sentidos ya no existen. Ahora existe la paz". Al despedirme, esparcí óleos de rosa, más el óleo de mi lucha contra los sentidos fue más perfumado y agradó más.

Dile esto a la hermana que padece. Dile que lo ha dicho el Maestro, dile que nos ha justificado a nosotras las que estamos atormentadas por la parte material y ha dicho*: "Lo que contamina al hombre, no es lo material y extraño, sino lo que sale de la voluntad de su corazón"*. Dile que se distraiga con todos los medios. Dile que después de la tentación no se detenga a considerar si ha pecado. Dile que pase por alto. Volver a mirar significa atizar nuevamente el fuego. Que bese al Redentor en su signo de salvación. Que le dé un beso por cada dentellada de la carne y que, entre las llamas de su purgatorio terrenal, mire al Cielo, al Cielo que está abierto también para nosotras, después de la dura batalla.

Adiós. Que la luz celestial esté siempre contigo>>.

Desaparece envuelta en una gran luz.

Poco antes de que se me apareciera, mi amonestador interior me estaba diciendo: <<Dentro de poco vendrá a ti, desde el Cielo, la santa que viste cuando era una pecadora y que, si tuvieras un índice referido a los santos hoy encontrarías señalada en él. Pero pocos la conocen. Te hablará acerca del alma caída en tentación de la hermana que el Padre te ha señalado>>. Pero después del saludo de Aglae, tuve qué detenerme porque se me produjo una violenta crisis cardiaca y sólo inmediatamente después de que se me pasó la crisis, escribí las demás palabras; por lo tanto, no estoy muy segura si el ángel me ha dicho que se le nombra hoy, 25 de febrero, o si se le nombra aun hoy. Aclaro esto porque amo la precisión.

5 de marzo de 1946

El Padre Migliorini no viene. Me siento mal. La ausencia de Jesús presente en el Sacramento es para mí un dolor superior a mi misma capacidad de soportar.

Decido hacer avisar al P. Mariano[1] y le pregunto a Jesús: <<¿Cómo debo conducirme si me dice algo?>> Me responde:

<<Lo harás de acuerdo con la verdad. Porque no está permitido, por ninguna razón, decir mentiras, especialmente cuando se trataría de mentir acerca de las realizaciones de Dios. A quien me preguntaba: "¡Eres tú el hijo de Dios?", le contesté siempre, santamente, heroicamente: "Sí, lo soy", aún sabiendo que iba a causarme menosprecio y condena. Y María, mi madre, no le mintió a si prima Isabel, no le negó ser Madre de Dios. Imítanos con humildad y eleva loas al Señor, al confesar quién eres. ¡Quédate en paz, en paz, oh mi pequeño Juan-María!">>.

[1] Se trata del Padre Mariano De Sanctis, que pertenece como al P. Migliorini a los Siervos de María.

8 de marzo de 1946

Exclamo: <<¡Qué pasa en esta cruz!>>, aludiendo a todo este conjunto de cosas que me abate por todas partes: sordera, incomprensiones, desconfianzas, titubeos, avaricias, celos. Se trata de cosas espirituales. Las cosas que me hacen mal de verdad son éstas. ¡No lo es por cierto el glorioso sufrimiento que me une a Cristo en la Cruz!…

Jesús me dice: <<Sí, ¡es muy pesada! Pero es el último año[1], el más triste… Y, por otra parte, siempre estoy Yo a tu lado para sostenerte ofreciéndote mi hombro… ¡Ánimo, pequeña crucificada! ¡Ánimo por amor mío y por amor de las almas!…>>.

Contesto: <<Sí>>. ¿Pero cuándo terminará este brumoso camino y estaré toda yo contigo, en tu Luz?…

[1] Otra mano, probablemente del >P. Migliorini, escribió entre paréntesis: *"de vida evangélica",* refiriéndose sin duda al ciclo del tercer año de vida pública de la vasta obra del Evangelio.

9 de marzo de 1946

(Este dictado es para el P. Migliorini que, en esa época y desde hacía 4 meses, perdía el tiempo y también el justo sentido de los hechos, ocupándose del clamoroso caso de D. B. hasta el punto de creerlo más… divino que cualquier otro…)[1]

Dice Jesús:

<<Hay dos direcciones: una como guía para quien puede ser inducido a dejar lo verdadero por lo falso, y otra para el que puede tener dudas, pues basa su juicio en axiomas y teorías que no pueden explicar lo sobrenatural, dado que son completamente naturales.

Pequeño Juan, abre el libro de los Jueces en la parte en que trata del ídolo de Micá, y el de Ester donde Mardoqueo explica el sueño[2]. Escucha y escribe:

No llamo la atención sobre la historia de la formación del ídolo. Hablo desde el punto en que se cuenta del joven levita de Belén de Judá. Se trata de un ejemplo, *de un feo ejemplo referido* a quienes *tienen que servir con humildad al Señor, en una casa fundada en la verdad, y que, después de un tiempo, ya no se contentan con su humilde y santa función y quieren "ir a donde puedan estar mejor, es decir, quieren ir a buscar más de lo que Dios les ha concedido, que es ya un buen don y que, si lo tutelara bien, sería un motivo de alabanza para el buen siervo. Y he ahí que, tras haber obtenido glotonerías en doble y triple ración, van siguiendo otros caminos en busca ¿de qué? Dios no se presta a satisfacer las concupiscencias espirituales.* Y los que buscan más de lo que Dios otorga, *o no lo encuentran,* y padecen el único daño de descuidar lo verdadero para ocuparse de las nubes *o acaban por encontrar a Satanás disfrazado de profeta.*

¡Oh!, ¿acaso esto constituye un aumento de méritos o de gloria? No lo es. ¡Habría sido mejor que el joven levita y betlemita hubiera permanecido como simple levita, en lugar de convertirse en sacerdote de un ídolo! Habría sido mejor que hubiera conservado lo poco venido de Dios en lugar de lo mucho venido de un idólatra que se pavoneaba diciendo: "¡Ahora estoy seguro de que Dios me beneficiará, porque tengo a un sacerdote de la estirpe de Leví!". Mas ¿no comprendéis *que donde hay orgullo y simulación todo sirve para aumentarlos y que la Simulación y la Astucia enseñan lo que puede seducir clamorosamente a*

[1] Esta nota entre paréntesis fue agregada más tarde, junto a la fecha, con letra más pequeña y paretada. Las siglad D. B. se refieren a Dora Barsotelli.

[2] Jueces 17; Ester 10, 4-13; 11, 2-12.

las pequeñas almas? El hombre de Efraín no estaba satisfecho de su culto ni de su hijo que se había hecho sacerdote. Sabía muy bien que era una inútil apariencia, una máscara de religión. Sabía que el dios y el culto que se había construido no tenían valor, ni ante el verdadero Dios ni ante los hombres. Hay muchos que saben estas cosas. Y entonces, sienten la necesidad de cubrir el propio vacío con una ayuda sacerdotal. Pero no es así; eso no sirve.

Hace mal quien obra así y hace mal quien se presta a este juego. Que cada uno esté donde Yo le he puesto y que no vaya en busca de "donde pueda estar mejor". La soberbia vuelve a infiltrarse bajo el falso aspecto de bondad y empeño. Obediencia, obediencia, obediencia o mi castigo no faltará. Entre dos que han sido unidos por mi voluntad poseo, por cierto, la manera de castigar a uno solo, reservando paz para "la pequeña fuente que creció y se hizo río y se convirtió en sol y luz y derramó abundantes aguas", y que sabe que ha llegado a ser ese río no por méritos suyos, sino por mi voluntad. Y que no ha pedido esta gracia, sino la de amarme. Y que sufre –sólo Yo puedo saber cuánto sufre- porque ve que no todos son de la misma índole: la del pueblo de Dios.

Los hijos de un único pueblo comprenden el lenguaje de su rey y de los súbditos fieles al rey. Entonces, ¿cómo es posible que sólo pocos entiendan mi Palabra y que tantos duden que sea mía, y que se dejen seducir por otras palabras que suenan a falso, tal como su mismo origen? Os lo digo otra vez: Así como he dado, puedo dejar de dar. Hace años que os lo repito. Mas no quitaré su gozo "a la pequeña fuente que creció", porque ella se encuentra en la situación en que ella misma se ha colocado por amor. Morirá en mi paz. Y la paz para ella es estar en Mí como Yo en ella, como Yo soñaba estar en todos los corazones>>.

12 de marzo de 1946

Pienso… Pienso sobre todo el daño irreparable que se produciría en Giuseppe, recién nacido en la Gracia, si él que, tras haber sido pecador y sacrílego, ha sentido a Dios en las palabras llegadas de más allá de la Tierra, advirtiera sordidez en la Iglesia. Y por esto, sólo por esto, temo una injusta condena. Me angustio por él. Me angustio también por el resto de la familia, por Marta y también por los otros, que ya no tendrían más confianza en el juicio y la caridad de la Iglesia, pero me angustio especialmente por él, al que arrebaté de Satanás con sacrificios que sólo Dios conoce. ¡No permitáis, Señor, que le suceda esto a esa alma que amáis tanto, que amo tanto!

Al escribir ayer al Padre Migliorini, no me acordé de contarle esta angustia mía, de cuya autenticidad Dios es testigo…[1] Del mismo modo que le dije al "buen compañero Rafael" que me dejara a mí para ir a ayudar al Padre; del mismo modo que le dije al victorioso Miguel que venciera las astucias de Lucifer –todas las cuales serán usadas por cierto en estos días para dañar y causar dolor-, y del mismo modo que le dije al luminosísimo Gabriel que llevara el decreto de Dios a los hombres destinados a decretar, así ahora te digo a ti, Azarías, ángel mío: "¡Ve, ve, habla a tus iguales, para que su ministerio instruya a los que deben juzgar!>>. También te digo: <<¡Difunde una luz, Azarías, una sola, mientras el invisible Satanás, pues no está presente ya que obra desde lejos, manda sus pestilencias para provocar mis temores!>>.

Azarías dice: <<Abre el libro al azar y lee. Allí está el consuelo>>.

Obedezco. El libro se me abre en el primer capítulo de Ezequiel a partir del v. 10. Leo y me dejo envolver por la visión beatífica. El dolor desaparece. ¡Pero no hay una respuesta para mí, porque no soy Ezequiel! ¡Soy una nada!

Azarías dice: <<Lee aún, aún, hasta que te diga basta>>.

Leo el II° capítulo y también el III°, hasta el versículo 14 inclusive. Me llega la respuesta… Es amarga y dulce. Es amarga para el mundo; es dulce, dulcísima para mí porque Él, mi Señor, me consuela…

[1] En este punto, contenida en un solo renglón, ha sido agregada una nota escrita con letra menuda y entre paréntesis. Hemos logrado leerla a pesar de que ha sido tachada con la pluma: (Nota mía del 9-12-47. Y, en efecto, al asistir a mi martirio de los últimos 20 meses y, sobre todo, después de las discrepancias con el P. Migliorini en junio del corriente año, Giuseppe no quiere saber más nada de curas… espero sólo en la aprobación de la Obra para volverle a la práctica de los Sacramentos…)

13 de marzo de 1946

¡El perfecto tacto de Jesús también hacia los más pequeños, le lleva a obrar así[1] para no mortificarles, para no desilusionarles. Él tiene el arte y la seducción para saber mejorarles y para hacerme amar con cosas insignificantes en apariencia pero que, en realidad, son perfecciones de amor adaptadas a la índole de la infancia…

Como me las adapta a mí. ¡Oh!, ¡siempre me ha tratado como a un "niño" para mejorar mi miseria y para hacerme amar! Después, cuando ya le amaba con todo mi ser, ha aumentado sobremanera su rigor: Me ha tratado como a una adulta, permaneciendo sordo a mis súplicas: "¿Es que no ves que no sirvo para nada?". Ha sonreído y me ha obligado a hacer cosas de adultos… ¡Oh!, sólo cuando la pobre María está afligida de verdad, vuelve a ser el Jesús de los niños para con mi pobre alma, tan poco capaz, y se contenta con… mis garabatos, mis guijarros… mis florecillas… con lo que logro darle… y me demuestra que le parece bello lo que le ofrezco… y que me ama porque soy "la nada que se confía y se pierde en el Todo".

¡Querido Jesús mío!, ¡Jesús amado, amado hasta la locura!, ¡Jesús amado con todo mi ser!, ¡sí, puedo proclamarlo! En vísperas de cumplir 49 años y examinándome atentamente, en vísperas de la sentencia humana acerca de mi obra como portavoz y escrutando atentamente mi espíritu, todo mi ser, para descifrar las palabras verdaderas que están en mí, puedo decir que ahora amo, que entiendo que amo con todo mi ser a mi Dios. He empleado 48 años para llegar a ese amor absoluto, tan absoluto que, en previsión de una condena, no experimenta en lo más mínimo un temor personal, sino una gran pena por la repercusión que dicha condena podría tener en las almas que he llevado a Dios, esas almas que estoy convencida que han sido redimidas por el Jesús que vive en mí; esas almas que se apartarían de la Iglesia, del anillo de unión entre la humanidad y Dios.

Algunos dirán: "¿No te avergüenzas de haber empleado tanto tiempo? No, no me avergüenzo en absoluto. Yo era tan débil, tan frágil, tan "nada", que empleé todo ese tiempo. Por otra parte, estoy convencida de que empleé exactamente el tiempo que Dios ha querido, ni un minuto menos, ni un minuto más, porque puedo afirmar que desde que empecé a entender qué es Dios, nunca le he negado nada a Dios. Desde que tenía 4 años y le sentía tan omnipresente que creía que estaba hasta en la madera del respaldo de la silla en que yo estaba sentada y

[1] Este impulso de amor de la escritora está incluido en la descripción de un amable encuentro de Jesús con algunos niños en un rosedal, que se encuentra en "El Evangelio como me ha sido revelado".

entonces le pedía disculpas por darle la espalda y por apoyarme en Él; desde que, siempre a los 4 años, hasta en el sueño me cogía el pensamiento que con nuestros pecados le habíamos herido y le habíamos matado, y me ponía de pie en mi camita con mi camisón, y no miraba ninguna imagen sacra, sino que me dirigía directamente a mi Amado, sacrificado por nosotros, y le suplicaba: <<¡Yo no!, ¡yo no!, hazme morir pero no me digas que te herido yo!>>. Y así en adelante…

¡Oh, Amor mío, tú conoces mis ardores! No hay uno que desconozcas… Tú sabes que sólo la sospecha de una propuesta tuya era aceptada inmediatamente por tu María. Aunque se tratara de ofrecerte mi amor de novia –es más, justo entonces, en la Navidad de 1921, se confirmó mi amor por Ti-, o mi amor hacia los parientes, o la vida, la salud, las comodidades… y de convertirme cada vez más en una "nada" en la vida social, en un despojo que el mundo mira con compasión o con burla, una que, si tiene sed, no puede beber un vaso de agua si alguien no se lo alcanza, una que está clavada como Tú, como Tú, y como tanto he deseado serlo, y como querría volver a serlo de inmediato si, por acaso, Tú me sanaras. ¡Todo!, la nada lo ha dado todo, su todo de criatura… Y bien, también ahora, también ahora que puedo ser juzgada mal y descalificada, atacada, ¿qué es lo que te digo? Te digo: <<Déjame tu Presencia, déjame tu Gracia. Todo lo demás es nada. Lo único que te ruego es que no me quites tu amor y que no permitas que los que te doné vuelvan a caer en las tinieblas>>.

¿Pero adónde he ido, ¡oh, Sol mío!, mientras Tú vagas entre los rosales? He ido adonde me lleva mi corazón, que ha empleado todas sus fuerzas por amor hacia Ti; mi corazón que palpita y me enciende la sangre en las venas. La gente dirá: <<Tiene fiebre y palpitaciones>>. No es así. Es que esta mañana Te vuelcas en mí con la fuerza de un divino huracán de amor y yo… y yo me anulo en Ti, que penetras en mí, y ya no razono como una criatura; por el contrario, siento lo que debe ser la vida de los serafines… y ardo y deliro y te amo, te amo, te amo.

¡Ten piedad en tu amor! Ten piedad si quieres que yo viva aún para servirte, ¡oh, Amor infinitamente divino, eterno!, ¡oh Amor dulcísimo!, ¡oh Amor de los Cielos y de la Creación, Dios, Dios, Dios!… ¡Pero no, no tengas piedad! ¡Al contrario, más ardor, aún más! ¡Que arda hasta la muerte en la hoguera del Amor! ¡Fundámonos! ¡Amémonos! , para estar en el Padre, como has dicho al rezar por nosotros: <<Que estén (los que me aman) donde nosotros estamos, como una sola cosa>>. ¡Una sola cosa!: he aquí una de las palabras del Evangelio que siempre me ha hecho precipitar en un abismo de adoración amorosa. ¡Oh, mi divino Maestro y Redentor, qué has pedido para nosotros! ¡Oh, mi divino loco de amor, qué has pedido! ¡Has pedido que seamos *una sola cosa* Contigo, con el Padre, con el Espíritu Santo, pues quien está en Uno, está en los Tres, oh inseparable y,

sin embargo, libre Trinidad del Dios Uno y Trino! ¡Bendito, bendito seas! ¡Bendito seas con cada uno de mis latidos y de mis suspiros!…

Mi Jesús conforta divinamente a tu violeta. Recibo su divina Presencia continuamente. Esta mañana, durante la Santa Comunión, ha cambiado de lugar y ha ido junto al Padre… Y luego ha hablado mientras yo –que hasta me había puesto de rodillas, del único modo en que puedo hacerlo, es decir, toda torcida, medio caída, apoyándome en los talones y en las almohadas y sintiendo dolores agotadores debido a esta postura- rezaba con ardor y decía: <<¡Ya lo ves, Señor! ¡Tú lo ves! Lo que temo es que Giuseppe, Paola, Marta y también otros se hastíen de la Iglesia… ¿Y qué pasará? ¿Si me cogiera el desaliento, si dudara de la veracidad de la Voz? Podría perderme, perderte…>>. Entonces Jesús respondió: <<*Las almas víctimas no se pierden nunca*>>. Vivo con esta perla en el corazón… Y de esa perla divina se desprenden ondas de paz, de alegría, me envuelven por completo, me saturan…

Más tarde me llega del Carmelo, por correo, una reliquia de Santa Teresa de Ávila y la fotografía del Papa Pío X, el Papa que me habló y me exhortó a proseguir por mi camino, que <<le gusta al Señor>> Ambas cosas me han conmovido, ¡Santa Teresa de Ávila puede comprenderme! Y el santo Papa puede protegerme allá en Roma… He puesto la reliquia bajo la almohada y el Papa sobre mi mesilla de noche, para que me protejan.

14 de marzo de 1946

¡Es mi cumpleaños! ¡Cuánta ansiedad experimento en este día!, por Paola, por la madre Teresa, que está enferma, por mí…

Me conforta la presencia santísima y luego, por la noche, la aparición de Santa Teresita que ya había venido el 12 por la noche; ya no tiene su rosa en la mano derecha sino en la izquierda; con la derecha me hace un gesto como para darme ánimo, para que esté contenta, y sonríe. Me parece aún más alegre que en la aparición de febrero. ¡Cómo sonríe!

Luego, cuando ya es de noche completamente (más de las 22 y 30), mientras Marta duerme leo, dado que no logro descansar, un viejo fascículo de "civilización católica". Me lo dio ayer Berardi (después que ambos sostuvimos una discusión sobre la Iglesia que según él es comunista y debe ser demolida… por los motivos que encuentra en el artículo de "Civilización Católica"). No entiendo nada de lo que estoy leyendo, porque mi mente está cansada y lejos de

esos renglones que mis ojos van recorriendo y entonces, he aquí que aparece el Niño Jesús de Lisieux, el del claustro, el que vi en enero.

Pero ya no sostiene en sus bellas manitas como en el invierno pasado, el frío y espinoso globo sino que tiene entre sus deditos una rosa de oro, igual a la de su Teresita. Y mientras me hace señas con la flor en la manita de que vaya allí donde está Él, sonríe feliz, feliz… Ya no es de noche, como en la visión invernal. Es de día, un tibio día de primavera. El patio del claustro está alegrado por el sol. El sol alarga sus rayos bajo los pórticos, sobre las baldosas hasta la repisilla donde está Jesús. Todo es plácido y alegre. ¡Oh!, ¡si quisiera decirme que para mí la noche ha terminado, que se ha hecho la luz, que se ha cumplido la gracia! ¡Qué placidez hay en el Claustro! Hay placidez y serenidad… Quisiera estar allí… Y ser únicamente la hermanita de Teresa de Lisieux…

15 de marzo de 1946

Recibo una carta del Carmelo de…[1]. Me escribe la Madre Priora ciertamente iluminada por Dios; me escribe con lápiz, porque está enferma, y me dice el 21 de febrero le escribió a la Madre Genoveffa (Celina), en Lisieux, para pedirle oraciones para mí. ¡Oh!, ¡¿cómo pueden no coincidir las invitaciones y las sonrisas del Niñito de Lisieux con esta noticia?! La hermana de mi Santita está rezando por mí…

…También yo rezo. Rezo pidiendo no sólo un "sí", más para los otros que para mí, sino pidiendo también que Dios me haga dos gracias. Una que, si se me respondiera "no", yo no fuera a caer en el desconsuelo, en la duda, y repudiara a Jesús diciendo: "Quizás no era Él". Satanás trabajaría sobre este desaliento; sería su victoria, su prometida venganza al final de mi vida, para hacerme temer la muerte y el juicio… ¡Señor ten piedad de mí! La segunda ayuda la pido en el caso que me dijera que "sí", para que entonces Jesús me ayudara a *mantenerme modesta* porque, siendo cada vez más modesta y humilde, surgiría más fácilmente la complacencia. ¡Oh, mi Señor, nunca cometería pecado de soberbia, que te disgusta tanto. Preferiría ser humillada antes que exaltada, si dicha exaltación me convirtiera en un ser soberbio, aborrecido por Ti. ¡Ten piedad, Señor!

Y apenas esté más serena, prometo plegarias especiales por Dora para que, si se trata de Dios, se manifieste y si se trata de Satanás, esa in feliz sea liberada y resplandezca la verdad. Es mejor que sea simplemente una buena católica, sin

[1] En el lugar de los puntos suspensivos, se logra leer con dificultad la palabra Camaione, que se ha puesto mucho cuidado en borrar. La Madre Priora era la carmelitana descalza Sor Teresa María de San José que ya hemos encontrado

caracteres extraordinarios, que un falso instrumento. Rezaré para que sea liberada del Enemigo, porque debe ser horrible tenerle así, como dueño… al menos en ciertas horas.

17 de marzo de 1946

In Nomine Domini. Que la paz sea contigo.

A las 9 viene el P. Migliorini con la noticia… que no es sorprendente porque hacía casi un año (Pentecostés de 1945) que Jesús me estaba preparando a ella cada vez más intensamente. Por cierto, voy a sufrir mucho, mucho. ¡Conozco la promesa de Satanás para la última agonía! (febrero de 1945). El Padre lo habría entendido. Ahora… Cuando una se acerca a muchos sacerdotes, se le cae el alma a los píes…

Pero en ese mar de amarguras hay dos corrientes dulcísimas que penetran en mí mientras las otras ondas, muy, muy amargas, muerden y torturan.

I. Jesús ha accedido a mi plegaria de estos días: "Antes hazme reprobar que permitir que me vuelva soberbia". No he sido reprobada; al menos así lo creo. Pero no he sido glorificada y, por cierto, eso no me envanece.

II. En la prueba actual, encaminada a atormentar al portavoz, veo a Satanás, que envidia esta obra verdaderamente proveniente de Dios. Y me confirma que estoy en lo cierto, el hecho de que la persecución no falta nunca para las almas bienamadas por Dios, el infinitamente Bueno.

Además ahora ruego al Espíritu Santo para recibir "miel" como el 12 del c. m. En lugar de Ezequiel, me dulcifica Isaías con sus palabras venidas de Dios, que están en el cap. 54, v. 2, y v. 4 hasta "no te avergonzarás", v. 7, v. 8, v. 11, v. 12, v. 14, v. 15 y v. 16 hasta las palabras "un instrumento para su labor" y el v. 17 hasta las palabras: "será sin efecto". He aquí el trozo reconstruido (véase la hojita que adjunto)[1].

¿No es verdad que es dulce el Señor? Podrán hacerme morir, pero estoy en paz.

---

[1] En la hojita unida al cuaderno se lee: *Ensancha el espacio de tu tienda, extiende ampliamente las cortinas de tus pabellones, alarga las sogas, asegura tus clavijas… No temas, porque ya no quedarás confundida, ni tendrás por qué sonrojarte ni avergonzarte. Por un breve instante, por poco tiempo te abandoné y te acogeré con gran misericordia. En el momento de mi furor, te oculté mi rostro por un instante mas, con eterna misericordia, tuve compasión de ti. Pobrecilla, azotada por la tempestad, privada de todo consuelo, yo pondré en su lugar tus piedras y te cimentaré en zafiros, haré de jaspe tus baluartes y tus puertas de piedras esculpidas y toda tu valla de piedras preciosas. Y tú serás consolidada en la justicia. Mantente lejos de la calumnia, pues ya no tendrás qué temer, y del terror, pues ya no podrá acercarse a ti. He aquí que vendrá el extranjero que no estaba conmigo, el que antes era extranjero, ahora se unirá contigo. He aquí que yo he creado al herrero que sopla sobre los carbones ardientes a fin de forjar un instrumento para su trabajo. Toda arma preparada contra ti no tendrá efecto. Cap. 54 Isaías.*

Como me dijo el ángel, comienzo desde hoy a invocar mentalmente, antes de escribir cartas o en el cuaderno y ante cada una de mis acciones, la frase: "In Nomine Domini". Me lo dijo el domingo 3 de marzo después de la explicación de la Santa Misa: <<Cuando se cumple esta nueva mutilación y estés defendida solamente por Dios, porque ya tampoco el Padre podrá ayudarte y protegerte, deberás invocar, antes de escribir cartas o cuadernos o cualquier otro escrito o de cumplir cualquier acción, las palabras: "In Nomine Domini", agregando siempre la frase que ha enseñado el Santísimo Jesús: "Que la paz sea contigo">>.

18 de marzo de 1946

Por un estúpido inconveniente tengo qué romper la hoja y volver a copiarla, porque tal como está no se puede presentar. ¡Paciencia!

Corrijo el fascículo I° de las "Direcciones". En la pág. 1, con fecha 5 de octubre de 1945, veo escrito que ya no gozo de las visiones después de las que he recibido, mientras que, en los meses precedentes, podía continuar a gozar de ellas aun cuando ya se habían cumplido y habían cesado. ¡Es verdad! Por entonces, en septiembre y octubre, sucedía exactamente así. Era una vejación demoníaca para turbarme y desalentarme. Era una tentativa de Satanás para obtener turbación y desaliento. Pero todo pasó después de la Extremaunción y no se repitió nunca más.

Muchas cosas cesaron después de la Extremaunción. Ya antes estaba convencida, ya antes propugnaba que no se les privara a los moribundos de esta gran ayuda, que otorga tanta paz. Pero lo decía solamente porque tengo fe. Ahora lo digo por experiencia. Y se los diré a los que tienen enfermos graves. Y también lo dejaré dicho. Fortificad, fortificad los espíritus con este Sacramento en la lucha de la agonía. ¡Dad la paz! ¡Dad la liberación, lejos del Enemigo!

¿Y ahora qué pasa? He aquí que el "vencido", *usando a los hombres como cómplices suyos,* intenta volverme a las dudas, al desaliento de los meses de verano. ¿Y entonces qué hago? ¡Me confío a Dios! Si Él no desea mi desolación – y mientras tanto yo también lucharé para rechazar las nieblas que Satanás provoca para ocultar a mi vista la Luz y la Verdad-, no desaparecerán de mi horizonte la Luz y la Verdad. Si Dios no quiere mi desolación y si yo espero solamente en Él, los hombres que *no escuchan a Dios y que no respetan a Dios en sus manifestaciones* serán vencidos junto con su "tentador". Y llegará, llegará por fin el día en que no podrán hacerme mal.

Recuerdo con insistencia todos los dictados de Jesús, los previsores y providenciales dictados de Jesús, desde julio de 1943 en adelante, referidos a la necesidad de que se guardara silencio acerca del portavoz y de las páginas dictadas, con el fin de dar paz a dicho portavoz mientras estuviera vivo, para que no se sintiera turbado y para que no se insidiara su tarea. "Sólo cuando estos ojos y estas manos, que ahora ven y escriben, estén en la tumba, haréis conocer su misión". Decía más o menos de esta manera… Pero por una serie de circunstancias *no se observó esta orden. Sólo yo la he observado siempre y siempre lo haré.* Ahora, se están pagando las consecuencias de no haber observado al pie de la letra los consejos de Jesús. ¡Pago también yo, que no tengo ninguna culpa! ¡Que Dios repare las barbaridades humanas!

Padre, mi ángel le dice que las Santas Misas en favor de las *"voces" son de exclusiva lectura y conocimiento de mis superiores y que no deben ser divulgadas a nadie y por ningún motivo hasta después de mi muerte.* Por eso, excepto Ud. y, naturalmente, el Padre General, el Procurador General y ese otro Padre, el docente que dicta los cursos sobre los Sacramentos[1] (si así lo cree), nadie más debe saber de ellas, ni en Roma ni en otro lugar.

[1] Creemos que es la primera referencia al P. Corrado M. Berti, profesor de teología perteneciente a los Siervos de María, que falleció en 1980, y que tuvo notable participación en el cuidado de los escritos de María Valtorta.

19 de marzo de 1946

¡Padezco otra agonía nocturna! Está bien. Que sea lo que Dios quiera. Pero no puedo omitir la idea de que podían dejarme morir en paz, dado que ya estoy tan cerca de la muerte, y que podían tener piedad… Ud. comprende qué habría significado se presencia en mi agonía… Ya le he expuesto sinceramente mi pensamiento acerca del Padre Mariano. Aquí vuelvo a recordarle que disponga, en lo posible, a fin de que yo tenga cerca a un Padre que, por su edad y por su madurez de espíritu, sea ya de formación adulta y que, por eso, dé la seguridad de obrar con santidad, con serenidad y corrección en cuanto a mí. Ud. seguirá siendo siempre mi Director y la ayuda del Portavoz, porque es justo y porque así lo ha querido Jesús[1]. Pero aquí está "enfermo el portavoz" y hay qué socorrerle. Y debe socorrerle el que pueda dar buenas garantías. Recuérdelo.

También me atormenta la idea de Giuseppe, al que tengo qué escribir, pero debo ser sincera sin herir por ello esa alma nacida desde hace poco a la Gracia y en la estima en la Iglesia y en el Clero. En esta tarea me ayuda mi Azarías. Ud. conoce lo que he escrito: el Padre Migliorini ha sido llamado a la casa General de Roma, por su competencia misionaria… Es verdad, una verdad… mutilada de lo que podía hacer daño a un neo-católico; es más, una verdad apta para hacerle venerar más que nunca las jerarquías superiores. Dado que la bondad del Padre General ha dado la ocasión de velar bajo un buen aspecto esa decisión, usemos lo que nos dan y bendigamos por ello al Señor, que nos permite decir la verdad sin herir a los recién nacidos a Dios.

Reflexiono sobre una cosa. En el mes de octubre, cuando escribía acerca de la partida de Juan de Endor y de Síntica, me decía: "¿Qué tiene qué ver con el Evangelio?". Me parecía un episodio dulce y triste a la vez, apto para iluminar la vida cristiana de Antioquía, la bondad cristiana de Jesús y la fortaleza de Síntica. Ahora entiendo. Había sido dado para nosotros, para Ud. y para mí, a quienes separaba la maldad humana, dándonos un dolor inmerecido. Y si Ud. (que es sano) padece lo que padeció Juan el apóstol, yo (que estoy enferma) tengo que ser Síntica por fuerza y decir "fiat" con la sonrisa en los labios y dejar que el corazón en su dolor acabe de exprimir sus últimas gotas de sangre. Y debo hacerlo para que Ud. parta tranquilo en cuanto a la pobre y enferma María. Y debo hacerlo para sostener a Marta, que no sabe darse ánimo de ningún modo y que, si yo no velara por ella, se descaminaría aun con quien no debe hacerlo, confundiendo a

[1] La escritora anotó sucesivamente en el margen, con letra menuda, lo siguiente: En cambio desde el 4-7-46 Jesús ha dispuesto de otra manera… Nota mía del 9-12-47. El nuevo director espiritual era el P. Luigi Lopalco, pasionista.

los hombres obtusos que hacen el mal (y que deben ser perdonados por amor de Jesús) con Dios, que nunca hace mal a sus hijos. Y debo hacerlo para que no se divulgue nada por culpa nuestra y se hagan habladurías y comentarios inútiles o malvados. Y bien… ¡también seré Síntica!… Esperando que Jesús realice la promesa que hizo a Juan de Endor antes de separarse de él: "que le iba a asistir en la agonía y en la muerte –que sería plácida- y que le iba a dar su Presencia en los meses de la separación para sostenerle", me impongo con un beso también este dolor y bebo también ese cáliz… ¡Adelante!

En enero Jesús me hizo dar a las Carmelitas las intenciones espirituales para el primer cuatrimestre de 1946.

Enero: ser las corderas de Jesús con Santa Inés.

Febrero: ser las contempladoras de la Santísima María de Lourdes con Bernardette.

Marzo: estar en la carpintería de San José para aprender a construirse la cruz.

Abril: estar en el Calvario a los pies de la Cruz con San Juan.

Pues bien, estoy dedicándome a la construcción de mi cruz bajo la guía de San José…

También pienso que Jesús ha querido –aunque nunca había sido dicho hasta hoy- que copiara mis ofrendas y oraciones. ¡Me parecía algo inútil para los demás y penoso para mí! Me decía: "¡Qué más da! Cuando esté muerta, el Padre retirará todo y examinará…" Pero Jesús sabía y ha querido que Ud. se fuera con estas páginas sumamente íntimas, sin esperar a conocerlas después de mi muerte.

¡Cuántas cosas pienso!… Y ¡cuántas cosas no me hacen ver humanamente mis Protectores celestes! Es como si yo viera a través de un potente microscopio o telescopio, ¡qué sé yo! Veo lo que no logra ver el ojo humano y lo veo en una luz que lo ilumina todo.

20 de marzo de 1946

Al Padre Migliorini.

Dice Jesús:

<<Siempre es voluntad del Señor que los justos obedezcan. Y en tu partida no hay otra voluntad, sólo hay esta voluntad de Dios. Si tuviera otra voluntad, diversa, me contradeciría a Mí mismo, porque Yo quería que estuvieras aquí, junto a mi "Portavoz", aquí y no en otro lugar.

María, nuestra pobre María, lo ha escrito por su cuenta porque ha comprendido. Yo lo confirmo. Os he preparado a esta hora con las visiones de la partida de Juan y de Síntica. Léelas con atención. Sentirás el pensamiento de tu Salvador.

Ve tranquilo porque estás en mi Gracia. Esto es todo. El juicio de los hombres no mella ni influencia el juicio de Dios. Hijo mío y de María, ve tranquilo, tranquilo en cuanto a ti y tranquilo por la pobre María. Yo y mi ángel tomaremos tu puesto. Y, como para los espíritus, no existen separaciones, estaremos aquí los tres, como desde hace tres años, para hacer lo que es la gloria de Dios: hacer conocer a Dios.

Te bendigo: por el Padre y por el Espíritu Santo, además que por Mí, el buen Siervo. Y, junto Conmigo, te bendice la Madre y José, el Hombre de la Obediencia y el apóstol Juan, el Hombre de la Caridad, y todos los santos de tu Orden. Ve en paz, porque los ángeles del Señor están contigo y Dios está contigo[1]>>

Yo al Padre:

Padre mío, estoy muy contenta al poder unir la palabra del Señor a mi pobre palabra de criatura que, ante Dios y los hombres atestigua que su asistencia junto a mí, comenzada en el mes de junio de 1942 y deseada por Dios -¡esto sí que lo quiso Dios!- fue la fase preparatoria para el ministerio al que Dios quería destinarme. Antes estaba Dios y la voluntad de la criatura de servir a Dios. Pero todavía había en mí mucha, demasiada humanidad, Ud. bien lo sabe, Él, Dios, el Orden, no podía venir donde reinaba el desorden; Él, el Amor, no podía venir donde había resentimientos… Ud. vino y lo ordenó todo. Y Dios pudo hacer esto porque vino Ud. Ud. fue el "precursor" que se adelanta para preparar el camino del Señor. Y el Señor vino. Y se quedó para Ud., como Jesús dijo un día y volvió a repetir, con su presencia ahuyentaba a quienes me odiaban porque soy un instrumento de Dios. ¿Se acuerda del dictado? Ahora tendría que estar atemorizada porque Ud. se va y Satanás me odia más que nunca. Pero confío en la promesa de Jesús y en sus plegarias, reverendo Padre, y en las de los Padres de la Orden.

Ya leerá con calma, en las "Direcciones", lo que voy pensando desde hace 22 días; lo he escrito poco a poco durante su primera ausencia. Eso le ayudará a comprenderme cuando le digo que este dolor para mí es paz, es confirmación, y

[1] La escritora agregó sucesivamente, con letra menuda: *En ese día 20-3-46 era así… Luego, el 4-7-46, Jesús quiso para mí otra guía espiritual. Él conoce la razón. No averiguo. Sufriría demasiado si supiera… (9-12-47).*

que confío que sea un momentáneo ofuscamiento, como fue el de Jesús desde la noche del Jueves Santo hasta la mañana de la Resurrección. Él nos ha enseñado cómo permanecer fieles, cómo sudar sangre sin rencor por quien nos lo hace sudar, cómo se muere en la Cruz para salvar. Imitémosle.

Le doy mi Crucifijo, el que en el mes de julio de 1930 me dio por primera vez la prueba innegable del poder de la Cruz y de la Fe, y mi primera victoria contra el demonio. Se lo había destinado a Ud. en mi testamento, sea porque es sagrado para mí por lo que obtuve con él, sea porque estuvo entre las manos de mis seres queridos en el momento de la muerte. Tenía que haber estado también en mis manos en la agonía y en la muerte, hasta el momento en que cerraran el ataúd para quedárselo luego Ud. Quiere decir que, si Jesús me hace la gracia de morir teniéndole a Ud. cerca de mí, me lo traerá en ese momento…

Y ahora gracias, gracias de todo y por todo. Ud. nunca me ha hecho sentir que era huérfana y estaba sola y enferma, que era pobre y débil. Ud, ha sido para mí el afecto, la ayuda, la paz, el sostén. Aquí o en cualquier otro lugar, no le olvidaré. Ahora voy a sentir que estoy sola en la Tierra…

Pero no quiero decir nada más, porque si no la nueva Síntica pierde la fuerza de sostener su cruz y también la de su Padre. Debo curtirme aún y siempre, hasta morir en el esfuerzo. Y debo tener fe, fe, fe en el Señor.

Dice María:

<<Ya estamos cerca de la encarnación del Verbo en Mí. “He aquí a la sierva de Dios. Hágase de mí según su palabra”. Porque, aunque no es una orden, es un “permiso” de Dios lo que se nos presenta. Y siéndolo, es santo lo que nos es presentado. Romualdo y María, hijo directo, hija directa, hijos de la Madre que siempre es la dolorosa porque se duele por el dolor de sus hijos directos, pronunciad también vosotros mis palabras y el Santísimo Verbo tomará forma en vosotros, más vital que nunca, hasta convertiros en otros Él. Os bendigo maternalmente>>.

Dice San José:

<<También yo os bendigo; yo, que siempre he creído y siempre he hecho lo que el Señor ordenaba: yendo, volviendo, aceptando. Y me ha guiado el ángel de Dios, porque siempre sometí mi juicio de hombre al juicio del Cielo>>.

21 de marzo de 1946

Dice Jesús:

<<Antes de que parta Romualdo y para que parta con precisos elementos para responder, desarrollo el tema al que ya me referí el 3 de marzo.

¿Por qué le aconsejé a Emma Federici que se fuera? Casi se me acusa de haber cometido un error. No es así. Los superficiales y los ignorantes pueden pensar que esas palabras no las he dicho Yo o que Yo me he equivocado. Os explicaré brevemente la justicia y la bondad de mi consejo, así como lo hice para las hijas desconocidas.

Conozco el estado de los corazones. Y conozco lo capacidad de los corazones. Por eso, conozco quién es la que por fuerza quiso ser Sor Gabriella de María Inmaculada, sin dejar de ser Emma Federici.

A Judas ya lo conocéis, ¿no es verdad? Si hubiera seguido siendo el judío que era, el del Templo, no habría estado libre de culpas. Pero, al menos, no habría tenido sobre su conciencia la culpa de ser el Traidor de Dios. ¿Podrías asegurar que alguna vez le he adulado? Le he rechazado siempre. He resistido. Más de una vez he dicho: "Vete. Es mejor ser un judío mediocre que un apóstol infame". ¡Mas, para respetar el libre albedrío del hombre, el Señor no puede ir más allá de eso! Y no he ido más allá. Aun no ilusionándome, he intentado mudarle el alma al obstinado en su mal. Era mi deber de Maestro. No falto nunca a mi deber. He intentado ayudar al infeliz, he intentado trabajar para salvarle, no porque podía salvarle, sino porque era mi deber intentarlo y, sobre todo, dejaros un ejemplo del modo de obrar con ciertas almas que son una mezcla de buenos y malos impulsos. Se piensa poco en cuánta enseñanza se oculta en el personaje de Judas. Por eso, he evidenciado mucho la persona de Judas en esta ilustración del Evangelio que te entrego, en la que aclaro los cuatro Evangelios para que los améis, para que los conozcáis y para que comprendáis. He evidenciado la personalidad de Judas porque, en su tenebrosidad, es la que proporciona más materia de enseñanza a quienes están destinados a guiar a los hombres.

Y ahora hablemos de Emma Federici, que quiso por fuerza ser monja, pero que no supo ser únicamente monja, es decir, convertirse en un nuevo ser en el que todo el pasado estaba muerto. En cambio, en ella todo estaba vivo, aunque permanecía oprimido bajo el hábito monacal. Y, por una serie de circunstancias, todo resucitó libremente, más violentamente que nunca. Enumeremos algunas de dichas circunstancias. La dañó ser Superiora. La dañó ser muy alabada. La dañó inmensamente quedar libre de la vigilancia de los superiores, debido a las circunstancias de la guerra. Las reacciones de su yo, oprimido por tantos años bajo una obediencia no amada y que en ese momento sentía que ya no estaba bajo ningún control, tuvo la violencia de un huracán que nada pudo mitigar. ¡Oh,

Romualdo! No podía hacerlo tu palabra de buen maestro espiritual, ni mis palabras de los dictados y visiones, ni tampoco las palabras de esos dictados especiales que Yo enviaba para sostenerla del mismo modo que le daba misiones y caricias a Judas para poder decir: "He usado todos los medios para salvarle".

Cuando le dije: "¡Ve!" fue porque, si esos elementos se hubieran quedado donde estaban, de todos modos habrían echado a perder el alma. En ellos vivían el rencor y la rebelión, ya no podían obedecer y respetar. Y el escándalo habría sido aún mayor. Las personas que se lamentan por lo sucedido ¡tendrían que bendecir al Señor, que permitió que los hechos no pasaran de esos límites! Y tendrían que bendecirme las cinco que se fueron. Fuera de Camaiore, aún pueden reparar y merecer. Mas ya no pueden hacerlo en Camaiore, en la Orden. Allí todo había terminado. Yo no engañé; sólo dije: "¡Fuera de aquí!".

Vosotros, que sabéis, habéis visto que su voluntad no se plegó a ningún consejo divino o sacerdotal o iluminado. Por eso han sido castigadas. Y también sabéis que dije: "¡Basta!" porque Dios es bueno pero no se deja pisotear. Dejé que siguieran su obstinado camino de imprudencias y desobediencias y, sólo por misericordia, hice aún llamados a la recta senda. Rogad por ellas para que la Misericordia no las abandone, especialmente a ella, a la que quiso convertirse sólo de palabra. Recordad, recordad aquel dictado muy severo[1]. Y ni siquiera éste sirvió.

Mas no tengáis remordimientos; no los tengas tú, Romualdo, ni tú, María. Aunque Yo mismo hubiera bajado del Cielo, no habría logrado mudar su corazón. Estoy en la puerta de su corazón. Mas no puedo entrar porque ella ha llenado su interior con su yo y no con su Dios. Golpeo a su puerta, mas no oye porque dentro resuenan sus voces, no la mía.

¡Oh, soberbia!, rogad, rogad, rogad por ella!>>.

Tras un momento de silencio, Jesús concluye así: <<¡Si supierais cuánto han decaído sus méritos, cuánto debe hacerse perdonar!>> Su voz es tristísima.

[1] La escritora agregó la fecha del dictado que es poco inteligible, y la cita: Jeremías cap. 31, v. 21-22. Se trata del dictado del 2 de diciembre de 1945.

24 de marzo de 1946

Tercer domingo de Cuaresma

He esperado tanto este día y con tal ansiedad por oír la palabra angélica, tan dulce, tan límpida y consoladora.

He de decirle que, desde el momento en que Ud. se fue, está presente de manera constante y visible un ángel, que no me parece el mío. Le aclaro que no me parece el mío porque, mientras Azarías se muestra de costumbre materializándose en su belleza tal como ya se lo he descrito, éste es completamente espiritual, con una luz vivísima, que sólo un milagro divino me permite fijar y tiene la incorpórea belleza de los seres espirituales; para moverse no usa los pies sino las dos luces de las alas; todo en él es luz: el rostro, las manos cruzadas sobre el pecho, su atavío inmaterial y sumamente cándido… Digo manos, rostro, atavío, porque nosotros los pobres mortales, podemos expresarnos sólo materialmente para explicar lo que vemos. Pero este hermosísimo espíritu, que no me deja nunca y con el cual el alma enlaza continuos coloquios de amor, cuenta sólo con la incorpórea condensación de su espíritu bajo forma de rostro, manos, atavío, para hacerse presente a mi vista espiritual y esta posibilidad está tan reducida a lo mínimo necesario, que es una expresión impropia y excesivamente material hablar de rostro, manos, atavío. En fin, se me aparece como el Ángel del Getsemaní, que era "luz en forma de ángel"; me parece uno de los muchos ángeles vistos en los coros del Paraíso… ¡Oh, luz, luz que canta en los inconmensurables espacios azules del Cielo!… Me parece uno de los ángeles navideños… presentes a los pastores… uno de los que, en una de las últimas noches de exilio en Compito, me elevaron al éxtasis con sus vuelos y con el canto de armonías inexpresables…

No sé quién es. Sé que su presencia es mi consuelo. Es para mí más que la dulce luz de la luna para el viajero solitario y extraviado, me da la certeza de que no estoy sola y que, por el contrario, estoy en la mejor compañía, con la mejor guía y en el mejor de los caminos: el del ángel de Dios, en la senda que recorren los ángeles: la de Dios. No sé quién es. Me deleita con su presencia, pero no se revela.

Ayer Marta estuvo en Camaiore y se ausentó por seis horas… Pues bien, aun habiéndome quedado sola en mi cuarto por 3 horas de las seis en que no estuvo Marta, yo estaba tan contenta por esa angélica presencia, que casi sentía un alivio físico. Me quedé ensimismada en esa contemplación meditativa que a los extraños

puede parecerles casi somnolencia pero que, en cambio, es fervor espiritual, y así gocé de ese deleite… ¡Qué paz había en mí!…

Pero ahora se muestra a mis ojos Azarías y habla. Entonces, el ángel luminoso no es Azarías…

Azarías se arrodilla para escuchar a Gabriel, que me saluda aumentando su luz y diciéndome: <<¡Ave María!>>. Dice solamente: <<¡Ave María!>>. Luego pronuncia una palabra tremenda -¡Oh!, verdaderamente es una palabra tremenda- y me imparte una orden ¡¡¡muy condenatoria según sus razones!!!, pero me la llevaré conmigo a la tumba. El Arcángel dice: <<Es más tremendo que el secreto de Fátima y no debe ser revelado porque los hombres aun estos para quienes ha sido emitido, no merecen conocerlo. Luego el Arcángel, junto con Azarías, que se ha puesto de pie nuevamente, canta: <<Bendigamos al Señor>>. Contesto: <<A Dios gracias>>, como me ha enseñado Azarías y repito con ellos: <<Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo>>… Y Ahora tengo también el angustioso peso de este tremendo secreto…

Dado que el Arcángel me ha saludado con el "Ave María", creo que el que habló el 5 de diciembre fue él. ¿Se acuerda de este mensaje con reglas de comportamiento para con Dora? Pero no pido nada… y permanezco en mi incertidumbre.

25 de marzo de 1946

In Nomine Domini.

¡Por fin vuelvo a tomarte, dulce Evangelio, santa sucesión de mi Maestro por los caminos de Palestina! Ahora que he obedecido todo, vuelvo a tomarte. O mejor dicho: vuelves a tomarme.

No sé si alguien reflexiona sobre la lección muda, pero tan formativa, que imparte el Señor con sus silencios, causados por tres motivos fundamentales:

I. La piedad por la debilidad del portavoz enfermo y, a veces, hasta moribundo.
II. El castigo del silencio para el que no se conduce bien respecto a su don.
III. La lección que nos imparte: el deber de obedecer siempre, aun cuando nos parezca que dicha obediencia es inferior a la tarea que suspendemos para cumplir con ella. Deseo hablar de esa lección. ¡Oh, no es fácil ser "voces"! Se vive constantemente en un continuo ejercicio de vigilancia y obediencia. Y Jesús, que es el Patrón del mundo, no se permite hacer

transgredir la obediencia que está cumpliendo su instrumento, si es una obediencia dada por quien está investido del poder para darla.

En estos días, yo tenía qué obedecer a lo que el P. Migliorini me había mandado hacer. Eran cosas sobremanera burocráticas y, por eso mismo, sobremanera aburridoras. Pero Jesús no ha intervenido nunca, porque yo tenía que cumplir con esa obediencia. Y debía hacerlo de modo exacto, total, como dijo ayer Azarías al explicar la Santa Misa.

Pero ahora que lo he hecho todo, puedo contemplarte, ¡oh mi Señor!…

1° de Abril de 1946

Dice Jesús:

<<En el aniversario de su crucifixión, le doy mi bendición a mi crucificada[1] y también un deber de obediencia que tiene qué cumplir enseguida. Escribe inmediatamente al Padre y adjunta a tus noticias lo que te digo>>.

He aquí lo que dice Jesús:

<<El 19 de marzo escribiste en las "direcciones", además de haberlo suplicado de viva voz y de haberlo escrito y dicho a los Padres, que "dispongan de modo tal que tengas junto a ti a un Padre que por su edad y su madurez de espíritu, sea ya de formación más adulta y que, por eso, dé más seguridad de obrar con santidad, con seriedad y corrección que el Padre Mariano". Si no hubiera sido por el hecho de que, en esos días, ya te habían azotado demasiados embates de dolor, te habría azotado Yo mismo a causa de esa frase. Pero tuve piedad. Ya habías exprimido toda la justicia de que estabas colmada y no te quedaba ni siquiera una gota para recordar una justicia mía. En el dictado del 25 de diciembre de 1945 me compadecí de ti, también por el recuerdo de otras dolorosas experiencias tuyas ahora que, alimentada por la unión de tu Señor gracias a la calma que siguió a la turbación provocada por tantos hechos perturbadores acaecidos en poco tiempo, tu justicia es fuerte otra vez en ti como para hacerte entender mi justicia; ahora que se han calmado tus temores de tener que encontrarte con un nuevo Padre: Pietro P.[2], ahora hablo Yo. Hablo para decirte que has desconfiado de tu Señor, de su amor por ti, de su pensamiento, hasta el punto de pedir un Padre que no fuera Mariano.

Pero ¿qué es lo que dije el 25 de diciembre? Dije: "¿A quién se ha de confiar el pequeño Juan cuando el Padre Migliorini ya no esté en Viareggio? Será

[1] La escritora cayó en cama el 1° de abril de 1934 y ya no volvió a levantarse.
[2] Se trata del Padre P. Pennoni.

confiado al que, entre los Siervos de María de Viareggio, lleva el nombre de mi Madre". El pequeño Juan debe tener por padre a Mariano; y Mariano debe tener por hijo al pequeño Juan. Y si la edad está invertida en los dos seres, los factores quedarán intactos: uno que tutela y uno que es tutelado. Y el total será el mismo: la recíproca elevación de los dos, a quien Yo uno por intercesión de mi Madre. Ni remotamente debías pensar que Yo pudiera equivocarme o que fuera imprudente o que no fuera solícito con mi María. Has hecho mal poniendo tu juicio delante del mío para cubrirlo con él. Y has hecho mal juzgando sin conocer, juzgando a Mariano por el recuerdo de Pietro y creyendo por eso que todos son iguales a uno solo que no fue bueno. No lo hagas nunca más. Fíate de tu Señor. Él no desea nada que no sea para tu bien. Por lo tanto, manteneos unidos y sé para él madre e hija al mismo tiempo.

¡He ahí a mis jóvenes sacerdotes! ¡Son ellos precisamente los que deben ser nutridos con lo sobrenatural para superar y neutralizar los venenos del mundo racionalista que me los corrompe! ¿Sabes cómo llama mi Madre a los jóvenes sacerdotes? Les llama "mis niños". Los ama sobremanera y si ve a uno que, en lugar de ir arrastrando su misión, la sobrelleva con júbilo y vuela en alas de la perfección, goza por ello como si se tratara de una resurrección. Y si, en cambio, ve a uno que falta y en lugar de convertirse de sacerdote en santo, se convierte de sacerdote en hombre o aún menos, sufre como si de nuevo se le hubiera clavado una espada en el corazón, María, mi Madre me ha suplicado por Mariano. Y eso debe hacer que te sea muy amado.

¿Durará esta unión? ¿O no durará? No te preocupes. Durará lo necesario para darle a Mariano un perfeccionamiento que le servirá para su ministerio. Deja que actúe la Sabiduría que es todo amor. Y ajústate a las medidas que te he ordenado.

Tienes que decirle a Romualdo que no conserve avaramente para sí estas palabras, sino que las someta inmediatamente a sus superiores para que dispongan las cosas según mi voluntad. Además tienes que decirle que no se repita en roma lo que sucedió en Viareggio, o sea, que se esparzan mis palabras a derecha e izquierda. ¡Acabemos con las imprudencias y las desobediencias!

En el dictado del 20 de marzo, dirigido a Romualdo, le prometí que Yo y mis ángeles tomaríamos su lugar en la total dirección de María. Y es lo que estamos haciendo. Como un niño guiado por su mamá, María es guiada por Mí y por el ángel en todas las cosas, no sólo en las espirituales sino también en las de la vida cotidiana. Y ella ya ha advertido esta guía. Por lo tanto, que Romualdo esté sereno, que piense que Yo y el ángel podemos guiarla únicamente de un modo justo y que con María se puede estar tranquilo porque es un espíritu obediente y

se deja conducir sin resistencias, aun cuando su voluntad, si se le dejara a su libre arbitrio, sería completamente opuesta a la mía. Por todo esto, que esté tranquilo y que obedezca como obedece "nuestra" María.

Que mi paz sea con vosotros>>.

Siento la necesidad de cerrar este cuaderno tras haberos hecho una reflexión que, a propósito, no he querido hacer hasta hoy, esperando una reacción de mi pobre yo, después del esfuerzo cumplido desde el 17 hasta el 21 de marzo y aún antes, para permanecer en… equilibrio durante la tormenta que para Ud. comenzó el 27 de febrero, pero que para mí ya había iniciado, y de modo violento, en diciembre, para alcanzar su máxima intensidad entre el 17 y el 21 de marzo. Me conozco… y sé que tiro, tiro, tiro, hasta que hay necesidad de tirar, de seguir firmes para sostener, para guiar, para consolar, etc., etc. Pero luego… luego me tomo la revancha, o mejor dicho, se la toma mi propia índole. Y, por lo tanto, llegan los desconsuelos, el desasosiego y… las crisis nerviosas. Sin embargo, he de decirle que, después que Ud. partió el 21 por la tarde, en lugar de suceder lo que yo preveía, no sólo no me acometieron la nerviosidad y el desconsuelo, sino tampoco ese doloroso estupor que me invade a veces cuando se produce un hecho muy penoso para mí (Esto no se lo digo para jactarme, porque no tengo que jactarme de nada, sino para elevar loas a Jesús, que me ha cambiado milagrosamente). En lugar de todas estas cosas que no se produjeron, se produjo una gran paz, una paz infinita, mucho más profunda de la que he disfrutado hasta hoy, en verdad una paz paradisíaca… He esperado muchos días para decir esto, porque no me podía persuadir de que iba a perdurar en ese estado. Ahora me he persuadido. También superé horas de agonía física, en la que, por lo general, el deseo de su presencia siempre era más fuerte. Mas, aun en esas horas, la paz era inalterable y perfecta. Creo que esta afirmación le pondrá contento porque muestra que brilla cada vez más la verdad de la obra de Dios en mí, en la pobre María que en sí encierra todos los defectos y a la que Jesús se los va quitando uno a uno. Bendigámosle por eso.

Tampoco me turba el dictado de hoy, aunque contiene un reproche para mí… Reconozco que he faltado. Le agradezco al Maestro porque me ha corregido. Prometo que evitaré volver a caer en semejante falta. Y estoy en paz como si Jesús, en lugar de reprocharme me hubiera alabado. ¡Bien sé que por mí misma no valgo ni siquiera dos centavos fuera de curso! Mi único deseo es dejar contento a Jesús. Deseo sólo eso. Nadie mejor que yo está convencido de mi misma miseria… Pero esto no me abate. ¡Por el contrario!, me lleva a cantar más

fuerte que nunca el “Magnificat” de alabanza a Él, a Él que lo determina todo en mí…

(Nota particular: La crisis cardiaca que me ha acometido hoy, probablemente es la consecuencia de la hora de tan intenso y recíproco amor del sábado 30 de marzo, a la que se refiere Azarías. Durante esa hora, creí que me iba a morir por demasiado amor… Por eso, mi corazón estuvo agitado por todo el día de ayer y esta mañana ha cedido. Pero la Semana Santa ya está cerca…).

7 de abril de 1946

Domingo de Pasión.

Me despierto tras haber dormido serenamente; he soñado que estaba en un prado de hierba corta, recién brotada, esmeraldina, limitada por un muro bastante alto pero del que yo, no sé por qué razón, decía: “Hay que alzarlo todavía más” y aclaraba: “como defensa”. Y, en efecto, el muro se alzaba hasta alcanzar al menos 5 metros de altura. De este modo, tan liso y alto, era imposible superarlo… No veía más que ese prado grande, sin huella alguna de planta humana, ese muro altísimo y, en lo alto, un cielo tapizado de estrellitas que el alba naciente hacía cada vez más pequeñas y pálidas. Me despierta mi Señor, que me llama y posa su mano en mi cabeza. Abro los ojos y digo: <<Heme aquí, Señor. Estaba durmiendo…>> y me siento un poco confundida al pensar que he imitado a Pedro, Santiago y Juan, que se quedaron dormidos demasiadas veces en las horas más solemnes para su Maestro: en el Tabor y en el Getsemaní.

Pero Jesús sonríe y dice:

<<Y Yo estaba velándote, dulce víctima mía, que te consumes por mi amor. He venido a decirte que Yo estoy allí donde una criatura sufre su pasión y le hablo con la voz de todos los espíritus celestes, con la figura de toda la liturgia, además que con mi amor siempre más fuerte y presente, porque Yo sé qué es la Pasión, en sus precedentes y en su final y tengo infinita compasión por el que la padece por amor mío y por amor de las almas. ¡Oh, almas víctimas del mundo y del amor!, Yo ya he probado todas vuestras angustias. Día a día, cuanto más te revelo mi triple Pasión de Maestro incomprendido, de Voz escarnecida, de Salvador perseguido, tanto más te descubres, en tu dimensión de criatura. Y como a ti, les sucede a todos los que he elegido para un extraordinario servicio. Y, al igual que Yo, que tenía fija la mirada en el “fin”, en el luminoso, sereno y glorioso fin de mi largo y múltiple sufrir y decía: “Debo pasar por este momento

doloroso para alcanzar ese otro glorioso", vosotros debéis tener siempre fijos los ojos en este "fin", en la caridad perfecta para las almas, que se cumple con el sacrificio total de sí mismos. Siempre debéis tener fijos los ojos en ese "fin" para proceder entre las crueles zarzas de nuestra vida, llenas de serpientes, de espinas, de trampas; para proceder con vuestro peso sobre los hombros a fin de alcanzar la meta (la inmolación, que también es el logro de vuestro fin, o sea, la corredención). No hay amor más grande que el de quien da la propia vida por los hermanos y los amigos. Yo lo he dicho y lo he hecho.

Ven María, camina, ¡oh María, mi querida, mi dilecta María, mi violeta que se consume por Mí –que soy tu Amor- y por los hermanos!, ¡oh mi Consumida, que sólo de Mí recibes un verdadero intercambio de amor!… Vayamos juntos. El mundo y Satanás podrán odiarte, pero podrán hacerlo sólo hasta el límite que Yo he fijado, un límite alto, infranqueable como el muro que has visto en el sueño. Ellos están más allá de ese muro, en su rumoroso y caótico mundo, enfangado por todas las concupiscencias, sembrado de todas las herejías más venenosas… tú estás de esta otra parte del muro, en el desierto de este prado que ostenta sólo serenidad y una pobreza simple y florecida de hierba virgen de corrupciones. Este prado lo hemos hecho, juntos, Yo y tú: Yo, con mis palabras; tú, con tu obediencia. ¿Ves cuán grande es? ¡Y qué paz emana!… Y, en lo alto, el cielo es sereno y está constelado por innumerables estrellas que te miran y te esperan. Son tus amigos celestiales, mi dilecta esposa. A causa de mi luz parecen más pequeños y deslucidos. Mas, cuando Yo te dejo, llegan ellos con su luz paradisíaca y te consuelan. Camina sola, mas nunca sola, hasta el final. Y luego ¡oh, alma consagrada por el dolor!, ¡oh María, consumida por tu Dios y por las almas (como deberá estar escrito en el epitafio de tu lápida, ¡oh, pequeña mártir!, y como deberá estar escrito –esto y sólo esto- en todo lo que te recuerde a los hombres), luego te cautivará el rayo de una estrella, de tu Estrella Matutina, para llevarte al Lugar de la Paz eterna. Desde allí, enviarás rayos de luz sobre los hombres, luz de amor; las páginas que escribiste con suma obediencia para fijar mis palabras en el papel, serán luz de verdades y como una luz te recordarán los hombres buenos. ¡Los hombres buenos!… También en eso te parecerás a Mí, porque mi infinita Luz fue amada y acogida sólo por pocos hombres de mis tiempos. Los demás, las tinieblas, no quisieron acogerme y siguieron siendo tinieblas.

¡Te bendigo con todo mi dilecto amor para tu consuelo, para tu consuelo, para tu consuelo!>>.

Me quedo conmovida y feliz… Permanezco así hasta que mi Azarías comienza su explicación[1].

Todas mis penas están causadas por la constatación cotidiana de que las Palabras que me ha dictado Dios *están en manos de todos y son propagadas, alteradas, usadas, sin ninguna aprobación… ¡Cuánto, cuánto dolor me causa esta desobediencia a las órdenes tan precisas que ha impartido Jesús!…* Sólo Dios mide en amplitud y en profundidad el tormento que me causan *las desobediencias de los demás.* Pero son tiempos de Pasión…

[1] Se trata del comentario de Azarías sobre la misa del domingo de Pasión.

18 de abril de 1946

He aquí las palabras de Jesús durante el acto de agradecimiento de la Santa Comunión del Jueves Santo.

Yo estaba rezando ardientemente por el Padre, por Paola, por la Madre Teresa, por la Fed.ci[1] y, en fin, también por mí para que quede bien claro que soy inocente y para que Dios me defienda. Al rezar decía: <<¡Oh, Señor!, te ofrezco la Santa Comunión de hoy, fiesta de la Santa Eucaristía, para que me socorras y socorras a quien quiero y a quien siento que tiene tanta necesidad de ayuda. Santa Virgen de Fátima, San Juan Ap…>>.

Jesús me corta la palabra diciendo:

<<Has nombrado las dos almas eucarísticas por excelencia.

María, mi Madre, fue la perfección de las almas eucarísticas. Eucaristía quiere decir tener en sí mismo a Dios con su Divinidad y su Humanidad. María tuvo a Dios en su espíritu con su Divinidad desde que fue concebida en el seno de Ana; tuvo a Dios con su Humanidad cuando de hija pasó a ser Esposa de Dios y de Dios quedó grávida; tuvo a Dios con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y su Divinidad, desde la noche del Jueves Santo hasta la Dormición, porque la Eucaristía fue su alimento, y su seno y su espíritu fueron el tabernáculo de la Eucaristía.

Juan, el predilecto, tuvo pureza y amor desde que tuvo uso de razón en adelante, tuvo el deseo ardiente de Dios desde sus más tiernos años, tuvo absoluta fe en Jesús, que encontró a orillas del Jordán, resultó victorioso sobre los aspectos y cálculos humanos, por amor a Mí. Desde la noche del Jueves hasta su casi centenaria noche abrió su ser para recibirme en el Sacramento del Amor, así como antes había abierto su intelecto para recibir mi Palabra.

Son los dos espíritus eucarísticos más perfectos entre todos los que tuvo y tendrá la gran familia de los cristianos>>.

No dice nada más porque estos son días de penitencia y no hay penitencia más grande para la pobre María –que ya no puede hacer las ordinarias y cotidianas penitencias que tanto amaba sino cuando la bondad de Jesús se lo concede- que este silencio de Jesús… Pero hoy estoy contenta porque he podido retomar las penitencias que Jesús me había quitado debido a mi estado. Las he ofrecido como reparación por los sufrimientos de Jesús y por el Padre Romualdo que, *justo hoy*,

[1] Se refiere al Padre Migliorini, a Paola Belfanti, a la Madre Teresa María, a Emma Federici.

me propina un reproche… Y es otro golpazo, más doloroso que los materiales… Ofrezco también este reproche al Jesús dolorido por mi dolorido director… que me hace padecer más que nadie… Retomo mis plegarias sola en mi cuarto (son las 21) porque Marta ha ido a visitar las Siete Iglesias.

Hace poco que se ha ido la Señorita Rocchiccioli, hermana de mi Párroco, que ha venido a hacerme una visita de enhorabuena. Después de haber hablado de un poco de todo la conversación cae sobre Dora Barsottelli… la define según lo que muchos piensan, insistiendo en sus afirmaciones que, cuando llegue el marido le dirán que no está enferma sino que es histérica (me parece que así dijo…) y esto se debió a que se ha enamorado del sacerdote del lugar (?) ¡Muy bien!… ¡No faltaba más! Comentario: si fuera santa no diría ciertas cosas. La Señorita Rocchiccioli tiene razón; lo que no está bien es que generalice. Concluyó así: <<Cuando estábamos evacuados, me hablaron de uno, o una, que escribía relatos, dictados, ¡qué sé yo! La seguía el Padre Migliorini. ¿Nunca se los ha dado para que los leyera?>>.

Respondo: <<No, no me los ha traído nunca>>. En efecto… no era necesario que me los trajera… En cambio, yo misma se los daba para que se los llevara… pero para que los custodiara él…

La Rocchiccioli terminó diciendo: <<Nunca he creído en eso, porque los santos no hacen publicidad; ya el hecho que quieran darse a conocer demuestran que no son santos. Pero viendo que el Padre Migliorini estaba leyendo esos fascículos, por curiosidad se los pedí. No quiso dármelos, aduciendo que su superior no le daba el permiso. "¡Pues quédeselos!" le respondí. Total, para creer que uno es santo, espero verlo en el altar. ¡Y a más! Si hubiera sido santo o santa, si no era un loco o una loca, no se hubiera dado a conocer antes y habría esperado que la Iglesia lo proclamase>>, etc., etc.

<<Tiene razón, le contesté. El alma que ha comprendido a Dios no va en busca de alabanzas y reconocimientos humanos>>. ¡Y se lo dije archiconvencida! *Es lo que predico desde hace tres años…* y que nunca ha sido escuchado.

Pero por dentro, sintiendo el dolor de quien ve hecho trizas en el fango algo que es más que una obra maestra, lloraba pensando una vez más en todo el mal que se le ha hecho a la *Obra de Dios*. Es inútil resentirse, Padre mío, y rebelarse a esta verdad. Es inútil intentar persuadirse que no es un mal lo que ha sido hecho contrariamente a la voluntad de Dios y a la continua plegaria de quien, para obedecer a Dios, nunca ha querido darse a conocer y que no quería que lo fuera la Obra antes de su muerte. Además de la pena de tener que mentir diciendo: <<Eso no lo conozco, existe la pena de oír juzgar como error precisamente lo que no se ha hecho y de considerar la Obra como una exaltación (y no se lo merece). *Y*

luego existe la pena mayor, la de ver considerado como objeto de burla lo que, en cambio, es palabra de Dios.

¡Oh, cuánto, cuánto, cuánto dolor hay en mí! En verdad, estoy azotada más que si lo fuera por verdaderos azotes… Pero >Tú conoces la Verdad, ¡oh, Jesucristo! Tú la conoces… Estoy convencida que la Rocchiccioli lo dijo sin malicia, sin saber que delante de ella se encontraba la persona que estaba criticando y, si un día llega a saberlo, se quedará más mortificada que yo. Pero, mientras tanto, *¡cuántas mortificaciones, cuánto dolor hay que padecer viendo la Obra santa despojada de su digno atavío sobrenatural!,* ¡viéndola reducida a una bufonada, a una bufonada risible!…

¡Oh, Padre! Ud. que alza la voz porque María le señala toda la gravedad del error cometido divulgando el secreto del Rey[2], ¿qué sabe Ud. de mis cuitas, que me hacen derramar llanto y vida? ¿De qué se aflige?…

Es la noche del Jueves Santo… Jesús ha perdonado… y yo también perdono…

[2] Tobías 12, 7.

19 de abril de 1946

Viernes Santo.

Tu Sangre y tu Pasión.

(Mis tres Viernes Santos memorables 1930, 18 de abril. Primer ataque de angina pectoris, en la iglesia, en las tres horas de agonía, cuando se pronuncian las palabras: <<Dios ¿por qué me has abandonado?>>. 1934, 29 de marzo. La herida del dolor de compasión, que me desgarra a muerte; 1943, 23 de abril. Desde las simples e íntimas palabras al verdadero dictado con su presencia).

20 de abril de 1946

Sábado Santo.

He aquí las palabras del muy glorioso Resucitado que, aun así, me hace participar hasta el alba de la mañana del tormento de la Virgen Madre y se me aparece sólo para revitalizarme con la triunfal belleza de su Cuerpo, resurgido de la muerte.

<<A los que pueden no comprender las razones de infinita misericordia por las cuales Yo no revelo, no acuso, no señalo a vuestro desprecio, demasiado fácil, las almas imperfectas y aun culpables, recuerdo las palabras finales de la profecía de Jonás, el que fue a mi imagen al ser tragado por la ballena: "¿No he de tener compasión de Nínive, ciudad grande, en la que hay más de ciento veinte mil personas que no saben distinguir la propia mano derecha de la izquierda?"[1]El que habla a Jonás era el Señor, el Señor del tiempo del resentimiento y del rigor, era el Dios Padre… Mas Yo soy el Hijo, que se encarnó y murió para traeros perdón y amor. Yo soy la Misericordia. Yo soy el Amor. Yo soy el Perdón. Yo soy la Compasión. Yo defendí a la adúltera no porque su pecado me parecía leve, sino porque los que la acusaban no estaban libres de pecado. *No se puede condenar cuando no se es inocente. Con ese acto, os di esa enseñanza.* Yo perdoné a los grandes pecadores que el Evangelio os hace conocer, porque perdonar, porque acoger bajo la propia protección es conceder tiempo para redimirse. *Con esos perdones y protecciones, os di esta enseñanza.* Yo perdoné a los que me crucificaron porque "no sabían lo que hacían". Estaban embriagados por los fermentos de sus pasiones. *Con ese perdón os enseñé esta verdad,* porque todos los que se equivocan están embriagados por alguna pasión malvada. Esto no

[1] Jonás 4, 10-11.

justifica su mal proceder. Mas la Misericordia concede el perdón para darles tiempo y ayuda a fin de que salgan de su error. La Justicia sucede a la Misericordia sólo cuando "todo se ha cumplido" también para ellos, o sea, cuando ha terminado la vida terrena, que es una continua cadena de misericordias de parte de Dios, que es una continua tutela de parte del espíritu angélico, que lucha contra el infernal. Entonces llega, pues, la Justicia, como un acto justo hacia ella misma y hacia los justos, que no deben ser equiparados a los pecadores.

Que esto os haga entender, a ti y a los que podrían asombrarse de mi comportamiento hacia las almas que ya sabes (Federici, Dora, Antonio, Pia, etc.), porque para estas almas aún sobreabunda la Misericordia que redime frente a la Justicia que condena. Imitadme, para ser humildes, tiernos de corazón, caritativos como Yo ante el prójimo pecador. Usad mis medios para redimir a los pecadores: *"Plegaria, sufrimiento, amor".* Y no os quejéis de Mí ni juzguéis mis juicios, pues todos son justos, mis acciones, pues todas son santas, y vosotros no tenéis capacidad para entenderlas con vuestros sentimientos y afectos limitados>>.

Después del reproche del Señor, llega otro del Padre Migliorini… ¡Coleccionémoslos con santa mortificación! Tarde o temprano tendrá que decir, como ya sucedió en Compito el 19 de diciembre: <<Ahora que conozco todos los hechos en su completa verdad, expreso otro juicio>> Puede que me diga esto cuando ya los dos estemos del otro lado… Pero no importa. ¡Llegará el momento en que lo dirá! Espero este momento. Sé esperar. Y sé callar cuando advierto que no se quieren acoger las palabras sinceras. También Jesús callaba cuando entendía que era inútil hablar porque aun la más persuasiva e irrefutable explicación o afirmación de hechos que, lamentablemente, eran verdaderos, no podía ser aceptada por su opositor. Imitaré a mi Jesús y le delegaré sólo a Él, que es mi Maestro y Juez, para que me defienda, para que haga brillar la verdad y para que provea a mí, pobre huérfana espiritual, dado que el Padre Migliorini no me entiende más…

3 de mayo de 1946

Dice la muy beatificante Vos del Espíritu Santo:

<<Porque estoy sobre ti, estás en el haz de mis rayos. Soy Yo toda la luz que recibes. Soy Yo toda la paz de que gozas. Soy Yo todo el júbilo que experimentas. Estoy sobre ti, no visible pero presente. Aunque creas estar sola,

estás protegida. Porque el Amor no falta nunca junto a las agonías y a los sacrificios de los que trabajan por la gloria de Dios y la redención de las lamas.

Aunque nada parecía demostrado, Yo estaba junto al Verbo inmolado. Él clamaba por el Padre y le consideró ausente. Pero así no fue en cuanto a Mí. Yo estaba en Él cuando sublimaba el amor elevándolo a la potencia del Sacrificio. Yo estaba en Él y le daba la fuerza de sufrir el infinito dolor del mundo, de todo el mundo y por el mundo. Yo había formado el Santísimo Cuerpo. Era justo que Yo estuviera en el Corazón de Víctima del Amor para recoger sus infinitos méritos y llevárselos al Padre. Yo fui el Sacerdote del Calvario. El que alza a la Víctima y la ofrece. Yo fui Sacerdote porque *el amor siempre es sacerdote en el sacrificio*, es su indispensable sacerdote.

Estoy sobre ti, en ti, contigo. Te doy fuerzas para sufrir y te ofrezco al Padre con tu sufrimiento. Déjate inmolar por el Amor que te ama. Quédate en Mí como Yo estoy en ti.

Que la paz del Amor sea contigo>>.

Este dictado del Espíritu Santo, breve pero portador de tanta alegría, responde, en estas primeras horas del primer viernes de mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, a una pregunta íntima que me he hecho mientras rezaba y sufría mucho por una violenta crisis cardiaca.

Me decía: ¿Cómo puede ser que una criatura sufra contemporáneamente tanto dolor material y moral hasta alcanzar la agonía y junto a ello experimente un gozo tan intenso que parece consumir aún más que la enfermedad pero que, al mismo tiempo, resulta más vital que las medicinas? ¿Por qué me siento tan feliz propiamente yo, que estoy tan enferma y, aún más importante, que estoy tan afligida por el Padre Migliorini por lo que se refiere a los escritos venidos del Cielo que, a pesar de la diversa opinión del Padre, advierto sometidos a juicio y, sobre todo, a un juicio severo y mal dispuesto?".

El Espíritu Santo, con su voz inmaterial, que con sólo acercarse eleva al éxtasis, me dice lo que acabo de escribir…

Mientras el Espíritu Santo me saluda antes de callar, viene el Padre Mariano con el Santísimo Sacramento. El Padre Mariano me encuentra abatida… Creo que mis sensaciones –lo creo sin temor a equivocarme- son semejantes a las de los mártires agonizantes, o sea, *debilidad física y sufrimiento físico total pero, en cambio, júbilo y paz espiritual llevadas al límite máximo de que pueda gozar una criatura aún en la Tierra…*

13 de mayo de 1946

Tras haberme mantenido por muchos días de su novena bajo el luminoso esplendor de su aparición. Santa María de Fátima me habla y dice así:

<<Dilectísimas hijas mías, tened el alma de Lucía, Jacinta y Francisco, que me recibieron porque eran simples como sus ovejillas. Sabed mirar siempre a lo alto, porque la Madre no desciende en el fango sino que se eleva sobre vosotros desde el azul del Cielo. Imitadme, amadme, elevaos, con mi candor como atavío del alma, con el espíritu orante como mis manos juntas en la plegaria por piedad de los mortales, con la mansedumbre de mi sonrisa para endulzar la vida de la comunidad y, sobre todo, con un corazón en lo posible inmaculado, dado que las hijas heredan de la madre también el corazón las características.

No le hablo a María de la Cruz[1]. Ella está en mi corazón, la única cuna que puede darle paz. En mi corazón traspasado puede entrar la pobre palomita cansada y quedarse en él para apagar su sed con las lágrimas de compasión que la Madre derrama sobre ella, y para descansar olvidándose de que existe el odio en el mundo, pues sería demasiado penoso para ella proseguir el camino sin el consuelo de mi amor. Amaos, vosotros tres y ella, que está sola. Amaos en mí y en mi Santísimo Hijo, que os ha unido en el amor por un gran deseo de su amor.

En Iria hay una nueva catedral. Es hermosa. Mas yo quiero las pequeñas capillas de los corazones que aman mi Corazón. Tienen más perfume de amor y están más colmadas de rosas. Haced que yo pueda descender en vuestros corazones para comunicaros mi dulzura y enseñaros a aceptar constantemente la voluntad divina. Esta aceptación me ha hecho Reina porque *se corona al que se quita la corona.* Es decir que la corona de la santidad se posa sobre aquellos espíritus que saben quitarse la corona de la propia humanidad y aceptan servir en todo al Señor.

Que mi bendición descienda sobre vosotros>>.

Ya la noche antes –era el 12 de mayo- se me había mostrado bellísima de seguro como la vieron los tres pastorcillos en lo alto de la encina, y con una sonrisa que elevaba al éxtasis, me había dicho: “Te bendigo, oh dilecta hija mía. Te doy todas las bendiciones de la Madre, todo el amor de mi Corazón, para consolarte de todo. Te bendigo, hija dilecta. Te bendigo>>. Y, a pesar de mi enorme sufrimiento físico y moral, me quedé dormida plácidamente, como si todo se hubiera calmado gracias a la sonrisa y las palabras de María.

[1] Es le nombre que tomó María Valtorta, como si se tratara de su propia consagración.

16 de mayo de 1946

A las 4 y 45 de la mañana.

Veo a mi mamá.

¡Es mi mamá! Demuestra una apacible tristeza. Su rostro está más sereno, ya no tiene cerúlea la palidez de las primeras apariciones; es el rostro de sus mejores horas y aún más sereno, como suavizado por el reflejo de una alma nutrida de paz… Pero está triste. Me mira con amorosa piedad. Es la mirada que muchas veces yo habría deseado que me dirigiera mientras era mi mamá en la Tierra, una mirada que recibí muy raramente y que, de todos modos, era más débil que la de ahora. Me mira… Parece que sufre… Pero ya no se encuentra lejos de mí, en zonas ultraterrenas, como en las primeras apariciones. Está justo aquí, hacia los pies de mi cama y mira a su alrededor, no sé si lo hace por curiosidad o para saludar a sus cosas, que ve en torno a mí. Sonríe a su retrato, colocado cerca de mí, sonríe aún más luminosamente a su Dolorosa, a mi miniatura, y luego mira el Jesús que tengo en la cabecera del lecho; su mirada es tan indefinible que no logro describirla. Parece que reza y adora y que se humilla pidiendo perdón… Parece que sufre.

Pienso que está triste porque hace dos meses que no logro hacerle decir una Santa Misa. Misa de sufragio. Antes, desde diciembre hasta marzo, se había calmado, o me parecía que se había calmado, porque ni la veía ni la sentía, como si la Santa Misa mensual le hubiera dado alivio. Le digo: <<Tienes razón mamá. ¡Pero si supieras cómo me encuentro! De un momento a otro dejarán de ocuparse de mí…>>.

Baja la cabeza con signo de negación…

Prosigo: “No sé a quién dirigirme para asegurarme que te den alivio con el Santo Sacrificio…”

Responde: “Yo lo sé, Nosotros, aquí lo sabemos. Pero no sufro por mí. Sufro por ti. ¡Pobre María, la nunca comprendida, la nunca amada, la nunca feliz!… No lo eres ni siquiera ahora que estás tan enferma y que te encuentras tan necesitada de ayuda. ¡Cuántas culpas tenemos que reprocharnos todos, a tu respecto!”.

“No sufras mamá. Sabes que estoy acostumbrada a este estado…”. No digo nada más porque comprendo que mis palabras serían numerosos reproches por los recuerdos del pasado, de su pasado y del mío…

Responde: “No puedo dejar de sufrir, porque ahora entiendo. Estamos sumergidos en un baño ardiente y luminoso, de amor expiatorio y, por eso,

vemos, conocemos y aprendemos, ahora, aquí, a amar a nuestro Dios y a nuestro prójimo, que en la vida amamos poco y amamos mal. Los sufrimientos del prójimo aumentan nuestra expiación porque, al caer el egoísmo, sabemos amar y sufrir con él y por él. Pero no te aflijas por eso. Esto nos sirve para llegar más rápidamente al Paraíso. Ten paciencia, María. Sólo Dios te ama. Pero te ama *muchísimo*. Y ahora te ama muchísimo también tu mamá, que aún no puede darte todo lo que querría para reparar. Ya ha terminado el primer período, el del remordimiento… y ahora estoy en el del amor activo. Pero todavía no puedo hacer más que rezar por ti. Mas quédate tranquila. Tú ya sabes amar y, por eso, estás protegida por el Amor. Yo aprendo a conocer en cada instante de la eternidad. Conociendo cada vez más, cada vez más aprendo a amar. Cuando sepa amar como nos ha sido ordenado, terminará la expiación y entonces podré mucho más. Aquí como en la Tierra, el Paraíso y el poder se obtienen amando. No llores, chiquilina (ése era el diminutivo con que me llamaba mamá en mi niñez y también cuando ya era grande, en los rarísimos momentos en que se mostraba expansiva[1]). El mal corresponde a otros. Ellos deben llorar, porque hacen mal. ¡Oh!, si supieras de qué modo se expía aquí lo que se ha hecho sufrir al prójimo. Todos ellos lo sufrirán. Es justo que así sea porque no tiene piedad de la criatura ni del medio usado por Dios. ¡Tendríamos que ser muy buenos mientras se puede serlo! Sé paciente y ofrece a Dios tu paciencia como sufragio por tu mamá. Es la ofrenda mejor porque justamente está hecha por ti, sólo por ti. Lo que me alivia son tus ofrendas, tus sacrificios porque, entre todos los seres vivientes, fue a ti a quien con mayor grado negué mi amor… Peppino ya no está entre los vivos… Adiós, Mario…” (ese es otro nombre con que me llamaba mamá, porque hubiera deseado tener un hijo en lugar de una hija y me llamaba “Mario” como para consolarse de haber dado a luz una niña…) Un fresco beso me roza la mejilla mientras la visión va ofuscándose… hasta desaparecer lentamente.

La llamo: “Mamá! ¡Mamá! ¡Dime!… ¿Ahora puedes hablar, mientras antes no podías hacerlo, porque estás más purificada? ¡Dímelo!…”. Pero se fue sin responderme. También quería preguntarle: ‘¿En diciembre, cuando estabas tan angustiada y me llamabas con esa voz llorosa, lo hacías porque veías lo que se me preparaba?’. Y además quería decirle: “¿Por qué papá no viene nunca? ¿Acaso no está en paz o, por el contrario, lo está de modo tan definitivo que obra desde el Paraíso sin necesidad de venir?”. Pero no me dio tiempo para estas preguntas. Me quedo con mis curiosidades pero, al mismo tiempo, siento un placido consuelo…

[1] Expansivo = Franco, comunicativo.

(Nota de las 10 de la mañana). Me he quedado tan serena que, tras una noche de continuo sufrimiento que me ha impedido dormir en absoluto, me adormezco dulcemente con el rosario entre las manos porque, después de haber dicho los 100 "Requiem" por mamá, había empezado a rezar el Rosario.

21 de mayo de 1946

La visión queda interrumpida por la carta que me llega de Roma. Es el Padre Migliorini y Jesús me dice: "Ábrela y léela". Lo hago. Y, en verdad, no sé qué responder… Mientras lo pienso, volviéndola a leer por segunda vez, me sobresalta la amadísima voz de mi Señor, porque la oigo justo a mis espaldas. Dice:

"Respóndele así en mi Nombre:

Lo dice la Sabiduría y lo dice el Evangelio, de modo que no debéis negar que son santas estas palabras: 'Jesús enseñaba en Nazaret, su patria y en sus sinagogas… Y se escandalizaron de Él… Y, a causa de la incredulidad de ellos, no hizo allí muchos milagros" (Mateo y Marcos)… "Y Jesús fue a Nazaret, donde se había criado, y entró en la sinagoga y se levantó para leer… Y dijo: 'Ningún profeta es bien recibido en su patria'…… Y los de Nazaret, sumamente indignados, le empujaron hacia la cima del monte y querían arrojarle desde allí" (Lucas). "Entonces Él comenzó a reprochar a las ciudades en las que había hecho muchos milagros y que no se habían convertido, diciendo: "¡Ay de ti, Corozaín!; ¡ay de ti Betsaida!… y también tú Cafarnaúm… porque no os habéis convertido al Señor"" (Mateo). "Y Jesús dijo: "Jerusalén que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados… he ahí que se os dejará desierta vuestra casa y no me veréis más hasta que llegue el día en que digáis. Bendito el que viene en nombre del Señor"" (Lucas). "Y Jesús, viendo Jerusalén, lloró por ella diciendo: '¡Oh, si tú conocieras… No has reconocido el tiempo en que fuiste visitada por el Señor'" (Lucas)[1].

Hete aquí que se ha dicho: Belén no quiso al Señor. Nazaret no quiso al Señor. Cafarnaúm no mereció al Señor y tampoco Betsaida ni Corozaín. Y Jerusalén odió al Señor porque "no le reconoció en su Palabra". Muchos son los "cristos" y muchos son los que se oponen a los cristos y a su misión lo que las ciudades de Palestina opusieron a su Salvador y Maestro. Di esto y di también: "El que tiene orejas para entender, que entienda, y el que tiene intelecto, que reflexione y el que tiene caridad, que obre".

[1] Mateo 11, 20-24; 13, 53-58; Marcos 6, 1-6; Lucas 4, 14-30; 13, 34-35; 19, 41-42.

Lo demás es una lección entre Yo y tú, ¡oh, portavoz mío!, y que mi paz, mi gracia, mi amor y el del Padre y el del Espíritu Santo, sean contigo".

26 de mayo de 1946

V° domingo después de Pascua.

La explicación de Azarías vendrá por cierto, pero está precedida en este domingo por la sonrisa de la Virgen Inmaculada, que se presenta con un blanco atavío como en las apariciones de Lourdes y Fátima, pero sin la faja celeste y el cordón dorado; lleva un simple cordón blanco que recoge su atavío, del mismo color, en la cintura; se ve el suave oro de los cabellos porque no hay velo ni manto. Es la Dulce, de blanco vestida, como se le veía a menudo en los veranos de Nazaret. Con la diferencia que ahora su vestidura es de un paño más espléndido que todas las telas terrenas; en verdad, parece un lino ultraterrenal. Ya desde ayer noche me consuela y me sonríe y en medio de los dolores que me impiden el sueño (que para mí sería, por algunas horas, una evasión de las excesivas angustias que me oprimen) siempre está presente, lo está cada vez que salgo de esa especie de entresueño interrumpido que es el único descanso de la carne desfallecida, agotada, que no puede descansar de verdad en un sueño auténtico. Su blancura, la emanación cándida de su Cuerpo glorificado y la inexplicable expresión de su Rostro irradian como una estrella en el cuarto oscuro y en mi corazón afligido. La noche transcurre de este modo y, por la mañana, la dulce Madre, está aquí todavía y seguirá estando en las sucesivas horas del día. Mientras estoy sola con Ella, la venero con las mudas palabras del espíritu y no pido nada porque sé que lo sabe todo, porque sé que está aquí para consolarme y que no es necesario que se lo pida, porque la Madre anticipa cualquier pedido de los que sabe que son sus hijos… Sumida en estos pensamientos, van pasando las horas.

Muchos dirán: "Yo habría pedido esto y esto otro". Si existe un latente pedido en mí, puede ser sólo este: "Haz lo que sabes que es mejor" Para mí no pido absolutamente nada. Dios sabe qué es lo mejor, María sabe qué es lo mejor. Por eso digo: "Haced Vosotros lo mejor…" y quedo en absoluta paz. Una paz que flota sobre todo lo que los hombres desencadenan con sus maldades, egoísmos, iniquidades, mentiras y otras fealdades semejantes, al soplar toda esa ruindad sobre el pequeño mar de mi espíritu que, en sí mismo, es plácido porque refleja el Cielo. Pienso: ¿qué castigo tendrán los que turban los espíritus dedicados por entero al servicio del Señor?

La Purísima Madre me responde:

"Será el castigo que Jesús te ha explicado en muchos dictados. Y, que en tu caso, has notado que se verificó muchas veces. Porque es inútil dar otros nombres a lo que les sucede a éste o a aquél, que faltaron a su misión junto a ti o que te causaron dolor o turbación. El nombre es el que ya sabes.

¿Recuerdas, hija mía, esa hora de desconsolada paz en que me aparecí con el hábito de servita y te estreché a mí, bajo el manto negro, para protegerte, mientras lloraba mirando hacia septentrión[1]? Ahora te explicaré el significado de esa profética visión.

Aunque ahora no puedo explicarte las razones, mi Hijo te había puesto bajo la tutela de los Siervos de María, porque no puedes estar sola, hija mía, con tu gran tesoro. También a mí, cuando el Tesoro del Cielo y del mundo estaba a punto de descender en mí, el Eterno me había puesto bajo la tutela de un esposo, inútil para generar pero necesario para tutelar. Mi divina Maternidad habría podido cumplirse perfectamente aun sin San José. Pero la Santísima Sabiduría me impuso un esposo, sea por el escándalo que iba a ocasionar una mujer soltera que generase un hijo, sea por la señal que esta maternidad en una inocente iba a dar a ese incansable escrutador de almas que es Satanás, y, en fin, porque un niño tiene necesidad de un padre como protector. Todas estas razones se me evidenciaron desde el momento en que el Espíritu Santo se infundió en mí y me hizo Madre. Entonces comprendí que mi matrimonio, que yo había aceptado sólo por obediencia, era justo.

Pues bien, hija mía, también a ti Jesús te había dado una tutela. Te había dado esa tutela. No preguntes por qué fue ésa y no otra. Sería lo mismo que querer averiguar por qué el apóstol número 12 fue Judas de Keriot y no, por ejemplo, uno de los santos y humildes pastores. Pues bien, yo te acogí bajo el manto negro de Servita; yo, que lloraba vestida, con ese hábito, porque veía –y ya puedes entender hacia dónde miraba- porque veía que se desobedecían demasiado los decretos de mi Jesús acerca de la Obra, acerca del instrumento y del modo de tratar éste y aquélla. Te estreché a mí, junto a mi corazón, te protegí con mi manto mientras lloraba por los que no cumplían su deber, para que no sintieras demasiado vacío en el lugar en que mi Jesús te había puesto por un especial y siempre adorable motivo suyo; te estreché a mí para hacerte sentir toda la protección de la Reina de la Orden y de los hijos de esa Orden que, por haber llevado una vida perfecta, están conmigo en el Cielo,

[1] Véase el dictado del 15 de octubre de 1944.

Mas no te desconsueles, hija mía. Ten presente a la Madre también en esta circunstancia. ¡Eres muy semejante a la Madre cuando siendo forastera en Belén y grávida de la Palabra encarnada, golpeaba en vano todas las puertas pidiendo ayuda, abrigo, piedad!, piedad más para la Palabra que llevaba en sí que para ella misma, pobre mujer que cargada con el peso de la maternidad y el cansancio del largo camino… Nuestro Juan refiere con gran verdad estos rechazos, esta sordera para comprender, la indiferencia y hasta el hielo ante la Palabra: "El Verbo, la Luz, resplandeció en las tinieblas, mas las tinieblas no la comprendieron. El Verbo, la Luz verdadera estaba en el mundo, mas el mundo no la reconoció. Vino a su casa, mas los suyos no la recibieron"[2]. Y para no recibirle a Él, tampoco recibieron a La que le llevaba y que, a los ojos de Israel no era más que una pobre mujer a la cual "era imposible que Dios se hubiera concedido". Por lo tanto, era una estafadora, una embustera que, con la mentira, buscaba protecciones y honores inmerecidos.

Sucede siempre así, ¡oh hija dilecta! Somos aborrecidas, perseguidas, burladas, incomprendidas, porque llevamos la Palabra que el mundo no quiere acoger. Cansadas, compungidas, vamos de corazón en corazón, pidiendo: "¡Acogednos, por piedad!, por piedad de vosotros, no de nosotras porque, aunque es verdad que este don que llevamos es nuestro peso, nuestra cruz de criaturas, también es nuestra paz y la gloria de nuestro espíritu y, por eso, no pedimos más. Pero somos solícitas y angustiadas portadoras de la Palabra que os traemos para que sea dada, porque es Vida, a aquellos seres para quienes ha sido puesta en nosotras…" Después que la gloria del Señor se manifestó con la Resurrección y que su doctrina se fue difundiendo en el mundo, ¡cuántos en Belén habrían querido haber acogido a la Portadora de la Palabra en esa noche de frío glacial de Casieu, para poder decir: "Nosotros la reconocimos"! ¡Pero era tarde! El momento de Dios llega y pasa. Y las contriciones tardías no reparan el error. Habría que recordarle esto a la persona debida.

Pero tú no debes afligirte. Ante Dios estás justificada, como lo estaba yo al dar a luz al Rey de los reyes en una fétida cueva. No es nuestra la culpa si no honramos dignamente al Verbo que se difunde; por el contrario, lo es de quienes nos prohíben honrarle públicamente. El incienso de nuestra amorosa y secreta adoración basta para sustituir cualquier otro honor que se nos niegue dar al Verbo puesto en nosotras. Hija mía, sonríe y espera; recuerda que el Omnipotente puede suscitar hijos de Abraham hasta de las piedras y que no te dejará sin consuelo y sin la ayuda de guías sacerdotales, pues suscitará la atención de quien

[2] Juan 1, 5 y 9-11.

corresponde para que cumpla con este deber, del mismo modo que te concedió, en el momento preciso, al maestro angélico para aumentar tu consuelo…”.

Gloriosa y dulce más que nunca, María Santísima resplandece mientras recibe el angélico saludo de Azarías, cuya luminosa presencia queda atenuada por la suprema luminosidad de la Virgen. Azarías habla ante María permaneciendo de rodillas, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, como si estuviera delante de un altar.

28 de mayo de 1946

Recibo una carta del Padre Migliorini… Azarías me ordena:

“Escribele al Padre estas palabras: “El Señor quiere que yo, María, espere para contestarle a que pase la novena al Espíritu Santo; por lo tanto, será para después de Pentecostés. Hasta mi respuesta, que consistirá únicamente en la transmisión de la voluntad de Dios acerca de nuestro caso, no haga Ud. reverendo, ningún paso definitivo sobre mi cuestión. Averigüe amigablemente, interrogue con cautela al Reverendo Padre General (dado que ahora puede hacerlo) y a los Reverendos consejeros o a los amigos de los mismos, y envíeme dentro del 9 de junio sus conclusiones, a las que el Señor responderá””.

1° de junio de 1946

Estaba ordenando mis plegarias del mes de junio y no sabía si poner delante la plegaria al Espíritu Santo o la dedicada al Sagrado Corazón. El Espíritu Paráclito se precipita sobre mí con una consoladora oleada de paz y me dice:

“Puedes poner la oración dedicada a Mí delante de todas las otras, sin temor a ofender al amoroso y divino Corazón.

Ese Corazón existe porque Yo lo formé. Yo, el Amor, soy el generador de la Santísima Humanidad del Verbo y su Corazón es el amor de los amores del mismo Amor divino, es el Alma más ardiente del Fuego trino. En ese Corazón están el Padre, el Verbo y el Espíritu, pero es justamente este último el Huésped dilecto del amorosísimo Corazón, dado que el Espíritu es el que se une en un Uno, con las dos primeras Personas para formar con Ellas la Santísima Tríada. Dios totalmente, se complace en ese Corazón y habita en Él. Pues, si se considera que sois templos del Espíritu Santo y se supone que, dada la limitación humana, el trono para el Espíritu está en el órgano generador de la vida y que suscita los afectos, ¿qué trono más bello, más santo, más sagrado, más mío, que éste poder

tener, en ese templo más sagrado que cualquier otro, ya sea construido o generado por el hombre?

¡Si los hombres pudieran entender qué es el Corazón de Cristo!, ¡el Corazón de Jesucristo, formado por el fuego de la Caridad y por los lirios de la Purísima! Pero apenas los Serafines pueden penetrar en la incandescencia de esta perfección de amor que es el Corazón de Dios, Perfección de las Perfecciones. Alma mía, piensa en Dios, el Incorpóreo, el Eterno, que se adorna con el órgano perfecto en la perfecta creación del hombre y encierra en él todo el Paraíso, para que sea testigo de la sublime aniquilación del Verbo y para que se perfeccione en la Caridad. Si los ángeles pudieran revelar los misterios del Cielo, os dirían que a la evangelización de la Tierra, en la que Cristo fue docente, correspondió la gran lección impartida a todos los coros celestes sobre el modo de alcanzar el amor perfecto: la aniquilación de un Dios hasta la misma muerte por amor de Dios y de los hombres.¡Oh santo, tres veces santo Corazón de Cristo, radiante Sol que contemplan todas las luces del Cielo, glorificación de la materia que mereció compartir la gloria del alma, porque alcanzó la Perfección en la Caridad, en la Fortaleza, en la Justicia, en la Templanza y la Obediencia. Porque debéis recordar todos, ¡oh amadísimos hijos de la Sabiduría!, que Cristo era Carne y Alma como todos los hombres y que, por un decreto inescrutable, tuvo qué conocer la tentación, aun siendo puro. Era el Hombre. Era en nuevo Adán. Debía mostrar cómo habría tenido que obrar el primer Adán para poseer la gloria sin haber conocido el tormento, y cómo era posible tener gloria sin padecer tormento, con sólo cumplir heroicamente la voluntad del Creador. Y Cristo lo demostró. Luego sufrió y murió para reparar lo que había cometido Adán. La obediencia, la resistencia a las tentaciones, la buena voluntad, la generosidad, el perdón, la sabiduría, el sacrificio, todo surgió del Corazón que ahora palpita en el Cielo por vosotros, por ti, por todos los que han comprendido el Amor.

Dios es Caridad. El Corazón de Jesús-Dios es el trono ce la caridad-Dios".

2 de junio de 1946

Dice la Divinidad:

"Desead como único rocío para el lirio que se inmola el de un amor cada vez más perfecto. Que ni siquiera el amor de la sangre os haga apartar de la justicia. Por eso, no debéis desear para ella sino lo más perfecto. Y alegraos, porque la virgen prudente alimenta su lámpara con su perfecto amor y, cuando el Esposo se asome en el camino, estará lista para salir a su encuentro.

Dice el Señor:

"Que la paz sea con vosotros y que el Paráclito os bautice con su Fuego para que seáis para Mí testigos y tutores de este prodigio que os he concedido por amor de vuestras almas y de la Orden amada por el corazón inmaculado y traspasado de mi Santísima Madre, que lo es también vuestra y de todos los creyentes en el Señor Santísimo.No me dirijo a mi siervo Romualdo ni tampoco a otro siervo en particular que actualmente desempeñe cargos que le distinguen y le dan poder en la Orden. Hablo a la Orden[1]. El grupo de los apóstoles y los discípulos, hasta que Yo estuve con ellos, no permití distinciones ni para Conmigo mismo ni para con los demás y la doctrina, el amor y el reproche se daban en la misma medida, porque Yo no veía a Pedro o a Santiago, a Juan o a Mateo, a Andrés o a Iscariote ni tampoco a Esteban o a Elías, a Matías o a Abel, sino que veía mi Iglesia donde, si es necesaria una jerarquía, ésta no se traduce en separación o diferencias, sino en hermandad, siempre, pues la Iglesia es el organismo perfecto y homogéneo donde Yo, Cristo, soy la Cabeza y todos vosotros sois los miembros. De este mismo modo, hablo ahora a la Orden de los Siervos de la Beatísima Madre mía, a esa Orden a la cual mi caridad ha querido dar un don y una misión en estos tiempos en que las tinieblas anticristianas se espesan para enceguecer los espíritus y se inoculan las fiebres de las doctrinas malditas para matar, mientras el rebaño que me inspira misericordia languidece de hambre y de frío.

Las criaturas pasan. Hoy están y mañana ya no. Como hierbas que, tras una breve estación, se seca pronto, se hacen polvo y hasta su nombre es olvidado. ¡Felices de las que lo han escrito en el Cielo por haber hecho mi Voluntad! Mas la Orden permanece. La Orden debe continuar lo que la Regla o la Muerte pueden interrumpir. Yo lo quiero así. Por eso no me dirijo a mi siervo Alfonso, superior de la Orden, ni a mi siervo Romualdo, en quien la gracias que mi bondad le ha ofrecido gratuitamente crea deberes de obediencia y de agradecimiento hacia el Donador, a fin de que la gracia no se convierta en desgracia. Me dirijo a la Orden y le indico esta vía para la sabiduría, la justicia y la caridad.

Mi Voluntad que he expresado en modo claro y constante desde el principio de esta tarea –como bien sabe Romualdo- es que mi Palabra sea conocida, difundida y utilizada por los consagrados y los fieles, mientras que el instrumento debe permanecer desconocido hasta después de su muerte. No se celebraría nunca la

[1] Se refiere a la Orden de los Siervos de María, a la que pertenecía el Padre Romualdo m. Migliorini. En esa época era Prior de la O. S. M. el Padre Alfonso M. Benetti, que será nombrado más adelante.

pluma de un escritor, ni siquiera por uno de esos estúpidos entusiasmos de la muchedumbre. Pero se celebra al escritor. María es mi pluma, sólo mi pluma. Yo soy el Escritor. Es mío el Pensamiento. Y, por lo tanto, puedo disponer de él como quiero. Y Yo quiero que mi Pensamiento, traducido en Palabra por impulso de Amor, vivifique a los que mueren en esta Tierra, donde las fuerzas del mal son activas.

Os recuerdo el rojo dragón del Apocalipsis, que con su cola arrastraba un tercio de las estrellas y las hacía precipitar en el vacío. Os recuerdo también que se detuvo en la arena tras haber asechado a la mujer que, en la soledad, en el lugar preparado por Dios para que fuera nutrida por un tiempo, dos tiempos, y la mitad de un tiempo, fue exiliada y salvada de la infernal legión del odio. Y os recuerdo que el dragón, enfurecido por no haber podido destruirla, se fue a hacer la guerra a los que aún quedaban de la progenie de la Mujer, a los que observaban los Mandamientos de Dios y mantenían el testimonio de Jesucristo. Pero también he de recordaros que éstos quedaban seducidos y turbados por las palabras y los prodigios de la Bestia y que muchos la siguieron. Sólo los que entre ellos eran santos fueron vencidos con la muerte, pero no en el espíritu[2].

¿Qué es lo que santifica? Santifica el conocimiento cada vez más amplio de Dios, que se da para equilibrar la predicación, cada vez más amplia y activa, cada vez más corrosiva, de la Bestia; que se da con medios adecuados a los tiempos nuevos que penetran donde no penetran las personas. He dicho: "Los hijos del siglo son más sagaces que los hijos de la luz"[3]. Ellos usan medios nuevos y penetran con sutil propaganda donde la inmovilidad de los hijos de la luz no penetra. Hoy el libro es destrucción porque es penetración. Entonces, ¿por qué no destruir a nuestra vez lo que esos tenebrosos edifican sobre las ruinas y por mi Gracia, que secundará vuestros esfuerzos, de esas ruinas nacerán, nuevas ramitas de mostaza, que es la semilla más pequeña pero que, sin embargo, llega a formar tanto follaje como para dar abrigo a las aves sin nido.

Demasiadas almas ya no tienen nido en la fe simplemente porque no saben, porque no me conocen. El mísero recuerdo de un Dios Hombre muerto en una Cruz no corresponde al conocimiento de Mí. Conocimiento de Mí significa conocer todas las formas de la evangelización de Cristo, del sacrificio de Cristo, del amor de Cristo, Hombre y Dios. ¿Las iglesias están vacías o semivacías? Que se penetre en las casas. ¡Oh durmientes, surgid! ¡Surgid, oh tímidos! No es tiempo de dormir. ¿He de ser Yo quien, mientras la barca está por naufragar entre las ondas, les grite a vosotros, los durmientes: "Alzaos, porque si no pereceréis"?

[2] Apocalipsis 12-13.
[3] Lucas 16, 8.

¿He de ser Yo quien diga: "Aumentad vuestra fe"? Que no llegue a ser así. Notad cuántos perecen o son seducidos porque no tienen más pan que el pan envenenado por las herejías de todo tipo o son seducidos porque les aturden las voces de los falsos apóstoles que sirven a la Bestia. Ayudad al Maestro que es misericordioso para con esta multitud y le da pan para que no muera en el desierto. Dad ese pan. ¿Cómo se lo ha de dar? Ya lo he dicho desde hace tiempo y lo repito:

I. Buscad *una aprobación que defienda y asegure la Obra. Buscadla enseguida y no desistáis hasta que la hayáis encontrado.*

II. Publicad el ciclo evangélico, que consta de tres partes: concepción, nacimiento, infancia y nupcias de María; anunciación, concepción, nacimiento, infancia y adolescencia mías; los tres años de vida evangélica.

Quiero que se hagan las dos primeras partes porque la medida de la infinita bondad de Dios, de su poder, de su perdón, comienza en verdad desde que en el seno de Ana se formó la Sin Mancha. El primer latido de la Buena Nueva se produjo en el primer latido del corazón embrionario de María, hija de Joaquín y Ana. Y más que nadie vosotros, los Siervos de María deberíais entender y creer firmemente que el conocimiento de María prepara el conocimiento de Cristo. La Vencedora es María. Satanás se aleja del que ama y conoce a María. Y cuando Satanás se aleja, intervengo Yo y puedo obrar, Juan de Zacarías es llamado Precursor. Lo fue en realidad, por breves años; en cambio, María lo es por la eternidad. Los doce fueron llamados apóstoles. Lo fueron por un tiempo relativamente largo. María es apóstol por la eternidad. Por lo tanto, que María preceda a Cristo y prepare los ánimos al verdadero conocimiento de Cristo.

Yo querría que la Obra se difundiese desde esta nación donde tanto se ha derramado mi Gracia, donde está la Sede Apostólica, donde hay tanto qué reconstruir para salvarla. Pero Italia es una parte del mundo, cristiano, no es todo el mundo cristiano. Mis luces, o sea la de los Pastores iluminados, aptos para sentir la Voz de Dios y aprobarla a fin de que sea dada (como don de mi corazón divino a los hombres, que amo, porque por ellos vine a padecer y a morir), están en todo el mundo cristiano y católico. *Los restantes dictados quedan reservados para el futuro.*

No uséis procedimientos intermedios. Quiero una aprobación segura. El portavoz debe permanecer absolutamente desconocido. Pretende sólo eso (y no se puede dejar de concederle lo que solicita):

I. que la Obra sea publicada con todas las garantías;

II. que la Orden la ayude no sólo espiritualmente y con la asistencia eclesiástica de un Padre que le suministre los Sacramentos como a cualquier otro católico, sino también con la guía espiritual y moral de un Padre designado entre los mejores, porque las almas empeñadas en misiones extraordinarias tienen una necesidad doble, triple, décupla, de guía sacerdotal. El Cielo habla de lo celestial. El sacerdote debe velar sobre la criatura suspendida entre el cielo y la tierra, herida por los dardos de la voluntad divina, del odio o de la exaltación humana, más indefensa que toda otra criatura debido a su misión, que la aparta demasiado del mundo, que la absorbe, que agudiza su sensibilidad, que la atemoriza por su grandeza, por el miedo sea a los engaños diabólicos, sea a no saber hacer las cosas como Dios quiere y, por lo tanto, disgustar a la Divinidad.

La Orden debe auxiliarla también con la ayuda material. Tenéis entre vosotros el milagro permanente de un ser agotado que, aun así, produce, porque Yo lo quiero. Mas mi milagro no debe anular vuestra caridad. He aquí el ser maltrecho que escribe siempre, por horas y horas, llena de voluntad, de heroísmo y de júbilo, a pesar de sus males: un corazón desplazado, atrofiado, arrítmico, agotado; pulmones asfícticos, desgarrados, mal cicatrizados; fiebre continua y tendiente a aumentar, afecciones de la espina dorsal que inflaman, paralizan, endurecen nervios y vértebras; membranas afectadas, hígado afectado, riñones afectados. He aquí al ser maltrecho que dicta, dicta y dicta a quien va copiando a máquina. He aquí al ser maltrecho que, después de haber escrito hasta cinco horas y dictado otras cinco, tiene que corregir, releer, unir, mantener correspondencia y pensar y ser caritativa.

¡Oh, hijos! ¿Quién de vosotros haría todo esto por uno, dos, tres años? Excepto el dictado, ella hace esto ya desde hace tres años. Y Yo tengo piedad de ella, hasta el punto que voy demorando las visiones para dejar que descanse. Si todo hubiera procedido como hasta el mes de febrero, el Evangelio ya habría sido terminado. Pero los hechos sucedieron de otro modo y ahora estamos en Elul y aún faltan los meses de ministerio continuo en Judea, en los cuales las páginas del Evangelio de Juan se reavivarán. Pues si es verdad que la revelación se cierra con Juan, también es verdad que muchas cosas son misteriosas en él y sólo Yo puedo aclararlas y hacerlas aceptables no sólo en cuanto a la fe sino también en cuanto a la comprensión.

Es por eso que quiero que, en la primera copia de los manuscritos, un Padre substituya al Padre Romualdo aquí, donde vive el portavoz. Dicha copia, después que la haya corregido el portavoz, será enviada a Roma, al Padre Romualdo, que

continuará la tarea. Apruebo la ayuda que el Padre Conrado[4] prestará a Romualdo en cuanto a la búsqueda y corrección de los errores de la copia. Tened presente que aun un pequeño error puede hacer de una frase una expresión contra el dogma y la doctrina. Por eso leed, releed, comparad, para que los que son contrarios no tengan la ocasión de encontrar errores, Y quiero que el pequeño Juan haga la última corrección de las tres partes del Evangelio (los dos pre-evangelios y el Evangelio propiamente dicho), con la ayuda del texto manuscrito.

El instrumento no desea agradecimientos. Su esfuerzo es su alegría; el sacrificio, su pan; mi gloria y el bien de las almas, el objeto de su inmolación, que ha antecedido en muchas décadas a su estado actual de portavoz. El instrumento quiere solamente una cosa: que se haga mi Voluntad. No os pide beneficios económicos. No os pide honores. Os pide caridad, en nombre de Dios, como hermana, como católica, como enferma. Os pide que la protejáis y protejáis la Obra. Yo ya os lo he pedido antes que ella. Y Yo no decreto lo imposible. El instrumento tiene un único deseo: morir después de haber tenido en sus manos un volumen de la Obra aprobado por la Iglesia por intermedio de un Obispo ordinario; morir sabiendo que el torrente de luz que a través de su ser llegó a los hombres se difunde para nutrirles, iluminarles, traerles a Mí. El instrumento no piensa en futuras glorificaciones, no las pide. En cambio, pide que sea glorificado el Señor y que se defienda su inocencia, pues Satanás se abalanza sobre ella para fustigar al Señor a través del portavoz. No permitáis que el Enemigo le provoque inmerecidos desalientos.

Id de prisa. El instrumento es una luz que se apaga. Obrad, como obran los otros. Obrad con justicia y caridad así como los otros lo hacen con injusticia y falta de caridad. Obrad enseguida. Vuestra formación, vuestra fe, vuestra obediencia, el verdadero aspecto de vuestro espíritu, se evidenciarán en el modo y el tiempo con que obraréis para hacer lo que Yo quiero y lo que quiere la caridad hacia el portavoz. Y, en proporción a vuestra perfección, mi Gracias y mi Bendición descenderán sobre la Orden y sus miembros como protección y consuelo para vosotros.

Quedaos en mi paz y en mi unión, y conocedme y defendedme en mi criatura, que he usado para vosotros, para todos, y que os he confiado".

[4] Se trata del Padre Conrado M. Berti.

17 de junio de 1946

Por el comportamiento de los hombres acerca de la Obra estoy trastornada, amargada, dudo de todo y de todos, hasta de la voz bendita, y me siento decidida a oponer resistencia a lo que llego a creer un engaño diabólico, porque me digo: "si quien dicta fuera Él, el Señor, también sabría tutelar sus dictados". Y, en tanto, bebo el cáliz más amargo…

Mas la Voz de Jesús, angustiada, apremiante, amorosísima en su ansia, llamándome, invocándome, viene a decirme:

"¡María! ¡María! ¡María! Soy Yo. ¿Cómo puedes dudarlo? ¿Acaso en este caos se ha turbado tu espíritu? No es así. Tu espíritu está en paz y no teme la muerte de la carne precisamente porque está en paz y no teme al Señor. No le teme porque Yo soy la paz. Ya te lo he dicho al principio de los dictados: "La paz que transmito es una señal de que soy Yo? ¡Oh, María!, ¡mi María!, ¡no delires! No llegues hasta el punto de no reconocerme más… ¡Juan!, ¡pequeño Juan mío!, ¡es Jesús! Es tu Jesús que te llama, que sufre contigo, que llora al verte tan devorada por el dolor que ya ni eres capaz de reconocerme. María, mi violeta, ¿no ves acaso que este es el Redentor, tu Señor, tu Amor? ¡Pobre, pobre hija mía! ¿Qué he de decir a los que te ponen en este estado? Callo para no dirigirles una palabra tremenda. Mas ¡ay de aquellos para quienes la Palabra ya no habla! Ven, pobre hija mía. Ven aquí, así, sobre mi corazón, aquí, entre mis brazos. Quédate aquí, como un niñito asustado. ¡Mi María, mi pequeña "voz" fiel!, no sufras No te resistas a mi Palabra. No temas engaños. A ti, que ahora adoras a Dios pero temes al que te habla, a ti te consolaré tanto que lograré persuadirte, te conquistaré. Para ti soy Padre, Madre, Esposo, Hermano, Amigo, Sacerdote, lo soy todo. Ya te lo he dicho. Es la hora en que lo soy todo, la hora en la que, como te había predicho, estás sólo Conmigo, porque los hombres no pueden seguir a las víctimas en su cruz; por el contrario, son verdaderas torturas en la tortura de la víctima".

Y, a pesar de que me ve reacia, me acoge y me consuela… Era hora que lo hiciera porque, al quitarme la paz que da el no temer, me hacen morir.

20 de junio de 1946

Corpus Domini.

San Azarías se me anuncia con uno de sus dulcísimos e irrepetibles cantos angélicos que han quedado en mi alma como lo más ultraterrenal de que yo haya disfrutado, La luz y el canto del Paraíso son algo indescriptible, tanto en la belleza

como en los efectos. Las palabras que mi Jesús me dijo anteayer ya habían calmado mi tormento; este canto completa mi total inmersión en la paz absoluta, gozosa, solemne y, aun así, jubilosa, que constituye mi elemento desde que soy el instrumento de mi adorado Jesús. Mientras escribo, escucho ese canto, que no está hecho de palabras, que es pura melodía, que es sólo el sonido de una dulzura que se eleva hasta la beatitud. ¡Oh, no es posible expresarlo! Escucho… y comprendo más cosas en este momento que en meses enteros de meditación exclusivamente mía. Sé que, cuando pase este instante, ni siquiera podré explicar lo que he entendido. ¡Es demasiado sublime! Mas el fruto de lo que he entendido, quedará en mi alma… Este canto me hace comprender qué significa la Eucaristía para el Cielo, para quienes lo habitan… Este canto me explica el ardiente deseo angélico de recibir este Pan… ¡Oh!…

12 de julio de 1946[1]

Viernes.

Lloro porque es viernes, día de la Santa Comunión y estoy privada de ella…Este agudo dolor se hace cada vez más tremendo. Todo mi espíritu herido gime y la carne sufre como si la hubieran lacerado a muerte… Y mientras lloro, pienso tanto en mis hermanos buenos como en los crueles, pienso que los buenos sufren conmigo y por mi misma causa. Ofrezco mi sufrimiento para aliviar el de ellos y para arrancarle a Jesús un "sí" definitivo en cuanto a los manuscritos, porque esta vez su divina intransigencia no se doblega ante ninguna plegaria.

Viene mi Señor y me consuela diciendo:

"Heme aquí, pequeño Juan. No nos dejan ser una cosa sola: Yo en ti y tú como tabernáculo que Me contiene y, de este modo, es júbilo para ambos. Amémonos, pequeño, pequeño Juan, y que el amor sea fusión. Ven aquí, sobre mi pecho, pequeño Juan, como el otro Juan, y que mi amor entre en ti para darte lo que te ha sido negado…".

La unión crea confianza. Me siento feliz y pido la gracia que quieren el Padre Berti, el Padre Migliorini y otros.

Jesús se pone severo, tiene la mirada insostenible de los momentos en que es antes Justicia que Misericordia. Le miro atemorizada, aunque sé que esa mirada no es para la pobre María. Se mueve lentamente por el cuarto, se inclina sobre los cuadernos manuscritos llegados de Roma para la corrección de los Pre-

[1] Seguramente en época sucesiva la escritora añadió con letra menuda lo siguiente: *(Cuando el Padre General había ordenado que no me trajeran la Santa Comunión. Casi me muero. Entonces Jesús me mandó al Padre Luís…)*

evangelios. Repite frases sueltas que figuran en ellos. Las reconozco, Se vuelve, me dice: "¿Las comprendes, no es verdad?".

<<Sí, mi Señor ¿Quieres que las escriba?>>.

<<No. Ya están escritas. Repetirlas sería provocar el juicio de ellos, que siempre es el mismo: "¿Hablas así a los sacerdotes?". Es la frase que los sacerdotes de Israel me dijeron infinitas veces, porque el que comete una falta, alza la voz para callar al que tiene razón y le dice: "Estás faltando", para no tener qué decir: "He faltado". Y aún cuando las palabras provienen de la Sabiduría, y se sabe que provienen de ella, se dice: "Eres tú el que ha hablado" para afectar a la criatura. Por lo tanto, no vuelvas a escribirlas. Ya están escritas aquí para que las lean. Y también están escritas en ese otro lugar, donde la mano del hombre no puede llegar para destruir, ni los ojos del hombre pueden negarse a leer. Por eso te digo que, en verdad, llegará un día en que ellos las leerán. Mas estos cuadernos y los demás que aún están en Roma, *deben volver a esta casa, bajo tu tutela.* La postergación obtenida no cambia el decreto. Aunque mi mismísimo Vicario, con entrañas de verdadero Cristo, pusiera la Obra y a ti bajo su protección –y, entonces de la Divinidad descenderían sobre su cabeza la gracia y la bendición- *los manuscritos deben volver aquí, a la casa de mi portavoz.*

La señal de lo que ha sido hecho contra tu espíritu debe quedar como admonición para los que lo han hecho y para los que sean sus sucesores. *Nunca más se borrará de tu espíritu la tremenda tortura que te han infligido; no se borrará en la Tierra, donde será signo de dolor, ni se borrará en el Cielo, donde será signo de gloria,* gran tribulación que se convierte en elección, como está dicho en el Apocalipsis de Juan[2]. Que esta señal quede tanto para ellos como en ti, porque puedo perdonar todo lo que se le hace al "instrumento", dado que tengo piedad de los "muertos" semejantes a los de la iglesia de Sardes[3] y les doy tiempo para asegurar lo que aún no está muerto y para hacer revivir lo que está apagado (es decir, la capacidad de entender a Dios a través de ti, que eres mi voz), pero no puedo dejar pasar sin una señal de castigo todo lo que se le hace a tu espíritu, y más aún a Mí, al impedir que nos unamos en el Sacramento, que te nutras de los Sacramentos que Yo he instituido para todas las almas en gracia de Dios o necesitadas de volver a la Gracia y, lo que es peor, que lo impidan conociendo tus condiciones y las de esta ciudad.

He pagado con mi Sangre todas las almas. He pagado con anticipación. He entregado a Mí mismo para que vosotros me tengáis. ¿Quién puede negarme a

[2] Apocalipsis 7, 13-14.
[3] Apocalipsis 3, 1.

mis hijos predilectos? No puedo perdonarlo todo porque, si bien es cierto que soy el que perdona, la condición para la medida de mi perdón, es la medida del amor que tiene el culpable. En este caso no ha habido amor ni hacia Dios, para quien comunicarse es gozo, ni hacia ti, oh alma para quien recibirme es vida. Y si perdono el dolor que se ha dado al portavoz, castigo por el dolor que se ha dado a tu alma de cristiana. Hazlo saber a quien haya qué decírselo>>.

Jesús se aleja tras haberme bendecido.

Esto sucede a las 9 y 30 de la mañana… A las 11 me llegan con el correo dos cartas, o mejor, tres: una es del Padre Migliorini, opuesta a la del Padre Berti, de ese mismo día; otra es de Sor Saviane, de Venecia; la tercera es del Padre Pennoni, que me comunica su intención de dirigirse al Santo Padre para obtener protección. No comento nada. Solamente hago notar que Jesús ya ha expuesto esta posibilidad, si bien ha confirmado al mismo tiempo que, aún en este caso, los manuscritos deben volver a mí.

14 de julio de 1946

Jesús nos enseña a morir.

Dice Jesús:

<<He dictado una Hora Santa para quienes así lo deseaban. He revelado mi Hora de Agonía del Getsemaní para darte un premio grande porque entre amigos, no hay acto de confianza más grande que el de revelar al amigo el propio dolor. La suprema prueba de amor no consiste en la risa ni en el beso, sino en el llanto y el dolor dados a conocer al amigo. Tú, amiga mía, los has conocido cuando estabas en el Getsemaní. Ahora estás en la Cruz y experimentas penas mortales. Apóyate en tu Señor mientras te da una Hora de preparación para la muerte.

I.

"Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz".

No es una de las siete Palabras de la Cruz, mas ya es una palabra de pasión. Es el primer acto de la Pasión que comienza. Es la preparación necesaria para las otras fases del holocausto. Es una invocación al Donador de la vida; es resignación, humildad; es una oración en la que se entrelazan la carne, ennobleciéndose, y el alma perfeccionándose, junto con la voluntad del espíritu y la fragilidad de la criatura que es adversa a la muerte.

"¡Padre!…" ¡Oh!, es la hora en que el mundo se aleja de los sentidos y del pensamiento mientras se acerca, como un meteoro descendente, la idea de la otra vida, de lo desconocido, del juicio. Entonces el hombre, que aunque llegue a centenario siempre será un niño, justo como un niño asustado porque se ha quedado solo, busca el regazo de Dios.

Mientras la vida estaba lejos de la muerte, mientras la muerte era una idea oculta entre nieblas lejanas, el marido, la mujer, los hermanos, los hijos, los padres, eran lo único, el todo… Pero ahora que la muerte se asoma bajo el velo y avanza, se produce una inversión y, por consiguiente, son los padres, los hijos, los amigos, los hermanos, el marido, la mujer, quienes pierden sus rasgos definidos, su valor afectivo, y se ofuscan ante el inminente avance de la muerte. Como voces que van debilitándose en la distancia, cada una de las cosas de la Tierra pierde fuerza mientras la adquiere lo que está más allá de la Tierra, lo que hasta ayer parecía tan lejano… Entonces, un estremecimiento de temor conmueve a la criatura.

Si no fuera penosa y no inspirara temor, la muerte no sería el castigo extremo y el medio extremo expiatorio que se establece para el hombre. Hasta que no se produjo la Culpa, la muerte no fue muerte sino dormición y donde no hubo culpa, no hubo muerte, como ocurrió para con María Santísima. Yo tuve qué morir porque sobre Mí cayó todo el Pecado y así conocí la repulsión de la muerte.

"¡Padre!". ¡Oh!, este Dios que tantas veces no fue amado, o que fue amado por último, después que el corazón había amado a parientes y amigos, o había tenido indignos amores por criaturas viciosas o había amado las cosas como si fueran dioses; este Dios olvidado tan a menudo, este Dios que ha permitido que se le olvidara, que ha dado licencia para olvidarle, que ha dado la libertad para que así se hiciera; que a veces ha sido escarnecido y a veces maldecido, y otras negado; este Dios ahora resurge en la mente del hombre y vuelve a apropiarse de sus derechos. Exclama con voz atronadora: "¡Yo soy!" y, para no hacer morir de miedo con la revelación de su poder, mitiga ese potente "Yo soy" con una palabra suave: "Padre". "Yo soy tu Padre". Se acabó el espanto. El sentimiento que despierta esta palabra es: confiado relajamiento. Yo, Yo, que debía morir, que comprendía qué significa morir, después de haber enseñado a vivir a los hombres llamando "Padre" al Altísimo Jehová, también os enseñé a morir sin terror llamando "Padre" al Dios que resurge entre los dolores de la agonía o que se evidencia ante el espíritu del moribundo.

"¡Padre!". ¡No temáis! ¡Oh vosotros, los que morís, no temáis a este Dios que es Padre! No se adelanta como vengador armado de registros y de guadaña, no se

adelanta cínicamente, arrebatándoos a la vida y a los afectos. Por el contrario, viene con los brazos abiertos, diciendo: "Vuelve a tu morada. Ven a descansar. Te recompensaré con creces por lo que dejas aquí. Y te lo juro: en mi seno obrarás más valiosamente en favor de quienes dejas aquí, que quedándote aquí abajo empeñado en una lucha afanosa, no siempre bien remunerada".

Mas la muerte siempre es dolor, dolor por el sufrimiento físico, dolor por el sufrimiento moral, dolor por el sufrimiento espiritual. Lo repito*: debe ser dolor para ser el medio de la última expiación en el tiempo.* Como una nave en la tormenta, el alma, la mente, el corazón es un fluctuar de nieblas que ofuscan y descubren alternativamente, lo que en la vida amamos y lo que nos causa miedo en el más allá, pasan de zonas calmadas –en las que ya se respira la paz del puerto inminente, cercano, visible, tan apacible que ya causa una serena quietud y una sensación de descanso semejante a la de quien, casi al cabo de una fatigosa labor, saborea el placer del vecino reposo- a zonas en que la tempestad las azota, las golpea, las hace sufrir, temer, gemir. Es otra vez el mundo, el afanoso mundo con todos sus tentáculos: la familia, las empresas; es la angustia de la agonía, el temor del último paso… ¿Y después? ¿Y después?… Las tinieblas acometen, sofocan la luz, braman sus terrores… ¿Dónde ha quedado el Cielo? ¿Por qué llega la muerte? ¿Por qué se debe morir? En la garganta ya borbotea el alarido: "¡No quiero morir!".

No, hermanos míos que morís porque es justo morir: la muerte es santa pues la quiere Dios. No, ¡no gritéis así! Ese grito no proviene de vuestra alma. Es el Adversario, que sugestiona vuestra debilidad para hacer que lo profiráis. Mudad el grito vil y rebelde en un grito de amor y de confianza: "Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz". Este grito vuelve a traer la luz y la quietud, como el arco iris después del temporal. Volvéis a ver el Cielo, las santas razones del morir, el *premio* del morir, o sea el regreso al Padre, y entonces comprenderéis que también el espíritu, o mejor, que el espíritu tiene derechos más grandes que la carne, porque es eterno y de índole sobrenatural y que, por eso, tiene precedencia ante la carne; y entonces pronunciáis la palabra que es la absolución de todos vuestros pecados de rebelión: "Que no sea hecha mi voluntad, sino la tuya".

He ahí la paz, he ahí la victoria. El ángel de Dios se estrecha a vosotros y os conforta porque habéis vencido la batalla, que es la preparación para hacer de la muerte un triunfo.

II.

"Padre, perdónales".

Es el momento de despojarse de todo lo que pesa para volar a Dios más seguros. No podéis lleva con vosotros más que los afectos y las riquezas espirituales y benignas. No hay hombre que muera sin tener que perdonar algo o a muchos de sus semejantes por muchas cosas, por muchos motivos. ¿Cuál es el hombre que llega a la muerte sin haber padecido la amargura de una traición, de un desamor, de una mentira, de una usura, de un daño cualquiera, de parte de parientes, de camaradas o de amigos? Pues bien, ha llegado la hora de perdonar para ser perdonados; de perdonar totalmente, dejando de lado no sólo el rencor, no sólo el recuerdo, sino también la persuasión de que el motivo de nuestro desdén era justo. Es la hora de la muerte. El tiempo, el mundo, los negocios, los afectos terminan, se convierten en "nada". Ahora existe una sola verdad: Dios. Por lo tanto, ¿para qué llevar más allá del umbral lo que está más acá del umbral?

Hay qué perdonar. Y, dado que para el hombre es muy difícil, demasiado difícil, alcanzar la perfección de amor y de perdón que significa no decir ni siquiera: "Sin embargo, yo tenía razón", pasamos al Padre el cometido de perdonar en lugar nuestro, le damos nuestro perdón a Él, que no es hombre, que es perfecto, que es bueno, que es Padre, para que Él lo depure en su Fuego y, ya convertido en perfecto perdón, se lo dé al que merece el perdón.

Hay qué perdonar a los vivos y a los muertos. Sí, también hay qué perdonar a los muertos que causaron dolor. La muerte de éstos limó muchas puntas del resentimiento de los ofendidos, a veces las limó todas. Mas el recuerdo perdura. Hicieron sufrir y no puede olvidarse que hicieron sufrir. Este recuerdo siempre pone un límite a nuestro perdón. No, ahora ya no lo pone. Ahora la muerte está a punto de quitar todo límite al espíritu. Se penetra en el infinito. Por lo tanto, hay qué quitar también este recuerdo que limita el perdón. Hay qué perdonar, perdonar para que el alma no sobrelleve el peso y el tormento de los recuerdos y pueda estar en paz con todos los hermanos que viven o sufren, antes de encontrarse con el Pacífico.

"Padre, perdónales". ¡Santa humildad, dulce amor del perdón concedido, que implica el perdón solicitado a Dios por las deudas hacia Dios y hacia el prójimo que tiene el que pide perdón por los hermanos. ¡Acto de amor! Morir en un acto de amor es tener la indulgencia del amor. ¡Felices los que saben perdonar como expiación de toda la impiedad de su corazón y de las culpas de su ira!

III.

"He aquí a tu hijo".

¡He aquí a tu hijo! Significa ceder lo que se ama, con santo gesto previsor. Significa ceder los afectos y cederse a Dios sin resistencia. Significa no envidiar a quien posee lo que dejamos. Con esa frase podéis confiar a Dios todo lo que más os importa y que abandonáis, y también todo lo que os angustia, y hasta vuestro mismo espíritu.

Podéis recordarle al Padre que es Padre. Podéis poner en sus manos el espíritu que vuelve a la Fuente. Podéis decir: "Heme aquí, Tómame porque me dono a Ti. No cedo porque me obligan las circunstancias sino porque te amo como el hijo que vuelve a su padre". Podéis decir: "He aquí a mis seres queridos. Te los dono. Éstos son mis negocios, esos negocios que alguna vez me hicieron ser injusto, ser envidioso hacia el prójimo, y que me hicieron olvidarme de Ti, porque me parecían de importancia capital para el bienestar de los mío, para mi honor, para la estima que a mi respecto provocaban en los demás. Quizás fueran así, pero no en la medida en que yo lo creía. También creí que sólo yo podía tutelarlos. Creí que yo era necesario para llevarlos a cabo. Ahora veo… que yo no era más que un elemento infinitesimal en el perfecto organismo de tu Providencia y que, muchas veces, fui un elemento imperfecto que malograba el trabajo de tu organismo perfecto. Ahora que cesan las luces y las voces del mundo y que todo se aleja, veo… siento… ¡Cuán insuficientes eran mis obras, qué incompletas, qué deterioradas! ¡Cuán opuestas al Bien! Presumí ser un gran personaje. En cambio, eras Tú, Tú que prevés, que provees, que eres santo, quien corregía mis trabajos y los hacía útiles. Tuve esa presunción. A veces también dije que no me amabas, porque no lograba realizar lo que quería mientras que otros -a quienes yo, por eso mismo, odiaba- lo lograban. Ahora veo. ¡*Miserere* por mí!".

Es el humilde abandono, el pensamiento agradecido hacia la Providencia como reparación por vuestras presunciones, por vuestra avidez y vuestra envidia, por haber sustituido a Dios por las pobres cosas humanas, por la gula de las riquezas diversas.

IV.

"Acuérdate de mí".

Habéis aceptado el cáliz de la muerte, habéis perdonado, habéis creído lo que era vuestro y hasta a vosotros mismos. Habéis mortificado mucho el yo del hombre, habéis liberado mucho el alma de lo que le disgusta a Dios. Del espíritu de rebelión, del espíritu de rencor, del espíritu de avidez. Habéis cedido al Señor la vida, la justicia, la propiedad, la pobre vida, la paupérrima justicia, las propiedades humanas, tres veces pobres. Como nuevos Job, os presentáis

desfallecidos y privados de todo ante Dios. Entonces podéis decir: “Acuérdate de mí”.

Ya no sois nada. No poseéis ni salud, ni orgullo, ni riquezas. Ni siquiera os poseéis a vosotros mismos. Sois una oruga que puede convertirse en mariposa o podrirse en la cárcel del cuerpo por una última y extrema herida al espíritu. Sois fango que vuelve a ser fango o fango que se muda en estrella, según prefiráis descender a la cloaca del Adversario o ascender en el vórtice de Dios. La última hora decide la vida eterna. Recordáoslo. Y gritad: “Acuérdate de mí”.

Dios espera ese grito del pobre Job para colmarle con los bienes de su Reino. Para un Padre es dulce perdonar, intervenir, consolar. Sólo espera ese grito para deciros: “Hijo, estoy contigo. No temas”. Decid esta palabra para reparar todas las veces que os olvidasteis del Padre o que fuisteis soberbios.

V.

“¿Dios mío, por qué me has abandonado?”.

A veces parece que el Padre nos ha abandonado. Sólo se ha escondido para aumentar la expiación y otorgar un perdón mayor. El hombre, que infinitas veces abandonó a Dios, ¿puede lamentarse airadamente por ello? ¿Y debe desesperarse porque Dios le somete a una prueba?

¡Cuántas cosas, diferentes de Dios, habéis puesto en vuestro corazón! ¡Cuántas veces habéis sido indiferentes a Él! ¡Con cuántos medios le habéis rechazado y apartado bruscamente de vosotros! Habéis colmado vuestro corazón con toda clase de cosas. Luego lo habéis guarnecido muy bien con rejas y cerrojos porque temíais que si hubiera entrado Dios, habría podido molestar vuestra apática inmovilidad y purificar su templo, echando de él a los usurpadores. Mientras fuisteis felices, ¿qué os importaba tener a Dios? Decíais: “Yo lo poseo todo porque me lo merecí”. ¿Y acaso, cuando ya no erais felices, no huisteis de Dios, echándole la culpa de todos vuestros males?

¡Oh, hijos injustos que bebéis el veneno, que entráis en los laberintos, que os precipitáis en los abismos o en las guaridas de serpientes y otras fieras y luego decís: “Dios es el culpable”!, si Dios no fuera Padre santo, ¿qué tendría que responder a vuestros lamentos de las horas dolorosas, si en las horas felices le habéis olvidado? ¡Oh, hijos injustos que, aun teniendo infinitas culpas pretenderíais ser tratados como no fue tratado el Hijo de Dios en la hora del holocausto!, decid ¿quién fue más abandonado? ¿Acaso no fue Cristo, el Inocente, el que para salvar aceptó el abandono absoluto de Dios, tras haberle

amado activamente siempre? ¿Acaso no tenéis también vosotros el nombre de "cristianos"? ¿Acaso no tenéis el deber de salvaros al menos a vosotros mismos?

No hay salvación en la sombría apatía que se complace en sí misma y teme ser molestada acogiendo al Activo. Entonces, imitad a Cristo profiriendo este grito en el momento de mayor angustia. Mas haced que el grito tenga el acento de la mansedumbre y la humildad, que no tenga tonos de blasfemia o de reproche. "¿Por qué me has abandonado, si sabes que sin Ti no puedo hacer nada? Ven, ¡oh Padre!, ven a salvarme, a darme fuerzas para salvarme a mí mismo, porque los estrujones de la muerte son terribles y el Adversario aumenta a propósito su intensidad y silba en mis oídos que Tú ya no me amas. Hazte oír, ¡oh Padre!, no por mis méritos, sino precisamente porque soy un ser insignificante y sin méritos que no sabe vencer si está solo, y que ahora comprende que la vida era trabajo para el Cielo".

Ha sido dicho: "¡Ay de los solos!"[1]. ¡Ay del que está solo en la hora de la muerte, solo consigo mismo contra Satanás y la carne! Mas no temáis. Si llamáis al Padre, Él vendrá. Y esa humilde invocación expiará vuestras culpables indiferencias hacia Dios, las falsas piedades, los desordenados amores del yo, que os convierten en apáticos.

VI.

"Tengo sed".

Sí, es verdad. Cuando se ha entendido el verdadero valor de la vida eterna respecto al falso metal de la vida terrena; cuando la purificación del dolor y de la muerte es aceptada como santa obediencia, cuando junto a Dios, se ha crecido en sabiduría y en gracia en pocas horas –a veces en pocos minutos- más de lo que se ha crecido en muchos años de vida, acomete una sed profunda de aguas celestiales, de cosas celestes. Quedan vencidas las lujurias de toda sed humana. Y llega la sed sobrenatural de poseer a Dios. Es la sed del amor. El alma aspira a beber el amor y a ser bebida por él. Como agua de lluvia caída en el terreno y que no quiere convertirse en barro, que quiere volver a ser nube, el alma ahora siente la des de subir al lugar del cual ha descendido. Están casi rotas las barreras carnales, la prisionera siente las auras del Lugar de origen y anhela a él con toda sí misma.

¿Cuál es el peregrino exhausto que al advertir que, tras muchos años, ahora ya está cerca del lugar natral, no reúne sus fuerzas y prosigue rápidamente, tenazmente, despreocupado de todo lo que no sea llegar allí, de donde partió un

[1] Eclesiastés (Qoelet) 4, 10.

día dejando su absoluto y verdadero bien, ese bien que está seguro de volver a encontrar y de apreciar aún mejor, ahora que ha experimentado el pobre bien, el que no sacia, el que encontró en el sitio del exilio?

"Tengo sed". Tengo sed de Ti, Dios mío. Tengo sed de tenerte, sed de poseerte, sed de darte, porque en los umbrales que separan al Cielo y la Tierra ya se entiende cómo hay que interpretar el amor hacia el prójimo y acomete el deseo de obrar para que, por nuestra obra, el prójimo que dejamos reciba a Dios. Es la santa laboriosidad de los santos que, como semillas muertas que se vuelven espigas, se difunden en amor para dar amor y hacer amar a Dios por lo que aún están empeñados en las luchas de la Tierra. "Tengo sed". Cuando el alma llega a los umbrales de la Vida, sólo hay un agua capaz de saciar: el Agua viva, Dios mismo.

El Amor verdadero es Dios mismo. Es una Amor opuesto al egoísmo. En los justos, el egoísmo muere antes que la carne y reina el amor. Y el amor grita: "Tengo sed de Ti y de almas: salvar, amar, morir, para ser libres de amar y de salvar. Morir para nacer, dejar para poseer, rechazar toda dulzura, todo consuelo porque aquí abajo todo es vanidad y, en cambio, el alma sólo quiere arrojarse en el río, en el océano de la Divinidad, beber de Ella, estar en Ella, sin tener ya sed, porque la Fuente del Agua de la Vida la habrá acogido".

Hay que tener esta sed para reparar el desamor y la lujuria.

VII.

"Todo se ha cumplido".

Se han cumplido todas las renuncias, todos los sufrimientos, todas las pruebas, las luchas, las victorias, las ofrendas, todo. No queda más que presentarse a Dios. El tiempo concedido a la criatura para convertirse en un dios y a Satanás para tentarla, se ha cumplido. Cesa el dolor, cesan las pruebas, cesa la lucha. Queda solamente el juicio, la amorosa purificación o llega, con la suprema felicidad, la inmediata morada del Cielo. Pero todo lo que es Tierra, lo que es voluntad humana termina.

¡Todo se ha cumplido! Se ha cumplido la palabra de la total resignación o del jubiloso reconocimiento de haber terminado la prueba y consumado el holocausto. No contemplo a los que mueren en pecado mortal, los que no dicen "todo se ha cumplido", aunque lo dicen por ellos, con un grito de victoria y un llanto de dolor, el victorioso ángel de las tinieblas y el vencido ángel custodio. Yo hablo a los pecadores arrepentidos, a los buenos cristianos o a los héroes de la virtud. Ellos, cuyo espíritu es cada vez más vivo a medida que la muerte se

apodera de la carne, murmuran o gritan, resignados o jubilosos: “Todo se ha cumplido. Terminado el sacrificio. ¡Tómalo para mi expiación! ¡Tómalo para mi ofrenda de amor!”. Así dicen su penúltima palabra los espíritus, ya sufriendo la muerte por ley natural o bien ofreciéndola como voluntario sacrificio como almas víctimas. Mas, tanto las unas como las otras, una vez que llegan a liberarse de la materia, reclinan el espíritu en el pecho de Dios y dicen: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”.

¿Sabes, María, qué significa expirar con esta elevación, verdaderamente viva, en el corazón? Es expirar en el beso de Dios. Hay muchas preparaciones para la muerte. Mas, cree en mis palabras, ésta, en su simplicidad, es la más santa”.

Jesús me dictó esto a las 12 cuando, una vez terminada la visión se me presentó en las primeras horas de la mañana, yo creía haber terminado de escribir y, con gran esfuerzo pero también por necesidad, me había puesto a coser para preparar la ropa de casa. Dejé de lado el dedal y la aguja y volví a tomar la pluma. Y, dada la suma gravedad de mi estado, recibí como un don verdadero y precioso esta preparación para la muerte.

20 de agosto de 1946

Al leer un escrito de Santa Teresita, reflexiono que yo tampoco he deseado nunca cosas extraordinarias, pues estoy convencida de que son más bien un peligro ante nuestra debilidad, y lamento que mi misión me haya colocado justamente en esta situación extraordinaria. Gimo: “¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué me ha tocado a mí, que soy tan pequeña, algo tan grande? ¿Por qué me ha tocado a mí, que soy tan débil, algo tan peligroso? ¿Por qué me ha tocado a mí, que podía salvarme con la sola razón de la infancia espiritual, esto que es tan adulto?”.

Estoy ensimismada en estos pensamientos, cuando se me aparece justo Santa Teresita con su completo atavío carmelitano, es decir, con el amplio manto blanco, pero sin rosas ni Crucifijo con flores, precisamente como se le habrá visto mil veces en su Carmelo, cuando allí iba a la Capilla… Viene a mi lado y me pasa el brazo al rededor de los hombros, de modo que su hermosa mano izquierda se apoya sobre mi hombro izquierdo y la derecha sobre el derecho para hacerme sentir su abrazo; habla:

“No temas, hermanita mía. Era un camino más simple. No has pedido éste. Te lo ha dado el Amor, o mejor, te ha puesto en él. Y por ese camino caminas con tu

corazón niño, que quiere seguir siendo niño. Y entonces, tu camino se hace heroico doblemente: por su niñez y por su singularidad. Es algo muy grande ser fiel a ambas cosas. Mas serás siempre un niño, porque así lo quieres. Serás un niño en cuyos labios el Espíritu pondrá palabras aún mayores que las de un adulto, porque no son palabras humanas. María sería siempre el niñito en el camino de la infancia espiritual. Por otra parte, el portavoz proseguirá el camino extraordinario en las horas de su misión y para que, debido a eso, no tenga miedo o sufra daño, lo proseguirá en los brazos de Dios. Hacer simplemente la voluntad de Dios, cualquiera que sea su grandiosidad, significa mantenerse niños siempre, porque sólo los niños obras sin calcular la grandiosidad de lo que hacen; obran simplemente porque les mandan obrar. No temas, hermanita, Jesús, que te ha puesto en este camino, tutela tu corazón y no permitirá que lo extraordinario dañe tu corazón de niño espiritual".

Me hace sentir la presión de sus hermosas manos, siento que el amplio manto está extendido sobre mis hombros como un velo protector, aislante, defensor… Siento su rostro inclinado sobre mi cabeza, de modo tan fraternal que me consuela completamente. Me siento protegida… amada. Se acaba el miedo… Levanto la cabeza y encuentro su sonrisa, la mirada de sus bellísimos ojos… ¡Qué hermosa es! El Cielo se trasluce de todo su ser… Me hace sentir totalmente su amor y luego se desvanece en una gran luz dorada. Queda la paz y el recuerdo de su abrazo…

25 de septiembre de 1946

Dirección no escrita (por orden de Jesús), referida a lo que es la Obra en las intenciones de su divino Donador (recibida hay 25-9-1946).

28 de septiembre de 1946

Jesús santísimo me explica por qué Satanás intenta impedir que yo pueda escribir los dictados sobre el Evangelio de San Juan. Dirección secreta.

5 de octubre de 1946

Elevación no escrita (por orden de Jesucristo) sobre las maravillas de la Creación.

6 y 7 de octubre de 1946

Durante la noche.

Es un despertar entre sufrimientos físicos que son una verdadera agonía; el Adversario insinúa para asustarme: "¿Cómo harás para presentarte a Dios? El juicio… el castigo…".

Contesto luchando contra el Horror: "Haré como han hecho todos, desde Adán hasta el último hombre. Moriré. Y además, para estar segura en el último momento, confiaré más que nunca en la Misericordia de Dios".

Se va, vencido. Y también se va mi agonía física… Me duermo plácidamente en el regazo de Dios.

12 de octubre de 1946

A las 16.

Muerde como un veneno la insinuación de Satanás (porque de seguro es él): "Tú, que deseas tanto el Cielo también para volver a encontrar a tu padre, debes saber que no le encontrarás jamás. No encontrarás ni a tu padre ni a tu madre. Sufrirás también allí".

Para mitigar la congoja de esta idea, respondo: "No sufriré. Amaré a Dios. No se puede sufrir de nostalgia por alguien o por algún motivo cuando se goza de Dios".

13 de octubre de 1946

Lección secreta acerca del mérito que puede obtener un enfermo también por saber soportar en paz la idea: "Por mi culpa A no puede ir a misa, B no puede descansar", etc. Soportar, aun viendo con dolor que se es una carga para los demás, nuca deja de ser una virtud. Y, por eso, Dios sabe premiar al enfermo y a quien, por causa del mismo, se ve obligado a no hacer otras cosas.

Como explicación para quien lea a su debido tiempo estas breves referencias a lecciones secretas, digo que Jesús santísimo me ordeno (25-9) que no escribiera más sus direcciones íntimas a mi alma, como castigo para los que no saben reconocer que es Él quien me habla o para los que, con el fin de humillar mi alma, mienten al decir que no le reconocen, y faltan así a la caridad y a la sinceridad.

Por eso hago así desde el 25-9, limitándome, tal como Él lo desea a indicar el tema y el día de la instrucción secreta.

A las 16

¿Se puede quebrantar el Fuego cuando abrasa y a Dios-Amor cuando quiere amar, amar sensiblemente? No, no es posible. Lo experimento.

Hoy se abate sobre mí una de las horas de amor divino más violentas que he conocido. Lo siento llegar… Y a pesar de que es una oleada inmensa, no es un peso que oprime sino una fuerza que atrae, que arranca de la Tierra y lleva arriba, arriba, arriba… La siento llegar cada vez más arrebatadora y antes de perder la memoria por su inexpresable dulzura, recuerdo mi plegaria y mi ofrenda del 15 de agosto y suplico: "¡A mí no! ¡A mí no!, a ellos, para que te amen". Siempre vive en mí la voluntad de renunciar a mis místicos gozos, con tal de que ellos vean y comprendan.

Con una dulzura aún más fuerte que esa dulzura ya inconmensurable, me llaga desde el océano de Luz y de Fuego que, descendiendo de los Cielos, está sobre mí, la inexpresable Voz del Dios Uno y Trino. Dice: "No, es inútil que me rechaces por un sacrificio de amor. *Yo te quiero. Yo quiero darme a ti*. Busco alivio para mí mismo. Busco un corazón que me ame. No quiero ciencia sino amor. No quiero discutir sino poseer. No quiero reprochar sino amar. Te quiero. Sáciame. Consuélame. Ámame. Me vuelco donde hallo quien me comprende al comprender mi deseo infinito de comunicarme. Escribe y luego ven…".

No queda más que abandonarse… y oírse decir: "Debes amar también por ellos. Quiero que tú me sacies con el amor que ellos no saben darme del modo que Yo quiero. Quiero compenetrarte de Mí para que tú llegues a amarles así como Yo amé a mis verdugos: inconmensurablemente. Porque cuando se ama de modo perfecto, se ama inconmensurablemente a los más infelices, a los que son mi dolor, a los que se perderían sin nuestro amor".

Me embeleso y ardo de un modo que no es posible describir y amo a Dios, y en Dios a todo lo creado, con los habitantes del Cielo, con los vivos en la Tierra, con los que penan en el Purgatorio, con todos, con todos y… ¡oh! (¡ellos no lo creerían aunque se los dijera!) les amo a ellos como una madre puede amar a hijos enfermos que, si no son curados con sumo amor, pueden perecer; que sufren porque están enfermos, aunque creen que no lo están y que no sufren.

¡Señor, no obres con tanta violencia si debo servirte!… ¡Tú conoces mi total debilidad!… Pero cuando vuelvo a ser la pobre criatura, con una serena dulzura

como recuerdo del huracán de amor que me ha acometido, siento que Dios no ha acogido mi plegaria y que el corazón ha resistido sólo por su voluntad y ahora palpita cansado como un pajarillo que ha subido demasiado alto y ha cantado demasiado fuerte… Pero si mi Señor se ha consolado, si mi nulidad ha podido servir al Todo, que viva el amor y sea apacible el padecimiento del corazón cansado… ¿Morir por la violencia del amor?, ¿qué importa vivir, qué importa morir? Importa solamente dejar contento a Dios.

24 de octubre de 1946

San Rafael Arcángel.

Tengo qué interrumpir el agradecimiento por la Santa Comunión hecha en honor de San Rafael, al que me había dirigido diciendo: "¡Oh, buen compañero! Dime qué tengo qué hacer para proceder siempre por el justo camino", porque me dice:

"Camina siempre a orillas del vasto río de la Gracia. De este modo, siempre podrás beber de ella, bajo el sol de la Caridad, por los verdes campos de la Esperanza, recogiendo sin cesar las cándidas flore de la Fe para hacerte con ellas coronas inmortales.

El sol de la Caridad será para ti luz y calor, a fin de que cada vez más comprendas a Dios y ames a los hermanos. Los campos floridos de la Esperanza atenuarán el choque contra las piedras ásperas de los egoísmos y racionalismos que te hacen sufrir tanto y podrás resistir en el camino hasta tu meta, que es Dios. Las blancas flores de la Fe, perfumarán tu corazón disgustado por tantas cosas, cubrirán tus heridas y, sobre todo, te dirán que Dios es Padre y Amor y que es verdad todo lo que Él promete y que se cumple todo lo que se ha prometido. Y si esas flores se bañan con perladas lágrimas y se salpican de sangre, serán aún más preciosas ante los ojos de Dios. Y cuando el Enemigo, bajo forma de pez o de cualquier otro tipo de seducción, quiera devorarte o seducirte, llámame y reza. ¡Es tan dulce venir a los pequeños Tobías! ¡Es tan dulce para Dios inclinarse sobre quienes lo invocan!

Te he indicado la misma senda por la que conduje a Tobías[1]. Es una senda plácida, porque sobre ella vigila el ojo de Dios. Es una senda segura, aunque no exenta de insidias, porque está guardada por los defensores que ha enviado Dios. Es una senda triunfal, porque avanza entre las virtudes, dominada por el Sol

[1] Tobías 6, 1-9.

eterno y flanqueada por la Gracia, que lo es todo. Vuelvo a el que me ha enviado y te dejo la paz que viene del Cielo>>.

24 de noviembre de 1946

Por la noche.

Los Mártires y sus conquistas.

Veo un lugar que por el tipo de construcción y por las personas me recuerda el Tullianum de la visión de la muerte del pequeño Cástulo. También me hace acordarme de otros sitios romanos, como las celdas de los circos en las que vi amontonados a los cristianos que estaban a punto de ser arrojados a los leones. Pero no se trata de ninguno de estos lugares. Las murallas están formadas por las acostumbradas piedras, sólidas y encuadradas, sobrepuestas. La luz es escasa y melancólica como si se filtrara por un tragaluz y se mezclara al claror incierto de una lamparilla de aceite que no es suficiente para iluminar el ambiente. De seguro se trata de una cárcel, de una cárcel de cristianos pero, a diferencia de otros lugares que vi, este ambiente lúgubre y triste no está cerrado completamente por puertas y murallas. De un rincón parte un amplio pasillo que quién sabe a dónde lleva. También este pasillo, un poco curvo como si formara parte de una ancha elipse, está construido con las acostumbradas piedras cuadrangulares y mal iluminado por la débil luz. No hay nadie en el lugar pero hay ropas esparcidas por el suelo, que parece de granito y en el que grandes piedras sirven como asientos.

No sé de dónde viene un rumor apagado, como cuando lejos de la orilla se oye el rumor del mar agitado por la tormenta. Unas veces es débil; otras, más fuerte y algunas otras es casi como un estruendo, probablemente a causa de las paredes curvas que lo recogen y amplifican como un eco. Es un rumor extraño. A veces me parece el sonido de las olas del mar o de las aguas de una cascada muy grande; otras me parece que está hecho de voces humanas y pienso que es la muchedumbre que grita; otras veces se producen sonidos inhumanos durante los cuales se suspenden los otros rumores, para estallar más tarde aún con mayor clamor… Ahora el rumor de pisadas, de muchas pisadas, llega desde el pasillo elíptico, donde la luz es mucho más viva, como si hubieran llevado allí otras lámparas y al rumor de las pisadas se añade la débil queja de criaturas dolientes…

Y luego veo la tremenda escena. Precedido por dos hombres colosales, más bien ancianos, barbudos, semidesnudos, que llevan antorchas encendidas, avanza un grupo de criaturas sangrantes: algunas son ayudadas a caminar, otras ayudan y otras aún son llevadas por los compañeros. He dicho: criaturas. Pero no me he

expresado bien. Esos cuerpos torturados, mutilados, desgarrados; esos rostros cuyas mejillas están marcados por las horrendas heridas que han lacerado la boca hasta la oreja o cortado una mejilla hasta dejar ver los dientes fijados en la mandíbula, o sacado un ojo que ahora cuelga fuera de la órbita, donde ya no existe el párpado, que falta completamente como por una bárbara ablación; esas cabezas privadas por completo del cuero cabelludo como si un cruel artefacto las hubiera despellejado, ya no tienen aspecto de criaturas. Son una visión macabra como una pesadilla, son como un sueño impregnado de locura… Son el testimonio que en el hombre está oculta la bestia y que está lista para aparecer y desahogar sus instintos, aprovechando cualquier pretexto que justifique la ferocidad. En este caso, el pretexto es la religión y la razón del estado. Los cristianos son enemigos de Roma y el divino César, son quienes ofenden a los dioses y, por eso, los cristianos han de ser torturados. Y lo son. ¡Qué espectáculo! Hombres, mujeres, niños, jóvenes están allí, desordenadamente, esperando morir por las heridas o por un nuevo suplicio.

Sin embargo no se oye una queja, excepto el lamento inconciente de los que, por la gravedad de las heridas, devanean. Los que les han conducido hasta allí se retiran, abandonándoles a su suerte y entonces se ve que los que están mejor tratan de socorrer a los más graves y que el que apenas puede hacerlo va a inclinarse sobre los moribundos y el que no puede hacerlo se arrastra manteniéndose erguido sobre las rodillas o restregándose contra el suelo para ir en busca de su ser más querido o del que sabe que es más débil en la carne y quizás en el espíritu. El que aún puede usar las manos trata de socorrer a esas formas desnudas, cubriéndolas con las ropas esparcidas por el suelo, o bien disponiendo los miembros de los dolientes en posturas tales que no ofendan la modestia y extendiendo sobre éstos jirones de dichas prendas. Algunas mujeres recogen en su regazo a los niños moribundos, que lloran de dolor y de miedo y que, quizás, no son los propios hijos. Otras se arrastran hacia las jovencitas cubiertas solamente con sus sueltas cabelleras e intentan cubrir las formas virginales con las cándidas prendas que están por el suelo. Y así las prendas se empapan de sangre, el olor de sangre satura el aire en ese ambiente y se mezcla al denso humo de la lámpara de aceite. Se entremezclan en voz baja diálogos piadosos y santos.

“¿Sufres mucho, hija mía?”, pregunta un viejo cuyo cráneo, privado de la piel, cuelga sobre la nuca como una cofia mal puesta, y que no puede ver porque sus ojos son dos llagas sangrantes. Se dirige a la joven que habrá sido una rozagante esposa pero que ahora no es más que un grumo de sangre; con el único brazo que puede accionar, estrecha el pecho lacerado, con un desesperado gesto de amor, al

hijito que chupa la sangre materna en lugar de la leche que ya no puede descender de las mamas heridas.

"No, padre mío… El Señor me ayuda… Si, al menos, viniese Severo… El niño… No llora… quizás no esté herido… Siento que busca mi pecho… ¿Acaso estoy muy herida? Ya no siento una mano y no puedo… y no puedo mirar nada porque ya no tengo fuerzas para ver… La vida… se me escapa con la sangre… ¿Estoy cubierta, padre mío?…".

"No lo sé, hija. Ya no tengo ojos…".

Más allá hay una mujer que arrastra su vientre contra el suelo como si fuera una serpiente. Tiene un tajo en la base de las costillas y por él se ven respirar los pulmones. "¿Me oyes aún, Cristina?", pregunta inclinándose sobre una jovencita desnuda, que no está herida pero tiene el color de la muerte en su rostro. Todavía lleva una corona de rosas en la frente, sobre los cabellos oscuros y sueltos. Está semidesvanecida.

Pero al oír la voz y sentir la caricia materna, se estremece, reúne sus fuerzas para decir: "Mamá…". La voz es apenas un soplo. "¡Mamá! La serpiente… me ha apretado tanto… que ya no puedo… abrazarte… Pero la serpiente… no es nada… La vergüenza… Estaba desnuda… Me miraban todos… Mamá… ¿todavía soy virgen aunque… aunque los hombres… me han visto… así?… ¿Le agrado aún a Jesús?…".

"Estás vestida con tu martirio, hija mía. Lo afirmo: le agradas más que antes…".

"Sí… pero… cúbreme, mamá… no quiero que me vean aún… Ponme ropas, por piedad…".

"No te agites tesoro mío… Ahora mamá te pone aquí y te esconde… No puedo buscar un vestido para ti… porque… estoy muriéndome… Alabado sea Je…". La mujer cae sobre el cuerpo de la hija en un charco de sangre y, tras un gemido, queda inmóvil. ¿Ha muerto? Por cierto está exhalando el último suspiro.

"Mi madre está muriendo… ¿No ha quedado vivo ningún sacerdote para otorgarle la paz?" dice la jovencita esforzándose al hablar.

Yo estoy aún vivo. Si me lleváis hasta allí…", dice desde un rincón un anciano que tiene el vientre completamente abierto.

Algunos dicen: "¿Quién puede llevar a Cleto junto a Cristina y Clementina?".

"Quizás pueda hacerlo yo, que aún soy fuerte y tengo buenas manos. Pero tendrían qué guiarme, porque el león me ha quitado los ojos", dice un joven moreno, alto y fornido.

“¡Oh, Décimo! Yo te ayudaré a caminar”, responde un jovencito que no está muy herido, que es uno de los más ilesos.

“Mi hermano y yo te ayudaremos a llevar a Cleto”. Dicen dos recios hombres en la flor de la virilidad, también ellos poco heridos.

“Dios os recompense a todos”, dice el viejo cura destripado mientras le transportan con precaución. Una vez que lo han depositado junto a la mártir, reza inclinado sobre ella y, aunque está agonizando, aún encuentra fuerzas para encomendar el alma de un hombre que, con las piernas descarnadas, muere desangrado a su lado y para preguntarle al ciego que le ha acompañado si sabe algo de Quirino.

“Murió a mi lado. Fue el primero a quien la pantera desgarró la garganta”.

“Las fieras se apresuran al principio. Luego están saciadas y sólo juegan”, dice un jovencito que, poco lejos de allí, va desangrándose lentamente.

“Hay demasiados cristianos para demasiado pocas fieras, comenta un viejo, mientras se tapona con un trapo la herida que le ha abierto el costado sin tocarle el corazón.

“Lo hacen a propósito para gozar luego de un nuevo espectáculo. Por cierto lo están preparando ahora…”, observa un hombre que sostiene con la mano derecha su antebrazo, casi despegado del cuerpo por la mordedura de una fiera.

Un escalofrío estremece a los cristianos.

La joven Cristina gime: “Las serpientes no!, ¡es demasiado horror!”.

“Es verdad. La serpiente se ha deslizado sobre mí lamiéndome la cara con su lengua babosa… ¡Oh! Fue preferible el zarpazo, que me abrió el pecho pero que mato la serpiente, al helado reptil. ¡Oh!”. La mujer se lleva a la cara las manos vacilantes y ensangrentadas.

“Sin embargo, eres vieja. La serpiente estaba reservada para las vírgenes”.

“Se han burlado irónicamente de nuestros misterios. Primero fue Eva, seducida por la serpiente y luego, en los primeros días del mundo, todos los animales”.

“Es cierto. La pantomima del Paraíso terrestre… El director del Circo fue premiado por ella”, dice un joven.

Después de haber destrozado a muchas de ellas, las serpientes se arrojaron sobre nosotros hasta que abrieron las jaulas de las fieras e inició el combate”.

“Nos han rociado con ese aceite y las serpientes han huido de nosotras, como si no les interesara nuestra carne… ¿Qué será… de nosotras ahora? Pienso en la desnudez…”, gime una adolescente.

“¡Ayúdame Señor! Mi corazón vacila…”.

“Yo confío en Él…”.

“Yo quisiera que Severo viniera por el niño…”.

“¿Está vivo tu hijo?”, pregunta una mujer muy joven que llora sobre lo que era su hijo y que ahora es sólo un informe puñado de carne: un pequeño tronco, un tronco únicamente, sin cabeza, sin miembros.

“Está vivo y no tiene heridas. Me lo he puesto a la espalda. La fiera me desgarró a mí. ¿Y el tuyo?”.

“Su cabecita de rizos, sus ojitos de cielo, sus pequeñas mejillas, sus manitas como flores, sus piecitos que apenas comenzaban a aprender a caminar, ahora están en el vientre de una leona… ¡Ay!, ¡era hembra y por cierto sabía qué significaba ser madre, pero no supo tener piedad de mí!…”.

“¡Quiero que venga mamá! ¡Quiero que venga mamá! Está allí, en el suelo, con el padre… Y a mí me duele. ¡Mamá me sanaría la pancita!…”, dice un niñito de seis o siete años a quien un mordisco o un zarpazo ha desgarrado por completo la pared abdominal y ahora está agonizando rápidamente.

“Ahora vas a ir con mamá. Te llevarán tus hermanitos, los ángeles del cielo, mi pequeño Lino. No llores así…”, le consuela una joven, sentándose a su lado y acariciándole con la mano que está menos herida. Pero el niñito sufre al estar extendido sobre el duro suelo y entonces la joven, con la ayuda de un hombre, le pone sobre sus rodillas, le sostiene y le acuna.

“¿Dónde está vuestro padre?”, pregunta Cleto a los dos hermanos que le han transportado junto con el ciego.

“Ante nuestros ojos le vimos ser comida para el león. Cuando ya la fiera estaba mordiéndole la nuca, nos dijo: “Perseverad”. No dijo nada más porque la bestia le arrancó la cabeza…”.

“¡Ahora habla desde el Cielo el beato Crispiniano!”.

“¡Bienaventurados hermanos!, rezad por nosotros”.

“Por la última lucha”.

“Por la última esperanza”.

“Por amor de los hermanos”.

“No Temáis. Ellos, ya perfectos en el amor hasta el punto que el señor les quiso en el primer martirio, ahora son sumamente perfectos porque viven en el Cielo y conocen y reflejan la Perfección del Señor altísimo. Sus despojos, que dejamos en la arena, son sólo despojos, como las ropas que nos han quitado, Mas ellos están en el Cielo. Los despojos son inertes. En cambio, ellos están vivos, vivos y activos. Ellos están con nosotros. No temáis. No os preocupéis del modo

en que vais a morir. Ya lo dijo Jesús: "No os preocupéis de las cosas de la Tierra. Vuestro Padre sabe qué necesitáis". Conoce vuestra voluntad y vuestra resistencia. Lo sabe todo y os socorrerá. ¡Oh, hermanos!, tened aún un poco de paciencia. Luego será la paz. El Cielo se conquista con paciencia y violencia: paciencia en el dolor; violencia hacia nuestros temores de hombres. Truncadlas. Son las insidias del Enemigo infernal para arrancarnos de la Vida del Cielo, Rechazad los temores. Abrid el corazón a la confianza absoluta. Decid: "El Padre nuestro que está en los Cielos nos dará nuestro pan cotidiano de fortaleza porque sabe que queremos su Reino y que morimos por él perdonando a nuestros enemigos". Pero no, he dicho una palabra que es pecado. *Para los cristianos no existen enemigos* El que nos tortura es nuestro amigo como el que nos ama. Es más, es doblemente nuestro amigo, porque en la tierra sirve para testimoniar nuestra fe y nos viste con el atavío nupcial para el banquete eterno. Recemos por nuestros amigos, por estos amigos nuestros que ignoran cuánto les amamos. ¡Oh!, en verdad, en este momento somos semejantes a Cristo porque amamos a nuestro prójimo hasta llegar a morir por él. Amamos. ¡Oh, qué palabra! Hemos aprendido qué significa ser dioses. Porque el Amor es Dios y el que ama es semejante a Dios, verdaderamente es hijo de Dios. No amamos evangélicamente a los seres de los cuales esperamos júbilo y recompensas, sino a los que nos golpean y hasta nos despojan de la vida. Amamos con Cristo diciendo: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen". Con Cristo decimos: "Es justo que se cumpla el sacrificio porque hemos venido para cumplirlo y queremos que se cumpla". Con Cristo decimos a los sobrevivientes: "Ahora estáis adoloridos. Mas vuestro dolor mudará en júbilo cuando sepáis que estamos en el Cielo. Del Cielo os traeremos la paz en que vamos a estar". Con Cristo decimos: "Cuando nos hayamos ido, enviaremos al Paráclito para que cumpla su misteriosa labor en el corazón de los que no nos comprendieron y nos persiguieron porque no nos habían comprendido". Con Cristo confiamos el espíritu no a los hombres sino al Padre para que lo sostenga con su amor en la nueva prueba. Amén". Aún así, destripado, moribundo, el viejo Cleto ha hablado con una voz tan fuerte y segura como no la habría tenido uno sano. Y han infundido su espíritu heroico en todos hasta el punto que un dulce canto se eleva de esas criaturas atormentadas…"¿Dónde está mi mujer?" pregunta una voz desde el pasillo interrumpiendo el canto.

"¡Severo!" ¡Esposo mío! ¡El niño está vivo! ¡Te lo he salvado! Llegas a tiempo… porque estoy muriendo. ¡Toma, toma a nuestro Marcelino!".

El hombre se adelanta, se inclina, abraza a su esposa moribunda, toma de su mano temblorosa al niñito y las dos bocas que se amaron santamente se unen por última vez en un único beso depositado sobre la inocente cabecita.

“Cleto… bendice… me muero…”. Es como si la mujer hubiera retenido la vida hasta la llegada del esposo. Ahora se desploma con un estertor en los brazos del marido y le susurra: “Ve, ve… por el niño… a Puden…”. La muerte trunca la palabra…

Cleto dice: “Paz para Anicia”.

Todos responde: “Paz!”.

El marido la contempla así, tendida a sus pies, desangrada, desgarrada… Sus ojos derraman lágrimas que caen sobre el rostro de la muerta. Luego dice: “¡Oh, esposa fiel, acuérdate de mí!…”. Se vuelve al anciano suegro: “La llevaré a la viña de Tito. Aquí fuera están Cayo y Sostenido con la parihuela”.

“¿Os dejan pasar?”.

“Sí, quien aún tiene parientes entre los vivos, tendrán sepultura…”.

“¿Por dinero?”.

“Con dinero… o sin él. El que quiera puede venir a recoger a los muertos y a saludar a los vivos. De este modo esperan que, viendo a los mártires, se acobarden los que aún están libres y eso les convenza a no hacerse cristianos, y esperan que nuestras palabras… os acobarden. El que no tiene parientes, irá a la fosa común… Pero nuestros diáconos buscarán los restos durante la noche…”.

“¿Acaso se prepara un nuevo martirio?”.

“Así es. Por eso dejan pasar a los parientes y también por esto los mártires serán sepultados durante la noche. Ellos estarán ocupados en el espectáculo…”.

“¿Habrá un espectáculo tan tardee? ¿Qué espectáculo puede haber durante la noche?”.

“Sí, ¿qué espectáculo?”.

“La hoguera, en plena noche…”.

“¡La hoguera!… ¡Oh!…”.

Cleto prosigue: “Las llamas serán como el fresco rocío de la aurora para los que esperan en el Señor. Acuérdate de los jovencitos de que habla Daniel[1]. Ellos fueron cantando entre las llamas. ¡La llama es bella! Purifica y viste de luz. No es como las inmundas fieras ni como las lascivas serpientes, ni como las impúdicas miradas hacia el cuerpo de las vírgenes. ¡La llama!, si queda un resto de pecado en nosotros, que la llama de la hoguera sea semejante al fuego del Purgatorio. Será un breve purgatorio y luego, vestidos de luz, vayamos a Dios. ¡Iremos a Dios: a la Luz! Fortificad vuestros corazones. Querían ser luz para el mundo

[1] Daniel 3, 19-90.

pagano. Que las llamas de la hoguera sean el inicio de la luz que daremos a este mundo de tinieblas".

Se oyen pasos pesados, metálicos, en el pasillo. Aparecen en él cuatro soldados y preguntan: "Décimo, ¿estás vivo aún?".

"Sí compañeros, estoy vivo y lo estoy para hablaros de Dios. Venid, porque no puedo ir hacia vosotros, porque ya no volveré a ver la luz".

Los dos exclaman: "¡Oh, infeliz!".

"No, feliz, soy feliz. Ya no veo las fealdades del mundo. Ya no podrán tentarme las lisonjas de la carne y del oro entrando por mis pupilas. En medio de las tinieblas de la temporal ceguera, veo ya la Luz. ¡Veo a Dios!…".

"¿Es que no sabes que dentro de poco te quemarán? ¿Es que no sabes que, porque te amamos, habíamos pedido verte para hacerte huir si aún estabas vivo?".

"¿Decís huir? ¿Me odiáis tanto, que queréis quitarme el Cielo? No procedíais así en las mil batallas que, uno junto a otro, sostuvimos por el emperador. Entonces nos estimulábamos recíprocamente para obrar como héroes. ¿Y ahora, en cambio, mientras combato por un Emperador eterno, cuya Potencia es inmensa, me aconsejáis ser vil? ¿La hoguera decís? ¿Y acaso no habría muerto de buena gana entre las llamas durante los asaltos a una ciudad enemiga, con tal de servir al Emperador y a Roma, o sea, a un hombre como yo y a una ciudad que hoy existe y que mañana puede no existir? Y ahora que, para servir a Dios, voy a asaltar al Enemigo más verdadero y la Ciudad eterna donde reinaré con mi Señor, ¿quieres que tema las llamas?".

Los dos soldados se miran desconcertados.

Cleto vuelve a hablar: "El mártir es el único heroe. Su heroísmo es eterno. Su heroísmo es santo. Con su heroísmo no daña a nadie. No imita los áridos estoicismos de los estoicos. No imita las violencias inútiles y nefastas de los crueles. No atrapa tesoros. No usurpa poderes. Da. Da lo suyo. Da sus riquezas… sus fuerzas… su vida… Es un ser generoso que se despoja de todo para dar. Imitadle. ¡Oh, siervos supinos de un ser cruel que os manda a dar muerte y a encontrar la muerte!, pasad a la Vida, a servir a la Vida, a servir a Dios. ¿Acaso al terminar la embriaguez de la batalla, el toque impone silencio en el campo, habéis sentido el júbilo que ahora advertís en vuestro camarada? No, por cierto; allí sentíais cansancio, nostalgia, temor a la muerte, náusea por la sangre y las violencias… Aquí… ¡mirad! Aquí mueren cantando. Aquí mueren sonriendo, porque no moriremos: viviremos. No conocemos la Muerte: conocemos la Vida, que es Jesús nuestro Señor.

Vuelven a entrar .los dos hombres robustos que al principio habían llegado con las antorchas. Están acompañados por otros dos hombres vestidos con gran pompa. Los dos primeros sostienen en alto las antorchas humeantes. Los otros dos se inclinan para mirar los cuerpos…

Se consultan entre ellos diciendo: "Está muerto… También éste… Éste otro está agonizando… El niño ya está helado… El viejo morirá dentro de poco… ¿Y ésta?… la serpiente le ha aplastado las costillas. Observa, ya despide su boca una espuma rosada…".

"Yo diría que les dejemos morir aquí".

"No, los juegos ya están establecidos. El circo se está llenando nuevamente…".

"Serían suficientes los que están en otras cárceles".

"¡Son demasiado pocos" Próculo no supo distribuir las masas: demasiados fueron a los leones y demasiado pocos a la hoguera…".

"Así es… ¿Qué hacemos?".

"Espera". Uno de los dos avanza hasta el centro del cuarto y dice: "Póngase de pie los que, entre vosotros, estén menos heridos".

Se levantan unas veinte personas.

"¿Podéis caminar? ¿Podéis estar de pie?".

"Sí, podemos"."Tú eres ciego", le dicen a Décimo.

"Me pueden conducir. No me privéis de la hoguera, ya que creo que estáis pensando en eso", dice Décimo.

"Así es. ¿Y quieres la hoguera?".

"Os lo pido como una gracia. Soy un soldado fiel. Mirad las cicatrices de mis miembros. Como premio de mi largo y fiel servicio al Emperador, dadme la hoguera".

"Si amas tanto al Emperador, ¿por qué le traicionas?".

"No traiciono al Emperador ni al Imperio, porque no cometo actos contra su salvación. Pero sirvo al Dios verdadero, que es el Hombree Dios y el Único digno de ser servido hasta la muerte".

"¡Oh, Casiano!, con corazones semejantes las torturas son vanas. Te diré esto: no hacemos más que cubrirnos de crueldad sin lograr un fin…", dice uno de los intendentes del Circo a su compañero.

"Puede que sea verdad. Pero el divino César…".

"¡Qué te importa! ¡Vosotros los que podéis caminar, salid de aquí! Aguardadnos cerca de la salida. Os daremos ropas nuevas".

Los mártires saludan a los que se quedan. Un adolescente se arrodilla para que la madre lo bendiga. Una jovencita traza con su sangre una pequeña cruz, como si fuera un crisma, en la frente de su madre, que la deja para ir a la hoguera. Décimo abraza a sus dos camaradas. Un viejo besa a la hija moribunda y se encamina con paso decidido. Antes de salir, todos le piden bendición a Cleto, el sacerdote… Los pasos de los que van a morir se alejan por el pasillo.

Los intendentes preguntan a los dos soldados: "¿Os quedáis aún aquí?".

"Sí, nos quedamos".

"¿Por qué razón?, es… peligroso. Éstos corrompen a los ciudadanos fieles".

Los soldados se encogen de hombros.

Los intendentes se van mientras entran dos sepultureros con parihuelas para llevarse a los muertos. Hay cierta confusión porque, junto con los sepultureros, entran también los parientes de los muertos o de los moribundos y entre ellos se cruzan lágrimas y adioses. Los dos soldados aprovechan para decirle a un adolescente: "Finge estar muerto. Te salvaremos"."¿Seríais capaces de traicionar al Emperador poniéndoos a salvo, mientras él confía en vosotros para custodiar su gloria?".

"No, jovencito, por cierto no lo haríamos".

"Pues yo tampoco traiciono a mi Dios, que murió por mí en la Cruz".

Los dos soldados completamente descontrolados, se preguntan:

"Pero, ¿quién les da tanta fuerza?". Luego, sosteniéndose la cabeza con el codo apoyado en la muralla, se quedan meditabundos y observan.

Vuelven los intendentes acompañados por los esclavos y las parihuelas: "Aún sois pocos para la hoguera. Que se sienten al menos los que están menos heridos".

¡Los que están menos heridos!… ¡si casi todos están agonizando! Y ya no pueden sentarse. Pero las voces ruegan: ¡Yo! ¡Yo! Con tal de que me llevéis…".

Eligen a otros once…

Se entrecruzan saludos: "¡Oh, bienaventurados de vosotros! ¡Ruega por mí, María! ¡Hasta Dios, Plácido! ¡Oh madre, acuérdate de mí! ¡Hijo mío, llama pronto mi alma! ¡Oh esposo mío, que te sea dulce morir!…".

Se llevan las parihuelas.

"Sostengamos a los mártires con nuestras plegarias. Ofrezcamos por ellos el doble dolor de los miembros y del corazón que se ve excluido del martirio. Padre nuestro…". Cleto, terriblemente lívido, agoniza pero recoge las últimas fuerzas para decir el Padrenuestro.

Entra uno jadeante. Ve a los dos soldados. Retrocede. Sofoca el grito que ya subía a los labios.

"Puedes hablar, hombre. No te traicionaremos. Nosotros, los soldados de Roma, pedimos ser soldados de Cristo".

Cleto exclama: "¡La sangre de los mártires fecunda la gleba!". Y, volviéndose hacia el que acaba de llegar, continúa: "¿Tienes los misterios?".

"Sí; logré dárselos a los otros un momento antes de que fueran conducidos a la arena. ¡Helos aquí!".

Los soldados miran asombrados el saco color púrpura que el hombre esconde en su pecho y acaba de extraer.

"Soldados, vosotros nos preguntáis de dónde sacamos fuerzas.¡He aquí la fuerza! Éste es el Pan de los fuertes. Éste es Dios que entra a vivir en nosotros. Éste…".

"¡De prisa! ¡Oh padre, de prisa! Muero… Jesús… ¡y moriré feliz! ¡Moriré virgen, mártir y feliz!", exclama Cristina, jadeante por los estremecimientos que la ahogan.

Cleto se apresura a partir el pan y a dárselo a la jovencita, que cierra los ojos y se queda serena.

Un niño que tiene las espaldas desgarradas y la mejilla partida desde la sien a la garganta sangrante, balbucea: "También a mí… y luego… llamad a los siervos al Circo. Quiero morir en la hoguera…".

"¿Puedes tragar?".

"¡Puedo! Puedo. No me he movido nunca ni he hablado para no morir… antes de la Eucaristía. Aguardaba… Ahora…".

El sacerdote le da una miguita del Pan consagrado. El niño intenta tragar. Pero no lo consigue. Apiadándose de él, un soldado se inclina y le sostiene la cabeza mientras el otro, que ha encontrado en un rincón un ánfora en cuyo fondo hay un poco de agua, trata de ayudarle a tragar vertiéndole el agua gota a gota en los labios.

Mientras tanto, Cleto parte las Especies y se las da a los que están más cerca. Luego les ruega a los soldados que le transporten para distribuir la Eucaristía a los moribundos. Después se hace llevar de nuevo adonde estaba y dice: "Que Nuestro Señor Jesucristo os recompense por vuestra piedad".

El niñito al que le costaba tragar las especies, jadea un poco, se debate… Un soldado, apiadado, le toma en brazos, pero mientras lo hace un borbotón de sangre brota de la herida del cuello y baña la reluciente coraza. "¡Mamá! El Cielo… Señor… Jesús…". El cuerpecito se abandona.

“Ha muerto… Sonríe…”.

“¡Que la paz sea con el pequeño Fabio!”, dice Cleto, cada vez más pálido.

“¡Paz!”, suspiran los moribundos.

Los dos soldados hablan entre ellos. Luego uno dice: “Sacerdote del Dios verdadero, termina tu vida introduciéndonos en tu milicia”.

“No es mía… es de Jesucristo. Pero… no se puede… Antes… hay qué ser catecúmenos…”.

“No es así. Sabemos que en caso de muerte se suministra el bautismo”.

“Vosotros sois… sanos…”. El anciano jadea…

“No, somos moribundos porque… Ante un Dios como el vuestro que os hace tan santos, ¿para qué seguir sirviendo a un hombre tan corrupto? Queremos la gloria de Dios. Bautízanos: a mí dame el nombre de Fabio, como el pequeño mártir; a mi compañero el de Décimo, como nuestro glorioso camarada. Y luego volaremos a la hoguera. ¿Qué vale la vida del mundo cuando se ha comprendido vuestra Vida?”.

No hay más agua… no hay ningún líquido… Cleto ahueca su trémula mano, recoge la sangre que gotea de su horrenda herida y dice: “arrodillaos… Yo te bautizo, oh Fabio, en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo… Yo te bautizo, oh Décimo en el nombre del… Padre… del Hijo… del Espíritu… Santo… Que el Señor sea con vosotros por la Vida… eterna. ¡Amén!…”. El viejo sacerdote ha terminado su misión, su sufrimiento, su vida… Ha muerto.

Los soldados le miran… Se quedan mirando por algún tiempo a los que van muriendo lentamente, están serenos… sonrientes en la agonía, arrebatados en el éxtasis eucarístico. “Ven, Fabio. No esperemos un instante más. ¡Con semejantes ejemplos, el camino es seguro! ¡Vayamos a morir por Cristo!”. Corren velozmente por el pasillo al encuentro del martirio y de la gloria.

En el recinto los gemidos se hacen cada vez más débiles y menos numerosos… Desde el Circo vuelve el fragor que oí al principio. La multitud vuelve a murmurar esperando el espectáculo.

8 de diciembre de 1946

Ha pasado la procesión. He querido ver… Y sólo por haberme esforzado para incorporarme y poder mirar, me he quedado postrada completamente… Me he conmovido recordando tantas cosas… He arrojado besos y el alma a los pies de

María… Hubiera querido ocupar para siempre el lugar de Bernardina[1]… pero no aquí en la Tierra, sino en el Cielo.

¡Oh Virgen santa!, si sabes bien que como creyente te he rendido homenaje total, también sabes que, más que tu representación, he tenido que recordar, que mirar tu efigie con mi espíritu, porque quien te ve como te estoy viendo ahora, encuentra tan fría y material, tan disminuida aún la más bella reproducción, que no puede mirarla sin sufrir. Es nuestro castigo de videntes. La realidad espiritual es demasiado diferente de la realidad material y nos produce una sensación de hielo, casi de… incomodidad. ¡Oh, Tú! ¡Tú! ¡Tú como te vemos, como eres! ¿Cuál es el artista que puede esculpirte y pintarte sin disminuirte y de modo tal que podamos mirarte sin sentir pena, la pena del que ve envilecido lo que, en cambio, es inefable belleza?…

¡Oh Dios, cómo nos amas! Ya sólo por este don de veros tal como sois, cualquier circunstancia penosa queda pagada con creces. Pero sigo diciendo que ha sido más dulce para mi ver el homenaje del pueblo y, sobre todo, sentir esta mañana, a mi doloroso despertar, tu maternal saludo, que ver tu representación, tan diferente de como eres.

[1] Dado que se trata de la procesión de la Inmaculada, se refiere a Bernardette Soubirous, la santa vidente de Lourdes.

14 de diciembre de 1946

A las 5 y 20 de la mañana.

Me despierto. Mi aflicción está ya en la cabecera y cargo con ella como con una cruz. Pero, contemporáneamente, llega la amada y divina voz: "Jesús viene a dar su beso (la Eucaristía) a su pequeña esposa". Respondo: "¡Oh, Señor mío!, ilumíname. ¡Dime si eres verdaderamente Tú! Todo lo que me hacen sufrir en general los Padres Siervos de María y en particular el Padre Migliorini, me lleva a creer que soy una ilusa, una enferma mental y una endemoniada. ¿Me hablas Tú o es mi mente enferma que delira? ¿Eres Tú o es Satanás? Éste es mi dolor más grande y Tú lo sabes: el temor de escuchar voces que no son la tuya y la de tus santos o de equivocarme diciendo que es "tu palabra" lo que, en cambio, es sólo un pensamiento mío".

Jesús me responde:

"¿Y aunque fuera así? ¿Acaso no he dicho que los pensamientos de los hombres nacen del corazón y que por el fruto se conoce si la planta es buena? ¿Acaso no está dicho en las Escrituras y en la Sabiduría que el que me revela alcanzará la Vida eterna y que el que para Mí trabaja no pecará? ¿Cuántas veces se ha dicho, clara o veladamente, que el que está saturado de Sabiduría está saturado de Mí, que el que habla con palabras sobrenaturales es la voz del Espíritu de Dios, que vive en su corazón?, porque, ¡oh, dilecta alma mía!, precisamente el Espíritu de Dios cumple estas operaciones en el corazón de aquellos hombres en que hace su morada por haberles considerado merecedores de ser habitados por Él. Y el Espíritu Paráclito es el Amor del Padre y del Hijo. Por lo tanto, si en tu corazón oyes resonar estas palabras, quiere decir que escuchas los divinos coloquios de la Santísima Trinidad. Por lo tanto, si me oyes hablar, quiere decir que Yo estoy en ti con mi amor. Por lo tanto, aunque en verdad fuera tu corazón el que sugiere esos pensamientos que luego escribes, quiere decir que tu corazón rebosa de Dios, porque "lo que sale de la boca viene del corazón del hombre"[1]. Ahora bien, si tu corazón lanza a tu boca y a tu mente pensamientos, visiones y palabras divinas o sobrenaturales, quiere decir que tu corazón es santo, que tu corazón acoge solamente amor, justicia, cosas celestiales, quiere decir que tu conversación está en el Cielo y que vives con tu espíritu en el Cielo pues tienes el Cielo encerrado dentro de ti. ¡Bienaventurados los que son como tú! ¿Y entonces, por qué te afliges, ¡oh, hermoso árbol mío, dulce pomo,

[1] Mateo 15, 18-20; Marcos 7, 20-23; Lucas 6, 45.

tierno alivio!, si das frutos celestiales, endulzados por la Sabiduría que Nosotros somos, luminosos como puro óleo encendido por la Luz que Nosotros somos?

¡Quédate en paz! ¡Oh, mi dilecta, mi fiel, mi enamorada, mi pequeña y amada esposa, quédate en paz! Quédate en paz. Y prosigue en paz. Estás haciendo lo que Yo quiero. Quien te ataca, no te hiere a ti, me hiere a Mí porque se opone a Mí, solamente a Mí, pues sólo Yo, y nadie más que Yo, te poseo, te domino, resplandezco sobre ti, te enseño y vivo en ti. Prosigue. Haces amar al Señor, a María y al celestial pueblo de los Santos. ¡Ya sólo por eso, sólo por eso merecerías la Vida eterna! Además, está tu prolongado amor, que aumenta siempre. Está tu sufrimiento. Está tu inmolación, toda ti misma. ¡Oh!, no temas. No puedes equivocarte porque estás sumida en el amor heroico. No temas. Lo que rebosa o lo que está sumergido no puede recibir nada más; no puede ser empapado aún sino por lo que ya le empapa o estar sumergido en algo que no sea eso en que ya se encuentra sumergido. No temas. Prosigue y perdona.

Los miopes o los que por triple sensualidad o sólo por orgullo viven en la chata llanura, tienen cataratas en las pupilas de la inteligencia y no pueden ver el sol que brilla en las cumbres de las montañas que tienden hacia el cielo porque aman el cielo, las alturas, la pureza; tampoco ven las plantas que, gracias al sol, crecen en esas cumbres. Del mismo modo, no ven los divinos contactos del Sol Dios con la cumbre de tu espíritu ni las plantas que tu voluntad de amarme hizo nacer allí, en la cima de tu espíritu, y que el Sol Dios hace crecer cada vez más lozanas, las plantas que ninguna tormenta podrá desarraigar jamás.

A todas las almas que se donan por completo a la Sabiduría se pueden aplicar las palabras del libro sapiencial: “He crecido como cedro del Líbano y como ciprés del monte de Sión. He crecido como palmera de Engadí y como rosa de Jericó; como un gallardo olivo en los campos y como un plátano en las plazas junto a las fuentes. Como planta aromática o suave resina, exhalo mis perfumes y de ellos saturo mi casa”[2]. Porque el que se dona a la Sabiduría emana Sabiduría. Y la Sabiduría es ubérrima: es una selva, bella y útil, de plantas de todo tipo, con flores, frutos, perfumes suaves, nutrida por las fuentes eternas de su misma naturaleza: La Divinidad. Éste no es sólo el elogio de María Santísima. En Ella fue total la Sabiduría y Ella alcanzó todas las perfecciones propias de las criaturas. Mas Yo te digo que este elogio es el elogio de todas las almas que se donan a la Sabiduría y la Liturgia lo aplica a muchas de ellas que han sabido poseer la Sabiduría.

[2] Ben Sirá (Eclesiástico) 24, 13-15.

¿Quién eres? ¿Se preguntan y te preguntas quién eres? Pues Yo te digo con las palabras de Isaías cuál es tu nombre: "Yo, el Señor, les doy y les daré un nombre mejor que el de los hijos e hijas: les daré un nombre eterno, que no se borrará jamás"[3]. Te lo digo con las palabras de Juan, el predilecto: "Al vencedor le daré maná escondido y le daré una piedrita blanca en la que estará escrito un nombre nuevo, que nadie conoce, sino quien lo recibe"[4]. Ya te lo he dado y no te lo quitaré si te mantienes fiel a Mí. No te lo quitaré y lo llevarás junto con muchos otros, con todos "los que provienen de la gran tribulación" y van allí donde ya no hay dolor "porque Dios enjugará todas las lágrimas derramadas por sus ojos"[5].

¿Ahora estás en paz, pequeña esposa? ¿Acaso no he venido a besarte, como te dije al principio? ¿Acaso no está en ti mi eucarística miel? ¿Sientes su suavidad? ¿Acaso no laten nuestros dos corazones con un solo latido? ¿Te embriaga mi sangre? ¿Brilla en ti mi Sol? ¿Te calienta, te consuela, mi María! ¡Ven! ¡Abandónate! Es tan bello amarse y olvidar los feroces y robustos carros de Aminadib[6], oscuros, gélidos, macizos. Ven al amor. Dame el amor. ¡Tengo tan pocas almas que me aman sin reservas, como haces tú! ¿Por qué te gustaría alejarte, atemorizada por las voces de los que están entre la hierba y el pantano, como renacuajos que querrían hacer callar al ruiseñor y volar hacia el sol como la paloma, y están irritados porque no pueden hacerlo? Ven. Soy Yo verdaderamente. Ven. No puedes dudar, ya no dudas cuando te sostengo así. Mas el éxtasis no se produce en todos los momentos. Y debes saber permanecer feliz, segura como lo estás ahora, aun cuando el éxtasis termina y te envuelve la incomprensión y la desconfianza de los hombres, tal como ellos quieren que sea. Alma mía, pasará todo. Mas Yo quedaré contigo siempre, para siempre. Tras el Calvario viene la Resurrección; tras la Pasión, la Ascensión: para Cristo y para las esposas de Cristo.

Que mi paz, que mi caridad estén en ti, contigo, siempre".

[3] Isaías 56, 4-5.
[4] Apocalipsis 2, 17.
[5] Apocalipsis 7, 13-17 (Isaías 25, 8).
[6] Cantar de los cantares 6, 12.

25 de diciembre de 1946

Dice Jesús:

"Vengo y os tiendo los brazos como a mis pastores, que fueron los primeros a quienes amé en la Tierra y que seguí amando porque ellos siguieron amándome con el corazón sencillo de aquella noche. Se los doy como modelo porque quiero que me améis siguiendo el camino más fácil y seguro, el camino de la sencillez. Es también el camino de "nuestra" Teresa del Niño Jesús. Es el camino de quienes, dado que poseen la Sabiduría, *intuyen que los caminos abruptos son los peligrosos aun para los fuertes, mientras que los caminos sencillos son los más seguros. Nunca debe el hombre fiarse de sus fuerzas.* Hoy puede ser muy fuerte; mañana, más frágil que un junco, y hasta más frágil que un junco quebrado. El peso que puede quebrarle es precisamente el deseo de cosas grandes, complicadas, llenas de fórmulas y de programas, los métodos hiperbólicos de una escalada difícil que el hombre, por sí mismo, no puede comprender.

No, este no es el modo para salvarse fácilmente. Para lograrlo, simplemente *hay que tener la voluntad de amar.* Es lo que sabe hacer hasta un niño. Es lo que sabe hacer hasta un pastor. Es muy fácil para Mí precipitarme y apresar a uno que me ama de modo simple, elevándole a las vertiginosas alturas de maravillosos heroísmos. Mas, ¿crees que el júbilo de éste, el paradisíaco júbilo de poseerme en el Cielo, es mayor que el júbilo del que se ha santificado humildemente en la sencillez de las acciones realizadas totalmente por amor hacia Mí?

¿Crees acaso que mis humildes pastores, aun los que murieron antes que Yo fuera el Maestro –y que, por lo tanto, sólo me adoraron en esa noche en que todos ellos estaban arrodillados ante mi pesebre, ante mi cuna, y que siguieron haciéndolo con todo su espíritu por pocos días o quizás por años, hasta la muerte, después de que la saña de Herodes me separó de ellos-, creéis, os digo, que mis humildes pastores, que todos ellos, tienen en el Cielo gloria y dicha menores de las que tienen los tres Sabios de Oriente, arquetipos de los sabios y de los potentes que luego, a lo largo de los siglos, me iban a amar con ciencia? No es así. Es más, os digo que, mientras muchos doctores, tras haberme amado, se perdieron por haber querido conocerme con demasiada ciencia o están purgando aún en el fuego purgativo (que les enseña a amar sin pretender analizar el amor y el Objeto del amor) su científico y complicado culto de Mí, ese culto investido por las gélidas ráfagas de la ciencia, de todos mis pastores, los que me sirvieron como discípulos pasaron de la muerte a la Vida y los que se extinguieron antes de

que Yo subiera al Padre, pasaron de la muerte a una serena espera en Mí en el Limbo.

Es más, os digo que, mientras entre los doce apóstoles se perdió uno, entre los doce pastores ni siquiera uno fue privado de la aureola de los bienaventurados. Y fue así porque, siendo simples, se saciaron y compenetraron de mi simplicidad de Niño. Vieron y amaron sólo al Hijo que le había nacido al Pueblo de Israel, amaron sólo al Niño Salvador, "envuelto en pañales y puesto en un pesebre"[1]; el niño que luego vieron mamar y crecer, semejante a todos los niños, y ni la pobreza ni las limitaciones de la infancia hicieron vacilar la fe de ellos acerca del origen divino de la Criaturita nacida en Belén de Judea ni tampoco calcularon los beneficio que habrían podido obtener de Él, a quien la mayoría en Israel soñaba como rey y vengador en lugar de espiritual Salvador de su pueblo y del mundo. Amaron siempre. Amaron también los que luego me vieron y sirvieron en medio de las aclamaciones de la multitud. Supieron amar únicamente al Salvador. Supieron seguir únicamente al Salvador. Supieron seguir a Jesús únicamente para poseer el reino de los Cielos. No soñaron ni se desilusionaron, ni cayeron en la incredulidad, en el odio, en la venganza, como Judas de Keriot que, decepcionado en su sueño de poder, llegó al deicidio.

Sed simples. Hay dos libros que puede leer y entender todo el que tenga buena voluntad, aunque sea analfabeto. Es suficiente que tenga los ojos simples de mis pastores. El pesebre de Belén, la cruz del Gólgota: esos dos libros hablan. Dicen palabras eternas. Expresan enseñanzas frente a las cuales son algo muy limitado, la sabiduría de todos los sabios, desde Salomón hasta el último que llegue. Es mi Nacimiento en la miseria para enseñaros el desinterés de las riquezas y los honores, para apagar en vosotros la sed de los honores humanos inútiles; es mi Muerte en el dolor para enseñaros que con ellos se conquista el Reino para sí y para el prójimo y que se debe amar, siempre.

Amaos y amadme y que mi paz sea con vosotros.

Dice María:

"Yo soy vuestra Madre. Vosotras sois mis hijas. Mas las hijas deben engendrar así como la Madre engendró. La virginidad no es un obstáculo para engendrar al Emanuel. Siendo virgen y consagrada, también yo dije: "¿Cómo puede suceder esto si no he conocido varón?" y el ángel me respondió: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra"[2], y fue

[1] Lucas 2, 8-|12.
[2] Lucas 1, 34-35.

Emanuel. El Espíritu Santo desciende en las almas que mi Hijo ha redimido y que saben vivir en la justicia y en ellas hace su morada, y así las almas se hacen portadoras de Dios. Por lo tanto, veis que la virginidad no es un obstáculo sino, por el contrario, una ayuda para llevar a Cristo en vosotras y para darle al mundo con la luz de vuestras obras. Venid a la fecunda virginidad que da a luz en el mundo tenebroso la Luz del mundo.

Quiero enseñaros lo que se necesita para que en vuestro corazón virginal haga su morada Cristo:

Obediencia total hasta llegar a renunciar a los deseos más santos para seguir la voluntad de Dios.

Reserva absoluta acerca de los misterios de la morada de Dios en vosotras.

Humildad inalterable a pesar del prodigio de la morada de Dios en vosotras. Recordad que Satanás espía para descubrir dónde está Cristo y es necesario defender a Cristo del veneno de Satanás. Si le alcanzara, Él no moriría porque es Dios; Él no sería afectado, porque es Dios. Mas vosotras lo seríais. Y entonces, Cristo no podría estar donde existe una ligereza tal que alza los velos sobre los misterios de Dios y donde emana el hedor de la complacencia hacia sí mismo. Por eso vosotras, como aliadas de Satanás, pondríais a Cristo en la necesidad de retirarse a lugares donde no existan molestias diabólicas.

Fe perfecta en la ayuda que Dios otorga, en todas las circunstancias, a las portadoras de su Verbo.

Pureza de voluntad. Llevar a Dios no para vanagloriarse por llevarle, sino para dárselo a los hombres.

Candor de alma y de pensamiento pues Jesús está solamente en el candor.

Seráfica caridad. En el fuego el Fuego divino se concreta en Jesús-Luz, en Jesús-Sabiduría, en Jesús-Paz, en Jesús-Salvador. Hay que tener caridad hacia Dios, que sabe y que lo comprende todo. Hay que tener caridad hacia el prójimo, *que no sabe que no quiere saber* y que no comprende *porque no quiere comprender*. Los hombres no conocen la Luz. Que, a través de la caridad, las portadoras de la Luz conduzcan a los hombres el conocimiento de la Luz, de la Caridad, de la Salvación: de Dios.

Siguiendo estos siete comportamientos os convertís en cunas vivientes para el Salvador y me imitáis a Mí, que soy vuestra Madre y que os amo".

30 de diciembre de 1946

Oigo la noticia de que en una caverna han encontrado esqueletos de hombre-mono. Me quedo pensativa y me digo: "¿Cómo pueden afirmar eso? Se habrá tratado de hombres feos. También ahora hay caras y cuerpos simiescos. Puede que los hombres primitivos hayan tenido un esqueleto diferente al nuestro". Me asalta otro pensamiento: "Habrán sido diferentes en la belleza. No puedo pensar que los primeros hombres hayan sido más feos que nosotros, dado que estaban más cerca del ejemplar perfecto que Dios había creado y que, seguramente, además de ser muy fuerte, era bellísimo". Pienso en el modo en que la belleza de la obra creativa más perfecta ha podido envilecerse tanto que les ha permitido a los científicos negar que el hombre haya sido creado por Dios y afirmar que es la evolución del mono.

Jesús me habla y dice: "Busca la clave en el capítulo 6° del Génesis, Léelo". Lo leo. Jesús me pregunta: "¿Entiendes?".

"No, Señor. Entiendo que los hombres se corrompieron enseguida y nada más. No comprendo qué tiene qué ver el capítulo con el hombre-mono".

Jesús sonríe y responde:

"No eres la única que no entiende. No entienden los sabios ni tampoco los científicos, no entienden los creyentes ni tampoco los ateos. Pon atención. Y empieza a recitar[1]: "Y habiendo empezado los hombres a multiplicarse en la Tierra y habiendo tenido hijas, *los hijos de Dios, o hijos de Set, vieron que las hijas de los hombres (*hijas de Caín) *eran bellas y tomaron por esposas a las que les gustaron más entre todas…* Ahora bien, después que los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres y éstas dieron a luz, nacieron esos hombres poderosos, famosos en los siglos". Son los hombres que, por la potencia de su esqueleto, sorprenden a vuestros científicos que, por eso, deducen que en los primeros tiempos el hombre era mucho más alto y fuerte que hoy y, por la estructura del cráneo, deducen que derivan del mono. Son los consabidos errores de los hombres ante los misterios de la creación.

Aún no has entendido. Te explico mejor. Si la desobediencia a la orden de Dios y las consecuencias de la misma habían podido inocular el Mal en los inocentes con todas sus diversas manifestaciones: lujuria, gula, ira, envidia, soberbia y avaricia (y muy pronto dicha inoculación maduró en el fratricidio provocado por soberbia, envidia, ira y avaricia), ¿qué decadencia aún más profunda y qué dominio de Satanás aún más profundo habrá causado este segundo pecado?

[1] Génesis 6, 1-4.

Adán y Eva habían fallado a la primera de las órdenes que Dios dio al hombre, una orden comprendida en la otra, la orden de obediencia, que les había dado a los dos: "Comed de todo, mas no de este árbol"[2]. La obediencia es amor. Si hubieran obedecido sin ceder a ninguna de las presiones que el Mal hacía a su espíritu, a su inteligencia, a su corazón, a su carne, habrían amado a Dios "con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas", como mucho tiempo después el señor ordenó explícitamente[3]. No lo hicieron y fueron castigados. Mas no pecaron en la otra derivación del amor: la del propio prójimo. No maldijeron ni siquiera a Caín; por el contrario, lloraron en la misma medida sobre el muerto en la carne y sobre el muerto en el espíritu, reconociendo que era justo el dolor que Dios había permitido, porque ellos habían creado el dolor con su pecado y, por lo tanto, debían ser los primeros en experimentarlo en todos sus aspectos. Por eso siguieron siendo hijos de Dios y con ellos lo fueron los descendientes que vinieron después de este dolor. . Caín pecó contra el amor de Dios y contra el amor del prójimo. Quebrantó por completo el amor y Dios lo maldijo, pero Caín no se arrepintió. Por eso, tanto él como sus propios hijos fueron hijos sólo del animal llamado hombre.

Si el primer pecado de Adán hizo decaer tanto al hombre, ¿cuál habrá sido la decadencia del segundo, al que se unía la maldición de Dios? ¿Cuál habrá sido el acicate del pecado en el corazón del hombre-animal (ya que estaba privado de Dios), y qué potencia habrá alcanzado después que Caín no sólo escuchó el consejo del Maldito, sino que le abrazó considerándole su dilecto dueño y mató por su orden? El descenso de una rama, la rama envenenada por la posesión de Satanás, no se detuvo y presentó mil aspectos. Cuando Satanás se adueña, *corrompe todas las ramas*. Cuando Satanás es rey, su súbdito se convierte en un poseído, un endemoniado con todos los desenfrenos de Satanás, un endemoniado que va contra la ley divina y humana, un endemoniado que viola hasta las más elementales e instintivas normas de la vida de los hombres dotados de alma y que se embrutecen con los pecados más repugnantes del hombre bruto.

Donde no está Dios está Satanás. Donde el hombre ya no tiene un alma viva, está el hombre-bruto. El bruto ama a los brutos. La lujuria carnal, más que carnal porque está aferrada y exasperada por Satanás, genera en él la avidez de todos los connubios. Lo horrendo y sobrecogedor como una pesadilla le parece bello y cautivante. Lo lícito no le sacia. Es demasiado poco y demasiado honesto. Y, por eso, enloquecido por la lujuria, va en busca de lo ilícito, de lo bestial, de lo que degrada.

[2] Génesis 2, 15-16; 3, 2-3.
[3] Deuteronomio 6, 5.

Los que ya no eran hijos de Dios, porque junto con el padre y como el padre habían huido de Dios para acoger a Satanás, llegaron a lo ilícito, a lo bestial, a lo que degrada. Y por hijos e hijas tuvieron monstruos. *Esos monstruos que ahora asombran a vuestros científicos y les llevan al error*. Esos monstruos que, por las potencias de las formas, por la belleza salvaje y por el ardor bestial (frutos del connubio entre Caín y los brutos, entre los muy brutos hijos de Caín y las fieras), sedujeron a los hijos de Dios, o sea, a los descendientes de Set a través de Enós, Quenán, Mahalalel, Yéred, Henoc de Yéred –no se confunda con Henoc de Caín)[4]- Matusalén, Lámec y Noé, padre de Sem, Cam y Jafet. Entonces Dios, para impedir que la rama de los hijos de Dios se corrompiera completamente a causa de la rama de los hijos de los hombres, mandó el diluvio universal a fin de que apagara bajo el peso de las aguas la libido de los hombres y que destruyera los monstruos generados por la libido de los que no tenían a Dios y cuyos apetitos eran insaciables porque ardían en el fuego de Satanás.

¡Y el hombre, *el hombre actual, desvaría pensando en los rasgos somáticos y en los ángulos de los pómulos y, como no quiere admitir un Creador, porque es demasiado soberbio para poder reconocer que ha sido hecho, admite en cambio, su descendencia de los brutos!* Así puede decir: "Nosotros, sin ayuda, hemos logrado evolucionarnos de animales a hombres". Por no querer humillarse ante Dios, se degrada, se autodegrada. Y desciende. ¡Oh, sí que desciende! *En la época de la primera corrupción, adquirió el aspecto animal. Ahora también tiene el pensamiento y el corazón de animal y su alma, debido al connubio cada vez más profundo con el mal, en demasiados hombres ha tomado el rostro de Satanás.*

Escribe este dictado en el libro. Como ya te había dicho en el lugar de tu exilio, habría tratado más ampliamente el tema *para refutar las teorías culpables de demasiados pseudo-sabios.* Mas tendrá que haber un castigo para quienes no quieren escucharme a través de las palabras que escribes bajo dictado mío. Habría revelado grandes misterios para que el hombre supiera, ahora que los tiempos ya están maduros para ello. Ya no estamos en la época en que se contentan las multitudes con fabulillas, Bajo la metáfora de las antiguas narraciones están las verdades clave de todos los misterios del universo, y Yo los habría explicado a través de mi pequeño y paciente Juan, para que el hombre, al saber la verdad, adquiriera fuerzas para remontar el abismo y quedar en el mismo plano que el enemigo en la última lucha, que anticipará el fin de un mundo que, a pesar de

[4] Génesis 4, 17. En cambio para la descendencia de Adán, véase: Génesis 4, 25-26; 5.

todas las ayudas de Dios, no quiso convertirse en un pre-paraíso y prefirió transformarse en un pre-infierno.

Muestra esta página a los que tú sabes, pero no se las des. Para uno será una ayuda para eliminar los restos de una pseudo ciencia que le atrofia el corazón; para los otros, será una ayuda de la ya fuerte espiritualidad, a fin de que vean en todo la señal inconfundible de Dios".

7 de enero de 1947

Vivo inundada de júbilo desde los primeros días del año. ¡Qué alegría! ¡Qué íntimas lecciones de Jesús en mis largas noches de enferma! ¡Qué amor! Desde la noche entre el 2 y el 3 de enero su mano me ha quitado ese espasmo en el estómago, que no cedía de ningún modo y luego… Esta mañana me brinda la dulce parábola de las dos luces. Pero si no me da orden de escribirla, no voy a escribirla. Ahora Él me da muchas lecciones secretas y dulcísimas, pero dice que es inútil que las escriba. Y le obedezco.

19 de enero de 1947

Dice Jesús:

"¡Oh, mi pequeño Juan! Habría podido hablarte antes para darte esta gema. Mas la dignidad del Santísimo Sacrificio que en sí es muy poco conocido por demasiados cristianos católicos, es tal que he dado prioridad a su explicación. Ésta es la primera lección que les doy a muchos hablando, como hecho excepcional, en un día festivo y sobre un trozo evangélico que ya he tratado según las enseñanzas consabidas. Cuando habla un sacerdote o una voz se eleva para hablar en nombre de Dios y por orden de Dios, cuando se obedece a un precepto, Yo, que soy el Señor, callo porque es grande la dignidad de un maestro que habla en mi nombre y por orden mía y también es grande la dignidad de un rito y es grandísima la de la Santa Misa, el rito de los ritos, así como la Eucaristía es el Sacramento de los Sacramentos.

Ahora bien, escucha, ¡oh, mi pequeño Juan! Te dije hace mucho tiempo – estabas en el exilio y sólo Yo sé cuánto sufrías- que cada trozo y cada episodio del Evangelio es una mina de enseñanzas. ¿Recuerdas? Te había mostrado la segunda multiplicación de los panes y te había dicho que, así como había podido

saciar el hambre de las multitudes con pocos peces y pocos panes, del mismo modo se podía saciar ilimitadamente el hambre de vuestro espíritu con los pocos trozos tomados de los 4 Evangelios. En efecto, hace ya 20 siglos que con ellos sacia su hambre un número incalculable de hombres. Y ahora Yo, por medio de mi pequeño Juan, he aumentado los episodios y las palabras porque, en verdad, la inedia está a punto de consumir los espíritus y Yo siento piedad por ellos. Mas también de esos pocos episodios de los 4 Evangelios, les llegan a los hombres desde hace 20 siglos pan y peces para que se sacien y aún queden de sobra.

Todo esto lo hace el Espíritu Santo, que es el Maestro, el docente de la cátedra de la enseñanza evangélica. "Cuando venga el Paráclito, os instruirá en todas las verdades y os lo enseñará todo y os recordará todo lo que he dicho"[1], al enseñaros el espíritu verdadero de cada palabra, de cada letra del episodio, porque lo que da vida al espíritu no es la palabra en sí misma, sino el espíritu de la palabra. La Palabra no comprendida es un sonido vano. Es palabra no comprendida cuando es sólo un vocablo, cuando es rumor y no "vida simiente de vida, chispa, fuente", que pone raíces, que enciende, lava y nutre.

Las bodas de Caná desde hace 20 siglos dan la ocasión a los maestros del espíritu para predicar la santidad del matrimonio cumplido con la gracia de Dios, para predicar el poder de las plegarias de María, su enseñanza a la obediencia: "haced lo que Él os diga", para predicar mi mismo poder que muda el agua en vino y así en adelante. Ninguno de estos frutos cogidos del trozo evangélico son frutos errados. Mas no son los únicos frutos que encierra el episodio y que vosotros podéis coger.

Mi pequeña enamorada, que me amas, que estás hambrienta de Jesús-Eucaristía, este es uno de los episodios de mi vida pública en el que está en germen el milagro último del Hombre-Dios: la Eucaristía. La Resurrección es ya el milagro de Dios-Hombre, el primero de todos los milagros llegados desde que, de la Víctima destruida por el Sacrificio, surgió el glorificado Jesús Dios-Hombre, el Victorioso. Antes el Dios estaba oculto aún en el hombre. Su naturaleza traslucía a través de destellos en la palabra y en los milagros, semejante a las llamaradas que cada santo coronan un monte y hacen decir: "Aquí está oculto el fuego y este monte, aparentemente semejante a muchos otros, es un volcán cuya alma es el elemento fuego en lugar de ser sólo estratos sobrepuestos de tierra y de rocas".

Mas la Humanidad del Cristo que debía padecer y morir era completamente semejante a la de todos los hombres, ya que tenía una carne sujeta a las leyes de la

[1] Juan 14, 26.

materia necesitada de alimento, de sueño, de bebidas, de ropas, que sentía las molestias del frío y del calor, el cansancio del exceso de trabajo o del largo camino que tenía la solidez de la carne y –mísera circunstancia para el Omnipresente- la constricción en un solo lugar. En todo era semejante menos en la culpa y en los apetitos de la carne. Y, sobre todo, en lo que es el martirio de los justos: tener que vivir entre los pecadores viendo las ofensas que estos hacen al Eterno y viendo cómo el hombre desciende al fango de los brutos. Yo te lo digo, María: por esta causa más que por ninguna otra, el hombre sufrió con su intelecto y su corazón de Justo, ¡por el hedor del vicio y del pecado!, ¡por la verminosa podredumbre de todas las concupiscencias! Yo te lo digo: comencé a expiarlas desde que estuve cerca de ellas pues atormentaban enormemente mi alma y mi intelecto. Los ángeles enumeraron los golpes de los inmateriales flagelos de los vicios del hombre sobre mi Humanidad; eran tan numerosos como los del flagrum romano y más doloroso que estos.

Después del Sacrificio mi verdadero Cuerpo aun permaneciendo verdadero Cuerpo, asumió la libre belleza y potencia de los cuerpos glorificados, la que os tocará también a vosotros; esa belleza y potencia en las que la materia se parecerá al espíritu con el que vivió y luchó para hacerse reina al igual que este rey. El cuerpo fue glorioso como el espíritu que en él era divino, ya no estuvo sujeto a todo lo que antes lo mortificaba y ya ni el espacio, ni el muro, ni la lejanía, ni el que Yo estuviera aquí, en el Cielo y vosotros allí en la Tierra, fueron obstáculos para hacer que Yo fuera en el Cielo y en la Tierra verdadero Dios y verdadero Hombre con mi divinidad, con mi alma, con mi Cuerpo y con mi Sangre; para que fuera infinito como corresponde a mi índole divina, para que estuviera contenido en un fragmento de pan, como quiso mi amor para que fuera real, omnipresente, amante, verdadero Dios, verdadero Hombre, verdadero alimento del hombre, hasta el fin de los siglos y verdadero gozo de los elegidos para lo que ya no se trata de siglos sino de eternidad.

La Eucaristía es el milagro último del Hombre Dios. La Resurrección, el primer milagro del Dios hombre, que por sí mismo transforma su Cadáver en Ser Viviente eterno. La Eucaristía, transformación de las especies del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, está en el límite de las dos épocas como una estrella, la estrella matutina, entre los dos momentos noche y día. Cuando brilla la estrella matutina, el caminante a pesar de que aún no es de día, dice para sí: “Ahora es de día”, porque sabe que esa luz en los límites del cielo es un presagio del alba La Eucaristía es la Estrella matutina de los tiempos nuevos. Su luz de milagro de amor es presagio del alba, del alba del tiempo de la Gracia. Por eso,

con sus radiantes destellos, está suspendida entre el tiempo que se cierra y el tiempo que se abre, al final de mi predicación, al principio de la Redención.

Si la Estrella de la Epifanía brilló para decirles a los reyes que había sido dado al mundo el Rey universal, la estrella de mi Eucaristía brilló en la cena pascual para decirle al mundo que el verdadero Cordero estaba por ser inmolado, que ya se inmolaba, dándose a los hombres espontáneamente como alimento perpetuo para que su Sangre no sólo bañara las jambas y los arquitrabes[2], sino que circulara a una con ellos para hacerles santos, y para que la Carne inmaculada fortaleciera la debilidad, mientras el Alma de Cristo y la Divinidad del Verbo habitaban en ellos, llevando consigo la inseparable presencia del Padre y del Eterno Espíritu. Y entre los anuncios de la estrella de la Epifanía y el anuncio de la estrella de la Eucaristía, he aquí que brilló con sus símbolos no comprendidos la luz del milagro de Caná, para decirle al mundo lo que la Sabiduría y Potencia encarnadas iban a hacer en el corazón de piedra de los hombres y con la pobre agua del pensamiento humano.

"Tres días después había un banquete". Tres días: es como decir tres épocas antes del convite gozoso. La primera va de la Creación del mundo al castigo del diluvio; la segunda, del diluvio a la muerte de Moisés. La tercera va de Josué, que es mi imagen, a mi venida. Pero también tres épocas o tres días es como decir los tres años de mi predicación antes del convite pascual. Y tal como sucede en ocasión de un banquete nupcial, en el que la preparación es más intensa cuanto más se acerca el momento del festín, sucedió también para mi convite de amor. Por eso se hicieron más evidentes las voces del concierto profético y las luces de los que esperaban al Esposo, que venía a celebrar sus nupcias con la Humanidad para convertirla en reina.

"Y estaba la Madre de Jesús". ¡Oh, la Madre!, ¿puede faltar la Madre si debe ser dado a luz el hombre nuevo? ¿Puede estar ausente Eva si desde ese momento en adelante la "Vida" debe estar donde estaba la Muerte? ¿Y puede faltar la Mujer mientras se acerca la hora en la que se oprimirá la cabeza de la serpiente y se limitará su libertad? No, no puede faltar. La Madre de los seres vivientes, la Eva sin tacha, la Mujer a la que corresponde el "Ave" y el "Hágase", la mujer del talón potente, la Corredentora, está presente en el convite con el que comienzan las nupcias de la Humanidad con la Gracia.

Mas, "dado que se había acabado el vino", los convidados no gozarían con la presencia de Dios. ¡Oh!, en verdad cuando llegué para mi convite de Gracia, me di cuenta de que el vino estaba para acabarse. Era muy poco y bien pronto se lo

[2] Éxodo 12, 7.

bebieron todo; entonces, los hombres se entristecieron por la desilusión que Yo les daba al no cumplir sus esperanzas de embriagarse con los humanos néctares de poder y venganza.

¿Qué había encontrado al comenzar mi misión? Había encontrado "tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los Judíos", es decir, para las purificaciones materiales. Hete aquí que los corazones, tras siglos y más siglos de impura asimilación de la Sabiduría, se habían convertido en tinajas de piedra. Mas no era una transformación para purificarse ellos mismos, sino para servir para la purificación. Tal era el rigorismo, tal la exterioridad de los ritos, ese rigorismo que endurecía sin llegar a ser útil para deterger[3] ni siquiera a sí mismos. Es el consabido pecado de soberbia, que lleva a creerse perfectos y a creer que los demás son impuros. Es la dureza opaca de la piedra opuesta a la luz y a la ductilidad de la Sabiduría, que ilumina la comprensión y ayuda a amar.

Son corazones cerrados. Ni siquiera el agua que los colma los ablanda. Sirve solamente para helarlos y nada más. Y cuando se arroja el agua, quedan duros, áridos y sin perfume. Esta es la exterioridad de los ritos que colman sin penetrar, sin transformar, sin aportar dulzura ni perfume. Las tinajas, es decir, los corazones, estaban vacíos. Ni siquiera contenían agua, ese mínimo elemento útil para purificar a los demás. Estaban vacíos. Ni siquiera habían pensado en ocupar en mínima parte su vacío. Y así vacíos, por dentro eran semejantes a un antro hosco, áspero, inútil, tenebroso; por fuera, se mostraban cenicientos por el polvo y la vejez.

"Colmad de agua las tinajas". ¡Oh!, ¡cuánta agua viva Yo derramé en el corazón de piedra de los hebreos para que al menos tuvieran lo mínimo necesario para ser útiles en algo! Mas ellos no cambiaron y casi todos rechazaron el agua y siguieron vacíos, duros, tenebrosos, hoscos.

"Y ahora tomad". En los corazones que acogieron el agua, ésta se transformó en un vino tan excelso que el maestresala dijo: "Todos ofrecen al principio el vino mejor y luego el peor; tú, por el contrario, has reservado el mejor para el final". En efecto Yo, el esposo del gran convite, reservé el mejor para el final. En la Última Cena, que fue el último acto del Maestro, Yo, el Esposo, no mudé el agua en vino sino el vino en mi misma Sangre para que esta nueva transformación os ayudara, ¡oh hombres!, a ser felices con mi felicidad, que es santa y eterna. Por tres años, Yo había colmado las tinajas vacías con el Agua que venía del Cielo. Mas el agua ya no bastaba. Había llegado el tiempo de la lucha y el gozo, y el vino es útil para el luchador e infaltable en los convites. Yo os di la Eucaristía, mi

[3] Deterger = limpiar un objeto sin corroerlo.

Sangre, para que bebierais de mi misma fuerza y fuerais fuertes y os di mi gozosa voluntad de servir a Dios para que os convirtierais en héroes como vuestro Maestro y para que mi gozo estuviera en vosotros.

Este milagro de transformación de una especie en otra, no ha terminado nunca. Las tinajas del convite de Caná se vaciaron bien pronto y dejaron ebrios a los invitados a las bodas. Desde hace siglos, mi Eucaristía colma los cálices y las píxides de la Tierra entera. Y hasta el final de los siglos, los hambrientos, los exhaustos, los sedientos, los cansados, los afligidos, los moribundos y los que apenas comienzan a vivir racionalmente, los puros como los penitentes, los enfermos como los sanos, los sacerdotes como los laicos, los hombres de toda raza y condición, en la cima como en las llanuras, en medio de las nieves polares como en el ecuador, en las aguas y en las tierras, vendrán a beber, a comer, a nutrirse, a salvarse, a vivir de mi Sangre y de mi Cuerpo, de ese vino ofrecido al final del Convite, en los umbrales de la Redención, para que fuera el Convite perpetuo del Esposo hacia quien le ama y la continua Redención de vuestros desfallecimientos y caídas.

He aquí las bodas de Caná: la transformación del agua en vino. He aquí la Cena de Pascua: la transubstanciación del pan y el vino en mi Cuerpo y mi Sangre. Los primeros marcan el principio de mi misión de transformación de los hebreos de los tiempos antiguos en discípulos de Cristo. La segunda marca el principio de la transubstanciación de los hombres en hijos de Dios a través de la gracia que revive en ellos. Es el último milagro del Hombre Dios. Es el primero y perpetuo milagro del Amor humanizado. Mi pequeño Juan, esta es una de las aplicaciones del milagro de las bodas de Caná y es la más alta.

Que mi Cuerpo y mi Sangre sean en ti para siempre las Cosas preciosas e incorruptibles por las que, como dice Simón Pedro[4], has sido rescatada para que exaltes las virtudes de el que te llamó de las tinieblas a su admirable Luz. Que mi paz sea contigo, pequeña esposa que anhela el Amor. Que mi paz sea contigo. Que mi paz sea contigo. Que mi paz sea contigo".

[4] 1 Pedro 2, 9.

28 de enero de 1947

Respecto a los dictados del 24, 29 y 30 de agosto y del 2 de septiembre de 1944, en el Pre-evangelio.

Dice Jesús:

"Dadas las obstinadas réplicas de algunos a estos luminosos puntos de mi enseñanza (que deberían abriros tantos horizontes y ayudar a vuestras almas, y las que administráis, a propender hacia este gozo, que es el recuerdo, el conocimiento, el re-conocimiento de lo que es Dios, y a gozar de un poco de Cielo en la Tierra y a obtener de esto una ayuda grande para progresar en cuanto a la perfección), tratemos el tema como si tuviéramos ante nosotros a niños obstinados, a quienes hay que enseñar incansablemente y con razones que no puedan ser rechazadas.

¿Que es el hombre? El Catecismo dice: "Es una criatura racional compuesta de alma y cuerpo".

¿Qué es el alma? El Catecismo dice: "Es la parte más noble del hombre, porque es una sustancia espiritual *dotada de intelecto y voluntad, capaz de conocer a Dios y de poseerle eternamente".*

¿Quién creó al hombre? El Catecismo dice: "Le creó Dios".

¿Por qué le creó? El Catecismo dice: "Para que el hombre le conozca, le ame y le sirva en esta vida y le goce en la otra para siempre".

¿Cómo lo creó? El Génesis, en el cap. II, v. 7 dice: "El Señor formó al hombre con el barro de la tierra y le insufló el soplo de la vida y el hombre se transformó en una criatura viviente". Y en el cap. I, v. 27 del Génesis está dicho: "Dios creó al hombre a su imagen". El Catecismo confirma: "El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios".

¿Cuál es la semejanza?, ¿quizás la del rostro?, ¿o la del cuerpo? Dios no tiene cuerpo ni rostro. Para convertirme en hombre, Yo tuve qué asumir vuestra forma porque no tenía una forma corpórea mía. Dios es perfectísimo Espíritu, simple, eterno, sin principio ni fin. Por lo tanto, el Catecismo enseña que "se dice que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, porque el alma humana es espiritual y racional, es libre en su obrar; capaz de conocer y amar a Dios y de gozarle eternamente, estas perfecciones reflejan en el hombre un rayo de la infinita grandeza del Señor".

La expresión "un rayo de infinita grandeza del Señor" es una gran verdad porque, siendo solamente Nosotros Unos y Trinos, nos conocemos y gozamos de Nosotros con gozo total y nos generamos por este gozoso amor que es el

conocimiento de nuestra perfectísima Perfección. Y quisimos que en Nosotros tuvierais el ejemplar para crear en vosotros a la criatura divinizada que es el hombre hijo de Dios. Por eso pusimos en vosotros el Amor, que es nuestra Esencia, y os propusimos el Amor como término de la Perfección para que llegarais a existir con Nosotros sin nunca acabar, así como vosotros exististeis en Nosotros ya antes de la Creación, cuando os contemplábamos, antes de que hubierais salido de la nada, para ser, según nuestra voluntad, la criatura en la que Dios, que la concibió divinamente para su gloria, se refleja. En Dios no puede existir nada que no sea de Dios. Por eso, el hombre es de Dios y puede, con plena justicia, llamarle Padre y debe, con debida justicia, anhelar alcanzarle y poseerle, tras haberse esforzado en amarle y conocerle.

Bienaventurados los que saben subir a la suprema beatitud, que es la unión con Dios, o sea, el conocimiento de Dios, o sea, la fusión con el Amor, la contemplación de la Trinidad que es Uno, del Fuego, que no consume sino que recrea y supercrea haciendo de la criatura humana lo que pensó el Amor, es decir, un dios hijo de Dios. En verdad, el Padre puso el sello de su propia paternidad en el hijo: la capacidad de conocer y amar a Dios, tanto en esta vida como en la otra.

Pues bien, Dios creó al hombre compuesto de dos sustancias, una llamada cuerpo, que al principio fue creada con barro y luego procreada con la carne y la sangre del hombre, y otra llamada alma, creada por Dios cada vez y por una sola vez para una sola carne, que desciende a unirse a la carne que se forma en un seno. Sin el alma, el hombre sería una criatura animal, guiada por el instinto y por las dotes naturales. Sin el cuerpo, el hombre sería una criatura espiritual con dotes sobrenaturales de inteligencia, voluntad y gracia, como los ángeles.

Además de la existencia, ¿qué donó Dios al hombre que representa la obra maestra de la creación, en el que están unidas las dos criaturas, la animal y la espiritual, para constituir una sola unidad? Le brindó dones gratuitos que los teólogos dividen en naturales, preternaturales y sobrenaturales.

Naturales: el cuerpo sano y bello, con los 5 sentidos perfectos y el alma racional dotada de inteligencia, voluntad y libertad.

Preternaturales: la integridad, o sea, la perfecta sujeción a los sentidos, libres de todo acicate, a la razón; *la inmortalidad* del cuerpo, que no conocería el horror de la muerte; *la inmunidad* contra todo dolor; *la ciencia* proporcionada a su estado de criatura electa y, por lo tanto, una *ciencia grande*, que el perfecto intelecto podía asimilar sin dificultad.

Sobrenaturales: la visión beatífica de Dios, la Gracia, que hace del hombre un hijo de Dios y el destino de gozar eternamente de Dios.

Por consiguiente, el hombre, ya sea por su origen, ya sea por los dones recibidos, podía llamarse verdaderamente "hijo de Dios" y conocerle como un hijo conoce al propio padre.

¿Qué es la Gracia? Dice el Catecismo: "La Gracia es un don sobrenatural que ilumina la mente, impulsa y conforta la voluntad, para que el hombre obre bien y se abstenga del mal". Pero, sobre todo, es amor, amor de Dios por el hombre, su criatura predilecta; amor por el cual la criatura es elevada a la índole del Creador y, de este modo, deificada, por lo que es justa la palabra de la Sabiduría: "Vosotros sois dioses e hijos del Altísimo". Además, la Gracia es un medio de salvación, desde que el hombre, debilitado por las consecuencias del pecado, tiene necesidad de medios de salvación. No hay palabras suficientes para explicar su actividad; cuando no encuentra en vosotros obstáculos e inercia respecto a la obra que entiende cumplir en vosotros mismos, santifica a la criatura y las acciones de la criatura; de su tronco sublime parten tres ramas menores llamadas de la gracia *actual*, de la gracia *suficiente*, de la gracia *eficaz*. Mas es una sola Gracia: el principio transformador, la cualidad divina inherente al alma, semejante a una luz cuyo resplandor envuelve las almas y, al penetrar en ellas, borra las manchas de la culpa y les comunica una radiosa[1] belleza.

Así dice la Iglesia docente en las conclusiones del Concilio de Trento. Y Yo, el Maestro de los maestros, contemplando la Gracia en lo que es –en el eterno ser de Dios- digo que la Gracia es el principio transformador de la criatura en hijo de Dios y que es, por lo tanto, una cualidad divina semejante a la Luz de la cual proviene, cuyo esplendor envuelve las almas, penetra en ellas y les comunica no sólo una radiosa belleza sino la capacidad de ver y conocer a Dios, así como el Primer Hombre le conocía viéndole y comprendiéndole con su espíritu pleno de inocencia y de Gracia. Y la Gracia obra de este modo tanto si es un don concedido (como en el caso de Adán) como si es un don devuelto (como en el caso de los cristianos católicos reintegrados a la Gracia por el mérito de mi Sacrificio y del Sacramento instituido por Mí).

Por lo tanto, la Gracia es la restitución del hombre a la capacidad de amar y conocer a Dios. Por lo tanto, la Gracia es una luz para ver lo que es Inmensa Tiniebla para el pensamiento del hombre pero que es Infinita Luz para el espíritu en el estado de gracia; por lo tanto, es voz, una voz incalculablemente sabia; es vista, una vista incalculablemente luminosa para contemplar a Dios; es un don concedido para ayudar al deseo del alma de conocer a Dios; es un medio para recordar el Origen así como Él desea ser recordado; es un instrumento para la

[1] Radioso = Que despide rayos de luz.

deificación de la criatura. Y cuanto más la criatura crece en la Gracia, por su propia voluntad y por la justicia alcanzada por voluntad de amor, tanto más crecerá en ella todo lo que es unión con el Divino, crecerá la *sabiduría*, que es uno de los atributos divinos, y con la sabiduría crecerá también la capacidad de comprender, conocer, amar la Verdad y las verdades, *aunque la Gracia es el Espíritu de Dios que entra en el hombre con todos sus dones, transformando, elevando, santificando las potencias y las acciones del hombre y, entre ellas, la primera y principal: el amor, o sea, la acción para la cual habéis sido creados.*

Amor es conocer. Se ama sólo a quien se conoce. Se ama más cuanto más se conoce. Nadie podría afirmar que ama a un pariente desconocido o a un hombre que vive en las antípodas, del mismo modo que ama a un pariente que está cerca de él o a un amigo de su familia. El amor por el primero no será más que un abstracto sentimiento de hermandad o de parentela, que no causa alegría si perdura o pena si cesa. En cambio, la pérdida de un pariente que se conoce bien o de un amigo es un dolor auténtico. Y cuando se produce, se intenta conservar todos los recuerdos de dicha persona para sentir menos vivamente la pérdida o, si se trata sólo de alejamiento, se intenta mitigarlo de mil modos para que no pese la lejanía. Observad con qué afán los niños que han quedado huérfanos desde pequeños intentan reconstruir una figura ideal de los padres desaparecidos por medio de los recuerdos dejados por ellos o de los que recogen los labios de parientes y amigos.

La criatura necesita amar y, para sentirse menos sola y para amar, debe recordar. El recuerdo es como una cadena que une al amado y que se lanza a lo lejos. No se ve su extremo, pero los movimientos que se advierten a través de la amorosa cadena del recuerdo recíproco, expresan que se es amado así como se ama.

Fue por eso que Dios les dio a los primeros hombres el conocimiento de Sí: para que ellos fueran perfectamente felices en el periodo de la Gracia y del júbilo y para que luego tuvieran un recuerdo que aún les uniera al Padre, un recuerdo oculto tras las brumas del pecado –alzadas como un muro entre los decaídos y la Perfección- mas no perdido definitivamente, porque el amor duraba aún. Adán y Eva conocieron a Dios, tuvieron su espiritual visión beatífica y comprendieron su Esencia porque el espíritu de ambos –digo precisamente: espíritu- en estado de Gracia podía fijarse en la incorpórea y suprema Belleza de Dios y comprender su Sabiduría en la voz de Dios en medio de la frescura de la noche".

¡Oh! dulces coloquios, éxtasis de las criaturas deificadas con Dios, su Autor, en la paz del paraíso terrenal, divinas enseñanzas aprendidas sin esfuerzo por dos

intelectos exentos de imperfecciones físicas o de imperfecciones morales, enseñanzas aceptadas sin las obstinaciones que os hacen difícil aceptar las divinas lecciones, porque vosotros ya no sabéis amar como los Inocentes, ¡oh, pobres hombres mutilados de demasiadas cosas santas y colmados, en cambio, de demasiadas cosas inútiles y dañinas!, ¡oh, pobres hombres que podríais volver a ser perfectos si poseyerais un perfecto amor!

¡Oh, lecciones de Dios, sabiduría que refluía de la Fuente paterna a los hijos benditos, recibida como un don, amada como una fiesta, amor recíproco que era palabra, que era pregunta ya anticipada por la respuesta, que era confianza, que era sonrisa, que era paz! ¡Oh, página de un gozo destruido para siempre, página escrita en los libros de la vida y al principio de la vida y luego no proseguida y mancillada por la huella imborrable de la Culpa!, ¿quién puede leerte a los que viven en el exilio para que comprendan lo que perdieron y sean humildes, viendo cuánto han decaído, considerando cuán bueno es Dios al seguir dando aún tanto amor y sabiduría, a pesar de que la serpentina cabeza de la soberbia no domada siempre está lista para alzarse en ellos y discutir con Dios, que se revela, aconseja y ordena sólo con buenos fines?

Pues bien, Adán y Eva poseían el don de la Gracia, que es amor, luz, sabiduría, conocimiento de Dios y, dado que ellos eran hombres privados y públicos a la vez y que eran los progenitores de toda la familia humana, este don iba a ser transmitido junto con los demás dones a sus descendientes, que no habrían tenido necesidad de afanarse para recordar a Dios, para remontar penosamente desde las tinieblas hacia la Luz, luchando con la carga del Mal, con la contracorriente de las tentaciones, con las brumas de la ignorancia, con toda la miseria derivada del decaimiento de la Gracia. Y no se habría necesitado el recuerdo, porque no habría habido necesidad de recordar el Bien perdido, pues habría existido solamente el jubiloso gozo del Amado.

Después Adán y Eva pecaron y Dios les echó lejos de su presencia, les excluyó de su amistad y del Edén "poniendo Querubines en los umbrales de éste", como dice el Génesis, y condenando a la Humanidad al trabajo, al dolor, a la ignorancia, a la muerte, en cuanto a la parte material y a la privación de la Gracia, del conocimiento de Dios y del Paraíso celestial, en cuanto a la parte espiritual. El Catecismo dice: "Adán y Eva perdieron la Gracia de Dios y el derecho al Cielo que tenían, fueron echados del paraíso terrenal, sometidos a muchas miserias en el alma y en el cuerpo y condenados a morir" y "sus descendientes, habiendo heredado la culpa, sufrieron los daños de la privación de la Gracia, la pérdida del paraíso, la ignorancia, la inclinación al mal, todas las miserias de la vida y, al

final, la muerte", de modo que, "si Dios no hubiera tenido misericordia, los hombres ya no habrían podido salvarse".

¿Cuál fue la misericordia que tuvo Dios para con el género humano? De nuevo contesta el Génesis en sus páginas y el Catecismo en sus respuestas: "Tuvo la misericordia de prometerle enseguida a Adán el divino Redentor o Mesías y de enviarle a su tiempo para liberar a los hombres de la esclavitud del demonio y del pecado, reintegrándoles en el estado de hijos de Dios con la restitución del estado de Gracia" por mis méritos y mi Pasión.

Ahora bien, decidme: si en el mismo momento de la condena, Dios Padre mitiga su rigor con la esperanza de un redentor, con la promesa de un perdón, ¿no muestra que Él mismo –que siempre es Misericordia, aun en la Justicia, porque es eterna y perfecta Caridad- quiso que en el alma del hombre envuelto en las tinieblas y en el dolor quedaran chispas de luz –recuerdos- que impidieran la desesperación, el abatimiento, el abandono, la languidez del que ya no tiene un propósito y arrastra sus días sin la fuerza de la esperanza? Sí, en verdad, fue así.

Lo dicho hasta aquí está tomado del Génesis –libro escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, cuyo autor, por lo tanto, es Dios, de acuerdo con la definición del Concilio Vaticano I° -y del Catecismo según el texto prescrito por mi verdadero Vicario y Pastor[2] que ahora está Conmigo en el Cielo, después de haberme amado con perfección, por lo que también es recordado con perfección en la Tierra (y esta es una verdad que nadie, a no ser que se declare herético, puede rechazar). Pues bien, resumiendo lo dicho, se puede concluir que el hombre inocente y en estado de gracia tenía el don de gracia de conocer a Dios, de amarle y gozarle eternamente y que el hombre decaído tuvo el don de misericordia de una promesa y, por lo tanto, de un recuerdo del Divino, que le ayudara a obrar bien para poder gozar, en un futuro cierto y después del dolor del castigo, de la vista y la posesión de Dios.

Y ahora, después de haber tratado el tema en general, vayamos a tratarlo en los puntos que no podéis, o mejor, no queréis aceptar, a través de los dictados del Pre-evangelio de los días 24, 29 y 30 de agosto de 1944 y 2 de septiembre de 1944 (Infancia de María Santísima).El 2 de septiembre de 1944 dicté: "Estos misterios son demasiado elevados para que los podáis comprender plenamente". *No los pueden comprender sobre todo los doctos*. Los comprenden mejor los simples de corazón, instruidos solamente por el Amor y la Sabiduría, *porque no los discuten.* Para ellos, la palabra sobrenatural que transmite paz es una *palabra*

[2] Se refiere a San Pío X, cuyo pontificado duró desde 1903 hasta 1914.

cierta y la aceptan con humildad y reconocimiento. Mas lo repito: has misterios que no se pueden comprender si se les descifra con un método analítico humano. O se posee una fe grande y una ferviente caridad –y entonces se hacen bastante claros- o no se les comprende, Mas os aconsejo que aceptéis al menos las luces que os brindó para hacer menos incompleta vuestra ciencia. Recordad siempre que aun el hombre más docto es indiscutiblemente demasiado pequeño y limitado respecto al Infinito y a la Sabiduría del Infinito. Os aconsejo también que no alteréis mis palabras ni su significado para intentar dar pena al portavoz. Angustiar a los hermanos y acusar a los inocentes no es caridad.

Queréis saber cómo ha podido decirse que las almas preexisten. ¿Dónde habéis encontrado esa palabra que Yo no pronuncié? Quizás la hayáis encontrado en la profundidad de vuestra mente, pero no en mis páginas. *Las almas no preexisten.* No son objetos acumulados en un depósito para ser cogidos en el momento propicio. Dios no tiene necesidad de provisiones para tener listas las sustancias.

En el dictado del 24 de agosto de 1944, le digo al pequeño Juan: "Has visto la continua generación de las almas por obra de Dios". Había usado esa palabra para que todos vosotros recibierais más vivamente que nunca la sensación de que el hombre es hijo de Dios, puesto que el Padre es el que genera, y también para haceros entender la belleza de la parte que en vosotros es semejante a Dios. Nada hay en Dios que no sea Dios. Por lo tanto, vuestras almas, que provienen de Dios, están divinizadas sobrenaturalmente por el Origen y por la Gracia que, en los que creen en el Dios verdadero y en el Cristo Redentor, es infundida con el Santo Bautismo y conservada por medio de la fuga del pecado.

Si Yo iluminaba el fin mostrando el principio, que es la vida celeste con la posesión de Dios; si Yo lo hacía mientras mostraba el principio –la creación del alma por obra de Dios, para hacerse carne en una carne y santificarse en la existencia a fin de ser vencedora en el Cielo- deberíais haberme entendido, dado que no sois tontos, dado que sois doctos y os importa vuestra ciencia. Por lo tanto, comprendéis con buena voluntad el pensamiento de vuestro Señor, que es claro y comprensible para todos los que manifiestan la voluntad de comprenderlo. Y bien, ¿acaso sois como los que me acusaban en mi tiempo mortal y que aún hoy me acusan porque digo que es preferible forzarse a sí mismos y arrancarse el ojo o la mano o el pie que peca, en lugar de conservarlos y seguir pecando? ¿Es que no comprendéis la metáfora? ¿Es que no sabéis expresar en lo espiritual un parangón material? Pues bien, si sois tan limitados, lo arreglo sustituyendo el vocablo "generación" por el otro "creación"

Le había dado al portavoz la visión de la creación de las almas[3]. Leed la visión descrita por el portavoz. Era una visión que, como explicaba más adelante (31-5-44), había sido dada de ese modo para hacer que la operación resultara creativa, inmaterial, visible para la iluminada. Al describir esta visión, el portador emplea el vocablo "crear" así como expresa, de modo simple y sincero, una conclusión indiscutiblemente justa: que *"dado que está en el Paraíso, no ve cuando la mancha original mancilla las almas"*. En efecto, esto no puede suceder en el Paraíso y por este hecho podéis ver que el portavoz dice la verdad. Y del mismo modo declara que *"no ve los espíritus que, una vez terminado el propio tiempo en la Tierra, se separan de la carne y vuelven para ser juzgados.* María dice que "comprende cómo son juzgados a través de los cambios en la expresión de Jesús".

Volver al Origen, presentarse ante el Juez Jesús, no significa ir a un lugar determinado ni exactamente ir al pie del trono eterno. En realidad, estas son formulas para ayudar a vuestro pensamiento. El alma que abandona la carne que ha animado, se encuentra inmediatamente frente a la Divinidad que la juzga, *sin necesidad de ascender y presentarse en los umbrales del Reino bienaventurado.* Es verdad fundamental que Dios está en el Cielo, en la Tierra y en todo lugar. Y, por lo tanto, el encuentro se produce en cualquier lugar. La Divinidad colma de Sí todo lo Creado. Por lo tanto, está presente en todo lugar de la Creación. Quien juzga soy Yo, mas siendo inseparable del Padre y del Espíritu Santo, omnipresentes en todo lugar.

El juicio es rápido, así como fue rápida la Creación, que ocupó menos de una milésima de la más pequeña de vuestras unidades de tiempo. Mas en el átomo del instante creativo, el alma tiene tiempo de entrever el Santísimo Origen que la crea y de llevarse el recuerdo de él para que sea instintiva religión y guía en la búsqueda de la fe, de la esperanza, de la caridad que, si observáis bien, son confusamente como gérmenes informes también en las religiones menos perfectas (la fe en una divinidad, la esperanza de un premio otorgado por dicha divinidad, el amor hacia ella). Del mismo modo, en el átomo del instante del juicio particular, el espíritu tiene tiempo de comprender lo que no quiso comprender en la vida terrenal, lo que odió como enemigo o burló o negó como vana mentira o al que sirvió con un desapego que exige reparación, y tiene tiempo de llevar consigo el recuerdo al lugar de la expiación o de la condena eterna, para suscitar llamas de amor por la eterna Belleza o torturas punitivas debidas a la desazón por el Bien perdido, un Bien que la conciencia inteligente les reprochará haber querido perder

[3] Véase el texto del 25 y del 31 de mayo en los "Cuadernos 1944".

voluntariamente. Y, junto con sus pecados, lo recordarán pero será terrible, *porque no podrán contemplarlo.*

La creación del alma y el juicio particular son los dos átomos de instantes en los que el alma de los hijos del hombre conoce *intelectualmente* a Dios en la medida que es justo y suficiente darles un agente para tender al propio Bien, que han entrevisto apenas, pero que ha quedado impreso en la sustancia que, por ser inteligente, libre, simple, espiritual, comprende prontamente, tiene libre voluntad, deseos simples y movimientos o inclinación o apetito, si preferís, para reunirse por medio del amor con Aquel, de donde proviene, y para lograr su fin, cuya belleza ya intuye, o para separarse de Él con odio perfecto y alcanzar al que es su infame rey, conservando en el recuerdo de ese odio *un tormento, el mayor de los tormentos infernales, una desesperación, una maldición indescriptibles* (recuérdese el dictado del 15-1-1944).

Aquellas palabras que pronuncié: "sed perfectos como el Padre"[4], no eran vanas ni exageradas. El hombre estaba a punto de ser elevado nuevamente al estado de Gracia. Por lo tanto y con plena razón Yo podía impartir esta orden de perfección, *puesto que habéis sido creados para la perfección.* Este deseo de los justos hacia la perfección *es un deseo espiritual que proviene directamente de Dios,* que llega para daros la orden: "Camina en mi presencia y sé perfecto" (Génesis 17, v. 1). De modo más amplio, aunque implícito, os lo repite en las leyes del Sinaí, en las lecciones de los libros sapienciales y en las palabras de los patriarcas, de los profetas, de todos los inspirados, a través de los cuales Yo hablo. Y, en fin, está expresado, de un modo que no puede ser más directo y explícito, en mi precepto: *"Sed perfectos como vuestro Padre".* Y, como un eco de mi Palabra eterna, está en las palabras de mis Santos, desde Pedro en adelante.

He dicho: "Sed perfectos" para liberar el espíritu de los antiguos de esa angustiosa sensación de temor que les impedía acariciar la idea de ser dignos de semejar al Padre, a su Padre. Hacía demasiados siglos que el Altísimo era para ellos el Dios terrible y, ante la severa Inmensidad de Dios, el amor, la esperanza y la fe quedaban sobrecogidas. Mas ya había llegado el tiempo de la Misericordia, del Perón, de la Paz, de la Amistad, del *vínculo filial* con Dios. Por lo tanto, he ahí la orden de perfección ilimitada: *"Sed perfectos como el Padre".* Y, con la orden, también la implícita aseguración que impulsa a osar "porque, con tal que lo deseéis, podéis llegar a serlo".

"Dios no comete actos vanos ni pronuncia vanas palabras. Por lo tanto, Yo no impartí una orden vana ni con ella ofrecí un vano estímulo a vuestro corazón. *He*

[4] Mateo 5, 48.

vuelto a despertar en vosotros un deseo que se había atenuado, un deseo vivo que mi Padre, que es el vuestro, había depositado en el espíritu del Hombre y que el Hombre había de transmitir, junto con los demás dones de Dios, a sus descendientes: el deseo de poseer a Dios, de gozarle en el Cielo tras una vida pasada a su servicio. Y este deseo, vigorosamente reavivado, habría sido vano si no hubiera debido volverse realidad. Mas las criaturas pueden alcanzar esta realidad.- Es más, Dios desea que lo alcancen. Y es por ello que Dios deja en el alma –aun en la del más salvaje- un recuerdo de Dios, gracias al cual dicha alma puede alcanzar en un futuro no muy lejano y del modo que le sea posible, su fin: el conocimiento de Dios, que es beatitud, por haberle amado y servido como sabía hacer para poder poseerle luego.

Y el hecho de que la mayor parte de las almas viva de un modo tal que parece desmentir mi afirmación, no niega lo que Yo digo, sino que es la demostración de la enorme perversión del hombre en sus afectos y deseos, debida a sus alianzas en el Mal. En verdad, son muchos los que sofocan con el dogal de los vicios y los pecados la propia alma, tras haberla hecho esclava de Satanás, de quien se han vuelto aliados. La ahorcan definitivamente para no seguir oyéndola llorar y gritar al recordar que el Mal no es lícito y que existe el castigo para quien lo practica. Éstos son los que, de hijos de Dios, se volvieron criaturas-hombre por la pérdida de la Gracia y que luego de hombre pasan a ser demonio, pues el hombre, apartado del Bien, es como una enredadera que se trepa al Mal para sostenerse. Donde no existe la ley sobrenatural, difícilmente existe la ley moral y si existe es imperfecta siempre. Y donde la moral humana es imperfecta o está ausente, vive de modo total o parcial la triple concupiscencia.

Mas si parece que la mayor parte de las almas niega con su modo de obrar el natural recuerdo y deseo de Dios y la propia voluntad de tender hacia un fin gozoso, hay que recordar que en el hombre existe la criatura carnal y la espiritual y que el hombre posee el libre albedrío, que siempre está al servicio de la parte más fuerte. Ahora bien, si uno va debilitando su alma por obra de los vicios y los pecados, es seguro que el alma se volverá débil y que, al mismo tiempo, se fortificará la parte animal, que avasallará la más débil hasta matarla. Mas no por ello podrá negarse que el alma ha sido creada con capacidad de recordar y desear naturalmente su fin.

La índole[5] del alma es la índole espiritual. Por eso el alma tiene deseos espirituales, aunque en los que no están regenerados por el Bautismo y que, por lo tanto, están privados de la Gracia, tiene sólo deseos conformes al reino espiritual

[5] Índole = Condición e inclinación natural propia de cada persona.

de donde proviene y donde siente instintivamente que está el Espíritu Supremo. En cambio, en la almas vueltas a la Gracia por la regeneración del Bautismo y mantenidas y robustecidas en dicha Gracia por los demás Sacramentos, la atracción del alma hacia su fin se produce divinamente pues la Gracia –es decir, nuevamente Dios- atrae hacia Sí a sus hijos directos, se los acerca cada vez más, les coloca cada vez más en la luz a medida que va ascendiendo, gradualmente, en la espiritualidad, de modo que la separación disminuye y la vista es más intensa, el conocimiento más vasto, la comprensión más amplia, el amor más perfecto, hasta llegar a la contemplación, que es ya unión y fusión de la Criatura con su Creador, un acto temporal pero imborrable y transformador, porque el abrazo de Fuego de la Divinidad que encierra a su criatura extasiada imprime un carácter nuevo a estos seres viviente, que ya están separados de su Condición Humana y espiritualizados en serafines, y que son doctos en la Sabiduría que Dios les otorga al darse a ellos, como ellos a Él.

Por eso es justa la definición según la cual el escritor inspirado *"tiene a Dios por autor"*. Dios revela e ilumina misterios o verdades, según lo que le place, a estos instrumentos suyos "enardeciéndoles e impulsándoles con virtudes sobrenaturales, asistiéndoles en la escritura de modo que conciban rectamente con la inteligencia y deseen escribir con fidelidad y que expresen con medios adecuados e infalible verdad todas las cosas que Él, Dios, ha ordenado y solamente esas". Con triple acción, Dios ilumina la inteligencia para que conozca la verdad sin caer en el error, o con la revelación de verdades aún ignoradas, o con el exacto recuerdo si se trata de verdades ya establecidas pero todavía bastante incomprensibles para la razón humana; da impulso para que sea escrito con fidelidad todo lo que el escritor inspirado llega a conocer por medios sobrenaturales; asiste y dirige para que las verdades sean expresadas, de la forma y en el número que Dios desea, con verdad y claridad; para que otros las conozcan para bien de muchos, ya sea por medio de la misma palabra divina en las enseñanzas directas, o con la palabra del inspirado en la descripción de visiones o en la repetición de lecciones sobrenaturales.

La obra que se les da a los hombres a través del pequeño Juan, no es un libro canónico, pero siempre es un libro inspirado que Yo os dono para ayudaros a entender determinados pasajes de los libros canónicos y, en especial, para comprender lo que fue mi tiempo de Maestro y para ayudaros a conocerme a Mí, que soy la Palabra, en mis palabras. Ni Yo ni mi portavoz decimos que la Obra es un libro canónico. Tanto menos lo dice mi portavoz, que sólo sabe amar y obedecer (y eso me basta, pues no deseo nada más de mi portavoz) y que, dada su absoluta ignorancia en este ámbito, ni siquiera sabe distinguir la teología

dogmática de la mística o de la ascética, ni conoce definiciones sutiles ni las conclusiones de los Concilios. Mas en verdad os digo que es un libro inspirado, pues el instrumento no es capaz de escribir páginas que ni siquiera comprende si Yo mismo no se las explico para quitarle el temor.

Sin embargo, he visto que en las horas en que es "portavoz" –es decir, en los momentos en que Yo, como Águila divina, le apreso y le transporto al reino de la Luz para que vea y vuelva a vosotros llevándoos gemas de valor sobrenatural –el pequeño Juan posee la sabia verdad de ver y comprender, usa el vocablo "crear" para referirse a la formación de las almas por voluntad de Dios. Vuelvo a repetir que Yo había usado en el dictado el vocablo "generación" para daros la medida de vuestra dignidad de hijos de Dios. Mas también vuelvo a repetir que *si eso es un obstáculo para que creáis, reemplazad sin titubeos "generación" por "creación"* y tranquilizaos en cuanto a esa nimiedad que os vuelve recelosos.

Continua creación de almas por parte del Padre no quiere decir "preexistir", como varios afirmáis, diciendo que Yo lo he dicho. Y tampoco el recordar por parte de las almas quiere decir "preexistir". Mas, por otra parte, no puede negarse que, dado que el instante creativo es sumamente rápido, el alma, sustancia espiritual inteligente, creada por el Perfectísimo, puede formarse sabiendo su proveniencia. ¿Acaso Dios Creador, que ha dado una razón relativa a las criaturas inferiores, una vastísima razón a las criaturas humanas y una inteligencia vivísima y vastísima a las criaturas angélicas, no habrá dado una inteligencia viva y vasta al alma que ha creado? ¿Acaso ésta no ha sido creada por Él mismo como los ángeles, los hombres y los animales? Por lo tanto, ¿sólo ella –esta llama hija del Fuego- será tiniebla o hielo? ¿Sólo ella será torpe, tonta, ciega, sorda, desmemoriada, fea, de modo tal que no posea ni siquiera esos rudimentales impulsos instintivos que llevan a los animales a seleccionar los alimentos y los elementos y los climas que le son propicios para vivir y reproducirse? ¿Hasta será inferior que los vegetales, que sienten que en el sol está la vida y que, aun cuando están plantados en lugares oscuros, tienden hacia el orificio por donde se cuela la luz y de allí surgen al aire libre para vivir? ¡Oh, hombres! Con tal de negar para afligir a mi portavoz, ¿podéis llegar a decir que el alma es inferior a las plantas? Hablo del alma, esta admirable sustancia que Yo he llamado con sublime metáfora "sangre espiritual de Dios eterno, potente, santo", sangre del Padre (repito que uso una metáfora) que está viva en vosotros y os hace inmortales, potentes, santos, mientras está viva, o sea, mientras está unida a Dios por la Caridad. Hablo del alma, esta parte de Cielo (y Cielo significa Luz y Sabiduría) que está contenida en vosotros para que el infinito tuviera en vosotros un trono que aún fuera Cielo y que os contiene para que el abrazo santificador del Cielo

sea aún una protección en torno a vuestra humanidad que combate su ardua batalla.

¿Acaso objetáis que ya no tiene la inteligencia íntegra de la primera alma porque está mancillada y disminuida por la Culpa original? Os respondo ante todo que del Pensamiento creador no surge nada impuro. La Culpa original está en el hombre y en los hijos del hombre, pero no en Dios. Por eso, el alma recibe la herencia relacionada con los descendientes de Adán no por haber sido creada por Dios, sino por encarnarse en el hombre concebido por el hombre, salvo en el caso de una excepcional y única voluntad de Dios. En asegundo lugar, os recuerdo que el ser más impuro, el que era Lucifer y que ahora es Satanás, no perdió su poderosa inteligencia por convertirse de arcángel en demonio sino que por el contrario, emplea su agudísima inteligencia para el mal en lugar que para el bien, como la habría empleado si hubiera seguido siendo arcángel.

Por lo tanto, ¿qué me respondéis si os pregunto por qué Satanás recuerda a Dios y es inteligente? ¿No tenéis razones que se opongan a mi afirmación? ¿No tenéis nada qué objetar? No, no podéis objetar nada porque o deberíais negar lo que enseñáis o deberíais admitir que Satanás es inteligente y que recuerda a Dios, hasta el punto que lo odia como le odia precisamente porque le recuerda de ese modo, con la potencia de su intelecto espiritual y os atormenta del modo en que lo hace, precisamente porque sabe elegir con gran sagacidad los modos adecuados para haceros caes según vuestro yo. En el Catecismo se explica que los ángeles culpables fueron excluidos del Paraíso y condenados al Infierno, pero no hay ninguna explicación sobre la pérdida de la inteligencia en los demonios, porque la subsistencia de su inteligencia está demostrada por la agudeza de las operaciones que ellos desarrollan para dañaros.

Las almas recuerdan. ¿Por qué lo hacen? Porque Dios, así como le dio a Adán la esperanza de una redención, de esa redención, a fin de mitigar contemporáneamente el rigor de la condena, del mismo modo le dejó el recuerdo del tiempo feliz para que le confortar en el dolor del exilio y para que fuera para los hijos de Adán el estímulo santo a amar a el que para ellos era el Desconocido.

Y no sólo eso pues, al crear las almas, Dios no privó a estos hijos del hombre de esa natural inclinación hacia la Divinidad que, por sí sola, puede ayudar a alcanzar el fin por el cual ha sido creado el hombre: amar al Señor, al Dios omnipotente y omnipresente, cuyo Todo incorpóreo colma al infinito y a quien el hombre siente, más o menos exactamente, y ve en todo lo que le rodea, le penetra y le asombra. En los salvajes se tratará del fragor del rayo o del duradero resplandor de la aurora boreal; para los idólatras consistirá en la potencia del león

o en la vida anfibia del caimán; para los creyentes en las religiones reveladas, aunque no perfectas, en las manifestaciones naturales consideradas como acciones o manifestaciones de cada dios; en el ciudadano, pensador o científico, en los fenómenos celestes o en el admirable organismo de los cuerpos; en el creyente, además que en la doctrina, en la vida misma del alma, que se manifiesta con sus luces y con los latidos que corresponden a otros latidos, aún más ardientes, de un Amor eterno que la ama; en la maravilla del nacimiento y en el misterio de la muerte de una parte de lo humano mientras que la otra vive una vida más verdadera. Pero en todos los casos y en todas las cosas, el hombre siente una presencia invisible y potente, tanto si la niega –y al negarla ya admite su existencia, pues se niega sólo lo que existe y que se sabe que muchos otros creen- como si la odia y con su odio confiesa que Ella existe, como si la ama y con su amor proclama que la cree real y que un día espera no ya creer (en Ella) sino gozar de Ella.

Dios hizo lo siguiente, dejó en el hombre la inclinación hacia el Bien supremo. ¿Y no es esto recuerdo? ¿Os parece que no podía hacerlo justamente Él, que es omnipotente y que desde hace milenios gobierna la Creación sin esfuerzo ni cansancios y que sin un instante de pausa crea almas, juzga almas, conoce contemporáneamente todas las acciones de las mismas, o mejor; las pre-conoce, pues el Pasado, el Presente y el Futuro son un existir único ante su Pensamiento, las sigue en su desarrollo, las juzga sin confusiones ni errores y juzga las almas que, tras su orden, abandonan la carne a la que se las había mandado y vuelven al mundo ultraterrenal ya supercreadas, recreadas o, quizás deba decir, destruidas por la libre voluntad del albedrío? Pero vosotros que cogéis siempre el sentido material de las palabras y no el espiritu de las mismas, esta expresión os haría reaccionar como ante un anatema. Entonces diré: almas feas, deformes, mutiladas y desviadas porque han borrado voluntariamente el recuerdo del Divino. Porque, más que cualquier lección que se pueda aprender en todo tipo de escuelas, precisamente es este recuerdo el que le enseña al alma a perseverar en las virtudes, por amor del propio Dios y por la esperanza de llegar a poseerle un día, más allá de la vida, en la Vida sin fin.

En verdad, éste es el don más alto y más activo entre los muchos dones que el Amor ha conservado para el hombre decaído. Hablo de las almas en general, no hablo de las almas de los cristianos católicos, miembros del Cuerpo místico, que están vivificados por la Gracia, que es el don de los dones. Esta inclinación natural hacia el Bien supremo, que es el recuerdo espiritual de Dios y que es tan sutil que las otras dos partes del hombre no la advierten a pesar de que están guiadas por él en el pensamiento y sostenidas por él en la acción, significa un

estímulo para la búsqueda de la Divinidad, para obrar a fin de ser dignos de ella, en una palabra para vivir en modo tal de llegar a reunirse con ella. Gracias a este estímulo, las almas se crean, si aún no la tienen, una religión que puede ser equivocada por ignorancia de la Verdad, pero que consiste siempre en amor hacia la divinidad, o sea, correspondencia al fin por el cual el hombre ha sido creado: amar y servir a Dios en la Tierra y gozar de Él, de modo completo e inmediato o tras un tiempo más o menos largo, por la eternidad.

El recuerdo crea amor y el amor, justicia. La justicia de la criatura engendra en Dios un amor más grande hacia ella. Y el conocimiento se hace cada vez más claro, en la criatura aumenta el amor y la justicia. Con el amor crece cada vez más el recuerdo de Dios porque, como ya he dicho, el recuerdo es un conocimiento de amor y donde hay amor, allí está Dios. Y ¿qué decís cuando algunas almas, poseen la Gracia como luz en el recuerdo y como voz en la comprensión? ¿Decís que dicha Gracia os hace muy semejantes a Adán cuando era inocente y que, por eso, os hace capaces de conocer a Dios? ¿Qué decís?, ¿que cuando a esa Gracia, que os es concedida por mis méritos, se une la buena voluntad y la obra de santificación, vuestro conocimiento de Dios se avecina cada vez más al que era el gozo de Adán?. En verdad, en verdad os digo que sucede así y que en los santos que aún viven en la Tierra el recuerdo ya no es un recuerdo sino un conocimiento.

¿Os sorprendéis de mi afirmación? ¿Acaso los patriarcas y los profetas, que no poseían la Gracia pero eran justos, no fueron extasiados por la visión de Dios y no creyeron en su voz? ¿Acaso no contemplaron la gloria de Dios y el Cielo admirable? “Entonces cuando Abram cumplió 99 años, se le apareció el Señor” (Génesis 17, 1). “Y el Señor se le apareció a Moisés en una llama de fuego en medio de un zarzal” (Éxodo 3, 2). “Cuando Moisés subió al monte, la nube cubrió el monte y la gloria del Señor… Y Moisés penetró en la nube…” (Éxodo 24). “…vi a uno que parecía un hombre y dentro de él y alrededor de él vi una especie de relámpago” (Ezequiel 1, 26-27). “Y oí una voz humana que en medio del río Ulay gritaba y decía…”, “He aquí a Gabriel… y me explicó…” (Daniel 8, 16 y 9, 21-22). Que esto sirva para recordar algunos puntos en los que está escrito en libros canónicos que también a los privados de la Gracia les fue concedida la visión o la palabra celeste.

Conocer a Dios y “conversar con Él” en el íntimo edén ya implica ver y prever porque Dios no ha cambiado en el curso de los siglos y las lecciones que imparte a sus elegidos son amplias, rebosantes, luminosas, a igual que a los dos inocentes que estaban desnudos pero no tenían vergüenza, porque no conocían las pobres ciencias de la materia sino únicamente la sublime sabiduría del amor.

Y después de esto, ¿todavía podéis impugnar considerándolas errores, las palabras escritas por el instrumento? Ni siquiera contemplo el caso de que podáis considerarlas como un error del Maestro o no reconocer, por la abundancia y sabiduría del don, quién es el que dicta. Y, tras todo esto, ¿podéis aún impugnar, como si fuera un error del instrumento, la verdad según la cual las almas conservan un recuerdo de Dios, que es tanto más vivo cuanto más el alma va hacia la justicia, que es vivísimo cuando la justicia de la criatura se une al estado de Gracia, o sea, de vínculo filial con Dios, y que es perfecto cuando, como en María Santísima, el espíritu conserva eterna virginidad respecto a la Culpa y, por lo tanto es plena la Gracias, absoluta la inocencia, perfecta la caridad y se posee la Sabiduría? Tal estado es tan perfecto en María Santísima que ninguna otra criatura podrá alcanzarlo jamás.

¡Oh, Siervos de mi Madre! Decid: ¿quién es para vosotros María Santísima? ¿Es acaso la nueva Eva, que conoce a Dios como la Ea antigua? No, es más que Eva porque, además de ser la Inocente, la Hija, la Esposa, la Madre de Dios, y de ese modo contemplada ab aeterno[6] por Dios, Ella es la Cordera que está junto al Cordero, la Víctima, consumada con la divina Hostia para hacer de vosotros seres "conocedores de Dios".

Y ahora, desnudando vuestra mente del ropaje "de hojas de higuera" que habéis cosido en torno a vuestro intelecto y que os impide ver, releed el trozo donde se habla de recuerdo, de conocimiento, de dulces conversaciones de la Unidad Trina, cobijada en el Corazón inmaculado de la Llena de Gracia, con su alma adorable. Releed el trozo donde Yo hablo de las operaciones de la Gracia, que es Luz y Sabiduría, que hace cada vez más luminoso el recuerdo de Dios y que, unida a la justicia, en el espíritu de los santos convierte el recuerdo en un conocimiento cada vez más perfecto, a veces precoz y siempre santo. Y luego rezad para que en vuestra inteligencia se produzca una nueva Pentecostés y que todos los dones del Espíritu, que es Maestro de todas las verdades, penetren en vosotros para renovaros, para encenderos otra vez en esa semejanza divina que es amor sobrenatural con la sobrenatural Belleza, amor sin el cual son imposibles la unión, la esperanza y la comprensión.

Rezad de rodillas, con el ánimo humilde de los seres humildes, delante de el que os habla porque siente piedad de vosotros, los pastores, y por los corderos y que se ocupa de una "nada" precisamente porque tal es y porque ama repetir el gesto que hizo ante la concupiscente humanidad de los Doce, para confundir con su divina Sabiduría la pobre ciencia humana de los doctos que se detienen a

[6] Ab aeterno = desde la eternidad.

numerar los hilos de las franjas –hilos polvorientos porque han estado más cerca del suelo que del cielo- y que , por hacer este trabajo inútil y pedante, dejan de recoger y conservar las perlas luminosas que están entretejidas en la trama. Y para quien no entendiese la metáfora, claro que con franjas me refiero a las inútiles pérdidas de tiempo y a los alardes del saber humano, aún más inútiles, que se emplean para establecer si la capacidad de un lugar o el número de sus habitantes, determinados con métodos humanos y muy posteriores a mi tiempo –y, por lo tanto, inexactos- corresponden a lo establecido por un instrumento o si la época y la permanencia en un lugar que señala y que siempre está determinada según una medida establecida por los hombres, corresponden al milésimo de la fracción de tiempo que ellos consideran perfecta. Mas, ¡decid la verdad! ¿Os interesa el número de días, la extensión de un país, la suma de los habitantes o, en cambio, os interesa la doctrina de la obra? En el primer caso, miles de autores humanos pueden daros abundante alimento. En el segundo, sólo Yo puedo daros lo que habría que buscar en primer lugar, porque sólo lo que Yo os doy os sirve para la vida eterna. Lo demás es heno que, tras ser digerido, es expulsado y se convierte en inmundicia. No vais a entrar en el Cielo por saber cuántos días estuvo alguien en un lugar o cuántos ciudadanos había en una ciudad, *sino por haberos perfeccionado obteniendo la vida luminosa a través de la Palabra, que es Vida y Luz.*

Amadme a Mí más que a la ciencia. Bendecidme a Mí y no vuestro saber. Y amad también al "niño" que tomé para colocarlo entre vosotros. Y, junto conmigo, bendecid al Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque una vez más se ha revelado a un ser pequeño en lugar de revelarse a los sabios. Sí, es un ser pequeño, un niño, una nada. Es verdad, es una nada, pero es una nada consumida por el deseo de servir y amar a Dios y de hacerle conocer; una nada que por sí sola ha despertado en sí el recuerdo cada vez más vivo de Dios; una nada que con su amor y su voluntario holocausto ha consumido las barreras de la humanidad; una nada que ha llegado a amar la Luz más que la existencia y los honores; una nada que se ha sumergido tanto en la absoluta libertad de contemplar solamente a Dios, que ha perdido todo lo que para los demás es ansia de vida, pero que está viva para la eternidad porque ha muerto para vivir en el Señor.

Yo os lo digo: el Señor no muestra su reino a los doctos sino a los que están iluminados por la gracia y viven en el amor; y sólo Dios elige, coge y posa en la cumbre del monte, desde el Cielo está tan cerca que el espíritu puede gritar, ardiendo, las palabras que debían ser el grito de todos los hombres: "He aquí a mi Dios. ¡Le veo! ¡Le siento! ¡Le conozco! Estoy devorado y recreado por el Amor".

Pequeño Juan, también puedes recordarles que el hombre tiene un ángel como custodio y que este espíritu no está inerte junto al hombre sobre el cual refleja sus luces que él mismo, por ser ángel, reverbera al adorar la infinita Luz. Quédate en paz, alma mía".

31 de enero de 1947

Esta mañana a las 6 menos cuarto, después de que le había rogado y suplicado que mitigara su severidad –sería más justa si dijera su desdén- y que, para mi tranquilidad, quisiera responder al menos acerca de los famosos "tres meses" que irritan a los examinadores, Jesús me dice:

"Debes modificar la visión del 28-3-44 con estas palabras en el primer párrafo: "Ante todo los dos esposos se dirigen al Templo a través de las calles, que ya están llenas de gente debido a la vecina solemnidad pascual, Tras haberlos apacentado, José deja en un establo a los dos borriquillos y va con María a adorar al Señor". Corrigiendo de este modo, tendrán una sensación más acabada de que María fue a lo de su prima en la octava pascual para estar con ella cuando Zacarías se iba a ausentar de Ebrón "para comparecer ante el Señor, como era obligatorio para todos los varones en la fiesta de los ázimos" (Deuteronomio 16, 16) o sea, más o menos después de un mes de la Anunciación. En cuanto al tiempo pasado en Ebrón te lo explicaré a ti, precisamente porque tú eres mi pequeño Juan, el que sufre por la justicia. Entonces te digo que cuarenta y ocho más cuarenta son exactamente ochenta y ocho, o sea dos días menos que noventa y noventa son tres meses".

Respecto al pecado original (dictado del 5-3-1944) y a los dictados de Jesús y de María en el Pre-evangelio a continuación de la Anunciación, dice Jesús:

"No hay que agregar ni quitar una jota, porque la lección sapiencial es clara y exhaustiva, adecuada para instruir a los ignorantes y para persuadir a los que, por tener poca fe o por no tenerla en absoluto o por racionalismo u otra cosa, ya no se contentan con fabulillas. Sólo una ceguera voluntaria puede no llegar a ver la sabia verdad contenida en este dictado. Debes unir a este punto el dictado del 5-3-1944 para que tengan ante sus ojos toda la lección y, si son humildes, comprenderán la verdad".

Me permito repetirle a Jesús, que está presente con suma bondad, una pregunta que, no sé si por propia iniciativa o porque otros se lo sugirieron, me hizo un

sacerdote servita (me parece que fue el Padre Berti, aunque no lo recuerdo bien) acerca de la bajada de Jesús al Infierno; casualmente encontré mencionada esta pregunta el 15-1-1944 y parece que le molestó a alguien.

Me contesta… Llega ahora la carta del Padre Berti pidiéndome que haga un apunte para presentárselo al Santo Padre. Tan pronto como me traen la carta, Jesús me dice con una luminosa sonrisa: "Ábrela y léela" Lo hago y me quedo pasmada como todas las veces en que existe acuerdo entre las palabras de Jesús y lo que sucede. Siempre sonriendo, Jesús me dice: "He aquí por qué te complazco justamente ahora, después de cuatro meses, y respecto a este Padre, a quien ya te he dicho que podías comunicar este punto. Respecto a los otros puntos, ya sabes a quién debes comunicarlos y también cuándo y cómo. Y ahora escucha, porque repito el principio".

Dice Jesús: "Debes comunicar estas palabras al Padre Berti; ahora ya sabes que fue él quien te hizo la pregunta:

Cuando le dicté a mi María el dictado del 15-1-1944 y dije: "cuando bajé al Limbo para extraer de él a los que esperaban mi venida, me causó horror ese horror y si no hubiera sido porque lo que está hecho por Dios es inmutable porque es perfecto, habría querido hacerlo menos atroz, porque Yo soy el Amor y me ha dolido ese horror", quise hablar de los diferentes lugares de ultratumba –donde se encontraban los muertos, considerados en general- llamados "infierno" por oposición al Paraíso, donde está Dios.

Cuando, en el exceso de mi gozo tras la consumación del Sacrificio pude abrir a los justos el Limbo y extraer muchísimos espíritus del Purgatorio, me estremecí de horror contemplando en mi mente que sólo para el lugar de la condena no había redención ni variaciones en el horror. Mas no entré en ese lugar. No era justo ni útil hacerlo.

¿Os sorprende que haya quitado muchas almas también del Purgatorio? Considerad cuánto habrá significado para las almas del Purgatorio el real Sacrificio del Cordero Divino, si ya una Santa Misa puede liberar un alma en pena y sirve siempre para abreviar y endulzar la expiación. Yo, que soy Sacerdote y Víctima, les apliqué mis méritos y mi Sangre y Ésta blanqueó las estolas que el blanco fuego de la caridad purgativa[1] aún no había vuelto completamente cándidas.

Envíale esto y mi bendición".

[1] Aplicación de: Apocalipsis 7, 13-14.

3 de febrero de 1947

Dice Jesús:

"Entre muchas otras razones que mi portavoz conoce, la razón más profunda del don de esta Obra consiste en que en estos tiempos, en los que el modernismo condenado por mi Santo Vicario Pío X se corrompe en doctrinas humanas cada vez más dañinas, la Santa Iglesia, que mi Vicario representa, tenga más material para combatir a quienes niegan: el carácter sobrenatural de los dogmas; la divinidad de Cristo; la verdad de Cristo Dios y Hombre, real y perfecto tanto en la Fe como en la historia que nos ha sido transmitida a su respecto (Evangelio, Hechos de los Apóstoles, Epístolas apostólicas, Tradición); la doctrina de Pablo y Juan y de los Concilios de Nicea, Éfeso y Caledonia y otros más recientes como mi verdadera doctrina, enseñada por Mí, ya sea verbalmente o inspirada; mi Sabiduría, ilimitada porque es divina; el origen divino de los Dogmas, de los Sacramentos y de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica; la universalidad y continuidad hasta el fin de los siglos del Evangelio dado por Mí y a todos los hombres; la perfecta índole de mi doctrina desde el principio, pues no se ha formado tal como es a través de sucesivas transformaciones, sino que ha sido dada así: doctrina de Cristo, del Tiempo, de Gracia, del Reino de los Cielos y del Reino de Dios en vosotros, divina, perfecta, inmutable, Buena Nueva para todos los que tienen sed de Dios.

Oponed mi Ángel al rojo dragón de diez cuernos y siete cabezas, coronadas con siete diademas, que con la cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las hace precipitar -en verdad os digo que precipitan aún más abajo que en la Tierra- y que persigue a la mujer; oponed mi Ángel a las bestias del mar y de la tierra, que muchos, demasiados, adoran, seducidos por su aspecto y sus prodigios. Oponedles mi Ángel, que vuela en medio del Cielo teniendo el Evangelio eterno bien abierto aun en las páginas que hasta aquí estuvieron cerradas, para que con su luz los hombres puedan salvarse de las espirales de la gran Serpiente de las siete caras que quiere ahogarles en sus tinieblas, para que a mi regreso Yo encuentre aún la fe y la caridad en el corazón de los perseverantes y para que éstos sean más numerosos de lo que la obra de Satanás y de los hombres permiten esperar[1]".

[1] Daniel 7; Apocalipsis 12-13; 14, 6-7; 17; 20.

18 de febrero de 1947

Respecto a las visiones y dictados del 24 y 25 de febrero de 1944, del 3 de enero de 1945 y del 17 de enero de 1945.

Dice Jesús:

"En verdad, las visiones y las palabras que han sido dadas en cuanto a mi tentación, aun en la parte ignorada, son tan claras que ya constituyen una respuesta a todas las objeciones de quienes hacen preguntas al respecto y no sería necesario que Yo diese aun más amplias explicaciones de ello, considerando además que desde el 25-2-1944 (que lo recuerde el que solicita estas respuestas) he dejado entender claramente que no me gustaba volver a este episodio ni detenerme en él y que tampoco me gustaba que otros lo hicieran, atrayendo hacia dicho episodio la especial atención del instrumento y obrando así de manera diametralmente opuesta a la mía pues, cuando dicho instrumento me proponía las mismas objeciones que ahora, siempre bajo el estímulo del mismo individuo, me propone de nuevo. Yo respondía: "No he querido que hablaras acerca de la tentación sensual de tu Jesús. Aun cuando tu voz interior *te había hecho entender el móvil de Satanás para atraerme hacia la sensualidad,* preferí explicarlo Yo mismo. Y no pienses más en eso".

Habría querido que hubierais seguido mi prudente ejemplo hacia el tierno adolescente que he puesto entre vosotros, el cual debe deciros todo lo que ve, o sea, todo lo que ha sido usado a favor o contra Cristo, mas a quien la propia inexperiencia y la paternal bondad de Dios ofrecen reparo providencial contra las más crudas miserias y acciones de los hombres y de Satanás.

Lo habría querido por respeto hacia el tierno adolescente cuyos ojos ven a Dios, y lo habría querido porque eso habría sido para Mí un testimonio del estado de vuestro ánimo, que Yo desearía que fuera justo aun en los más ligeros matices. En la justicia no hay nada que sea insignificante, inútil o no digno de atención. En ella tiene valor la acción grande y visible de saber morir por ella así como la silenciosa y oculta imitación que se hace de Mí en el modo de conducirse ante los propios hermanos, o hijos del espíritu o discípulos vuestros, porque vosotros, los padres y maestros espirituales, vosotros, los pastores a quienes he confiado mis corderos, os habéis consagrado voluntariamente a esta paternidad espiritual y a esta enseñanza de los pequeños y debéis ser mis imitadores.

En fin, lo habría querido porque eso habría sido para Mí un testimonio del estado de vuestro intelecto, exento de todo lo que le crea confusión y niebla ante las verdades visibles claramente en mis páginas, que demuestran la constante

perfección de Jesucristo Dios y Hombre en todas las circunstancias de su vida mortal, en todas sus acciones y palabras y también en sus silencios, porque hay silencios que hablan más que cualquier palabra y que enseñan más que todas las doctrinas.

Y este episodio, en el punto que no queréis aceptar por considerarlo "inconveniente", os habla precisamente con la magnífica lección de mi silencio opuesto a esta parte impura de la tentación satánica. Para vosotros, mi silencio, mi indiferencia total ante los acicates de Satanás, tendrían que haber sido la expresión de glorificación de Cristo. En cambio, para vosotros han expresado otra cosa. Han expresado abatimiento para Cristo. Os parece que con las impuras tentaciones a Cristo ha sido ofendida su dignidad. Confundís el intento con el resultado. El resultado habría sido una ofensa. El fracaso del intento es la glorificación. ¿No habéis sabido comprender esta diferencia? Entonces, no habéis sabido leer la verdad tácita, pero claramente visible, que encierran la visión y los dictados.

¡Saber leer!; no todos saben hacerlo y hacerlo con precisión. Para saberlo hacer, y hacerlo con precisión, hay que tener ojos exentos de llamas interiores y de ofuscaciones exteriores. Si vuestro ojo espiritual, o sea, vuestro pensamiento, es limpio y puro, veis las cosas como son. En este caso, veis la glorificación de Cristo. Mas si vuestro pensamiento está ofuscado o abrasado por los humos del saber humano y por el orgullo de tener que ser solamente vosotros los que saben o, peor aún, si está abrazado por fuegos impuros, entonces lo que tiñe con colores opuestos a los reales lo que contempláis es vuestro reflejo y, por eso, convierte un episodio casto e inocente en sensual y pecaminoso. Mas volved a colocar el episodio lejos de vuestras luces, en su verdadera luz, y volverá a ser como era: el testimonio de una heroica castidad e inocencia, que inútilmente fueron insidiadas.

Pues bien, si irradiáis sobre el episodio el reflejo de vuestra humanidad, porque consideráis imposible que uno no experimente turbaciones íntimas debidas a una tentación exterior y porque no podéis admitir que ni siquiera Cristo, el Santo de Dios, pueda haber sido tentado desde el exterior sin sentir una intima turbación, entonces sois vosotros quienes dais al episodio ese determinado color. Mas entonces no debéis decir que dicho episodio atestigua una turbación indebida de Cristo que, en verdad, no puede ser admitida por respeto a la dignidad de Jesús nuestro Señor y porque, en verdad, en Cristo ha existido siempre orden y armonía entre la carne y el espíritu y ambos siempre han sido perfectos y reverentes al dar gloria a su Creador. Por lo tanto, si tenéis una opinión diferente de la que, de modo indudable, se desprende del episodio referido, decid que vosotros reflejáis en ese punto del episodio lo que se agita en vuestro interior, haciendo lo que en

otros casos llamáis “suposiciones”, suposiciones que ningún especto del episodio justifica o autoriza a suponer o creer. Eso es grave.

¿Por qué me obligáis a dictar estas palabras? ¿No comprendéis cuánto dolor me causáis al obligarme a dictarlas aunque más no sea para algunos de vosotros? ¿No comprendéis que no es encomiable aparentar un escándalo, que en realidad no experimentáis, únicamente para turbar al portavoz, para tentarle a dudar de la Voz que le habla o también a modificar algunas partes de la obra, para que le venza la desconfianza? Luego le reprocharíais todo esto y lo utilizaríais como prueba fundamental de que la Obra es fruto de su pensamiento. ¡Modificar parte de la Obra, como si una criatura pudiera hacerlo en páginas dictadas por Mí! Y, además, ¿por qué hurgar y volver a hurgar en un punto determinado *sobre el cual Yo no me detuve, ni siquiera mientras lo padecía, sin descender a discutirlo con Satanás ni con el pensamiento ni con la palabra,* un punto en el que Yo había aconsejado no detenerse y no volver a tratarlo porque, entonces como ahora, me produce repugnancia? Digo repugnancia. He aquí la única reacción que la indecente insinuación de Satanás ha producido en Mí.

Mas ahora –y que sea para siempre- os daré la respuesta que queréis, para que tengáis sobre dicho punto “esa límpida claridad” que uno de vosotros declara que “sería deseable”. *Yo daré esas respuestas, no las dará el portavoz* y menos todavía éste se permitirá retocar el texto después “para hacerlo cristalino”, siempre según el deseo de uno de vosotros. Que cada uno esté en su lugar.

¿Qué es la tentación? Dice el Catecismo: “Es una instigación al pecado que nos llega del demonio, o de los malvados, o de nuestras pasiones”. *Es una instigación.* Por lo tanto, si instiga el pecado quiere decir que *no es un pecado por sí misma.* No, no es pecado. Mas aún: *es un medio para crecer en la justicia y aumentar nuestros méritos permaneciendo fieles a la Ley del Señor. Empieza a convertirse en pecado de imprudencia cuando el hombre, voluntariamente, se pone en condición de pecar al acercarse a personas o cosas que pueden inducirle al pecado.*

¿De quién proviene la tentación? Proviene del demonio, de los malvados, de las pasiones. Por lo tanto, proviene de factores externos y de factores internos. Mas, en verdad os digo que los más peligrosos son los factores internos, es decir, las inclinaciones desordenadas y los instintos o acicates que quedaron en el hombre junto con las otras miserias consiguientes al Pecado de Adán. Satanás azuza esos factores internos o intenta azuzarlos con todos los medios y en esta tarea mucho le ayudan los hombres que están a vuestro alrededor y el yo humano, que es un campo de tentaciones siempre dispuestas a renacer, con gran tendencia

al egoísmo de la materia y a la sensualidad de la mente: el primero impulsa la carne a rebelarse a Dios y al espíritu, el segundo lleva la mente a la estúpida soberbia de creer que todo es lícito, hasta el juzgar las obras y la justicia de Dios.

En verdad os digo que la mayor ayuda a Satanás la dais vosotros al acoger y cultivar en vosotros "la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, la soberbia de la vida", eso que no proviene del Padre sino del mundo, pues sin vuestro asentimiento para preparar el terreno propicio a las invasiones de los factores externos, éstos no podrían penetrar en vosotros y turbaros en lo íntimo, exasperando los factores internos. *Los acicates del pecado, por sí mismos, no podrían llevar al hombre a la perdición si el hombre no los cultivara*, como sucede en la mayor parte de los individuos, como flores del mal que satisfacen el desordenado sentimiento del hombre con su aspecto vistoso e invitante y que luego se transforman en frutos de la culpa.

Si la buena voluntad, con santo empeño, se abatiera sobre los acicates, éstos permanecerían estériles como malignas plantas secas o, al menos, marchitas hasta el punto de no poder crecer; mas aún, sujetas a un debilitamiento continuo que las conduce a la destrucción total. En cambio, el hombre los deja vivir en él y ellos crecen, crecen robustecidos por los sabrosos bocados que el incauto hombre se permite, sin saber que todo lo que se concede a lo ilícito, aun la cosa más pequeña y, aparentemente inocua y sin importancia, es una preparación a concesiones mayores, porque el apetito de las concupiscencias aumenta cuanto más se saborea el picante sabor. Y, como consecuencia, el apetito satisfecho en su violencia siempre creciente y renaciente, aumenta la fuerza de los instintos desordenados y éstos crecen hasta colmar de sí a todo el hombre y abatir las barreras de la conciencia.

¡Oh!, sucede como con un vegetal plantado en un espacio estrecho. Hasta que no se ha producido su desarrollo total, la planta está contenida en el espacio donde la han colocado, pero cuando ha terminado su crecimiento y sus raíces se extienden tanto cuanto su fronda, entonces ya no pueden estar comprimidas en ese lugar demasiado estrecho y van insinuándose bajo los cimientos de los muros limítrofes en busca de espacio, así como las ramas lo han hecho en las alturas y al crecer alzan los muros, los desquician, los desmoronan abriendo pasajes por donde pueden entrar ladrones o muchachos y estropear la planta despojándola de sus frutos y ramas y dañándola a veces hasta provocar su muerte. En el caso del alma, sucede que la planta de la desordenada inclinación a la concupiscencia, opuesta a la inclinación del espíritu hacia Dios, que es su fin, abre el pasaje a Satanás y al mundo, seductores aliados contra el incauto yo, que provocan la muerte o mutilan o estropean la hermosa integridad del espíritu.

En verdad os digo: *No os debe atemorizar el ser tentados. Ni tampoco el alma debe abatirse ante la fuerza de la tentación y la repetición de sus violentos ataques, con la idea de que esto sucede porque ella está fuera de la gracia del Señor y destinada a la muerte eterna.* Por el contrario, alegraos ¡oh, vosotros que sois ultrajados por Satanás de modo tan intenso! Es la señal que demuestra que sois enemigos de Satanás y que Satanás os considera ya como una presa que se le ha escapado para siempre. La ira satánica se abalanza siempre contra las presas que logran huir de su hambre y contra las conquistas de Dios.

Es lógico que sea así. Sucede de este modo también en las batallas entre dos ejércitos enemigos: ¿dónde reitera el enemigo sus ataques más intensos? ¿Lo hace acaso contra las posiciones más débiles y menos importantes? No es así. Lo hace contra las posiciones capitales y sumamente fuertes. Las otras son conquistas fáciles que reserva para el final, cuando los soldados ya están cansados, para darles el aliciente de alguna victoria que les sirva como estímulo en las luchas más duras. Sería muy tonto el jefe militar que cansara a sus hombres y medios disponiendo imponentes despliegues de fuerzas y derrochando municiones contra una ciudad cuyas defensas ya van desmoronándose por la negligencia de sus defensores o que está dispuesta a rendirse sin combatir.

Satanás no es nunca un conquistador tonto. Sabe controlar muy bien sus asaltos. Donde advierte debilidad espiritual y moral y ve muy debilitados los bastiones defensivos de la conciencia-porque contra ellos han sido como arietes las malvadas inclinaciones del hombre- o donde comprende que existe pleno asentimiento a aceptarle como amigo, no lleva ataques violentos y usa sólo lisonjas; pero donde advierte resistencias y prevé la derrota, se abalanza con fuerza y con todos sus medios, de la lisonja al terror, y no se cansa de repetir a cientos, a miles directamente o con la ayuda del mundo y de las circunstancias (por lo tanto, de todos los medios externos) que conquisten la presa o que atormenten a los hijos de Dios, que es lo que quiere, al menos, ese eterno aborrecedor de los buenos.

En verdad os digo que cuando una criatura ha alcanzado el heroísmo en la virtud o, como dice Pablo, "se ha vuelto fuerte en el Señor y en su virtud potente", entonces es necesario vestir "la armadura de Dios para poder resistir a las insidias del diablo", porque ése es el momento en que, como sigue diciendo el Apóstol: "la criatura ya no combate con la carne y con la sangre, sino contra los principios y los poderes, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los malignos espíritus del aire"[1], o sea, contra el fortísimo Infierno que

[1] Efesios 6, 10-12.

directamente desencadena las grandes tormentas de las potentes tentaciones cumpliendo el último esfuerzo para intentar abatir el gigantesco espíritu que se le resiste.

Entonces, ¿la tentación es un pecado o una gloria? ¿Es un bien o es un mal? *No es un pecado. Y, aun siendo un elemento del Mal, puede transformarse en un medio de bien y de gloria para la libre voluntad con el que el hombre la rechaza*. No se le impide a ningún hombre, como no se le impidió tampoco a Cristo, el libre arbitrio de poder ceder o no ceder a las tentaciones. *Por cada tentación rechazada, hay un mérito logrado.* Por eso Dios le ha dejado al hombre su espléndida voluntad de querer, de tomar determinaciones, para que a través de ella y por su propio mérito, el hombre alcanzara una gloria merecida.

Recordémoslo siempre. Y recordad siempre también que la vida del hombre es expiación del mal que el hombre comete y que aún en el mejor de los casos, es decir, en el caso de un hombre en quien no se señale ni siquiera una culpa cometida, siempre es expiación o, si preferís, es un sufrimiento consiguiente a la Culpa original y que, por eso (a pesar de que mi sacrificio y la integración en la Gracia que por dicho Sacrificio obtuve, la redujeron sobremanera), todo hombre debe padecer un sufrimiento para alcanzar de nuevo ese grado de justicia que le fue otorgado gratuitamente a los Progenitores. Y que les fue dado conjuntamente con la vida. ¡Oh, santa, inmaculada inocencia de las primeras Criaturas, que las actuales deben reconstruir con el propio dolor, además que con los dones gratuitos que Yo os obtuve con mi Sacrificio.

Por eso, cuando veis al Santo de los santos o simplemente a un santo en fuerte tentación, no digáis: "Esto es indecoroso" *mas observad cómo reacciona el que ha sido tentado. Y si veis que permanece indiferente ante la tentación* –lo que atestigua que ha alcanzado la perfección que Yo he aconsejado: "semejante a la de mi Padre", esa perfección que ninguna gente puede turbar-, si veis que permanece indiferente ante la tentación por haber vencido en sí mismo la batalla contra todas las reacciones de la carne y de la sangre, o si veis a un justo que sabe luchar contemporáneamente contra el desorden que, acicateado desde el exterior, querría volver a manifestarse, y contra la Bestia que azuza y lanza llamados al desorden, no digáis que "eso es indecoroso", decid que eso sirve para hacer brillar o para iluminar el grado de perfección que ha alcanzado el que ha sido tentado.

¿Quién puede padecer la tentación?: ¿Dios?, ¿los ángeles?, ¿los hombres? Dios, por ser Dios, no puede padecer tentación alguna. Los ángeles, que permanecieron fieles aun durante la rebelión de Lucifer y sus secuaces, no pueden

padecer tentación, pues, tras la prueba, fueron elevados al orden sobrenatural, a la contemplación y la alabanza de Dios. Por lo tanto, sólo el hombre puede ser tentado, el hombre compuesto de sustancia material y de sustancia espiritual, dotado de libertad de razonamiento, de inteligencia y de conciencia para poder discernir el bien y el mal y para querer el bien o el mal. Solamente el hombre, que aún combate su batalla, puede estar sujeto a la tentación, por la triste herencia que recibió debido al pecado del fundador de la Humanidad.

Desde el día de la caída de Adán del estado de inocencia al de culpa, desde el día en que la mujer quiso conocer de cerca la planta prohibida y que la Serpiente pudo hablarle a Eva, que la escuchó atentamente en lugar de huir de ella y que acogió sus palabras embusteras y sus sugerencias de perdición, perennemente el hombre se encuentra cerca de la planta del Bien y el Mal, en la que está enroscado Lucifer, y padece la tentación. Y, si logra vencer las insinuaciones hacia la culpa, logra justicia y conquista la corona inmortal o bien, si repite el gesto de Eva y coge el fruto prohibido obedeciendo al Fascinador, se envenena hasta llegar a veces a morir por ello. Justamente por la victoria sobre las tentaciones externas y por el dominio sobre los sentidos y sobre el orgullo –o sea, sobre los estímulos internos- vosotros, los hombres, os convertís en "dioses e hijos del Altísimo"[2], semejantes a Jesús, vuestro Hermano santísimo, que padeció tentaciones pero nunca pecó porque no quiso pecar. *Podemos ser tentados sin nuestro consentimiento en ser tentados. Nos volvemos pecadores solamente con nuestro consentimiento.*

Yo, Jesús, nunca accedí al pecado. Es más, dado que por espíritu de voluntaria y amorosa justicia combatí toda reacción humana inaceptable para Dios y dado que lo hice desde mis más tiernos años, "mientras estaba sujeto a mi padre (putativo) y a la madre, dos personas justas que me enseñaron la justicia, y crecía en sabiduría, en edad y en gracia"[3], he eliminado en Mí, para siempre, toda posibilidad de improvisos desórdenes o de turbación interior debidas a presiones y circunstancias que surgieron en torno a Mí al llegar a la edad adulta y que fueron intensificándose hasta la muerte.

¡No me entendáis mal! Digo presiones y circunstancias, no digo lujurias. Se trató de presiones y circunstancias de parientes faltos de comprensión, de ciudadanos aún más obtusos que los parientes, de connacionales hostiles, de enemigos arteros, de amigos traidores. No es pecado sólo la sensualidad. Muchas son las causas por las cuales el hombre puede pecar. Y vosotros, ¿qué decís? ¿Decís por ejemplo, que la conducta de Judas en cualquier otro no habría sido

[2] Salmo 82, 6; Juan 10, 34.
[3] Lucas 2, 51-52.

causa de pecado contra el amor? ¿Decís por ejemplo, que la animadversión de los escribas y fariseos y de todos mis adversarios, tan sutiles en oponerse a Mí y también tan ruines por los medios y las acusaciones con que me ponían trabas, no es una perpetua tentación a reaccionar de modo humano?

No pequé. Dije: "¿Quién de vosotros puede convencerme para que peque?"[4]. Se los dije a mis enemigos de aquel entonces. Puedo decírselos a mis enemigos de ahora y también a los incrédulos y a los que dudan de mi santidad. Y aunque no os lo diga a vosotros, a quienes quiero considerar amigos a pesar de que me causáis dolor a través del dolor que causáis a mi pequeño Juan, os lo dicen mis obras.

En la Obra que he dictado e ilustrado, ¿hay acaso una sola palabra o acción, descrita que puedan convenceros de pecado, de un solo pecado, de vuestro Maestro? Esa Obra soy yo mismo. No sólo Yo la dicto y la ilustro, más bien la vivo, pues Yo me presento ante vosotros tal como era en mis días mortales, en el ambiente que me rodeaba, en el pequeño mundo santo de mi familia, y en ése más vasto y diferente, según los seres que lo componían, de mis discípulos y en ese otro, más vasto aún –pues era toda Palestina- mudable, agitado y recorrido por diversas corrientes, semejantes a un mar que se movía a mi alrededor, bajo un variable cielo de marzo, a veces terso y sereno, e inmediatamente después cubierto de nubes y agitado por vientos de tormenta que alzaban en el mar olas gigantescas que, acometiendo amenazadoras, bramaban su rencor contra Mí hasta la violencia final del Viernes Santo.

¿Por qué no queréis reconocerme? ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? ¿Por qué queréis asemejaros a los que me hostilizaban en el Templo y me decían: "No sabemos quién eres"? ¿También vosotros sois como los apóstoles que en la última Cena aparentaban no conocer aún quién era Yo, es decir, el Verbo Hijo del Padre, que al Padre volvía tras haber estado por mucho tiempo entre los hombres para darles las palabras que el Padre le daba? Pero ellos, mis pobres Apóstoles, aún no habían recibido al Espíritu Santo, el que ilumina todas las verdades. Vosotros, en cambio, le habéis recibido. ¿Ni siquiera su Luz logra iluminaros al Cristo que está en estas páginas? Es el Verbo, eterno y sumamente sabio, que cumple una nueva obra de amor y salvación, porque tiene piedad de la excesiva cantidad de seres que mueren de inedia espiritual, que se pierden porque no me conocen, que están ateridos porque no les socorren con los fuegos del amor apostólico, que se desvían del camino porque son ciegos y no tienen quién les tienda la mano para conducirles a Mí, a quien van buscando mientras se pierden por otras sendas que

[4] Juan 8, 46.

condenáis pero de las que no les apartáis. ¡Pobres hijos que condenáis porque recorren como ciegos esos caminos buscando la Luz y que Yo no condenaré porque veo los impulsos de su corazón, y que haré venir a Mí porque soy el Salvador de los Hebreos y de los Gentiles y de todos los que buscan la Verdad!

Vuelvo a preguntaros: ¿Por qué me hacéis dictar estas palabras? ¿Son las que querría deciros? No me causéis dolor. El dolor que me causan los que Yo quiero considerar mis amigos es para Mí el dolor más verdadero…

Yo, Jesús, nunca accedí al pecado, el pecado nunca me turbó. Recordadlo; la única turbación que podía causarme el hedor del mal que se agitaba en torno a Mí, *era la repulsión, la aversión hacia la culpa.* Prefería acercarme a un leproso ya moribundo por su enfermedad que a uno sano pero incrustado por el vicio y fétido por el hedor de la lujuria, sobre todo si era impenitente. Mi infinito amor por los pecadores, que había que salvar, me ha hecho superar siempre las náuseas por su hedor espiritual. Mi Padre, sí, sólo mi Padre sabe cuán prolongada pasión fue para Mí tener que vivir envuelto en el torbellino de las tentaciones y de la abyecta ola de los pecados que recorren la Tierra y doblegan y arrollan a los hombres, tener que vivir y ver el naufragio de tantos seres sin poder apresar a la Bestia, porque aún no era el momento de hacerlo. Y aún no lo es. Ella se desliza despidiendo sus infernales hálitos, sembrando sus venenos, y la sigue la onda colosal y cada vez mayor de los pecados, cada vez más numerosos. También ahora experimento náusea y dolor.

¿Quién era Yo? Era el Verbo encarnado. Por lo tanto, Yo era Dios. Y, por lo tanto, Yo era Hombre. Yo era verdadero Dios y verdadero Hombre. Yo era el Redentor, el nuevo Adán, "el Primogénito de entre los muertos", como dice mi Juan, que también escribe en su Apocalipsis: "Jesucristo que nos ha amado y que nos ha lavado de nuestros pecados con su Sangre" y en su Epístola: "Tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos Tres son Uno solo; y son tres los que dan testimonio en la Tierra: el espíritu, el agua y la sangre, y estos tres son una sola cosa"[5].

Son tres los que atestiguan en el Cielo la Naturaleza divina de Jesús, que es Cristo desde su nacimiento hasta la muerte y más allá de la Muerte y Resurrección por los siglos de los siglos, sin interrupción alguna, como han querido sostener ciertos herejes.

Por tres veces durante mi vida pública, el Padre me indica como su Hijo dilecto, su gozo y gloria. Y si en el Tabor la voz del Eterno Padre fue escuchada sólo por tres personas que, dada su condición de discípulos, pueden ser tachados

[5] 1 Juan 5, 6-8; Apocalipsis 1, 5.

de exaltados o embusteros por parte de quienes niegan, en el Jordán y especialmente en Jerusalén, invadida por la multitud debido a la inminente Pascua de Ázimos, muchas personas oyeron el testimonio de mi Padre; fueron tantas que bien se podría definirlas una multitud y en ella se mezclaban israelitas con gentiles, judíos con prosélitos, discípulos con enemigos de Cristo.

El Padre dio testimonio de Mí por tres veces, en tres épocas y en tres lugares y circunstancias diversas, sin desmentirse. Pues bien, solo las versiones verdaderas permanecen inmutables, mientras que las que no lo son, con el pasar del tiempo sufren alteraciones que descubren su fuente embustera. Por lo tanto, si por tres veces, en tres épocas, lugares y circunstancias diversas, una Voz, siempre con igual potencia, una Voz muy diferente de la mía y de la de cualquier otro hombre, tronó desde los Cielos para dar el mismo testimonio sobre Mí, es señal de que realmente Yo era Dios semejante al Padre, pues Dios, Padre solamente de un Hijo –Dios como Él- puede gloriarse de haberle generado y complacerse al verle perfecto como lo es Él por Naturaleza divina y perfecto por voluntad y gracia en la Naturaleza humana que ha asumido.

El Verbo dio testimonio con su muy sabia Doctrina y con sus obras, cuya índole y potencia son tales que, por sí solas, atestiguan que el que las enseña y las cumple es un Dios.

El Espíritu Santo dio testimonio manifestándose bajo forma de Paloma en el Jordán y bajo forma de Fuego en el Cenáculo para Pentecostés a fin de ultimar la obra de Cristo, purificando y perfeccionando a los Apóstoles para su ministerio, tal como Yo les había prometido, y estando presente y revelándose, para quienes saben ver, en cada palabra de infinita y caritativa sabiduría que brotaba de los labios del Maestro Jesucristo. El Espíritu Santo jamás socorre a los embusteros. Les abandona al padre de la Mentira y huye lejos de ellos. En cambio, siempre ha permanecido Conmigo, porque Yo soy Jesucristo, Dios y Hombre, tal como dije ser.

Y en la Tierra hay tres cosas que atestiguan mi verdadera Humanidad: el espíritu que rendí, como todos los hombres, tras una penosa agonía; mi Sangre derramada en la Pasión, y el agua que brotó de mi costado exangüe junto con las últimas gotas de sangre, ya pertenecientes a un cadáver, recogida en el hueco del Corazón extinguido. Bien, sabéis que sólo un cuerpo verdadero emana sangre si es herido y que sólo un verdadero cadáver presenta la separación de la parte líquida de la sangre –que llamáis suero- de la otra que se coagula en grumos o que, por lo menos, es más densa y obscura que la sangre viva, si ha transcurrido muy poco tiempo entre la muerte y la emanación de la sangre… Yo, como

testimonia mi Santo Sudario, emané sangre ya grumosa porque ya estaba muerto desde hacía algún tiempo cuando me hirieron el costado y ya iba helándome y poniéndome rígido rápidamente, debido a las particulares condiciones que me llevaron a una muerte veloz.

Por lo tanto, por el testimonio de Juan el apóstol, testigo de mi muerte, Yo soy un verdadero Hombre.

Pablo de Tarso escribe a quienes habrían podido desmentirle si hubiese exagerado o mentido al describirme: "Aquel Jesús, *que fue hecho inferior a los ángeles por poco, debido a la muerte que padeció* fue coronado de gloria y honor, pues por la Gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos. Y por cierto convenía a Aquel por quien es todo y para quien es todo… hacer perfecto por medio del sufrimiento al autor de la salvación de los hombres… Él también compartió con los hombres la carne y la sangre para destruir mediante su muerte al que tenía el dominio sobre la muerte… En efecto, Él no siguió a los ángeles, sino que siguió la semilla de Adán. Por eso, tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos para convertirse en pontífice misericordioso y fiel ante Dios y para expiar los pecados del pueblo a fin de poder ayudar, habiendo pasado Él mismo la prueba del sufrimiento, a los que la están pasando… No tenemos un pontífice que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que Él ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecar… Todo pontífice… está constituido… para ofrecer dones y sacrificios por los pecados y para poder compadecerse de los ignorantes y los extraviados, pues Él mismo está circundado de flaquezas… Por cierto sería conveniente que tuviéramos un pontífice así: santo, inocente, inmaculado apartado de los pecadores, encumbrado sobre los Cielos"[6]

Por lo tanto, también Saulo, el docto contemporáneo de los hebreos de mi tiempo, convertido en Pablo, colmo de sabiduría y de verdad, con la realidad de mi figura histórica y con las luces del Espíritu Santo, atestigua que Yo soy verdadero Dios y verdadero Hombre, igual al Padre por Naturaleza divina y no creada. Igual a la Madre por naturaleza humana y creada. Cristo sin interrupción y Reparador, Salvador y Redentor perfecto por la eternidad.

Por lo tanto, siendo Hombre ¿por qué no habría debido padecer tentaciones como las padece cualquier otro hombre? Si mi Padre quiso hacerme "semejante en todo" a vosotros, ¿por qué habría debido concederme el injusto privilegio de no conocer el sufrimiento y las fatigas de las tentaciones que padecen todos los hombres y a las que reaccionan de modo diferente según prevalezca o esté ausente en ellos la buena voluntad de santificarse, es decir, según su espiritualidad

[6] Hebreos 2, 9-18; 4, 14-15; 5, 1-3; 7, 26.

o su materialidad? ¿Y por qué Yo habría debido pretender dicho injusto privilegio? Mas, ¡he sido Hostia perfecta, precisamente porque me perfeccioné a través del sufrimiento continuo! Si el Padre hubiera querido que el Demonio no se acercara al Hombre, que era su Verbo encarnado, ¿acaso no habría podido impedírselo? ¿Acaso no obró de modo tal que por treinta años, mediante una serie de circunstancias providenciales, me ocultó a las búsquedas de Satanás? Y si lo hubiera querido, ¿no habría podido poner límites fijos a las tentaciones que se me presentaban, o permitir alguna y no todas, no ésa en particular, por ser inconveniente para Cristo? ¿Y no habría podido hacerme superior a los hombres y a los ángeles? Entonces, ¿por qué me ha hecho un poco inferior a los ángeles y semejante a los hombres? ¿Es que no hay contradicción en las palabras del Apóstol que dice que Yo soy Hombre, semejante a todos los otros hombres, y que, sin embargo, dice también que Yo soy inferior por un poco a los ángeles? Entonces, ¿no soy semejante a vosotros? Entonces, ¿no soy semejante a Dios, dado que Dios es más que los ángeles? Por lo tanto, ¿el Apóstol profirió blasfemias, dijo tonterías o embustes? Y si no los dijo, ¿en qué consiste esta diferencia, esta igualdad y esta inferioridad de ser diverso de los ángeles, inferior a ellos e igual a los hombres y, al mismo tiempo, diferente de ellos porque soy un poco inferior a los ángeles? ¿Acaso no es una blasfemia decir que el Verbo encarnado es inferior a los ángeles? ¿En qué consiste esa diferencia, que existe en Mí, respecto a los ángeles y a los hombres?

¿Nunca os habéis hecho estas preguntas con la sincera voluntad de responder haciendo trabajar la mente bajo la luz de Dios? Porque todos vosotros, hijos míos, tenéis el deber de colocaros bajo la luz divina y de esforzaros por entender, esforzándoos por vosotros mismos y no, por el contrario, adaptándoos perezosamente a las explicaciones que dan los demás, para no afanaros en entender, si leyerais todos los libros que hablan de Mí y del Altísimo, y lo hicierais leyéndolos maquinalmente, no os aprovecharía tanto como un solo conocimiento logrado con vuestro esfuerzo por entender, o sea, logrado a través de la humildad amorosa que recurre al Espíritu Santo para poder entender y de la justicia heroica para obtener la amistad del Espíritu Santo, de modo que Él os lleve a comprender el lenguaje divino, porque sólo “los que son guiados por el Espíritu Santo son hijos de Dios”. De nuevo son palabras de Pablo[7] Y es natural que los hijos comprendan el lenguaje del padre.

Mas, Yo os diré cuál es la diferencia y cómo puede ser que Yo sea semejante a vosotros y, al mismo tiempo, sea por poco inferior a los ángeles.

[7] Romanos 8, 14.

Soy semejante a vosotros, soy el Hombre; por eso soy, sin lugar a dudas, inferior a los ángeles, porque el hombre no es la criatura espiritual, la más noble de la Creación, como lo son los ángeles puramente espirituales, sumamente inteligentes, e inteligentes con prontitud, porque no están gravados por la carne y los sentidos, confirmados en la gracia y siempre en adoración del Señor, cuyo pensamiento comprenden y actúan sin obstáculos. Mas, ¿el hombre puede elevarse a sí mismo a un nivel sobrenatural? Puede hacerlo si vive voluntariamente en la pureza, en la obediencia, en la humildad y la caridad, precisamente como hacen los ángeles. Y así lo hice Yo. Ese Jesús, hecho un poco inferior a los ángeles, fue Hombre por deseo divino del Padre, para que pudiera ser el Redentor. Luego, se hizo un poco inferior a los ángeles por su propia voluntad y para demostraros con el ejemplo que el hombre, si quiere, puede elevarse a sí mismo a la perfección angélica y conducir una vida angélica.

¡Oh, vida humana, tan fundida con lo sobrenatural que llega a anular las voces y las flaquezas de la materia para asumir las voces y las perfecciones angélicas!, ¡vida que ha olvidado la concupiscencia y vive de amor y en el amor! Es el hombre que se vuelve ángel, o sea, la criatura compuesta por dos sustancias, que purifica la parte más baja con los fuegos de la Caridad y en la Caridad están todas las virtudes, como si fueran muchas semillas encerradas en un solo fruto, hasta el punto que puede decirse que, de este modo, se despoja, o mejor, la despoja de todo lo que es materialidad hasta hacer que también la materia sea digna de penetrar un día en el Reino del Espíritu. Posa en el sepulcro el atavío purificado a la espera de la orden final. Mas entonces surgirá glorificada hasta provocar la admiración de los mismos ángeles, porque la belleza de los cuerpos resurgidos y glorificados causará reverente estupor aun a los ángeles de Dios, que admirarán a estos hermanos suyos en lo creado diciendo: “Nosotros supimos permanecer en la gracia respecto a una sola sustancia; ellos, los hombres, son vencedores de la prueba respecto al espíritu y respecto a la carne. Gloria a Dios por la doble victoria de los elegidos”.

Cristo, completamente semejante a los hombres, quiso alcanzar la belleza de la perfección angélica con una vida sin sombras, no sólo de pecado mas ni siquiera de atracción hacia el pecado y, al permanecer Hombre para padecer la muerte con la carne y con la sangre al fin de expiar las culpas de la carne y de la sangre y de la mente y de las soberbias de la vida con todo, todo, todo el dolor que reparara toda, toda, toda la Culpa, se hizo un poco inferior a los ángeles, ennobleciendo así la naturaleza humana hasta la perfección angélica.

Por lo tanto, soy Dios. Y soy Hombre. Y así como el ángel es el eslabón intermedio entre el hombre y Dios, Yo, que debía volver a saldar la cadena

interrumpida, es decir, que debía reuniros a Dios, convertí mi perfecta Humanidad en la conjunción entre la Tierra, o sea, los hombres, y el Cielo, o sea, los ángeles, y llevé a la Humanidad a una perfección igual –es mas, mayor- que la que Adán y Eva tuvieron al principio de los tiempos, cuando el Hombre era inocente y feliz debido al don gratuito de Dios, y no conocía ni padecía la dura lucha contra el Mal y contra los acicates del pecado. Por lo tanto, la Divinidad no se envileció al asumir la semilla de Adán, sino que se divinizó la Humanidad porque, por la libre voluntad del Hombre fue vuelta a la perfección que hace semejantes a mi Padre, quien no conoce la injusticia.

No miente ni blasfema ni se contradice el Apóstol cuando dice, por palabra inspirada, que Jesús, el Hombre, se hizo un poco inferior a los ángeles en la espiritualidad heroica. No faltó el Dios Padre, ni el Dios Hijo ni el Dios Espíritu Santo al darle al Redentor la única apariencia que le correspondía para ser tal y para redimiros, además que con la gran acción de su sacrificio, *con la continua lección de su crecimiento en la gracia hasta alcanzar la perfección espiritual* a fin de redimiros de vuestra ignorancia, esa ignorancia que deriva del pecado, que degrada las fuerzas del hombre, que le sugestiona insinuando que él, por estar hecho más de materia que de espíritu, no puede intentar su evolución espiritual.

¡Oh no!, la materia os parece tan enorme y prepotente porque la veis y la oís gritar con sus bestiales alaridos. Os parece tan enorme porque la teméis y porque no queréis hacerla sufrir por temor de sufrir. Os parece tan enorme porque Satanás os altera sus contornos. Os parece tan enorme porque no sabéis. Seguís ignorando aún qué es en verdad ese algo magnífico que es el alma, qué es ese algo infinitamente potente que es el alma unida a Dios.

Dejad de lado los temores. Dejad de lado la ignorancia. Miradme. Yo, el Hombre, alcancé la perfección de la justicia siendo hombre como lo sois vosotros, porque lo quise. Imitadme. No temáis. Mantened el alma unida a Dios y avanzad. Y subid. Subid a las luminosas regiones de lo sobrenatural. Con vuestra ardiente voluntad arrastrad la carne hacia adonde sube vuestro espíritu. Convertíos en ángeles. Convertíos en serafines. El demonio ya no podrá heriros en lo más profundo. Tras haber golpeado vuestra coraza, sus flechas caerán a vuestros pies y no quedaréis turbados, como no lo quedé Yo.

Por lo tanto, fue justo que mi Padre, aun pudiéndolo hacer, no me diera una índole diferente de la del hombre. Fue justo. Así, cuando propongo mi código y os digo: “Seguidlo, si queréis estar donde Yo estoy”, nadie podrá decirme: “Tú puedes estar allí porque eres diferente de mí, a quien la carne apremia ferozmente. Tú puedes vencer a Satanás porque en Ti la carne no es aliada de Satanás”. Nadie

podrá reprocharme considerando fácil mi victoria ni sentirse desalentado por la diferencia de su creación. En Mí y en vosotros existen las mismas cosas: la carne, la inteligencia y el espíritu, para poder vivir, comprender y vencer. En Mí, está la semilla de Adán. En vosotros, está la semilla de Adán.

¡Oh! Os oigo murmurar: "En Ti no estaba la Culpa. En nosotros…". Tampoco en Adán estaba la Culpa y, sin embargo, pecó porque quiso pecar. Yo no quise pecar, y no pequé. Yo, el Hombre, no pequé. Mi Padre me hizo de la misma semilla vuestra para demostraros que se hombre no quiere decir ser pecadores. Al igual que vosotros, Yo tenía una índole humana. Sabed ser como Yo en la victoria. Mi Padre me hizo Hombre, dándome en común con vosotros carne y sangre con las cuales vencer, muriendo, a Satanás y exigiendo que el autor de vuestra salvación se volviera perfecto como Hombre por su propia voluntad y por medio del sufrimiento y que alcanzara la gloria a causa de la muerte que padeció.

¡Oh!, ¿acaso no es muerte saber morir para todo lo que es seducción? ¿No es una muerte continua para todo lo que es concupiscencia a fin de vivir eternamente en el Cielo? Yo empecé a consumar mi Sacrificio para vencer a Satanás y al mundo y la carne –que conseguían vencer desde hacía demasiado tiempo- con el primer acto de voluntad contra las voces de la carne y el mundo y las de su rey tenebroso. He muerto para Mí mismo a fin de vivir. He muerto para mí mismo a fin de hacerlos vivir con mi ejemplo. He muerto en la Cruz para daros la vida.

Dado que había sido destinado a convertirme en vuestro Pontífice misericordioso, debía conocer bien las luchas del hombre según los conocimientos del hombre y debía permanecer fiel ante Dios para enseñaros a que lo fuerais. Debía ser Pontífice misericordioso para no albergar –dado que había sufrido y había sido puesto a prueba- la orgullosa repugnancia y el aislamiento glacial de quienes, mirando a sus hermanos pecadores o débiles, dicen: "Yo soy superior a ellos y me aparto porque no quiero contaminar mi perfección" y no saben que pertenecen a la eterna raza de los fariseos. Debía ser Pontífice experto y misericordioso para tener compasión y estar listo para tender la mano a los débiles, que no siempre saben aplastar el mal como hice Yo; para tendérsela precisamente Yo, el Vencedor del Mal.

Decidme vosotros que os escandalizáis al leer que Yo padecí esa tentación, ¿acaso herí mi Perfección divina y humana porque se me acercó el Tentador? ¿Qué se alteró en Mí? ¿Qué se corrompió? No se alteró nada, ni siquiera el pensamiento más fugaz.

¿Acaso esa tentación no es la más común y, la más secundada por los hombres? ¿Acaso no es la más empleada por Satanás, precisamente porque sabe

que es la que obtiene el consentimiento más fácil? ¿No es esa la puerta -puerta de impureza, de lujuria- por la que Satanás entra muchas veces en los corazones? ¿No es acaso su vía y su arma preferidas para lograr entrar y corromper?

¿Qué otra vía emprendió al principio de los días del hombre para tarar la planta sin taras de la Humanidad? ¿Cómo logró corromper la inocencia de los dos Progenitores? Si la acción de Eva se hubiera limitado a acercarse a la planta prohibida y hasta a escuchar a la Serpiente, mas sin obedecer ni ceder a sus insinuaciones, ¿habría nacido el Pecado? ¿Se habría producido la Condena? No, no se habría producido. Es más, al rechazar las tentaciones satánicas, los Progenitores habrían imitado a los ángeles buenos, a quienes en vano Lucifer tentó a la rebelión, y habrían obtenido un aumento de gracia.

Lo repito: ser tentado no es culpa. La culpa es adherirse a la tentación. Y Eva y Adán no habrían sido castigados por la imprudencia ya expiada a través de la resistencia a la tentación. Dios es un Padre amoroso y paciente. Pero Eva y Adán, no rechazaron la tentación. La lujuria de la mente (es decir, la soberbia), la lujuria del corazón(es decir, la desobediencia), fueron acogidas en su alma hasta entonces no corrompida y la corrompieron despertando en ella impuras fiebres que Satanás agudizó hasta el delirio y el delito. No empleo palabras equivocadas. Digo “delito” y es justo. ¿Acaso al pecar no violentaron su espíritu, hiriéndolo y llagándolo duramente? ¿No es un delito contra el espíritu el que comete el pecador que mata con la culpa mortal o que debilitándolo continuamente con las culpas veniales, hiere el propio espíritu?

Observemos conjuntamente el creciente paroxismo de la culpa y las etapas de la caída y luego comparémoslos con el episodio de mi tentación. Si se lo hace con una visión limpia y un corazón honesto, no se podrá prescindir de la conclusión de que la tentación, indudable elemento del Mal, no es pecado sino mérito en quienes saben padecerla sin ceder a ella. Padecer no significa gozar. Se padece un martirio, no se padece un gozo. La tentación es un padecimiento para los santos, mas la tentación es un gozo pervertido para los que no son santos, o sea, para los que la acogen y obedecen a ella.

Pues bien: Eva, dotada de una ciencia proporcional a su estado –notad bien esto porque es un agravante de la culpa y, por eso, un índice del valor de la prudencia- va hacia el árbol prohibido. Aunque leve, éste es el primer error. Va hacia él con ligereza, es decir, no con la buena intención de recogerse en el centro del Edén para aislarse en la oración. Cuando llega allí, traba conversación con el Desconocido. No la pone en guardia el fenómeno de un animal que habla, mientras todos los demás tenían voz pero no palabras comprensibles para el

hombre. Y es el segundo error. El tercero es que, en su estupor, no invoca a Dios para que le explique el misterio, ni tampoco recuerda o piensa que Dios le ha dicho a sus hijos que éste es el árbol del bien y el mal y que, por eso, debía juzgarse imprudente acoger todo lo proveniente de él sin haberle preguntado antes al Señor cuál era su verdadera índole. Cuarto error: el haber tenido mayor fe y certidumbre en la afirmación de un Desconocido que en los consejos de su Creador. Quinto error: la avidez de conocer lo que sólo Dios conocía y de volverse semejante a Dios. Sexto error: el apetito de los sentidos que quieren deleitarse mirando, palpando, oliendo, comiendo lo que el Desconocido había sugerido coger y gustar. Séptimo error: haberse convertido de tentada en tentadora; haber pasado del servicio de Dios al de Satanás, olvidando las palabras de Dios para repetir a su compañero las de Satanás y persuadirle a robar el derecho de Dios.

El ardor había llegado ya a su máximo grado. La subida al arco fatal había llegado al punto más alto. Allí el pecado se consumó completamente con la adhesión de Adán a las lisonjas de su compañera y se produjo la caída de los dos a lo largo de la otra parte de la curva. Fue una caída veloz, mucho más veloz que la subida, porque estaba sobrecargada por el peso de la culpa consumada, y el peso de la culpa se agravó aún por las consecuencias de la misma, es decir el huir de Dios las excusas no suficientes y exentas de caridad y justicia –y también la sinceridad en la confesión de la falta-, el espíritu de rebelión latente, que impide pedir perdón.

No se esconden por el dolor de estar manchado por la culpa y de aparecer así ante los ojos de Dios, sino porque están desnudos, es decir, porque la malicia ya ha penetrado en ellos y confiere un nuevo aspecto a todas las cosas y les hace ignorantes hasta el punto que ya no llegan a reflexionar que Dios, que les había creado y les había dado toda la Creación, bien sabían que estaban desnudos y ni se había afanado a vestirles ni se había indignado por contemplarles así, porque no había necesidad de cubrir la inocencia ni producía indignación contemplar un cuerpo inocente.

Oíd las respuestas de los dos culpables, que son la precisa señal de la tentación no rechazada y de sus culpables consecuencias: “He oído tu voz y, como estaba denudo tuve miedo y me escondí”, “La mujer que me has dado por compañera me ofreció el fruto y comí de él”. “La serpiente me sedujo y comí de él”[8].

Entre tantas palabras falta la única que debía estar: “Perdón porque he pecado”. Falta, por lo tanto, la caridad hacia Dios. Falta la caridad hacia el

[8] Génesis 3, 9-12.

prójimo. Adán acusa a Eva, Eva acusa a la serpiente. Y, en fin, falta la sinceridad de la confesión. Eva confiesa lo que es innegable. Pero cree poder ocultar a Dios los preliminares del pecado, es decir, su ligereza, su imprudencia, su débil voluntad, que se enfermó inmediatamente después de haber hecho el primero paso hacia la desobediencia de la santa orden que le mandaba no caer en la tentación de coger el fruto prohibido. Para ella, que era sumamente inteligente, esa orden debía haber sido un aviso para hacerle entender que ellos no eran tan fuertes como para colocarse impunemente en la condición de pecar sin llegar a hacerlo. Habrían alcanzado esta condición perfeccionando con la propia voluntad la libertad que Dios les había concedido y habrían llegado a usarla únicamente para el Bien. Por consiguiente, Eva le miente a Dios al callar la razón por la cual comió del fruto, o sea, para hacerse semejante a Dios. He aquí que en el Hombre reside la triple concupiscencia. Todos los rasgos de la amistad con la serpiente son evidentes en la soberbia, en la rebelión, en la mentira, en la lujuria y el egoísmo que han reemplazado las virtudes que existían a antes.

Y ahora comparemos este encuentro de Lucifer con los Progenitores con el encuentro de Lucifer Conmigo, el nuevo Adán que había venido a restaurar el orden violado por el primer Hombre.

También Yo voy a un lugar solitario. Pero, ¿para qué voy? ¿Cuándo voy? ¿Que entiendo hacer? Por medio de la penitencia, preparación indispensable para las obras de Dios, voy a prepararme para mi misión, que estaba a punto de iniciar. Se había acabado la protectora paz de la casa, de la familia, de la ciudad, esa paz que apenas podían alterar los inevitables contrastes de ideas entre Yo y mis parientes, pues Yo era sólo espíritu y ellos sólo humanidad y soñaban para mí gozos humanos. Ahora había llegado la época de la evangelización, los peligros de la exaltación y el odio, los contactos con los pecadores y con todo eso que constituye lo que comúnmente se llama mundo.

Me preparo con la penitencia y la oración. Completo mi preparación con la victoria sobre Satanás. ¡Oh! él advirtió bien que había surgido el Vencedor, al verme impávido ante la impura seducción y fuerte contra el hambre, contra la soberbia y la concupiscencia. Mas Yo quiero que me contempléis bajo el aspecto que juzgáis inconveniente, y que comparéis al puro Jesús con la pura Pareja de los progenitores, en quienes pudo obrar el veneno de la Serpiente porque quisieron recibirla y porque no quisieron padecer el esfuerzo de rechazarla dado que, imprudentemente, se habían acercado a ella. Yo no fui en busca de Satanás. Él vino en mi busca. Y cuando me hubo encontrado, padecí por su cercanía. Era una experiencia necesaria para poder ser vuestro pontífice misericordioso, puesto aprueba como vosotros, que no os desdeña, que es para vosotros un ejemplo.

¡Oh, hombres!, heme aquí; he aquí al Cristo, tentado por ser hombre y no vencido por haber elevado voluntariamente su humanidad a una perfección "poco inferior a la de los ángeles". Los ángeles no tienen cuerpo; por eso, no tienen sentidos; por eso, la impureza no puede dañarles ni turbarles más, o de modo diverso, de lo que me turbó a Mí: con el horror por este pecado de *bruto*

He aquí a Cristo, que no huye vilmente porque le persiguen; que no contrata ni canjea ni discute con el Tentador sobre una cuestión tan baja que ni merece ser discutida. Que el hombre, la criatura más noble de la Tierra, dotada de razón, de espíritu, que tiene conciencia de su fin, no corrompa a sí mismo con el contacto real o metafórico con la Lujuria. Que no contemple. Que no discuta. Que alce los ojos. Que contemple a Dios. Que ame, como hijo de Dios, a Dios y al prójimo. Que invoque a Dios. Que calle con Satanás y consigo mismo en la parte de sí mismo que querría discutir sobre cosas carnales. Que descienda el silencio de los labios y el silencio de la mente sobre los temas que exhalan humos homicidas. No siempre hay silencio donde los labios callan. A veces, bajo ese silencio hablan el corazón la mente, la voluntad con impuros delirios, aunque los labios saben callar y los ojos permanecer bajos o adoptar poses trastornadas, sugeridas para engañar a los hombres, a los hombres que ven lo exterior del hombre, no a Dios, que le ve en su interior y que aborrece toda forma de mentira mental para hacerse creer santos, y toda forma de lujuria mental y de mentira, basada en el cálculo y fuente de cálculos.

¿Por qué Satanás comenzó su Tentación con la Impureza? Porque éste es el pecado más difundido. Está en el mundo por doquier, en todas las clases sociales y, desgraciadamente, en todas las condiciones. Tiene muchos nombres. A veces se envuelve en un manto de legitimidad, pero enfanga los tálamos legítimos como el hecho de las prostitutas y no hago otras consideraciones. Comenzó con la Impureza porque ya la primera vez le sirvió muy bien para introducir la malicia en el corazón del hombre; porque pensaba que solamente con este medio habría podido truncar para siempre el pensamiento de la Redención, corrompiendo al insustituible Redentor y, en fin, porque necesitaba cerciorarse de Yo era el Redentor.

Había intuido que Yo ya estaba en el mundo. Me buscaba. Aparecía en todos los lugares en los que había un elemento de santidad. Pero en todos los casos advertía factores relativos que le causaban incertidumbre. Llevaba muchos años sin lograr desgarrar el velo que envolvía el misterio de mi Madre y el mío. La manifestación del Jordán le había torturado. Mas el terror que Yo le causaba, aún le hacía titubear para poder calmarse. Quería saber quién era Yo, pero al mismo

tiempo, no lo quería. Quería saberlo para hacerse la ilusión de vencerme. No quería saberlo para hacerse la ilusión de que no sería vencido por el Hombre.

Me tentó con la Impureza. Mi firme actitud –muy diferente de la de todo hombre, que huye o se atemoriza o cede o se burla pensando que es fuerte y que luego cae más fácilmente que el que huye- le demostró quién era Yo. Aun persuadido de ello, insiste. En su primera tentación ya están bosquejadas las otras tres, especialmente la última. Mis ojos le dejan helado. Mi silencio le exaspera. Mi tranquilidad le consterna. Advierte que está ante una fuerza que en vano pretenderá doblegar. Advierte que, ante el obsceno fruto que le tiende, el Puro puede experimentar solamente repugnancia.

Entonces intenta una seducción aparentemente lícita; "Di a las piedras que se conviertan en pan". Tener hambre de pan es propio del hombre, no es como la lujuria, el hambre de carne, que es propia del bruto. Y entonces le respondo como hombre, hijo de Dios no por ser el Verbo, sino por ser la semilla de Adán como vosotros. Le respondo para honrar tres veces al Señor. Y Satanás, convencido de que era inútil intentar otras pruebas, no me volvió a ofrecer la lujuria. No lo hicieron así los hombres. Los hombres son más necios que Satanás y me tentaron para poder decir a la multitud: "Él es un pecador". Las páginas de la Obra os demuestran que los hombres no tuvieron jamás mejor suerte que Satanás, *en ninguna ocasión,*

Habiendo sido tentado en todo y por todos, permanecí sin pecado. Como Pontífice eterno, por mi propia voluntad me he conservado inocente, inmaculado, apartado de los pecadores, convertido en ángel al haber abolido los sentidos para servir solamente al espíritu.

¿Podéis decir aún que este episodio es inconveniente? ¿Podéis decir que es hereje? ¿Acaso es hereje Pablo que en su epístola me define "tentado en todo, en todo puesto a prueba, siendo hombre entre los hombres", con carne, sangre, inteligencia, voluntad, como vosotros? ¿Es hereje Pablo que escribe a los Filipenses: "Tened en vosotros los mismos sentimientos de Jesucristo el cual, aun existiendo bajo forma de Dios, no consideró esta igualdad un latrocinio, sino que se aniquiló por sí mismo tomando la condición de siervo y, al hacerse semejante a los hombres, apareció como un simple hombre"[9]? ¿No os parece que en este "aniquilarse" de parte del Hijo de Dios está contenida no sólo la ignominiosa muerte en la cruz, sino también la miseria de ser tratado como hombre por Satanás y por el mundo, que me asaltaron y circundaron de tentaciones en un inexorable asedio que me causó gran padecimiento? ¿No os parece que hay tanta

[9] Filipenses 2, 5-8; Hebreos 4, 15.

belleza y justicia en el hecho de no considerar un latrocinio mi igualdad con Dios mas, aún así, querer ser Hombre, el Hombre que repara, el Hombre que expía, el Hombre que redime, tratado como hombre pero que, por su heroísmo cotidiano, demuestra ser Dios? ¿Qué hay de Mí que no tengáis también vosotros? ¿Qué hice Yo que vosotros no podáis hacer? Hablo de la propia santificación para llegar a ser perfectos como nuestro Padre de los Cielos.

Después de esta lección mía, volver a leer con el corazón puro y la mente sin prejuicio los episodios que impugnáis por inconvenientes y decidme si aún podéis definirlos así.

Para no decir la palabra que, por su belleza, está en segundo lugar entre todas las palabras, o sea, "perdóname" (la primera es "te amo"), vosotros os obstináis en decir: "Pero a Judas le dijiste que en Ti estaban el Bien y el Mal. ¡Eso no es conveniente! Más adelante dijiste: 'la tentación es penetrante. La acción satisface y a veces repugna, mientras la tentación no decae y, como a un árbol podado, le brota un follaje más exuberante'. Esto hace suponer que te hayas turbado, cada vez con más fuerza, por no haber seguido la tentación impura".

¿Es que también vosotros sois como Judas, que no entendía nunca, que no sabía entenderme, que no podía entenderme porque estaba demasiado colmado de su enfermiza condición humana que se reflejaba en todas las cosas? Si sois así, os digo que mudéis vuestro pensamiento y os digo también que tengáis presente a quien Yo hablaba. Le hablaba a un hombre que, por ser un pecador tenaz y premeditado, por ser particularmente lujurioso no podía aceptar con el debido respeto las confidencias de Cristo y darlas por verdaderas.

A Juan podía abrirle mi corazón. El puro entre los discípulos de Cristo sabía creer y entender los secretos del Cristo puro. El otro… era un ser repugnante e incorregible, era un demonio. Callé con él como lo hice con Satanás. Hice con el hijo como con el padre pues, en verdad, Judas quiso como padre a Satanás en vez de a Dios. Al discípulo, enfermo de sensualidad, le hablé luego como a aún podía hablar para que me escuchara y terminé con esta afirmación: "Yo no cedí nunca", reservándome la demostración que se puede vivir como ángeles si así se lo desea. La demostración es lo único que puede lograr que, dado que no pueden llegar a ser buenos, los demonios por lo menos estén en silencio y no sean burlones.

No cedí. Os lo digo a vosotros como se lo dije a Judas. Nadie me impedía hacerlo. El Padre me había concedido el libre albedrío como a todos los nacidos de una mujer. Por eso, Yo habría podido acoger tanto el bien como el mal y seguir lo que quería. Quise seguir el bien. No quise seguir el mal. No, el Hijo del hombre no quiso pecar. Satanás soplaba para mantener encendidos sus fuegos a mi

alrededor en el corazón del que me circundaba de odio o de amor malsano y suscitarme de acciones humanas. Padecí todo tipo de tentaciones. Mi voluntad dominó siempre, mi pureza apagó la libido encendida para tentarme.

No sólo mi Pureza desarrolla esta acción a su alrededor y oculta, además esos detalles que son crudos y excitantes únicamente para quienes se alimentan, mental o materialmente, de cosas impuras. Para los demás no es así. He dicho "todo es puro para los puros". Es la expresión de la divina sabiduría. En los puros es puro el pensamiento, puro el corazón, puros los ojos, pura la carne, porque ellos permanecen fijos en la visión de Dios.

Cuanto más crece el hombre en perfección, tanto más le asaltan las fuerzas exteriores del mal, que son Satanás, el mundo, los hombres. Mas en el hombre pleno de Dios, saturado de pureza, que llevado por la voluntad de perfección, se ha hecho poco inferior a los ángeles, esos embates no significan muerte sino vida, no son humillación sino gloria, no hay santo que no haya sufrido tentaciones, no hay en el Cielo uno coronado cuya corona no haya sido entretejida con las perlas y los rubíes de su llanto y su dolor, que a veces le ha martirizado hasta hacerle sangrar, debidos a las afrentas de Satanás y sus aliados.

Los mártires no son solamente los que cayeron en las arenas o en los tribunales de los perseguidores. "La gran tribulación" a la que se refiere Juan también es esta y la estola de los bienaventurados se purificó con la Sangre del Cordero, pero también en la hoguera y en la tortura de la voluntad plena de amor y de la tentación colma de odio.

No quise ser diferente de vosotros ni quise que vosotros no pudierais venir a donde Yo estoy. Quise ser como vosotros; os quise como Yo: tentados y vencedores para ser "dioses" en el reino de Dios. Siendo verdadero Dios y verdadero Hombre, manifesté la Potencia de Dios y la capacidad del hombre de convertirse en "dios" según la palabra del salmo y de Pablo.

Os he respondido con las palabras de mis apóstoles unidas a las mías, porque tenéis dificultad en aceptar como santas las palabras que os transmite el pequeño Juan. En cambio no podéis tener dificultad en aceptar estas palabras de mis apóstoles, no pueden haceros surgir dudas acerca de su autoridad sobrenatural. Las leéis en el altar, las comentáis desde el púlpito, las enseñáis en la cátedra. Por consiguiente las consideráis palabras que encierran la verdad.

Y dichas palabras no sufragan vuestra tesis, sino la mía, es decir que: dado que Yo era el Hombre, era natural que fuese tentado; que la tentación no es impropia respecto a Cristo; que Cristo, tras ella no se muestra abatido sino aun más glorificado, porque el pontífice que debía tener compasión de los débiles y los

desviados, al haber sido probado como ellos y como ellos rodeado de flaquezas, supo conservarse santo, inocente, inmaculado, apartado de los pescadores en lo que se refiere a imitarles en el mal, mas siendo un hermano misericordiosos para decirles a todos: "Venid a Mí vosotros, los cansados y apenados, y Yo os consolaré".

Termino con las palabras que, tres años atrás le dije al pequeño Juan: "No penséis más en la más baja de las acciones de Satanás hacia Cristo, dado que tenéis mil selectas acciones de Cristo para meditar e imitar en la Obra">>.

28 de febrero de 1947

En cuanto al número de los Santos Inocentes que perecieron en la matanza ordenada por Herodes, dice Jesús:

<<Su número es 320, entre los de Belén y los que vivían en el campo. Y aclaro aún más: de ellos, 188 eran de Belén y 132 vivían en esos campos que los mensajeros de Herodes recorrieron por una basta extensión para exterminar a los niños. Los sicarios mataban en medio de la oscuridad, la confusión y la prisa por terminar pronto, antes de que interviniera algo que pusiera fin a la matanza y, por eso, no se dieron cuenta de que, entre los asesinados había también 64, que eran niñas y no niños>>

16 de marzo de 1947

Dulzuras y promesas de Jesús bendito.

Anoto hoy lo que constituye mi júbilo desde hace ya tres días.

La noche entre el 12 y el 13, mientras la polineuritis me hacía padecer tanto que hasta me agitaba el corazón, se me presentó Jesús con su Santísimo Corazón al descubierto en medio del pecho y completamente rodeado de trepidantes llamas más luminosas que el oro. Me dijo: "Ven y bebe" y, acercándose a mi lecho de modo que yo pudiera apoyar la cabeza en su pecho, me atrajo a Sí, me apretó la boca contra la herida de su Corazón, oprimió con su mano el Corazón para que la Sangre brotara copiosamente. Entonces yo, con la boca apretada contra los bordes de la herida divina, bebí. Me parecía ser un lactante prendido al seno materno.

Mientras me preparaba a beber pensaba que iba a sentir el sabor de la Sangre como aquella vez que Jesús me hizo beber de un cáliz colmo de su Sangre[1].

[1] Véase el texto del 29-30 de marzo de 1945.

Todavía recuerdo ese sabor, ese líquido algo denso y viscoso, ese olor característico de la sangre viva. Pero en cambio, desde que el primer sorbo descendió por mi garganta, sentí una dulzura, una fragancia como ninguna miel ni azúcar ni ninguna otra cosa dulce y aromatizada puede tener. Era dulce, fragante, más dulce que la leche materna, más embriagador que el vino, más aromático que un bálsamo. ¡No encuentro palabras para expresar qué producía en mí esa Sangre.

¿Y las llamas?: al acercarme tenía un poco de miedo de ese fuego. Aún distante, sentía el calor vivo de esas llamas trepidantes y cuanto más Jesús me atraía a Sí, tanto más me parecía acercarme a un horno incandescente. Tengo miedo del fuego, no soporto ni el más leve calor. Mas cuando mi cabeza se estrechó contra el Corazón divino y, por eso; quedé envuelta por las llamas cantarinas (porque, al trepidar, producían una especie de notas muy melodiosas, que en nada se parecían al barboteo y el silbido de la leña del hogar ni al bramido del incendio al propagarse), sentí que las lenguas de fuego me acariciaban las mejillas y el cabello, se insinuaban en ellos como una brisa de abril leve y fresca, como un rayo de sol en una mañana abrileña resplandeciente de rocío. Sí, era así precisamente. Y mientras envuelta en las llamas del Corazón divino, saboreaba estas suaves sensaciones, pensaba (esto es lo lindo de mi éxtasis: me permite reflexionar, analizar, pensar en lo que voy sintiendo y recordarlo después; no sé si a los otros seres capaces de experimentar un éxtasis les sucede lo mismo). Pensaba, pues, que debían ser así las llamas en medio de las cuales paseaban cantando los tres jovencitos de que habla Daniel: "Hizo del interior del horno un lugar donde soplaba una brisa plena de rocío"[2]. ¡Sí, era justo así! ¡Era la brisa fragante de la mañana en la tenue luz del primer sol!

Y Jesús tras haberme tenido largo rato sobre su Corazón, contra su Corazón, para que bebiera, me separó de allí tomándome la cabeza entre las manos y manteniéndola alzada hacia Él, que se inclinaba sobre mí, de modo que, aunque ya no bebía de su Corazón ni estaba envuelta por las llamas ardientes, bebía su aliento y sus palabras y estaba envuelta en el fuego de su mirada. Entonces, Jesús me dijo: <<Pues bien, todos los fuegos, aun purgativos, se diferencian del mío en esto: mi fuego es fuego de perfectísima caridad y no hace mal ni siquiera para hacer el bien. Este es el fuego que conservo para ti, solamente éste. Tal es para ti mi amor: un fuego que conforta y no quema, luz, armonía, suave caricia. Tal es para ti mi Sangre: dulzura y fuerza. Y para compensarte de los hombres, hago esto por ti: exprimo mi Sangre como hace una madre con la leche para su hijito. ¡Te amo de este modo, hija mía!>>.

[2] Daniel 3, 50.

Desde entonces estas palabras y esta visión se repiten todos los días y Jesús añade siempre estas palabras:

<<Así nos amaremos en el porvenir. Esto es lo que te daré como premio por tu fiel servicio. Hasta que vivas en la Tierra, éste será tu futuro. Luego será la unión perfecta>>.

Esta mañana también el Padre Mariano, que había venido a darme la Santa Comunión, se ha dado cuenta de que yo estaba más lejos de la Tierra de lo que de ella está el sol. ¡Estaba en Jesús, bebía su Sangre y me regocijaba en el fuego de su amor!…

También hace unos días, precisamente el 14 de marzo, día en que cumplí 50 años, después de haber tenido una visión en la que Jesús iba hacia Jerusalén cantando los salmos, como hacen los peregrinos de Israel, yo estaba diciéndome: "¡Cómo me van a faltar estos cantos después, cuando haya terminado el Evangelio! ¡Qué nostalgia tendré del canto perfecto de Jesús y de sus miradas cuando habla a las multitudes o a sus amigos!". Entonces Él se me apareció y me dijo:

<<¿Por qué dices eso? ¿Puedes pensar que te privaré de esto porque has terminado tu tarea? Yo vendré siempre. Y vendré *sólo para ti*. Entonces será aún más dulce, porque seré todo para ti. Mi pequeño Juan, mi fiel portavoz, no te quitaré nada de lo que has merecido, es decir, verme y oírme, Mejor aún, te elevaré todavía más, a las puras esferas de la pura contemplación, envuelta en los velos místicos que serán como un cortinaje para nuestros amores. *Serás solamente María*. Ahora tenías qué ser también Marta porque debías trabajar activamente por ser el portavoz. De ahora en adelante sólo contemplarás. Y todo será hermoso. Sé feliz, muy feliz. Te amo mucho. Y tú me amas mucho. ¡Son nuestros dos amores!… ¡El Cielo ya te acoge! ¡Oh, mi palomita escondida! Ya llega la bella estación. Y Yo vendré a ti en medio del intenso perfume de las viñas y los manzanares *y en mi amor te haré perder el recuerdo del mundo*…[3]>>.

¡Oh, no se puede expresar lo que es esto!

<<Yo vendré siempre. Y vendré sólo para ti. Y será aún más dulce porque seré todo para ti… No te quitaré nada de lo que te has merecido, es decir, verme y oírme. Te elevaré aún más…Hasta ahora tenías que ser también Marta porque debías trabajar activamente por ser el portavoz. De ahora en adelante sólo

[3] Estas expresiones, enriquecidas con imágenes bíblicas (Cantar de los Cantares 2, 10-17) y evidenciadas con subrayados en el texto autógrafo (representadas por nosotros con bastardilla), producen una intensa impresión si se recuerda que María Valtorta vivió los últimos años de existencia terrenal en un progresivo estado de dulce apatía y de misterioso aislamiento psíquico. Alusiones semejantes se encuentran en "Los cuadernos. 1944" y, sobre todo, al final del dictado del 12 de septiembre.

contemplarás…Y Yo vendré a ti… y en mi amor te haré perder el recuerdo del mundo>>.

De las palabras que me dijo Jesús el 14 de marzo de 1947.

1° de abril de 1947

Martes de la Semana Santa- 14 aniversario de mi crucifixión.

Dice Jesús:

<<Antes del gran silencio del Viernes Santo, así como a los Apóstoles, el Verbo quiere hablar a las almas que ama para darles los consejos del amor. Me muestro ante vosotros ya atado y con los miembros doloridos. Mas el amor no sabe de cadenas y el Amor por vosotros es fuerte y sano.

Jesús siente siempre el deseo de hablar a sus predilectos. Tengo el ardiente deseo de expresarme por medio de la palabra a las almas que, semejantes a flores se yerguen en la noche hacia las estrellas con la corola abierta para beber el rocío que cae del cielo y reconforta tras el bochorno del día y que se vuelven ansiosas hacia Oriente para acoger la luz de la aurora como consuelo por las tinieblas nocturnas.

El Oriente: Yo.

El día: el mundo que inflama y agota.

El rocío: la Sabiduría que os habla.

Las tinieblas nocturnas: una vez más el mundo con sus intereses y egoísmos, el mundo que penetra por doquier y ofusca con las densas nieblas del humeante *yo* también en los lugares en que debería existir sólo el aire luminoso de la caridad.

La aurora: Yo, la Luz gozosa que vengo a quien quiere recibirme.

Y Yo os digo: "Sed buenos, sed mis imitadores en vuestra 'pequeña' pasión, ¡tan 'pequeña' respecto a la mía!

Tened una caridad que se difunda humilde y generosamente también para los culpables, como la tuve Yo en la última Cena.

Tened una unión *total* con la Voluntad de Dios, como la tuve Yo en el Getsemaní. No llegaréis jamás al sudor sanguíneo, porque lo que el Cielo pide a las criaturas *es una nada* comparado con el todo que el Cielo me pidió a Mí.

Tened un saludo amistoso también para el Judas que está en todo sitio en que hay un maestro y discípulos.

Tened el heroísmo del silencio en las ofensas y de la palabra en el momento debido para servir a la Verdad y glorificar a Dios, así como lo tuve Yo en las aulas del Sanedrín y del Pretorio y en las infames salas del palacio de Herodes.

Tened el solícito apremio de someteros a los tormentos, de cargar con vuestro dolor, como lo tuve Yo, sometiéndome a las flagelaciones y abrazando la Cruz.

Tened constancia en la subida aunque os pese la cruz y no os desaniméis si la debilidad os hace caer. Os recuerdo que Yo caí más cuanto más cerca estaba de la meta, para simbolizar que Satanás pone obstáculos más grandes cuanto más el alma se acerca al ara del sacrificio que la convierte en hostia semejante a Mí y continuadora de Mí. Levantaos y proseguid. Dios sabe distinguir una caída de la otra y, por eso, es un Padre que levanta a los que caen, no por malicia, sino por voluntaria debilidad de criaturas y por los obstáculos de Satanás.

Tened un desapego absoluto, una absoluta privación aun de las cosas más lícitas, para cumplir con la extrema voluntad de Dios, así como la tuve Yo, que me separé de la Madre, me despojé de mis vestidos y renuncié a la vida.

Y, en fin, perdonad. Perdonad a quienes piensan de un modo diverso del vuestro y quieren lo que vosotros no queréis, así como Yo perdoné a los jefes del Sanedrín, que quisieron mi muerte para reinar sólo ellos. Pensad que se castigan a sí mismos al querer lo que no les hará felices y que necesitan vuestro perdón para tener un consuelo cuando comprendan su error.

No pongáis límites a estas palabras mías. Sirven para todos los tiempos y para todas las circunstancias porque siempre, donde hay un maestro y unos discípulos, hay un pequeño Cristo rodeado de discípulos y atacado por el mundo.

Quedaos en mi paz, ahora y siempre. Y que sobre vosotros se pose la bendición de mis Manos traspasadas>>.

2 de abril de 1947

Con respecto a la frase “el alma que es una partícula de Dios” (9-5-1945) y que el Padre Migliorini quería corregir poniendo que *es casi* una partícula, etc., dice Jesús:

<<En el Génesis está escrito: “…e insufló en su rostro el soplo de la vida”[1], Dios-Vida insufló *su soplo* en el hombre. Por lo tanto, le dio *una partícula* de su Infinito, de su Amor, en fin, de Sí mismo.

[1] Génesis 2, 7.

Con su voluntad creativa, Dios os da el alma, la parte eternamente vital que está en vosotros y que constituye la espiritual imagen y semejanza que el hombre tiene con Dios, su Padre y Creador. Es Creador porque os ha creado. Es Padre porque, del mismo modo que un padre terrenal comunica a los hijos la semejanza física y psíquica con sí mismo junto con la sangre de la misma cepa que la suya, el Eterno Padre os comunica imagen y semejanza espiritual con Él junto con la Vida que se difunde de Él y que, por su deseo, tendría que gozar eternamente de Él en los Cielos, tras la prueba terrenal. Como verdadero Padre, el Padre os da la Vida, porque es padre el que da vida; os la da como Padre eterno, porque es eterno El que os da vida.

Algunos confunden el ser creados por Dios con el ser Dios y dicen que todo lo que existe es Dios y que, por lo tanto, el hombre tiene la misma índole y esencia de Dios y que hasta las demás creaciones de Dios que vemos son Dios. No puede existir un mayor error de soberbia.

El hombre no es de la misma índole y esencia de Dios y menos aún lo son las demás cosas creadas. Dios es creador. El hombre es el que fue creado por Dios. Si el hombre fuera Dios, no habría tenido necesidad de ser creado, pues Dios es el no creado. Si el hombre fuera una sola cosa con Dios, la Tierra sería ya Cielo, pues los hombres, que son la parte, gozarían ya del Todo, es decir, tendrían ya ese gozo que es el fin último del hombre y al que el hombre llega después de las luchas y las heroicas perseverancias sostenidas y practicadas durante su jornada de exilio terrenal. Si todo lo que existe fuera Dios, ¿cómo se explicaría el exilio del hombre en la Tierra? El hombre ya entonces estaría en Dios, es decir, ya no estaría en el exilio. Si fuera Dios, ¿cómo habría de pecar? Si fuera Dios, ¿cómo podría nacer con la Culpa original? Si fuera Dios, que existe desde siempre y que no fue creado por nadie ni por cosa alguna, ¿cómo podría originarse por medio de una concepción?

Como ves, alma mía, la doctrina hereje que afirma que todo es Dios destruye muchas verdades de la historia de Dios y de la historia del mundo. Destruye las relaciones de regia y divina paternidad y de sujeción filial. Destruye el reverencial temor de Dios. Infla al hombre de obscena soberbia porque le hace alzar la frente arrogante profiriendo el mismo grito de Satanás: "¡Yo soy Tú!". ¿Quién es como Dios? Al grito satánico se contrapone el grito angélico de Miguel: "¿Quién es como Dios?". Y los hijos de Dios responden: "Nadie es semejante a Dios. ¡Tú solo eres Santo! ¡Tú solo eres Señor! ¡Tú solo eres el Altísimo!".

Es el himno de aquellos en los cuales "la parte, o espíritu de Dios" –como le han definido los mayores teólogos- está viva realmente porque vive en el amor,

implantada en Jesucristo. Es el himno de quienes hacen y saben hacer que la primera creación del alma –la insuflación del soplo de Dios en un polvo que se convierte en carne y que volverá a ser polvo, para luego reconstruirse en carne en la resurrección final y en el juicio final- sea seguida por la recreación por medio de la "vida", es decir, de la Gracia, restituida por el Bautismo y mantenida por los Sacramentos y los demás dones paternos y divinos, y por la supercreación por medio de la voluntad heroica que les supercrea como verdaderamente semejantes a Dios, como espejos eternos que reflejan la Perfección eterna y que iluminan con sus esplendores los ya esplendentes Cielos, que constituyen el Trono del Inmenso, Potente y Santo Dios *Único*, Uno y Trino.

Se dice justamente: "Vosotros sois dioses e hijos del Altísimo"[2]. Mas, mientras sois hijos por la "partícula" que Dios infundió en vosotros, en cambio tenéis que volveros dioses con el esfuerzo constante en toda la vida terrena. Si ya fuerais dioses, no tendríais qué esforzaros por llegar a serlo. El Amor os llama a divinizaros por medio del amor, mas no nacéis ya dioses y no sois dioses porque Uno Solo es Dios. El alma es espiritual, la "parte" que Dios infundió en vosotros, es la que os da aspiraciones y el modo de convertiros en reyes del Reino de Dios e hijos del Altísimo por la eternidad: éste es vuestro premio, vuestra riqueza, vuestro júbilo eterno e inconmensurable.

Por otra parte, los que quieren turbarte porque está escrito que "el alma es una partícula de Dios", deben tener en cuenta que esto ha sido dicho por los Santos Padres y por mentes electas de todas las épocas católicas y que negar el conocimiento de ciertas cosas con el fin de turbar un alma significa cometer pecado doble.

Además, deben tener en cuenta a quienes Yo hablaba: Yo hablaba a los Gentiles, con quienes es necesario emplear un método de enseñanza que atrajera su imaginación y su deseo de ascender al Olimpo, donde habían sido colocados tantos personajes de su tiempo, transformados en dioses por la idolatría de la gente hacia criaturas que por uno u otro motivo eran seres fuera de lo común. Naturalmente, este método servía para atraerles, a través de sus aspiraciones humanas, hacia los senderos donde ya resplandece Dios como un sol lejano que, dado su dulce y majestuoso esplendor divino, invita a alcanzarlo. Eran criaturas paganas que ignoraban la existencia del alma y que sólo habrían comprendido la importancia del alma, su dignidad y el deber de tutelar la "vida" de la misma, sólo haciéndoles comprender bien que el alma tiene un valor excelso porque su origen está en Dios, que la crea.

[2] Salmo 82, 6; Juan 10, 34.

¡No era fácil seducir para el Bien esas mentes incrustadas por las tenaces escamas de las concepciones paganas! ¡El apostolado era difícil en ese entonces! Tanto Yo como los primeros en evangelizar, tuvimos que abrir la mente del mismo modo que la sutil y tenaz reja del arado abre los terrones, endurecidos por siglos de errores, enredados por resistentes raíces, afirmados en su pensamiento religioso por el amor de la patria, que creían en peligro si se tumbaban los altares de los ídolos y si se reemplazaban las creencias y ceremonias paganas por las verdades cristianas. Los griegos, los romanos, los galos e íberos y cimbros (pero especialmente los dos primeros), mentes más refinadas que los negros africanos o los salvajes patagónicos y polinesios, representaron una dura conquista para los obreros de Dios. Y las historias de la Iglesia documentan con qué arte y con qué dolor tuvieron qué engalanarse los primeros sacerdotes cristianos a fin de convertir el mundo pagano en mundo cristiano. Caridad perfecta, paciencia perfecta, heroísmo perfecto, perfección en todas las virtudes: he aquí cómo fue conquistado para Dios el mundo pagano.

Ahora habría qué volver a empezar. Mas si el mundo es de nuevo un duro terrón que el error vuelve estéril, si está enredado en las raíces del mal, si está consolidado por el odio, ahora son demasiado pocas las rejas de arado benévolas, sutiles, tenaces, perseverantes que, aun a costa del sacrificio total, vuelven a abrir el terrón, lo librarán de las raíces malsanas y siembran en él el amor.

Si quisiéramos agregar un “casi”, en verdad nos acercaríamos más al concepto hereje de que todo es Dios, porque la deidad (en este caso no se trata de divinidad, pues un dios que el pensamiento concibe como hecho de todo lo que existe, no es Dios sino una deidad pagana) parece estar compuesta por estas partículas. No es así. No son las partículas las que forman a Dios. Es Dios quien infunde su espíritu –es decir, una parte de Sí- para formar al hombre, que es una criatura compuesta por una sustancia espiritual y una corporal. Por lo tanto, que se deje todo como lo he dictado, porque es exacto. Y todo el que tenga un recto espíritu religioso, comprenderá que es exacto.

Y tú, quédate en paz. Dicto Yo. Y Yo no conozco el error porque soy la infinita y luminosa Sabiduría>>.

Nota mía:

Esta “acotación” se debe a la insistencia y a las afirmaciones del Padre Migliorini, que dice que la frase “el alma que es una partícula de Dios” es una frase herética y que, por lo tanto, debe ser corregida agregando “casi”. El Padre

Migliorini insiste y prevé una condena eclesiástica si no accedo a agregar la palabra “casi”.

No sé qué es ese “Significado panteístico” que encierra la frase según el Padre Migliorini. Si recuerdo bien las explicaciones que me dieron en la escuela, me parece que panteísmo y religión panteística se refiere a ese modo de creer y de pensar según el cual ven y adoran al dios en el que creen también en las plantas, en las bestias, en los astros, en la naturaleza, etc., etc. Pero podría equivocarme, porque hace 34 años que dejé de ir a la escuela.

Naturalmente, si es esto lo que quiere decir sentido panteístico, no sé cómo el Padre Migliorini pueda dar esa interpretación a la frase: “el alma, que es una partícula de Dios” (el alma y no todo el hombre), que es una frase incluida en una visión acompañada por un largo dictado del cual se desprenden de modo muy claro las relaciones entre Dios y el alma y las diferencias entre la Naturaleza de Dios y la nuestra de hombres. En mi pobre mente juzgo que todo lo Creado –y el hombre más que todo lo demás- nos habla de Dios, pero también creo que, entre la gente civilizada, sólo un loco puede adorar a Dios en la planta, en el pájaro, en la estrella lejana, y adorar estas cosas como si fueran Dios.

Estoy de acuerdo con el viejo Metrastasio: admiro las obras de Dios en todo lo creado, pero veo y adoro a Dios sólo en su divina y celestial Naturaleza y Esencia.

6 de abril de 1947

Pascuas de Resurrección.

Jesús me dice:

<<Estemos juntos, Hostia con hostia en una comunión de amor y de dolor por las necesidades del mundo>>.

7 de abril de 1947

Lunes después de Pascuas.

Jesús me dice:

<<No debes sorprenderte por esto. Ya te lo había dicho antes desde el verano de tu exilio en S. Andrea[1]

[1] S. Andrea di Compito. Véase el texto del 24 de abril en “Los cuadernos. 1944”.

Cuando nace un rosal en un desierto árido (donde en lugar de flores con un dulce y sano néctar hay plantas tóxicas y sin flores) y se cubre de corolas que embalsaman el aire, las abejas salvajes, que viven en las rocas o en las hendiduras de los árboles muertos, van hacia esas rosas porque el viento les dice que en el lugar en que no habían sido raras las hierbas amargas, venenosas, han nacido esas rosas, abundantes en fragantes néctares. Entonces, las abejas van jubilosas a ellas porque pueden recoger la dulce miel sin tener que ir a buscarla lejos, muy lejos.

Así pasa con las almas. Cuando en un lugar florece un alma que es mía y que emana la fragancia de Mí, llegan las pobres almas que tienen tanta necesidad de dulzura, de luz, de consuelo, de alimento. Y el alma que tiene fragancias de Mí, debe hacer como el rosal nacido en el desierto: debe dejar que chupen su suave corazón, debe dar lo que el Creador le ha dado.

María: soy Yo quien vive en vosotras, ¡oh, mis almas queridas, víctimas y servidoras del amor! También lo que dais soy Yo, porque os habéis dado a Mí tan completamente que ya no existís más por vosotras mismas, sino porque Yo existo. Existíais hasta el momento en que habéis tenido voluntad de ser mías por completo. Luego nos hemos fundido. Y el más grande, que soy Yo, ha absorbido al pequeño, o sea, vosotras. Vuestra es solamente la apariencia exterior, lo demás soy Yo que vivo en vosotras. Las almas sienten mi perfume y vienen. Las almas entrevén mi luz y vienen. Sois ánforas que exudan el perfume que las colma. Sois velos que envolvéis la luz más no la ocultáis. Esas almas os hablan para hablarme a Mí. Dejadlas venir.

Cuando en algún lugar creo para Mí una pequeña iglesia viviente y estoy en ella en el tabernáculo del corazón para consolar y persuadir de que Yo existo y soy un amigo piadoso, misericordioso, paciente, la pequeña iglesia viviente donde reposa Jesús debe sentirse contenta porque las almas vienen para acercarse a Jesús.

Dirás: "¿Pero entonces tiene que ver a la gente?". No, alma mía; y ahora menos que nunca debes hacerlo. Solo debes acoger todas las palabras de los hermanos. Debes ser, siempre, portavoz de mi voz hacia ellos, de la voz de ellos hacia Mí.

Debes saber distinguir. Y puedes hacerlo porque la Luz está en ti. Debes saber distinguir a los necesitados de los curiosos. A éstos déjales fuera, completamente fuera. Encierra como la valva de una ostra perlífera la perla que está en ti, para que la vana curiosidad, a veces malvada, otras dañina y siempre inútil, no entre donde estoy Yo, o sea, en ti y en tu casa. Que se queden afuera con sus encuestas,

con sus pretextos, con sus cartas exentas de sinceridad. Y no abras tu casa, abre tu corazón para acoger a los necesitados.

Ya te lo dije ayer, antes de que llegase ese grito del alma: "Estemos juntos, en una comunión de amor y de dolor por las necesidades del mundo". Y no te sorprendas, no te molestes, no te envanezcas. Son tres cosas inútiles y la última también es dañina. Es natural que tu perfume atraiga. Confíame las súplicas que te dirigen. No te envanezcas, porque esas súplicas no te llegan por tus propias virtudes, sino que Yo vivo en ti. Por lo tanto, solamente Yo reino.

Quédate en paz, siempre en paz. En todas las cosas puedes ver cómo te amo. Cuando solamente Yo y tú queremos algo, eso se hace realidad. Cuando no se hace realidad, es porque los hombres y Satanás lo obstaculizan. Mas Dios no tiene prisa- Y por eso, el obstáculo, el retraso provocado por el obstáculo, sirve para hacer resplandecer aún con más belleza las maravillas de mi Obra y de mis intervenciones en ti, ¡oh mi cordera que se deja guiar, esquilar, inmolar por su Jesús, sin oponer resistencia alguna; oh, tú, la ovejita más dócil del Pastor!

¡Bienaventurados los dóciles, los obedientes, los generosos, los que se abandonan al Señor por la salvación del mundo! ¡Bienaventurada seas tú, alma mía!>>.

8 de abril de 1947

Mi Señor me dice que anote aquí lo que sigue:

Mi vecino el joven Giulio Pierotti, prisionero de guerra vuelto hace pocos meses, afectado de carcinoma intestinal, diagnosticado mal y demasiado tarde, en una extrema tentativa fue operado el 18 de febrero de 1947. Pero, dado que el tumor se había difundido bastamente y no podía ser extirpado, se le suturó la herida dejando que el carcinoma siguiera cumpliendo su obra…

La mañana en la que lo operaron, el joven y su madre se confiaron a mis plegarias y yo recé ardientemente. Entonces (a las 7 de la mañana del 18-2), Jesús me respondió: <<No me recomiendes su cuerpo. Recomiéndame y recomiéndales su espíritu>>.

Comprendí entonces, ya antes de saber el resultado de esa inútil operación –cumplida más para diagnosticar que para sanar- que no iba a tener ni siquiera una mejoría temporal y entonces le respondí al Señor: <<Que se haga tu voluntad. Pero si tu voluntad es que el joven muera, envíame una señal de que mis plegarías le obtendrán la vida eterna>>.

El Señor me dijo: <<¿Qué señal quieres, alma mía?>>.

<<Que si muere en tu gracia y entra en tu Reino, que suceda para San José o, mejor aún (porque así yo iba a estar segura que alcanzaría su paz), para el Viernes Santo entre la hora sexta y la nona>>.

Parecía que el joven iba a morirse pocos días después de la operación, en el mismo mes de febrero. En cambio vivió hasta el Viernes Santo, aunque siempre permaneció grave, sumamente grave, roído por el cáncer, lleno de llagas, todo él reducido a un cadáver menos en cuanto a la inteligencia, resignado a su sufrimiento, nutrido a menudo por la Eucaristía. A mediodía entró en una agonía consciente. Y a las 15 menos diez minutos expiró dulcemente. Hasta pocos minutos antes había hablado y había saludado a las monjas del hospital, que dejaba para expiar en su casa… donde expiró, en efecto, tan pronto como llegó…

A diferencia de lo que sucede generalmente en semejantes enfermedades penosas, su rostro reflejaba una paz sorprendente; su cuerpo, que desde hace más de un mes estaba todo llagado, no emanó hedor ni pus en las 27 horas que permaneció en el lecho fúnebre y su rostro no se manchó absolutamente. Todos los que le habían asistido y que conocían su ruina física y su sufrimiento quedaron asombrados de ese aspecto de paz y de la ausencia de todo síntoma de descomposición.

Esto lo aclaro en favor de la verdad. En cuanto a mí misma, estoy en paz por lo que a él se refiere, porque recibí la señal que el joven Giulio Pierotti, tras una vida atormentada siempre por causas familiares y bélicas (7 años entre guerra y prisión) está ahora en el júbilo de Dios, porque murió en su gracia.

10 de abril de 1947

Respondiendo a una reflexión mía, Jesús me dice:

<<Sí, Yo te he dado el libro vivo y el conocimiento perfecto de Mí y de mi tiempo. No tienes más que mirar en ti misma para encontrar en las páginas de la memoria las inmutables verdades de mi vida, de la vida de mi Madre y de la de los primeros cristianos. Tienes un mundo que contemplar e imitar: mi mundo de justos; tienes una rosaleda de virtudes que reflejar en ti: mi Madre y, sobre todo, tienes lo que es vida: el conocimiento del Verbo encarnado, supremo Doctor cuya doctrina lo es todo. Quédate en paz. Ni la pobreza, ni las persecuciones, ni la ceguera física podrían robarte el Evangelio que vive de modo indeleble en tu memoria>>.

18 de abril de 1947

Mientras espero al Padre, que debe traerme la Santa Comunión, me pongo a pensar acerca de ella. Pienso en el modo tan simple que eligió Jesús para donarse: un trozo de pan que pocas palabras convierten en el Cuerpo de Jesucristo. Y pienso en lo que sentiría yo si fuera sacerdote al sustituirme a Jesús para decir estas palabras y mudar el pan en el Cuerpo divino; llamar a Dios, al Dios encarnado, hacerle descender allí del Cielo con la Carne, la Sangre, el Alma y la Divinidad y hacerlo no una vez cada tanto sino todos los días… y tocar a este manso Jesús Eucaristía que se abandona en las manos del sacerdote como en las de José y María cuando era un Recién Nacido. ¡El corazón se me quebraría de amor! Y mi cuerpo, mi pensamiento, mi espíritu, querrían ser más puros que un lirio apenas brotado para poder tocar al Señor sin ser indignos. Y pienso en su condescendencia a posarse en una lengua, en una boca, no siempre limpias ni perfumadas, a descender en un estómago que, a veces, todavía está ocupado por alimentos mal digeridos. Muchísimas veces vi que Jesús posaba su mano sobre los leprosos y sobre horrendas llagas. Y eso ya era mucho. Pero en este caso no se detiene por un instante: aquí desciende y se confunde con nuestros hedores y nuestras regurgitaciones. Precipito en abismos de humildad ante la humildad de Jesús Dios; en abismos de amor reconocido ante el amor generoso de Jesús-Eucaristía.

Luego me surgieron un pensamiento y una pregunta para mi Señor presente: "Si el hombre no hubiera pecado y tanto él como sus descendientes, que heredaron la culpa, hubieran permanecido inocentes, ¿habría existido la eucaristía, o mejor, la Comunión entre Dios y el hombre, de modo tan íntimo y real como la recibimos nosotros, los pecadores?".

Resplandeciente de amor, Jesús me responde:

<<¡Habría sido más aún! No habríais tenido la comunión particular del Verbo encarnado a sus fieles, sino *la comunión total con la Santísima Trinidad,* porque Yo, al descender como Hostia en vosotros, llevo conmigo el trino e inseparable Amor, *mas os nutro particularmente de Mí*. He dicho: "He aquí mi Cuerpo. He aquí mi Sangre" y la Iglesia dice: "He aquí el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Que te guarde para la vida eterna". Mas si hubierais permanecido inocentes, habríais tenido la Comunión con Dios sin necesidad de trozos de pan. La materia se hizo prepotente en vuestra condición humana después del Pecado de Adán. Antes reinaba la espiritualidad. Y la espiritualidad no tiene necesidad de sustancias materiales para entender que *recibe y posee* un objeto que, en este caso, es Dios.

Si el hombre hubiera permanecido inocente, siendo ya justo por un don gratuito de Dios, habría evolucionado cada vez más hacia la perfección, *porque toda santidad,* excepto la divina, *es susceptible de perfección.* La escalinata que lleva de la perfección relativa, indispensable para poseer un día el reino de los Cielos, a la perfección que es inferior solamente a Dios, es altísima. Tienes que considerar, alma mía, la gran diferencia perfectiva que existe entre la que un alma alcanza después de haberse purgado en el Purgatorio por años o por siglos de las imperfecciones que no eliminó en su día terrenal y la que un alma logra en el tiempo mortal, que a veces es sumamente breve. Además, en este caso no lo logra a través de un medio creado por Dios: el Purgatorio –ese piadoso laboratorio donde las almas imperfectas se vuelven como deben ser los habitantes de la Ciudad celeste, donde no puede entrar nada feo o impuro- sino por la heroica voluntad propia.

También los hombres inocentes habrían podido obrar para alcanzar con la propia voluntad una altísima perfección. La raza humana habría evolucionado hacia una espiritualidad cada vez mayor. Ya *poseía la beatitud de saber conocer y amar a Dios, pues con Él mantenía familiares contactos como los de un Padre con hijos muy queridos para Él.* Así lo testimonian los siguientes puntos: "Dios dijo al hombre y a la mujer…" (Génesis 1, 28-30); "Habiendo formado todos los animales… el Señor los condujo a Adán…" (Génesis 2, 19) y aún: "Y con la costilla que le quitó a Adán, Dios nuestro Señor formó a la mujer y la condujo a Adán" y, en fin, en el cap. 3 la voz del Señor que, paseando en el Paraíso en la frescura de la tarde, llama a Adán y sostiene con él y con la mujer el último coloquio, que termina con la condena. Si no hubiera perdido esa beatitud, el hombre habría pasado de ella *a una posesión de Dios,* porque a la criatura que le ama Dios le da siempre cien por uno. Y en este caso *se habría dado en completa posesión*, como Espíritu de Amor que se funde con el amor espiritual de la criatura que se ha vuelto perfecta. Ésta habría sido la Comunión de los Inocentes, que tenían un espíritu tan purificado que sentían a Dios y creían recibirle no como una ayuda de fe y de sustancias, sino como *la exacta percepción de su llegada con todo sus dones* para dar un nuevo abrazo a su hijo amante.

Habría sido un ir y venir del Amor al hombre, como una ola divina del divino Océano hacia la orilla que lo invoca y se tiende hacia el Océano divino para ser besada y cubierta por él. Habría sido un beso continuo, un volverse virgen cada vez más elevado del espíritu ya virgen, que se haría cada vez más virgen, un candor que ya no es color sino fuego, el mismo candor incandescente y virginal de María Inmaculada. Espejo de Dios, que resplandece dentro de Ella y que fuera de Ella se refleja perfectamente.

He aquí vuestra Comunión si hubierais permanecido puros como os había creado el Eterno. Dios habría estado en vosotros Uno y Trino y vosotros en Él. En vuestro espíritu-rey habría estado el Espíritu Rey. Y la diferencia, que actualmente es tan considerable, entre el lugar de vuestra existencia y el lugar eterno, habría quedado reducida a un ligerísimo diafragma que un latido de amor apenas un poco más vigoroso habría hecho caer, de modo que la criatura pasara sin fatiga ni dolor del paraíso terrestre, donde habría comunicado con Dios en el amor espiritual, al paraíso celeste, donde habría permanecido en Dios con el doble poder de gozo y de amor.

Tú que sabes qué es el Amor que viene a comunicarse con sus fuegos trinos, puedes intuir, aunque sea vagamente, el éxtasis perpetuo, la plenitud de vida, la seguridad, la sabiduría, la paz, que el hombre inocente habría tenido como constantes compañeras por la perpetua Comunión de Dios con el hombre. Ya no sería más: "He aquí mi Cuerpo y mi Sangre", sino: "¡Oh, hijo, henos aquí! Acógenos y guarda en ti al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para ser perfecto en la unión con Nosotros".

¡Oh, la unión con Nosotros! ¡Vuestra unión con Nosotros! ¡Mi ardiente deseo que ha conformado mi ardiente plegaria de la noche pascual! ¡Mi gloria para vosotros, para que seáis *una sola cosa con Nosotros!*

María, conoces mucho el Amor, mas aún nada conoces de la inmensidad del Amor. Ninguna criatura mortal puede conocerlo. Mas vendrás a donde Yo estoy y lo conocerás. Conocerás la magnitud de los dones que Dios quería alcanzar para premiar a los hijos fieles. El Cielo revelará estos misterios.

Quédate en paz>>.

Del 21 al 24 de abril de 1947

"El perfume de los lirios del campo"…

28 de abril de 1947

Las dulces caricias divinas después del final de la Obra… Las palabras unidas a ellas… Júbilo desmedido…

5 de mayo de 1947

María Santísima de Fátima…

Rezo el rosario matutino… y luego los tres rosarios de la tarde y las rosas de oro. Cada Ave es una rosa que cae de la corona de 15 misterios de María Santísima, porque cada perla se ha transformado en una rosa de oro y cada vez que digo un Ave, la Virgen desprende una y la deja caer en el mundo… en el lugar que he reconocido y sobre las naciones que se lo merecen. ¡Qué lindo era decir el rosario con Ella!… No me cansaba nunca de decirlo… Ahora conservo aún en los ojos la luminosa cascada de las rosa de oro y en el corazón la beatitud de haber estado por tantas horas con la Madre de Dios…

8 de mayo de 1947

Apareciéndoseme como suele aparecérseme, María Santísima de Fátima me dice:

<<El día 5 te di la visión intelectiva de lo que es un rosario bien dicho: es un lluvia de rosas sobre el mundo. Por cada Ave que un alma amante dice con amor y con fe, dejo caer una gracia. ¿Y dónde la dejo caer? Pues, por doquier: sobre los justos para hacerles más justos, sobre los pecadores para hacer que se arrepientan. ¡Cuántas, cuántas gracias llueven por las Aves del Rosario!

Llueven rosas blancas, rojas, color oro: rosas blancas de los misterios gozosos; rojas de los dolorosos; color oro de los gloriosos. Todas son rosas *con gran* poder de gracias por los méritos de mi Jesús, pues sus méritos infinitos son los que dan valor a cada oración. Todo lo bueno y santo existe y acaece por Él. Yo derramo, mas Él avalora, ¡oh, mi bendito Niño y Señor!

Os doy las cándidas rosas de los grandísimos méritos de la perfecta Inocencia de mi Hijo. Es perfecta porque es divina y también porque voluntariamente ha querido ser conservada como tal por el Hombre. Os doy las rosas purpúreas de los infinitos méritos del Sufrimiento de mi Hijo, que Él consumó voluntariamente por vosotros. Os doy las rosas de oro de su perfectísima caridad. Os lo doy todo de mi Hijo y todo lo de mi Hijo os santifica y os salva. ¡Oh! yo no soy nada, yo desaparezco en su fulgor, yo cumplo únicamente el gesto de dar, ¡mas Él, sólo Él es la fuente inagotable de todas las gracias!

Y vosotras, dilectas almas mías, escuchad las palabras que os digo: haced la voluntad del Señor con espíritu gozoso. Hacer con tristeza su Santísima Voluntad es reducir a la mitad el mérito grande de cumplirla. Ya la resignación es un hecho que Dios premia. Mas el júbilo de hacer la Voluntad de Dios centuplica el mérito y, por lo tanto, también el premio, de cumplir esta divina Voluntad, que siempre,

siempre, siempre es justa, aun cuando al hombre quizás no le parezca tal. Por consiguiente, haced con espíritu gozoso lo que Dios quiere. Y entonces seréis gratas para Él y sumamente dilectas para mí vuestra Madre. Quedaos en paz bajo mi mirada que no os abandona>>.

Nota mía:

¡También hoy, 8 de mayo, digo el Santo Rosario junto con la Virgen de Fátima! Pero hoy la Virgen no desprende las rosas y explica por qué el 5 hizo ese gesto simbólico. ¡Ahora conozco el valor de un Ave bien dicho! Como el otro día, el rosario de 15 misterios comprendía 5 de rosas blancas como perlas, 5 de rosas rojas como si fueran de rubí y 5 de oro. Y mientras desgranaba las cuentas y decía el Gloria y la primera parte del Padrenuestro (desde "Padre nuestro" hasta "así en la Tierra") y del Ave decía solamente *"Bendito sea Jesús* (omitiendo "el fruto de tu vientre"), María Santísima miraba hacia abajo hacia el mundo, con su indescriptible mirada de paz, de amor, de piedad, y sonreía con una sonrisa que, aun en su suavidad, era ligeramente dolorosa.

¡Bien! He entendido por qué me atrae tanto la Virgen de Fátima, más aún que la de Lourdes a la que, sin embargo, amo mucho. Me atrae porque es *más nuestra*, *más Madre.* La Virgen de Lourdes mira el Cielo… parece deseosa de volver allí arriba, de perderse en Dios: la Inmaculada Concepción, la Mujer del Cielo. La Virgen de Fátima nos mira a nosotros, mira la pobre Tierra donde fue mujer como cualquier otra criatura; la pobre Tierra cuyas tristezas y necesidades conoce; la pobre Tierra que tiene tanta necesidad de Ella y, por eso, toda Ella es *piedad* hacia nosotros, es nuestra Madre, es el Corazón de María que nos ama y vela por nosotros… La primera es para el Señor y para los Ángeles. En cambio, ésta de Fátima es para nosotros, los pecadores. Ruega por nosotros… Es de verdad "la Madre" purísima e infinitamente misericordiosa…

9 de mayo de 1947

Jesús me ha dado una lección espiritual sobre el cap. 43 de la *Imitación de Cristo*… Pero son lecciones suavísimas para mí sola… ¡y qué paz me producen al extinguir todas las dudas acerca de que yo haya podido ser "portavoz"! ¡Gracias, gracias, Maestro mío! Después de haberme explicado, termina de este modo: <<Y así, Yo te hice todo esto y se cumplió en ti>>.

14 de mayo de 1947

Me llega una lección de amor de Jesús, en una profusión amorosa tan intensa que casi quiebra mi vida:

<<Mi querida alma-víctima, en el cáliz propiciatorio que se ofrece cotidianamente en los altares está mi Sangre y el llanto de generoso amor de las almas-víctimas, porque vuestro dolor es amor. Por amor habéis pedido el dolor, por amo os lo he dado, por amor lo padecéis. Todo es amor en las víctimas: lo es tanto la sonrisa hacia mi amor que las consuela como el gemido por las torturas de la carne, como el llanto por la incomprensión o la traición de los hombres o por el disgusto de sentir que vuestro Dios no es amado. No debéis avergonzaros de llorar por los dos primeros motivos. Yo lloré antes que vosotras, porque el hombre tiene una carne y un corazón que derraman lágrimas cuando son torturados, y el llanto no envilece el sacrificio del amor.

Mas en el cáliz se necesitaba el agua junto al vino, la Sangre viva y el agua del supremo sacrificio. El agua de mi costado fue la primera gota de la santa fuente que luego alimentaría a las almas-víctimas y aunque no os es concedido derramar vuestra sangre en un martirio cruento, en el Cielo seréis considerados mártires, ¡oh sí, mártires.

He aquí el vino eucarístico que el sacerdote vierte en el cáliz y alza para ofrecerlo por las necesidades del mundo y como sufragio para los que ya están fuera del mundo. Lo alza sobre todo para ofrecerlo, colmo de mi Sangre y de las "plegarias de los santos" de la Tierra –o sea, de sus padecimientos de amor- para honrar a Dios. ¡Es así, alma mía!, porque para ser alcanzada, toda santidad ha de estar hecha de padecimientos. He aquí el Calvario de los santos: luchas contra pasiones y tentaciones, contra las burlas, las persecuciones y las enfermedades.

Y así como en el Cielo exhalan sus perfumes ante mi trono las oraciones de los Santos, así se levan desde la Tierra los inciensos de la adoración al Señor nuestro Dios, ofrecidos por los justos en su Misa perpetua, los inciensos de su sacrificio latréutico[1], eucarístico, propiciatorio, impetratorio, consumado junto con el mío, porque mi amor –que quiere que estéis donde Yo estoy, que os funde Conmigo ¡oh brotes vivísimos entre los brotes vivos!- os ha concedido esto: poder hacer todo lo que Yo hago.

Así ves, alma mía, que, a pesar de que desde hace tres lustros las enfermedades son como clavos que te tienen sujeta a la cruz, estás en todas las misas y en todos los cálices, en todas las Hostias que son celebradas y ofrecidas cotidianamente en los altares del todo el mundo, más que si estuvieras presente en el Sacrificio de tu

[1] Latréutico = perteneciente o relativo a la reverencia, culto y adoración que solo se debe a Dios (viene de *latría)*

iglesia parroquial. Es más, esto establece otro punto de semejanza Conmigo. También a Mí se me impidió estar presente en el Templo el Viernes y el Sábado Santos mas, en verdad, nunca adoré al Padre como cuando estaba en la Cruz, fuera de los muros de la Ciudad santa, en el monte ruin…

¡Oh, alma enamorada, de quien estoy enamorado!, ¡nota, nota qué concede el amor! El amor libera los deseos de la criatura de sus limitaciones, esos deseos que el Amor mismo suscita y hace inmensos, y el espíritu de la criatura puede estar presente espiritualmente en todos los altares, en todos los Cálices y en todas las Hostias junto Conmigo. Éste es otro punto de semejanza Conmigo.

¡Ven, fúndete cada vez más con mi Cuerpo, con mi sangre; así ya no estarás cerca de Mí, sino unida, unida a Mí! Canta Conmigo, con todo el júbilo de quien adora a Dios, su Padre: "Pues bien, ¡oh, Padre santo!, te ofrecemos este sacrificio para honrarte, para agradecerte, para hacer que nos seas propicio y para impetrarte todas las gracias que tu Iglesia y tus fieles necesitan recibir, y también para ofrecer sufragios por las almas de los difuntos y rezar para que tu poder obtenga la conversión a tu Cristo, Pastor único y santo, de los que están fuera del Redil".

¡Quédate contenta, alma mía! ¡Quédate contenta! El Señor es contigo>>.

16 de mayo de 1947

Viernes.

Dice Jesús:

<<¿Quieres saber cuál fue el Apóstol que amó más que cualquier otro? Fue Juan, en verdad. Amó más antes y después de la Pasión; antes y después de Pentecostés. Yo y él: dos océanos de amor, de los cuales el segundo es poco menor que el primero, en él que se vierte y funde.

¿Y cuál es el apóstol que amé más? Fue Judas de Keriot. No me mires con esos ojos asombrados, no te sobresaltes. Es así. Amé a Judas de Keriot más que a cualquier otro. Ahora voy a explicártelo y comprenderás.

Juan era el predilecto. Ya se sabe. Es verdad. Era bueno, puro, fiel. Era natural que atrajera el amor de Dios y el amor del Hombre, es decir, el amor de Jesús Dios-Hombre.

Pero dime: ¿es más fatigoso cumplir una acción que exige un esfuerzo continuo y que ya con anterioridad sabemos que es *inútil*, o cumplir otra que, en lugar de esfuerzo, da júbilo y reposo? Es más fatigosa la primera, ¿no es verdad? Y ¿quién tendrá mayor mérito?: ¿el que cumple la primera o la segunda?, ¿el que cumple la primera, hecha con el único fin de cumplir completamente el propio deber, sin esperanzas de obtener una recompensa, o la segunda que, en cada

minuto, nos gratifica ampliamente por lo que hacemos? Tendrá mayor mérito el que cumple la primera.

Y te digo aún: ¿sabes qué tipo de amor tiene el que, sólo por un amor y un deber heroicos hacia Dios y hacia los hermanos, sigue ocupándose y preocupándose de beneficiar al hermano malvado para intentar volverle bueno y dar gloria al Señor? Tiene un amor perfecto. Este tipo de amor que lo cumple todo y todo lo perdona, que lo supera todo, llevado por el fin perfecto de hacer una obra grata a Dios. ¿No lo logra? ¿Ya se sabe que no lo logrará? ¿Se sabe que Dios sabe que no lo logrará? No importa. Lo hace lo mismo. Es el heroísmo del deber cumplido a la perfección. Y también demuestra la perfección del sentimiento, porque si uno no amase en Dios a uno que se sabe que es un delincuente, traidor, incorregible en sus sentimientos perversos, no podría amar a un delincuente tal. Pero le ama porque experimenta el amor sublime que henchía mi corazón en la Cruz, cuando Yo no rezaba por los justos e invocaba, en cambio, el perdón del Padre para los que eran mis asesinos.

Es el amor que Yo quiero en ti para con todos los que te odian… ¡Si supieras qué milagros obra este amor que damos a nuestros enemigos irreducibles, a los inconvertibles! Son milagros directos, para ellos mismos –como fue el amor de Esteban por Saulo, ese amor que le obtuvo el encuentro Conmigo camino a Damasco-, o milagros indirectos.

El amor no se pierde. Ni siquiera una parte infinitesimal de amor, de esta moneda, de esta levadura, de este bálsamo que es el amor, queda sin dar frutos porque la recogen los ángeles, la nota Dios, sube al tesoro de los Cielos y allí -¡oh, misteriosas operaciones de Dios!- sirve para adquirir, para hacer crecer y curar almas esclavas de Satanás, almas estáticas en su justicia apenas delineada, almas heridas y enfermas. El amor que ofrecemos por la conversión de quienes nos crucifican y que nos da frutos para ellos debido a su perversa voluntad, va a fecundar para la gracia otras almas, desconocidas en la Tierra y que, en cambio, serán conocidas en el Cielo.

Escúchame aún, para volver a Judas. He dicho: "Al que mucho ama, mucho se le perdona"[1]. Es verdad y es justo. Cuanto más uno ama, más merece el perdón del que ha sido ofendido. Pero también es exacto que quien más perdona, demuestra amar mucho. Y el que siempre lo perdona todo, lo perdona siempre, hasta la llegada de la hora del juicio, no sólo ama mucho, ama *totalmente*. Así amé a Judas de Keriot. Le amé totalmente. También a otros les amé así, especialmente a Juan. Mas era justo amarles así. Eran buenos, aun en sus

[1] Lucas 7, 47.

defectos, y me amaban con todas sus fuerzas. ¿Eran fuerzas mínimas, imperfectas? ¿Siguieron siéndolo hasta el final, hasta que el Espíritu Santo las renovó? No importa. Eran *todas las fuerzas que tenían.* ¡Pero a Judas!, ¡a Judas!, ¡amar a Judas!, ¡amar totalmente a Judas, aun no ignorando los mínimos repliegues de su tenebroso corazón!, ¡amarle porque está dicho "amarás a tu prójimo como a ti mismo"[2]!

Ves, alma mía, muchos repiten esta exhortación desde el púlpito, desde la cátedra, desde el altar y el confesionario… y creen conocerla bien porque dicen: "El segundo mandamiento es amar al prójimo como a sí mismos". Mas pocos, pocos maestros en el espíritu, a los muchos ignorantes en el espíritu hacen considerar un aspecto esencial del mandamiento de amor. Y es éste. Se ha dicho: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" sin aclarar si se trata de un prójimo bueno, de un prójimo malvado, de un prójimo dócil o indócil, de un prójimo afectuoso o llevado a odiar. No está aclarado. Se ha dicho: "Amarás a tu prójimo". Le amarás por completo, si es bueno o malvado, con un amor gozoso o doloroso, pero siempre lo amarás todo a él.

Este amor que abarca a todo prójimo exige un espíritu cabal de misericordia, de mansedumbre, de humildad, ¡porque es difícil, sí, muy difícil amar a determinados prójimos! Hay que estar muy, muy, muy bien fundados en la caridad para poder hacerlo. Mas tampoco aquí os falta el modelo. He aquí vuestro Modelo: ¡soy Yo, Jesús! Imitadme y seréis perfectos, tal como Yo lo deseo para vuestro eterno gozo.

La horrenda y tenebrosa figura de Judas, que tan ampliamente he revelado en la Obra, no carecía de fin. ¡Por cierto no me he deleitado en ilustrar esa maraña de serpientes infernales! Mas os la he revelado porque, haciéndolo, también he revelado de qué modo los maestros en el espíritu y también todos los cristianos deben obrar respecto a los muchos Judas que pueblan la Tierra y que ningún hombre deja de encontrar en su jornada mortal…

Les digo a los maestros en el espíritu y a todos: "Imitadme en este perfecto amor y poseeréis un amor semejante al de Jesús, vuestro Maestro">>.

21 y 30 del mismo día

Tengo la visión y la comprensión de que es el Corazón Inmaculado de María.

La visión se refiere a un corazón infinitamente resplandeciente, semejante a una brillante luna o a una luminosa perla de oriente lunar. Estamos

[2] Levítico 19, 18.

acostumbrados a ver el Corazón de Jesús que emana rayos de oro, llamas de oro, que forman una aureola en torno a su purpúreo Corazón, pero este Corazón de María está hecho completamente de luz, ¡de una luz paradisíaca!, ¡más cándida que una Hostia radiante en el ostensorio! ¡Es un corazón más luminoso que la luna resplandeciente en un cielo muy terso!, ¡más deslumbrador que una enorme perla!, ¡todo hecho de luz! ¡Qué belleza!… Resplandece allí, en medio del pecho purísimo… Es el candor que brilla en el candor del cuerpo purificado de María Santísima de Fátima. Y, dado que es un esplendor que supera el esplendor purísimo en toda la Virgen, cada uno puede imaginar cuán extraordinario debe de ser…

El Espíritu Santo me da la lección y comprendo:

<<De ese Corazón brotan las gotas que formaron el Corazón del Verbo encarnado. ¡De qué candor debía provenir la sangre necesaria para formar el embrión humano del Santísimo Hijo de Dios! Es sangre purísima de purísimo manantial; es candor que surge de una fuente inmaculada para rodear de candor el alma creada para el Verbo, concebido por el Amor con el Candor. En los latidos de purísima estrella de ese Corazón. Delicia mía, se formó el latido del Corazón divino. Considera qué perfección total de sentimientos y de movimientos habrá tenido este Corazón Inmaculado, en cuyo ritmo –ritmo de palpitar físico, ritmo de palpitar moral, ritmo de palpitar espiritual- se formó para ser Corazón de Hombre-Dios, el Corazón del Hijo concebido por la Virgen.

Mira, mira y deléitate. En el Paraíso no hay luz más bella que ésta, después de la nuestra. No hay luz más dulce. No hay. Nosotros, los Tres gloriosos, encontramos en esa luz nuestro júbilo; los bienaventurados, el suyo y así también los ángeles. El Paraíso resplandece por esta luz del Corazón Inmaculado de nuestra María. Esa luz que tú defines indescriptible y que es la voz y la alegría del Paraíso, emana de este Seno, de este Corazón de la eterna Virgen. ¡Que suceda que el hombre desee que se derrame en la Tierra! ¡Sería la segunda redención, el segundo perdón… la salvación final! ¡Oh!, ¡sería el perdón del mundo!, ¡el perdón del mundo por obra de María! Mas el mundo rechaza a la Madre que le haría nacer a la paz.

Ama, ama en provecho de todo el mundo. Y la luz del Corazón de María te impregnará del gozo que a Nosotros mismos nos hace bienaventurados>>.

Me llena de gozo mirar el radiante Corazón-Hostia de María Inmaculada, que brilla con la luz intensa y suavísima de una perla deslumbradora…

17 de mayo de 1947

A las 4 y 15 de la mañana

La divina llamada me saca del sueño para escuchar esta breve lección del Espíritu Santo:

<<Cuanto más un alma es hija de Dios según el concepto teológico del apóstol Pablo (a los Romanos 8, 14), tanto más sigue solícitamente los consejos del Espíritu Santo, que no suscita jamás en los hijos de Dios deseos irrealizables (a los Gálatas 5, 17) y ruega en vosotros gritando: "Padre", porque sabe que el Padre conoce lo que quiere el Amor al interceder en nombre de los santos, o sea, según sus deseos de amor, para que el Amor incendie la Tierra (Romanos 8, 26, 27; y Gálatas 4, 6).

El alma hija de Dios toma de su Padre esta característica divina: la rápida y gozosa solicitud en hacer lo que es Bien. La medida del vínculo filial alcanzado está dada por la rapidez con que el alma ejecuta las inspiraciones divinas, sin detenerse a considerar el esfuerzo que éstas pueden exigir a la criatura humana y el peligro para el individuo hecho de carne que pueden encerrar en sí.

En verdad, el alma que es hija de Dios ya es como un astro lanzado en la inmensa vastedad de los espacios celestes para alcanzar su lugar y afianzarse a él, en Dios y nada puede detener su carrera de amor.

Que mi júbilo sea en ti>>.

22 de marzo de 1947

Me han traído a María Cristina[1], que acababa de tomar su bañito y está semidesnuda con su camisola de bebé; me la han apoyado en la cama y la pequeñita patalea y ríe feliz…

Mientras miro a esta niñita de apenas 5 meses que no se preocupa para nada de estar desnuda, Jesús me da una dulcísima lección… y me lleva a considerar que también el padecimiento del pudor, a veces tan agudo como un martirio, es una consecuencia de la malicia que nos llegó con el primer pecado.

¡Si los padres de la pequeñita hubieran sabido que Jesús estaba inclinado sobre su hijita y que sonreía por sus inocentes gracias! ¡Oh, Jesús con los niñitos!: precisamente, es el Jesús más sereno, dulce y juvenil que se pueda contemplar. ¡Qué papá habría sido Jesús si hubiera podido convertirse en papá de una criatura humana!

[1] Se trata de María Cristina Mencarini, hija de los vecinos de la escritora.

No puedo comentar ni pude hacerlo en ese momento –porque tenía a la pequeña y, por otra parte, Jesús me decía: “Es una lección para ti sola”- pero resumiré esto sólo recordando siempre que “como sucede en el caso de María Cristina, inocente por la edad y por gracia sobrenatural, habría sucedido con todos los hombres” y me comenta la profundidad velada en el versículo 25 del capítulo 2 del Génesis.

23 de mayo de 1947

Jesús me dice:

<<Eres como la roca del Horeb (y así debes permanecer), que guardaba en su profundidad el agua para dar de beber a un pueblo entero de sedientos que se lamentaba contra el Señor porque decía que Él le había abandonado[1]. También ahora dicen lo mismo. En cambio, lo que ocurre es que el pueblo, que no está bien guiado, ya no sigue la vía del Señor y no me conoce más. Tú eres la guardiana y debes mantenerte compacta como una roca para custodiar la pura fuente milagrosa que te he confiado, hasta que venga el que siendo guiado por el Espíritu Santo, te llame para que abras el camino a la fuente. Y entonces ábrete. Me preguntas: ¿Cuándo?”. ¡Oh, los hombres no son como Moisés, que era obediente y conocía al Señor y le reconocía en las palabras que oía! Mi dolor consiste en que los hombres no son como Moisés>>.

[1] Éxodo 17, 1-7.

30 de mayo de 1947

Mientras leo la frase del Eclesiástico 31, 35[1]

Jesús dice:

<<Todas las cosas creadas por Dios son buenas, y las creó para aliviar al hombre. Lo son todas. Y lo que siempre las vuelve no buenas es el desorden con el que el hombre las usa. Dios os quería ver contentos y lo quiere aún. Mas la desobediencia al orden, es decir, las concupiscencias, hacen que el júbilo sea reemplazado por el aburrimiento, el dolor, las riñas, la miseria, la desunión de los corazones y de las familias. Por eso, después de que el desorden se había instaurado en la Tierra y con el pasar del tiempo iba creciendo, el Señor dictó la Ley. Mas, ¿acaso sirvió? No. Entonces me mandó a Mí. Mas, ¿acaso sirvió? No. Yo proclamé la Palabra evangélica. Mas, ¿acaso sirvió? No.

Y está dicho aún en el Eclesiástico: "El sabio no aborrece la Ley y no se estrellará contra los escollos como nave en la tempestad. El hombre inteligente es fiel a la Ley de Dios y la Ley le es fiel"[2].

He aquí la causa de todos los males: los sabios son demasiado pocos y, por eso, a pesar de que la razón que Dios les dio a los hombres es como nave apta para llevar al hombre de la orilla terrena a la celeste a través del océano de sus jornadas terrenales, la mayor parte de ellos se estrella contra los escollos y naufraga miserablemente.

Ahora reza. Necesito una plegaria tuya para el espíritu que Yo conozco. Que la paz sea contigo>>.

[1] Sirácide 31, 27, según la versión moderna. Acerca de la Biblia usada por la escritora, véase la nota 1 del texto del 10 de abril de 1945.

[2] Sirácide 33, 2-3.

L3 de junio de 1947

Lección sobre la frase de los Proverbios 25, 27: “El que escruta la majestad quedará oprimido por la gloria”

Señor, yo te agradezco que hayas elegido mi nada y te ruego que me mantengas en mi ingenuidad de mozuelo ignorante para que pueda recordar siempre tu Majestad y contemplarla sin quedar oprimida por Ella al haber querido escrutar su potencia, por Ella que es tan buen y paciente con los pequeños, tan severa como los soberbios que quieren elevarse e investigar sobre Ti más de lo que Tú deseas. Padre Santo, mantenme en tu Luz para que yo comprenda lo que quieres y más vuélveme ciega y tonta, carente de todo, antes que permitir que me vuelva uno de esos escrutadores de tu potencia que tanto aborreces.

15 de junio de 1947

Desde hace unos días sufro muchísimo, estoy muy grave. Los pulmones y el corazón se niegan a funcionar, la fiebre alta y continua me abrasa, una áspera tos seca me quebranta el pecho, sufro ahogos y dolores atroces…

Y bien, me envuelve el júbilo, ese enorme júbilo que experimento cuando mi sufrimiento es mucho mayor que el acostumbrado –que no es poco sufrir- porque, cuando sufro como en estos días en que estoy entre la vida y la muerte, la divina Caridad me hace saborear la miel de las palabras sapienciales o divinas. Pues bien, hoy las saboreo.

Estaba leyendo: “El Reino de Dios está en vuestro interior”. Mi Señor me hace leer sólo esta frase y luego me sumerge inmediatamente en la contemplación de este Reino de Dios que está en mí. Y enseguida el gozo, el paradisíaco gozo de los habitantes del Reino, de los poseedores del Reino, me envuelve, me cubre, penetra en mí, me embelesa. Exclamé: “¡El Reino de Dios es el reino del gozo verdadero!”. Y me abandoné, saboreando la alegría fuerte, poderosa, que es “vital” hasta para uno desfallecido físicamente, para traer consigo la perfección del Cielo, esa perfección en la que está excluido todo lo que significa dolor, languidez, hambre, sed, sueño, llanto, y que por eso, comunica al que con ella se deleita aun sobre las cuitas de una enfermedad o de la agonía, un equilibrio plácido, una alegría, una serena voluntad de sufrir para mantener siempre en sí y cada vez más el Reino que se logra cumpliendo la Voluntad de Dios.

¡Oh!, ¡es esto precisamente! ¡Ya está dicho en la gran plegaria! Padre nuestro… venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad. Pues bien, para que

venga su Reino, hay que hacer su voluntad del modo que nos es presentada por este Padre de amor, que quiere que su Nombre no sea santificado por sus hijos con inertes plegarias de alabanza sino con obras, para que ellos, a su vez, se santifiquen a través de las mismas y alcancen el perfecto gozo.

Mi alma sigue pensando estas cosas y la invade un júbilo total, a pesar de que tanto en mi carne, como en todo y en todos los que me rodean, haya sólo motivo de dolor y más dolor… Pero la palabra divina es una suave miel para quien sabe gustarla gracias a un don recibido de la benignidad de Dios.

29 de junio de 1947

¡Qué gozo sublime en este día!…

16 de julio de 1947

Dice San Azarías:

<<La gente cree que la misión del ángel de la Guarda termina cuando muere el que dicho ángel custodia. No siempre es así. La misión cesa, y es lógica consecuencia, cuando muere el pecador impenitente y esto es un supremo dolor para el ángel custodio del que no se arrepintió. En cambio, muda en jubilosa y eterna gloria cuando muere un santo, que pasa de la Tierra al Paraíso sin pausas purgativas. Y para los que pasan de la Tierra al Purgatorio para expiar y purificarse, la misión continúa tal cual, como protección que intercede por quien le ha sido confiado y al que ama. Entonces nosotros, los ángeles custodios, rezamos con caridad por vosotros ante el trono de Dios y, junto con nuestras oraciones de amor, presentamos los sufragios que os dedican parientes y amigos en la Tierra.

¡Oh!, no puedo decir totalmente todo lo vivo, activo, dulce, que es el vínculo que aún nos une a vosotros, los purgantes. Como madres que atisban el regreso de la salud en un hijo que estuvo enfermo y ahora está convaleciente, como esposas que van contando los días que las separan de la reunión con el esposo prisionero, así estamos nosotros. Ni siquiera por un instante dejamos de observar la amorosa Justicia divina y vuestras almas y vuestras almas que se purifican entre las llamas del amor. Y nos colmamos de júbilo, al ver el Amor cada vez más apaciguado con ellas y a ellas cada vez más dignas de su Reino. Y cuando la Luz nos ordena: "Quítale de allí para traerle aquí", más veloces que una flecha nos precipitamos para llevar un trocito de Paraíso, que quiere decir fe, esperanza, consuelo para los

que aún permanecen expiando, allí en el Purgatorio, y estrechamos a nosotros el alma amada por la que hemos obrado y sufrido, y subimos con ella mientras vamos enseñándole el hosanna paradisíaco.

Los dos instantes dulces en la misión de los Custodios, o mejor, los más dulces, son: cuando la Caridad nos dice: "Desciende porque ha sido engendrado un nuevo hombre y debes velar por él como sobre una gema que me pertenece", y cuando podemos subir con vosotros al Cielo. Mas el primero es menos dulce que el segundo. Los demás instantes de júbilo son vuestras victorias sobre el mundo, sobre la carne y el demonio. Y así como temblamos por vuestra fragilidad desde el momento en que os tomamos bajo nuestra custodia, del mismo modo siempre palpitamos tras una victoria vuestra, porque el Enemigo del Bien vigila siempre para abatir lo que construye el espíritu. Por eso, el instante en que entramos con vosotros en el Cielo es jubiloso y perfecto en ese júbilo, pues nada puede destruir lo que ya se ha cumplido.

Y ahora, alma mía, contesto a tu íntima pregunta: si Dios está contento de que en tu casa haya otro Custodio. ¡Oh, tú! Que nunca nos haces preguntas pero que, sin embargo, tienes abierto tu espíritu, donde tu deseo escribe a veces sus interrogantes más fuertes sin que tú misma lo sepas, sin que tu voluntad –obligada a no preguntar por el digno respeto, que muy pocos tienen, por lo Sobrenatural que se inclina a vosotros- intervenga, debes saber que es dulce responder a quien es como tú y poder consolarte, ¡oh, alma amada por Dios y atormentada por los hombres!

Sí, Dios está contento. Está contento porque en tu casa hay un ángel que está contento por velar sobre un alma apenas creada, una gema de Dios, y contento también porque Jesús es el que amaba a los niños… lo demás se lo digo a tu alma, y que quede entre nosotros como un secreto tan bello que es inútil revelárselo al mundo que no sabe comprender los gozos de Dios y de las almas de Dios>>.

24 de julio de 1947

Dice Jesús:

<<Las palabras del Amor siempre son una invitación al Amor, ya sean un dulce premio, ya sean severas, porque el Amor tiende a reunirse con los que ha creado y, por lo tanto siempre, aun cuando reprocha, invita a acercarse, para ser perdonados, o a fundirse con Él, para ser bienaventurados.

El que dice que Dios es terrible no conoce a Dios (y, si es así, aún se le puede perdonar) o, conociéndole, miente y entonces es imperdonable, porque

sacrílegamente le quita a Dios su corona más divina: la de la Caridad que comprende y perdona; es imperdonable, porque le quita a su prójimo la fuerza que le salva: la de la fe en la muy misericordiosa Caridad.

Cuando oigo que alguien, así sea un sacerdote, le dice a un alma con voz atronadora: "Dios no está contento de ti. Dios te condena" y otras cosas semejantes, vuelvo a experimentar el dolor de aquella vez en Palestina, cuando mis enemigos negaban lo que Yo era, y tengo que hacer un esfuerzo de misericordia para no condenar al que condena a su prójimo y niega mi infinita y paciente misericordia.

Quédate en paz. Siempre soy tu Dios de amor>>.

(Nota mía: para mis adentros volvía a pensar en la última carta del Padre Migliorini y en ciertas expresiones suyas a mi respecto… Jesús me consuela de este modo y anula así el efecto de esas expresiones del Padre Migliorini que, para hacer callar mi lengua que dice palabras sinceras pero penosas para él, porque son un reproche respecto a muchas de sus acciones, quiere asustarme con la amenaza del resentimiento de Dios. He aquí cómo me consuela Jesús).

27 de julio de 1947

A las 11 y 30 (mientras escucho la Santa Misa transmitida por radio desde Santa María de los Ángeles, en Roma).

Apenas comienza la Santa Misa, dice Jesús:

<<Es una lección, una gran lección, María mía.

¡Hela aquí! Ves… (Se me aparece la cima del Calvario, amarillento y árido, la cruz alzada con la Víctima, a los lados María Santísima y Juan. Allá abajo, Jerusalén bañada por el sol. En el Calvario, la multitud que impreca…)

Dilectísima alma mía, considera que no me harto de enseñar porque quiero que me conozcas en todo y por todo, en la medida que le es concedido a una criatura que aún está en la Tierra. Quiero que vengas a Mí estando muy instruida acerca de Mí, porque quiero que tengas conocimiento de Dios antes de que la muerte te lleve al Reino de la Inteligencia y el Conocimiento.

Piensa, alma mía. ¿Quién fue el sacerdote del Calvario? Se dice: "Jesús fue Sacerdote y Víctima". Es verdad. Yo solo podía ser Sacerdote de Mí mismo, con mi voluntad de ofrenda, para cumplir la Voluntad de mi Padre. Ninguna fuerza humana habría podido sacrificarme a Mí, Dios, si Yo, Dios, no hubiera querido el sacrificio.

Pero más allá de este Sacerdote espiritual, en realidad invisible para el mundo (porque allí mi aspecto era de culpable prisionero, no de Sacerdote libre), más allá de esta mística e incorpórea calidad de Sacerdote de Mí mismo, que sólo mi Madre y otros pocos espíritus comprendieron, estaba la real personalidad de los sacerdotes sacrificadores del Cordero.

¿Quiénes eran éstos? ¿Quizás lo era Juan? ¿Quizás lo era alguno de los discípulos fieles? ¿Quizás lo era uno de los pocos justos de Israel? No; los que me inmolaban, es decir, los sacerdotes del rito perpetuo que comenzaba, del rito santo, que es latréutico[1], eucarístico, propiciatorio, impetratorio, eran los hebreos pecadores, los falsos sacerdotes, los fariseos ávidos, los saduceos y los partidarios de Herodes, llenos de odio y de triple concupiscencia, rebeldes a Dios, al Amor y al amor hacia el prójimo. Los que me inmolaban eran los romanos, desde el Gobernador hasta los legionarios. Es decir: ofrecían al divino Inocente y le inmolaban los pecadores de mi Pueblo y los Gentiles.

¿Por qué lo hacían? ¿No era acaso algo incorrecto? No, no lo era. ¿Este hecho carecía de una simbología? No, tenía un símbolo.

Yo había venido para los grandes enfermos, para los que eran torpes, ciegos, sordos, leprosos en el espíritu. ¿Quién es el que va a la fuente de la salud? ¿Quién es el que la busca, hace brotar el chorro y se sumerge en ella? ¿Acaso lo hacen los sanos? No; lo hacen los enfermos.

Yo había venido para los hebreos y los gentiles; pues ambos pueblos estaban enfermos. Ellos, los enfermos, eran el símbolo de mi Pueblo universal que, si se hubiera insertado en Mí, si hubiera bebido el agua de Vida eterna que manaba de Mí, si se hubiera nutrido de Mí, Pan de Vida eterna, habría logrado Vida y Salvación. Mas ellos, con la obtusa obediencia del súbdito romano a las leyes de Roma, y con el rabioso ensañamiento del Templo y de la Sinagoga, consumaban el rito. Creyendo servir los propios intereses o los del Emperador, en realidad servían a Dios. Y, dado que a Dios le agradaba más la obediencia del soldado a las órdenes de Roma (es decir, el altruismo en favor del bien de la Patria) que la obediencia de los israelitas al propio egoísmo, la luz penetró a través de la doble coraza de las lorigas[2] y de la religión pagana y, fundiendo el granito de los corazones paganos, lo convirtió en terreno de Dios. En cambio, no penetró a través de los ligeros atavíos de los sacerdotes y los fariseos porque, bajo esos atavíos, estaba la indestructible coraza del odio y del egoísmo. Mas fueron sacerdotes los hebreos y los gentiles.

[1] latréutico =
[2] loriga = Cota de mallas medieval.

Y así es ahora… y es necesario rezar por ellos; por los gentiles de hoy, por los sacerdotes de hoy, para que los gentiles de hoy tengan el destino feliz de los gentiles de entonces y para que los sacerdotes de hoy no tengan el de los sacerdotes de entonces. Y para que ambos me hagan ofrendas, mas que lo hagan con provecho para su espíritu, así como lo quiere mi amor.

Alma mía: cuando digo "sacerdotes", no me refiero solamente a los que han recibido el carácter de Sacerdote, sino que hablo de todos los católicos. Hablo de los católicos en los que el Sacerdocio es el elemento electo, al menos en cuanto al nombre y por el carácter recibido con el Sacramento de la Orden Sagrada, y hablo de los fieles, la milicia a las órdenes de los guías de mi Pueblo, que son precisamente los Sacerdotes, desde mi Vivario hasta el último sacerdote perdido en tierras de misión, ignorado, pobre, solo, perseguido pero, sobre todo, ignorado, olvidado por el mundo mas no por Mí, que me inclino para colmar de Mí su soledad, para reanimar sus fuerzas, para revestirle ya con el ropaje de los servidores-reyes del Amor-Rey.

María, la Santa Misa ha terminado. Mírame aún en mi Cruz y mira a María, mi Madre y la tuya, y a Juan tu hermano. Nosotros te amamos y queremos que tú seas como una ardiente bujía en este verdadero altar que es el Gólgota.

Mas, ¡oh bujía que ardes y te consumes!, no estés sólo allí, donde ahora ardes al pie de la Cruz, ven aquí, a mi pecho abierto, sube para encenderte aún más, para refrigerarte junto conmigo, para curar las llamaradas del odio del mundo, que no te comprende y no te ama, así como no me comprendió ni me amó a Mí. Ven, arde, bebe. Sobre todo, ámame cada vez más. Estaremos tú y Yo, nosotros solos: Yo todo para ti, Yo solo todo para ti. Ven…>>.

Jesús hablaba desde lo alto de la cruz, mas el que me pronunciaba estas últimas palabras era un luminoso rostro de Cristo ya transfigurado en la gloria, como para mitigar el dolor inicial de la visión de su Rostro torturado y del dolor de María y Juan. Y cuando sentí la felicidad de su abrazo, concluyó:

<<Añade esto. Esta lección enseña una vez más que la Potencia de Dios sabe emplear para sus fines de bien hasta a las personas y cosas menos merecedoras de ello, y que la Sabiduría de Dios puede convertir a personas y cosas mezquinas y, a veces, aún más que mezquinas, en sus instrumentos para alcanzar fines de gracia, tanto si hay en ellos una tendencia al Bien, como en los Apóstoles, o un espíritu enemigo del verdadero Bien, como en Saulo de Tarso; pero, en estos últimos, es suficiente que, al toque de la Gracia, responda un corazón que se entregue. Una vez más se eleva mi amonestación: no preguntéis nunca a Dios "el por qué" de ciertos actos suyos (como, por ejemplo, hacer a pecadores y gentiles, sacerdotes

del sacrificio del Hijo de Dios) ni juzguéis según las apariencias los instrumentos de Dios, porque el más pequeño de los hombres puede ser elevado a ser "el más grande" de los siervos de Dios, si Yo lo quiero y él consiente con humildad a mi voluntad>>.

10 de agosto de 1947

Consuelos para mi alma del beato mártir San Lorenzo…

20 de agosto de 1947

Prosiguiendo sus explicaciones acerca de los Ángeles Custodios (la otra es del 16 de julio de 1947), San Azarías dice:

<<Otra acción del Ángel Custodio es la de ser constante y maravillosamente activo sea ante Dios –cuyas órdenes escucha y a quien ofrece las buenas acciones de su protegido, presenta y apoya las súplicas, intercede en sus penas- sea ante el hombre al que, sobrenaturalmente, hace de maestro guiándole en la correcta senda, sin pausas, con inspiraciones, luces, atracciones hacia Dios.

¡Oh!, nuestros fuegos, que son los fuegos de la Caridad que nos ha creado y que nos acomete con sus ardores, los dirigimos hacia nuestros custodiados, así como hace el sol con el terrón que encierra una semilla para entibiarlo y hacerlo germinar, y luego con el tallo para fortalecerlo y volverlo tronco y planta robusta. Con nuestros fuegos os consolamos, os calentamos, os fortalecemos, os iluminamos, os enseñamos, os atraemos al Señor. Si luego el hielo obstinado del alma y su obstinada dureza no se deja penetrar y vencer por nosotros; si la caritativa armonía de nuestras enseñanzas no sólo no es acogida sino que, por el contrario, es rehuida para seguir en cambio la fragorosa música infernal que desconcierta y enloquece, no es culpa nuestra. Nuestro es el dolor por haber fallado en nuestra acción de amor sobre el alma, a la que, después que a Dios, amamos con todas nuestras capacidades.

Por lo tanto, estamos siempre junto a nuestro custodiado, tanto si es un santo como un pecador. Desde que el alma se infunde en la carne hasta que el alma se separa de la carne, estamos junto a la criatura humana que el Altísimo Señor nos ha confiado. Y la idea que todo hombre tiene junto a sí a un ángel, tendría que ayudaros a amar a vuestro prójimo, a soportarle, a acogerle con amor, con respeto, si no por sí mismo, por el invisible Azarías que está en él y que por ser ángel, merece respeto y amor siempre.

¡Cuánto más buenos seríais siempre con vuestro prójimo si pensarais que cada acción vuestra hacia dicho prójimo está presidida y observada, además que por el Ojo omnipresente de Dios también por dos espíritus angélicos que gozan o sufren por lo que hacéis! Considerad esto: acogéis a una persona, la celebráis o la mortificáis, la ayudáis o la rechazáis, pecáis con ella o la quitáis del pecado, os enseña o le enseñáis, la beneficiáis o sois beneficiados por ella… y dos ángeles, el vuestro y el suyo, están presentes y ven no sólo vuestras acciones evidentes sino también *la verdad de vuestras acciones*, es decir, si las cumplís con *verdadero amor* o con fingido amor o con rencor, con cálculo, etc.

¿Dais una limosna? Los dos ángeles ven cómo la dais. ¿No la dais? Los dos ángeles ven el verdadero motivo por el cual no la dais. ¿Hospedáis a un peregrino o le rechazáis? Los dos ángeles ven cómo le hospedáis, ven lo que espiritualmente es verdadero en vuestra acción. ¿Visitáis a un enfermo? ¿Aconsejáis a quien tiene dudas? ¿Consoláis a un afligido? ¿Honráis a un difunto? ¿Atraéis a la justicia a un extraviado? ¿Dais una ayuda al que tiene necesidad? De todas las obras de misericordia son testigos los dos ángeles: el vuestro y el del que recibe, o no recibe, vuestra misericordia.

¿Llega alguien para visitaros o para molestaros? Pensad siempre que no lo recibís a él sino también a su ángel. Y, por eso, tened caridad siempre; porque también un delincuente tiene a su ángel y el ángel no se vuelve delincuente si su custodiado lo es. Por eso, acoged con amor a quien quiera, aunque sea con un amor prudente y reservado, a la defensiva; aunque sea con un amor severo, para hacer comprender a vuestro prójimo que os visita que su conducta es digna de reproche, que os duele que así sea y que debe cambiarla, no tanto para complaceros, sino para complacer a Dios. Acoged con amor, porque si rechazáis al hombre que os es antipático o indeseable, o inoportuno en ese momento, o que sabéis que es pérfido, con él rechazáis también al huésped invisible pero santo que está con él y que debería haceros grato todo visitante, porque cada prójimo que llega a vosotros trae a vuestra casa o a vuestro lado al ángel que vela por él.

¿Tenéis que vivir junto a quien no os gusta? Ante todo no juzguéis. No sabéis juzgar, el hombre juzga con justicia sólo muy de tarde en tarde. Mas, aún si juzgáis con justicia, basándoos en elementos positivos y examinados sin prevenciones y rencores humanos, no faltéis a la caridad porque no faltaréis solamente hacia vuestro prójimo, sino también hacia el ángel custodio de dicho prójimo. Si supierais razonar así, cuánto más fácil os resultaría superar antipatías y rencores, y amar, amar, cumplir las obras que harán que Jesús, Señor y Juez, os diga: “Ven a mi derecha, ¡oh tú, bendito!”.

¡Vamos, haced un pequeño esfuerzo, haced siempre esta continua reflexión: Ved con los ojos de la fe al ángel custodio que está junto a todo hombre, y obrad siempre como si cada una de vuestras acciones fuera hecha hacia el ángel de Dios que testimoniará ante Dios. Os aseguro que el ángel custodio de cada hombre, junto con el vuestro, le dirá al Señor: "Altísimo, este fue siempre fiel a la caridad, amándote siempre a Ti en el hombre, amando el mundo sobrenatural en la criaturas, y por ese amor espiritual soportó ofensas, perdonó, fue misericordioso con todos los hombres, a imitación de tu Hijo dilecto, cuyos ojos humanos, aunque miraran a sus enemigos, con la ayuda de su espíritu santísimo veían junto a ellos a los ángeles, a sus ángeles afligidos, y les honraba ayudándoles en el propósito de convertir a los hombres para glorificarte con ellos a Ti, ¡oh, Altísimo! Y salvar del mal al mayor número posible de criaturas.

Yo quiero que tú, -que te alegras porque el Señor al venir aquí encuentra en adoración a un ángel más- creas en mis palabras así como crees en la presencia del ángel del que va a nacer y te comportes con todos los que vienen a ti, o con quienes tienes contactos de cualquier tipo, tal como te he dicho, es decir, pensando en el ángel custodio de los mismos para superar cansancios y desdenes, amando a todas las criaturas con justicia para hacer algo que es grato a Dios y que honra y ayuda al angélico custodio.

Alma mía, medita acerca del modo en el que os honra el Señor y en que nosotros os honramos y cómo os ofrecemos el modo de ayudarnos –a Él, el Divino, y a nosotros, sus ministros espirituales- para volver a encaminar por la justa senda a un prójimo vuestro con la palabra adecuada y, sobre todo, con el ejemplo de una conducta firmemente radicada en el Bien. Digo firmemente radicada, o sea, que no se doblega ante indulgencias y compromisos para no perder la amistad de un hombre y cuya única premura consiste en no perder la amistad de Dios y de sus ángeles. A veces será doloroso tener que ser severa para que no sean pisoteadas por un hombre la gloria de Dios y su voluntad. Puede que te procuren desaires e indiferencia. No te preocupes. Ayuda al ángel de tu prójimo y también a éste le encontrarás en el Cielo.

29 de agosto de 1947

A las 19.

Dice Jesús:

<<El perdón es la venganza de Dios.

Aun en la Cruz habría podido fulminar a los culpables. Los rayos marcaban el cielo y habría podido dirigirlos contra los que se aglomeraban para insultarme. Y también habría podido cumplir alguna otra venganza,

Seguía siendo siempre Dios. Mas nunca fui Dios de modo tan grande como cuando usé el perdón como única venganza. Si hubiera castigado a quienes me ofendían, habría sido un potente Yo; habría sido un hombre, siempre un hombre que con el favor de Dios puede servirse también de las fuerzas cósmicas para abatir a sus enemigos. La historia de mi pueblo está llena de episodios de este tipo provocados por patriarcas y profetas, siempre por justos. Mas, vengándome con el perdón, he sido Dios, es decir, un Ser sobrehumano, tanto más elevado que los hombres por haber sabido usar la venganza que el hombre no usa: el perdón.

Y esta venganza os la he enseñado a vosotros, mis prosélitos, porque los prosélitos de Cristo, los *verdaderos* prosélitos de Cristo, es decir, los santos, se vuelven lo que se ha definido "hijos del Altísimo, dioses, herederos del Reino de Dios"[1].

Perdona, María. Quienes te causan dolor no saben lo que hacen. No lo saben. Perdona por ser hija del Altísimo, espejo mío, hermana mía. Que mi paz sea tu bálsamo>>.

Es el consuelo por el mal comportamiento de los parientes.

[1] Salmo 82, 6; Juan 10, 34.

6 de septiembre de 1947

Dice Jesús:

<<Por lo general, cuando se explican los diez mandamientos se dice que comienzan con los tres dedicados al culto de Dios, porque Dios tiene precedencia y todo lo que es de Dios debe tenerla sobre todo otro ser o cosa. Es una explicación justa, pero esta explicación común no es la única para aclarar el orden dado a los diez mandamientos.

Siendo Dios la perfección, podía haber sido colocado en el vértice de la escala ascensional de la perfección y podía dársele el culto y el honor cuando la criatura se hubiera hecho digna de dárselos, tal como conviene, por ser ya "justa" en todas las cosas de la Tierra. Mas, ¿crees que entonces habría sido posible honrar a Dios y practicar su culto? Te lo digo Yo: no habría sido posible nunca. ¿Por qué te lo digo, alma mía? Escúchame bien.

¿Qué es Dios? Es Caridad, Bondad, Sabiduría, Fuerza, Potencia. Es el Todo. Es la Perfección.

¿Qué es el hombre? Es un alma prisionera en una carne anhelante y fuerte en cuanto a los apetitos nocivos, débil en cuanto a las buenas intenciones, un alma que, además del peso y las consecuencias del peso de la materia que la envuelve, lleva el peso y las consecuencias de la culpa de Adán, mancha borrada, obstáculo abatido para dejar lugar a la Gracia, pero culpa cuyos estímulos aún no están sofocados, culpa embestida por los vientos del mundo y de Satanás. El hombre es debilidad, egoísmo, ignorancia, impotencia, imperfección. Es todo esto a pesar de los dones gratuitos de Dios porque, por lo general, tales potentes dones no son utilizados por el hombre con una voluntad inteligente y amorosa. Por lo tanto, quedan inertes, estériles. El hombre vuelve estériles estas potentes levaduras, estas potentes medicinas, estos gérmenes potentes, con su apatía, con su negligencia, con su incredulidad, o con el máximo mal, que es el odio hacia Dios. Así el hombre aprisiona estos dones, los amordaza, los humilla, los pisotea, los rechaza. Y, al hacerlo, rechaza también al Donador de los mismos: rechaza a Dios, Uno y Trino.

Y, al separarse de Dios, el hombre es una nada, no es capaz de nada, porque la unión con Dios es vida, porque la unión con Dios es potencia, porque la unión con Dios es potencia, porque la unión con Dios es fortaleza, porque la unión con Dios es sabiduría, porque la unión con Dios es templanza, es justicia, es prudencia, es bondad, es misericordia, es caridad, o sea, es ser hijos de Dios que tienen semejanza con el Padre en el espíritu y en las virtudes.

Sin Dios, el hombre puede ser sólo un bruto salvaje o, más que un bruto, un demonio, porque el bruto se deja dominar por el hombre, se domestica, se doblega ante la potencia que se llama "hombre", se doblega con amor o por amor –en los brutos más desarrollados y domésticos- o con temor. El hombre ha convertido a los animales, que al principio eran libres y salvajes, en sus súbditos y ayudantes y también en amigos por cierto no despreciables. Muchos hombres tendrían qué aprender de los animales amor, fidelidad, paciencia, obediencia. Luego, los animales saben amar y obedecer, ser fieles. Muchas veces, los hombres no saben doblegarse ante la potencia llamada Dios. Luego, son demonios, porque sólo los demonios son perpetuos rebeldes.

He dicho que los hombres no saben doblegarse. ¡Oh, Dios no os impone doblegaros ante Él! Os pide que os arrojéis en sus brazos paternos, no que os dobléis bajo el bastón, el látigo, el yugo, las riendas, como los animales, sino bajo el amor, bajo la caricia del amor de Dios. Os pide que os dobléis sobre su regazo de Padre y que le escuchéis mientras os explica lo que está bien y subraya sus palabras con caricias y gracias.

¿Por qué no hacéis lo que sabe hacer el animal hacia el que lo domestica o lo ama? Comparado con el animal, es grande la potencia y perfección del hombre. Pero la potencia y perfección de Dios es infinita respecto a ese átomo que es el hombre, quien es grande respecto a los animales sólo gracias al alma, que le viene de Dios, y puede llegar a ser grande también ante Dios sólo por cuanto sepa engrandecer su alma, recreándola en la perfección.

Una vez hecha esta premisa, vayamos ahora a la lección sobre la sabia justicia, sobre la bondad paterna de Dios al ordenar al hombre primero la perfección hacia Dios, luego la perfección hacia el prójimo. Además de la justa regla de precedencia hacia el Supremo en la práctica de su culto, el orden mantenido en los diez mandamientos es debido a un perfecto pensamiento de amor paterno de Dios hacia los hombres, que Él quiere que sean eternamente bienaventurados en su Reino.

Cuando el hombre pone en práctica los tres primeros mandamientos ama a Dios y, por eso, vive en Dios y Dios vive en él. Al ser tan "vivos" por la vida de Dios que se comunica en la plenitud de sus dones al hijo en cuya intimidad habita, los hombres, con su parte más agresiva (la humana), pueden llevar a cabo la justicia. Reconocer a Dios por único Dios, honrarle, rezarle, no caer en idolatría, no vituperar el Nombre Santísimo, son actos del espíritu y el espíritu, el alma, siempre tiene una agilidad mayor para llevar a cabo lo que le es ordenado, lo que

siente que es justo, lo que espontáneamente, instintivamente, siente que debe dar a su Creador, que sabe que existe como Ente Supremo.

Ya te he explicado esto a su debido tiempo, respondiendo a las objeciones acerca del "recuerdo que las almas tienen de Dios". Pero la carne, ¡oh, la carne!, ¡es la bestia rebelde y golosa! Es la materia que más fácilmente es acicateada, intoxicada e inflamada por la tentación, por el veneno, por el fuego de la serpiente maldita. Y para saber resistir debe estar sostenida por un espíritu fuerte, fuerte por su unión con Dios.

Lo he dicho: "Si no sabéis amar a Dios, ¿cómo podéis amar a vuestro hermano? Si no amáis al Bueno en absoluto, al Benefactor, al Amigo, ¿cómo podréis y sabréis amar a un semejante vuestro que sólo raramente es bueno, benéfico, amigo?". Desde un punto de vista humano, del hombre-animal a hombre-animal, no podríais hacerlo. Sin embargo, si no amáis al prójimo, no amáis a Dios y, si no amáis a Dios, no podéis entrar en su Reino.

Es por eso que, entonces, el Santísimo Padre os enseña a amarle primero a Él. Como un Maestro enormemente sabio primero os instruye, os cría y fortalece en el amor dándose a vosotros Él mismo, el siempre Bueno, para que lo améis. Luego, después que el amor os ha unido a Él y ha establecido en vosotros la morada de Dios, os impulsa a amar a los hermanos, al prójimo y, para fortaleceros cada vez más en el dulce pero difícil amor al prójimo, indica al padre y a la madre como primer prójimo para ser amado por vosotros. El hombre que, después que a Dios, sabe amar con perfección al padre y a la madre, más tarde sabrá contener con facilidad su violencia hacia el prójimo, ya sea éste ladrón, fornicador, perjuro, ya sea que envidie la mujer y los bienes ajenos. ¿Has comprendido, alma mía, la razón de amor que tuvo Dios en la disposición de los 10 mandamientos? Quiso ayudaros, daros el modo de estar con Él y Él en vosotros, para que esta unión os dé un espíritu tan fuerte que salga victorioso siempre sobre la carne, el mundo, el demonio, y para que esta victoria llegue al triunfo del Cielo, al gozo de Dios, a la vida eterna, al tiempo y al lugar maravilloso donde ya no hay luchas ni órdenes, donde la fatiga y el dolor han sido superados por completo, y hay sólo paz, paz, paz.

La misma paz que te dono, alma mía, para sostener tu sufrimiento y anticipar la que te espera allí, donde Yo estoy con el Padre y el Espíritu Santo, con María y los Santos>>.

14 de septiembre de 1947

Dice Jesús:

<<¿Has meditado alguna vez acerca de lo que quiere decir la expresión: "Dice la Sabiduría, dice el Señor", que está en los labios de los teólogos cuando hablan de todos los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento? Hace poco le oíste decir a un predicador: "Dice el Señor: 'Aunque Yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles…'". No dijo: "Dice Pablo[1]", sino "Dice el Señor".

¿Por qué dice así?, ¿por respeto, pensando que Dios está presente en todas las acciones del hombre? Lo dice también por eso pero, sobre todo, porque hay que decir la verdad. Y la verdad es que Dios está tan presente en los que le aman que la personalidad y, especialmente, el pensamiento de los mismos se anula en el de Dios y ya no es Pablo, Pedro, Juan, Santiago o Judas. Pedro, Pablo, Juan, Santiago, Judas, portavoces de Dios, dicen que Dios dice en ellos; sus palabras son la voz de Dios. Y así fue también, en tiempos más lejanos, con Isaías, Jeremías, Iesaí bar Sirac, Sofonías, Miqueas, Zacarías… y en tiempos más cercanos con todas las voces del Señor diseminadas en los siglos para decirles a los hombres las palabras de Dios, esas palabras que son otras tantas luces, otras tantas medicinas, otras tantas gracias.

¿Ves qué bueno es el Señor con quienes le pertenecen totalmente? Les convierte de tal modo en una sola cosa con Él, que ya no son ellos los que hablan y obran sino Él, hasta el punto que, refiriéndose a lo que la mano de dichos hombres escribe, se puede decir sin mentir: "Dice el Señor". Y nota aún que, por verdadera justicia, no pueden vanagloriarse de las palabras que escriben, porque no son suyas sino del Señor.

Por eso te he dicho siempre: sé humilde siempre porque, si una pizca de soberbia naciera en ti por lo que escribes, Yo te abandonaría hasta que un arrepentimiento prolongado y sincero, te hiciera aceptable para mi corazón.

Quédate en paz, alma mía, pequeña crucificada. Tras haber sido considerada, un objeto de horror, la cruz fue exaltada porque me llevó y, entonces, fue considerada un instrumento de redención. Tras haber sido puestos a prueba en el dolor, los crucificados serán exaltados por haber cumplido en ellos lo que le faltaba a mi Pasión>>.

[1] 1 Corintios 13, 1.

17 de septiembre de 1947

A los colosenses.

Dice Jesús:

<<(1. 23) No significa nada recibir el Bautismo y los demás Sacramentos, menos la Confesión en punto de la muerte, si es sincera y leal y el Óleo Santo, si no vivís perseverando "sólidamente cimentados en la fe, inconmovibles, en la esperanza del Evangelio". Es más, estos dones de infinito valor se vuelven contra vosotros mismos para condenaros, porque se le pide más a quien se le da más, porque el Evangelio es Vida, porque los Sacramentos son Fuerza, porque en el Cristianismo todo es activo y ¡ay!, de los que, llevando infundida en sí tanta Vida, son indiferentes, son indolentes, que vegetan sin trabajar a pesar de la gran potencia que les ha sido dada para aparecer siempre "santos, inmaculados, irreprensibles, ante el Altísimo".

(2, 12) El hombre-animal (que es el hombre privado de la Gracia, o sea, tal como es cuando nace de mujer) a los ojos de Dios resulta semejante a un muerto cuyo cuerpo corrupto no puede entrar en el Templo eterno en el que resplandece el trono de Dios, porque lo contaminaría, y a cuyo cuerpo corrupto no puede venir El que colma de Sí toda la Creación, El que en todo lo que existe es omnipresente con la Potencia en las creaciones inferiores, con la Potencia, la Sabiduría y el Amor en el hombre, la creación superior.

Mas a Dios no le basta haberos creado. Como perfección de lo Creado, Él quiere morar en vosotros con su Perfección Trina, quiere poseeros antes de donarse a vuestra posesión eternamente, quiere gozaros antes de que le podáis gozar en el Cielo. Y entonces Cristo, por obediencia al Padre y al Amor, se encarna y se inmola para hacer del agua bautismal no ya un rito, sino una vida. Cristo hace esto: os injerta en la Vida por medio del Bautismo. El Bautismo obra en vosotros del mismo modo que, si esto fuera posible, haría un cirujano que tomara a un nacido-muerto y, uniéndole a una matriz activa, le diera vida. El Bautismo os toma muertos, os sumerge en el agua que, en realidad, es Sangre, mi Sangre, y os restituye vivos a causa de la Vida, que es Gracia.

(2, 20) Considera la gran libertad del cristiano fortificado por la Vida que ha recibido. Dice el apóstol: "Si habéis muerto en Cristo a los elementos del mundo, ¿por qué os sujetáis, como si aún estuvierais *subordinados* al mundo, a estos preceptos: no toques, no pruebes, no uses?".

¡Qué gran verdad! ¿Qué les he dicho a mis fieles?: "Los que crean en Mí, echarán a los demonios, beberán los venenos, tocarán las serpientes, pisotearán

los escorpiones, pasarán en medio del fuego y de las aguas y de las fieras, y nada les hará daño hasta que Yo-Vida no lo conceda para vestirles con la púrpura de los mártires"(Lucas 10, 19.). El verdadero cristiano no debe temer el mundo ni sus poderes: el uno y los otros introducen insidias aun en las cosas más naturales, como el gozar de un alimento, de un fruto, de una flor, de una caricia dada o recibida, de un afecto y, de este modo, las cosas buenas que Dios había creado para que su hijo, el hombre, se regocijará con ellas, se mudan en venenos, serpientes, escorpiones, agua, fuego y bestias feroces.

Colmaos de Mí sin prohibiros lo que Dios os ha concedido tal como os lo ha concedido: con justicia, prudencia, templanza, y seréis superiores a las insidias de los demonios y de los sentidos porque Yo, que vencí la muerte y el pecado, os fortaleceré contra las cosas que pueden convertirse en pecado y muerte>>.

19 de septiembre de 1947

Dice Jesús:

<<Empieza enseguida a releer los escritos para que sean legibles para los demás, dado que ya no puedes ocuparte de ellos y deben hacerlo otros. Muy pronto te llegará una carta en la que debes creer y que debes acatar. Cuando la recibas, te persuadirás de esto. Prepárate para tener listo lo que pidan.

Respecto a cómo debes conducirte, no haré más que repetir lo que he dicho siempre: tutela de la Obra, secreto en cuanto al portavoz, carácter sobrenatural de la Obra desde la primera edición –debes señalar las partes reservadas al público respecto a la obra general reservada al clero- publicación para evitar violaciones que, como te dije, ya se han producido, pero, naturalmente, publicación después de la debida autorización de la Iglesia; además, acto en doble copia- firmado por el General[1], o por alguien delegado por él, y por ti –que se empeñe, en nombre de toda la Orden, a tutelar la Obra que se les ha confiado y también a tutelarte, así como a la restitución de los manuscritos y de una copia de los mismos, que deben permanecer en tu casa hasta la primera publicación de la Obra. Luego podrás entregar también los manuscritos.

Las demás instrucciones te las iré dando en su momento. Es suficiente escribir éstas para hacerlas ver en el momento oportuno y demostrarles que quien te guía soy Yo y que tú obedeces.

Y que obedezcan también los otros. Dado el estado actual de las cosas, el General no debe tener aún resistencia y temores. Si sigue resistiéndose, me dará

[1] Se refiere al Padre General de la Orden de los Siervos de María.

mucha pena. Por eso, dado que ha sido eliminado lo que puede atemorizarle, ahora puede redactar el acto y tú y los demás podéis ir adelante como Yo quiero>>.

22 de septiembre de 1947

Corrijo… pero no logro decidirme a escribir al Padre Berti… Tengo miedo de ellos; he sufrido demasiado por su causa. Jesús insiste como si fuera una tromba que resuena sin cesar… ¡Si fuera verdad! Pero, ¡¿quién se atreve a fiarse?!

24 de septiembre de 1947

Dice Jesús:

<<Haz siempre así: ya te lo he dicho en Compito[1], pero no lo recuerdas. Cuando se te niegan los medios ordinarios, usa los medios extraordinarios, mas nunca dejes de lado los medios ordinarios cuando puedas tenerlos. Que mi piedad hacia tu hambre no saciada por los hombres, que tendrían que saciártela, no te lleve a abusar. Ella ya es un favor extraordinario en medio de lo extraordinario que te colma y reviste. Sé feliz por todo esto y está en paz, porque es una prueba más de mi amor por ti, pero sé feliz y está en paz siempre con justicia.

Un día dije en Palestina: "Siento piedad hacia estas multitudes… no quiero que regresen en ayunas para que no languidezcan y caigan por el camino"[2]. Y les di comida. Mas otra vez dije: "Me buscáis por el pan que habéis comido hasta saciaros, no por los milagros que habéis visto"[3]. ¡Era más cómodo obtener pan y peces sin gastar!, pero no era justo.

Obra de modo tal de merecer siempre mi gracia, que te da alimento para que no languidezcas… dejo a tu espíritu la facultad de comprender estas palabras… Canta con tu Azarías el "Panis angelicus". Yo escucharé tu canto… y que las otras cosas que te digo queden escritas en tu corazón>>.

[1] Se trata de S. Andrés di Compito.
[2] Mateo 15, 32.
[3] Juan 6, 26.

25 de septiembre de 1947

Dice Jesús:

<<Te han preguntado si el óleo que usaban mis discípulos para sanar a los enfermos tenía solamente fines curativos.

Ya he hablado de esto en la Obra pero, cómo compadezco al que no encuentra el tema en una obra tan basta, lo repito: El óleo tenía solamente poderes curativos. Es más, ni siquiera tenía tal poder de un modo especial. Tenía el consabido poder curativo del óleo que en mis tiempos era muy usado bajo forma de ungüento y ya sea solo o junto con resinas y esencias para friccionar o extender sobre las partes enfermas. En sí mismo, tenía sólo ese consabido poder que era muy relativo en ciertas enfermedades serias que ya habían llegado a un nivel mortal o crónico y que eran precisamente las que les eran presentadas a mis discípulos porque se había declarado vana toda cura para ellas.

Por lo tanto, no era el óleo por sí mismo lo que sanaba si lo aplicaban mis discípulos; lo que sanaba era el poder que yo les había dado. El óleo era solamente el medio utilizado para hacer que mi poder, comunicado a los apóstoles, no asumiera una forma que podía ser tachada de demoníaca o mágica por mis enemigos o por los enemigos de mis discípulos.

De este modo, solamente de este modo, el óleo sanaba los cuerpos. De este modo, solamente de este modo lo hizo el óleo, hasta que Yo instituí el Sacramento del Santo Óleo. Entonces el Santo Óleo compuesto según las reglas de la liturgia mosaica, adquirió el poder de sanar las llagas del alma, de borrar también las señales y cicatrices que quedaban tras la absolución de los pecados obtenida por medio de una sincera confesión y por los méritos de mi sacrificio.

El óleo tenía dos poderes bien diferenciados. Uno sobre los que tenían enfermos los miembros y hasta la institución del Sacramento de la Extremaunción, para sanar los males del cuerpo. Otro, sobre los moribundos, ya próximos al juicio, para sanar el alma antes de su encuentro con Dios-Juez y, en el caso que Dios se inclinara bondadosamente ante la plegaria de los deudos, para dar salud también al cuerpo, concediéndole un nuevo tiempo en el mundo a fin de obtener nuevos méritos, o simplemente méritos, si el que por medio del Sacramento había obtenido también la salud física, no los había conseguido antes.

En conclusión: el óleo que los discípulos esparcían sobre los enfermos no fue un Sacramento hasta después que yo instituí el Sacramento que debía aplicarse en un caso mortal, según el modo que la Sabiduría había enseñado>>[1].

[1] Éxodo 30, 22-33.

30 de septiembre de 1947

Mientras corrijo unas páginas escritas a máquina y admiro en ellas la belleza del estilo, dice Jesús:

<<Ves, María: si Yo te hubiera dado páginas bellas sólo desde el punto de vista literario no te habría dado nada; nada útil, nada que tuviese un verdadero valor. Te habría dado una música y peor que peor, te habría dado una de esas músicas vacías, ligera, que sólo acarician el oído, pero que no estimulan en quien las escucha pensamientos elevados porque, en cambio, hay una música que es plegaria, que es lección, que es elevación a la contemplación de lo sobrenatural; una música en cuyas notas vibra y se trasluce de verdad no tanto el genio del hombre sino la potencia de Dios creador del hombre.

El genio del hombre no es más que el medio para testimoniar la potencia de Dios, que le creó dándole inteligencia y razón, además de espíritu y carne y sangre. El genio del hombre no es más que la respuesta a los que sostienen teorías evolucionistas, según las cuales el hombre actual es sólo la bestia que, con lenta ascensión ha evolucionado de la condición de bruto a la condición humana. El genio del hombre no es más que la respuesta a los que niegan la Creación y, por lo tanto, también a Dios Creador; a los herejes que sostienen la autogénesis del universo. El genio del hombre no es más que la respuesta de los ateos. El genio del hombre es la confesión que Dios existe y que todo existe porque Él así lo quiere: la luz, la vida, los elementos, la inteligencia, todo.

Mas Yo hablo de las músicas vacías. Y a éstas compararía mis páginas si fueran sólo armonía de palabras y perfección de estilo; pero en mis páginas está la Sabiduría, mi Sabiduría. Está la Verdad, mi Verdad. Está la Caridad, mi Caridad. Y, por lo tanto, está Dios. He ahí por qué estas páginas tienen valor. Y ¡ay! del que no busca y no encuentra en ellas ese valor, ¡su valor verdadero!

Ya conozco la objeción que harán muchos: "Jesús habla con sencillez". En las parábolas hablaba con sencillez porque me dirigía a multitudes de rústicos mas, cuando hablaba a las mentes cultas, así fueran israelitas o romanos o griegos, hablaba como mejor se ajustaba a la perfecta Sabiduría.

Por otra parte, en las versiones de los evangelistas, mis palabras fueron muy reducidas, hasta el punto de ser esqueléticas: más que una versión constituían una alusión y eso las priva de la forma estilística que Yo les había dado. Además de los evangelistas sólo dos fueron apóstoles y, si bien se mira, los Evangelios que más reflejan mi Ser son los dos escritos respectivamente por ellos. En efecto,

puede decirse que el de Lucas, aceptable desde el punto de vista del estilo, es más bien el Evangelio de mi Madre y de mi Infancia –pues acerca de esto narra amplios detalles que los otros no narran- antes que el Evangelio de mi vida pública porque, en este aspecto, es más el eco de los otros que una luz nueva, como es, en cambio, el de Juan, el perfecto evangelista de la Luz, o sea, del Cristo Dios-Hombre.

El Maestro está en Mateo (véase el discurso de la Montaña, las instrucciones a los apóstoles, el elogio al Bautista y el resto de este capítulo, el primer episodio del capítulo 15 y el signo del Cielo, y el divorcio, cap. 19, y los tres capítulos 22, 23 y 24). El Maestro está sobre todo, en el luminoso Evangelio de Juan, el Apóstol enamorado, fundido en la caridad con su Cristo-Luz. Comparad lo que revela este Evangelio acerca de la potencia de Cristo orador con lo que revela la esencial exigüidad del Evangelio de Marcos que no deja de ser exacto en los episodios transmitidos por Pedro, pero que los reduce a la mínima expresión. Veréis entonces si Yo, el Verbo, usaba solamente un estilo muy humilde o si en Mí en cambio, refulgía a menudo la potencia de la perfecta Palabra. Sí, en Juan esa Palabra brilla, a pesar de que está muy reducida a pocos episodios.

Ahora bien, si le he querido aumentar al pequeño Juan el conocimiento sobre Mí y sobre mis enseñanzas, ¿por qué tal hecho habría de convertiros en incrédulos y duros? Abrid, abrid el intelecto y el corazón y bendecidme por todo lo que os he dado>>.

7 de octubre de 1947

Veo a la gloriosísima María en el Cielo. Está sola en el azul paradisíaco. Se le ve bella como en la Asunción y en todas las visiones paradisíacas. La Voz del Padre Eterno y un rayo de luz divina en medio de la gran luz del Paraíso me la indican como la Beatísima y la envuelven en un esplendor indescriptible. Dice el Padre Eterno: “He aquí a Aquella en la que reposan todas las esperanzas de salvación para la Iglesia y para la Humanidad: la Madre de la Palabra que es Evangelio”. Me abandono en el éxtasis de esta contemplación.

12 y 13 de octubre de 1947

En Fátima con los peregrinos. Oraciones en la noche y en la Cuenca diseminada de luces… Y María Santísima de Fátima a mi lado… Permanece junto a mí también por la mañana, mientras está aquí, en el cuarto, el Padre

Berti… María me incita a rezar con el rosario por el Papa, por el clero, por la paz y por Italia. El rosario es la válida defensa del Papado, de la Iglesia, del clero, de la paz y de nuestra Patria. Dice que por eso apareció en Roma y que también lo hizo para sacudir a los incrédulos, a los indiferentes, a los hostiles y contrarios a lo sobrenatural, y que se refiere también a los incrédulos acerca de la Obra, que es "gloria de su Hijo y en la cual hay salvación para muchos".

15 de octubre de 1947

A las 10.

Dice María Santísima: <<Bendigo, mas quiero fidelidad al rezo cotidiano del rosario>>. Bendice sin gestos, sólo con la mirada y el amor, mi rosario y el de Marta, Eroma, Anna María y María Teresa.

17 de octubre de 1947

Dice Jesús:

<<Escucha y que mi infinita Misericordia sea tu paz, paz siempre paz. No llegarás nunca a tocar el límite de mi Misericordia porque es ilimitada, mas debes saber también esto y que sea para ti la palabra de un Sacerdote que te absuelve de las miserias que te causan angustia. Sirve para ti pero también para muchos otros.

En mi infinito amor hacia las almas, tengo infinitos recursos para emplear todo lo que me dan las pobres almas, o las almas que ya están en el camino de la perfección, con tal de que ellas me amen así como son capaces de hacer: con la total entrega de sí mismas, con sus capacidades y relatividades, que intentan aumentar siempre. No hay ningún santo, hasta el que hoy es glorioso, que aun siguiendo en la Tierra la vía perfecta, no haya mezclado su oro aún mínimas partículas de tierra. Pues bien, he cogido también estas partes de la obstinada humanidad de un justo. Mi amor las usó, las elaboró y de ese peso inútil hizo algo útil para otras almas.

Sí, mientras los hombres usan sólo lo que es bueno y útil para una labor o un interés, y también en los afectos aman sólo los aspectos buenos del amado, mi amor usa también las miserias de los mismos. Toma y transforma las cosas más comunes de la vida ordinaria de un alma que le ama y de las acciones simples hace acciones meritorias. Y hace aún más: se sirve de sus mismas miserias y flaquezas, a veces de sus pequeñas mentiras, de todo lo imperfecto –aunque no nocivo- para el prójimo (esas pequeñas mezquindades suscitadas por una serie de

estímulos, comparables a las imprudentes y burlonas curiosidades y alardes infantiles) y las emplea para que otras almas se encaminen por la buena senda, de modo que de la imperfección cometida por un alma irreflexiva o que ha cedido por un instante, se hace un instrumento de bien para los demás. Este acto diminuye la imperfección y la deuda hacia la Justicia que, debido a tales imperfecciones, ha contraído el alma. Y, al mismo tiempo, hace que el alma que las ha cometido aumente su amor hacia Mí con el reconocimiento con mi Misericordia, que no la mortifica desenmascarando sus imperfecciones, sino que, por el contrario, cuando advierte que de una flaqueza de esa alma puede nacer un fuerza para otros, la secunda.

Mi método para amar y salvar tiene formas que sólo Yo uso y que pocos comprenden.

Entonces, cuando me sirvo de las miserias de las almas para fortalecer otras almas, le digo al alma que las cometió: "¿Nadie te ha condenado?". Y cuando ella me responde: "Nadie, Señor". Yo le digo: "Tampoco Yo te condeno. Ve y no peques más"[1]. Estoy dispuesto a repetirlo 70 veces 7, porque las miserias de estas almas amantes nacen por lo general de una malentendida voluntad de hacer, a lo mejor obrando de forma solapada, que otros me amen y luego se disgustan por haberlo hecho.

Mas, almas mías, ¿es que no sabéis que no se peca cuando no hay intención de ofenderme sino de honrarme? ¿Es que no sabéis, dulces almas mías, que la humildad de sentirse incapaces, el arrepentimiento de haber hecho mal por haber querido hacer bien el bien, el amor que arde aún más fuertemente en vosotros, tras una de estas… caídas infantiles, me dan gloria y crean para las almas un bien aún mayor que si no las hubieras cometido? Parece paradoja, pero es verdad.

Quédate en paz, quédate en paz. Mi amor y el tuyo te lavan de todo el polvo que pueda intentar cubrir tu oro, que es tu voluntad de amarme con perfección. Quédate en paz. Y en lugar de la Eucaristía que no te han dado, toma mi Palabra. Ella es alimento, vida, salud, júbilo. Yo, con mis infinitos medios, vengo a unirme en comunión contigo. Descansa en el que te ama>>.

[1] Juan 8, 10-11.

19 de octubre de 1947

Todo el día de ayer me acompañó la visión de la zona de Roma que, desde la basílica de San Pedro, se prolonga hacia los campos que se extienden al sur de la ciudad, esa zona en la que vi caer rosas el 5 de mayo pasado. A mi izquierda tenía la Vía Appia, una de las pocas localidades de Roma que recuerdo bien porque la vi en mi única permanencia de 3 días en la ciudad en octubre de 1920, cuando fui a visitar la tumba de San Pablo; a mi derecha estaba el Tiber, que va hacia el mar. No sé por qué he tenido presente por un día entero esta zona de la campiña romana. Al caer la noche viene también María Santísima para hacerme feliz… Y hasta aquí no hay nada tan extraordinario como para llevarme a escribir estas palabras.

Pero después de que me había saturado del gozo de ver a María, he aquí que aparece el arcángel San Miguel, siempre con esa belleza imponente, casi diría con esa pavorosa belleza, con la centelleante espada en la derecha. Y aquí cesa la visión para mí sola y se convierte en comunicación universal.

Indicando a María Santísima, absolutamente bella en su humildad virginal –su gracia de eterna Jovenzuela es indescriptible…- el Arcángel exclama: "A la gran serpiente que avanza, oponed el arma: 'María'". ¡Qué voz potente!, hace vibrar la atmósfera como si fuera el rumor de un armónico rayo. María Santísima baja la cabeza y mira la Tierra con infinita piedad… el Arcángel profiere tres veces su potente grito. Ese Arcángel defensor se muestra muy severo e imperioso… Después del tercer grito y de la pausa sucesiva, se postra ante María y, venerándola dice: "¡Oh, tú, única defensa!, ¡oh, tú, la única victoriosa!, ¡oh, tú, la única esperanza de salvación contra el satánico veneno!, Madre del que no tiene igual, yo te saludo, Reina mía".

Y aún está postrado cuando, en raudo vuelo por los Cielos, desciende a la Tierra el Arcángel San Gabriel, llevando consigo una luz que vuelve tenue al mismo fulgor de San Miguel. Sostiene en sus manos un turíbulo de oro del que se desprenden los vapores del incienso. Sus cabellos son rubios y es cándido su atavío; su aspecto es espiritual esencialmente pero, para poder ser visible ante mí, ser humano, intensifica su aspecto humano. Su figura irradia luz, la jubilosa luz del Paraíso. La voz de San Gabriel es un canto suavísimo e indescriptible y, por eso, con su voz canora, mientras vuela en torno a María envolviéndola en su incienso, le dice: "¡Ave María!, ¡Reina de los Ángeles, salvación de los hombres, amor de Dios Uno y Trino!, ¡oh María!, después de Dios, ¿quién es como tú? ¡Salve, Reina gloriosísima en el Cielo, medicina de todas las enfermedades que

matan los espíritus y extinguen en los hombres la Fe, la Esperanza y la Caridad! ¡Ave María!".

¡Qué noche feliz! Me quedo contemplando por largo rato a la Virgen gloriosa y a los Arcángeles, tan resplandecientes y tan diversos entre sí, hasta que, tras tantas noches de agudos sufrimientos, caigo en un plácido sueño que dura hasta la mañana siguiente y cuando me despierto, vuelve a mi mente, límpidamente, el reciente recuerdo de la visión y el corazón rebosa de júbilo como cuando asistí a ella.

Sin embargo a mi íntimo júbilo espiritual se mezcla un pensamiento angustioso: las palabras de San Miguel, que dijo: "A la gran Serpiente que avanza, oponed el arma: 'María'". Estas palabras se relacionan con muchas otras… Y me hacen temer por la Iglesia de Roma y por nosotros, los pobres y tan débiles cristianos del siglo XX.

Para dar una referencia lo más exacta posible acerca de la localidad, elevada entre el Cielo y la Tierra, en la que vi desarrollarse la visión de la veneración angélica hacia la Bienaventurada Virgen María, diré que detrás de mí, es decir, a mis espaldas (teniendo presente que yo daba la espalda a Roma) y hacia la izquierda estaba la tumba de Cecilia Metella, al noreste del lugar, mientras que a mi derecha, veía el Tiber, que avanzaba penosamente hacia el mar.

Hace ya tres días que, tras haber implorado a la Bienaventurada Virgen de las tres Fuentes, obtuve la gracia física que había pedido.

23 de octubre de 1947

Dice Jesús:

<<Tu Año Santo tuvo lugar el día en que cumpliste 50 años. *Me tuviste como sólo tú sabes.* Y permanecerás en este año de tu jubileo hasta que dicho año se convierta en un siglo eterno de paz paradisíaca. Mas el Año Santo que ha de venir, tendrá que estar marcado por un signo especial: *el carácter mariano.*

Al cumplirse el 19° centenario de mi Pasión se celebró el Año Santo extraordinario. *A la Sabiduría infinita le gustaría que se celebrara también este otro centenario: el de la gloriosa Asunción al Cielo de mi Madre, y que dicha celebración diera un carácter especial al próximo Año Santo*[1]. *A la Sabiduría infinita le gustaría que se sintiera este deber, esta necesidad, esta previsión de*

[1] El Año Santo al que se refiere en primer lugar es el que se celebró en 1933, bajo el papado de Pio XI y fue llamado Año Santo extraordinario de la Redención. En el Año Santo ordinario de 1950, el Papa Pio XII definió dogma de fe la Asunción de María Santísima, en cuerpo y alma a la gloria del Cielo.

dar al próximo Año Santo el carácter de triunfo mariano y de estímulo para el culto a María, nuestra Salvación, en este periodo terrible de este siglo terrible en el que puede producirse la total apertura de los siete sellos[2] *como castigo de Dios.* Desde hace ya demasiados siglos la cristiandad espera esta proclamación triunfal de la Virgen-Madre que Dios llevó a los Cielos para que sea gozo de Dios, para quien fue Templo vivo en la Tierra, y Reina de los coros celestiales y del pueblo de los Santos.

En verdad, muchos de los sellos ya han sido abiertos, mas, ¡ay! si se abrieran todos, y si los llegan a abrir.

Anticipad la hora del triunfo de la Mujer, arquetipo de los que están marcados con el signo de los siervos de Dios, de los elegidos cuya morada es el Cielo. Anticipad la hora del triunfo de María sobre Satanás, sobre el mundo, sobre la materia y la muerte, a la que Nosotros vencimos dos veces, y a la que Ella, como criatura, venció por no conocer la muerte espiritual del pecado y porque su carne no se corrompió y vive aquí. Anticipad la hora del triunfo de María. Que los hombres, las mujeres y los niños de la Iglesia Única, Santa, Católica, Apostólica, Romana, se una a los Ángeles, capitaneados por San Miguel, para que por un tiempo sea abatido el dragón de las siete cabezas, diez cuernos y siete malditas diademas: las siete seducciones[3]. Y que la Cristiandad tenga tiempo de reunirse y fortificarse en la caridad y en la fe y de estrecharse para defenderse en la última batalla.

¡Ay! si fuera proclamada reina la mujer vestida de púrpura y escarlata, cuyo trono es la bestia inmunda con nombres blasfemos, antes de que, con palabras infalibles, se proclamara Reina de los Ángeles y de los hombres, a la Mujer vestida de sol, cuyos pies se apoyan en la luna y cuya cabeza está coronada de estrellas[4].

No puede haber una segunda Redención cumplida por Mí, Cristo. Mas aún puede haber una Redención para salvar de las espiras infernales al mayor número de espíritus: la de María gloriosa. En su culto está el secreto de la extrema Redención.

Si me sienten en las palabras de la Obra. Comunicarás estas otras palabras al que tú sabes>>.

[2] Apocalipsis 5-6.
[3] Apocalipsis 12, 3.
[4] Apocalipsis 12, 1; 17, 3-4.

24 de octubre de 1947

Veo la incandescente representación de la Santísima Trinidad: el Triángulo con el que se le representa ante nuestros sentidos humanos.

En el centro de este divino y resplandeciente signo, está María Santísima en su aspecto glorificado más fúlgido. Nunca la he visto tan bella y gloriosa, como un llameante candor que resalta en el ardiente Hogar del Dios Uno y Trino. Su cuerpo, su rostro, sus manos, su atavío, son luz. ¡Luz!, ¡luz!, ¡qué luz dulce y potente, qué belleza luminosa es María, qué eterna e incorruptible juventud encierra la Bienaventurada Virgen-Madre! ¡Qué humildad tiene! ¡Cómo reza! Tiene las manos cruzadas sobre el pecho como en la Anunciación y el rostro alzado para mirar el vértice resplandeciente del Amor Uno y Trino. Y, sin embargo, toda Ella es humildad. La azucena es menos cándida. El sol y la luna son menos resplandecientes que Ella. Está comprendida en el divino Triángulo hasta las caderas. El resto del cuerpo, las piernas envueltas en su atavío paradisíaco, resaltan en el fulgor del empíreo.

La voz del Padre Eterno dice: <<Así está María en Nosotros. Que los doctos en teología comprendan lo que quiere decir esta visión, lo mucho que ella encierra acerca del poder y del saber de María, a quien se dona todo el Amor y se revela toda la Sabiduría y todo el Poder se inclina para conceder>>.

¡Qué belleza! ¡Qué bien se entiende todo, aunque se sea ignorante como yo, cuando se ven estas cosas! Lo peor es que mi incapacidad de pobre ignorante no sabe traducir en palabras lo que mi espíritu, al verlas comprende.

He dicho que la gloriosa María "está comprendida en el divino Triángulo hasta las caderas", pero no porque María sea más grande que la representación de la Santísima Unidad y Trinidad de Dios, que es mucho más grande y espléndida que la muy espléndida María. Creo que el Altísimo me muestra la visión de este modo para hacerme comprender que María es grande, grandísima, que es la segunda después de Dios –que es el primero- pero que no es como Dios, que es Inmenso, Infinito. Y, por eso, María se me aparece en el divino Triángulo como si Éste velara sobre Ella y la abrazara con el fulgor de su amor, como a su Criatura dilecta entre todos los hijos del hombre, pero sin dejar de ser criatura.

Balbuceo… No sé explicar lo que he entendido tan bien… Esta incapacidad mía me apena, porque querría hacer entender lo que he entendido. Me esfuerzo por mostrar cómo era la figura; tened piedad de mí, compadecedme si no soy capaz de dibujarla mejor. (La escritora incluye el dibujito descrito)

28 de octubre de 1947

Experimento el gozo sobrenatural, el gozo que no puede describirse, que casi mataría si Tú no comunicaras junto con el don una fuerza sobrenatural, apta para soportar este inmenso júbilo de tenerte en mi regazo, entre linos, así como te tuvo María en la Gruta de Belén cuando eras un sollozante recién nacido… Y experimento también la compasión –que, de todos modos, es éxtasis aunque está saturada de dolor y de lágrimas- de tenerte en mi regazo, ya muerto, con tu dolorosa efigie de Inmolado, así como te tuvo tu Madre a los pies de la Cruz…

Gracias, Señor; no soy digna de estos favores divinos…

La tibieza de tu róseo cuerpecito de Recién Nacido me ha entrado en el corazón. ¡Oh, mi querido Jesús Niño! Poder besar tus carnecitas tiernas, tus manitas inquietas, tus piecitos tan pequeños y rosados, y los ojitos pequeños y la boquita pequeña, pequeños e inocentes, ¡oh, qué inocentes! Y luego sentir el hielo de tu Cuerpo, denso de muerte, rojo de sangre, amoratado por los golpes; no saber dónde besarte para no rozar una herida tuya, o el surco de un latigazo, y sólo llorar sobre Ti… También este hielo de tu Cuerpo extinto ha entrado en mi corazón… ¿Has sentido las llamas de mi amor lleno de compasión, que habría querido dar calor a tu Cuerpo helado?

30 de octubre de 1947

Uno de mis siete testigos me hizo saber ayer que le escribió un dominicano diciéndole: <<Sé por un alma que tiene comunicación con la Virgen que "nos salvaremos con María". No puedo decirle más, recuerde esta frase y dentro de 2 ó 3 años sabrá decirme algo sobre esto>>.

Este testigo mío no conoce las comunicaciones que tuve acerca de la necesidad de recurrir a María, nuestra única y extrema salvación. Nadie lo sabe, excepto el Padre Berti. Y hasta el mismo Padre Berti desconoce la penúltima comunicación, la del 23 de octubre (acerca del Año Santo de carácter mariano). Esta coincidencia de voces sobre el poder de María para salvarnos, me produce uno de esos sobresaltos que me acometen siempre cuando desde otras fuentes para mí desconocidas, así como yo lo soy para ellas, oigo repetir cosas que me han dado dicha también a mí.

El mismo testigo me hace saber que el Padre Pietro Pennoni, en su reciente visita a Camaione (septiembre de 1947), le dijo a la señora Favilla (una de las muchas exaltadas a las que el Padre Migliorini, a igual que el Padre Pennoni, el

Padre De Santis y otros, obrando de modo imprudente y desobediente, entregaron los fascículos desde 1943 a 1945) que el Padre Migliorini sigue escribiendo y copiando las comunicaciones del "portavoz" y que algunos cuadernos ya han sido presentados al Santo Padre y al Tribunal de la Rota (?) a la espera de ser examinados. ¿Es que la obstinación en ser imprudentes, poco delicados, etc., etc., no termina nunca? Que Dios les perdone y que provea…

Esta noticia me apenó y me turbó toda la tarde, toda la noche y la mañana siguiente. Luego la mente se apartó de esta amargura para pensar en un hecho que podíamos definir… doméstico.

Ayer le dije a mi inquilina, una persona buena aunque no practicante, que está por dar a luz: <<No me gusta hacer de predicador. Les dejo a todos la libertad de creer o no, de practicar o no. Me limito a mostrar abiertamente mi fe. Y si mi ejemplo cunde, mejor. Si no lo hace…dejo que se ocupe Dios. Pero precisamente a Ud., que tiene miedo de sufrir un parto cesáreo, le digo que le convendría empezar a poner en orden su conciencia. Si Ud. está en gracia de Dios, Él y sus Santos y, en especial, María Santísima y Santa Ana, serán benignos con Ud. No me gustan los que esperan a estar ahogándose para clamar "Señor, Señor", sin haber pensado en procurarse a tiempo el salvavidas, y que luego se lamentan porque el Señor no les ayuda…>>. Me contestó: <<Haré lo que debo hacer para Navidad>> y allí terminó la conversación.

Esta mañana hago la siguiente reflexión: "Está bien. Para Navidad librará su conciencia del peso de todas las misas de los domingos que no escuchó y de todo lo demás. Pero su hijito va a nacer a fines de enero… Por lo tanto, tendrá ya sobre la conciencia 4 domingos sin la Santa Misa… ¿Y entonces, si ocurriera un desastre, qué sería de su pobre alma?". Me dirijo a Jesús diciéndole: <<Señor, ella es una ignorante, es una analfabeta por lo que se refiere a la religión. Por lo tanto, emplea con ella tu plegaria de perdón, porque "no sabe lo que hace">>.

Jesús me responde prontamente: <<Lo haré. Es más, lo hago precisamente porque es una salvaje respecto a la religión. No está más allá de quienes experimentan un estímulo instintivo hacia Dios sin saber quién es el verdadero Dios. Mas no es culpa suya. ¡Hay tantos como ella! Reciben el Bautismo, la Comunión, la Confirmación, otros sacramentos, porque… se acostumbran hacerlos a los niños o a recibirlos… y estos Sacramentos son como extraordinarios encuentros Conmigo… *luego me pierden de vista y ya no se acuerdan de venir a Mí,* que espero a todos los peregrinos de la Tierra. Los parientes no lo piensan, tampoco ellos lo piensan. Son católicos porque están bautizados, pero *no están unidos a Mí porque no viven.* Son animales-hombre y

no Hombres unidos a Dios por la Gracia. Son seres míseros. Hay qué compadecerlos y ayudarlos a salvarse. En cambio, tú serás juzgada severamente, porque has recibido una educación religiosa perfecta directamente del Verbo de Dios: el Muy Perfecto>>.

Me siento como si ya hubiera sido juzgada definitivamente para el infierno. Me parece que ya van envolviéndome las llamas infernales. Estas palabras me causan un tremendo espanto.

Jesús me concede una pausa para dejarme meditar y puedo asegurar que nunca he hecho un examen de conciencia más severo, minucioso y contrito como el de esta mañana, y que nunca me ha abatido tanto al verme humildemente como "fango, impureza, indignidad". Luego Jesús añade: <<En verdad te digo que si no unieras a tu insuficiencia respecto a la instrucción religiosa que te di, el amor total que tienes hacia Mí, tu permanencia en el Purgatorio sería muy larga, porque serás juzgada aun por los matices más leves, según la Justicia. Pero el Amor te perdonará por tu amor y según mi palabra, pues he dicho: "Muchos pecados le serán perdonados a quien mucho ha amado"[1]. A ti te digo: "Se te perdonarán tus venialidades e insuficiencias porque me amas con toda capacidad de amar". Ve en paz, María. Eres víctima de la Justicia, pero el que te juzga es el Amor. ¿Comprendes? Es el amor, el Amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Te juzgamos Nosotros: el Amor>>.

De este modo, se me pasa el susto…

[1] Lucas 7, 47.

31 de octubre de 1947

Dice Jesús:

<<Escribe. Es mi respuesta a esa carta audaz e injusta, y también a esa carta en la que hay otra cosa que me causa sumo desdén y que a ti, criatura, no te digo.

En un tiempo dije: "Satanás ha pedido cribaros"[1]. Lo que entonces se dijo, lo que entonces fue permitido para los discípulos de ese entonces, también ahora ha sido dicho y permitido para vosotros.

A Satanás le prohibí que serviciara directamente al pequeño Juan, que él odiaba desmesuradamente; a Satanás le prohibí que atormentara al pequeño Juan así como atormenta a Dora della Pieve, en quien se agitan siete veces siete demonios que la torturan de modo tan feroz que lo que viste, oh Romualdo, era una caricia infantil respecto a las servicias* infernales de hoy. Ahora Satanás os ha tomado a vosotros, a algunos de vosotros, a demasiados de entre vosotros, para torturar a María, mi pequeño Juan, y, al mismo tiempo, para examinaros. Y Yo y él os hemos examinado. Y habéis destruido mi dócil instrumento, a través del cual habría pasado aún tanta Luz y tanta Palabra para venir a vosotros.

Y tú, Romualdo, no has sido Padre, no has sido Director para mi instrumento; por el contrario, has sido *padrastro y tentador* para él, hasta el punto que Yo la he confiado a otro Padre –que sabe ser de verdad Padre y Director- porque, aunque Yo consuelo directamente, siempre quiero que los consuelos que recibe María sean examinados y reconocidos como verdaderos, como divinos, por un Sacerdote en el que vive el Espíritu Santo con la plenitud de sus dones. Este Sacerdote juzga, conoce, aconseja. Juzga a María, conoce a María, aconseja a María. Mas también os juzga a vosotros y a ti Romualdo, más que a nadie. Te conoce y os conoce a todos vosotros. Y un día testimoniará para que las cosas sean conocidas con verdadera sinceridad y justicia.

¿No te dice nada, Romualdo, que Yo haya tomado, desde un remoto extremo de Italia, a un desconocido y santo Sacerdote, que María no conoce, que vosotros no conocéis, que no os conocía, que no conocía al portavoz ni conocía la Obra, y que lo haya conducido a María, diciéndole: "He aquí a tu Padre" y diciéndole a él: "He aquí a tu hija"? ¿No se consume de dolor tu corazón reconociendo humildemente tu culpa?

¿Eres un padre para María? No, lo eras. Luego pronto, muy pronto, Satanás acosó y alteró tu paternidad; la alteró haciéndola de espiritual, material y te

[1] Lucas 22, 31.

* sevicia = crueldad excesiva.

volviste benévolo sólo para con las cosas de la Tierra. Después, cuando Satanás apretó sus lazaos en torno a ti, dejaste de ser paternal también con la carne de la criatura y supiste ser sólo áspero, duro, tajante.

¿Eres un director? No; Yo tuve que enderezar el timón y la vela de esa pobre alma, porque tu conducta era como un cierzo que la desviaba y la llevaba a estrellarse contra los escollos de ciertas relaciones, de ciertas desilusiones que Yo le quería evitar para no escandalizar al pequeño Juan, a ese muchacho que creía firmemente que todo Sacerdote era otro Cristo.

¡Creer que eras otro Cristo! ¡En verdad, si Yo hubiera sido así como tú, no habría atraído ni al sumiso Andrés ni al amoroso Juan! En verdad, si Yo hubiera sido así como tú, no habría atraído a Mí a los niños, ni a los pecadores, ni a los Gentiles. ¿Y no te arde como una quemadura tener que decirte a ti mismo: *"Destruí la obra de mi Señor*, que había logrado volver a la Iglesia, al Sacerdocio, a los Belfanti"? Pedro al menos lloró por el escándalo que había causado la noche de mi captura; lloró hasta quedar hundidas las mejillas. ¡En cambio, tú…!

¡Oh!, ¡en verdad, has alejado de Mí las almas, esas almas que me había conquistado con la ayuda del pequeño Juan! ¡Oh!, ¡en verdad, has hecho que el pequeño Juan se me resistiera y ya no conociera mi Voz, has hecho que temiera que fuese Satanás quien ordenaba que os fuera dado *lo que por 15 meses Yo había impuesto cotidianamente que no os fuera dado más, lo que no por ti he concedido que sea dado ahora, sino para que logre la paz el pequeño Juan, que está muriéndose.* Y muere antes del tiempo, porque vosotros le habéis consumido.

En ti están encarnados Bildad, Sofar, Elifaz[2], pero a Mí no me gustan. Prefiero a mi pequeño Job. Y porque le amo, le digo: "¡Oh Job, siervo mío!, ¡oh mi pequeño Juan!, ¡oh mi María!, reza por él, reza por ellos, y sufre y ofrece para que su conducta hacia ti, para que su modo de hablar de Mí y al prójimo sin esa rectitud que es caridad hacia Dios y hacia las almas, no sean imputadas a él, a ellos". Yo, el Señor eterno, que defiendo a los humildes, a los pequeños, y que en mi furor pisoteo a los soberbios y a los duros de corazón, digo esto. Yo lo digo… Y ruega a tu Señor que, por el sacrificio de María, sea disminuida tu deuda.

Pobre María, a quien nadie, y tú menos que cualquier otro, ha comprendido ni ayudado, excepto el Padre lejano y aquél a quien tú, en tu ceguera, consideras un réprobo, es decir, Giuseppe Belfanti. Nadie la ayudó en nada: no la ayudaron en su tarea, no la consolaron en su calvario. Yo, al menos, encontré al Cireneo. ¡Pero

[2] Job 2, 11-13 y en casi todo el libro.

ella ¿a quién encontró? Encontró a los indiferentes y a los que flagelaban sus grandes heridas. Mas le queda mi amor. Y eso ya es todo>>.

…Me quedo muy mal a causa de este dictado… Y estoy muy dudosa en transmitirlo… Se lo pregunto a Jesús. Me contesta:

<<Cuando uno se obstina en ofender la caridad, la caridad le dice lo que hasta entonces su Misericordia le había ahorrado al culpable. Mas dejo que seas tú el árbitro en cuanto a transmitírselo o no a Romualdo. Lo que exijo es que no destruyas nunca estas palabras y que las sometas al justo Isaac de esta época, Isaac para Mí y para ti, tan semejante al de mis tiempos, que no tenía la ruda dureza de un furioso Jeremías, sino la dureza de un cordero digno de seguir al Cordero divino y de guiar hacia el Cordero divino>>.

Jesús llama "Isaac" al Padre Berti. Al dictar o mostrar episodios evangélicos, a menudo me ha dicho: <<Ése o ésa, o el Padre A, o el Padre Z, son como ese otro o esa otra>>, y me indicaba personajes de otra época descritos en la Obra… Así me lo hizo conocer bien y completó mis conocimientos con la ilustración, visiva (no sé si me expreso bien) del alma de los mismos, de su verdadera conciencia y espiritualidad… y, muchas veces, no me agradó para nada conocerles tan bien. Habría preferido ilusionarme…

También le pregunto a mi Maestro si tengo que referirle al Padre Berti la conducta del Padre Pennoni. Me contesta que sí. Lo haré

. El rostro de mi Señor se muestra severísimo, sombrío como pocas veces. Sólo cuando posa la mano en mi cabeza para bendecirme, su rostro se ilumina con una sonrisa de piedad hacia mí.

1° de noviembre de 1947

A las 10.

Escucho la Santa Misa transmitida por Radio Francia. Oigo que nombran las 12 tribus con sus 12,000 marcados con el sello[1]… Digo: "¡Oh, Señor!, ¿me tocará un día estar entre ellos? Ya sabes que no lo quiero para ser celebrada en la Tierra, sino para gozar de Ti. ¡Pero me parece que siempre he obrado tan poco y tan mal!".

Mi dulce Jesús me responde:

<<Más aún que por tus méritos personales –entre los cuales, diligentemente, el amor y el dolor son fuertes y dignos de este lugar- vendrás aquí porque salvaste a

[1] Apocalipsis 7, 4-8.

muchos y a muchos salvarás con tu holocausto y con tu misión de "portavoz". Quédate en paz. Los que por ti vienen a esta paz –y que Yo conozco anticipadamente- construyen para ti el trono en el que permanecerás beatamente.

Recuerda las palabras de la Sabiduría: "Los que enseñaron la justicia a las multitudes resplandecerán como estrellas por toda la eternidad"[2].

Tú, la recluida y sacrificada, eres un pequeño maestro, cuyo rostro está oculto. El mundo no te conoce. Mas lo que aprendiste de Mí para enseñárselo al mundo te coloca en las filas de los que enseñan la justicia a las multitudes y, por eso, te será dado lo que se le prometió a Daniel por medio de la palabra del arcángel Gabriel, el mensajero de Dios. Quédate en paz>>.

[2] Daniel 12, 3.

4 de noviembre de 1947

Pensando en los dictados sobre el Pecado Original y que Jesús ha querido adjuntar a la Obra[1], le digo: "Ahora harán nuevas objeciones y volverán a atormentarme", y tengo miedo. Jesús me responde:

<<La Obra es más para los maestros que para las multitudes. Los maestros darán a las multitudes la esencia de la obra. Mas, para brindar esa miel, necesitan nutrirse con las flores de verdad que Yo he dado.

Todo es verdad en la Religión. Lo que pasa es que desde hace milenios se dan y se dicen algunas verdades por medio de figuras o símbolos. Y ahora, en este siglo de racionalismo y de positivismo y -¿por qué no decirlo?- de incredulidad y dudas que penetran aun en mis ministros, eso ya no basta.

Ya no es suficiente. La fabulilla de la manzana, tal como se le narra, no persuade, no se acepta, no aumenta la fe; al contrario, debilita la fe acerca de la verdad de la Culpa Original y, por lo tanto, acerca de la verdad de mi venida para redimir la Culpa original y, por lo tanto, acerca de mi predicación, porque era un Maestro en medio de la multitud y, por lo tanto, acerca de la institución divina de la Iglesia y, por lo tanto, acerca de la verdad de los Sacramentos, y podría seguir enumerando por mucho tiempo lo que es destruido por el hecho de no aceptar la cuarta verdad de la fe, o sea, la culpa de Adán.

La primera verdad es la existencia de Dios.

La segunda es la rebelión de Lucifer y, por lo tanto, la libre transformación del arcángel en Demonio, en Satán, espíritu del Mal y de las Tinieblas, opuesto al espíritu del Bien y de la Luz.

La tercera es la creación.

La cuarta es la culpa de Adán, ya prevista en su divina consecuencia por Lucifer, que se convirtió en Satán para no adorarme a Mí, Jesucristo, Hijo de Dios, Redentor del Hombre, Adversario y Vencedor de Satán.

La fabulilla de la manzana ya no les basta a las multitudes de hoy y, sobre todo, a los maestros de hoy, que enseñan mal porque su mente ya no puede acogerla. Que a la sutil y metódica erosión y corrupción del racionalismo y de otras tendencias actuales, se oponga una versión abierta, franca, plausible, creíble digna (como debe ser lo que tiene relación con Dios, lo que es una prueba que Dios propone a los que ha creado); la única versión sincera y real del primer pecado. Así creerán más los maestros y sabrán hacer creer más a los fieles. Lo

[1] Véase el diario del 31 de enero de 1947.

que es beneficioso en el alba de la Humanidad, en el crepúsculo matutino de los primeros tiempos, no es suficiente y también es dañino en la noche de la Humanidad, cuando los espíritus son adultos y se han vuelto maliciosos respecto a muchas cosas.

¡Propaguemos la luz! ¡Propaguemos la luz!, porque en la luz está la vida>>.

9 de noviembre de 1947

Refiriéndose a la visión del 24 de octubre de 1947, San Azarías dice:

<<El Altísimo Señor ha querido hacerte comprender el significado de las palabras de María Santísima en las Tres Fuentes[1]. María Santísima está abrazada a la Santísima Trinidad –podría decir contenida en Ella-, en Ella existió antes de que el tiempo existiera y de Ella fue Tabernáculo pues, por contener su seno virginal a Jesús, el Fruto bendito en el que se realizaba la unidad del Verbo con el Padre y con el Espíritu Santo, contenía al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Así Ella es el amor Uno y Trino de Dios. Por eso, la Revelación es su Tesoro y Ella es la amada y suave Reina de ese Tesoro, la que dispensa la Sabiduría, la que da la Palabra, la Esposa y la Madre de la Sabiduría y de la Palabra, la Fuente virginal que Dios fecunda y que forma los ríos del Agua viva, que es Vida eterna para quien bebe de Ella>>.

[1] Este tema está tratado en el diario del 31 de diciembre de 1947.

17 de noviembre de 1947

Dice Jesús:

<<Heme aquí. Que mi paz sea contigo.

He venido para decirte esto. Los médicos pueden comprender lo que pueden, es decir, lo que tiene aspecto humano. Mas en ti, bajo el velo de lo humano, está mi voluntad que purifica, embellece, santifica, consume, te hace hostia para muchos y gema para Mí.

El nombre de las enfermedades… se trata de nombres que están puestos allí como etiquetas que explican los pactos establecidos entre nosotros dos, tus dones de amor, mis besos de amor.

Es verdad, tu corazón se enfermó por las luchas que has combatido contra la maldad humana. Pero fue mi amor el que te lo hirió mortalmente. Era demasiado feo que tuvieras que morir a causa de los hombres, precisamente tú, a quien Yo amaba con amor eterno. ¡Oh, mi espejo fiel!, debes morir por los hombres. No debes morir a causa de ellos, sino porque eres mi imitadora.

Viernes Santo de 1930, Viernes Santo de 1934… y, sobre el misterio de amor hay nombres, falsos nombres de enfermedades. Mas no, tu enfermedad es nuestro recíproco amor.

Me diste tus pulmones para salvar el alma de tu padre y sobre este sacrificio hay un nombre, un nombre clínico cualquiera… una explicación que los hombres quieren darse para explicar lo que no pueden explicar, es decir, lo que podrían explicar solamente con la fe, alzando la mirada a esferas sobrenaturales.

Tu enfermedad del seno… ¡oh! ¿no recuerdas por qué rezabas los sábados? Pues, es la reparación por esas criaturas. Sufres, pagas, reparas lo que me ofende en la mujer.

Tu dolor, tu esclerosis en el costado… ya lo sabes… lo quisiste… y lo has obtenido.

Tu corazón dilatado… que los hombres no se pregunten la causa. El amor dilata hasta truncar las fibras.

Tus dolores neurálgicos: ya sabes a qué se deben.

María, María, eres mía, tal como eres, porque estás Conmigo, porque eres como Yo, crucificada por al amor hacia Mí, loca de amor hasta el punto de no saber calcular más. Alma mía, los hombres no pueden comprender, adivinar, los continuos milagros que Jesús obra en sus predilectos. Quédate en paz>>.

Jesús ha venido. En estos días no podía venir porque un motivo que me hacía sufrir de modo atroz le mantenía lejos. He comprendido muchas cosas en estos días. Su ausencia me sirvió de lección sobre el modo en que es necesario cumplir el verdadero arrepentimiento para poseer a Jesús. Yo no tenía nada que ver. Yo sólo contemplaba la ruina de un corazón y sufría porque a ese motivo de dolor se agregaba la ausencia de Jesús. Ayer tuve la visita médica… y hoy hago mis reflexiones al respecto. Y he aquí a Jesús para darme la respuesta y el júbilo. Ha vuelto. No me pesa la cruz porque Él está conmigo.

18 de noviembre de 1947

Estoy corrigiendo, es decir, estoy haciendo legibles los escritos. Leo el discurso de Jesús a las discípulas el viernes anterior a la entrada en Jerusalén, en el punto en que compara el alma con una pequeña golondrina que se afianza cada vez más en el vuelo.

Resuena a mi lado la amorosísima voz de Jesús que me colma de júbilo. Dice:

<<Tú también te has comportado como la pequeña golondrina. Has sido mi pequeña golondrina. Te has hecho cada vez más fuerte orientándote hacia los grandes vuelos. En el alba de la vida, abrías las alas hacia mi dolor: la Víctima siempre fue el punto hacia el cual te orientabas. ¡Oh inocente, destinada al dolor!, ¡oh tú, que preferías, entre todo lo que constituyó mi jornada terrena, mi hora de dolor!, ¡cómo me amabas entonces!

Más tarde me amaste como Pan de Vida; después como Corazón de los corazones, pero la figura de Víctima siempre dominó por sobre todas las otras. Fue tu estrella polar, tu pletórico sol. La sangre de mis heridas fue tu miel. Mi mirada agonizante fue tu consuelo. La consumación de mi vida fue tu ejemplo. Volaste cada vez más fuerte y segura, cada vez más alto y por más tiempo, ¡oh alma, alma víctima, ovejita del Mártir, María, que eres amante como la otra María, pero que tienes lo que me lleva a amarte tanto: la inocencia de tu vida honesta.

¡Oh, ven! Ven aquí Conmigo. Ven porque la última herida se hace nido para ti, mi pequeña golondrina cansada de los vuelos terrenales y de lo que es el mundo; cansada como estaba mi corazón en los últimos días de la vida. Ven en Mí.

Subiendo cada vez más arriba, me lo has dado todo. Y te lo he dado todo, todo mi amor y todo el conocimiento de Jesús de Nazaret, y más aún. mas éste es el amor que no se revela a los hombres. Este es el amor que se cumple bajo la mirada de nuestro Padre y que anotan los serafines.

¡María!…>>.

No transcribo lo demás porque se refiere a un alma muy desgraciada que se detuvo aquí, donde están las fragancias de Dios, aunque creo que fue inútil, y a mi trato con ella.

Me abandono al gozo de la divina Presencia y a sus caricias. Es verdad, por cierto, que hice como esa pequeña golondrina. Los primeros vuelos fueron torpes, inciertos, llenos de temor y luego… Pero no se debió a mí el surcar segura los cielos del amor, como una reina. Se debió al amor, que siempre sostuvo las alas que querían volar cada vez más alto, no para mi gloria, sino parta darle gloria a Él, que nos atrae, a Él, que es confortado por los heroísmos de amor de las almas, aunque sin ayuda, dichas almas se habrían desplomado por el cansancio. ¡Oh!, fue el Amor, es el Amor el que me transportó y me transporta con amor…

¡Jesús!…

25 de noviembre de 1947

Dice el Señor:

<<…Y si quieren penetrar en el misterio de Dios, enceguecerá sus ojos y les haré caer en el error. Hay límites que no está permitido atravesar a los hombres, porque más allá de ellos reino solamente Yo y solamente Yo obro. La manía que les lleva a practicar ciertos exámenes es sólo la documentación de su carencia de fe; la documentación de su soberbia que discute y calcula y querría poner límites a mi poder. Pero yo enceguezco a los audaces.

Hija obediente de mi Hijo, abandona tu cuerpo a las investigaciones de los hombres, que necesitan estrellarse contra la realidad para creer en la realidad, mas ten cerradas las puertas de tu espíritu. Éste, el espíritu que es puesto por Mí en el tabernáculo de la Sabiduría y la Caridad, *no debe ser arrancado de allí*, porque conoce las cosas de Dios y conoce su Rostro, y lo que es de Dios no debe ser dado a conocer por medio de la violencia.

He dicho: "No acudáis a los nigromantes ni a interrogar a los adivinos, no practiquéis la adivinación ni interpretéis los sueños"[1]. Mi justicia llama *violencia* e incluye en el número de las adivinaciones que maldigo, ciertas violaciones del misterio de los corazones, donde Yo, Uno y Trino, reino y obro.

Hija, compórtate de este modo: mientras no se obre violencia para con su espíritu, déjales observar. Mas *si alguien*, con impuro ánimo y pensamiento,

[1] Levítico 19, 26 y 31; Jeremías 29, 9.

osara violentar la libertad de tu espíritu y sujetarlo para escrutar mi misterio, recházale, ahora y siempre, en mi Nombre. A quien tomó la iniciativa, pídele que pronuncie el santo juramento de atenerse a estas reglas o, de lo contrario, estallará mi desdén.

Soy el Señor tu Dios y también lo soy de todos y, si para ti soy Padre, para quien no me reconoce en mis obras, no me adora en mis decretos y arranca los velos que Yo he extendido sobre Mí "segregados", soy Juez.

Quédate en paz. El Eterno y Triple Amor está contigo>>.

¡Cuánto tiempo hacía que el Padre Eterno no me hablaba! La voz de Dios que oí el 7 y el 24 de octubre no se dirigía especialmente a mí. Eran palabras para todos. En cambio, éstas son para mí sola. Y su solemnidad, mejor tendría qué decir su severidad bastante airada, me atemorizó. ¡Hoy era propio el temible Dios del Sinaí! También me dio pena y disgusto la advertencia recibida: que es buena para mí como la guía de una mano paterna, pero que me hace pensar que existen seres tan irrespetuosos aún y siempre acerca del misterio de Dios en mí… que con engaños, intentan dañar la Obra y al portavoz, con tal de poder decir: "Teníamos razón".

En tus manos, Señor, confió mi Obra que es tuya, y el misterio de mi alma.

1° de diciembre de 1947

Respecto a la epístola del primer domingo de Adviento, dice Jesús:

<<Nadie entre los cristianos, osaría afirmar que Pablo no fue un Apóstol, colmo del Espíritu de Dios, de gracias y de santidad. Mas entonces, los que especulan con todos los medios acerca de las palabras de la Obra para proclamar: "el portavoz ha cometido un error", ¿cómo explican la contradicción de las palabras de Pablo: "…ya es hora de despertaros del sueño, porque nuestra salvación está más cerca de lo que creíamos. La noche está avanzada y el día se avecina"[1]?

No es la única vez que Pablo habla de la segunda venida de Cristo, del tiempo último, del juicio final. Estas palabras parecen indicar que muy pronto (con referencia a la época de Pablo) surgirá el día eterno. Mas, ¡qué alba tan larga tendrá este día, si el tiempo dura desde hace 20 siglos y aún falta para el día! ¿Es que entonces le faltó a Pablo el espíritu profético? Y si, a pesar de ello, le llaman

[1] Romanos 13, 11-12.

Vaso de elección, Apóstol de las Gentes, y su palabra es poco inferior a la del Evangelio en cuanto a potencia aleccionadora, ¿cómo pueden arrojarte piedras a ti, pequeño Juan, que has transcrito algunas palabras mías, digo *mías*, que, a los miopes ojos de los que las leen, parecen contradecir las antiguas creencias y los hechos pasados, presentes, futuros, tal como se les conoce o prevé.

En verdad te digo que no se equivocó Pablo interpretando mal mis palabras (Lucas 21, 32; Marcos 13, 30) y viendo próximo el día de Dios, así como no te equivocas tú, pequeño Juan.

Como todos aquellos a quienes el Espíritu del Espíritu, *que es Dios*, inviste y eleva a los cielos de la clarividencia, *él ve* a través de la pupila de Dios, o sea, en un eterno *presente*. Para el que contempla extasiado en Dios, el hecho de hoy y el que acaecerá dentro de siglos, son iguales. Tales hechos *existen*. Tales hechos son *verdaderos.* Ya sea que se realicen hoy o dentro de muchos años o muchos siglos, estos hechos existirán y se evidenciarán prontamente para quienes los contemplan en el luminoso torbellino de la eternidad, donde los años y los siglos son sólo minúsculas partículas de instantes.

Tampoco tú te equivocas, porque eres solamente la mano que escribe el Pensamiento y la Palabra por voluntad del Amor. Y el Amor no se equivoca nunca. Y el Amor cumple acciones que los miopes pueden considerar contradicyorias, pero *que siempre siguen la línea recta, simple y segura, de las acciones de Dios.*

Quédate en paz y envía estas palabras, que he repetido para tu júbilo y por bondad hacia los demás>>.

6 de diciembre de 1947

Dice Jesús:

<<No te angusties; ese pensamiento es una sombra que la luz o, simplemente un pensamiento *honesto*, desvanece.

De todos modos, hablo para consolarte. Debes enviar estas palabras porque es conveniente que las lean, que las mediten, que las conserven y, si lo creen útil, que las unan a la Obra *en el momento oportuno*. Su pensamiento, que es tan listo y agudo siempre en el buscar, suscitar, agitar causas y efectos (en verdad, todos ellos inconsistentes, pero suficientes para apenarte), puede encontrar el momento oportuno sin necesidad de que Yo lo indique. Puede encontrarlo empleando la inteligencia en una investigación útil y noble, en lugar de extenuarla, como hacen, en búsquedas inútiles y poco caritativas.

Afirmo: la prueba válida de que *no eres tú* quien escribe siguiendo su propio pensamiento y saber, está dada precisamente por las frases colocadas entre uno y otro renglón y por las visibles correcciones que se notan en los dictados y que han sido causadas por *la debilidad física y, a veces, también mental* del portavoz enfermo, rendido por siete enfermedades crónicas que cada tanto se agudizan, total mente o en parte, y producen sufrimientos y decaimientos mortales a quien escribe. También están causadas por *molestias materiales provenientes del ambiente* que rodea al portavoz que, por lo tanto, escribe en condiciones que no son pacíficas y, sobre todo, están causadas por *la diferencia entre la vehemencia de las voces,* que a veces dictan muy velozmente, *y la posibilidad que tiene la mano debilitada de seguir las veloces palabras de las "voces" que dictan.*

¿Qué sucede en estos casos? Sucede que algunos periodos quedan interrumpidos y se omiten algunas frases. Mientras me sigue o sigue otras "voces", el portavoz intenta recordarlas para añadirlas después, cuando haya terminado la visión. Pero cuando lo hace, ya no logra recordar exactamente y olvida ciertas palabras dichas o las escribe mal, no como han sido dictadas.

Justo en ese momento interviene y socorre el Maestro, o sea, Yo, Jesús, o el Ángel Custodio del portavoz, venerable asistente de las manifestaciones celestes e inteligencia angélica no sujeta a los cansancios y debilidades humanas como lo está, en cambio, el portavoz que, aunque es el dilecto Pequeño Juan que Yo amo extraordinariamente, es siempre una criatura humana. Entonces, *socorremos al instrumento de Dios, completando los periodos que quedaron interrumpidos, colmando las lagunas producidas en las frases o dictado de nuevo,* desde el principio hasta el final, *los trozos en los cuales el portavoz, con intención tan buena como ignorante, provocó daños; es decir, reconstruimos las lecciones exactamente como fueron dadas y como fueron escuchadas. Por eso, la Obra traduce exactamente mi pensamiento, mis acciones, mis manifestaciones, y las palabras y acciones de mi Madre, de los Doce y de quien se enardecía alrededor mío y de todos nosotros.* Os ordeno que creáis en estas palabras; os ordeno con mi plena Majestad de Dios y de Maestro divino, que puede ordenar a sus súbditos, así como ordenó a sus patriarcas y profetas lo que no debía hacerse, lo que debía creerse y realizarse porque su Pueblo era un Pueblo electo en la Tierra y porque sus hijos eran eternos en el Reino eterno.

Tomad tranquilamente la Obra así como os la he hecho transmitir. *Es exacta. Y es sobrenatural.*

Y que los que, más o menos convencidos de lo que dicen, susurran que "en la obra de Luz hay insinuaciones de parte del demonio e intuiciones de espíritus de

las tinieblas", dejen de lado *dichas insinuaciones*. Que dejen de lado al demonio. Éste es más calculador que ellos mismos. Y nunca hace un trabajo que ya sabe que es inútil. Y en este casi, el demonio ya sabe que insinuar palabras erradas sería perder tiempo y hacer un trabajo inútil. Sería perder tiempo porque el pequeño Juan es muy atento y advierte inmediatamente cuando se acerca el Perturbador. Mi pequeño Juan es un pequeño David muy valeroso. Inmediatamente arroja contra Lucifer, como si fueran piedras disparadas con la honda, las palabras que le ponen en fuga. Y su Ángel lucha junto con él para ayudarle.

¡Oh, hombres!, creéis muy poco en el ministerio y magisterio angélico de los Custodios que Dios ha puesto a vuestro lado. Mas ellos, amorosos, activos, expertos, *están presentes* para amaros, ayudaros, guiaros, para instruir vuestras almas. El buen compañero nunca falta a su deber, ni siquiera cuando el hombre peca y le disgusta. En cambio, cuando el hombre vive en la gracia del Señor y le adora y le sirve con todas sus fuerzas, entonces, tal como se ha dicho de Mí tras la tentación en el desierto, "los ángeles le sirven". ¿Creéis acaso que en esa hora mi Custodio no luchó Conmigo contra Satanás? ¡Luchó, sin duda alguna! Y cuando se hubo conseguido la victoria, llamó a sus hermanos para sostener las fuerzas del Victorioso.

Por otra parte el demonio no intenta malograr las palabras de la Obra con los salivazos de su veneno, porque sabe que sería un trabajo inútil, dado que Yo velo y tutelo mi Palabra y a mi instrumento. Además, al Destructor maldito le he puesto límites que no puede sobrepasar.

Y, en lugar de perderse en supuestas insinuaciones diabólicas para explicarse las palabras escritas entre renglones o vueltas a copiar, *que consideren el único y verdadero motivo de las mismas.* Es un motivo humano, no sobrehumano. Es un motivo natural, no preternatural. Digo: *natural*. Que consideren el estado del portavoz, y cómo y dónde escribe. Que consideren solamente esto.

No le rodea la tranquila paz de un convento y de una celda monacal, donde es fácil recogerse para componer lecciones o prédicas. En cambio, al portavoz le rodea el ambiente de una casa común, molestado por las voces de los otros habitantes, molestado por el prójimo, que el portavoz, como Yo le he impuesto, debe acoger siempre, ya sea por caridad, ya sea para reparar los daños suscitados por los prepósitos* a la tutela del "secreto del Rey", cuya imprudente conducta ha provocado exaltaciones perjudiciales para la Obra y dolorosas para el portavoz.

* prepósito = Persona que preside o manda en algunas religiones o comunidades religiosas.

En verdad, el prójimo no tiene reparos en recurrir al portavoz para todas sus necesidades o por una exigencia de consuelo, debido a la caridad que el portavoz pone en práctica hacia su prójimo porque así se lo he ordenado. Y si bien este hecho hace florecer muchas flores de paciencia y caridad en el jardín del portavoz, también hace florecer molestias en su tarea de portavoz.

Refiriéndose a los que viven una vida extraordinaria, los sabios de mi Iglesia han dicho y establecido que, mientras éstos están en éxtasis –así se trate de un éxtasis completo o de uno incompleto para que puedan dictar o escribir las revelaciones que reciben- su inteligencia aumenta la capacidad de entender, comprender y referir, mientras que, una vez que el éxtasis termina, recuperan la propia inteligencia. Es lo que sucede en el pequeño Juan, que es "un águila mientras Yo le invisto y se vuelve una palomilla cuando dejo de investirle con mis fulgores".

También se ha dicho y establecido que, aunque siempre es perfecta la revelación que Dios hace a un alma elegida para una misión sobrenatural y extraordinaria, puede ser interpretada y referida con errores accesorios por la misma criatura. Esto se debe a que la perfección divina o celestial se mezcla y confunde con la insignificancia de la criatura y, por tanto, puede alterarse en algún detalle. *Por eso Yo velo y por esa vela el Ángel del pequeño Juan para restablecer el pensamiento tal como ha sido dictado y que, por causas externas, ha sido tronchado e, involuntariamente, reconstruido mal por el portavoz.*

Mas vuelvo a repetir: *la Obra, tal como os ha sido transmitida, expresa la verdad exacta y completa de mis enseñanzas.*

Alguien hará esta objeción: "El Señor podía haber dado fuerza, velocidad, memoria, capacidad intelectiva al escribiente, podía haber establecido tranquilidad a su alrededor para impedir los retoques que nos molestan".

Claro que podía darlo todo, también una escritura clara y firme. Mas no quise hacerlo para impedir que dijerais: "La caligrafía no es temblorosa, no hay señas de cansancio o de lentitud en la escritura; por lo tanto, las pretendidas enfermedades del portavoz son sólo una simulación". Ya hay quien lo dice… No quise hacerlo para impedir que dijerais: "No hay ni una frase añadida, o un error al añadirla; por lo tanto, el portavoz no es un portavoz, sino un autor humano que sabe lo que quiere escribir, ya sea porque lo ha aprendido en otro sitio o por su propia capacidad". Ya hay quien lo dice…

Respondo así a este último punto: "*No es así.* Mas, si así fuera, este hecho demostraría que *si el pequeño Juan, aun siendo tan inculto, dice palabras divinas por su propia capacidad, entonces es indudable que el Autor de la Sabiduría, el*

Espíritu Santo, vive en él con la plenitud de sus dones. Por lo tanto, la Obra es siempre palabra de Dios".

Yo podría hacerlo todo. También podría destruir la Obra y luego dictarla de nuevo. Sería una repetición exacta (en los puntos dictados por voces sobrenaturales) de la que fue destruida. Las únicas diferencias estarían en los vocablos usados por el portavoz para describir lugares y episodios. Sería una repetición *exacta* de la Obra destruida, así como sucedió con las profecías de Jeremías, quemadas por Joaquín, rey de Judá (Jeremías 36, 32). Pero entonces gritaríais aún más fuerte: "¿Veis que el portavoz está inspirado, veis que no recoge las voces celestes y que escribe por su cuenta?". Y trataríais de demoler la paz y la Obra: la paz del portavoz, la Obra de vuestro Señor Dios.

¡Oh!, ¡En verdad, siento desdén por ciertos pensamientos, acciones, juicios, acerca de mi voluntad y de mi pequeño Juan! En verdad os digo que la ciencia os ha puesto escamas espesas en las pupilas y entorpecimientos en el intelecto, por lo que no me reconocéis en los sitios en que resplandezco como Maestro y Dios.

No aflijáis al Espíritu Santo, cuya amistad necesitáis tanto, negando su acción –el Paráclito es el autor de todas las revelaciones y Obras inspiradas- y combatiendo y obstaculizando sus tabernáculos. También los sabios de Israel combatieron y persiguieron al Espíritu Santo visible en las palabras y en las acciones del Verbo, pero no recibieron bien por ello.

He dicho: "Todo pecado, toda blasfemia, serán perdonados al que se arrepienta, mas la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. Todo lo que se diga contra el Hijo del Hombre será perdonado, mas no será perdonado lo dicho o hecho contra el Espíritu Santo"[1]. Estas palabras contienen aún los primeros mandamientos, por el cumplimiento de los cuales se obtiene la vida eterna: "Ama a tu Dios con todo tu ser. Ama a tu prójimo".

Amar es salvación. No amar es ofensa al Amor divino, o sea, al Espíritu Santo en Sí mismo o al Espíritu Santo presente en los templos vivientes, es decir, en vuestro prójimo. Impugnar sus palabras o desconocerlas es ofender el Amor. Perseguir a su instrumento ofender al Amor, que sabe, con total sabiduría, por qué ha elegido a ese instrumento>>.

[1] Mateo 12, 31.

7 de diciembre de 1947

Dice Jesús:

<<Tres gritos: un solo grito; tres épocas: una sola época; tres voces: dos sometidas y una suprema: te digo estos tres "tres" para darte una palabra de corroborante alegría.

Hablando en nombre de El que es Fuente de Vida eterna. Agua que se propaga para dar Vida al que bebe de ella, una Vida inextinguible, capaz de eliminar la Muerte, una Vida que aplaca la sed de lo malo y sacia todas las ansias, aquieta todas las búsquedas, porque quien me posee, lo posee todo; hablando pues de esto, dice mi profeta: "Sedientos, venid por aguas, y también vosotros, los que no tenéis dineros, corred a comprar y a comer, venid a comprar sin dinero, coged y comed vino y leche sin dar dinero por ellos… Escuchadme con atención… y vuestra alma será regocijada con alimentos sustanciosos… Mi palabra, salida de mi boca, no volverá a mí sin fruto, al contrario, realizará todo lo que quiero…" (Isaías 55, 1.2.11).

Yo digo: "Que quien tiene sed venga a Mí y beba. Del seno de quien cree en Mí, manarán ríos de agua viva"[1].

Dice Juan en el Apocalipsis: "El que tenga sed, que venga y el que lo quiera que tome gratuitamente el agua de vida"[2].

Tres gritos, tres épocas, tres voces: en el centro, entre la voz de los tiempos proféticos, esa voz que repite los mensajes que le llegaron desde el seno de Dios, y la voz que es el eco de la eterna Palabra, que se hizo Hombre y proclamó su verdad entre las sordas piedras que eran, más que el Templo, el Sanedrín del Templo, estoy Yo, Verbo y Verdad; Yo, Jesucristo; Yo, el Señor Hijo del Señor, el Salvador, Pontífice y Rey. Así como el madero transversal de la cruz sostenía todo el peso del Redentor, así Yo, Palabra eterna, sostengo todo el tesoro de las palabras de verdad dichas por los profetas. También Juan es un profeta, un profeta de los tiempos últimos, mientras que Isaías lo era de mi tiempo. Mas, igualmente, Juan es un profeta, porque ve y dice las cosas futuras. La Verdad, que sostiene las verdades de los profetas, no habría permitido que salieran de la boca de éstos, colma del ímpetu de Dios, palabras de error voluntario o involuntario; no habría confirmado con su sostén ni siquiera el más mínimo subterfugio o el más mínimo orgullo que sugiriera palabras no verdaderas con el fin de aparecer más grandes a los simples, a los pequeños.

[1] Juan 7, 37; (Isaías 58, 11; Zacarías 14, 8).
[2] Apocalipsis 22, 17.

Conoces la *primera* condición para ser y permanecer "voces": *humildad, sinceridad y obediencia absolutas*. Si fallan estas tres virtudes, *el don cesa, termina la misión.* Te hablo porque eres fiel. Te hablo porque eres humilde. Te hablo porque eres sincera. Te hablo porque eres obediente. Te amo porque eres estas tres cosas y el humo del honor, el vino del don, no te ha enceguecido ni embriagado, no te han vuelto "satanás". Se vuelve satanás el ser al que el don de Dios convierte en orgulloso, embustero, desobediente.

Todos podrían mentirte, pero no Yo. Y Yo te digo: "Esas tres voces que, en realidad, si se sabe ver bien y reconocer, es mi única Voz, que habla en el tiempo antiguo y en el tiempo nuevo, te hablan hoy para alegrarte".

"Venid y comprad sin dinero. Venid a comer vino y leche. Venid por agua".

En tu caso, el dinero lo tienen "los que saben", los rabinos, los que creen poder comprar de todo por que saben, porque tienen las monedas del saber. ¡Oh eterna raza de los escribas y fariseos, que ponéis cerrojos a las puertas de los jardines del Rey, donde Él se difunde en amor hacia sus predilectos, hacia los "pequeños" que entran con sencillez y amor; y que os detenéis fuera de la muralla para contar las piedras, para analizar el polvo, y no entráis, así como no querríais que entraran los demás!, ¿cuándo terminarás y te rendirás ante la idea de que el Señor tiene libertad de elegir, que de los miembros más débiles puede hacer gigantes: de los vasos vacíos y míseros, vasos rebosantes de lo que es la verdadera riqueza y santidad, es decir, la Sabiduría?

He dicho: tienen el dinero los que creen poder comprarlo todo porque tienen las monedas del saber, los que querrían tener el monopolio de ese saber, pero confunden ciencia con Sabiduría y creen Reina a la sierva pues, en realidad, la Ciencia es sierva, y Reina de la sierva es la Sabiduría. Son los que querrían impedir que los pequeños se revistieran con los tesoros, se nutrieran con miel, con leche, con vino, con mantequilla y aplacaran su sed en las aguas que dan la Vida, esa Vida que es Salud, Sabiduría, gozo y paz.

Tú no tienes ese dinero. Tú eres pobrecita. Lo eres también ahora que te he cubierto con mis tesoros porque, si te los quitara del intelecto, quedarías sin nada. Eres pobrecita por ti misma, pero me tienes a Mí. Yo te digo: "Ven, bebe, Compra, come, alégrate con los alimentos sustanciosos". Y también te digo: "Mi palabra no quedará en ti sin dar sus frutos". ¿Cuándo da frutos una semilla? Cuando deja de ser semilla y se convierte en planta, ¿no es verdad? ¡Pues bien!, así sucede en ti. La Palabra te habla y luego calla y tú te quedas como vacía. *Te parece estar vacía*, muda, atontada; te parece que ya no queda nada de lo que te fue dado. No es verdad. Rebosas. Eres una floresta hermosa como el Jardín de los

primeros días. En ti están todas las plantas deliciosas, todos los frutos y los aromas, las flores y los colores. Son las semillas de mis palabras, que crees perdidas porque no sabes repetirlas por ti misma y que, en cambio, nunca están tan presentes como cuando de semillas se convierten en plantas. Floreces y no te das cuenta. Das frutos, mi hermoso manzanar, mi viña, mi campo de copiosas espigas, y muchos vienen a ti para saciar su hambre y tú, al darles lo que en ti prospera, lo que Yo te he dado, me das a ellos.

Tú alegras a tu Jesús, que viene a buscar descanso en tu jardín… Está allí con mucho gusto porque ese lugar está fertilizado por "ríos de agua viva". De tu corazón manan los ríos de agua viva porque en tu corazón está Jesús. Y el que tiene a Jesús en el corazón, tiene también al Espíritu Santo, porque donde Yo estoy está el Espíritu de Amor y es dulce para Mí estar donde está el Espíritu, que procede del Padre y de Mí, y es nuestra Esencia. Si no creyeras en Mí y si, por eso, no acogieras y adoraras la Palabra así como haces, con fe segura, con honda caridad, con humildad grande, con límpida voluntad y heroico ímpetu de obedecer, el Espíritu no te amaría, no estaría en ti. Y sin Él, el espíritu y la inteligencia de los hombres serían arcas vacías, arpas sin cuerdas, lámparas apagadas, fuentes secas.

El antiguo profeta, el último profeta y Jesús entre el antiguo y el último, te decimos: "¡Ven, bebe! Todo te es dado gratuitamente, por amor". Los que tratan de explicarse la razón de tu suerte deben buscar la clave en el amor. Deben buscarla en el amor de Dios, que es incontrovertible y en tu amor por Dios, que es admirable. Sólo por esto eres la voz, el portavoz, el pequeño Juan. No tienes otra moneda para poder comprar. El amor es tu moneda. Paga el amor; el amor de Dios, tu amor hacia nosotros. Con él se te da todo lo que te envidian quienes no pueden comprar con las muchas monedas de su saber lo que a ti se te da gratuitamente>>.

Luego Jesús me dijo algo sobre San Ambrosio, pero no pude escribirlo porque llegó gente. Recuerdo solamente que dijo que también San Ambrosio llegó a ser lo que llegó a ser porque en su espíritu se formaron los ríos de agua viva desde que amó y creyó en Dios y así, de soldado, lo volvieron un gran obispo, defensor de la Fe y cantor de la virginidad, "la flor de los jardines de Cristo" (recuerdo bien esta frase dicha por Jesús para elogiar la virginidad).

Después de la gente, me llegó también una… colosal crisis cardiaca. Fueron tres horas de agonía, desde las 11 hasta las 14… Ahora son las 17 y no sé decir nada más respecto al dictado. Pero hay algo más en mí. Está lo que mi Médico divino me dijo durante la agonía, pero eso es un tesoro para mí sola. Lamento por

la parte de lección que se perdió pero, dado que el Señor no la repitió, pienso que quiso que sucediera de este modo.

8 de diciembre de 1947

Al anochecer.

Me duele no poder ver pasar a la Santísima Virgen Inmaculada, que es llevada en procesión… Precisamente estas circunstancias en las que estoy privada de participar de los ritos de la Iglesia son las que me hacen sentir el peso de mi enfermedad… Dentro de 10 días hará 15 años que no camino por las calles, que no voy a la iglesia, que no veo ceremonias… Marta puede ver algo desde el balcón, yo no veo nada… Mientras oía acercarse los coros de voces que entonaban himnos a María Santísima, yo estaba sola en mi cama, lamentándome para mis adentros.

Y María Santísima viene a mí: viva, verdadera como en Lourdes… Es uno de los éxtasis más fuertes y completos que he tenido. El mundo ha desaparecido completamente a mi alrededor. Está únicamente María, sola, junto a María sola… Por cierto, he recibido mucho más que ver pasar una estatua…

Pienso que después de una hora más o menos, he vuelto al… ¿cómo definirlo? –digamos al conocimiento de lo que es mundo porque, cuando Ella vino, todavía era de día y, en cambio, cuando me dejó era completamente oscuro. Descubrí que mi rostro estaba bañado por las lágrimas. No me di cuenta de que estaba llorando de júbilo mientras le rezaba por la Iglesia, por el Santo Padre, por Italia, por la Orden de los Siervos de María, por todo el clero y por, las personas que me son más queridas, ni lo advertí mientras, venerándola y contemplándola, decía las 15 partes del rosario ante Ella, tan dulce, tan hermosa, tan luminosa, tan bienaventurada… Pero era un llanto de gozo… y no hace mal. Es un desahogo del corazón que se funde de gozo en estas horas de contemplación y de don celeste…

¡Qué bella era! ¡Qué bella era! ¡Cuánto júbilo, cuánta paz, me dejó en el corazón!… ¡Bendita sea! Y con Ella, bendito sea el Santísimo Hijo, que me concede estos bálsamos en medio de mi gran sufrimiento.

25 de diciembre de 1947

Los dones de Navidad que me prometió María Santísima.

I. El aniquilamiento de mi dignidad.

II. Una semejanza más viva con Jesús-pobre.

III. Me traen para que lo lea un opúsculo* sobre la Aparición de la Virgen Reina de la Revelación y, por fin, también yo sé algo al respecto. En otro momento haré mis apuntes respecto a las noticias del fascículo[1].

IV. El don maternal de mi Madre María Santísima…

V. El don secreto.

¿Cuál de estos será el gran don que me ha prometido? Algunos pensarán que es el último, el que es demasiado alto y personal como para que yo lo describa y lo ponga a disposición de los curiosos. Pero yo digo que es el primero… y María Santísima lo aprueba.

Con los dones llega un dolor: oigo una ofensa a la divina Maternidad de María, la negación de la Concepción por obra del Espíritu Santo, de la inviolabilidad del seno virginal de María antes y después del nacimiento de Jesús, la burla en cuanto a la castidad de los dos Esposos vírgenes y castos, la negación del éxtasis que encerró el nacimiento de Jesús, exento de todas las miserias que acompañan el parto de las mujeres y el nacimiento de los hijos…

El dolor por estas cosas hace subir la fiebre a 39°… ¡Y, al menos, las hubieran dicho personas ateas! En cambio, las dice una católica, que es una asidua practicante, una persona anciana, de familia muy cristiana, educada en un colegio de monjas… Por amor a la verdad y a María Santísima, y también porque están presentes los Rosa, cuya fe es bastante incierta, trato de insinuar la luminosa verdad en medio de tanto oscuro fango… Pero termino por callar, porque a cada palabra que digo me llega la audaz y sacrílega retorsión de una burla…

Tal es mi Navidad de 1947… quizás sea la última. Pero prefiero morir antes de oír que insultan a María Virgen y Madre en el segundo de sus misterios más bellos.

* **opúsculo** = Obra científica o literaria de poca extensión.

[1] Lo hará el 31 de diciembre de 1947.

28 de diciembre de 1947

María Santísima ha colmado de Sí este mes de diciembre; desde el 8 en adelante ha estado presente Ella sola. Toda Bella, Lirio del Paraíso, bajo su forma de Inmaculada, Luz indescriptible, que es carne y tiene la inmaterial… no, no es inmaterial porque es cuerpo verdadero… diré que tiene la belleza ideal, transfigurada, de los cuerpos glorificados. María Santísima desciende hoy, día de los Santos Inocentes, de su nicho de luz (luz que emana de su cuerpo bienaventurado) y se vuelve María de Nazaret, la pura, bella, suave, maternal, humilde María, que vivió en Palestina hace 20 siglos.

Viene junto a mi lecho, vestida de blanco, con un ligero velo de lino de trama rara sobre los rubios cabellos partidos por la raya en el medio, así como la vi muchísimas veces en las visiones… Su aspecto es dulce, pero parece algo triste. Apoyando sus bellísimas manos en el borde de mi lecho, me dice:

<<Estoy aquí para que puedas contemplarme y examinar mis rasgos desde bien cerca una vez más y puedas comprender cuál es la diferencia entre la que yo era en la Tierra y la que soy ahora en el Cielo.

En Lourdes, en Fátima y en las apariciones en general, aparezco como soy ahora en el Cielo y mi aspecto ya tiene la indescriptible y luminosa belleza de los cuerpos glorificados, esa belleza que nunca aferran del todo, en todos sus detalles, los iluminados que ven esas apariciones. Nota que saben describir mi atavío, el rosario que estoy rezando, la roca o el árbol en que me apoyo, los gestos que hago, la expresión de mi rostro, pero siempre están indecisos, e involuntariamente nunca son sinceros, cuando describen mi rostro, el color de los ojos y de los cabellos, de la piel. Se esfuerzan por hacerlo pero no lo logran, no pueden hacerlo.

Ninguna de las almas videntes me ha visto tanto como tú me has visto, bajo el aspecto de Jovencita, de Esposa, de Madre en la Tierra y bajo el aspecto de Reina del Cielo. Y cada vez te dices: “Es Ella siempre más, ¡qué diferente es cuando es la gloriosa Reina del Cielo, elevada al Cielo en cuerpo y alma entre los ángeles y cuando es, en cambio, la humilde María de Nazaret”.

Mírame bien, hija, y calma tu dolor. Mírame. ¿Soy María de Nazaret?>>.

La observo atentamente, dado que está tan cerca de mi rostro. Examino su piel que tiene cálida palidez de magnolia, apenas atenuada por el tenue arrebol de las mejillas, los labios justamente carnosos y encarnados, la nariz recta y sutil, el perfecto corte de los ojos, tan límpidos con su color de cielo, bajo la frente alta y lisa, el óvalo impecable, casi de adolescente… No sé por qué su rostro me hace

pensar siempre, por la dulzura de las curvas de su óvalo, en una cándida llama o en un capullo de azucena que está a punto de abrirse… Miro los hermosos cabellos de un suave rubio, sutiles, sedosos, ligeramente ondulados. Pienso que, si en lugar de estar apretados en las pesadas trenzas, que los mantienen estirados sobre el cráneo, estuvieran sueltos, las ondas estarían más marcadas… Y, sobre todo me abandono para sentir el tenue calor de su cuerpo, que respira muy cerca de mí, y su perfume…, su característico perfume, la fragancia de María… la fragancia de la Virgen…

María lee en mí el deseo de abandonarme en su brazo maternal para encontrar alivio a tantas penas de todo tipo, y me atrae a sí. Permanezco así… no sé por cuánto tiempo. Lugo me deja y dice: <<Escribe que te he tenido sobre mi corazón>>. Escribo estos últimos 5 renglones.

Dice en ese momento: <<Ahora mírame>>. Se transfigura; apartándose del lecho, se alza del suelo apoyada en una nube plateada, rodeada por su luz, absolutamente cándida. El cuerpo resplandece, resplandece el atavío que, más que blanco, ahora es una "luz blanca", resplandece el rostro, que se afina como si la luz lo espiritualizara, resplandece la mirada extasiada. La luz es tan viva que el azul de los ojos es como un "rayo" y casi no se evidencia el oro de la cabellera, pues parece oscuro respecto a la luz que emana del Cuerpo glorificado de la Madre de Dios.

Baja los ojos hacia mí, me sonríe. Pregunta: <<¿Soy yo?>>.

<<Sí>>.

<<¿Y soy igual a la mujer que fue la Madre de Jesús?>>.

<<Sí… y no>>, respondo con evidente coraje, porque hay qué tener coraje para hacer ciertas comparaciones y ciertas confesiones.

<<Sin embargo soy yo. Ya lo ves. Así soy en el Cielo. Así aparecí en Lourdes y en Fátima, en esos sitios donde me vieron mejor los videntes porque eran "inocentes", como lo eres tú, hija mía. Cuanto más inocente es la criatura, tanto más me ve como soy y me describe lo más exactamente posible para sus límites de criatura y me hace esculpir del mejor modo en que puede ser semejante simulacro>>.

Vuelve a mí bajo forma humana… Me pregunta <<¿Se aplaca tu tormento?>>. Lloro. Me acaricia… Lloro porque desde que leí que a Bruno Cornacchiola[1] (ahora sé el nombre) se le apareció con los cabellos oscuros y con tipo oriental, me parece que me engaño diciendo que María es rubia. Sin embargo, lo es. Los

[1] Se trata del vidente de las "Tres Fuentes". Después de la referencia del 25 de diciembre de 1947, tratará el tema más ampliamente el 31 de diciembre.

cabellos son de un rubio pálido, casi color paja, como de oro puro. Lo veo bien. ¡Su cabeza está aquí, a menos de 30 centímetros de mis ojos! Me acaricia para consolarme y dice:

<<¡Oh, María!, no temas. Las sombras de la gruta y el manto han tenido mucho que ver en el error. Y no era necesario que me revelara a un pecador exactamente como a los inocentes Bernarda, Lucía, Jacinta, Francisco y al pequeño Juan de mi Jesús.

Escucha bien: a ti, que eres Sierva de María[2], quiero decirte que el artífice que me esculpió de un modo tal que no me reconozco habría hecho bien en recordar las estatuas de Lourdes y de Fátima, donde estoy reproducida, como el hombre puede reproducir la efigie de la Madre de Dios… Y, sobre todo, habría podido inspirarse en el rostro con que se me ha representado en el fresco de Santa María de la Anunciación de Florencia[3]: ese es el rostro por el cual, si los hombres y el tiempo no hubieran alterado la representación, todo hombre podría saber cómo era cuando el Espíritu del Espíritu del Dios engendró en mí a Dios. El humo de las bujías y el tiempo ofuscaron los colores y también el hombre los arruinó… Mas aún hoy se ve cómo era la Doncella de Dios, la Novia de José en aquella primavera de mis años, en aquella florecida primavera de Nazaret.

Mírame y olvídate del dolor, del miedo, de todo. Recuerda: "Vi al Cordero que estaba en el monte Sión y con Él a 144,000 personas que llevaban escrito en la frente su Nombre y el del Padre… y cantaban un cántico nuevo, que nadie podía aprender, fuera de esos 144,000 rescatados de la Tierra… primicias para Dios y para el Cordero y en cuya boca no se encontró mentira"[4]. ¿Te parece que no puedes pertenecer a este grupo porque no eres una inocente? También está dicho que el ángel del Señor marca con la señal de Dios a 144,000 siervos del Señor que vienen al eterno hosanna ataviados con blancas vestiduras, tras haber pasado por la gran *tribulación*[5], así como tú la sufres. He aquí que yo imprimo en tu frente con un beso esa señal, yo, la Reina de los Ángeles y Madre de Dios.

Quédate en paz. El Señor Uno y Trino y yo enjugamos desde la Tierra todas tus lágrimas>>.

Me abandono de nuevo al abrazo maternal.

[2] Es decir, terciaria de la Orden de los Siervos de María.
[3] Es un célebre fresco, que se dice que fue pintado por las manos de un ángel y que se encuentra en la citada basílica. En el claustro anexo descansan, desde 1973 los restos de la escritora.
[4] Apocalipsis 14, 1-5.
[5] Apocalipsis 7, 9-17.

29 de diciembre de 1947

Viene una vez más María Santísima. De verdad, este diciembre está colmado de Ella. Le pregunto: <<¿Por qué Jesús no viene más?>>.

María me atrae a Sí y me dice: <<Vengo yo porque Él es muy severo con muchas personas y su aspecto y su palabra te causarían dolor, acongojada hija mía. Por eso vengo yo. Mi deber es contener la vehemencia de su palabra por piedad hacia los verdugos y las víctimas. Yo me interpongo. ¿No estás contenta de que venga yo?>>.

<<¡Oh, lo querría siempre! Pero es que aquí, en este cuarto, te ofendieron en Navidad[1]…>>.

María se entristece, pero me estrecha aún más fuertemente contra su corazón mientras me dice: <<No pienses más en eso. Tu sufrimiento por esas herejías ya ha curado mi sufrir. La carnalidad de los hombres y en los hombres es tan fuerte que ni siquiera la fe y la fidelidad hacia el Señor y hacia la Iglesia puede hacerles creer en mi absoluta pureza, en la castidad, en la inviolabilidad de mi seno, que sólo Dios penetró y que emanó a Dios en Carne, Sangre, Alma y Divinidad, por uno de esos misterios y poderíos frente a los cuales no son nada las leyes de la naturaleza y de los cuerpos sólidos. Sólo el que se ha sumergido en mi Candor y lo ha absorbido y ha hecho de él su vida y vista, sólo ése puede comprender y creer. Tú puedes hacerlo porque de mi Candor has hecho vida y vista. Compadece a los ciegos y a los que se nutren de humanidad>>.

Sus caricias me hacen olvidar todas las penas…

[1] Véase el diario del 25 de diciembre de 1945.

31 de diciembre de 1947

Quiero cerrar este 1947 hablando de María Santísima, pero con palabras mías.

La Virgen Santísima me había prometido "un gran don" para Navidad. Ya he tenido muchos dones y de varios tipos para Navidad. Algunos fueron muy amargos, otros justos, uno… dulcísimo. Pero ese es un don secreto. Sin embargo, no creo que sea el "gran don". Más bien afirmo que el gran don es precisamente el I° (véase el diario del 25-12), así como lo pensé desde el primer momento en que hice el inventario de los dones sobrenaturales o naturales que recibí el 25-12. Sí, deben de ser el I° y el II°, los dos que me modelaron más en Cristo…, que son sumamente amargos, como su cáliz y, esperemos, meritorios como un padecimiento suyo. Es la compleja Pasión de Cristo que se completa en mí. Gracias, Señor mío.

Pero hoy quiero comentar el fascículo sobre la "Virgen de las Tres Fuentes", que me trajeron en Navidad para que lo leyera y que mañana tengo que devolver a su dueño. El fascículo está escrito por Giulio Loccatelli para la Editorial Unitas y lleva por título: "La Virgen apareció y hablo en la gruta de las Tres Fuentes". Está impreso por los tipos de la Sociedad Anónima "Il Giornale d'Italia!, en Roma, en Vía dell'Uniltà 48, el 4 de octubre de 1947. Especifico todos los datos para que el que lea un día este cuaderno comprenda bien qué leí, qué comenté y cuándo lo hice.

No me parece extraño de ningún modo que María Santísima se le haya aparecido a un gran pecador, a un hombre del que, por ser hombre y por su hostilidad hacia la Iglesia y hacia la Virgen, no se podrá decir por cierto que era… un histérico, uno que sufría alucinaciones espirituales por ser un… obsesionado por la religión. No, por cierto no se podrá decir esto de ese señor Cornacchiola. Se dice de mí, se dijo de Bernardette, de Lucía, Francisco y Jacinta, se dijo de Neumann, es decir, de los niños y mujeres: seres anormales para los llamados… científicos que, a mi parecer, son en realidad *los verdaderos incrédulos y ateos*, aunque vistan el hábito talar, *porque niegan que Dios pueda manifestarse milagrosamente por Sí mismo o a través de la manifestación de su Virgen* Hija, Esposa y Madre de Dios, o a través de los Santos y Ángeles.

Puede suponerse que los niños estén… sugestionados por los cuentos… Es la cómoda razón que aducen los que no saben creer en la Potencia y la Misericordia divinas. Puede suponerse que las mujeres estén… alucinadas, porque se encuentran sujetas a… imperfecciones o leyes de naturaleza femenina que las lleva a… delirar para compensar lo que no han conseguido: un marido. Es otra

cómoda razón que aducen los susodichos que no saben creer en la Potencia y la Misericordia de Dios y, al no saber establecer una correspondencia tal que disminuya la separación visiva y de comprensión entre las criaturas y Dios hasta el punto de poder "ver y sentir" cosas que constituyen revelaciones celestes, definen "*enfermedad* física" lo que es perfección física y espiritual que la Bondad divina concede a los que arden y se consumen en un *único amor*, en un único deseo: el amor a Dios y el deseo de Él.

Pero Cornacchiola no es un niño. Y no es una mujer. Es más, ni siquiera era uno de esos hombres mansos que tienen el corazón de niño o de mujer dulce y sumisa. Era un hombre violento. Aunque no estuviera escrito en el fascículo, bastaría mirar su fotografía para comprender que lo era. Tenía un rostro duro, agresivo, subversivo, demacrado por la bilis que le devoraba, abrasado por la llama de su pasión anticatólica, ojos… (espero que se me perdone la expresión) más de delincuente que de hombre normal. Era un magnífico ejemplar de agitador revolucionario, apto para predicar odio y rebelión a las multitudes… Y, en efecto, odio y rebelión predicaba contra la Iglesia de Cristo, es decir, el rebaño de Cristo, contra Dios, contra la Virgen…

No sé cuándo le tomaron esa fotografía que está en el fascículo, si se la tomaron antes o después de la Aparición. Pero si se la tomaron después de ella, tengo qué decir que su rostro aún no se había serenado. Y eso no me sorprende, porque sé cuánto tiempo requieren las convalecencias espirituales de las intoxicaciones infernales, a fin de que el rostro vuelva a adquirir una expresión no diabólica, una expresión serena, de hombre amante y amigo de Dios. Por cierto, en esta foto aún tiene grabada en el rostro la imagen que el Odio le había esculpido, esa imagen que él alzaba con malvada arrogancia contra su Creador, contra la dulcísima Virgen y Madre, para gritarles su odio…

He dicho que no me sorprende que la Virgen se le haya aparecido a un pecador, a un protestante. Es más, digo que pudo ocurrir perfectamente. Ante todo, porque se salvó un alma, o mejor, se salvaron varias almas (las de toda la familia Cornacchiola). Luego, porque de ese modo *los que niegan consabidamente nuestra condición de videntes* no podrán sacar a relucir los acostumbrados motivos de… infantilismo sugestionable y de histerismo alucinado. Me gustaría que a muchos pecadores y enemigos de Dios y de la Iglesia se les aparecieran Dios y la Virgen, ya sea para convertirles, como le sucedió a Saulo camino a Damasco, ya sea para que el mundo incrédulo se convenza de que Dios lo puede todo y que sus manifestaciones a los espíritus son *verdaderas*.

Vayamos adelante. En la página 6, en el 6° renglón del capítulo: "El mandadero vidente (las 4 apariciones)", leo: "… muy versado en el estudio de la Biblia y de los Evangelios".

¡Mejor para él! Yo soy tan versada en nada que, desde que terminó la Obra (hace ya 8 meses y 3 días) y, por lo tanto, no necesito verificar cómo están expresadas en la Biblia las palabras que he oído en los dictados ni señalar los capítulos y los versículos, no abro más la Biblia. Si la toco, es sólo para quitarle el polvo. ¡Total!, ¿para qué la abro? No entiendo nada de doctrina, símbolos, etc., etc. Desde un punto de vista histórico, lo que pasó antes de Cristo, no me interesa mucho, y lo que está en los Evangelios… lo conozco como cronista de esos hechos. Por eso, la dejo cerrada y… *leo los recuerdos que están dentro de mí:* mi única lectura espiritual…

Pero, los que dicen que escribo palabras inspiradas "*porque soy culta, etc., etc."*, cosa que no es verdad, ¿por qué no invalidan, por considerarlo escrito por él mismo, el dictado de Cornacchiola, dado "que es muy versado, etc., etc."? Para cubrir de fango (para intentar cubrir de fango) a la Inmaculada María Santísima, los dogmas, la Iglesia y demás, habrá tenido que leer muy bien, habrá tenido que desentrañar, qué buscar el pelo en el huevo, es decir, habrá tenido que buscar las… seudo contradicciones que, con tanto observar con el microscopio del odio ateo, quizás se puedan encontrar en la tradición ¡y también en algo más elevado que la tradición!

En mi caso no hay nada de todo esto. *Simplemente*, he creído siempre en todo lo que la Iglesia me ha propuesto creer. He creído. Así, sin razonar para explicarme lo que es un misterio, he creído. He creído como dice Jesús, "con la beatitud de la fe absoluta". Bienaventurados los que sepan creer sin ver[1]. Hasta el 23 de abril de 1943, Viernes Santo, no habría pensado que el Maestro divino, *como amigo divino que me guiaba desde hacía tantos años* quería convertirse en mi Maestro y revelarme tantos hechos y misterios, no habría pensado nunca poder entender cosas tan elevadas mientras la luz de su Rayo me daba la capacidad de entender. Ahora conozco la esencia de las verdades más profundas, pero se ha perdido la belleza de la lección. Para volver a obtenerla, tengo qué buscar el dictado y, a pesar de eso, no la entiendo bien porque, lejos de la divina Luz, entiendo poco también lo que un cierto día había comprendido bien… Pero no me importa. *Simplemente,* sigo creyendo. Llegará un día en que lo entenderé todo, todo, es decir, a Dios. Cuando conozca y posea a Dios, lo entenderé todo, todos

[1] Juan 20, 29.

los misterios, todas las verdades, todas las lecciones. ¡Y lo entenderé por la eternidad!

Vayamos adelante. Llegamos a la descripción de la Aparición. Me parece *natural* que ni los niños ni Cornacchiola se hayan atemorizado cuando se les apareció María. Lo sobrenatural celeste *no atemoriza nunca,* a lo más pude asombrar.

Desde la infancia, siempre he tenido *un gran temor de las apariciones*. Sucedió así también en el colegio, cuando las hermanas decían: "¡Pensad si apareciera Jesús! ¡Qué alegría!", yo decía: "¡No, por favor!, si no pudiera salir por la puerta, me escaparía por la ventana"[2]. Recuerdo el terror que me acometió una tarde en que, por error, me quedé encerrada en la capilla del colegio. Era junio. El Sagrado Corazón estaba sobre el altar mayor. Yo había pedido poder ir a saludarle mientras estaba terminando el recreo. Me lo concedieron… No sé cómo ocurrió, pero no advertí que la guardiana estaba cerrando las puertas. Debí de estar rezando muy intensamente… Cuando… volví en mí y me dirigí a una de las salidas (había 3 puertas), la encontré cerrada así como las otras. Volví al altar e intenté pasar por la sacristía… Pero, desgraciadamente, levanté los ojos hacia la imagen y… por un efecto de la luz de la luna, me pareció que se movió y se inclinaba sobre mí. Me volví loca de terror. Grité tanto, pateé tanto que, a pesar de que la capilla estaba aislada, me oyeron y me socorrieron… Si no me hubieran oído, a la mañana siguiente me habrían encontrado muerta de miedo.

Esto es para explicar el miedo que me causa lo que sale de lo normal. Sin embargo, cuando el amor de Jesús mudó *de palabras interiores a visiones interiores* –así fueran breves, suaves o tristes- y luego, cuando crecieron siempre más, *se convirtió en un abrazo, en manifestaciones de voces, en presencia, en contacto (en lo que es ahora, desde hace 4 años y 8 meses),* ya no tuve más miedo. ¡Al contrario!; no, no me dais miedo, manos fuertes y dulces de mi Salvador, manos que me acariciáis y curáis posándoos sobre mí en las crisis más peligrosas y sobre los órganos más enfermos, a fin de darme la vida necesaria para seguir sirviendo a mi Señor; manos traspasadas, abandonadas a mi examen; tiernas y tibias manitas del Niño Jesús, apoyado en mi lecho por María; piecitos rosados y helados, que me dieron para que los calentara y luminosos pies del Resucitado, con el ardiente tizón de la herida, que me dieron para besar; sedosos cabellos de Cristo, que, en el abrazo, causaban un cosquilleo en mi rostro; calor de la carne de Cristo, hombro fuerte y amoroso, Sangre bebida del Corazón abierto, entre las llamas que no causan el dolor de la quemadura sino un inefable

[2] Véase la "Autobiografía, en la pag. 275.

alivio, y tierno seno de María, manos reales y maternas, tan leves y puras, y sonrisa de Juan y bondad inexpresable del patriarca José y todos vosotros, que venís a mí con tanta bondad, con tanta amistad; vosotros que sois hermosos, júbilo de mi vida de víctima, repito: no, no me dais miedo. Lo sobrenatural celeste *es paz y gozo. Es sólo eso.*

También es verdad lo que dice Cornacchiola en la página 8, en el 8° renglón: "me siento ligero, muy ligero, casi separado de la carne y envuelto en una luz etérea". ¡Muy bien!, ¡se expresa muy bien! Yo que… saboreo desde hace años las agonías físicas y que, cuando estoy en las últimas, siento verdaderamente que el espíritu se libra de la carne, advierto esa misma liberación cuando llega lo sobrenatural; pero en esa libertad del espíritu en las manifestaciones sobrenaturales, falta el sufrimiento, todo es *un éxtasis gozoso*.

También es verdad cuando dice: "Mujer paradisíaca que *me es imposible* describir". En efecto, describirla *es imposible, aun para quien la ha visto muchas veces, centenares de veces.* Y, por la descripción que hace, está claro que le fue imposible también a Cornacchiola, que la vio sólo 4 veces…

Habla de cabellos negros… En el dictado del 24 de noviembre de 1947[3], María Santísima explicó por qué parecían oscuros. Por mi parte, puedo decir que la luz que emana de María cuando se manifiesta en la gloria es tan intensa que todo color parece oscuro comparado con la luz de María cuando aparece envuelta en la luz paradisíaca.

Dice: "Rostro de decorosa belleza…" ¡Es más aún: es un rostro *"de perfecta belleza"!* ¿Habla de tipo oriental? Más que oriental yo diría hebreo. El tipo oriental por lo general tiene labios gruesos y sensuales, ojos oscuros y más bien dilatados. María no tiene absolutamente labios sensuales ni ojos orientales tal como sucede con la mayor parte de la gente, nada de ojos árabes o hindúes o asiáticos, de ningún modo, sino una dulce mirada, que a veces he notado en las jóvenes hebreas, y claros ojos de cielo.

Pero no me sorprendo de que Carnacchiola la haya descrito de ese modo… Es una belleza cuyos particulares olvida la mente tan pronto como desaparece. Dentro, queda un poema de belleza, pero los detalles se pierden. En los primeros tiempos, y hasta que una particular gracia de Dios, que Dios me concedió precisamente para que fuera capaz de describir bien, exactamente, también los rasgos de los personajes descritos en la Obra, cuando terminaba la visión, me quedaban siempre dudas acerca del matiz de los cabellos, de los ojos, de la piel, tanto de Jesús como de María, porque decir: "son rubios" no basta. En el color de

[3] Esta fecha no se encuentra en los Cuadernos.

los cabellos rubios hay muchos matices; desde el rubio casi blanco de los albinos hasta el rubio dorado tendiente al cobrizo. Es lo mismo para los ojos. Decir "celestes" no quiere decir nada. Pueden ser de celeste clarísimo, casi opalino, o de un celeste fuerte, o de un celeste pervinca, o de un celeste violáceo, o de un celeste zafiro, o de un celeste verdoso o de un celeste turquesa. Es difícil, muy difícil decirlo, ¡especialmente *cuando quedamos prendidos en la totalidad de esa espiritual y natural emoción, y no en los detalles!*

El peinado… siempre la he visto con los cabellos separados con la raya al medio. Pero esto no tiene importancia. Así como muda su atavío, puede mudar el peinado.

El 24 de noviembre, María Santísima, repitió los colores: atavío blanco, cinturón rosado, manto verde. Es exacto Cornacchiola es uno de los pocos hombres que saben definir bien el color de los indumentos.

Altura de María Santísima, comparándola con Jesús, a cuyo lado la vi a menudo, yo diría que al máximo 1.65 porque la parte más alta de la cabeza de María llega a los hombros de Jesús. Pero para nosotros, para las personas de nuestra época, parece más alta de lo que es debido a sus vestidos largos hasta el suelo. Ya se sabe que los vestidos largos hacen parecer más altos.

La expresión…:¡ah!, ¡sí!, María Santísima está algo triste, o mejor, siempre está pensativa, también cuando sonríe. Y está triste verdaderamente si habla de las culpas humanas y del dolor que éstas le procuran a su Hijo.

"La melodiosa voz": ¡oh! es más fácil retener este rasgo, porque su voz tiene tales notas de dulzura que penetra y se queda en nosotros "Una voz que no se parece a ninguna otra". ¡Es así, seguramente! Una voz que hace derretirse de júbilo. Y sabemos recordarla mejor que los otros rasgos materiales, como el color de los cabellos, de los ojos, de la piel, etc., etc., porque la voz es una cosa inmaterial y, en esos instantes de clarividencia, percibimos con nuestra parte inmaterial.

Es así. Cuando lo sobrenatural nos dice: "Ven", nos precipitamos al llamado. El espíritu se precipita, porque nuestro espíritu, a pesare de ser esclavo de una razón que lo oprime y quiere separarlo de su Origen, siempre está ansioso de él y, al poderoso llamado del Bien se vuelve y se precipita, cuando le llega la hora de la gracia, obtenida por voluntad de los Seres celestes o por la intercesión de las almas que rezan por los pecadores. En el caso de Cornacchiola fueron los nueve viernes del Sagrado Corazón. Y yo me conmuevo pensando que, además de las otras cosas admirables que cumple y enseña, María, al aparecer en las Tres Fuentes, vino a refrescar, por decirlo así, *la promesa de Jesús a Santa Margarita*

María. Algunos no la creen. Otros, cumplen los nueve viernes así, por costumbre, sin tener la firme convicción de que son un anticipo de salvación. Y he aquí que María, la Madre que formó el Corazón de Jesús, viene a mostrar tangiblemente que los nueve viernes del Sagrado Corazón *son salvación eterna.*

Pero estaba diciendo que cuando lo sobrenatural lanza su llamado, el espíritu se vuelve y se precipita… Entonces, el espíritu por su misma naturaleza, alcanza el lugar del convenio y entiende; en cambio, la materia es pesada y vacila en seguir al espíritu. El espíritu es ágil como un ángel. La materia es lenta como un animal lento. Es lenta en el seguir, percibir, ver; es obtusa en el retener, imperfecta en el recuerdo, fácil en el olvido. Es el tormento de nosotros, los videntes, cuando nos deja la acción de Dios, pues *ya no sabemos ver, entender, recordar, con la perfección con que vimos, entendimos, recordamos, en la hora de la unión.* Quisiéramos poder volver a encontrar en nosotros, con la fuerza de la memoria, ese gozo perfecto; pero, desgraciadamente, encontramos sólo fragmentos del cuadro, de la música de la que gozamos… Y seguimos buscando y buscando… semejantes a esas personas que han perdido la vista, semejante a los que fueron nutridos por un manjar de celestial dulzura que ahora, hambrientos de él y sin atracción por ningún otro, buscan por doquier sin encontrar jamás uno igual. Y, por eso, sufrimos.

Por otra parte, es justo que sea así. Hemos tenido el júbilo sobrenatural de la unión y del conocimiento de Dios o de María, o sea, de lo que será el Paraíso si nos mantenemos justos hasta la muerte. Es justo que, después de haber recibido el don gratuito, que es un anticipo de nuestra porción de gozo eterno, nosotros, los mortales, que aún estamos en el exilio y en la prueba, comamos el pan de cenizas de los hijos de Adán.

El hecho de que Dios nos haya elegido no es un privilegio absoluto; no es y no debe convertirse en una pretensión nuestra de estar para siempre *por encima* de la condición de los hijos del pecador Adán. Él se privó y nos privó para siempre de esa vida beata que Dios quería para sus criaturas y, hasta que estemos en la Tierra, debemos gustar el castigo y de las desventuras provenientes de la Culpa hacemos un medio de victoria eterna. Nuestra elección nos obliga a una vida más santa, a un sacrificio más completo, ya sea porque hemos recibido una "medida colmada y rebosante"[4] de sabiduría, ya sea porque hemos recibido *inmerecidamente* un excelso don de amor. Por eso oímos que las voces celestes nos dicen: "No te prometemos gozos terrenales. No estarás privado del dolor humano sino que, por el contrario, sufrirás persecuciones. Pero, si eres fiel,

[4] Lucas 6, 38.

recibirás tu don en el Cielo". Y, dado que la Misericordia y la Caridad son aún más grandes que la Justicia, hete aquí que Dios deja en lo más íntimo de nuestro espíritu el recuerdo luminoso de *esa hora o de esas horas* para consolarnos en el dolor, en la persecución que ya padecemos por ser criaturas y en el persecución a que nos condenarán por ser "videntes". Aunque ya no sabemos hacer revivir la bellísima visión en sus *mínimos detalles* materiales, la preciosa gema de la lección *queda en nosotros…*

Dice Cornacchiola: "El primer impulso fue hablar, gritar". ¡Es verdad! La primera vez sucede precisamente así, pero el humano desasosiego queda avasallado por el gozo y la paz que provienen de la visión. Y uno ya no se mueve… Eventualmente, después de que ha terminado ese instante de Cielo, acomete una vitalidad nueva, ¿un deseo de obrar, de cantar, de proclamar nuestro júbilo, de participárselo a los demás! Sentimos el deseo de decirles: "¡Venid a las fuentes de la paz, del júbilo!" Mas… nos detiene un pudor espiritual. Por lo menos, a mí me sucede así… Cuesta alzar los velos que cubren el misterio apenas cumplido… Si Dios así lo ordenara, obedecemos… pero uno preferirías mantener oculto el tesoro… Cornacchiola… desahogó la vehemencia que acomete en esas horas con las palabras grabadas en la roca y con el cartel que puso en la gruta. Yo… la expreso con el canto… ¡Es lo único que aún puedo hacer, dado que estoy tan enferma!

"El indumento negro en el suelo y una cruz destrozada": también yo desde 1943 (noviembre o diciembre) he visto estos dos objetos pisoteados, profanados; me los indicó María. Y el Maestro divino habló de ellos y de su significado, pero no puedo revelar esa tremenda lección que siempre está presente en mi mente. No sé si en la parte del mensaje secreto que recibió Cornacchiola se habla del significado de este indumento negro (sacerdotal) y de esa cruz destrozada. Si es así, quiere decir que Dios, que me hizo destruir ese dictado para impedir que yo fuera odiada aún más por cierta clase de personas, para hacérselo conocer a su vicario empleó a Cornacchiola, que es más fuerte que yo (materialmente) para reaccionar a las manifestaciones de dicha clase.

"No perdí una sola sílaba de ese extraordinario coloquio, debido al rarísimo fenómeno que, aun no habiéndolo transcrito fielmente todavía, se me iba desarrollando regularmente en el cerebro, desde la primera palabra: 'Soy' hasta la última 'Amor', con un ritmo lento, como el de un discurso grabado en un disco y que, por eso, se repite sin interrupciones". ¡Es así precisamente! *Cuando la Sabiduría quiere que recordemos y nosotros no estamos en condiciones de escribir mientras habla la Sabiduría, las palabras se repiten precisamente como*

las grabadas en un disco y no se calla hasta que no se las haya podido transcribir.

También a mí me ha sucedido muchísimas veces, especialmente cuando los dictados encierran *órdenes que hay que transmitir, mensajes recibidos* para hacérselos saber a alguien o para que queden guardados en la mente. Un ejemplo es aquel *famoso y tremendo* dictado que se me ordenó encerrar inmediatamente en un sobre sellado, que debía entregarse al Pontífice reinante en el momento de mi muerte, dictado que, luego, debido a los hechos que muchos conocen, se hizo destruir (quemar) el 24 de marzo de 1946, según la orden que me dio el Arcángel San Gabriel. Recuerdo que *lo quemé sin abrir el sobre* y, por lo tanto, sin releer lo que había escrito el 19 de noviembre (creo) de 1943 y que *ya no recordaba* (nótese bien este particular). Pues bien, a pesar de que hace ya 4 años y unos cuarenta días que lo recibí, las palabras de ese dictado volvieron a encenderse en mi mente desde el momento en que lo quemé y en ella me resuenan todos los días (no obstante haga todos los esfuerzos posibles para *no oírlas, porque son demasiado terribles)* propio como si me las repitiera un disco o un incansable repetidor. Y así sucede también con ciertas lecciones secretas que Dios quiere que yo recuerde sin tener que escribirlas, porque no quiere que otros se aprovechen de ellas después de que me angustian tanto al no querer doblegarse a la evidencia de lo sobrenatural que obra en mí. Lo sabe únicamente mi Director.

Las palabras: "prudencia, ten prudencia… la ciencia renegará de Dios" me permiten reconocer perfectamente que la lección que recibió Cornacchiola viene del Cielo. ¡Cuántas veces me oí, y me oigo decir estas palabras! Y he tenido la demostración que son verdaderas. ¿Acaso la ciencia no combate la Obra, en la que resplandece la Sabiduría que la dictó?…

El perfume… pues bien, muchos de mis testigos han advertido el perfume que queda después que María Santísima ha venido a mí. Muchos otros también lo advirtieron pero, al desconocer la fuente del mismo, creyendo que yo había esparcido perfumes… No tengo perfumes en casa y, por lo tanto, no puedo esparcir lo que no tengo. Lo más lindo es que, a veces, mientras por el cuarto se difunde la onda perfumada que anuncia a María, o que permanece tras su venida, *algunos la sienten y otros no.*

Para Navidad vino a visitarme el Padre Mariano. Él hablaba… y yo contemplaba. No sé qué habrá dicho ese día, ni qué efecto, le habrán hecho mi distracción y mi silencio… Marta entró y dijo: "¡Qué perfume! Parece incienso. Parece… No sé". Esta exclamación me sobresaltó y miré al Padre Mariano que decía lo más tranquilo: "¿Perfume?, yo no siento nada". En ese momento entró la

Señora Panigadi y, a su vez, exclamó: "¡Que fragancia!" Por lo tanto, yo, Marta y la Señora Panigadi sentíamos el perfume y el Padre Mariano no lo sentía. Y el mismo olor algunos lo definen olor a violetas; otros, olor a rosas y otros olor a lirios o a incienso… Yo lo llamo "olor a flores blancas", porque en él advierto fragancias de lirios, muguetes, tuberosas, magnolias, jazmines, con matices de violetas… un perfume especial, imposible de analizar, pero penetrante y suavísimo.

Y, dado que he afrontado ese tema, también tengo que decir otra cosa. Cuando tengo ante mí a María Santísima, le ruego aún con mayor intensidad por los que se confían a mí o que sé que tienen necesidad de la misericordia celeste… Según de quien se trate, le digo a María: "Te ruego, Madre y Reina mía, ve junto a A o a Z. Consuélale o consuélala, llévale la gracia, toca su corazón, ilumina su mente, etc., etc." Con mucho gusto hago el sacrificio de perder la visión de María Santísima con tal de que otras almas sean consoladas o se arrepientan. Y ya más de uno de mis siete testigos, aunque están a muchísimos kilómetros de distancia, me ha hablado de "particulares oleadas de un perfume misterioso en horas especiales de dolor, o de duda por algo que hay que hacer, o también de… malignidad", porque no todos mis testigos son santos. Dos lo son seguramente, ¡pero los otros 5! Son criaturas, con sus egoísmos, sus defectos, su poco entusiasmo espiritual, etc., etc. Uno de ellos es una persona que para Navidad puso en duda la Virginidad de María y su integridad física antes y después del parto[5]…

Pero así los eligió Él, Jesús, de modo que no se diga que, siendo todos religiosos (y, a lo mejor, santurrones), se sugestionan fácilmente… No es así. Son criaturas de ánimo diverso. Algunos no son practicantes para nada, otros lo hacen mal, otros son almas justas (sólo 2) Una sola vive conmigo: Marta, ¡y, por cierto, no es un modelo de misticismo! Para que cumpla sus prácticas religiosas, tengo que solicitarla yo y las hace distrayéndose mucho.

Transcribo aquí un trozo de la carta de un testigo; se trata de una persona seria, equilibrada, piadosa: "En estos últimos tiempos, un perfume particular, semejante al de las cuentas del rosario (bendecidas por María), viene a suscitar más vivamente el recuerdo de las dos Marías: la Virgencita de Nazaret, que me da el Verbo Encarnado, y la María crucificada, secretaria del Verbo. A veces, este perfume me llega cuando estoy en mi cuarto; a veces, mientras estoy oficiando. Algunas veces es agudo; otras, ligero y delicado y me produce una percepción de cercanía que me asegura *comunión de espíritu* y protección celeste. Es un dulce

[5] Véase el texto del 23 de diciembre de 1947.

consuelo en mi soledad, una delicadeza divina que viene a aliviar el sacrificio de mi crucifixión (el no poder estar cerca de mí), etc., etc." (Carta del 25-12-1947).

He dejado muy atrás el tema que estaba tratando (la Aparición); es que mi Ángel Custodio me sugiere escribir estas notas particulares acerca de mis fenómenos diciéndome: "No son inútiles. Escríbelas". Pero volvamos al fascículo de Loccatelli.

"Soy la Virgen de la Revelación. Soy la que está en la Trinidad eterna". En cambio, a mí María me dijo: "Soy la Virgen Reina de la Revelación y me exhortó a que dijera en las letanías, después de Reina de la Paz, Reina de la Revelación. "Soy la que está en la Trinidad eterna". Cuando leí estas palabras en un suelto de periódico muy conciso (pocos renglones), tuve un gran sobresalto, porque en 1943, es decir, 4 años antes de que lo leyera en el suelto del periódico de mayo o junio de 1947, ya me las había dicho María, idénticas en todas sus letras… más un "Santísima" delante de la palabra "Trinidad" y sin la palabra "eterna". Soy demasiado ignorante en materia religiosa para poder comentar el capítulo "El nuevo atributo de la Virgen" (pags. 12 y 13), correspondiente al fascículo citado, pero me parece que en la Obra y, en general, en los dictados buena parte de la Revelación proviene de labios de María, aunque no es el caso de decir que toda la revelación de la Obra se debe a María, que nos dio el Verbo Encarnado, ese Jesús-Maestro que me dictó tantas lecciones.

¡Cuántos avisos acerca del futuro más o menos cercano hay en los dictados desde el 23 de abril de 1943 hasta hoy!: sobre la pausa entre las dos guerras, sobre la época de los precursores del Anticristo, sobre el Anticristo, sobre las armas (atómicas y demás) que Satanás, en su desesperada maldición contra Dios, les dio a los hombres para exterminar cuerpos y espíritus, sobre la persecución contra la Iglesia y sobre la caída de 1/3 de las estrellas arrolladas por la cola del Dragón… las estrellas… los sacerdotes… ¡Ay de mí! ¡Quisiera olvidar tantas cosas! Pero la esencia de la revelación *no se olvida.* ¿Por qué tener qué saber, Dios mío? ¡Habría preferido no saber!

"Rezar por la unidad de los cristianos": en el lejano 1931, mi Señor me ordenó con amor de Esposo, y no con el imperativo de Dios, que ofreciera nueva y solemnemente mi vida y me sugirió que también lo hiciera por la unidad de las iglesias en un único Redil. Y desde el 1° de julio de 1931, solemnidad de la Preciosísima Sangre, hice la solemne ofrenda de mí misma también *por la unidad de las iglesias.* Por ahora no he derramado mi sangre, no la he mezclado a la Sangre divina derramada por la remisión de muchos, *o de todos,* como al Corazón de Jesús le gustaría que fuera… Pero, aunque mi morir no es cruento, no por eso

se derrama menos mi vitalidad en este lento morir entre los tormentos de tantas enfermedades que desde hace 15 años me obligan a estar en el lecho, después de haberme torturado en pie por los 4 años precedentes y haberme hecho sufrir desde 1920. Pero sufro de buena gana por mis "hermanos separados". Quisiera lograr para ellos el regreso a la Iglesia de Roma.

También en la Obra y en los dictados, muchas veces me llegaron alusiones de Jesús a estos pobres hermanos, separados del verdadero Redil y siento un verdadero y profundo afecto por ellos; no me pesa el sacrificio porque me gustaría que estuvieran en la Vida, en la Vía y en la Verdad.*

Cuando en 1942 supe lo que le ocurría a Sor María Gabriella, la trapense de Gottaferrata, tuve sólo un pensar, que dura aún hoy: que Dios prefiera consumirme lentamente, mientras yo, en cambio, tengo tanta prisa por cumplir el sacrificio con tal de que los pobres hermanos separados vuelvan al Cuerpo Místico.

Página 21 del fascículo; Cornacchiola dice: "Nací el 12 de abril de 1947"[6] y el periodista Loccatelli comenta: "El primer milagro indiscutible". Es así y yo añado: también es la prueba indiscutible que la Virgen María se apareció de verdad, porque sólo el Cielo puede convertirnos de este modo: totalmente, ya sea con carácter súbito o lentamente, *pero para siempre.*

Tiempo atrás, el Padre Migliorini, que por entonces era mi director y padre espiritual, me dijo para tranquilizarme, por lo que me estaba sucediendo: "Estoy seguro de que se trata de algo sobrenatural celeste, porque he visto que se han producido en Ud. cambios espirituales y que se han cumplido acciones inmediatas de gracia. También Ud. debe creerlo". Conservo aún esa carta… Después… no sé qué le pasó. *No quiero saberlo.* Pero yo también tengo una prueba indiscutible de que las palabras que se me dictan provienen de Dios, de María, de los Santos que habitan en el Cielo. La prueba es la conversión a Dios de la familia Belfanti, que era anticlerical, espiritista, etc., etc., el hecho de haber abjurado de las prácticas espiritistas, su fidelidad a los Sacramentos.

Me atacan más que a Cornacchiola, aunque la parte de mi vida anterior a la Obra es tal que permite considerar como algo más que posible un contacto con lo divino, un contacto entre la Gran Víctima, mi Amor, y yo, la pequeña víctima. Pero creo que, más que otra cosa para juzgar el origen de la Obra y para juzgarme a mí, habría qué tener en cuenta, por lo que se refiere a la Obra, las conversiones obtenidas con la misma y, por lo que a mí se refiere, el dolor, que ha sido mi fiel compañero desde la adolescencia hasta… hasta la muerte, el dolor de todo tipo:

[6] Es el día que se le apareció la Virgen

físico, moral, que es la única cosa verdaderamente fiel que he tenido en la vida y al que soy fiel, *¡oh amado dolor!…* Pero sobre todo, hay que tener en cuenta las conversiones, porque el deseo de permanecer oculta, la paciencia en sufrir, el amor al dolor, son cosas que, por cierto, Dios puso en mí y que secundé por su amor; pero son cosas que pueden ser dadas también a quien no es un portavoz. *Mas la acción de convertir a los endemoniados, no, eso no puede venir del demonio.* De lo contrario, tendría que reconocerse que Lucifer se combate a sí mismo, se arranca sus propias presas para ofrecerlas a Dios… Es absurdo, es imposible, porque Lucifer es un ser ávido que devora y no otorga, a no ser que el mismo Dios combata con él y lo venza y salve así a los infelices.

Yo también termino con las mismas palabras de Cornacchiola, ¡tan verdaderas, tan justas! "Quien ha tenido la inesperada fortuna de fijar la mirada en esa bellaza celestial, no puede desear más que la muerte para revivir eternamente la inexpresable beatitud". Es así. Y así espero poder hacer muy pronto, abandonando en la Tierra –donde sólo Jesús y María fueron para mí flores y sol- para adorar por la eternidad, ya sin limitaciones, a los únicos *Buenos*, a los único A*mantes* de la pobre María, los únicos que ella ha conocido desde la infancia hasta hoy.

En cuanto a la estatua… ¡pobres de nosotros! No sé qué efecto le hará a Cornacchiola esa imagen. A menos que María Santísima, para alegrar a su convertido, transforme a sus ojos ese… espantapájaros, creo que Cornacchiola no sabrá mirarla parta no sufrir. Yo no sé mirarla. ¿Esa es María Santísima? Habría sido mejor que Ponzi, dejando de lado el leñoso 900, se hubiese inspirado en la estatua esculpida en mármol y hecha por ese escultor francés que realizó la imagen de Lourdes siguiendo las indicaciones de Bernardette Soubirous, o en la estatua que está en Fátima y que se parece tanto a María Santísima. Por otra parte, la misma Virgen dio su juicio sobre este tema el 28-12-1947 y yo no agrego nada. O mejor, digo una cosa aún: que este tiempo de ira y de tinieblas nos hace tan ciegos, tan sordos, tan tontos respecto a la Belleza, que ya no sabemos dar ni siquiera una pálida imagen de lo que es la Belleza eterna: Jesús, la Virgen, los Santos… y fabricamos… monstruos que reflejan la leñosa dureza de nuestros espíritus muertos para el Amor…

1° de enero de 1948

Recibo la grande e íntima lección de Jesús, mi señor, sobre el 2° verso (II parte) del capítulo 54 del III^{er} libro de la *Imitación de Cristo*: <<La gracia

procede simplemente, aparta todo lo que tiene aspecto maléfico, *no pone trampas* ante ti y lo hace todo sólo por Dios, en quien, por fin, reposa>>

No repito la lección, Jesús se apiada de mis pobres fuerzas, que han quedado agotadas por el comentario de ayer. Escribo sólo las palabras: <<Que este verso de la *Imitación* sea la nota que te asegure la paz en los días de 1948. Que estas palabras inspiradas te aseguren que lo que está sucediéndote es "gracia" porque es simple, sin siquiera la apariencia del mal o malicia, franca, honesta, toda para la gloria de Dios, en quien debes reposar como en una segura morada>>.

2 de enero de 1948

Mientras habla la divina Voz, pienso: "Dirán que estas cosas ya han sido dichas"[1]. Y la Voz divina me dice:

<<Es verdad. Los doctos, que aun estando convencidos (hasta excesivamente) de ser doctores, hurgan en las innumerables gemas que Dios te ha donado para adornarse con ellas, volverán a anotar una vez más estas palabras, las compararán, las desmenuzarán como si fueran médicos que exploran los secretos de la naturaleza y de la vida y muerte de los hombres. Mas tú no lo haces. Tú no recuerdas ni catalogas. Para ti siempre es nuevo y bello. Eres el niño simple, lleno de fe y de amor. Y Yo hablo para ti, para ti sola. ¿Qué mejor y más pacífica compañía en tu encaminarte hacia el Reino de la Vida y cruzar su umbral, que mis lecciones, tomadas de las epístolas de que predicó la doctrina de Cristo aun después de la muerte con el triple manar de las 3 fuentes, en el lugar donde ahora ha brotado un manantial milagroso por obra de la misericordia de María[2], la Llave que abre todas las formas de la Misericordia divina?

[1] La escritora se refiere al dictado correspondiente a la primera de las "Lecciones sobre al epístola de Pab lo a los Romanos".

[2] Es una alusión al martirio de San Pablo, que fue decapitado en roma en el año 67 y cuya cabeza, rebotando tres veces, hizo brotar tres fuentes de agua. En la misma localidad que se llama precisamente "Tres Fuentes", se apareció en 1947 María Santísima. Como refiere ampliamente la escritora en el dictado de 31 de diciembre de 1947

6 de enero de 1948

Antes de que me deje la Santísima Voz, digo: <<¡Oh, Divinísimo!, ahora que vuelves a hablar a menudo, ellos dirán que es un mal, porque el Padre Berti me ha dicho que les había convencido de que Tú, ¡oh, Divinísimo!, hablas muy de tarde en tarde>>. Me responde.

<<Hago como quiero. He demostrado que vengo cotidianamente, o no vengo por una infinidad de días, y que tú no colmas esas ausencias con tus propias palabras. Es una lección para ellos. He hecho de todo para persuadirles. Mas sucede como ya he dicho: "Hemos tocado música y no habéis bailado; hemos entonado endechas* y no habéis llorado"[1]. Pero estas no son páginas para ellos. Es más, te ordeno que las quites de aquí y que hagas un fascículo aparte y lo entregues a quien te he dicho y como te he indicado. Ya han recibido todo lo necesario para tener la aprobación de la Obra de Jesús. *El resto es un tesoro que se recibe sólo si se le ha merecido.* Y hay quien lo ha merecido por haber hecho nuestra Voluntad hacia ti con la perfección de la caridad y sin tener ninguna pretensión y por su obra hacia ti. Además, hay aún otro motivo de la divina providencia que determina esta orden>>.

Me siento tan amada, tan *bienaventurada* por el regreso de María de Lourdes, que vino ayer (desde las 17 en adelante de modo tan… intenso, que quedé como inconsciente, como Marta puede atestiguar), que me atrevo a preguntar acerca de los hechos de San Paolino[2] y de las palabras pronunciadas por María ayer noche: <<Si tienen fe, obraré prodigios de gracia>>. El Divinísimo me responde:

<<En el libro 4° de los Reyes, cap 7° v. 19, dice el ayudante a cuyo brazo se apoyaba el rey: "Aunque el Señor abriera cataratas en el cielo, ¿podría ocurrir lo que dices?"[3]. Yo digo que, aunque el Señor hiciera en el Cielo cataratas de gracias y milagros para derramarlos en la Tierra, serían muchos los que seguirían diciendo: "¿Puede ocurrir esto? Pues, no puede ocurrir" El milagro presupone la fe. Dios da la señal. Se manifiesta. Es una epifanía continua para llamar a los espíritus a la fe, la esperanza, la caridad, y a Dios. Mas luego os deja libres de creer o no creer. Mas os digo que el río de gracias listo para fluir, cambia su rumbo, si los hombres con su incredulidad, forman un dique ante él. He aquí por

* endecha = canción triste o de lamento,

[1] Mateo 11, 17; Lucas 7, 32.

[2] Es la parroquia de la escritora, en Viareggio, donde algunos creyeron notar una señal extraordinaria en la estatua de la Inmaculada.

[3] 2 Reyes (para la Vulgata 4 Reyes) 7, 19.

qué la Beatísima para cumplir su promesa de “obrar prodigios de gracias”, pone esa condición: “si tienen fe”. La hora de la gracia llega, permanece a la espera. Mas si el hombre no la invita diciendo: “Quédate con nosotros”, pasa y no vuelve>>.

20 de febrero de 1948

El espíritu Santo me dice cómo debo conducirme para la Obra.

22 de febrero de 1948

El Espíritu Santo se refiere a la transubstanciación de las especies.

23 de febrero de 1948

“Vencen. Han vencido. Está alzada la b. r …”.
“¿Dónde? ¿Dónde?”.
En las horas sucesivas me entero de Praga[1]…

[1] Se refiere al gobierno comunista que se ha constituido en Checoslovaquia. Las iniciales b. r. podrían significar *bandera roja.*

24 de febrero de 1948

Aún se trata del misterio de Cristo…

26 de febrero de 1948

El Pontifical. "¿Es verdad?"…

28 de abril de 1948

(primer aniversario de la conclusión de la Obra)
A las 9 y 50.

Dice María entre oleadas de intenso perfume que han ido sucediéndose desde ayer por la tarde y durante toda la noche.

<<Hija mía, las mismas rosas del Amor eterno fueron para mí un espinoso zarzal, desde la Anunciación a la Ascensión. Por eso, quédate contenta en tu espinoso zarzal pensando que eres como tu Madre y tu Reina. Sólo cuando el tiempo se ha terminado, cogemos de ese zarzal, que se ha mudado en rosal, rosas eternas, que sólo saben dar el inefable, el inexpresable y perenne gozo.

Reza mucho para que mi Epifanía pueda resplandecer por doquier, atrayendo hacia la Estrella de Dios innumerables espíritus, y para que se cumpla mi Pentecostés y el corazón de los hombres se renueve, dando paz a la Iglesia y al mundo, salvación de los hombres en ésta y en la otra vida, y gloria a Dios. No te asombres absolutamente de todo lo extraordinario que pueda acaecerte en mayo. Quiero recompensarte espiritualmente por todo. Mas busca la soledad, porque el velo extendido, sobre los misterios del Amor no puede ser alzado en presencia de todos, sino solamente ante aquellos a quienes el Amor infinito permite que vean, gusten, conozcan…

Quédate en ardiente espera, espera en tu mínimo cenáculo, como yo en el nuestro. Ama y ruega>>.

1° de mayo de 1948

Mi Ángel Custodio me explica la diferencia que existe entre separación del alma del cuerpo debida a la muerte, y momentánea separación del espíritu del cuerpo y el alma debida al éxtasis o arrobamiento. Me dice que, mientras la

separación del alma del cuerpo ocasiona la muerte, la contemplación extática, o sea, la temporal plegaria del espíritu más allá de la barrera de los sentidos y de la materia, no provocan muerte, por el hecho de que el alma no se separa, sino que, con su parte mejor, se sumerge en los ardores de la contemplación.,

Para hacérmelo entender mejor, me hace reflexionar sobre la circunstancia que todos los hombres, mientras tienen vida, tienen en sí un alma (viva o muerta, ya sea por justicia o por pecado), pero que sólo los grandes amantes de Dios alcanzan la verdadera contemplación. Esto demuestra que el alma, que conserva su existencia mientras está unida al cuerpo (y ésta es una particularidad igual en todos los hombres), tiene en sí misma una parte selecta que podríamos definir: el alma del alma. Con el desamor a Dios y a su Ley, y también con la indiferencia y los pecados veniales, dicha parte pierde la gracia de poder contemplar y conocer a Dios y las eternas verdades, por cuanto pueda hacerlo una criatura humana y según la perfección que haya alcanzado.

He recibido esta explicación angélica porque, mientras decía el Santo Rosario, meditaba sobre el 4° misterio glorioso y, por lo tanto, sobre las palabras de María Santísima del 12 de abril y sobre las del Espíritu Santo del 2 de febrero,

20 de mayo de 1948

Prosiguen aquí las lecciones sobre la Epístola a los Romanos. Las otras lecciones están en los dos cuadernos que le di al Reverendo Padre Corrado M. Berti, que consideró oportuno retirarlos aunque el último aún no estuviera terminado, así como está muy lejos de estar terminado el comentario del Espíritu Santo sobre la Epístola a los Romanos. Pero consentí en entregarle todo lo que tenía, por todo el respeto y gratitud que le debo al Padre Corrado y, sobre todo, como reconocimiento por haberse comportado siempre con caridad, paciencia y obediencia respecto a mí, pobre criatura, y respecto a los deseos del Señor.

Es justo que sea dado tanto a quien mucho ha hecho por la Obra. También el Padre Migliorini hizo mucho… ¡Bastaría pensar en todo lo que escribió a máquina! Pero… todas las cosas tienen su “pero”. Y la Obra tiene ese “pero”: pero si no hubiera estado el Padre Berti, habría sido seguro que se iba a terminar por no entregar la Obra a la O. S. de M.[1], debido al comportamiento de todos o, al menos, de todos menos algunos poquitos, verdaderas excepciones en la totalidad de los Padres S. de M., que siempre han obstaculizado, criticado, causado dolor en exceso, y que sólo desde hace poco tiempo han cambiado sistema e ideas hacia

[1] Se refiere a ka Orden de los Siervos de María, a la que pertenecían todos los religiosos mencionados en este trozo.

la Obra de Jesús y hacia el pobre instrumento de Jesús. Pero la dulzura, la sinceridad, la honestidad, desarman. Sí desarman a Dios y al instrumento de Dios, que debe defender tenazmente los intereses y la voluntad de Dios, aunque eso le cueste mucho, porque no es agradable disputar, reprochar y amenazar castigos.

No sé cuánto tiempo aún estaré sobre esta Tierra, ni si podré ver impresa la Obra. Pero me interesa declarar que, si la Obra llega a dar luz y bien a las almas y lustre a la O. S. de M., tanto las almas como los S. de M. *tienen qué agradecérselo al P. Berti y al P. Migliorini* que, de modo diferente pero con una única constancia han trabajado para que se cumpliera la Voluntad divina y para que las almas recibieran el don de Dios. Y, tras haber recordado a los dos primeros y constantes trabajadores de Dios, me complace recordar a otros pocos que cooperaron con caridad para aliviar al instrumento y ayudar a los dos principales artífices del triunfo de la Voluntad de Dios y de su Palabra: el Reverendo Padre Gargiani, el Padre Sostegno Benedetti, el Padre Tozzi y el Padre Mariano De Santis.

14 de junio de 1948

Paréntesis. En este punto, una intensa debilidad me había obligado a interrumpir y a abandonarme sobre la almohada y el divino Autor que me dictaba dejó que descansara. Pero, tan pronto como me repuse un poco, el Espíritu Santo me confió un pensamiento que, debido a un momento de pereza determinado por la languidez en que me encuentro, no me esforcé por escribir, pensando: "Me acordaré de él". Eran las 12. Ahora son las catorce y en vano trato de recordarlo. ¡Lo he perdido! ¡Y era tan profundo! Mi espíritu sufre. Me agito en la inútil búsqueda de lo que he perdido por mi culpa.

Por primera vez oigo que la voz del Espíritu Santo es severa; me dice: <<Desde hace tiempo te has vuelto perezosa. Cuando te interrumpe un motivo de caridad o una molestia del otro, Nosotros te socorremos. Pero cuando pierdes una perla por culpa de tu pereza, no socorremos. Quédate con tu pena. Y no busques. No encontrarías aquellas palabras mías ni siquiera si hojearas todos los libros de la Tierra. Que este sufrimiento sea tu castigo>>.

Tiene razón, ¡pero estaba tan cansada! Estaba tan débil que la pluma se me caía de las manos y me tumbaba de todos lados. No lograba tener los ojos abiertos y Dios no me transmitía sus fuerzas para servirle, como hace cuando quiere. Sin embargo… *debería* haber escrito, cómo y dónde podía, a costa de tener que volver a copiar. Ahora está hecho y no tiene remedio. Si aquí queda una laguna,

es culpa mía. Es verdad. Ahora estoy tan mal, que me he vuelto perezosa. Hasta hoy. Dios me ha compadecido. Hoy castiga. ¡Paciencia! Me lo merezco y es justo el castigo.

2 de marzo de 1949

<<Este año te haré un paralelo entre mi Pasión y la tuya. De este modo, contemplarás una vez más la Pasión de tu Señor y serás iluminada, y también consolada, para soportar la tuya con justicia>>.

30 de marzo de 1949

A las 15 y 30.

Por tres veces Jesús me llama afanosamente mientras corre a mi encuentro como si viniera de la Probática hacia el Tiropeo, luego se detiene cerca de un sepulcro con la puerta abierta como una boca oscura y me dice: <<Dame tus manos. Ponlas en las mías, alma mía, para que Yo te infunda mi Fuerza… porque no sabes lo que están haciéndote… No sabes cuánta fuerza se necesita para permanecer fiel… porque tú quieres permanecerme fiel sólo a Mí, ¿no es verdad? ¡Fiel a tu Jesús! Pues bien, por eso vengo y te ayudo de este modo>>.

Yo, palidísima por la contemplación, le pregunto: <<¿Por qué hay esta luz crepuscular, que casi impide ver? ¿Acaso desciende la noche para mí y para la Obra?>> (digo esto porque la penumbra es tal que a duras penas veo a Jesús, vestido de blanco…).

Y Él responde: <<El crepúsculo no viene solamente cuando desciende la noche. También puede significar el principio del alba>>. Luego permanece allí y se vuelve resplandeciente cuando el Padre Dati[1] viene a bendecir (se trata de la bendición pascual de las casas). Luego vuelve a estar como antes: afligido, cansado, erguido en la luz vacilante de ese verdoso crepúsculo como un centinela junto al sepulcro abierto…

(Luego tuve una explicación de esta visión en el "Paralelo" entre las dos Pasiones… pero son páginas secretas…)

[1] Padre Giuseppe Dali, sacerdote de la parroquia de San Paolino en Viareggio.

Marzo de 1949

El paralelo entre las dos pasiones.

Dice Jesús:

<<Yo y tú, Yo en ti, tú en Mí, Cristo y el pequeño Cristo, la gran Víctima y la pequeña víctima, el gran Calumniado, Traicionado, Infamado, Condenado, sin que se tuviera derecho a hacerlo, y la pequeña calumniada, traicionada, infamada, condenada, sin que se tuviera derecho a hacerlo.

Los personajes son los mismos en cuanto a las acciones, no por la personalidad. El juicio de Dios es severo tanto hacia los de entonces como hacia los de ahora, acerca de todos los protagonistas del drama injusto o santísimo, según se le mire de parte de los hombres o de los cristos.

Ven, lo reviviremos juntos. Y verás que eres el fiel espejo de tu Jesús.

¿Cuándo comenzó la Pasión? ¿Cuándo comenzó el proceso? ¿Acaso fue en la noche entre el jueves y el viernes? ¿Acaso delante de Caifás en el aula del Sanedrín? No, fue mucho antes, desde que vine a la luz.

A mi alrededor hubo siempre un contraste de amor perfecto por parte de pocos y de odio perfecto por parte de muchos. A mi alrededor hubo siempre perfecta comprensión de poquísimos y perfecta incomprensión de muchísimos. También para ti es así desde que naciste. Y sufriste por eso como Yo sufrí, a pesar de que fui mucho más afortunado que tú porque tuve por madre a esa Madre. Esa Madre consolaba todos los dolores. Su amor, segundo por potencia y perfección después del amor de mi Padre divino, me recompensaba de todos los odios.

Los hombres me persiguieron desde la infancia. También tú conociste los celos injustos, las estúpidas envidias que degeneran en odio hacia el que es perseguido y en el temor del perseguido por el oscuro peligro que se cierne y acosa cuando el hombre, aún pequeño, no sabe distinguir el verdadero valor de las cosas que le son favorables o adversas y, por lo tanto, el susurrar del follaje, la oscuridad, el grito rabioso de un hombre airado, las incógnitas de una fuga, asumen el aspecto de un ingente peligro.

Padecí el exilio, mas nunca fue exilio porque esa Madre estaba conmigo. Tú tuviste un exilio más duro porque, aun sin estar obligada a vivir en una tierra desconocida, te fue desconocido el corazón de la que sirvió tan poco a la caridad.

Tuve hambre. También tú la tuviste.

Tuve frío. También tú lo tuviste.

Perdí amistades desde la infancia. También tú las perdiste.

Luego comencé el trabajo precozmente –a veces, un trabajo superior a mis pequeñas fuerzas- porque eran pobres. También tú comenzaste el trabajo precozmente –a veces, un trabajo superior a tus pequeñas fuerzas- porque tu casa era pobre de afectos. No le bastaba a tu corazón grande el amor de tu padre, el único y verdadero gran amor que tuviste entre los hombres. Pero esta hambre de amor nunca saciada sirvió para hacerte venir a Mí de un modo no común en las criaturas. Por lo tanto, fue bueno el fruto del poco amor que te dieron, pero fue muy doloroso tener que probar esta falta de amor.

En verdad, no les guardas rencor a las personas que, entre los parientes o en la escuela, o en la sociedad, no te amaron, del mismo modo que Yo no les guardé rencor a los parientes que no me amaron nunca como habrían debido y cuyo desamor, cuya incomprensión, por el contrario, fueron aumentando a medida que Yo pasaba de adolescente a hombre y de hombre a Maestro; del mismo modo que no les guardé rencor a los nazarenos, mis conciudadanos, que fueron tan hostiles al Maestro como pocos ciudadanos de otras ciudades lo fueron.

Lloré la muerte de mi padre putativo amabilísimo y justo. También tú lloraste la muerte de un padre amabilísimo y justo, cuya pérdida ocurrió cuando más te habría sido necesario y dulce tenerle cerca. También para Mí habría sido dulce saberle cerca de mi Madre como valido defensor contra las acusaciones de los parientes y nazarenos en el momento en que el carpintero Jesús iba a convertirse en el rabí Jesús. Y dulce habría sido tenerle junto a Mí durante la misión, en los momentos más duros de la misma. Y dulce habría sido su presencia para sostenerme con su amor durante las jornadas inmensamente amargas en que sufrí traiciones y padecimientos.

¡El fiel amor de José habría sabido consolarme muy bien de la traición de Judas! Y la presencia de José junto a la Madre, en el Calvario, me habría dado paz en la muerte. También tú, si tuvieras ahora aquí a tu padre, cuyo nombre es igual al nombre del Justo y cuya justicia y caridad fueron tan vivas y verdaderamente paternales, sufrirías menos por la amargura que te causan las muchas traiciones y por estar sola, e indefensa en tanta lucha, como María…

Pero estas son las premisas remotas a nuestra verdadera Pasión, a nuestro verdadero proceso injusto. Vayamos más allá, a las premisas vecinas.

Yo y tú hemos amado siempre la Voluntad de Dios más que la nuestra y siempre hemos querido servirla y cumplirla anteponiéndola a todo interés y voluntad nuestra, ¿acaso no es verdad?

Y entonces, Yo dejo la casa de Nazaret, donde había mucha paz y en la que penetraba sólo una relativa incomprensión, llevada por parientes y conciudadanos; dejo la aún fácil y dulce Voluntad del Padre a mi respecto, es decir, la de ser hombre –Yo que era Dios- y, por lo tanto, la de aceptar las diversas exigencias de la carne –que tiene hambre, sed, sueño, que siente el cansancio y los fastidios de la intemperie y del calor solar y estival- y las exigencias de la moral, que sufre por los lutos, o los rencores, o por no poder dar mayor holgura a la Suave que me dio al mundo, y además, la de aceptar, como hombre –Yo era el Señor, el Rey de eterna e infinita potestad- la sumisión a los hombres dueños del temporáneo poder. Dejo pues, esa aún fácil Voluntad y abrazo la Voluntad más difícil del Padre mío, la que es como un trazo que une los dos extremos de mi vida: el primero, el familiar, y el último, el de la Pasión propiamente dicha, o sea, emprendo la vida pública.

También para ti ha sido así. Yo, cuya Voluntad es una sola con la del Padre mío, te llamé para que cumplieras la segunda parte de tu vida, la parte de mi portavoz. Del mismo modo que Yo no ignoraba lo que me esperaba en la vida pública, tú no te engañaste respecto a lo que encontrarías sirviéndome de modo extraordinario.

Así estamos más unidos a Dios, porque el Padre nos estrecha más a Él cuanto más cumplimos su Voluntad y nos une a Sí si cumplimos la voluntad dolorosa que nos pide para el bien de quien no sabe amar a Dios ni al prójimo y que, *ya no estando agradecido* a Dios en el júbilo, se convierte en su enemigo si el dolor le acosa. Por cierto, estamos más unidos a Dios pero también ¡cuánto, cuánto más estamos atormentados por los hombres, al ser portadores de la Palabra de Dios!

Henos a ambos en el camino, para evangelizar, para llevar la Buena Nueva, para recoger críticas, calumnias, injurias, reproches, acusaciones, para conocer rostros que son como escenarios pintados tras los cuales se oculta un corazón de serpiente, para valuar lo frágiles que son la amistad, la gratitud, la fidelidad humana, y lo inconstante que es el corazón del hombre, hasta el punto que el centelleo del oro le desvía hasta hacerle enemigo del Amigo, y que prefiere el frío y pálido resplandor de un puño de monedas –que, seguramente, no puede llevar consigo por toda la vida y que inevitablemente deja cuando llega la muerte- al vivo fulgor del amor cálido e inteligente del verdadero Amigo de las almas.

Ven, ven, ven, María, mi María. Pon tu pequeña mano cansada en la mía, que es fuerte y firme, y ven Conmigo sin temor. ¡Así!, como si Yo fuera más bien tu padre que tu Esposo y Dios, o un hermano bueno que *comprende porque ya ha*

conocido todo el dolor de los enviados de Dios, y que te ama porque le amas sin acusarle de ser la causa de tu sufrimiento.

El justo no confunde nunca las causas de su sufrimiento. Siempre perdona a todos, pero conoce el rostro y el corazón de sus verdugos. Y, sobre todo, conoce el rostro y el amor de Dios y sabe que si Él permite que los hombres sirvan a Satanás para torturar a sus semejantes, es para hacer resplandecer la verdadera grandeza de sus verdaderos hijos; para hacerla resplandecer y para premiarla.

Por lo tanto, vayamos alegremente, tomados de la mano. He venido para ti para que recorramos juntos pueblos y ciudades de Palestina. La tierra de tu Jesús es hermosa en primavera y a ti te gusta mucho. ¡Es hermosa! Es hermosa, aunque en medio de su exuberante naturaleza, junto a las límpidas aguas y sobre las boscosas alturas, por doquier, están ocultos áspides y chacales. No huyamos de ellos. Por el contrario, vayamos a su encuentro para conocer a tus torturadores en mis enemigos.

Estas páginas son sólo para ti. Puedes dárselas únicamente a la Buena que ya sabes, una de las Marías de tu Calvario, para consolarla por la promesa que no pudo ser mantenida. ¡Deberé castigar alguna vez al que me escarnece! , pero que acepte esta reparación por parte del Esposo, para que comprenda que la quiero y que el no haber mantenido la promesa no se debe a que he cambiado mi voluntad. También esto será para ella un motivo de dulzura. Pero dile que no se lo diga a nadie. Repito: a nadie, ni siquiera a los seres más queridos…

"Un día Jesús, tomando aparte a Pedro, Santiago y Juan, subió al monte y se transfiguró…" Pues bien. Yo tomo aparte a mi pequeño Juan y a su hermana, que en este caso representará a Santiago, y sólo a ellas les demostraré cómo tú estás en Mí y Yo en ti hasta el punto que tú llegas a ser un pequeño Yo.

Vayamos pues. He aquí el lugar de la Tentación, el encuentro con el Enemigo, príncipe y principio de todos los enemigos de los justos; digo principio porque es el móvil de todos los actos humanos injustos. Los otros enemigos del siervo de Dios no son más que fantoches movido por él, instrumentos suyos que a veces lo son inconcientemente, y se horrorizarían y reaccionarían ofendidos si alguien les dijera que lo son, pues ellos… ¡oh!, ellos creen estar en lo justo, ser independientes de toda presión extra y están convencidos de que sirven a Dios oprimiendo, al siervo de Dios porque para ellos, en su autodefinición de "santos", es un pecador.

¿Cuál es la diferencia con los que por tres años me criticaron injustamente, acusándome de pecado por cada una de mis acciones como Verbo encarnado y que, en menos de una noche, me condenaron a muerte?

También ellos en Israel se definían "justos", los únicos justos, los depositarios de la Ley y de la Sabiduría, los defensores de Dios a quien, en verdad, defendían y amaban muy poco hasta llegar a matarle al Hijo.

También ellos se creían independientes de presiones externas y, por lo tanto, libres de juzgar mientras que, en verdad, Satanás, su móvil, desencadenaba en ellos la triple concupiscencia, el apetito de gloria, de poder, de riquezas, les azuzaba y acosaba hasta hacer de ellos deicidas.

También ellos decían obrar para honrar y servir a Jehová al quitarle de por medio al sacrílego Nazareno.

Pero, si me perseguían hasta hacerme morir en la cruz, ¿cómo honraban y servían al Dios de sus padres, a El que había instruido directamente a los Progenitores acerca del futuro Mesías, a El que había puesto las profecías en los labios de los profetas de su pueblo, a El que resplandecía en Mí –que era Uno con Él en la divina Naturaleza- y en cada una de mis acciones de Hombre perfectamente santo a quien nadie sorprendió en pecado?

Mas ellos eran los hombres enemigos manipulados por el Enemigo principal, el que me esperó junto a la roca desértica para tentarme a destruir de este modo a El que iba a vencer y a destruir su labor de homicida del hijo adoptivo de Dios. Y el Enemigo de Dios me tentó. Digo siempre el Enemigo de Dios aunque tiente a los hombres porque, en realidad, ¿a quién declara la guerra cuando declara la guerra al hombre? Pues, se la declara a Dios porque, si vence al hombre contra el que ha dirigido su ataque, le arranca un hijo al Padre de los Cielos.

El Enemigo me tentó astutamente. ¡Oh!, se sabe bien cómo venció la primera vez y sabe que, entre todos los nacidos de mujer, sólo un hombre –digo, *uno sólo*. No se habría enardecido en absoluto ante el fruto carnal que el lujurioso Demonio le tendría aún más encaminado, porque la Tierra tuvo muchos héroes de la pureza –los vírgenes, los castos, que forman los albos ejércitos de los Cielos- mas, bajo el candor de su estola se adivinan, como rubíes encendidos, las luchas contra los acicates de la carne para mantenerse fieles a la cándida virtud que les hizo ángeles bajo forma de hombre. Yo no conocí ese estremecimiento. ¿Cómo habría podido conocerlo si era el inmaculado Hijo de la Inmaculada y de Dios, y si no abrí mi mente a las palabras de Satanás?

Satanás buscaba entre los nacidos de mujer al Mesías y con ese medio puso a prueba, incansablemente, a los hombres y cuando encontró al que permaneció sin estremecimientos ni curiosidad ante su seducción carnal, no tuvo dudas de haber encontrado al Mesías que estaba buscando, a su futuro Vencedor si él no lograba vencerle. Y entonces, tentó al Hombre para hacer perecer al Salvador, al

Redentor, al Vencedor, antes de que Él salvara, redimiera, venciera el pecado y la muerte. Mas, en lugar de vencer, fue vencido.

¿Recuerdas, María, tus tentaciones? ¿Acaso no siguió el mismo sistema para tratar de hacerte perecer, para hacerte odiosa ante mis ojos, de modo que Yo no te llamara a recibir mi Palabra para transmitirla a los hombres y luego –segunda parte de la tentación- cuando ya eras mi portavoz, no intentó hacerte pecar de soberbia, de desobediencia, de mentira, para que pereciera no sólo tu alma sino también mi Obra?

Piensas: "Pero tu Obra pereció a pesar de que yo te fui fiel en la obediencia, humilde no obstante el honor que me concediste, sincera hasta ser escrupulosa en decir siempre y solamente la verdad acerca de lo que había visto y oído".

No, la Obra no pereció, a pesar de que los hombres sirvieron *perfectamente* a los fines de Satanás para hacerla perecer. Te lo digo Yo: no pereció. No puede perecer. Yo y mi Madre velamos sobre ella. Perecerán los que tutelaron mal y mal juzgaron, mas la obra no perece. Pueden prevalecer los hombres con sus sentimientos impuros, mas no pueden destruir la Obra de Dios. El castigo caerá sobre quien ha pecado y peca. Mas la Obra no peca y tú no has pecado. Por lo tanto, no perecerá.

¿Crees que han terminado con las tentaciones? No lo creas. Por eso hoy (30 de marzo a las 15 y 30) te he llamado de ese modo, diciéndote que me dieras tus manos para infundirte mi Fuerza[1], porque Yo conocía y conozco todo el odio que ahora se desencadenará contra ti, ahora que, por ser fiel a las cuatro virtudes cardinales, además que a las tres teologales, has desilusionado a los hombres y vencido una nueva tentación.

Tendrían que agradecerte porque les impides pecar e incurrir en castigos. Mas, ¿es que alguna vez esa Orden te amó con un justo amor? ¿Cuándo lo hizo con justicia? ¿Cuál de sus miembros fue para ti sanamente un tutor? Bajo el hábito negro que cubre los diferentes corazones, se agita el interés, el engreimiento, la desconfianza, la calumnia, la mentira. Mas El que desenmascaró a los escribas y fariseos, El que está cansado –hace dos años que me nausean sus acciones- les descubre, te los muestra. Helos ahí a los hombres, los hombres que ya te han dañado tanto, que han arruinado la Obra, que te han causado tanto dolor; helos aquí con su verdadero rostro de seres resentidos, porque sus designios han sido contrariados.

¡Recuerda! ¡Recuerda! Fue en marzo de 1947, te dije: "Ése, el sacerdote que pone la mano en tu plato y come del pan que Yo te he dado –mi Palabra- se aleja

[1] Véase el diario del 30 de marzo de 1949.

de ti y en su corazón decide algo inicuo diciendo: 'Después de esta, no volverá a levantarse'". ¿Ves? No importa. Te lo dije y te lo repito: en verdad *el ser portavoz es un hecho accidental, mas lo que dura eternamente es el ser fiel en la justicia. Por lo tanto, debes preocuparte solamente de esto.*

Vayamos adelante. Reconozcamos a otros enemigos míos.

He ahí, a orillas del mar de Galilea, a los que se preocupan de los muertos y dejan de lado la Vida. Son todos los que están ocupados completamente con las vicisitudes terrenas, los que pierden de vista el fin justo, que dará el premio eterno, para perseguir un fin que termina aquí, en la Tierra. Es una obra buena el enterrar a los muertos, especialmente si son los propios padres, mas seguir a Dios, que da la vida al alma, es una obra aún mejor.

También es un hecho bueno publicar la Obra, porque las almas encontrarán vida en ella, pero obedecer a Dios y a la justicia, ser humildes, prudentes respetuosos hacia el Cuerpo Místico, es aún mejor, porque da el premio de vida eterna, un premio *purificado* de todo estímulo humano.

Es verdad, si la actual prisa por imprimir tuviera un móvil único –el celo por dar a las almas su alimento- la divina e infinita Misericordia absolvería en parte su desobediencia. Mas, en esta prisa actual, ¡hay muchas, muchas impurezas muy humanas! Y Yo que, además de misericordioso soy justo, en verdad no puedo absolverles, tanto más que ellos, que tendrían que ser luz para tu alma, que tendrían que ser sal, sostén, ejemplo, para tu alma y para la de tus testigos, se convierten en fuentes de humo, en peso, en sabor que desvía el gusto genuino, en mal ejemplo: en una palabra, en *escándalo*. Y ya se sabe cómo Yo he juzgado a quienes escandalizan a los "pequeños".

Sin embargo, también tú encuentras a quienes se ocupan de cosas muertas, a los que les gustaría que tú también te ocuparas de ellas y que, por ser menos heroicos que el del lago, no saben seguir mis pasos que trazan el camino justo, y se demoran con impuro afecto para acariciar cosas muertas. No es este el modo en que se obtiene el milagro que el Cielo las resucite. María Magdalena, la gran pecadora y gran convertida, la humilde madre del muerto de Naim, Jairo el de la sinagoga, creyeron ciegamente en mis palabras, no quisieron obrar por ellos mismos, sino que *me dejaron obrar*, siguieron confiadamente las órdenes que Yo daba y obtuvieron la resurrección de sus muertos. ¿Es que acaso éstos, que quieren hacerte cumplir acciones que yo te aconsejo que no cumplas, son más sabios que Dios? ¿Son acaso más potentes que Yo?

Vayamos adelante sin preocuparnos del murmullo que suscita entre los presentes en el episodio mi respuesta al hijo del padre muerto. Es un murmullo de voces humanas y, por lo tanto es irrelevante.

Henos aquí en mi ciudad de Nazaret. También aquí soy el Maestro y el autor de milagros. *Mas esta ciudad no me ama* y "a causa de la incredulidad de los nazarenos, Cristo no hizo muchos milagros en Nazaret". Esta ciudad no me ama y cuando Yo le digo la verdad por amor hacia esta ciudad mía a la que me gustaría ver santa, ella coge piedras para lapidarme y me arrastra hasta la cima del monte intentando hacerme perecer. Sin embargo, *la verdad que se dice al que peca para apartarle de su error, siempre es caridad electa entre las electas.*

Tampoco tú eres amada en la que tendría que ser tu ciudad (la Orden de los Siervos de María) y debido a su incredulidad no puedes exponer el otro milagro de las explicaciones de las Epístolas Paulinas, que sólo Yo puedo aclarar con tal verdad y correspondencia con el pensamiento de Pablo. Y porque dices la verdad te lapidan y querrían hacerte caer, Las piedras, es verdad, te hieren, mas no logran hacerte caer *porque tú pasas Conmigo en medio de ellas.* Y si no cambian, no sólo pasarás Conmigo, sino que te irás Conmigo lejos de ellos. Aún faltan sólo pocas gotas de su malsano líquido para colmar la medida del cáliz de su incredulidad, de su desamor y de mi tolerancia. Cuando esté colmo, Yo te llevaré Conmigo, lejos de ellos, para darte al menos una muerte pacífica en los brazos del Amor, sin que los hombres turben tu hora extrema con sus gritos y acciones malévolas.

Vayamos aún más adelante. Vayamos al encuentro de los falsos amigos.

¿Quiénes son? Son los Escribas, los Fariseos, los Saduceos, los Herodianos, que me invitan a sus banquetes y luego me critican, a Mí y a mis discípulos, porque éstos no han cumplido purificaciones exteriores; son los que murmuran porque Yo perdono a la pecadora que ha hecho más que ellos, porque me ha dado esos consuelos, usados por los hebreos, que ellos no me dieron; son los que me interrogan acerca de cuestiones legales y espirituales y se muestran deseosos de aprender más, en verdad, abrigan en su corazón la esperanza de poder cogerme en error. Mis respuestas de encarnada Sabiduría y de verdadero hijo de la Tora no sirvieron para persuadirles de que Yo era el Mesías que habían profetizado. Por el contrario, sirvieron para crear las imputaciones contra Mí, en la noche entre el Jueves y el Viernes.

¡Helos aquí! Son los que me preguntan por qué mis discípulos no se lavaron antes de sentarse a la mesa, olvidándose de que cuando uno de ellos, Simón el fariseo, me había invitado como huésped, por propia voluntad no me había dado

en qué lavarme y perfumarme, según las costumbres palestinas; por el contrario, había murmurado para su adentros acerca de la acción reparadora de la arrepentida, una acción que Yo afirmo que fue reparadora de las culpas de ella, pero también de las de él, es decir, de Simón el fariseo.

¡Helos aquí! Son los que me interrogan acerca del divorcio, los que me tientan acerca del tributo a César, a fin de obtener así una nueva imputación contra Mí para llevárselo a Pilato… ¡oh, astutos acusadores que quieren verme muerto, pero que no quisieran que mi martirio fuera ilegal!

¡Helos aquí! Son los que arrastran a mis pies a la adúltera con un doble fin…

Son los que se escandalizan cuando Yo limpio la Casa de mi Padre, que se ha convertido en un lugar de trueques, usura y comercios.

Son los que fingen comprender mal las explicaciones sobre segunda vida de la carne después del Juicio Final, la resurrección, para ver si digo herejías.

Son los que, capciosamente, me mandan preguntar cuál es el precepto más grande.

Son los que dicen que, para creer en Mí, necesitan una señal. ¿Acaso creyeron después de haberla obtenido? *No lo hicieron*. Como no te creen a ti, como no te han creído ni te creerán nunca de verdad, aunque dicen creer que eres mi portavoz y que las lecciones de la Obra proviene de la Sabiduría; lo dicen para engañarte acerca de sus verdaderos propósitos o creen, creyeron y creerán sin constancia, y creerán sólo cuando la fuerza de ciertos testimonios les doblegue al suelo dispuestos a volver a levantarse y a negar su transitoria fe tan pronto como el poder de Dios ya no les oprima y su esplendor no llamee pavorosamente ante ellos.

¿Son amigos? No, los amigos no atormentan con preguntas capciosas para ver si logran hacernos caer en el error; dado que en el escrito no hay errores.

Los amigos no reprochan culpas falsas mientras que saben bien que habría que reprocharles por sus malas acciones, que han hecho y que siguen haciendo, *con pleno conocimiento de que las hacen.*

Los amigos no se ponen en condiciones de criticar las acciones de las Autoridades y de rebelarse a ellas, alterando la verdad acerca de las mismas, para luego denunciar ante dichas Autoridades las rebeliones o las críticas que ellos mismos han acicateado y suscitado con sus tendenciosas palabras.

Los amigos no se rebelan cuando un justo celo arrasa como basura e indigno comercio todo lo que ocupa su alma, profanada por sensualidades mentales.

Los amigos no fingen no comprender las claras explicaciones para poder hacer objeciones con la esperanza de que uno termine por caer en herejías.

Los amigos no obran a traición cometiendo acciones ilícitas para decir luego que el amigo ha sido su cómplice.

Los amigos no describen al propio amigo como loco o endemoniado, como embustero o falso.

Los amigos *verdaderos* no hacen nada de todo esto. Por lo tanto, ¿son amigos tus falsos amigos? No, son tentadores. Son calumniadores. Son negadores. Son astutos. Son ladrones y embusteros. Son los que cometen atentado contra tu vida –que consuman con sus acciones- y contra la Obra, que dañan con sus acciones; por lo tanto, son homicidas y destructores impunes… O no, no son impunes. Podrían serlo mientras duraba mi paciencia… no cuando ya se ha agotado.

Son seres sin caridad y, por lo tanto, sin Dios, aún más atentos que los antiguos estrategas del Templo, pero no por un reverencial amor hacia la Santidad del Señor, *verdadera* Cabeza del Templo, sino para buscar una razón capaz de convencer a los simples para que pequen. Siempre están listos para afirmar lo que no es verdad, para alterar las cosas, para quitar o añadir, de acuerdo con el fin impuro que abrigan en su corazón.

Yo les llamo "concupiscentes". Y lo son en dos de los tres ramos del maldito árbol nacido en el hombre de la semilla de la manzana prohibida. Son concupiscentes en los ojos porque lo que les llevó a ocuparse de ti fueron la avaricia y la curiosidad malsana. Y la concupiscencia de los ojos es curiosidad y avaricia. Y son concupiscentes en la mente. Para aclararte mejor este aspecto de la concupiscencia humana, la llamaré orgullo de la vida, motivado por el egoísmo que un desenfrenado amor propio suscita en ellos hasta el punto que se creen semejantes a Dios; es más, hasta el punto de poder imponer a Dios que haga lo que ellos quieren, del mismo modo que, por medio de todos sus poderes, intentan oprimir y doblegar a su prójimo para convertirle en el propio esclavo, que les sirve y teme y no osa reaccionar ante la mal disimulada violencia de ellos. Del maldito ramo de la concupiscencia mental penden los frutos envenenados de la vanagloria que, dado que se estiman desmesuradamente, exigen alabanzas y agradecimiento de cada uno y a ese se imponen los vanagloriosos con un hipócrita aspecto de santos para cubrir la oscura verdad de su alma concupiscente. El orgullo de la vida extingue en ellos la Vida, que es gloria verdadera y sin fin; hace que Dios quede pospuesto al *yo*, convierte al hombre, que debería ser siervo de Dios, en un rebelde a la ley divina y un sirvo de la ley del pecado.

Yo les aborrezco más que a los enemigos declarados, que tienen la osadía de mostrarse como son, aun sabiendo que por este motivo serán juzgados severamente por los buenos. No amo las serpientes que se enroscan entre los

ramos floridos para ocultar su verdadero aspecto y morder sin que la persona agredida tenga tiempo de defenderse. Odio la hipocresía más aún que la violencia homicida, porque la primera mata no sólo una carne y una vida humana desafiando el rigor de las leyes, sino que mata, o intenta hacerlo, el buen nombre, la estima, la fama de un justo y, a veces lo logra para siempre en la Tierra; es una asesina impune que no derrama sangre pero que, en verdad, es más torturadora que un verdugo; es una asesina que únicamente Dios fustigará con sus castigos. Mas, antes de ser castigada por Dios, ¡cuánto mal hace!, ¡cuánto bien destruye!, ¡cuánto dolor crea!

Mira a tu alrededor. Ves a tus falsos amigos. Ahora ya les conoces sin dudas posibles. Ten firmeza, como Yo la tuve, y resiste sin aplicar el talión[2] pero, por otra parte, sin descender a establecer pactos con ellos a fin de obtener una paz terrena. Sería un doble error, porque tu condescendencia reafirmaría en su ánimo sus malvadas conclusiones a tu respecto y, además, porque, dado que de todos modos no serían amigos tuyos en la Tierra, perderías así la amistad eterna del eterno Amigo tuyo: tu Jesús. Te lo repito: ten firmeza, no te vengues, por el contrario, perdona sin ceder a sus fines, ni siquiera por el espesor de un cabello de tu pelo. Perdona. Tú, perdona. Luego Dios obrará por su parte.

Prosigamos ahora por otras regiones y vayamos al encuentro de otra clase de enemigos ocultos. Son los que llamaré "enemigos variables". Son los que están seducidos por el milagro, por el llamear de la verdad y la potencia, por un sueño de esperanza y por las esperanzas de triunfo. Son los que siguen hasta que no es peligroso seguir, y que ya mañana estarán listos para irse si piensan que seguir no da provecho y que, por el contrario hasta puede dar fastidios.

¿Quién es el primero, no por orden de tiempo, sino por la gravedad de su pecado? Es Pedro, el primero de los Apóstoles, la Piedra sobre la cual Yo fundaba mi Iglesia, ¡el que era tan veloz en venir a Mí, tan audaz en defenderme, en profesar la verdad acerca de Mí! Y luego ¿qué paso? Y luego, hele ahí comportándose como un vil, un embustero, traicionando en el espíritu a su Jesús. "No conozco a este Hombre. No soy su discípulo".

En verdad, en verdad te digo que en aquel momento, Pedro fue más vil que Judas, porque Judas tuvo la audacia de su delito y, aun sabiendo que iba a revelarse en todo su horror y que quedaría marcado para siempre por el desprecio del mundo hasta que el mundo existiera, lo desafió todo y vino a indicarme a los verdugos, ante un pueblo cuyas reacciones ignoraba. Con ese acto declaró que era

[2] Éxodo 21, 23-25; Levítico 24, 17-20; Deuteronomio 19, 21; Mateo 5, 38.

mi discípulo, no negó serlo, fue el "traidor" y el "deicida" y quiso ser conocido como tal.

En cambio, Pedro no tuvo el coraje de decir: "Soy su discípulo, le conozco". Habría debido agregar: "Y declaro que Él es el Justo, como corresponde al hijo verdadero del Dios verdadero". No habría hecho más que hacer honor a la verdad, a esa verdad en la que había creído siempre hasta que no fue peligroso creer en ella; a esa verdad que era gloria también para él, porque es un honor seguir y amar a los justos y es supremo honor ser discípulo de Dios. Mas él reniega…

Ahora su Maestro es conducido a empujones ante el Sanedrín como un malhechor, un sacrílego, un demonio. Oponerse al Sanedrín es peligroso y también es peligroso oponerse a una plebe que se rebela contra quien hasta ayer aclamaba. Se necesita heroísmo para defender a uno que ha caído en desgracia. El heroísmo proviene de una vida interior nutrida fuertemente por la caridad, es decir, sostenida por la unión con Dios y por la fe amorosa y cierta en el Amigo.

Pedro no está consolidado aún en la caridad y en la gracia. Pedro es aún "el hombre" y conserva del hombre el egoísmo y la vileza, la fe variable, la amistad frágil. Piensa en defenderse de posibles peligros y no en defender, al menos con la palabra, al Amigo. Deja que hablen de Él solamente los enemigos y los testigos comprados. Contra los embustes de éstos no eleva su palabra franca y justa. Y, de este modo, también Pedro, el que sólo pocas horas antes había embebido su pan en mi plato, el que se había nutrido de Mí y me había declarado estar dispuesto a dar la vida por mi amor, también él huye de Mí cuando me reniega diciendo: "No le conozco".

¿Por qué Pedro ha cometido ese pecado, él, que ya había sido designado Pontífice de la Iglesia, en ese momento ya en el alba de su fundación? Lo hizo porque era el "hombre carnal", al que la prueba y el arrepentimiento aún no habían podido convertir en el "hombre interior". ¿Por qué Dios permitió ese pecado en el primer Pontífice de la Iglesia de Cristo? Lo hizo porque, "una vez que se hubiera arrepentido, consolidará a sus hermanos", o sea que, recordando su debilidad, precisamente l*a suya*, que por tres años se había nutrido de mi caridad y sabiduría, supiera juzgar con verdadera justicia –sin las intransigencias de antiguo israelita y sin las debilidades de imperfecto sacerdote- las culpas de sus corderos, que siempre serían menos culpables que él, así fuera sólo por el hecho de no haberse nutrido directamente de mi Palabra. Y además, lo hizo para que, siguiendo su mismo ejemplo (dado que él pecó y fue perdonado y luego, humillado y arrepentido, hecho "hombre interior y sacerdote santo", fue verdadero Padre y Pastor de los hijos de Dios y de los corderos de mi Rebaño),

todo Pontífice sea como el primer Pedro, juez y padre, sin intransigencias y sin flaquezas, buen Pastor, otro Yo, a fin de que no perezca mi Rebaño y no sea pisoteada mi Doctrina.

Otros amigos variables: los discípulos que abandonaron al Maestro después del discurso del Pan del Cielo. ¿Por qué éstos abandonaron? Lo hicieron porque Jesús convoca a los discípulos para que sigan a Cristo no por los estímulos de la carne, sino por los impulsos del espíritu, es decir, con la regeneración del antiguo hombre, renacido como hijo de Dios, por haberme acogido y porque ha creído en Mí.

¿Acaso no le dije a la Samaritana: "Llega la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre *en espíritu y verdad"*? ¿Y acaso no le había dicho a Nicodemo: "El que no renazca en el espíritu no obtendrá el Reino de los Cielos"? Y así, la mujer de vida impura, que era cismática hacia la religión, acogió mi palabra y desde entonces adoró a Dios en espíritu y verdad. Y el gran Nicodemo, luz del sanedrín, acogió mi exhortación y renació, hasta el punto de llegar a ser declaradamente mi amigo justo en el momento en que uno como Pedro me negaba. Por lo tanto, ¿por qué no habría tenido qué amonestar a mis discípulos que me seguían por demasiadas cosas que eran vanidad y no espíritu y verdad?

Mas en ellos existía la soberbia de ser "los discípulos" y, por ello, presumían ya estar fundamentados en el Reino y he aquí que se rebelaban al Maestro y quieren hacerle de maestros a Él, originando una disputa que ya demuestra su no segura fe en Mí, su imperfecta formación y, lo que es más grave, su voluntad de no ser perfeccionados por Mí. Es el antiguo pecado que vuelve a surgir. Es siempre el mismo. El Espíritu del Mal silba en sus orejas su canción y ellos la acogen, se sienten dioses, consideran que pueden prescindir de los maestros y se van. ¡Se van! ¿Adónde van? Van a donde van todo los que son arrastrados por la soberbia, los que están embriagados por la ley de la carne, o sea, lejos del camino de Dios, apartados de Él.

En su inestabilidad es mucho menos grave la conducta del joven rico que, a pesar de ser atraído por el Maestro, está atraído de igual modo por las riquezas y, puesto entre esas dos corrientes opuestas, prefiere abandonarse a la más cómoda: gozar de las riquezas.

Otro ejemplo, más grave porque en este caso el amigo variable es uno que obtuvo de Mí un gran milagro y que se avecinó a Mí más de una vez, es el de Cusa. También él estuvo cerca de Mí hasta que le duró el recuerdo de su ansiedad por su mujer enferma y hasta que el ser un verdadero amigo no podía poner en peligro su puesto en la Corte. Mas cuando Herodes ya no tuvo miedo de Mí

porque, a sus ojos humanos, Yo era el vencido, el leproso, el loco, el maldito, del que renegaban el Templo y la Nación y aún más, cuando, al no temerme más y sentirse ofendido por mi silencio, me odió con todas sus fuerzas, hete aquí que Cusa, que ya se había prestado a la trampa tendida por mis enemigos atrayéndome a su casa para el convite en el cual hipócritamente se me ofreció el reino –el humanísimo y despreciable reino- se pone contra Mí y llega a castigar a su mujer porque me era fiel. Y ya no le convierten ni mi resurrección ni ningún otro milagro. ¡Éste era el hombre enceguecido por los falsos valores, que abandonó lo seguro y eterno por el precario favor de un rey y el fugaz poder de un cargo en la Corte!

¡Cuántos de estos secuaces de lo que otorga honores efímeros de lo que es una cadena para la libre voluntad y el juicio del alma y de la mente, cuántos siervos, o mejor, esclavos del propio orgullo, tengo entre mis mismos ministros!

Éstos son mis amigos variables. ¿Reconoces en ellos la fisonomía de los tuyos?

Helos ahí a los que, tras haber advertido que su prestigio aumentaba por ser amigos tuyos, están dispuestos a decir: "No me ocupo de esta criatura. No la conozco y no quiero conocerla".

Helos ahí a los que te han demostrado amor hasta abrigaron la esperanza de que tu luz les fuera nimbo de gloria y que tu labor les resultara de provecho, mas cuyo verdadero sentimiento se evidenció cuando tu luz se vio empañada por un juicio provocado más por ellos mismos y por sus propias acciones –siempre opuestas a mis consejos- que no por otros motivos, y que ahora ya no te muestran amor; no, en verdad, ya no te muestran amor.

Helos ahí a los que están esperando para pronunciarse… por no tener el caritativo coraje de sostenerte mientras no sea cierto tu triunfo.

Helos ahí a los que, entre las riquezas injustas y la verdadera riqueza que es servir a Dios en su instrumento, han preferido las comodidades de las primeras, han preferido dejar de lado las molestias…

Helos ahí a los que, llamados nuevamente al deber de ser "espirituales", mientras son carnales, prefieren irse solos, por un sendero suyo que no es lo que Yo he indicado.

Helos ahí a los que, tras haber recibido tanto de Mí y de ti, abandonan la amistad del Rey de los reyes y de su fiel servidora para agradar a su rey íntimo y, tras haberte ofrecido una aureola de paja y flores, que hoy son tales pero que mañana serán hierba seca y más tarde nada, toman partido contra ti porque la

rechazas y prefieres en vez de a ella, la espinosa corona de la perfección y de la gloria eterna y, al final, te ciñes con una corona de burlas…

¡Oh! ¡Deja que hagan lo que quieran! ¡Y déjales ir! Se ha dicho: "¡Ay de los solos!", mas es mejor estar solos que tener amigos que impulsan al mal. Es mejor estar coronada de burlas, que caer como hojas muertas –es más: que ya están cayendo- cuando Yo quiera hacer resplandecer la verdad, que lleva una falsa corona, que sólo puede engañar a los tontos y a los materialistas. Esta hora oscura será la que te dará la luz perfecta aquí y más allá. Yo te lo afirmo.

Y ahora tratemos de los amigos traidores. Judas es el ejemplar perfecto. Mas todos los que, tras haber recibido beneficios, acusan con acusaciones falsas, son secuaces suyos. Yo los tuve. Tú los tienes.

Yo tuve el ejemplar perfecto en el que era ávido de dinero y en el que había quedado desilusionado de sus fatuos proyectos. También tú tienes a estos últimos.

Yo lo tuve en el que quería como hermano. Tú también lo tuviste. Me traicionó con una señal de amor. Con falsas señales de amor te traicionaron a ti.

Decía que creía en Mí, y me definió como a un satanás. También a ti te dijeron creerte instrumento de Dios mas cuando, por serlo de verdad, te opusiste a un proyecto suyo, entonces te dijeron, y aun te dicen, que eres un instrumento de Satanás.

Decía que estaba seducido por mi Sabiduría mas sin ambages me llamó loco cuando, al descubrirse los fines que abrigaba en el corazón, la ira y la desilusión le convirtieron en enemigo del Amigo divino. También a ti te dijeron estar seducidos por la Sabiduría que hablaba en ti haciéndote su portavoz, mas ahora que han sido descubiertos y están desilusionados, dicen que eres una demente, una anormal, ya sea por problemas congénitos, ya sea por las enfermedades que han agravado tu imperfección mental.

Me tentó para que pecara porque no podía admitir que Yo era superior al pecar mismo por ser Dios y por ser el Hombre justo, perfectamente justo, voluntariamente justo. Te tentaron para que pecaras, no en el mismo medio intentado por Judas, sino en el que les urgía, y con el doble propósito de obtener su fin utilitario y orgulloso y de obtener una prueba válida para juzgarte culpable, cobijando el insano sueño de que, después de haberte eliminado, iban a lograr mayores y más abiertos provechos y satisfacciones.

En verdad, los treinta dineros fueron la pesada piedra que Judas se puso al cuello para precipitarse en el abismo, y la loca esperanza de triunfar de cualquier modo –al no haber podido ser el "grande" de Cristo Rey de Israel- fue la soga que le convirtió en suicida, privado de la Vida y de la vida, muerto, muerto, muerto

por la eternidad; satanás, satanás, satanás por la eternidad, segundo Lucifer del Dios Hijo, como el primer Lucifer lo fue de Dios Padre-Hijo-Espíritu Santo, rebeldes, soberbios y ávidos ambos y ambos, el Arcángel y el Apóstol, fulminados por la Justicia divina.

Mas, ¿cual es la diferencia ahora? En verdad, si tus rezos no hubieran intercedido para darles tiempo de convertirse, ya habría descendido del Cielo el castigo. Los demás han hecho contigo lo que Judas hizo para justificar su inicuo obrar, tratando con todos los medios de darme una apariencia de pecador, adecuado para hacerle aparecer como *un justo atormentado* por tener que actuar contra el amigo para rendir honor a Dios, para persuadir a los inciertos de que Yo eran un falso Cristo, y para consolidar la opinión de los adversarios y coronar su delirante sueño.

Ha llegado la hora que te profeticé dos años atrás. Es suficiente que releas aquellas palabras para saber hasta qué punto han llegado, sin necesidad de que Yo prosiga este paralelo que te angustia y que me nausea.

He aquí otra arma del que no es justo y que no tiene la osadía de sufrir las consecuencias de su injusticia: con lágrimas y engañosos reclamos a los afectos, intenta hacer callar la palabra o detener los actos de quien cumple su misión con justicia y que, naturalmente, a los imperfectos no les gusta.

¡La trampa de los afectos!: me tentaban a que no fuera Cristo incitando mi inquietud por las ansias de mi Madre y mi deber de ser para Ella hijo según la carne. Se conoce mi respuesta: "Mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de Dios". Más que la Madre, me obligaba esa Voluntad. Para todos los verdaderos hijos de Dios esa Voluntad, ya sea dulce o amarga como el cáliz de Getsemaní y la esponja, embebida de hiel, de la Cruz, debe estar por sobre todo lo demás.

También a ti querrían hacerte callar o renunciar al camino que has emprendido, invocando el amor que se ha manifestado y las fatigas que se han cumplido por ti y por la Obra. No, no es amor ni son fatigas cumplidas por amor hacia ti. El amor es respeto y condescendencia, es deseo de no causar daño o dolor a quien se ama. Tú les amas; tú, que quieres salvarles, hacer que no sufran, y que les defiendes como si fueran hijos, a pesar de que te dueles de mil maneras por sus actos… ¡Oh, pobrecilla, que aún no conoces el abismo de su corazón! Dicen que te aman, dicen que te hacen presente su amor, mas recurren a él para paralizar tus acciones y tus palabras, que podrían ser causa de su castigo y mordaza y cadena que ahoga sus palabras e impide sus nuevas acciones.

No te impresiones por nada, y que nada te lleve a doblegarte a compromisos que luego no te harían sentir feliz. No goces por sus lágrimas más o menos sinceras, no lo hagas por sus protestas de afecto más o menos sincero y, del mismo modo, que ese llanto o esa protestas no te detengan en tu obrar de acuerdo con la justicia. Y que tampoco el temor ilógico de faltar a la caridad te detenga cuando toda paciencia y persuasión estén agotadas en vano.

He enseñado esto: "Si tu hermano ha pecado contra ti, ve y corrígelo sólo entre tú y él, si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, busca testigos a fin de que de labios de ellos se establezcan las cosas. Si no cede, si no se arrepiente, hazlo saber a la Iglesia, si no cede ni escucha tampoco a la Iglesia, considérale como a un gentil y publicano".

He aquí por qué, desde hace años, te he escogido testigos. Y ahora te digo que entren en acción activamente, estando presentes y hablando también por ti, para que los que abusan de tu paciencia, educación y respeto hacia el hábito sacerdotal, se sientan incómodos con otras personas diferentes de ti…

Ser justos hacia los culpables, justos ejercitando la justicia en todas las acciones, no es falta de caridad. ¿Acaso falté a la caridad hacia mi Madre cuando ejercí la heroica justicia de hacer completamente la Voluntad de mi Padre? No fue así, en verdad. Es más, al hacerla, la convertía a Ella, la Inmaculada, en la Corredentora. La coroné con esta segunda y gloriosa corona que, de otro modo, no habría tenido. Y, Ella tampoco rechazó ceñirla, aunque se trataba de una corona de inconmensurable dolor. Míranos a Nosotros. Mírame a Mí, al Hijo que no reniega su amadísima Mamá pero le antepone la voluntad de Dios porque dicha voluntad debe preceder a los amores, a los deseos, a los derechos humanos, aun a los más santos. Y mírala a Ella, a la Madre que no retiene al Hijo para impedirle cumplir la Voluntad por la cual se vistió de carne. Viste tu corazón con nuestro heroísmo y obra con verdadera caridad.

La paciencia y también la misma caridad, se vuelven necedad cuando no están unidas con la justicia. Cuando Yo, el Paciente perfecto, vi que se había llegado al límite más allá del cual la paciencia y la caridad se mudarían en complicidad e injusticia, me separé de los culpables tras haber pronunciado palabras severas. No existe amor, por más grande que sea, que pueda permitir el delito del amado. Recuérdalo. Se actúa. Luego se ruega por la redención de los culpables. Mas se actúa siempre pues si, de lo contrario, no se hiciera, significaría que se quiere ser cómplices de los mismos.

Antes de sumergirnos en la Pasión propiamente dicha, tras haber superado las premisas lejanas y cercanas de nuestra pasión y haber conocido el rostro,

especialmente el rostro espiritual, de nuestros enemigos, detengámonos a contemplar a nuestros pocos amigos.

Tuve pocos amigos y, de ellos, poquísimos entre los sacerdotes y doctores. Eran poquísimos pero buenos. Entre los poquísimos estaban Jairo José y Nicodemo y poquísimos otros, entre los cuales el Escriba bueno.

Y, dado que soy justo, coloco entre éstos también al gran Gamaliel, aunque pueda parecerles extraño a los superficiales. Su real justicia le llevó a estar ausente en mi condena. Fue un acto grande y grave en aquel momento y ante aquella asamblea. Y Yo recordé ese acto en mi Corazón angustiado por tanto odio, por tanta traición, por tanta culpa de todo un pueblo, de mi Pueblo –al que Yo había instruido, había hecho milagros, había amado- y de mis adictos y, más que adictos, mis elegidos, que ahora estaban dispersos porque el Pastor había sido apresado… ¡Todos, excepto pocos, estaban contra Mí!: ¡mi Pueblo!, ¡mi Jerusalén! Yo recordé el gesto de Gamaliel, del más grande entre los rabinos de Israel, hebreo hasta la médula más íntima de los huesos, incrustado en las tradiciones, es más: encerrado en el inexpugnable diaspro de la vieja doctrina, mas siempre justo.

No fue para Mí ni amigo ni enemigo cuando Yo era libre y fuerte. Esperaba la señal para creer que Yo era el Mesías. Mas cuando me vio considerado injustamente como malhechor, a pesar de que aún no creía que Yo era Cristo, abandonó su actitud reservada para llamar a la legalidad a los jueces embriagados por el odio. Si hubiera sabido dar un justo sentido a su firme creencia en las luminosas palabras de un Niño sabio en una Pascua lejana, habría estado en el Gólgota con José y Nicodemo. Mas estaba demasiado ligado a sus creencias y, por lo tanto, eso era para él un obstáculo para ver la verdad.

También a tu respecto hay algunos que, por profesar una rígida fe, se crean obstáculos para ver la verdad, tanto acerca de ti como de la Obra. Esperan una señal, como la esperaba Gamaliel. Mas colócales siempre en las filas de los amigos, aunque no parecen ser tales porque un exceso de justicia les hace lentos para conocer la verdad. Y ruega para que también a ellos una celestial sacudida, como de terremoto, les desgarre el triple velo que se extiende sobre la parte más santa de su espíritu justo y conciso, a fin de que dicho espíritu vea la verdad de esta Obra y de ti, mi portavoz, y que no sea inútil nuestra fatiga: la de El que dicta y la de quien escribe.

Y ahora he aquí a los amigos laicos, que son más numerosos aunque, aparentemente, son menos santos, por ser laicos y por pertenecer a regiones consideradas como un “anatema” por los “santos” de Israel.

Son Lázaro, el amigo de todas las horas y de todas las circunstancias y sus hermanas; los habitantes de los pueblos del litoral, de los montes y del lago y los de Samaria que, en la mayor parte de los casos, fueron mejores que mis mismos conciudadanos; los de Efraím, que hospedaron al Perseguido y creyeron en Él sin exigir una señal para creer.

También tú has encontrado entre los laicos a quienes han sabido creer sin exigir una señal, esa señal que otros, que no son laicos, solicitan por exceso de prudencia y no por animadversión. Mas a éstos les has dado la señal, si saben ver. Y, entre ellos, se la has dado tanto a los justos, como a los que te hacen mal precisamente porque no son justos.

La señal es ésta: tu respeto hacia la Iglesia, que es una prueba segura de que soy tu Maestro porque, si te hubiera instruido un espíritu engañoso, tus acciones actuales habrían sido muy diferentes dado que, en verdad, respecto a la Luz, las Tinieblas no pueden enseñar y el demonio ya no sería tal si instruyera las almas para el Bien.

Y, además, hay otra señal: que se hayan cumplido mis lejanas palabras, que hasta te eran incomprensibles por lo imposibles que te parecían las cosas dichas. Mas eran verdades y ahora lo compruebas con amargura. Sólo Dios predice la verdad. Satanás emplea siempre la mentira. Engaña para arruinar. Dios no engaña sino que instruye a sus dilectos a fin de que estén preparados para sostener la amargura de las desilusiones y para que sepan conducirse.

Y hay esta otra señal: que hayas sabido conciliar la caridad con la justicia sin odiar, es más, perdonando y sin ceder, aun bajo el peso de insultos y acusaciones y en medio de remolinos de astucias que te alcanzan y te rodean por todas partes. Y, todavía, otra señal: que hayas sabido resistir a todas las tentaciones…

¡Oh!. Se presenta nuevamente la triple tentación y esta vez no la presenta Satanás sino los hombres, los que querrían definirte como un ser satánico, pero que son siervos de Satanás porque te tientan, porque son rebeldes, porque son ávidos, soberbios, embusteros. Otra vez la triple tentación, presentada hacia el final como al principio, y siempre para disminuirte ante el amor de Dios y el juicio de los hombres. Y tanto les enloquece la ley que les domina .que no es una ley propia de hombres espirituales- que no reflexionan sobre el hecho de que tu degradación significaría “el final” de todos sus sueños de provecho, de honor, de presunción, ese sueño que querrían ver realizado en ti para alcanzar ellos la realidad de su sueño: provecho-gloria-presunción de doblegar a Dios y la Iglesia a sus deseos, semejante al pan que se ofreció a mi tremenda hambre tras el ayuno, semejante a los reinos que me ofreció el seductor eterno, semejante al pensar que

el Padre debiera salvar al Hijo imprudente que, por presunción, se hubiera arrojado desde el pináculo más alto del Templo.

No presumas nunca, nunca, nunca, María. Dios es un Padre previsor, mas no secunda las necedades ni las presunciones. Dios te ama mucho, mas esto no debe inducirte a presumir que puedes osarlo todo. Dios te ayuda y te ayudará siempre, mas sólo si sigues siendo para Él hija y súbdita amorosamente fiel.

Si mañana alzaras la frente contra tu Dios, llevada por el orgullo de sentirte tan amada, te sucedería como a Lucifer, a Adán, a Judas y, por abrigar bajo tu frente fulminada por la soberbia pensamientos exentos de gracia, ya no irías por luminosas sendas de caridad, verdad, justicia, sino por oscuros senderos, llenos de voces y de hedores de carne y sangre, y de voces y hedores de Satanás, el perpetuo tentador del hombre a quien, si no se vigila asiduamente, convierte en su presa, y luego en un muerto para la gracia, en un anónimo habitante de un reino que no es el de los Cielos.

Con esta triple y renovada tentación has tenido, y tienes, tu hora de Getsemaní más dolorosa y si no han sudado sangre tus miembros, lo ha hecho tu corazón, porque el Getsemaní es esto: la lucha que sostiene el propio yo entre la voluntad propuesta por Dios y la que propone Satanás, o los hombres, o la parte más ínfima de ese mismo yo. Estas tres fuerzas impulsan al hombre a preferir el amor carnal y a preocuparse por el goce material y por dar gozo al propio ser, en lugar de preferir lo que produce goce sobrenatural e imperecedero, goce sobrenatural y eterno que no se conquista con secundar el yo carnal ni con aceptar las voces del mundo y de Satanás, sino con una vida de sacrificio y de virtudes, pues la virtud y el sacrificio van unidos siempre y están siempre donde existe obediencia a la Voluntad de Dios, cualquiera que sea.

Esta lucha entre la Voluntad divina y las voluntades más ínfimas nos exprime como racimos en el trujal, nos prensa como aceitunas en el lagar, nos tritura como trigo entre las muelas del molino. Mas así como la uva se perpetúa y se convierte en vino y como las aceitunas se convierten en aceite y el trigo es útil al transformarse en harina (mientras que, de lo contrario, por obra del moho y la carcoma, la aceituna, la uva y el trigo perecerían sin poder ser útiles), del mismo modo, por el sacrificio y en el sacrificio, el hombre llega a ser ciudadano del Reino eterno tras haber sido útil a los hermanos con su ejemplo heroico.

La continua inmolación por un fin sobrenatural es dolorosa. Lo sé. La conocí antes que tú, la conocí en una medida que sólo Yo consumí. Y contribuye a hacérnosla aún más dolorosa la opaca inercia de los hombres que, en lugar de sostenernos con su amistad en las horas en que la lucha es más dura, duermen o

nos abandonan –y eso es una pena en medio de las penas, una tortura en medio de las torturas- o nos traicionan tras haberse nutrido de nosotros, de nuestras plegarias, de nuestras palabras, de nuestro amor, y por toda respuesta a nuestra caridad nos propinan la ingrata mordedura de la serpiente que se venga de quien la ha recogido y le ha dado calor sobre su corazón, impidiéndole que hiciera daño, naturalmente, mas también impidiendo que muriera. En nuestro caso, impidiendo que muriera en el espíritu…

¡Oh!, aun el amor más grande, cuando se da, pensando en el precepto santísimo del doble amor, a quien no está dispuesto al amor, se vuelve aversión que hiere al donador. ¡Oh!, la fidelidad hacia Dios nos hace infieles para con los amigos hasta convertirles en nuestros verdugos. Mas soporta, todo sirve para adornar aún más el atavío nupcial; todo: las tentaciones sufridas y no escuchadas, las calumnias padecidas, las atroces traiciones, las venganzas de los desilusionados, todo.

¡Oh!, María, mi violeta, que querían arrancar de mi tierra para arrojarla a un sendero por el que no pasa su Jesús; mi violeta que han cubierto con los salivazos de sus calumnias y pisoteado bajo sus pies tullidos, para vengarse porque se había arraigado estrechamente a mi Patria (la Iglesia), esperando que así que ya no floreciera. Mira, mi violeta, para qué han servido sus acciones. Han servido para hacerte más bella y más rebosante de flores.

Tu planta se ha nutrido de este sufrimiento y esta fidelidad; has bañado sus tallos con tu llanto; la sangre de tu corazón herido por tanta traición ha nutrido las raíces, el calor de tu caridad hacia los amigos y los enemigos, hacia el místico Cuerpo y hacia tu Dios, ha hecho abrir los capullos. Estás toda florecida y estás en la paz de las criaturas que siguieron la vía de la justicia y que por eso fueron perseguidas. Y en esta paz tuya, en esta paz gozosa, te tiendes hacia el Reino que ya es tuyo y desde el cual tu Sol te besa con su Caridad.

Mas volvamos a los amigos laicos que no piden señales para creerte, como no me las pidieron a Mí, volvamos a los verdaderos amigos entre los laicos. Entre ellos, que no son Templo ni Jerusalén, sino que son los justos esparcidos por el mundo o los que tienen ansia de justicia (Yo les encontré, en verdad, en Samaria y en Siria y en Fenicia, o entre los romanos, en mayor número que entre los judíos), encuentras lo que Yo encontré: respeto, sinceridad en el amor, o en el desamor que, sin embargo, no se vuelve odio, anhelo de nutrirse de la Palabra para recibir luz de Ella y para convertirse al Señor, corderos extraviados que vuelven al Pastor, lobos que se vuelven corderos, ciegos que vuelven a ver la Luz

perdida, lámparas apagadas que iluminan con más fuerte llama. Éstos son los amigos laicos, para tu consuelo.

En tu mente piensas: "Entonces, ¿para qué no se me confió a ellos? ¿Por qué se me ha hecho sufrir estas últimas experiencias tan dolorosas?".

Escucha: más de una vez algunas almas me desafiaron diciendo para sus adentros: ¿Así que Dios quiere esto y amenaza con provocar cosas penosas si no se hace lo que Él nos pide? Pues bien, hago lo que más me gusta. No creo y no cedo". Y se burlaron de Dios.

Otras almas dijeron: "Este hecho extraordinario que ha llegado a mis manos, me hará alcanzar fama", y se ensoberbecieron.

Y otras aún, a las que Yo, por este medio, he intentado sanar de su racionalismo –que mustia en su espíritu las virtudes infusas y los dones paráclitos y el estado de gracia, que es tan grande- analizaron cada una de mis luces, escrutaron con el pálido y frío rayo de la ciencia humana en lugar de hacerlo a la luz de las llamas de la caridad y convirtieron su racionalismo y su ciencia en un baluarte contra mi Sabiduría, que quería penetrar en ellos para revivificarles, y por eso, transformaron en mal lo que era un medio saludable… Mas no podrán reprocharme no haberlo hecho todo para su bien…

Así como hice con Judas (y también con otros que no me fueron fieles), *por tres años menos pocos meses* intenté volverles a la justicia y, sobre todo, a la caridad, con el fin de perdonarles a los primeros sus antiguas y repetidas presunciones; a los segundos, sus necias soberbias; a los terceros, sus rebeliones, porque es una rebelión aún más grave el no querer aceptar los consejos del Verbo por el hecho de que, al analizarlos con la lente opaca de su racionalismo, los han considerado tontos e indignos de ser tenidos en cuenta, del mismo modo que luego han juzgado otros consejos y órdenes a los cuales debían doblegarse para no escandalizar a los pequeños del rebaño. Una rebelión tan grande les llevó a faltar gravemente a *cuatro de los diez mandamientos de Dios,* a faltar *hacia la Iglesia y la Regla,* a faltar *hacia la doble caridad:* la caridad hacia Mí a quien definen el "Satanás que te instiga", y hacia ti, llamada la "endemoniada"; hacia Mí, porque denuncio sus malas acciones; hacia ti, porque no te doblegas a su voluntad.

Sabía que mi misericordia no daría frutos. El terreno de estos rebeldes estaba obstruido por demasiadas cosas para que mi bondad pudiera arraigarse y santificarles. Mas, del mismo modo que tuve extrema piedad por Judas, también la tuve para con ellos, a fin de que no dijeran: "Si Dios nos hubiera ayudado…". La ayuda de Dios es inútil si el hombre no la acoge. Y, ¿para qué sirvió la ayuda

que les di a ellos? No sirvió para nada, porque no la acogieron. Es más, en lugar de salir de sí misma para unirse y transformarse en Mí, que la estaba ayudando con extrema potencia, su alma se encerró cada vez más en sí y, separada de Mí, se hundió. Cuanto más se manifestaba en ellos mi paciente bondad, tanto más se volvieron cada vez más hombres, cada vez menos cristos.

¿Acaso Yo podía impedirlo? Yo le dejo al hombre libertad de acción y estoy dispuesto a ayudarle si se inclina al bien. También a ellos les dejé libertad de acción. Y juzgué que era necesario dejarles descender hasta el fondo para impedir que sus acusaciones y las de toda la Orden hacia ti (te dijeron voluble, falsa, demente, explotadora, impulsiva y otras cosas más) parecieran verdaderas. De este modo, se ha separado el oro del oropel y se aclara netamente la verdad respecto a ti y respecto a ellos. Y nadie que sea justo podrá creer que les has traicionado y que has traicionado la Orden porque eres una enferma mental, moral, espiritual, como han dicho. En cambio, ahora que su bajada a un abismo –que, debido a las acciones que desde allí se cumplen, no sería lícito para nadie- ha demostrado la ruindad de su moral., los justos dirán que has debido actuar para defender a Dios, la Iglesia y tu alma y, con ella, la Obra.

En verdad, la ruindad a que han llegado supera la ruindad humana, ya está fundida con la ruindad extrahumana porque, si lo que han hecho es deshonroso para cualquier hombre, hecho por ellos en verdad más que deshonroso es sacrílego, sea por el autor, sea por el tema.

¿Qué dije el 21 de noviembre (de 1948)? Dije: “Se les quitará el saco y el bordón.- Dejaremos Jerusalén por Efraím”. Era un aviso claro y si se hubieran examinado con humildad deberían haber entendido. Mas, para sus oídos orientados hacia lo material, esas palabras amonestadoras tuvieron el valor de un impulso para acelerar sus acciones negativas. ¿Y cómo entendieron las otras, después de una *inderogable* sentencia de la Iglesia? Las entendieron como un pretexto útil para llevar a cabo su plan, que revela que no entendieron nunca la verdadera índole de la Obra. Este ardor por obrar les enloqueció tanto que, para convencerte a que te doblegaras a su proyecto y sin piedad por la herida que estaban causándote, juraron que era una condena para ti y para la Obra lo que, en cambio, no lo era ni para ti ni para la Obra.

Desorientada por mis palabras y las suyas, miraste a tu Maestro y acogiste su Palabra, a pesar de que aún era incomprensible para tu espíritu desfallecido por el dolor y el asombro. Tu mente estaba casi enceguecida por el dolor y por las sutiles palabras de aquellos más, gracias al espíritu que la caridad mantiene clarividente y confiado, no te equivocaste, al seguir al Amigo verdadero, que

ahora sabes adónde te conducía: te conducía al conocimiento más amargo, a la prueba más dura pero, sin embargo, ambas cosas eran necesarias.

Estabas enceguecida hasta el punto que veías sólo el resplandor intenso de la Verdad, sin poderla descifrar, aunque era suficiente para mantenerte en la justa vía durante la ceguera temporal. Ellos, los ciegos por propia voluntad, eran ciegos totales, hasta el punto que también su pensamiento estaba enceguecido y, por eso, decían que era bueno lo que no lo era y rechazaban por considerarlas enemigas, mi caridad y la tuya, que querían volverles a la luz, Mis palabras y las tuyas, que eran el eco de las mías, tu resistencia cada vez más sostenida, las palabras de los otros, todo lo que debía ser luz y orden en medio de sus tinieblas y su caos, se convirtió en una corteza espesa que aumentó las tinieblas, y el desorden se agregó al caos hasta llevarles a sus últimas y sumamente desordenadas acciones contra la ley divina y humana, contra el amor sobrenatural y también contra el amor humano.

Ésta es la suerte que les toca a todos los que han abandonado las vías del Señor. Han llegado a la simonía* de Simón el Mago[3] y ambas merecen las respuestas de Pedro. Mas ellos no saben expresar, con un pensamiento sincero, la respuesta de Simón el Mago a Pedro; aún más, se dicen autores de milagros.

Dios ha hecho solamente un milagro por ellos: el de haber extraído su podredumbre, muy bien ocultada, fuera del sepulcro blanqueado en el que se había encerrado para darte la muerte a ti y a la Obra, y el de haber puesto al descubierto las escondidas llagas venosas para que fueran conocidas y para que nadie, y tú menos que los demás, cayera en el error o permaneciera en el error respecto a ellos. Son "muertos" que no quieren ser resucitados. Son muertos que hasta desde su muerte intentan seguir desprendiendo maleficios. Es por eso que Yo velo en los umbrales de su sepulcro, para impedir que salgan a dañarte.

¿Comprendes ahora por qué desde hace tanto tiempo Yo velo al borde de la oscura entrada de un sepulcro, que aún no ha sido sellado; porque Yo-Vida y Misericordia dejo que la puerta permanezca abierta aún, para que vengan a la Vida y pidan mi Misericordia…? ¿Comprendes ahora por qué Yo velo allí cerca del Moria y en esa penumbra crepuscular que temes que sea "la noche que desciende", mientras que Yo te recuerdo que también la hora que precede al surgir de la purísima alba es una penumbra crepuscular?[4].

* simonía = Compra o venta deliberada de cosas espirituales, como los sacramentos y sacramentales, o temporales inseparablemente anejas a las espirituales, como las prebendas y beneficios eclesiásticos.

[3] Hechos 8, 9-24.

[4] Véase el diario del 20 de marzo de 1949.

Toda imagen sobrenatural tiene valor de palabra. Lo tiene mi correr a tu encuentro para que no fueras atraída a traición a ese sepulcro; lo tiene mi cándido atavío para que, en ese crepúsculo, me vieras bien, como un faro durante la tempestad; lo tiene mi velar ante la trampa que te tendieron y que no estaba en samaria ni tampoco entre los laicos de Jerusalén (los buenos cristianos), sino cerca del Moria, la montaña del Templo (interpreta: cerca del clero que ya es templo, mas no cerca del gran Templo, es decir, de las supremas jerarquías de la Iglesia) . Tampoco allí todos son perfectos. Sólo Dios es perfectísimo, mas ninguno de ellos llegó a cumplir aún hacia ti las acciones de las que son culpables los que causan actualmente mi dolor y el tuyo.

¡Y pensar que les había advertido que esta sería la última prueba! Les dije que, luego, iba a disponer de otro modo, porque permitir otras imprudencias sería una imprudencia de Dios hacia tu alma, o sea, sería una acción divina imposible porque Dios nunca es imprudente.

Pues bien, ahora les conoces a todos: a los amigos y a los enemigos de los tiempos precedentes a la gran Pasión.

Entremos en la grande, en la verdadera Pasión, en la que se produce tras el sudor sanguíneo del Getsemaní. Se produce porque, aun después de haber intuido lo que nos costará ser fieles a la voluntad de Dios, al amor, a la justicia, permanecemos fieles.

He aquí la llegada de Judas, que llama “amigo” a su víctima. Para ti no ha habido un solo Judas, sino más de un Judas para que resultara perfecta la traición, para que fuera astuta y completa la acción, compuesta por una mente organizada, una mano que prepara, un ropaje que la presenta con al corteza de que no despertará la sospecha de una trampa, porque ese ropaje debería estar siempre exento de infamias. Debería…

Lloro, María. Lloro, porque en cuanto al pecado de los hombres –que aún y siempre son débiles ante la fortísima Serpiente- lo soporto todo, mas las culpas del sacerdocio me acongojan profundamente. Son fango arrojado sobre la Cabeza de mi Esposa mística; por lo tanto, son fango nuevamente arrojado sobre mi cabeza, porque Yo soy su Cabeza. Y si el fango no tendría que manchar el atavío de mi Esposa, menos aún tendría que manchar la corona del Esposo. Mas, precisamente, las culpas del sacerdocio son los puñados de fango, las bofetadas, los salivazos que se dan al Pontífice eterno, a El que llama a su servicio santo a muchos que, luego, vuelven la cabeza, huyen de Mí, traicionan su misión y a su Señor: son los Judas de los siglos.

Es así; las culpas del sacerdocio, que son la causa de infinitas culpas de los laicos y de infinitas ruinas de almas, que son carcomas que corroen peligrosamente muchas cosas santas –la Iglesia, la religión, la caridad- atormentan mi Corazón porque el sacerdocio, además del estado de gracia, tiene continuas ayudas especiales para ser santo y muchas veces no las aprecia ni aprovecha; otras veces se sirve de su hábito para causar daño y, en fin, algunas veces pisotea los dones y los deberes sacerdotales hasta llegar al delito. Es delito toda acción inmoral hacia la Iglesia, la religión, las almas. Y las culpas de la voluntad malvada, de la mente rebelde, son aún más graves que las improvisas y quizás únicas, culpas de la carne.

¡Oh! consuélame, dado que eres María y las Marías tienen por misión consolarme de las culpas de los predilectos y de los elegidos para el servicio de Dios que, evidentemente, no me aman con todas sus fuerzas, con el corazón, el alma y la mente (como es el deber de todos los que creen en el verdadero Dios y, en especial, de aquellos a quienes he dado más al hacerles mis ministros), sino que se aman a sí mismos y aman también el dinero y los honores, ¡como Judas!, ¡como Judas! Son los perpetuadores de Judas.

He ahí a Cristo prisionero, sujetado, abandonado por los amigos, insultado, zarandeado por los enemigos, arrastrado ante los jueces; no, no ante los jueces, ante los verdugos, porque juez es el que conduce serenamente una causa, escucha al acusado, interroga a los testigos de ambas partes y, al final, pronuncia una justa sentencia que, en mi caso, debía haber sido absolutoria, dado que yo no era culpable de las culpas que se me atribuían. Mas aquellos jueces ya habían decidido precedente mi muerte. Por lo tanto, no eran jueces sino verdugos.

También ha sido así para ti, pequeño Cristo. Algunos te sujetaron. Otros te abandonaron. Y otros aún te insultaron. Te presentaron ante los jueces bajo una falsa apariencia. Allí testimoniaron con falsedad contra ti. Te cubrieron el rostro para que no vieras la Luz ni sus caras de serpientes. Te dirigieron insultos como bofetadas llamándote demonio, loca, amoral, cuando decías: “Siempre he hablado con franqueza. Interrogad a aquellos a quienes hablé y veréis que no soy embustera, loca, amoral, endemoniada”.

Sobre todo intentaron hacerte esclava, prisionera de sus cadenas, es decir, de sus razonamientos, de sus insinuaciones, de sus amenazas o lisonjas… Mas todo eso es inútil, porque es un juego que dura desde hace ya tanto tiempo que ni te importas más de él. ¿Te acuerdas, Marías, de Inés, la mártir? ¡La viste[5]! Las cadenas con que sujetaron sus muñecas cayeron a sus pies y la dejaron libre. Y les

[5] Véase el diario del 13 de enero en los “Cuadernos 1944”.

sucedió así a muchas otras mártires, muy jóvenes, que no rehuyeron el martirio sólo porque las amarraba a él la cadena más fuerte: el amor hacia su Jesús. También las cadenas que ellos habían intentado ponerte para llevarte a donde querían, cayeron a tus pies y con ellas hiciste el pedestal para elevarte aún más, con tu libre buena voluntad, hacia la caridad y la justicia. Por lo tanto, fue vana su intención de encadenarte a traición.

Mas he aquí que, por una justa represalia de Dios, las cadenas que habían preparado para ti ahora son cadenas para ellos. Y los insultos y las acusaciones que habían lanzado contra ti han rebotado contra ellos tras haber esculpido en ti con más fuerza la efigie de tu Maestro-Mártir. En cambio, en ellos han descubierto otra efigie, al romper el revoque blanqueado de su sepulcro.

No, no eres endemoniada, loca embustera, enferma. Algunos podían creerlo antes. Ahora ya no pueden. Para muchos tu verdadera imagen era desconocida, pequeño cristo. Mas ahora, he aquí que el granizo de sus acciones ha desgarrado los velos de tu escondite y muchos de los que ayer te ignoraban hoy conocen tu verdadera índole.

Aparecí en mi eterna imagen de Jesús resucitado tras el padecimiento y desapareció toda duda acerca de mi Naturaleza divina después que resurgí de la muerte. Mas en tu caso he querido anticipar el conocimiento, para restablecer la verdad que ellos habían alterado y también para que se restableciera la verdad respecto a la Obra, que puede creerse proveniente de Mí sólo si se te conoce en tu verdad.

Después de falsos jueces y verdaderos verdugos me arrastraron ante Pilato para que fuera él, en lugar de ellos, quien se manchara con mi Sangre inocente. Fue un inútil engaño farisaico. Aunque materialmente mi Sangre fue derramada por un romano, recayó sobre los hebreos, tanto es así que Roma fue y es la cede de Pedro y el corazón del mundo cristiano y que desde hace 20 siglos Jerusalén no es –pues no lo es tampoco ahora- la capital del Pueblo que mató a su Dios.

Otra vana tentativa fue la de Pilato, que me hizo conducir ante Herodes para que me condenara. Eran enemigos mas, para pasarse la responsabilidad del delito, se volvieron amigos. Desde hace mucho tiempo también a ti te arrastran, junto con la Obra, de Pilato a Herodes y de Herodes a Pilato y si antes eran enemigos, se hacen amigos, excepto volverse otra vez enemigos si Herodes no satisface a los Pilatos.

Y Pilato llega a un compromiso entre su justicia y la injusticia de un Pueblo. Y me hace azotar. Y luego deja que me ciñan la corona de espinas y me muestra a la muchedumbre con el injurioso y burlón atavío. También a ti dejaron que te

azotaran. O mejor dicho, te azotaron directamente ellos mismos y con su propia mano te coronaron de espinas y te presentaron con el injurioso y burlón atavío… Aún no ha llegado el momento en que Yo te revele el motivo de este inconcebible modo de obrar. Un día lo sabrás…

Mis enemigos alteraron la verdad para inducir a Pilato a que me condenara. Los tuyos –aquí hay una diferencia en el paralelo- te alteraron la verdad acerca de tus Pilatos y tus Herodes, ante quienes te han arrastrado sus acciones, para inducirte a que sintieras disgusto y desprecio por ellos. Mas ahora sabes quiénes son tus verdaderos Pilatos y tus verdaderos Herodes.

A Mí me propusieron preguntas y cuestiones para hacerme mentir o maldecir la verdad con la esperanza de sentir menor dolor, y pretendieron prodigios asegurando que, después de ellos, habría obtenido beneficios. También a ti te propusieron preguntas y cuestiones para hacerte caer en el error, para llevarte a mentir o para que esperaras menor dolor e hicieron de una condescendencia mía para contigo un arma para demostrar que eres simuladora por índole o por enfermedad. Hace meses que están mintiéndote constantemente… ¿Por qué lo hacen? Déjame callarte la horrible verdad. Mas si la buscas pensando en todo lo acaecido la encontrarás por ti misma.

¿Por qué he permitido esto? Lo hice porque sólo a ese precio, tan doloroso para ti, era posible obtener la prueba acerca de su alma y la verdad acerca de sus planes. Recuerda que tú misma dudabas de Mí; que dudabas que fuera Yo mismo quien te decía esas cosas amargas, porque tu fe en ellos era muy fuerte.

¿Recuerdas, María, mis primeros decretos? "Sólo cuando mi portavoz esté a salvo de la mala fe, de la curiosidad, de todo peligro, porque su cuerpo ya estará en la tumba y su alma en Dios, se conocerá su labor"[6]. Debía ser así para ahorrarte mucho dolor. Yo lo sabía. Las malas acciones de los hombres me obligan a dar otras órdenes para evitar cosas aún más dolorosas para tu espíritu. La obstinada mala voluntad de aquellos hombres, se trata siempre de aquellos hombres, convirtió en "dolor" lo que debió haber sido paz para ti.

Ahora escucha.

Imítame en el callar y en el hablar, como hice Yo en las horas decisivas de mi vida humana. Callé o dije la verdad según que el examinador lo mereciera o que fuera justo decir o justo callar para servir y glorificar al Señor. Imita mi ejemplo, alma mía. Calla con ésos para quienes ya son inútiles todas las palabras. Te lo ordené desde hace más de dos años. Habla con los que es justo que conozcan la

[6] Véase el diario del 9 de diciembre den "Los cuadernos 1943"; el diario del 24 de septiembre en "Los cuadernos 1944" y el diario del 18 de marzo y del 2 de junio de 1946 en el presente volumen.

verdad. Habla sin acrimonia*; más aún, habla con la dulzura que conquista los corazones, pero habla.

Es una vieja orden que te repito. Te dije: "Calla cuando no te pregunten acerca de ti, acerca del don extraordinario, acerca de la Obra y del Autor de la misma. Mas si te preguntan y merecen una respuesta, habla y di la verdad para glorificar al Señor"[7].

Así hice Yo ante Caifás y el Sanedrín, ante Pilato, ante Herodes cuando, cada uno por su cuenta, me preguntaron quién era, uno para condenarme, uno para salvarme, uno para burlarse de Mí. Podía callar, compadeciendo, mientras se trata de la criatura natural: Yo, el Hombre. No podía callar si se trataba del Mesías y de su eterno y divino Padre, y de mi misión y de la Voluntad de Dios. Aunque el hablar produzca mayor martirio y muerte, no hay qué callar cuando se debe defender la verdad y glorificar al Señor.

Y cuando hayas hablado para defender la verdad, para impedir el abuso, para glorificar al Señor, soporta y calla; soporta y habla sólo para implorar perdón por los culpables, convertir al que pecó, confiar a nuestra criatura a quien es digno de tutelarla. Digo nuestra criatura, María: la Obra de la cual Yo soy el Autor y tú la que formó el cuerpo de la misma con tanto sufrimiento y que veló sobre ella con un amor heroico. Y que vela aún, ahora más que antes.

Calla ante los Judas que no se arrepienten de sus acciones; ante los Herodes, rebosantes de sensualidad espiritual (la peor de todas), que se han acercado a ti, te han lisonjeado, te han interrogado como a un oráculo, esperando suscitar tu soberbia, e inducirte a que obraras falsos prodigios, a que los simularas, para luego burlarte y acusarte, o también simplemente esperando ver prodigios que les habrían gustado mucho porque, dado que son anormales por el gusto de lo extranatural, aman más los prodigios extranaturales, o sea, impregnados de lo diabólico, que la pura y simple fe, que sabe creer y cree sin necesidad de ver algo extraordinario para creer.

Quieren definirte, con una palabra moderna y científica: psicópata. Pero entonces, ¿qué son ellos, que están más propensos a considerar como obra "científica", o sea, propia de médium, esta obra que es claramente sobrenatural? ¿No saben que, por lo general uno juzga según lo que es uno mismo?

El psicópata –aunque yo le llamaría con el viejo nombre: lunático –constituye un espléndido terreno para las invasiones de Satanás; casi siempre está relacionado con lo diabólico, ama lo diabólico y tiene seguros rasgos de lo

* **acrimonia** = Aspereza o desabrimiento en el carácter o en el trato.

[7] Se lee algo semejante en el texto del 15 de febrero y del 5 de marzo de 1946.

diabólico: está habituado a la mentira, a la soberbia, a la desobediencia, a la sensualidad. ¿Acaso tienes en ti estos elementos? No es así. Por el contrario, eres despiadadamente sincera; no te ha vuelto soberbia ni siquiera el don extraordinario de la Obra y de muchos otros dones míos que sólo poquísimos conocen; eres obediente hasta sufrir el martirio por ello; ni siquiera tienes la sensualidad del espíritu, porque tu religión es simple y fuerte, no es ávida de emociones anormales que no son misticismo, sino una cosa muy diferente…

Tu índole, que parece impulsiva y apasionada –digo que parece- sabe dominarse, mientras que, quien te juzga, no se domina por mucho menos. En verdad, te me asemejas también en esto. Todos deberían recordar mi santa ira contra los mercantes de todo tipo que se anidaban en el Templo y mis vehementes palabras contra los escribas y fariseos… Cómo te me pareces, alma mía, en tantas cosas, que van de la cruda sinceridad a la obediencia absoluta, a la firmeza y constancia, a tus justas reacciones contra las injusticias y los injustos, y a tu perdón que, sin ceder a los injustos, les perdona…

A los anormales que han buscado en ti sólo el prodigio extranatural, habría qué decirles que traten de curar su avidez espiritual, que curen su alma antes de pretender condenar tu alma y tu mente, ambas sanas y gratas al Señor, que han sabido amar sin haber tenido necesidad de lo extraordinario para hacerlo.

¡Lo extraordinario en ti!, lo extraordinario ha sido tu amor de toda la vida, siempre más generoso y fuerte cuanto más aumentaba el dolor, o sea, una vez más Cristo en ti, para hacerte continuadora de su inmolación por la salvación del mundo.

¡Oh, necios!, esto es lo que atrae a Dios: el amor generoso y fuerte del alma víctima. Entonces, el Espíritu de Dios, el Amor, desciende, enciende, se manifiesta en el templo preparado para recibirle. De lo contrario, no lo hace. Dios no satisface los apetitos que condena y que el hombre no tiene derecho de pedirle.

Yo soy Dios. Los que quieren ver prodigios para satisfacer su necedad y su espíritu corrupto, los "habitantes de la Tierra" como les llama el apóstol Juan[8], *se dirigen a la Bestia, que les dará todo lo que ellas quieran, con tal de que no deseen la Verdad*. Les dará la mentira, para desviarles y conducirles a la muerte eterna…

Calla o habla, mientras cumples tu pasión y vas con la cruz que te han impuesto los hombres –y que es la más pesada de llevar- agobiándote a ti, ya tan agobiada por el peso de las cruces que otros hombres te dieron y también por el peso de la cruz que te dio Dios. Mas ésta, aun en su severidad, siempre va unida a

[8] Apocalipsis 13, 8.

la paz, porque todo lo que viene de Dios siempre es paz, aunque sea una paz dolorosa. Calla o habla, mientras subes con tu última cruz, según quien encuentres en tu camino. Habla o calla. Y habla con palabras buenas o con palabras firmes, según quien encuentres en tu camino.

Lleva y conlleva. Ofrece y consume. En tu camino encontrarás las almas piadosas, el Cireneo, las Marías, como los encontré Yo.

Sube. Aunque el excesivo esfuerzo te haga caer, no te abatas. Antes que tú, caí Yo porque también a Mí, como a ti, me impusieron la cruz cuando mi físico ya estaba debilitado por el esfuerzo de soportar al traidor y las insidias de tantos seres, por el sudor sanguíneo exprimido en la lucha entre las dos voluntades. , por la flagelación y las demás torturas. Uno cae por debilidad o cansancio, no por pecado o por voluntad de pecar. El Padre no condena, sino que compadece esas caídas causadas por demasiado dolor…

Sube. Junto a mi Cruz, en el Calvario, estaba mi Madre y Juan. Tú me tienes a Mí y a la Madre. Es más, Ella está entre mi Cruz y la tuya, porque mi corazón sufre, como si aún estuviera en al cruz por todo lo que han cometido contra Mí, el Autor de la Obra, y contra ti, mi instrumento, y contra las almas, las muchas almas, privadas de la Palabra que es Vida.

Mas para Mí ya no hay sepulcro. Y para ti no hay sepulcro, no hay verdadero sepulcro. La tumba no es más que el lecho de un sueño, que tiene un seguro despertar, para la carne de los justos que siempre han servido al Señor. Y no hay muerte para el espíritu fiel. Mas tampoco para la Obra hay un eterno sepulcro.

Ahora es tiempo de paciencia, esa hermosa virtud en la que hay tanta caridad, tanta fortaleza y humildad y templanza y otras gemas espirituales. Por eso, el paralelo termina aquí.

Desde tu cruz y con tu ejemplo, redime a quien pecó contra Dios, contra la Iglesia y contra ti, y con la única palabra de tus acciones, predica a Cristo, presente en ti, único Móvil de todos tus actos ordinarios o extraordinarios.

Que el dolor y la prueba actuales afinen cada vez más tu condición humana y que de ella, ahora consumida, irradie con mayor claridad, como el rostro que está tras un velo impalpable, la Verdad que habita en ti y que resplandezca nuestro amor, causa de todo don extraordinario.

Que ese amor resplandezca hasta consumir la hostia, para abrir al espíritu amoroso la cárcel que le impide lograr la plena unión con el Espíritu, que es Amor, que desciende sobre ti, en ti, continuamente, en la medida en que la criatura viviente puede recibirlo, para darte su Paz, infinito consuelo y medicina

para los dolores y las heridas que te llegan de los hombres, para comunicarte su Vida, su Sabiduría, su Luz.

Quédate en paz. El que te habla es en verdad, el Rey de los reyes, el eterno Verbo del Padre; es Jesucristo, tu Maestro y Señor, no es otro.

Permanece fuertemente en tu fe y que el amor, cada vez más fuerte, fortifique cada vez más tu fe.

Tú, pequeño Juan, repite con el gran Juan el breve y perfecto pedido: "Señor Jesús, aumenta en mí tu Amor". ¡Repítelo! ¡Repítelo!

Necesito difundir este amor mío, que es infinito y que muchos rechazan… Lo vuelco en quien me ama para recibir alivio de él. Lo vuelco en ti, mi violeta crucificada y bienaventurada, María… Juan… como mi Madre y el apóstol perfecto, María, cordera fiel del verdadero Pastor, generosa y dispuesta a todos los sacrificios para que las ovejas descarriadas vuelvan al Redil y haya un solo Redil bajo un único Pastor y para que todos los que Yo he amado sean, *vuelvan a ser*, "una sola cosa Conmigo", así como Yo y el Padre somos Una sola cosa.

Reza con mis palabras, que siempre son santas y fueron santísimas en aquella noche, en aquella hora y en aquella plegaria en la cual Yo, que conocía el próximo abandono de mis dilectos de ahora y de siempre, pedía para ellos *"el reino de los cielos*"[9]. Reza: "Padre, quiero que donde estoy yo estén también ellos", es decir, que abriguen en ellos el reino de Dios, abrigando en ellos el amor, y que el reino de Dios esté en su espíritu más allá de la vida, por la eternidad.

Ahora descansa, porque Yo velo…>>.

[9] Juan 17.

27 de abril de 1949

Jesús, que había desaparecido después de haber estado siempre como a la defensiva por muchos días y hasta que se hubo terminado el Paralelo, vuelve a tomar su posición de centinela y me dice: <<He vuelto y estaré aquí hasta que sea un bien que Yo permanezca, porque aquí es necesario vigilar mucho>>.

7 y 8 de mayo de 1949

Durante la noche.

Noche entre el 7 y 8 de mayo, es decir, pocas horas antes de la reunión de los socios de la C.E.P.V.[1] en mi casa para definirlo todo y establecer que *yo quiero obedecer y que se obedezca a la Iglesia*.

Jesús había dicho: <<Reuníos el 3 (día de la Invención de la Santa Cruz) o el 5 (aniversario de la victoria de Lepanto por intercesión de María Santísima del Rosario) o el 8. Mas querría que fuera el 8 para que en ese día Yo, el Buen Pastor, con el auxilio de la Reina del Rosario y de San Miguel Arcángel, logre que las ovejitas descarriadas vuelvan a estar en mis senderos. La plegaria a mi Madre rezada en común y, en particular, tu plegaria a San Miguel para que eche al Perturbador, que es muy activo en algunos, obtendrán al menos que sea sujetada la perversa voluntad y que sea conocida tu voluntad, sin dudas>>.

Jesús se va a las 24 y le sucede María Santísima de Fátima que, vuelta a oriente, ruega con gran fervor.

A las 12 del 8 de mayo de 1949, mientras está haciéndose la súplica, la Virgen se vuelve de oriente a occidente y baja su mirada hacia P. B… Es una mirada materna y afligida. Luego separa las manos unidas, abre los brazos, los baja hacia el suelo y luego los alza al Cielo en un acto de súplica, otra vez une las manos en actitud de rezo y dos lágrimas bañan sus mejillas y luego caen al suelo.

Siento que estoy palideciendo con la palidez contemplativa que desearía ocultar a las 8 personas presentes pero, excepto dos, las demás la advierten… Comprendo que María Santísima está llorando por el clero pecador, uno de cuyos miembros está presente.

[1] Debe de tratarse de la Editorial Parole di Vita (Palabras de Vida), que fue constituida de propósito para publicar la Obra, pero luego fue disuelta.

12 de mayo de 1949

Caminando por un sendero de cándidas nubes, la Virgen desciende hasta mi lecho. Se detiene a los pies del lecho, pero no toca el suelo, de modo que sus piecitos desnudos quedan a la altura del mismo. Me invita a decir el Santo Rosario con Ella… (y las cuentas quedan perfumadas por su perfume).

13, 14 y 15 de mayo de 1949

La Virgen, con su rostro apenado, está vuelta siempre hacia oriente, pero mira al suelo. Se trata siempre de la Virgen de Fátima por la posición en lo alto de la encina, pero es diferente porque el manto es de color gris ceniza, casi como si fuera un manto de penitencia, y lleva en las manos un libro, que también está forrado en color gris ceniza.

El primer día y el segundo no le pregunto nada, pero al tercer día lo hago.

Me responde: <<Estoy mirando una prisión, una celda de Hungría. Miro a un siervo de mi Hijo y ruego por él… Mas *me aflige menos mirar al atormentado* que tener presentes, aun sin mirarles, a otros corazones de consagrados que están atormentados sólo por su mala voluntad… También ruego por éstos, pero… ¡cuánto me cuesta!, como las palabras dirigidas al Apóstol traidor por la mañana del Viernes, mis últimas e inútiles palabras al impenitente… Por eso llevo el hábito de penitencia, Créelo, le ponen el luto a la Madre… Y tengo éste entre mis manos (señala el libro) para limpiarlo del polvo de los traidores, que le ha vuelto gris de ese modo>>. Llora.

17 de mayo de 1949

Por la tarde.

Primero viene Jesús. Ecce Homo, que espera la Cruz y me dice: <<Ellos me imponen de nuevo la cruz para que Yo, con mi dolor, les redima… Su obstinación en la impenitencia me azota, me corona de espinas, me agobia con el peso de la cruz… tres martirios para sus tres concupiscencias humanas, mentales y espirituales>>.

Mas tarde viene María Santísima de Fátima, precisamente Ella con el manto blanco y dorado, el Rosario en la mano, el atavío cándido, pero el rostro dulcemente apenado.

Baja por el sendero de nubes hasta mi lecho, a la altura del mismo. Mas su rostro no está bañado por dos lágrimas como el 8 de este mes… Está bañado como por un diluvio de lágrimas que le lavan el rostro y que esparce de perlas, o mejor, de diamantes el cándido atavío, y caen hasta los pies desnudos. Y si el llanto del 8 era manso –sólo dos lágrimas descendían de sus ojos sobre el rostro afligido pero no contraído por el dolor- hoy el copioso llanto altera los rasgos de ese rostro y sacude todo el cuerpo en la intensidad del sollozo… ni siquiera una palabra… sólo miradas y lágrimas.

Le pregunto <<¿Es por mí este llanto? ¿He fallado?>>.

Sacude la cabeza, esboza una leve sonrisa, su voz confirma: <<No, no es por ti. No lloro por tu causa… Mas ¡cuánto, cuánto dolor>>.

Me gustaría consolarla, pero no me da tiempo de preguntarle de qué modo podría hacerlo. Dice: <<Hay que amarme cada vez más para consolarme del hijo pródigo que deja de habitar en el Corazón de la Madre, en mi Corazón Inmaculado, cuyo latido de amor santifica al que lo acoge>>.

Luego se va llorando, algo encorvada, como postrada. Me parece la Dolorosa de las horas de la Pasión…

19 de mayo de 1949

Viene aún la Virgen vestida de gris… y tan afligida…

20 de mayo de 1949

Mientras estoy pensando en cosas muy diversas de lo místico y coso la ropa de casa, me dice el Señor:

<<Para el que sabe ver, ¡oh, María!, mi Sudario no es sólo el testimonio de que Yo he muerto verdaderamente y resucité, mas también es el testimonio de cómo fui concebido y de cómo nací según leyes que no eran leyes humanas. Por lo tanto, es una confirmación, de lo que enseña mi Religión: mi concepción por obra del Espíritu Santo; la divina Maternidad de María; su perpetua virginidad; mi pasión y muerte; mi gloriosa resurrección. Mas es una confirmación para aquél a quien, en la luz de Dios, le es posible ver>>.

25 de mayo de 1949

Por la noche.

Viene Jesús y me atrae a su pecho cubriéndome por completo con su manto blanco, me sostiene con el brazo izquierdo y tiene su mano derecha sobre mi cabeza. Me consuela. Quiere consolarme, mas esa misma y extraordinaria ternura suya hace asomar el llanto a mis ojos… porque siento que, si Jesús obra así, es porque sabe que los hombres… ésos a quienes conozco… están fabricándome nuevas cruces…

¡Debe ser así hasta el final!, ¡siempre más dolor! Sólo Dios, sólo María, sólo el Cielo nos aman a nosotros, pobres instrumentos suyos, pero los demás logran infundir hiel y vinagre aun en las dulzuras que nos proporciona el Cielo…

¿Puede existir conjuntamente tanto júbilo y tanta pena en un corazón? Sin embargo, existen. Son como dos corrientes que chocan entre sí en un golfo y producen una marejada. Y el alma esta en medio, lanzada hacia lo alto, derribada, orientada hacia el cielo, hacia el abismo, de la beatitud al tormento…

Es un martirio que desfallece más que una enfermedad y que todos y tendrían que experimentar para poder entenderlo, especialmente los que son tan severos, y aún más que severos, para con nosotros, los instrumentos… mientras que deberían ayudarnos con su caridad…

26 de mayo de 1949

Ascensión, a las 9 de la mañana

He aquí a Jesús, aún más pletórico de extraordinario amor, con el que quiere confortarme, confortarme por tantas cosas…

Su infinita caridad, su sensible caridad, me sume en la contemplación de todas mis miserias pasadas y presentes y en un dolor de contrición tan intenso que nunca, hasta ahora, había experimentado de ese modo.

Y aunque Jesús no me diera esta seguridad, siento que no me equivoco si pienso que, si yo muriera después de un acto de contrición tan perfecto por lo que se refiere a todas mis culpas, imperfecciones, omisiones, etc., mi alma sería absuelta por Dios mismo.

Pero luego temo que, al pensar esto, he hecho una reflexión demasiado soberbia. Y le pido a Jesús que me consuele. Lo hace con esta oración:

<<Jesús, infinita Misericordia, que perdonaste a Leví y le llamaste a Ti, perdónanos nuestros pecados, porque nuestro dolor es haberte ofendido.

Jesús, infinita Misericordia, que perdonaste a la Magdalena y la uniste a las Mujeres santas y fieles, perdónanos nuestros pecados, porque nuestro dolor es haberte ofendido.

Jesús, infinita Misericordia, que perdonaste a Zaqueo e hiciste de él un discípulo tuyo, perdónanos nuestros pecados porque nuestro dolor es haberte ofendido.

Jesús, infinita Misericordia, que perdonaste a la adúltera y sólo le diste la divina orden que no pecara más, perdónanos nuestros pecados, porque nuestro dolor es haberte ofendido.

Jesús, infinita Misericordia, que perdonaste al ladrón arrepentido y lo condujiste contigo al Paraíso, perdónanos nuestros pecados, porque nuestro dolor es haberte ofendido.

Jesús, infinita Misericordia, que le perdonaste a Pedro que te hubiera negado, perdónanos nuestros pecados de infidelidad, porque nuestro dolor es haberte ofendido.

Jesús, infinita Misericordia, que desde lo alto de la cruz invocaste el perdón del Padre para tus enemigos y crucifixores obtén para nosotros el perdón del Padre por haberte ofendido tantas veces al ofenderte a Ti, Santísimo Verbo del Padre, porque nuestro dolor es haberte ofendido.

Jesús, infinita Misericordia, que perdonaste a los Apóstoles hasta tal punto que del Padre obtuviste para ellos el Espíritu Santo, al que habían ofendido al no amar a Dios por sobre todas las cosas –a Ti, Dios encarnado que abandonaron vilmente-, ni tampoco al prójimo a Ti, Amigo y Maestro perfecto-, obtén para nosotros el perdón del Espíritu Santo por nuestras culpas contra el doble amor, porque nos arrepentimos por haber ofendido el amor, la esencia misma de Dios.

Perdónanos Jesús –Tú, que eres espejo del Padre; Tú que eres fruto del divino Amor- por todas nuestras culpas contra el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, porque nuestro dolor es haber ofendido la Santísima Trinidad y sólo Tú puedes quitar las manchas de las culpas, pues derramaste toda tu Sangre Santísima para que nuestras almas fueran purificadas.

¡Oh Señor, queremos amarte!

Socorre nuestra debilidad. Socórrenos cuando caemos.

Infúndenos tu amor para que Tú puedas vivir en nosotros, instaurar en nosotros el Reino de Dios, hacernos “una sola cosa” Contigo, Contigo que eres Uno con el Padre y que con Él y el Espíritu Santo formas el Dios Uno y Trino, nuestro Principio y nuestro Fin, Origen de todo nuestro bien presente y eterno.

Vive Tú solo en nosotros, vive con tu Espíritu, con ese Espíritu tuyo que es todo amor y que es el mismo Espíritu que proviene del Padre y de Ti, y que nuestras almas secunden aun tus impulsos más ligeros, de modo que cada una de nuestras aparentes acciones sean sólo la envoltura de tus reales y ocultas acciones en nosotros. Y que así acontezca para que se cumpla la completa fusión, es más: la completa aniquilación de la criatura, a fin de que en nosotros vivas solamente Tú.

Que vivas y obres en nosotros, moviendo, ¡oh, eterno y santísimo Móvil!, cada uno de los movimientos de nuestra alma, de nuestra mente, de nuestro corazón, y hasta de nuestra naturaleza humana, de modo que todo lo que es nuestro se mueva y te sirva en el amor y con amor, ¡oh, Dios!, que mereces todo nuestro amor y que nos pides que te amemos, porque en el amor está la Ley y el que llega a amarte con todo su ser y a amar a su prójimo como a sí mismo, no peca más y tiene tu Reino en esta vida y en la otra.

Vive solamente Tú en nosotros, ¡oh, Hijo del Padre, que eres un único Dios con el Padre y con el Espíritu Santo!, de modo que el Padre, al mirarnos, te vea a Ti, su Dilecto, y nos ame en Ti y por Ti, nuestro Huésped divino, y que para estar Contigo viva en nosotros.

Vive solamente Tú en nosotros, ¡oh, Verbo encarnado que fuiste concebido por obra del Amor eterno y que nunca fuiste separado de Él, de modo que, si nuestro espíritu ruega para alabar a la adorabilísima Divinidad Una y Trina y para invocarla en nuestras necesidades y dolores, sea una vez más la voz del Espíritu Santo la que asciende al trono de Dios para elevar la loa perfecta y la súplica justa, para que así ambas sean aceptables para el Señor.

¡Oh, Amor Santísimo!, no te pido que me hagas vivir una vida personal en la gracia, mas te pido que Tú, la Gracia, vivas en mí para que yo viva realmente la vida de la Gracia y me transforme y me recree superlativamente en un verdadero cristo>>.

31 de mayo y 1° de junio de 1949

Por la noche

He aquí a María Santísima, cuya túnica refulge inmensamente pero está como velada por el manto, de un color gris perla muy delicado. Mas, aun así, el fulgor del cuerpo y de la túnica logra encender el pálido tono cenizo del manto.

Mira hacia el suelo, vuelta a oriente. Tiene los brazos y las manos abiertas y vueltas hacia el suelo y el manto entreabierto deja ver el luminoso candor de su

persona casta y de la túnica. Ella está allí arriba, sobre las ligeras nubecillas… y Jesús está aquí, junto a mí, con su cándido atavío.

La noche transcurre así, contemplando a la Madre y hablando de los amigos romanos y… de los que no son amigos.

2 y 3 de junio de 1949

Por la noche.

¡Qué dolor!, un estremecimiento me recorre la espalda debido a la intensidad del dolor en el costado izquierdo.

3 de junio de 1949

Primer viernes de mes del Sagrado Corazón

Para recompensarme del atroz sufrimiento, Jesús está siempre conmigo y renueva el milagro de saciar mi sed de la Sangre de su Corazón abierto y de sumergirme en el fuego de su Corazón[1]… Es una beatitud total…

Por la tarde viene María Santísima, siempre como el 31 de mayo y el 1° de junio. Después de haberme afirmado que es feliz porque en Roma dicen el rosario, todos juntos, "dado que la plegaria es más eficaz si la hacen muchos en común", me dice:

<<¿Quieres saber por qué me ves con este desacostumbrado manto de penitencia, casi de luto, aunque ya no lloro e irradia el júbilo de mi corazón? Pues bien, te lo diré. Y voy a revelarte un nuevo apelativo con el que quiero que me invoques.

Por más que acerca de mi dolor no se medite, ni se acepte ni se crea; por más que la descripción del mismo parezca deprimente y se le quiera negar, precisamente porque no se sabe meditar sobre mi dolor de Madre y de creyente, yo fui la víctima junto con mi Hijo. Lo fui y lo soy, porque toda ofensa que se le hace a Él estremece mi corazón, azota mi amor por Él, así como cada uno de sus sufrimientos de aquel día de Pasión fue flagelo, estremecimiento, espina, clavo, golpe, caída para Mí.

Y entonces, ahora que una furiosa e incesante granizada de ofensas, cada vez más violenta, es arrojada por la Humanidad contra su Señor, Yo –que soy la víctima junto con mi Hijo, la divina Víctima- me pongo el manto de la penitencia.

[1] Como ya se ha visto en el diario del 16 de marzo de 1947.

¿Ves? Mantengo el gesto suplicante que tenía en el Sepulcro en el momento de mi completo sacrificio y de mi suprema plegaria por los hombres. Imploro y derramo gracias… Recojo plegarias y reparaciones… Me ofrezco y ofrezco. Invoco al Padre e imploro la piedad del Padre. Consuelo con mis gracias a los fieles. Recojo sus plegarias y reparaciones. Las ofrezco para consolar el Amor de mi Corazón. Y para darles fuerza, Yo, la Madre víctima de la Humanidad y por la Humanidad, me ofrezco junto con vosotros..

María, salúdame así: "Ave María, Madre víctima por los pecados de los hombres, ruega por nosotros". Mi nuevo apelativo es éste: María Inmaculada, víctima atrozmente herida por los pecados del mundo>>.

Jesús asiente… Luego María Santísima desaparece, pero Jesús se queda todavía, todavía…

Del 26 al 30 de julio de 1949

La Virgen ya no tiene el manto gris. Ya no mira hacia oriente. Me mira a mí, viene hacia mí, refulgente en su cándido atavío y en sus luces celestiales, con una sonrisa y una mirada dulcísimas.

2 de agosto de 1949

Me traen algunas imágenes para que escriba una dedicatoria. La sangre se me agolpa en el pecho por la emoción de verla a Ella, a mi Virgen, tal cual la veo desde hace años pero como aún no la había encontrado, a pesar de muchas búsquedas, en las imágenes, que no le asemejaban… Haré hacer una ampliación para que aun cuando Ella no esté, mis ojos vean su efigie, al menos su efigie. Y la pondré en el lugar en que la veo cuando se me aparece para descender hasta mí con su paso leve.

15 de agosto de 1949

Por la tarde.

Jesús me dice:

<<Solamente mi Madre lo supo todo de Mí, tanto de mi época de Hijo de Nazaret, como de la de Maestro y Redentor y de glorioso resucitado porque, sea por mi palabra, sea por disposición divina, María sabía todo de Mí y participaba

de todo: de las fatigas, de los dolores, de las alegrías y los triunfos; pero sólo Ella lo sabía. Los evangelistas y apóstoles supieron sólo en parte acerca de éste o aquel momento de mi vida e ignoraron mucho, casi todo, de mi Madre.

Mas tú, mi pequeña María, mi pequeño Juan, tú, solamente tú, lo sabes todo de Mí y de María. *Tú has vivido nuestra vida, a nuestro lado.* Tú has respirado el aire de nuestra casa, de la casa de Joaquín y luego de María, de nuestra Nazaret, de toda nuestra Palestina. Tú has sentido el olor del pan que María sacaba del horno, de los paños que Ella lavaba, de su Cuerpo virginal y del mío. Tú has sentido el olor de los bálsamos de la Magdalena, y de los pútridos vahos del resucitado Lázaro, el olor del cordero y del vino de la cena Pascual y el de mi Sangre derramada en la Pasión. Tú has contado nuestros respiros, nuestras palabras y miradas, nuestros actos, nuestras lecciones, nuestros milagros.

Tú sabes más aún que el gran Juan. ¡Oh, mi pequeña adoradora crucificada!, por tu prolongado padecimiento, he querido darte esto: el perfecto y completo conocimiento de Nosotros, como no lo tuvieron ni Santos ni Doctores.

Mas el tiempo apremia. Sólo un amplio conocimiento de Mí puede salvar. Y a quien me lo ha dado todo le he dado todo, para que muchos lograran la Vida por medio de tu sacrificio, que lo ha obtenido todo de mi amor. Ni los hombres ni el infierno podrán arrancarte del espíritu el tesoro que te he dado y éste te ayudará a vivir y a morir y te anticipará el gozo del Cielo.

Alma mía, cierra los ojos del cuerpo al mundo que te circunda y te aflige, mas abre los ojos del espíritu, tenlos siempre abiertos sobre el mundo que Yo te he ilustrado: *mi mundo*.

Exulta y regocíjate viéndome Niño. Admira y escucha al adolescente ya Maestro. Como discípula, escucha al Verbo que habla a las multitudes.

Descansa sobre mi Corazón, nuevo Juan. Cúbrete de púrpura con mi Sangre.

Llora por el tormento de mi Madre, cuya congoja estalla por fin tras el heroico sufrimiento en el Calvario. *Compréndelo tú, al menos tú, ese doble tormento de madre y de primera y perfecta creyente entre las creyentes.* Nadie lo comprende. Puedes hacerlo sólo tú; que lo has visto y que de ese tormento recuerdas, oyes, ves las voces, los sollozos, las lágrimas.

Remedia el dolor *–muy poco considerado-* de María, Corredentora, con tu comprensivo amor. Te pido esto: que remedies la superficialidad con que demasiadas personas consideran la pasión de mi Madre.

Te lo pido hoy, que es la fiesta de la Asunción, el día del gozo mariano. Mas para alcanzar ese gozo, María tuvo que beber un cáliz tan amargo como el mío… Antes de ser la Reina del Cielo. María sufrió un mar de dolor.

Estáis lavados con mi Sangre y con el mar de lágrimas de María. Y nadie piensa en ello… Remedia tú por todos los indiferentes>>.

16 de agosto de 1949

Dice Jesús:

<<Dicen: Si es obra de Dios, ya Dios se ocupará de ella y la hará triunfar". Cuando oigo esa frase, hipócrita e irracional que es un desafío a la Caridad, a la Sabiduría y a la Justicia; que es como un telón que oculta la voluntad de aquellos, una voluntad que se opone audazmente, con soberbia y también con ruindad a la mía, con un impulso de santa ira querría bajar a la Tierra y repetir el gesto con el cual saneé el Templo de estafadores, ladrones y mercaderes.

Eso debería hacer. Mas soy la Misericordia y tal deberé ser hasta que el hombre esté sobre la Tierra. Sigo esperando su conversión hasta que cesan de respirar. Mas luego, los arrogantes y los tentadores de su Señor (al que tientan porque saben que es demasiado bueno para con ellos) sufrirán el juicio primero y segundo, y conocerán un Rostro del Señor diferente del Rostro contra el cual arrojan el salivazo de su frase provocadora.

¿Qué debería hacer para pensar en la Obra y hacerla triunfar? Debería hacer que actuara el tremendo Dios del Sinaí, el Dios de los tiempos del resentimiento y del rigor, y debería fulminarles en su pecado, en sus pecados, porque muchos son los pecados contenidos en su actitud arrogante ante mi Voluntad. ¿Qué otra cosa podría hacer, más que esto?

A través de ti, he *dado todas las pruebas*. En ti no existe el pecado de rebelión, de simulación, de soberbia. Eres una mansa víctima de su voluntad. Tú misma defiendes su voluntad de los que querrían pisotearla, porque ellos son "la Iglesia". Debido a tu crucifixión, es seguro que no puedes escrutar los libros de los doctores. Debido a tu cultura, es seguro que no puedes escribir esas páginas. Y si esto no le basta para decir: "Sí, el Espíritu de Dios está presente aquí", ¿qué más quieren? En verdad, no hay un error dogmático en la Obra, no lo hay.

Si el Espíritu ha enviado luces (luces de gracia) para iluminar plenamente lo que ésta u otra escuela por 20 siglos ha iluminado con un rayo sólo en un punto, que bendigan a Dios por su gracia y que no digan: "Pero nosotros decimos cosas diferentes".

¿Quién es la Sabiduría? ¿Es su reina o su esclava?

Mas para no ser considerados rebeldes por soberbia humana, para ocultar sus daños dicen: "Le toca a Dios".

Dios hizo y hace, mas en el mundo impera el príncipe del mundo, mientras que el Rey de los reyes reina en los Cielos y, fiel –porque Él sí que es fiel- al libre albedrío que le ha concedido al hombre como prueba, como premio y, muchas veces, para su condena, no violenta la voluntad de éstos, mas les espera en el juicio, y les espera *muy pronto*.

Les convendría meditar la página del Evangelio donde Yo, el Maestro de los maestros; Yo, la sabiduría, la Palabra y la Verdad encarnadas, afirmo que los pecados contra el Espíritu Santo *no serán perdonados.*

Y, en verdad, ésta es la obra del Espíritu del Espíritu de Dios, del Amor del Padre y del Hijo, del Espíritu que conoce todas las verdades y viene a decírselas a los hombres, atrapados en la actual vorágine, o mejor, en las vorágines, para que puedan defenderse de las doctrinas infernales>>.

Este dictado sigue a uno escrito por el Padre Cordovani[1] sobre la necesidad del conocimiento de la teología también por parte de los laicos y acerca del pedido de los mismos de tener una buena y verdadera teología…

Luego me dice:

<<Debes decirles a tus verdaderos amigos, que también son los míos, que no pronuncien más esa frase. La dicen sin malicia, mas me apena igualmente. Dado que quieren ser hijos de la Verdad, deben callar a este respecto o, de lo contrario, deben decir la verdad: "Jesús no puede triunfar con la Obra, porque los hombres no lo quieren así".

Hay que decirse la verdad a sí mismos y decírsela a los propios iguales (no hay qué decírsela a los enemigos), así como siempre la dije Yo, aun poniendo en guardia a los hijos de la Tora (mis apóstoles y discípulos) contra el fermento y las culpas de los maestros de la Tora (los escribas y fariseos, así fueran los más eminentes entre ellos, el mismo Caifás, el mismo Anás).

Adviérteles a todos, a los laicos y al sacerdote (mi padre espiritual), para que no me den este dolor.

¡Oh, este dolor!, ¡y qué dolor! El dolor de verme Yo-Dios humillado porque los hombres han humillado mi voluntad de ver que no me comprenden hasta el punto de decirme: "debes ocuparte de ello". ¿Es que nadie reflexiona sobre el hecho de que esa frase: "Si es obra de Dios, Él se debe ocupar", constituye la prueba de una duda ofensiva, una duda que está presente en ellos, la duda de que,

[1] Se trata del padre Mariano Cordovani, dominico teólogo y miembro del Santo Oficio.

quizás, esa no sea obra de Dios? ¿Es que no piensan que ofenden la caridad hacia Mí insinuando que Dios, para persuadirles, debería hacer obras extraordinarias para hacer triunfar las ya extraordinarias, y que ofenden la caridad hacia ti insinuando, aun inconscientemente, que has fingido o que has tenido por maestro a la Tiniebla? Que no lo digan más, nunca más.

Hacía tanto tiempo que quería decir esto, porque veo que tu corazón se cubre de heridas, una por cada vez que se dice la necia frase. Mas ahora estás demasiado herida, alma mía, como para que Yo pueda calla aún.

¡Alma mía, alma mía, alma mía! , ven a llorar aquí, para poder vivir aún. Ven a Mí, aquí. Y lloremos juntos porque, una vez más, Yo vine "a mi casa y no fui acogido ni reconocido" y porque una vez más "Jerusalén mata a sus profetas entre el templo y el altar…". ¡¿Cuántas obras perfectas de Dios, desde la creación de los Ángeles y del Hombre, han sido humilladas o dispersadas por el hombre?! Y por qué no triunfaron, ¿acaso no eran de Dios? Al contrario, precisamente porque eran de Dios, fueron mancilladas. Yo te digo que es así>>.

5 de septiembre de 1949

Por la tarde.

Estoy tan abatida por esta guerra interminable y estoy tan cansada, tan desfallecida –aun físicamente- por tener que luchar siempre contra los enemigos de la Obra, que me parece que ya ni soy capaz de rezar ni de ser generosa ni de hacer nada bueno. Y se lo digo a Jesús.

Me responde: "¿Acaso te has apartado del camino de inmolación que has emprendido desde hace tantos lustros? ¿Acaso te has arrepentido de haber pedido la cruz, el sacrificio, el dolor, por amor de Dios y del prójimo? ¿Acaso te repugna tu condición de enferma cada vez más enferma porque lo quisiste? ¿Acaso no crees ya en la fuerza del dolor por amor? ¿Acaso no quieres ofrecer más tu holocausto cotidiano? ¿Acaso, por desconfianza hacia Mí, se ha enfriado tu amor en Mí? ¿Acaso querrías cambiar tu suerte, sanarte, gozar, vivir como vive el 98% de lasa criaturas humanas? ¿Acaso ya no sientes la fuerza de remediar continuamente, con tu continuo amor fiel hacia Mí y hacia mi Iglesia, todas las culpas en que incurren las almas y, en especial, los sacerdotales y consagradas? ¿Acaso el desaliento por la constatación de la creciente marea de culpas contra los votos, el sacerdocio, la religión, te sugiere que todo es inútil y que es mejor no sufrir más? ¡Responde!>>.

<<No, Señor, no es nada de esto. Quiero sufrir, ahora que el sufrimiento es total y totalmente conocido, como cuando te pedí que me aceptaras como hostia sin saber hasta qué punto puede llegar el dolor. Quiero amarte y sufrir para darte almas y hacerte feliz>>.

<<¿Y entonces? ¿Crees que las que tienen valor para Mí son las plegarias mecánicas, como el sonido de un instrumento automático? Deja de lado lo que es oropel y no oro, las luciérnagas que no son llamas, las llamaradas fugaces: cenizas que el viento dispersa. Y vive en tu hoguera que te abraza y que arde ante mi trono y que, con su armonioso llamear, cubre a mis ojos las fealdades y las blasfemias o que, al menos, intenta cubrirlas, porque Yo soy Dios y veo… Mas, si viendo experimento dolor, tu amor me consuela. Quédate en paz, en paz. Lo que importa es el amor. Y tú tiene amor por Mí, por Nosotros que pertenecemos al Cielo. Amas con todo tu ser, con todas tus fuerzas y tu voluntad. Por lo tanto, amas con perfecta medida y nos haces felices. Vale más tu expresión: "Te ofrezco mis sufrimientos de hoy por las intenciones que te son más queridas", que mil plegarias que los labios pronuncian mientras el corazón rebosa de egoísmo>>.

8 de septiembre de 1949

Dice Jesús:

<<No he dicho: "En el Cielo son diversas las moradas de mi Padre" para afirmar que los habitantes del Cielo experimentarán el júbilo que causa el gozo de Dios según estén más o menos lejos de Él, sino para aclarar que cada uno estará en las filas que la Caridad le había predestinado y a la cual el espíritu *que ha recibido la llamada* permaneció fiel en la Tierra: contemplativos y activos, predicadores y místicos, misioneros a quienes la Tierra les pareció pequeña, y seres aislados del mundo que, desde su celda monástica o desde su cuarto-calvario, extendieron su caridad sobre todas las almas y mi Palabra a todas las almas, a las cuales otros permitieron que llegara mi Palabra.

Debes saber que, de todos modos, aunque otros impiden que los portavoces cumplan la misión para la cual les elegí, su puesto en el Cielo es –y será- el que se han merecido por su fidelidad a la vocación de difusores de mi Palabra, o sea, estarán en las filas de los evangelizadores. Y unirán a la llameante espada de mi Palabra –que hiere de muerte a la herejía y al padre de la herejía- la palma del martirio, porque son mártires, aunque mártires incruentos, de los hombres. Son mártires de un largo martirio, más cruel y multiforme del que los paganos infligían a muchos confesores de Cristo.

La Jerusalén celeste, tal como la vio tu gran homónimo Juan, el Profeta de Patmos[1], tiene doce puertas y doce pilares, porque se entra en la Ciudad de los Santos por muchas puertas, o sea, por muchas vías, por muchas misiones. Y también porque por diversas misiones ejecutadas fielmente, los espíritus fieles construyen la Ciudad eterna de Dios. Y las puertas son de perlas –la perla representa la lágrima- porque en el Cielo se entra por medio del dolor.

No hay santo que haya entrado en el Cielo si no ha sido por mérito de su perfecto padecimiento, ya sea por algo que Dios ha permitido o que le han procurado los hombres instigados por Satanás, o causado por el mismo Satanás, o donado por Dios porque ellos mismos se lo han pedido. El dolor abre las puertas de la gloria eterna. Yo, Cristo, el Hombre-Dios, estoy en gloria porque padecí un dolor más grande del que han padecido otros hombres.

Mas en verdad te digo que tú eres de la índole de la amatista, porque eres la amante-penitente para todos, porque desde la infancia y por toda la vida llevaste el luto de tu Jesús crucificado, porque siempre llevaste los emblemas de la penitencia y de la humildad, porque eres mi violeta eterna, alma mía.

Mi Sangre está en tu cáliz; tus perlas (las lágrimas que te hacen derramar) están sobre el corazón de tus crucifixiones. Mas si mi Sangre es un bálsamo que te embriaga y te inflama de gozo amoroso y te imprime el sello que salva del exterminio, tus lágrimas sobre el corazón de tus crucifixores serán remordimiento tras haber sido señal y medida de su destino y de su caridad, porque donde hay poca caridad, hay poca Luz divina. Y el hombre es ciego e injusto cuando no está unido, iluminado, santificado por la unión con Dios.

En verdad, no existe verdadera caridad donde se humilla al Verbo humillando sus voces>>.

[1] Apocalipsis 21, 9-21.

11 de septiembre de 1949

<<Para poder amar a todo tus prójimos, veme en cada uno de ellos>>.

<<¡Es muy difícil que en algunos pueda verte a Ti, que eres verdadera caridad, fiel y constante caridad; a Ti, que eres verdad; a Ti, que eres justicia, misericordia, paciencia, templanza y todas, todas las virtudes>>.

"Es verdad. Demasiados de ellos, aunque sean cristianos exteriormente, son lo opuesto, en todo o en parte, de lo que Yo soy. Mas tú esfuérzate por verme a Mí en cada uno. Cumple un acto de fe que pueda provocarte un acto de amor hacia los que, en verdad, no merecen tu amor. Ámame en su alma. El alma proviene de Dios; por lo tanto, proviene, una vez más, de Mí. Al menos por un momento, el alma fue templo del Espíritu de Dios; por lo tanto, tiene aún mi sabor. La mala voluntad de la criatura, el desprecio hacia el primer mandamiento y, por lo tanto, hacia los otros del Decálogo, el vicio, que se prefiere a la virtud, el pecado, o mejor, los pecados, siempre han deteriorado y hasta borrado, mancillado y ofuscado la señal divina en los espíritus humanos y, a veces, han llegado a anularla. Mas esa señal puede resurgir siempre, porque sólo la impenitencia final la borra total e inexorablemente. En ese caso y por la eternidad, Jesús ya no estará en ese espíritu>>.

<<Mas, ¿cómo se puede hacer para creer que Tú estás en las personas (mejor dicho, en ciertas personas) si se ve que éstas cumplen acciones que Tú condenas, acciones que Tú –que por ser Jesús, eres perfectísima Santidad y, por ser Verbo, eres infinita Santidad- no habrías cometido nunca cuando eras el Verbo encarnado y vivían entre nosotros?>>, le pregunto.

Me responde:

<<¡Logras creer que estoy Yo con todo mi Cuerpo, mi Sangre, mi Alma y mi Divinidad, bajo la apariencia de un puñado de harina reducida a hostia sutil! Pues entonces, cree del mismo modo que estoy oculto bajo la imperfecta materia de muchos.

En algunos estoy como en un sepulcro… Me llevan dentro de ellos, pero me llevan muerto, mientras espero resucitar ante un impulso suyo de arrepentimiento y de amor.

En otros estoy escondido, precisamente como el Santísimo Sacramento, que está en el templo mas no se ve porque está oculto detrás del velo, del oro y la piedra del tabernáculo y dentro del receptáculo metálico de la píxide, oculta a su vez. Mas estoy allí, listo para aparecer y donarme, tan pronto como la criatura, fiel y sacerdote al mismo tiempo, empiece el rito de la comunión con su Jesús y,

amándoles, quite todos los obstáculos materiales que me ocultan y me separan del hombre, impidiéndome fundirme con él y vivir en él, vivir en lugar de él, para que su vida sea santa.

En otros estoy como el sol en una estación variable. Sus nubes, las nubes de su inconstancia, son tales que algunas veces Yo brillo en ellos y que otras veces parece que el sol ya no está. Por lo general, estos inconstantes no son místicos ni contemplativos ni adoradores que se han formado a través de muchos años de voluntad fiel y de constante elevación, tanto más rápida cuanto más el dolor les oprime, todo el dolor que es la herencia de todos los que me aman y me imitan verdaderamente.

¡Son las paradojas de la vida mística: cuanto más oprime el dolor, tanto más el alma asciende, vuela, se eleva, se une a Mí, que le tiendo los brazos desde el radiante Abismo del Paraíso!

Éstos son lo… "sentimentales" de la religión, o se, los que tras una prédica, una ceremonia religiosa, un retiro, una lectura, querrían emular a Pablo en la evangelización de las gentes, a Juan el virgen en la castidad, a Lorenzo en el martirio, a Jerónimo en la penitencia mas, en cuanto pasa la emoción, vuelven a caer en el "goce de la vida". Quieren convertir en un incendio la débil llama que arde en ellos… y en la llamarada pasajera, forzada, que les acomete, terminan por destruir también la débil llama…

Quieren ser atletas, quieren ser los primeros en todas las manifestaciones religiosas, actuar, persuadir, ser baluarte, faro, voz, y oprimen y fuerzan tanto que se convierten para los demás en un temible telón a través del cual se me representa como no soy, en una luz engañadora porque me ilumina a Mí e ilumina la religión de un modo irreal que desconcierta a las pobres almas (que son las más numerosas además de muy temerosas). Constituyen así una cadena que asfixia la religión, amiga y sostén de los espíritus, y la convierte en una Némesis armada con flagelos y castigos.

Y oprimen y fuerzan hasta desfallecer y luego yacen agotados, incapaces de luchar contra Satanás, que espera ese agotamiento para asaltarles y postrarles; o, por pura reacción humana comparable a la que sucede en ciertas máquinas que han sido forzadas en exceso, se destruyen, precipitan en bestiales sensualidades por haber querido convertirse demasiado rápidamente en ángeles sin estar llamados a esa vocación y, sobre todo, por haber querido hacerlo por sí mismos, amontonando filacterias y orlas, mas olvidándose de que el camino para subir adonde se vuelven ángeles está en el Evangelio vivido.

¡Y es un largo camino! El Evangelio enseña: caridad y renuncia, caridad y sacrificio. He dicho: caridad, no limosna, ni a Dios ni al prójimo.

¿Sabes cuándo el hombre da limosnas a Dios? Pues, cuando practica sus devociones exteriores *en las horas de las devociones* y luego, en las restantes, se entrega al mundo. ¿Sabes, en cambio, cuándo el hombre le da caridad a Dios? Se la da cuando reduce a lo estrictamente necesario las devociones y las plegarias orales y obra y reza con todo sí mismo, sin interrupciones, como obré y recé Yo. Y procede lo mismo con el prójimo. Le ama de verdad cuando le da el corazón, no la limosna; cuando le da una ayuda, no una limosna.

¿Y sabes cuándo el hombre renuncia de verdad y cumple sacrificios? No lo hace solamente cuando renuncia a platos de carne porque es día de abstinencia; lo hace cuando renuncia sobre todo al apetito de su carne. Y se sacrifica cuando renuncia a su yo para servir a la caridad y la justicia hacia Dios y hacia el prójimo.

Mas tú has de verme en todos, para poder acercarte también a los demonios-hombre, a los leprosos-hombre, a los delincuentes-hombre. Y Yo te premiaré por ellos viniendo a ti para consolarme de la vida desagradable de ellos, más repelente que un sepulcro como de podredumbre, más triste que una iglesia abandonada, más espantosa que una cueva de ladrones.

Y allí, donde estoy como en un sepulcro, llámame a la resurrección con tu amor seráfico.

Y allí, donde estoy escondido en un tabernáculo que han olvidado, requiere al olvidadizo para que honre al Huésped oculto, y hazlo con tu amor intrépido.

Y allí, donde Yo, divino Sol, no puedo difundir mis rayos porque las nieblas de la humanidad son tan densas que a menudo me ocultan, disipa con tu amor vigoroso las nieblas enemigas.

¡Amor, María!, se necesita amor. Tú tienes muchísimo amor, todo el que te di y que no has disipado sino que, por el contrario, lo has unido al tuyo, que ya era tanto, como en la vid el sarmiento se abraza a la cepa. Dona ese amor a tu prójimo. Cuanto más des, más tendrás. Mas, que tu amor sea fuerte, que esté libre de debilidades, que hasta sea rudo como una cizalla que corta los zarcillos de los vacíos sentimentalismos, y que sea purificador como un incendio. La llama muda la materia en luz. La llama, al elevarse, eleva hacia lo alto lo que yace en lo bajo. La llama da voz y calor también a las cosas sin voz ni calor.

En verdad, muchos entre los hombres son más mudos que las piedras y más helados que un metal expuesto a la escarcha nocturna. Ámales para que amen. Ámales porque no me aman. Que Yo encuentre únicamente en ti el amor que

tendría que albergarse en éstos que no aman o que aman mal y sólo a veces. Sé un abismo de fuego y un mar de amor en el que se hundan las criaturas que son un dolor para Mí y que Yo ya no las vea, que vea solamente a ti y que vea, a través de ti, a esas criaturas que, entonces, serán soportables para Mí porque estarán envueltas en tu fuego y cubiertas con las ondas de tu amor.

Las cosas que se echan en el fuego se purifican y las que se arrojan al mar se lavan y se salan. Con tu amor por el prójimo, pensando que en dicho amor estoy Yo (todo está en Cristo), purifícales, lávales, sálales, para que nunca más estén sucios, para que nunca más sean inútiles como cosas sin sabor>>.

4 de octubre de 1949

A las 15 y 30.

Después de tanto tiempo, veo a mi mamá[1]. Está entre las llamas del Purgatorio. No la he visto nunca entre llamas. Grito. No logro reprimir el grito del que luego le doy una justificación a Marta para no impresionarla.

Mi mamá ya no aparece tan borrosa y grisácea, con la expresión dura y hostil hacia el Todo y hacia todos como la vi en los primeros 3 años sucesivos a la muerte cuando, aunque se lo suplicara, no quería dirigirse a Dios. Tampoco está trastornada y triste, casi asustada, como la vi en los años siguientes. Está hermosa, rejuvenecida, serena. Parece una esposa con un atavío, que ya no es gris sino blanco, sumamente cándido. Surge de las llamas de la ingle hacia arriba.

Le hablo. Le digo: <<¿Estás aún allí, mamá? Sin embargo recé tanto para lograr abreviarte la pena y también hice rezar. Y esta mañana, para el sexto aniversario, he hecho la Santa Comunión para ti. ¡Y aún estás allí!>>.

Me responde risueña, alegre: <<Estoy aquí, pero falta poco. Sé que rezaste e hiciste rezar. Esta mañana he dado un paso grande hacia la paz. Te lo agradezco a ti y a la monja que ha rezado por mí. Ya recompensaré luego… muy pronto. Dentro de poco terminaré mi purgatorio. Ya he purgado las culpas de la mente… mi cabeza orgullosa… luego las del corazón… mis egoísmos… Eran las más graves. Ahora estoy expiando las correspondientes a lo más bajo. Mas son una nadería respecto a las primeras>>.

<<Pero cuando te veía tan borrosa y hostil… no querías dirigirte al Cielo…>>.

<<¡Eh! Aún era orgullosa… ¿Debía humillarme? No lo quería. Luego el orgullo decayó>>.

[1] Se trata de Iside Fioravanzi, nacida en Cremona en 1861 y fallecida en Viareggio el 4 de octubre de 1943.

<<¿Y cuando estabas triste?>>.

<<Todavía estaba apegada a los afectos terrenos. Y ya sabes que no era un cariño bueno… Pero ya lo iba entendiendo. Y estaba triste por eso, porque por entonces ya habían desaparecido las culpas de soberbia y entendía que había amado mal a Dios, queriendo que fuera mi siervo, y que os había amado mal a vosotros…>>.

<<No pienses más en eso, mamá, Ya pasó>>.

<<Sí, ya pasó. Y si ahora soy así, te lo agradezco. Lo soy por ti, por tu sacrificio… que ha obtenido el purgatorio para mí y dentro de poco la paz>>.

<<¿Acaso en 1950?>>.

<<¡Antes! ¡Antes! ¡Muy pronto!>>.

<<Entonces ya no habrá necesidad de rezar por ti>>.

<<Reza igual que si yo estuviera aquí. ¡Hay tantas almas olvidadas!, almas de todo tipo, muchas son de madres. Hay que amar y pensar en todos. Ahora lo sé. Tú sabes pensar en todos y amar a todos. Ahora también sé esto y ahora entiendo que es justo. Ahora ya no tramo (son sus exactas palabras) el proceso a Dios. Ahora digo que es justo…>>.

<<Entonces reza tú por mí>>.

<<¡Eh! Ya antes he pensado en ti. ¿No ves cómo te he conservado la casa? Lo sabes, ¿no? Pero ahora voy a rezar por tu alma y para que seas feliz o vengas conmigo>>.

<<¿Y papá?, ¿dónde está papa?>>.

<<Está en el Purgatorio>>.

<<¿Todavía está allí? Sin embargo, era bueno. Murió como un cristiano, con resignación>>.

<<Más resignado que yo. Pero está aquí. Dios juzga de un modo que es diferente del nuestro, de un modo que es suyo únicamente…>>.

<<¿Cómo puede ser que papá esté aún allí?>>.

<<¡Eh!>>. (Me quedo mal, esperaba que estuviera ya desde hacía tiempo en el Cielo).

<<¿Y la mamá de Marta?, de Marta, ¿te acuerdas?…>>.

<<Sí, sí; ahora sé quién es Marta. Antes… mi carácter… La mamá de Marta ya no está aquí desde hace mucho tiempo>>.

>>¿Y la mamá de mi amiga Eroma Antonini, recuerdas?…>>.

<<Ya lo sé. Nosotros, los que purgamos lo sabemos todo. Lo sabemos menos exactamente que los santos, pero lo sabemos. Cuando yo subí aquí, ella estaba yéndose>>.

Veo el centellear de las llamas y me da pena. Le pregunto: <<¿Ese fuego te hace sufrir mucho?>>.

<<Ahora no; ahora hay otro más fuerte, por lo que éste casi no se siente. Y además… ese otro fuego da ganas de sufrir. Y entonces, el sufrimiento no hace mal. Sabes que yo nunca quise sufrir… ¿verdad?…>>.

<<Ahora eres bellísima, mamá. Eres como yo quería que fueras>>.

<<Si soy así, a ti te lo debo.¡Eh!, ¡cuántas cosas se comprenden cuando se está aquí! Se comprenden cada vez más, cuanto más uno se purifica del orgullo y del egoísmo. Y en mí los había tanto…>>.

<<No pienses más en eso>>.

Debo pensar… Adiós, María…>>.

<<Adiós, mamá. Ven pronto por mí…>>.

<<Cuando lo quiera Dios…>>.

He querido anotar esto. Contiene enseñanzas. Dios castiga primero las culpas de la mente, luego las del corazón, por último las debilidades de la carne. Hay que rezar, como si fueran nuestros parientes, por los que purgan y están abandonados; el juicio de Dios es muy diferente de nuestro juicio; los que purgan comprenden lo que no correspondían en esta vida porque eran demasiado engreídos.

Dejando de lado la aflicción por papá… estoy contenta por haberla visto tan serena, es más, jubilosa, ¡pobre mama!

21 de noviembre de 1949

A las 15.

Dice Jesús:

<<El año pasado, en este día dije que quitaría el morral y el bordón a los pastores para poner a prueba a los samaritanos. Y lo hice. Arranqué una máscara, más de una, y di por terminada su prueba porque era la última prueba para ellos. Dije: “Después de ésta, basta, porque sería tentar la paciencia de la criatura, tu paciencia, criatura mía”.

Días pasados ya te dije que, así como para éstos se cumplió la profecía de marzo de 1947, del mismo modo también debe cumplirse mi decreto para éstos.

¿Cuántas veces he dicho que la figura de Judas, entusiasta y creyente y luego falto de fe hasta el punto de saber traicionar, entre "un sí y un no" que duró tres años y que terminó en un deicidio, es la figura que hay que estudiar más entre los adictos de Cristo, porque es la que se encuentra más abundantemente entre éstos?

¿Cuántas veces he dicho que la casa de Betania no podía hospedar a los sacerdotes y a los fariseos, salvo a dos o tres que eran una excepción en el grupo?

¿Cuántas veces he dicho que Samaria era mejor que Jerusalén para Cristo, hasta que los de Jerusalén (sacerdotes, escribas, fariseos) con malas artes originadas en la envidia y el cálculo, corrompieron a los más débiles entre los samaritanos y les volvieron hostiles hacia Mí?

Lo que está escrito en los libros eternos se cumple, como es justo porque, siendo justo el divino decreto, se cumple siempre.

Éstos, los fanáticos de una sola hora por la nueva Betania, no pueden estar en la casa de María. Allí hay lugar para el verdadero Cristo y para sus verdaderos ministros. Allí pueden estar María, que también es Lázaro en su sufrimiento, y Marta que actúa para servirte a ti, que estás en contemplación. También pueden estar algunos discípulos fieles, pocos y comprobados. Pueden estar allí con Cristo en la viva y verdadera fe y religión del espíritu, en la vida unitiva con Cristo, no en las arquitecturas de los templos fastuosos, levantados para ser vistos y admirados, pero vacíos, vacíos, vacíos, sin Mí, porque rebosan de la concupiscencia de la vida.

Desde el momento en que cesaron de creerte lo que eres, María, les envolvió la concupiscencia, porque tú apagas la concupiscencia en quien te ama dado que, flor mía, eres un efluvio de Mí y mi fragancia apaga las fiebres. Mas cuando el que te amó cesa de amar, entonces, como en el caso de Judas. No queda más que la victoria del hombre carnal primero y del Seductor después.

Sin embargo, era necesario hacer la prueba de triturar su soberbia, que les llevaba a creerse perfectos.

A lo más alto se llega por un largo y fastidioso camino, seguido fielmente. A veces no basta una vida para alcanzar la cima de la justicia. Y ni siquiera allí uno está seguro si no sube y se clava a la cruz de perfecta caridad, que es un sacrificio total.

Tú ya estás allí y allí permaneces. No te desplomas porque has querido que el amor te crucificara allí para estar más segura de no precipitar.

Todo en ti repite lo que Yo pasé. También esto te lo dije muchas veces. En verdad, para ti hubo pobreza, incomprensiones, traiciones, burlas, calumnias, todo, como para Mí. Y también hubo soledad. Las almas grandes siempre están

solas porque las otras almas, las almas comunes, no pueden subir hasta donde las pocas almas grandes se despliegan. Mas Dios, es decir, la Grandeza eterna y perfecta, desciende al lugar en que están las almas solitarias y es para ellas el Amigo que, por sí solo, es suficiente para colmar los vacíos de los desertores de una santa amistad. Te quedo Yo, siempre más tuyo, formando siempre más "una sola cosa contigo".

Y a éstos les digo que me llamarán en vano, porque a la mía han preferido otras veces y otras vías y se han comportado contigo como se comportaron algunos adictos míos, que se volvieron infieles porque les incité a la justicia.

Mi Palabra es salvación, luz, sabiduría para los humildes de corazón, mas es veneno para quien no es así. Hablé para trazar una justa vía a la piedad de ellos, que no era espiritual sino textual. Mas mi Palabra, al chocar contra su yo carnal, lo abrió –dado que mi Palabra es potente- y de su yo, de su corazón, tal como yo dije, salió lo que estaba oculto: "Provienen del corazón los malos pensamientos, las envidias, los homicidios, las fornicaciones y los robos –aunque sean sólo morales y espirituales- más graves porque, al no ser castigados en la Tierra, son juzgados luego por Mí y castigados en la segunda vida; así llegan también los falsos testimonios y las blasfemias contra Dios y contra el prójimo".

Es vano que me llamen ahora. La Caridad no socorre a quien sin caridad hiere a mi inocente siervo, o sea, a ti. Y si les acaecen desventuras, que digan: "Así lo hemos querido, porque hemos hecho injusticias y respondido con rencor a la amiga de Jesús, que nos amaba y que aún nos ama". ¿Cómo puede pedirle misericordia a Dios cuando, sin justicia y sin misericordia, no deponen su injusto rencor hacia ti? Lo dice el Eclesiástico (XXVIII)[1] y así es.

Canta: "Tú que estabas irritado has dejado de lado el desdén para consolarme. Tú, mi Salvador, me quitas el temor. Tú, mi fuerza, me socorres. Tú, mi júbilo, me alegras".

Bendita seas, mi violeta>>.

Dice Jesús: "Querer descargar sobre Dios la responsabilidad de todo lo que sucede, diciendo: "Debe hacerlo Dios" e intentando disminuir de este modo ante tus ojos y los del mundo su culpa (ya sea de animadversión o de pusilanimidad o de indolencia y apatía), les asimila a los que, mientras Yo estaba en la Cruz, se desnudaban a sí mismos en su yo más profundo y verdadero, pues en la fiebre del que creían su triunfo habían perdido todo freno y control de sus hipócritas

[1] Sirácides 28, 3-5.

acciones, y gritaban: “Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz ahora y sálvate, para que podamos creer que Tú eres de verdad el Rey de Israel, el Mesías”.

Todos los hombres tienen un intelecto para juzgar. Los hombres de Dios, sus siervos y ministros –los sacerdotes- para juzgar aún mejor tienen, además, la ayuda de los estudios que han hecho y de las ayudas sobrenaturales correspondientes a su misión. Por lo tanto, ¿por qué imitan a sus antiguos predecesores tentando a Dios?

Que lo hagan, pues les corresponde a ellos obrar con santidad y justicia. Y Yo les bendeciré. Mas si no obran y no me sirven porque pretenden que Yo obre lo que, por otra parte, no sería útil porque está en ellos la voluntad de no servir- tendré para con ellos el silencio de condena que ya he tenido respecto a los jefes de los Sacerdotes y a los Escribas; ese silencio que no tuve respecto al buen ladrón que, en verdad, era un malhechor, mas que no esperó a que Yo obrase para convertirse. Lo hizo y basta. Y luego, cierto de que Yo lo iba a premiar por su buena voluntad, se dirigió a Mí para que lo absolviera.

¡Qué lección para muchos! No se debe burlar a Dios, ni tentarle, para no imitar a Satanás, que me tentó en el desierto, a los Sacerdotes, ya condenados junto con su Templo, a los Fariseos hipócritas y a los Escribas colmos de infamia, que se apropiaban de los bienes de las mujeres solas y de los pupilos y se burlaban de Mí, que estaba en la Cruz.

¿Cómo puede ser que su acción, esa acción contra Mí y contra las almas a las que torturan con su “no” y privan de la Palabra, no sea clara para su Sabiduría, de la que están tan orgullosos?>>.

6 de enero de 1950

Dice el Espíritu Santo:

<<Escribe. Que esta sea la respuesta a las necias deducciones de algunos. Es una respuesta el largo silencio (18 meses) y es una respuesta a la nueva palabra.

Es una respuesta el largo silencio que les dice a tus calumniadores que en ti no existe la voluntad de escribir o no escribir sino, solamente la voluntad de obedecer a Dios. Si Él habla, tú escribes. Si Él calla, tú no escribes, porque no simulas cosas extraordinarias; porque no eres una loca que toma por palabras sobrenaturales y por visiones sobrenaturales las palabras y visones originadas por el delirio. Tú eres el instrumento, el portavoz. Y un instrumento es algo inerte hasta que el artífice lo toma entre las manos para hacerle realizar una labor. Y un

portavoz no tiene voz hasta que la Voz le colma de sí a fin de que la difunda por el mundo. Tú eres esto, no eres ninguna otra cosa.

Y, tras el largo silencio, es una respuesta la nueva palabra para decir la verdad a los ciegos que tienen los ojos cubiertos por las escamas de su sensualidad, los que ven como ve su pensamiento negativo, no como es la realidad, porque son ciegos. Ven lo exterior y no saben lo que ocurre entre el Espíritu divino y el espíritu del siervo de Dios. Advierten el silencio aparente mas no pueden penetrar los motivos divinos de ese silencio, porque el hombre sensual no puede penetrar con su empañada pesadez en los misterios de la Luz hecha Palabra.

Ahora digo que Yo hablaré, después de haber callado por tanto tiempo, para responder a estos necios. Mas, puesto que soy Dios, y Dios es Bondad, no te haré esforzar a ti, oh víctima que te consumes cada vez más. Regularé mi Palabra según tus posibilidades físicas y daré así una nueva lección a los que cometen culpas contra la caridad y la justicia y, por lo tanto, contra Dios, los cuales no regulan con caridad y justicia sus acciones hacia ti, que estás enferma, y pecan contra el doble amor que, según han proclamado la Ley antigua y el Verbo Encarnado, es el primer mandamiento, sin el cual no pueden ser *vivos ni verdaderos* los otros; sin el cual las prácticas *formales, textuales del culto son vanas, falsas,* son *muertos despojos* que no tienen valor para el juicio de paz y de gloria, porque lo que es vida divina, lo que diviniza *hasta una sonrisa y la convierte en un premio futuro,* es el amor, solamente el amor.

No fue sin un consejo divino que las elecciones se detuvieron en el 4° v. Del capítulo 8° a los Romanos para retomar en el 5° v. Del mismo capítulo tras 18 meses. Hasta el 4° v. Se habla de ti que vives en el espíritu, y de los que son como tú. Desde el 5° v. En adelante hasta el 7° se habla de éstos. Y con este punto retoma la lección, exacta para la hora actual. Hasta un pestañeo está regulado por la Sabiduría de Dios>>.

11 de septiembre de 1950

María Santísima a la Madre Teresa María de San José.

<<El exceso de temor paraliza los impulsos de las almas. Si no hubieran experimentado un exceso de temor, los apóstoles no habrían dejado solo a mi Hijo cuando le apresaron porque, en el fondo, eran buenos. Pero eran demasiado temerosos; primero lo fueron de los enemigos, luego de Jesús por haberle abandonado. El exceso de temor produce jansenismo, y el jansenismo aumenta el temor porque inculca el convencimiento de que es difícil salvarse. Y no sólo, sino

que, al retardar los abrazos del espíritu con el Amor, hace cada vez más débil el alma.

Dile que no quiebre sus alas y que no extinga la llama bajo la espontánea condena: "Soy mala". Nadie es bueno, excepto Dios. Mas Él lo es de modo tan intenso que es bueno también por quien no es completamente bueno.

Las conquistas más hermosas de Jesús fueron Mateo, María de Magdala, Zaqueo y Dimas, es decir, los grandes pecadores. En verdad, lo eran, mas espiritualmente no se echaron por los suelos y permanecieron inertes diciendo: "Qué más da, soy malo", sino que, por el contrario, surgieron con su espíritu y corrieron con fe hacia el Perdón y el Amor>>.

De septiembre a noviembre de 1950

Apocalipsis[1]

(Ap 1, 4) *"Aquel que es"* es el antiguo nombre de Dios, el nombre con el que Dios se presentó a Moisés en el monte, el nombre que Moisés le enseñó a su pueblo para que de este modo pudiera invocar a Dios. En este nombre se refleja toda la eternidad, la potencia, la sabiduría de Dios.

Aquel que es: la eternidad. Dios no tuvo un pasado. No tendrá un futuro. Él es: el presente eterno.

Si el intelecto humano, aun el más potente de los intelectos humanos; si un ser potente, aun el más potente de los seres humanos, medita acerca de esta eternidad de Dios con un deseo puro y con puro pensamiento –es decir, libre de orgullos humanos- siente, como ninguna lección ni meditación o contemplación ha sido capaz de hacerle sentir, lo que es Dios y lo que es él: el Todo y la nada; lo Eterno y lo transitorio; lo Inmutable y lo mutable; la Inmensidad y lo limitado. Y entonces nace la humildad, nace la adoración adecuada al ser divino que debe ser adorado, nace la confianza, porque el hombre, la nada, el granito de polvo respecto al Todo y a todo lo creado por el Todo, se siente bajo el rayo de la protección de El que, perteneciendo a la eternidad, quiso que los hombres existieran para darles su infinito amor.

Aquel que es: la potencia infinita.

¿Cuál es la persona o la cosa que podría existir por sí misma? Ninguna: sin combustiones o fusiones de partículas esparcidas por los firmamentos no se forma

[1] El comentario sobre el *Apocalipsis* que transcribimos aquí comprende los últimos cuadernos autógrafos de María Valtorta. A diferencia de los cuadernos precedentes, las fechas en que han sido redactado están indicadas de modo sumario en el frontispicio de losa dos cuadernos y el texto no está introducido por el consabido "Dice…" seguido por el nombre del divino Autor del dictado.

un nuevo astro, así como no se forma espontáneamente un moho. Tanto para el astro, más grande que la Tierra, como para el microscópico moho, son necesarias materias preexistente y especiales condiciones en el ambiente aptas para la formación de un nuevo cuerpo, ya sea muy grande o microscópico. Mas, ¿quién les proporcionó, al astro y al moho, el modo para formarse? Fue Él, El que creó todo lo que existe, porque Él existía desde siempre y, desde siempre, era potente.

Por lo tanto, para cada cosa que existe hubo un Principio creador que creó directamente (fue la primera creación) o mantuvo y favoreció el perpetuarse y renovarse de la creación. Mas, ¿quién le creó a Él? No le creó nadie. Él existe por Sí mismo. No debe su Existencia a cosa o persona alguna. Él existe. No tuvo necesidad de otro ser para existir, así como ningún otro ser, que le sea enemigo a pesar de haber sido creado por Él (porque todo espíritu, carne, criatura del mundo irracional y sensible es creado por Dios), puede llevarle a no existir. Y si todo lo que existe –en el Cielo espiritual, en la Creación sensible, en los Infiernos- ya es testimonio de su inmenso poder, su ser, que no tuvo principio de otro ser o cosa, es el inmenso testimonio de su inmenso poder.

Aquel que es: la sabiduría perfectísima, no creada, es decir, que para existir no tuvo necesidad de autoformación ni de la formación de los maestros. Es esa Sabiduría que, cuando creó el todo, que no existía, no cometió ni siquiera un error, creando y queriéndolo hacer perfectamente.

¿Cuál es le inventor, el innovador o el pensador que, aun llevado por el justo deseo de investigar, conocer y explicar los misterios excelsos y los naturales, no caen en algún error y, por lo tanto, convierte su inteligencia en un vehículo de daños para sí y para los demás? ¿Acaso la raíz del daño para toda la Humanidad no tiene origen en el deseo de los Progenitores de conocer y penetrar en los dominios de Dios? Seducidos inmediatamente por la falsa promesa del Adversario, quisieron conocer y cayeron en el error, tal como caen en él los pensadores, los científicos y los hombres en general.

Mas El que es, y que es la Sabiduría perfectísima, no cometió errores ni los comete y no debe decirse nunca que el mal y el dolor que han vuelto imperfecto lo que fue creado de modo perfecto proviene del Omnisciente, sino de los que quisieron y quieren salir de esa Ley de orden que Dios les dio a todas las cosas y a los seres vivientes. Es un orden perfecto espiritual, moral y físico, y que, si hubiera sido respetado, habría mantenido en la Tierra el estado de paraíso terrenal y habría mantenido a los hombres que lo habitan en la feliz condición de Adán y Eva antes de la culpa.

"Aquel que es", el antiguo nombre de Dios, creado espontáneamente por un exceso de veneración en el yo de los hombres, concientes de su condición de dioses decaídos de la Gracia y merecedores de los castigos de Dios (porque ere el tiempo en que Dios era para los hombres el Dios terrible del Sinaí, el Juez dispuesto a la venganza), muy pronto fue sustituido por otro nombre: Adonai. Esto provocó una alteración de la primitiva pronunciación: "Jehová", ya sea a causa de las diferencias de pronunciación que se observan en todas las épocas y naciones, de región en región, ya sea porque se le usaba raramente, debido a una aplicación demasiado rígida de la orden; "No pronuncies en vano el Nombre del Señor, tu Dios". Mas ese nombre que el Eterno le enseñó a Moisés, conservó su sonido inicial: Jehová, en Galilea, donde el Emanuel iba a transcurrir casi completamente su vida de Dios entre los hombres –según su profético nombre: Emanuel- y de donde Él, que era la Palabra de Dios hecha Hombre, iba a partir para difundir la Buena Nueva y para iniciar su misión de Salvador y Redentor, que terminaría en el Gólgota.

Y para quien sabe leer y comprender, hay un eco de ese nombre en el nombre del Hijo de Dios hecho Hombre, en el nombre que Dios mismo impuso a su Hijo encarnado y que el Ángel del anuncio feliz había comunicado a la Virgen inmaculada. Y la Palabra que llevó ese Nombre a los suyos, enseñó de nuevo la palabra verdadera: Jehová, para nombrar a Dios, para nombrar a su santísimo Padre del cual es generado el Hijo y de los Cuales procede el Espíritu Santo, que procede para generar, en el momento debido, al Cristo Salvador en el seno de la Virgen.

Es Jesús, el Hijo de Dios y de la Mujer; El que, además de ser el Mesías prometido, el Redentor, es el testimonio más verdadero del Padre y de su Voluntad, el testimonio de la Verdad, de la Caridad, del Reino de Dios.

El Padre y el Hijo siempre fueron Una sola cosa, aunque temporáneamente el Hijo asumió forma humana sin haber perdido por ello su eterna Persona divina; siempre fueron Una sola cosa por el Amor perfecto que les unía, y se convirtieron recíprocamente en testimonio. El Padre se lo dio al Hijo en el Bautismo en el Jordán, sobre el monte Tabor, en la Transfiguración, en el Templo al celebrarse la última Pascua, y también ante los Gentiles llegados para conocer a Jesús (Juan 12, 28). A este triple testimonio sensible, deben agregarse los testimonios de los mayores milagros obrados por Cristo, casi siempre después de haber invocado al Padre. En verdad puede decirse que en todas las manifestaciones de Cristo, ya sea en calidad de Maestro, ya sea en calidad de realizador de milagros y de obras divinas, se reflejaba la invisible presencia del Padre, eterno y purísimo Espíritu, como un rayo de incontenible luz, que ningún obstáculo puede apresar.

Dios, el Padre, del polvo había creado al hombre y le había infundido el soplo de la vida y, además, el espíritu, soplo divino e inmortal. Y también es el Padre quien, invocado abiertamente o no por el Hijo, junto con Él *da la vida a una carne muerta y, con la vida, le devuelve también el alma y las carnes reconstruidas*, pues ya estaban deshechas por la muerte (Lázaro) o destruidas por la enfermedad (lepra) y, al convertir al pecador, *reconstruye en él la ley moral*, *recrea el espíritu* caído en el pecado, hasta llegar a la gran recreación para la Gracia, mediante el sacrificio de Cristo, para todos los que creen en Él y acogen su Doctrina, por lo que entran a formar parte de su Iglesia.

El Hijo, por su parte, revela al Padre; se lo revela al mundo que le ignora y también al pequeño mundo de Israel que, aunque no le ignoraba, no conocía la verdad del amor, de misericordia, de justicia mitigada por la Caridad, que constituía su Naturaleza. "Quien me ve a Mí, ve al Padre. Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. No conocéis la Verdad que me ha enviado, no conocéis su palabra, mas la conozco Yo, porque me ha generado. El Padre que me ha enviado no ha dejado solo a su Hijo; Él está Conmigo. Yo y el Padre somos *Una sola* cosa". El Hijo revela también el Espíritu Santo, mutuo amor, beso y abrazo eternos del Padre y del Hijo. Espíritu del Espíritu de Dios, Espíritu de verdad, Espíritu de consuelo, Espíritu de sabiduría, que confirmará en la fe a los creyentes y les enseñará la Sabiduría porque Él es el Teólogo de los teólogos, la Luz de los místicos, el Ojo de los contempladores, el Fuego de los que aman a Dios.

Todas las enseñanzas y todas las obras de Cristo son testimonios del Padre y revelación del incomprensible misterio de la Santísima Trinidad, de esa Santísima Trinidad que hizo posible la Creación, la Redención, la Santificación del hombre; de esa Santísima Trinidad por la cual fue posible -sin destruir la primera creación, que se había corrompido- lograr una recreación o nueva creación de una pareja sin mancha: de una nueva Eva, de un nuevo Adán, como medio para recrear para la Gracia y para restablecer, por lo tanto, el orden violado y el fin último entre los hombres y para los hombres provenientes de Adán.

Por voluntad del Padre, en consideración de los méritos del Hijo, y por obra del Espíritu Santo, el Hijo pudo asumir una carne humana en la Mujer inmaculada, nueva y fiel Eva, pues el Espíritu de Dios cubrió con su sombra el Arca no realizada por manos humanas, y así se tuvo al nuevo Adán, el Vencedor, el Redentor, el Rey del. Reino de los Cielos, el Reino al que son llamados los que merecen convertirse en hijos de Dios y coherederos del Cielo, por haberle acogido con amor y haberle seguido en la doctrina.

Jesús ha testimoniado siempre acerca del Padre y del Reino celeste, desde las primeras palabras como Maestro hasta las últimas en el Cenáculo y en el Sanedrín, en el Pretorio y en el Gólgota, y de éstas a las que precedieron la Ascensión.

El Reino de Dios y el Reino de Cristo son dos reinos que forman un solo reino, dado que Cristo es *Una* sola cosa con Dios, y dado que Dios, a Cristo y para Cristo, ha donado todas las cosas que por medio de Él fueron creadas, después que el Eterno ya las había visto todas en su Unigénito, y la Sabiduría infinita, el Origen como Dios, la Fin como Dios, la Causa como Dios-Hombre de la creación, de la deificación y de la redención del hombre. Son dos reinos que son un solo reino, porque el Reino de Cristo en nosotros nos hace poseedores del Reino de Dios.

Y Cristo, al decir a Dios: "Que venga tu Reino" como Fundador, como Rey de los Reyes, como Hijo y Heredero eterno de todos los bienes eternos del Padre, instaura ese Reino desde la Tierra, lo establece en nosotros, hace una cosa sola de su Reino y el del Padre, los une juntando como con un místico puente –que, en verdad, es su larga Cruz de Hombre entre los hombres que no le comprenden y de Mártir por obra de los hombres y para el bien de los hombres- el Reino de la Tierra con el Reino celeste. A ese Reino de Dios le da como Mansión visible la Iglesia; como estatuto de ese Reino, las leyes de la Iglesia; como Rey de ese Reino a Sí mismo, que es el jefe y el Pontífice eterno y, como todo rey, establece sus ministros y define tal reino una "anticipación" del Reino eterno así como define la Iglesia "la nueva Jerusalén terrena" que, al final de los tiempos, será transportada y transformada en la "Jerusalén celeste" y en ella los resucitados gozarán por la eternidad y vivirán una vida que sólo Dios conoce.

Este reino de Dios en nosotros es un reino visible por medio de la Iglesia mas es también un reino invisible. Este reino se ha hecho semejante a su Fundador que, como Hombre, fue y es un Rey visible, y como Dios, es un Rey invisible porque es purísimo Espíritu, al que se da fe *por pura fe*, pues ni el ojo humano ni cualquier otro sentido humano vio nunca a Dios antes de que se encarnara ni ve sensiblemente a la Primera y a la Tercera Personas; las ve solamente en la sobras que Ellas han cumplido o están cumpliendo. Por lo tanto, es un reino que, a igual que el hombre, ha sido hecho a imagen y semejanza de su Fundador: perfecto y verdadero Hombre –y como tal, prototipo visible de los hombres como les había creado el Padre contemplándoles en su Verbo eterno y en su Verbo encarnado- y verdadero y perfectísimo Dios y, por eso, purísimo Espíritu, invisible en su espiritual Naturaleza divina, que sin embargo vive sin posibilidad de principio ni de fin, por ser el "Viviente". Así es el Reino de Dios, representado en la Tierra

por la Iglesia, Sociedad visible y viviente sin posibilidad de fin desde que fue constituida por el Viviente. Así es el Reino de Dios en nosotros, invisible porque es algo espiritual, que vive en la parte espiritual y que vive desde que fue creado, salvo que el hombre destruya el Reino de Dios en él con el pecado y con su obstinación en persistir en el mismo, aniquilando así también la Vida del espíritu.

Es un reino que se conquista y al que se sirve. Se sirve en la Tierra y se conquista más allá de la Tierra, durante todos los acontecimientos de la vida cotidiana. Es un servicio del súbdito a Dios, que se cumple cada año, cada mes, cada día, hora y minuto, desde que se tiene uso de razón hasta la muerte, y se cumple haciendo la Voluntad de Dios, obedeciendo su Ley, viviendo como "hijo" y no como enemigo o como un bruto que escoge para su vida el mínimo y transitorio goce animal en lugar de vivir de modo de merecer el gozo celeste. Cada año, cada mes, cada día, hora y minuto es un medio para conquistar el Reino celeste.

"Mi Reino no es de este mundo" afirmó la Verdad encarnada más de una vez a sus elegidos, a sus amigos, a sus fieles y también a los que rechazaban y odiaban tal mundo por temor de perder su mezquino poder.

"Mi Reino no es de este mundo" testimonió Cristo cuando se dio cuenta de que lo querían hacer rey y, por eso, huyó al monte y permaneció solo allí (Juan 6, 15).

"Mi Reino no es de este mundo", respondió Cristo a Pilato cuando éste le interrogaba.

"Mi Reino no es de este mundo" dijo una vez más, y fue la última, a sus Apóstoles, antes de la Ascensión y, acerca del momento de la reconstrucción del mismo, que aún esperaban humanamente sus electos, respondió: "Sólo el Padre conoce el tiempo y el momento. Y lo tiene reservado en su poder". (Hechos 1, 7).

Por consiguiente, Cristo ha testimoniado siempre acerca del Reino, de este doble Reino que es, como siempre, un solo Reino: el de Cristo-Dios en nosotros y el de nosotros en Dios y con Dios, que se convertirá en el Reino perfecto e inmutable, no ya sujeto a insidias o corrupciones, a partir del momento en que "Él, el Rey de los Reyes, venga sobre las nubes y todo ojo lo vea (Apocalipsis 1, 7) para tomar posesión de su Reino (Apocalipsis 19), para vencer a todos los enemigos, para juzgar y darle a cada uno lo que cada uno mereció y transportar a los elegidos al mundo nuevo, al nuevo cielo y a la nueva tierra, a la nueva Jerusalén, donde no hay corrupción, ni llanto, ni muerte (Apocalipsis 9-21)".

Y para testimoniar, con medios más fuertes que las palabras, que Él es el Rey visible del Reino de Dios, o sea, de un reino donde caridad, justicia y poder se

ejercitan en formas sobrenaturales, Él cumplió acciones tan poderosas como ningún otro rey podía haber cumplido, liberando los miembros y las consciencias ligadas por enfermedades, posesiones o pecados graves, dominando las mismas fuerzas de la naturaleza y los elementos y también a los hombres, cuando era necesario hacerlo así (Lucas 4, 30; Juan 8, 59 y 11, 39) y, además, venciendo a la muerte (la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naím, Lázaro), empleando siempre una caridad y una justicia perfectas e imparciales, e instruyendo con una sabiduría que tenía una enseñanza para cada caso material, moral o espiritual, hasta el punto que sus mismos enemigos tenían que confesar: "Nadie ha hablado nunca como habla Él".

A los que decretaban: "No queremos que éste reine", respondió con hechos milagrosos sobre los cuales la voluntad de los hombres no podía ejercitar ningún poder. Respondió con su Resurrección y su Ascensión y de este modo demostró que, si habían podido matarle era porque Él lo había permitido llevado por un fin de amor infinito y que Él es Rey de un Reino donde el poder es infinito, porque puede darse la Vida por Sí mismo y por sí mismo, aun como Hombre de verdadera carne, puede ascender al Cielo, para estar junto al Padre.

En espera de poder conceder a sus elegidos el Reino celeste, Él les da la paz, la paz que, junto con la caridad, es la atmósfera de su Reino celeste; la paz que emana de Él, de Él que es El que existe, que es el Príncipe de la Paz y que, para dar a los hombres la paz de la reconciliación con Dios, ha venido a la Tierra para asumir carne, sangre y alma –Él que es el Ser eterno- y unirlas hipostáticamente a su Divinidad para cumplir el sacrificio perfecto que aplacó al Padre. Fue un sacrificio perfecto, porque la Víctima inmolada para borrar el pecado de la Humanidad y la ofensa que ésta había hecho a Dios, su Creador, *era verdadera Carne* para poder ser inmolada, Carne inocente y pura, mas también era *verdadero Dios.* Por lo tanto, su sacrificio fue perfecto, adecuado y suficiente para lavar la Mancha y restituir la Gracia y para hacernos de nuevo ciudadanos del Reino de Dios y siervos, no por esclavitud sino por un sacerdocio espiritual que obsequia y rinde culto a Dios y trabaja para que su Reino se extienda y para que almas y más almas vayan a la Luz y a la Vida, a esa Vida inmortal también para la carne resucitada de los justos y que Él, con su Resurrección después de que le habían dado muerte, testimonió que podía ser una cosa verdadera. Así, Él, El que vive, se convirtió en el "Primogénito entre los muertos", entre los que en el día final retomarán la carne de la que se habían despojado desde hacía miles o cientos de años, o muchos menos, para gozar junto con ella –objeto de prueba, de lucha y de mérito en la Tierra- del indecible júbilo del conocimiento de Dios y de sus perfecciones.

(Ap. 1, 5) *Primogénito entre los muertos.*

Cuando se lee esta frase se produce cierta confusión en la mente del lector poco formado, le surgen dudas y, por consiguiente, surge una pregunta: "¿Aquí no hay acaso un error o una contradicción, dado que el Primogénito es Adán, primogénito en la vida de la Gracia hasta el punto de que se define a Cristo 'nuevo Adán o segundo Adán', y dado que, aunque se excluya al primer hombre –porque decayó en la vida sobrenatural y permaneció así hasta que Cristo cumplió 33 años- también María, su Madre, fue llamada Primogénita, según la palabra de la Sabiduría y por haber sido concebida y haber nacido antes de Cristo, su Hijo, con plena Gracia?".

No hay error ni contradicción.

Adán es el primer hombre mas no es el *primogénito* porque no fue generado por ningún padre ni por ninguna madre, sino que fue creado directamente por Dios.

Jesús es el Unigénito del Padre y también es su Primogénito. El Verbo fue generado por la mente divina y, al igual que Ella no tuvo nunca principio. Por lo tanto, el Verbo es, como Dios, el Primogénito *absoluto*. Y también como Hombre es el Primogénito, a pesar de haber nacido de María –que a su vez, es llamada Primogénita por la Sabiduría y por la Iglesia –porque, dado que su paternidad corresponde a Dios Padre, es el *verdadero* Primogénito de los hijos de Dios, no por participación sino por generación directa: "El Espíritu Santo descenderá en ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1, 35).

Por lo tanto, es el *Primogénito*, aunque antes que Él su Madre fue cantada como la "Hija Primogénita del Altísimo" (Eclesiástico 24, 5) y aunque la Sabiduría, de la cual Ella es la Sede, dice a su respecto: "El Señor me poseyó desde el principio, antes de hacer sus obras. Fui formada desde la eternidad" (Proverbios 8, 22-23). Y dice aún: "El que me creó reposó en mi tabernáculo" (Eclesiástico 24, 12). Es *Primogénito* porque, si la Madre es santísima y purísima por singular privilegio, el Hijo es infinitamente santo e infinitamente purísimo y, además, superior, infinitamente superior a la Madre, *porque es Dios.*

Ella es Hija primogénita *por elección* del Padre, que la poseyó, es su Arca santa desde que su Pensamiento la pensó y estableció que, por medio de Ella, la Gracia viniera para otorgar gracia a los hombres y desde que, habiéndola creado plena de Gracia, reposó siempre en Ella, antes, durante y después de su Maternidad. En verdad, Ella fue plena de Gracia porque era inmaculada, siempre

plena de Gracia y la Gracia la hizo fecunda y así, la Gracia encarnada e infinita tomó en Ella y de Ella carne y Sangre de Hombre y se formó en su seno virginal, con su sangre, únicamente por obra de Ella y del Espíritu Santo.

Él es Hijo Primogénito *por generación eterna*. En Él, el Padre vio todas las cosas futuras, las cosas que aún no estaban hechas, tanto las materiales como las espirituales, porque en su Verbo el Padre veía la creación y la redención, realizadas ambas por el Verbo y para el Verbo.

¡Oh, admirable misterio de Dios! El Inmenso no se ama con un amor egoísta sino con un amor activo y potentísimo; es más, con un amor infinito y con este único acto, que es perfectísimo, engendra su Verbo, que es totalmente igual a Él, el Padre, excepto en la diferencia de Persona porque, si Dios es Uno y Trino –o sea que podríamos decir, para aclarar el hecho a los no preparados, que es una admirable Unidad con tres rostros- es también una verdad de la fe que cada rostro en particular está bien definido. Es decir que teológicamente hay Un solo Dios y que hay Tres Personas completamente iguales en cuanto a Divinidad, Eternidad, Inmensidad, Omnipotencia, pero que no se confunden entre ellas; por el contrario, están bien definidas, de modo que la Una no es la Otra. Sin embargo, no hay tres dioses, sino Un solo Dios que, por sí solo ha dado el ser a cada una de las Personas divinas, generando al Hijo y, por este mismo hecho, dando origen a la procedencia del Espíritu Santo.

La Potencia todo lo ve y lo hace por la Sabiduría, y por la Caridad, que es el Espíritu Santo, cumple sus obras más grandes: la Generación y Encarnación del Verbo, la creación y deificación del hombre, la preservación de María de la Mancha original, su divina Maternidad, la Redención de la Humanidad decaída. Todo lo ve y lo hace por Sabiduría, o sea, por el que existe desde antes que existieran todas las cosas y que, por eso, puede definirse con pleno derecho, "Primogénito".

Cuando aún no existía lo Creado, que desde hace milenios existe y vive su vida en las formas e índoles individuales que Dios quiso poner en la Creación, Él, la Palabra del Padre, ya existía. Y por medio de Él todas las cosas que no existían y que, por lo tanto, al no tener vida eran como cosas muertas, fueron hechas y, de este modo, adquirieron "vida". La divina Palabra las trajo a la vida desde el caos en que todos los elementos se agitaban inútil y desordenadamente. La Divina Palabra ordenó todas las cosas y todas se transformaron en cosas útiles y vitales y, de este modo, la Creación se hizo visible y sensible y existió con leyes de perfecta sabiduría y teniendo como fin el amor.

Nada se hizo sin el fin del amor y sin leyes de sabiduría. Todo fue hecho por amor: desde las gotas de agua contenidas en las cuencas hasta las moléculas recogidas para formar los astros que dan luz y calor; desde las vidas vegetales, predestinadas a nutrir las vidas animales y éstas, a su vez, a servir y a alegrar al hombre, obra maestra de la creación que, por su perfección animal y racional y sobre todo por la parte inmortal encerrada en él –que es el soplo mismo del Eterno- está predestinado a volver a su Origen para exultar por Dios y ser para él motivo de júbilo, porque Dios exulta a la vista de sus hijos. Y fue un amor tal que, si siempre hubiera sido correspondido fielmente, no habría permitido que la muerte y el dolor hicieran dudar al hombre del amor de Dios hacia él.

Entre las muchas cosas hechas por Dios, la muerte no había sido hecha, ni tampoco el dolor, ni el pecado, causa de muerte y dolor. Mas el Adversario los puso en la Creación estupenda. Y así para el hombre, perfección de lo Creado, que se había dejado corromper por el Enemigo, por el Odio, vino la muerte: primero, la muerte de la Gracia y luego la muerte de la carne. Y vinieron también todos los dolores y las fatigas derivados de la muerte de la Gracia en Adán y en su compañera y en todos los descendientes de los progenitores.

¿Cómo puede decirse que Jesús es el "Primogénito entre los muertos" si ha nacido de una mujer descendiente de Adán? Y aunque su Madre lo engendró por obra de la fecundación divina, ¿acaso dicha Madre no había nacido de dos seguramente justos mas que, de todos modos, eran dos que estaban manchados por la mancha que todo hombre había heredado de Adán, esa mancha que priva de la Vida sobrenatural? Esto es lo que muchos objetan.

Desde su nacimiento, Cristo es "Primogénito" doblemente, porque nació como aun no había nacido ningún hombre dado que, cuando nació el primogénito de Adán, el mismo Adán *ya no podía engendrar hijos vivos en cuanto a la vida sobrenatural.* En efecto, habían sido concebidos cuando ya los progenitores estaban corrompidos y habían caído en la triple concupiscencia y, por eso, *nacieron muertos en cuanto a la vida sobrenatural.* Y todo padre y toda madre, desde Adán y Eva en adelante, procrearon de este modo.

Aunque ambos eran sumamente justos, también Joaquín y Ana procrearon así, ya sea porque también ellos estaban dañados por la culpa hereditaria, ya sea porque la concepción de María se produjo de modo *simplemente humano y común*. En el nacimiento de María, la predestinada Madre de Dios, lo extraordinario fue sólo la infusión de un alma preservada de la Mancha original, la *única* alma inmaculada entre las almas de los nacidos de un hombre y una

mujer. Éste fue un singular privilegio divino, que fue otorgado en consideración de la futura misión de la Virgen.

En cambio Cristo, nació de María, *es el primogénito nacido de un seno inviolado espiritualmente,* dado que María, que fue fiel a la Gracia como ninguna mujer supo serlo desde Eva en adelante, no sólo no conoció, digamos, ni siquiera la más pequeña culpa venial, sino que tampoco conoció la mínima tormenta que pudiera turbar su estado de perfecta inocencia y su perfecto equilibrio, por lo que su intelecto predominó siempre sobre el instinto y, a su vez, el alma predominó sobre su intelecto, así como les ocurrió a Adán y Eva hasta que se dejaron seducir por el Tentador. Cristo también *es el primogénito nacido de un seno inviolado materialmente* dado que, siendo Dios tanto El que la hacía Madre como el que nacía de Ella y, por lo tanto, estando dotado del don propio de los espíritus de entrar y salir sin abrir puertas ni mover piedras, Dios entró en Ella para tomar forma humana y salió de Ella para iniciar su misión de Salvador, sin dañar órganos ni fibras.

El Viviente por excelencia, El que iba a dar vida de nuevo a todos los muertos para la Gracia, nació así, como primogénito y único, de la Plena de Gracia. No nació del apetito de dos carnes sino del modo en que habrían nacido los hijos del hombre si se hubieran mantenido vivos en la Gracia. Lo que debía regular el crecimiento y la multiplicación ordenadas por Dios no era el apetito de los sentidos sino el amor santo hacia Dios, al que debían ser consagrados los nacidos en la Gracia, un amor exento de malicia hacia la compañera, únicamente el amor, no corrompido por la animalidad.

Dado que esta orden había sido violada, para crear un nuevo Adán Dios tuvo que formarlo de una Mujer inmaculada y no ya con el barro que, habiéndose ensoberbecido, había querido asemejar a Dios, sino tomando los elementos indispensables para formar un nuevo hombre únicamente de la sumamente Pura y sumamente Humilde, tan humilde que ya sólo por ello habría merecido ser la Madre del Verbo.

Y el Primogénito entre los muertos vino a la luz para llevar la luz a los que yacían en las tinieblas, la Vida a los que estaban muertos para la Gracia, ya sea que aún se encontraran en la Tierra o que ya estuvieran aunados en el Infierno, a la espera de la Redención que les abriera las puertas del Cielo. También fue el Primogénito de los que deben volver vivos al Cielo *también con la carne.* En efecto, para Él, que nació de mujer inmaculada y fiel a la Gracia (que, en verdad había recibido plenamente pero que no guardó como tesoro inerte sino que siempre usó activamente, aumentándola constantemente por la perfecta

correspondencia de María con todos los movimientos e inspiraciones divinas), no habría sido aplicada, aunque no fuera más que por eso, la condena: "Volverás a ser polvo", que era común a todos los culpables descendientes de Adán, culpables por causa de Adán y de su compañera.

Tampoco la Madre de Dios volvió a ser polvo, dado que Ella, al ser sin mancha, quedaba exenta de la condena común y, además, porque no era conveniente que la carne que había sido arca y terreno para contener al Verbo y para dar al Germen divino todos los elementos necesarios para hacer de Él el Hombre-Dios, se convirtiera en podredumbre y polvo. Pero la Madre pasó de la Tierra al Cielo muchos años después que el Hijo. Por lo tanto, el *Primogénito* de los resucitados de la muerte, inclusive con la carne, es únicamente Jesús que, después de la suprema humillación y la total inmolación por total obediencia a la voluntad del Padre, recibió la suprema glorificación con su innegable resurrección. En efecto, muchos de sus amigos, aunque no todos, vieron su Cuerpo glorificado y aún más le vieron ascender en medio del homenaje de los Ángeles, y luego permanecieron para testimoniar estas dos verdades. "¿Por qué buscar al Viviente entre los muertos? Ya no está aquí. *Ha resucitado*" (Lucas 24, 5-6 y también Mateo y Marcos). Resucitó tan transfigurado en su belleza, que María de Magdala no le reconoció hasta que Él no hizo que le reconociera.- Y se lee aún: "¿Por qué os quedáis mirando el Cielo? Jesús, que os ha sido arrebatado, *ha subido al Cielo* y así, tal como ha subido, volverá" (Hechos 1, 11).

De este modo se confirmó que Jesús es el Primogénito entre los muertos, por haber sido el primero que entró al Cielo como hombre con su carne. Así lo confirmaron la Palabra de la Verdad; los Ángeles, que no pueden mentir; la Madre, cuya perfección era inferior únicamente a la de Dios, su Padre, su Hijo, su Esposo. Y también lo confirmaron los Apóstoles, que le vieron ascender, y Esteban, el primer mártir, y después de él muchos otros. Se dice día natal el día en que un justo sube, con el espíritu liberado de la carne, para formar parte del pueblo de los espíritus bienaventurados. En su día natal de Hombre santísimo, Jesús entró en esa morada con todas sus cualidades de Hombre-Dios: con la carne, con la sangre, con el alma y la divinidad, porque era el perfecto Inocente.

Mas hay una segunda muerte: la del espíritu privado de la Gracia. Numerosos justos esperaban desde hacía siglos y milenios que la Redención, al purificarles de la Culpa, les permitiera entrar a formar parte del Reino de Dios, en el que entra solamente el que lleva en sí la Vida sobrenatural. Un número aún mayor de hombres, que vinieron después de Cristo, está esperando entrar en dicho Reino cuando se haya cumplido su purificación de las culpas graves voluntarias o cuando la Justicia perfectísima abra el Cielo a todos los que vivieron y obraron

con caridad y justicia, según la ley de la conciencia, para servir y honrar de este modo al Ente cuya existencia sentían, y así formar parte del alma de la Iglesia.

No se puede pensar que Dios, la Caridad perfecta que ha creado todas las almas y las ha predestinado para la Gracia excluya de su Reino a los que, no por causa propia, no han recibido el Bautismo. ¿Qué culpa han cometido? ¿Acaso quisieron nacer en lugares no católicos por su propia voluntad? ¿Acaso los recién nacido, que murieron al nacer, tienen la responsabilidad de no haber sido bautizados? ¿Dios puede ensañarse con todos estos que no son "iglesia" en el sentido estricto de la palabra, pero que lo son porque el alma la han recibido de Dios y porque murieron aún siendo inocentes, ya que murieron al nacer, o porque vivieron como justos por la propia tendencia natural a practicar el bien y honrar de ese modo al Bien supremo, el Bien cuya existencia estaba testimoniada por todo lo que estaba en ellos y en torno a ellos? No, no puede hacerlo. Y lo prueba el juicio inexorable y sumamente severo que tiene Dios para con los que suprimen una vida, así sea embrionaria o apenas venida a luz, impidiéndole recibir el Sacramento que quita la Culpa original. ¿Por qué habría de usar tanto rigor si no debido al hecho de que, por siglos y milenios, esas almas de inocentes son separados de Dios y permanecen en un estado que, si no es de pena, tampoco es de gozo? ¿Se puede pensar que el Sumamente Bueno, que ha predestinado a todos los hombres para la Gracia, prive de ella a los que, no por su espontánea determinación, no son católicos?

Cristo ha dicho: "En el Cielo muchas son las moradas de mi Padre". Cuando ya no exista este mundo y haya en cambio un nuevo mundo, un nuevo cielo y estén los nuevos tabernáculos de la Jerusalén eterna y toda la creación racional alcance su glorificación con la exaltación de los Resucitados –que fueron hombres justos- a la posesión del Reino eterno de Dios, también los que estuvieron unidos solamente al alma de la Iglesia tendrán su morada en el Cielo, porque serán eternos sólo el Cielo y el Infierno, y no se puede pensar que La Caridad condene al suplicio eterno a las criaturas que no lo merecen.

Cuando Jesucristo rindió su espíritu en las manos del Padre, fue el primero en entrar con su Espíritu santísimo en el Reino de la Vida en lugar de Adán, que habría debido ser el primer hombre que entraba a formar parte del pueblo celeste y que, debido a su prevaricación, tuvo que esperar milenios para entrar en él con el espíritu y que aún tiene que esperar muchos más para entrar en él con la carne reunida al espíritu. En cambio, Jesús no debió hacerlo. En el mismo instante en que "con un fuerte grito" rindió el espíritu, su alma justísima (que por la infinita caridad de su naturaleza de Dios-Hombre había cargado con todas las culpas pasadas, presentes y futuras de la Humanidad –pero no con la Culpa que quita la

Gracia, que es la vida del espíritu- y que había cargado con ellas para consumir todas ellas con su total inmolación) fue juzgada, como toda alma humana, por el Padre. Y el Padre, así como antes de que se consumara el Sacrificio "trató a quien no conoció pecado como si fuera el Pecado mismo" (2 Corintios 5, 21), del mismo modo, después de que todo se había cumplido, "le exaltó y le dio un nombre que está por sobre todo otro nombre, un nombre tal que en el Nombre de Jesús toda rodilla se doble en el Cielo, en la Tierra y en el Infierno y toda lengua confiese que Jesucristo, el Señor, está en la gloria de Dios Padre" (Filipenses 2, 9-11). Y cuando se la hubo juzgado, su alma de Hombre, un alma que había alcanzado la perfección, gozó inmediatamente en el Señor y se descansó en Él hasta el momento en que se reunió al Cuerpo y así el Viviente, al que se le había dado muerte, se convirtió en el glorioso Resucitado, el *primero* y glorioso resucitado también *en la carne,* el primer Hombre nacido para el Cielo en Cuerpo y Alma, la primicia de los resucitados, la promesa de la resurrección para los justos, la garantía de la posesión del Reino, del que es Rey y heredero primogénito.

La herencia del Padre, la herencia que Él ha establecido para sus hijos, se le da siempre al Primogénito. Para que todos los hermanos de Cristo participaran de esta herencia eterna, santa, real, Él la legó a éstos con un santo testamento, escrito con su misma sangre. Y para que los hombres tuvieran su parte en el Reino que el Padre le dio y que Él aceptó para dárselo a los hombres, sus hermanos, dejó que le dieran muerte, porque sólo la muerte del testador da valor al testamento (Hebreos 9, 16-17).

Jesús, el Primogénito de muchas primogenituras, fue así el primero en tomar posesión del Reino donde es Rey de los Reyes y Señor del siglo eterno, según la voluntad del Padre, la voluntad del que es el Omnipotente, el Alfa y la Omega, el Principio, el Fin, la Potencia, la Sabiduría y la Caridad, del que sabe todo lo que hace y que todo lo que hace, lo hace con perfección y con un buen fin y que por eso engendró a su Verbo y, cuando llegó el tiempo, le dio una Carne y consiguientemente le inmoló y luego le resucitó y exaltó y puso en sus manos traspasadas todo el poder de juicio, por lo que cuando le vean todos los que le hirieron, materialmente o con la ofensa de los pecados, se golpearán el pecho una y otra vez: en el momento del juicio particular y en el momento de la aparición final de Cristo Juez, porque así está establecido y así será.

(Ap 1, 8) *El que ha de venir.*

¿De qué modo ha de venir? De seguro no vendrá retomando la carne. Si su regreso es seguro, igualmente es seguro que ya nunca más asumirá otra carne, dado que tiene una carne perfecta desde la primera vez que se vistió con ella, una carne eterna, glorificada por Dios, su Padre.

Y tampoco vendrá para cumplir una segunda Redención. No habrá una segunda Redención, porque la primera ha sido suficiente y perfecta. Desde entonces, los hombres poseen todos los elementos y las ayudas sobrenaturales para permanecer en el pueblo de los recreados hijos de Dios y para pasar, con sólo desearlo, de la re-creación a la *súper-creación* porque si, como se ha dicho, y se ha dicho sabiamente, "el hombre es una medida que Dios colma de Sí" y también "la gracia es una semilla que Dios pone en el alma" o "un rayo que desciende para iluminar y fecundar", es lógico que si el hombre secunda la voluntad y las inspiraciones divinas, su capacidad de contener a Dios crece y se dilata cuanto más el hombre crece en edad y en la capacidad de su inteligencia y voluntad; es decir, que crece en la inteligencia para comprender las espirituales palabras de Dios, o sea, los movimientos que Dios suscita en todo hombre para conducirle a una justicia cada vez mayor, y en la voluntad de alcanzar el fin para el cual ha sido creado. Del mismo modo, si el hombre secunda el crecimiento de la semilla de la Gracia manteniéndose fiel a ella y practicando la Ley y las virtudes, la pequeña semilla se convertirá en una planta grande que dará frutos de vida eterna y cuanto más el alma crece en gracia y se eleva en la vía de la perfección, el rayo aumenta la potencia de su luz, así como sucede a todo aquél que desde el valle sube hacia la cima de un monte.

Esta medida que se dilata para contener cada vez más a Dios, esta planta que crece soberana en el jardín del alma, este rayo del Sol eterno que se convierte en un océano de luz cuanto más el hombre se eleva hacia el Padre de las Luces, lleva al hombre que se ha re-creado por medio de la Gracia obtenida por los méritos de Cristo, a su *súper creación*, es decir, a la identificación con Jesús, por lo que asume una humanidad nueva, según su ejemplo y forma, una humanidad nueva que transforma al hombre, criatura racional en una criatura divinizada que piensa, habla, obra de modo que semeja lo más posible al modo que tuvo su Maestro eterno en su tiempo mortal y que ordenó que tuvieran sus fieles. "Que, para ser perfecto, el discípulos sea como su Maestro". (Lucas 6, 40)

Porque desde hace 20 siglos ya se ha tenido todo lo necesario para que el hombre pueda poseer el Reino eterno y pueda alcanzar el fin para el que fue creado, *no habrá* una segunda redención por parte del Hombre-Dios. El hombre que, a causa de su debilidad, llegara a perder la Gracia, tiene los medios para volver a adquirirla y redimirse. Así como caer por sí mismo, también por sí

mismo puede redimirse, usando los dones perpetuos que Cristo ha instituido para todos los hombres que quieran servirse de ellos.

Y el Verbo del Padre *no vendrá* para una segunda Evangelización. No vendrá *personalmente* más, sin embargo, evangelizará. Producirá nuevos evangelizadores que evangelizarán en su Nombre. Evangelizarán de un modo nuevo, que esté de acuerdo con los tiempos, una forma nueva que no cambiará el Evangelio eterno en su sustancia ni tampoco la gran Revelación, sino que los ampliará, los completará y los hará comprensibles y aceptables también para los que, a causa de su ateísmo o de su incredulidad hacia los Novísimos y hacia muchas otras verdades reveladas, aducen que "no pueden creer cosas que no comprenden ni amar a seres de los que se conoce demasiado poco y, para más, ese poco es de tal suerte que, en lugar de atraer y estimular, atemoriza y desconsuela".

Producirá nuevos evangelizadores. *En verdad, ya los hay,* aunque el mundo en parte les ignora y en parte se les opone. Mas serán siempre más numerosos y el mundo, tras haberles ignorado o burlado o combatido, cuando el terror coja a los necios que ahora se burlan de los nuevos evangelizadores, se dirigirá a ellos para que sean fuerza, esperanza, luz en las tinieblas, en el horror, en la tormenta de las persecuciones de los anticristos en acción. Pues si es verdad que, antes del final de los tiempos, surgirán cada vez más falsos profetas servidores del Anticristo, también es cierto que el Cristo Señor les opondrá, en número cada vez mayor, a sus propios siervos y, de este modo, producirá nuevos apóstoles donde menos se lo crea.

Y la infinita Misericordia, por piedad hacia los míseros hombres arrasados por la tormenta de sangre, de fuego, de persecución, de muerte, hará resplandecer sobre el mar de sangre y horror, la pura Estrella del Mar, o sea María, que será la precursora de Cristo en su última venida. Por eso, estos nuevos evangelizadores evangelizarán a María que, en verdad, fue dejada demasiado en la sombra por los Evangelistas y por todos los Apóstoles y Discípulos, mientras que un conocimiento más amplio acerca de Ella habría instruido a muchos e impedido muchas caídas, porque Ella es Corredentora y Maestra. Es Maestra de vida *pura, humilde, fiel, prudente, piadosa, pía,* en la casa y entre las gentes de su tiempo. Ha sido Maestra siempre, en los siglos, digan de ser conocida cuanto más el mundo desciende hacia el lodo y las tinieblas para que, imitándola cada vez más, se pueda volver a conducir el mundo hacia lo que no es lodo y tinieblas.

Los tiempos que avanzan serán tiempos no sólo de guerra material sino, sobre todo, de guerra entre la materialidad y el espíritu. El Anticristo intentará arrastrar a las criaturas racionales hacia el pantano de una vida bestial. Cristo intentará

impedir esta abjuración[2] no sólo de la religión sino hasta de la misma razón, abriendo horizontes nuevos y vías iluminadas por luces espirituales, suscitando en todo aquel que no le rechace abiertamente un potente despertar del espíritu, despertar ayudado por estos nuevos evangelizadores no sólo de Cristo sino también de la Madre de Dios. Alzarán el estandarte de María. Llevarán a María. Y María, que ya una vez fue causa y fuente -indirecta pero siempre potente- de la redención del hombre, lo será nuevamente, porque Ella es la santa Adversaria del pérfido Adversario y su talón está destinado a aplastar perpetuamente al dragón infernal, así como la Sabiduría, que ha establecido su sede en Ella, está destinada a vencer las herejías que corrompen las almas y los intelectos.

En este tiempo, cuya venida es inevitable, las tinieblas lucharán con la luz, la bestialidad con el espíritu, el satanismo con los hijos supervivientes de Dios, Babilonia con la Jerusalén celeste; en ese tiempo, las lujurias de Babilonia, las triples lujurias, desbordarán como aguas fétidas e incontenibles, y se filtrarán por doquier, hasta en la Casa de Dios, como ya ocurrió y como está dicho que tendrá que ser de nuevo; en ese tiempo de abierta separación entre los hijos de Dios y los de Satanás, en el que los hijos de Dios alcanzarán una potencia espiritual nunca alcanzada hasta entonces, y los de Satanás una potencia del mal tan vasta que ninguna mente puede imaginar cómo será en realidad, vendrá la nueva evangelización, la nueva evangelización total que, por ahora, manifiesta sus primeros y contrariados albores.

Esta evangelización obrará grandes milagros de conversión y de perfección y también grandes conatos de odio satánico contra Cristo y la Mujer. Mas ambos no podrán ser alcanzados por sus enemigos. No sería conveniente ni útil que lo fueran. No se puede causar una ofensa suprema a Dios hiriendo a los Dos que le son más queridos: el Hijo y la Madre, que ya en su tiempo sufrieron todas las ofensas más dolorosas y odiosas pero que ahora ya glorificados desde hace siglos, no podrían ser ofendidos sin que cayera el inmediato y horrendo castigo divino sobre los ofensores.

Por eso, en el momento justo y de la manera justa se realizará la extrema evangelización con medios nuevos y los que estén ansiosos de Luz y de Vida las tendrán de modo pleno, perfecto, otorgadas con un medio conocido sólo por los dos Donadores, por Jesús y María. Sólo los que hayan elegido para sí mismos fango y tinieblas, herejía y odio hacia Dios y María, es decir, los que están muertos ya antes de ser muertos, los espíritus pútridos, los espíritus vendidos a Satanás y a sus siervos, o sea, los precursores del Anticristo y éste mismo, tendrán

[2] Abjurar = Retractarse, renegar, a veces públicamente, de una creencia o compromiso que antes se ha profesado o asumido.

fango y tinieblas y tormento y odio eterno, como es justo que sea, cuando venga El que debe venir.

(Ap 1, 17) Jesús, en la belleza indescriptible de su Cuerpo glorificado es y no es diferente de como era en la Tierra. Es diferente porque todo cuerpo glorificado asume una majestad y una perfección que ningún mortal puede tener, por más bello, majestuoso y perfecto que sea; mas no es diferente porque la glorificación de la carne no altera los rasgos personales. Por lo tanto, cuando los cuerpos resuciten, el que era alto será alto, el que era delgado será delgado, el que era robusto será robusto y el rubio, rubio; el moreno, moreno: etc., pero desaparecerán las imperfecciones, porque en el Reino de Dios todo es Belleza, Pureza, Salud y Vida, así como se había establecido que fuera en el Paraíso terrenal, si el hombre no hubiera llevado allí pecado, muerte y todo tipo de dolores, de las enfermedades a los odios entre hombres.

El Paraíso terrenal era la imagen material de lo que iba a ser el Paraíso celestial habitado por los cuerpos glorificados. Los aspectos naturales del Paraíso terrenal estarán también en el celestial, es decir, en el Reino eterno, pero estarán bajo su forma sobrenatural. Por eso, el sol, la luna, las estrellas, que eran luces de diversa potencia creadas por Dios para iluminar la morada de Adán, serán sustituidas por el Sol Eterno (Apocalipsis 21, 23), por la vaguísima y purísima Luna y por innumerables estrellas, o sea, serán sustituidas por Dios Luz que viste de su Luz a María (Apocalipsis 12, 1) la cual, bajo sus pies, tiene como base la luna y como corona las estrellas más bellas del Cielo; serán sustituidas por María, la Mujer con el nombre de estrella que, por su inmaculada pureza, ha vencido a Satanás; serán sustituidas por los santos, que son las estrellas del nuevo Cielo, dado que el esplendor de Dios se comunica a los justos (Mateo 13, 43). También el río que bañaba el Paraíso terrenal será sustituido. Este río simbolizaba el medio por el cual la humanidad sería bañada por aguas que iban a limpiar sus pecados, a fertilizarla para que nacieran y crecieran las virtudes y a hacerla digna de agradar a su Creador y, por este motivo, tenía cuatro brazos como la Cruz desde la cual el río de la Sangre divina se derramó para lavar, fertilizar y hacer agradable a Dios la humanidad decaída. En el Paraíso celestial será sustituido por el río de agua viva que brota del Trono de Dios y del Cordero y fluye en la ciudad de Dios (Apocalipsis 22, 1). Y el árbol de la vida, símbolo del Árbol que daría la *verdadera* vida a quienes la habían perdido, o sea la Cruz de la cual pendió el Fruto Santísimo que da la Vida y de la cual provino la Medicina para todas las enfermedades del yo, que pueden ocasionar la *verdadera* muerte, será sustituido

por los árboles que están "a una y otra margen del río" como está dicho en el Apocalipsis (22, 2).

He dicho que desaparecerán todas las imperfecciones. No tendrán ningún tipo de imperfecciones los habitantes de la Jerusalén celestial, llegados ya a la perfección y ya no susceptibles de caídas, porque así como en la Ciudad de Dios no pueden entrar los pecadores aún no purificados, no puede entrar ninguna cosa que pueda producir impurezas, abominación o mentira. El gran seductor, que pudo entrar en el Paraíso sensible, no podrá insinuarse en el Paraíso celestial. Lucifer que ya se precipitó del Cielo al Infierno debido a su rebelión (Isaías 14, 12-15), será sepultado y reducido a la "nada" al final de los tiempos, antes de que vengan el nuevo cielo y la nueva tierra, para que jamás pueda obrar, dañar, causar dolor a los que ya hayan superado todas las pruebas y todas las purificaciones y vivan en el Señor.

Por lo tanto, no subsistirá ninguna imperfección del espíritu ni del intelecto. Y también desaparecerán las imperfecciones físicas, que fueron cruz y tormento, merecido (si provenía de una vida inmunda), inmerecido (si provenía de la herencia de los padres o de la crueldad de los hombres). El cuerpo glorificado de los hijos de Dios estará como habría estado si el hombre hubiera permanecido, íntegro *totalmente*, como Dios lo había creado, perfecto en las tres partes que lo componen, así como perfecto lo había creado Dios.

A todos se les aparecerá Jesús, el Hombre-Dios, Hombre perfectísimo porque era Dios encarnado; íntegro porque era inocente y santo, sin lesiones que pudieran considerarse daño o vergüenza en ninguna de sus partes, porque las 5 heridas son gemas de gloria y no un sello de infamia; tan luminoso –por ser "Luz" como Dios y siendo "Gloriosísimo" como Hombre Santísimo- que sus carnes, su atavío y sus cabellos parecían blancos, tal como se volvió en al Tabor; en hábito talar por ser "Sacerdote por siempre según el orden de Melquisedec" (Salmo 109, 4), o sea, por ordenación divina directamente, hecho tal por el Padre y con cinturón de oro por ser por siempre Pontífice. A todos se les aparecerá tal como era como Hombre y cada uno le reconocerá, y tal como es "Gloriosísimo que, por obediencia al Amor, gustó la muerte para darles la Vida a todos y, al verle, los bienaventurados exultarán.

"Yo soy el Primero y el Último".

Así como Dios no tiene principio, tampoco el Verbo de Dios tiene principio. Sin embargo, tiene un misterioso principio, que es el que el inspirado Juan indica al comienzo de su Evangelio de la Luz: "En el principio existía el Verbo". Por lo tanto, ¿cuál fue este principio sin principio, sin que haya una época que lo

indique, pues para el Eterno no existen límites de tiempo sino un abismo sin fin de eternidad? Es uno de los misterios que el Verbo mismo iluminará para las almas cuando ya estén en el Reino, porque allí, en su eterno Reino, todo será iluminado y se hará cognoscible por medio del Verbo.

Mas para los hombres –a quienes la carne y el exilio hacen imposible la penetración de los misterios y difícil la comprensión de los mismos, aún en la medida de lo comprensible para los habitantes de la Tierra- hay qué decir que este principio sin principio existe desde que Dios existe y, por existir, engendra y ama lo que engendra, lo que equivale a decir desde *siempre*, porque el que fue engendrado en primer lugar por su seno fecundo en amor sumamente ardiente y sumamente perfecto, fue su Verbo, eterno como Él.

A quienes tienen mayor dificultad en entender, se les podría decir que la primera llama de la Caridad engendró al Verbo y produjo la procedencia del Espíritu Santo. Mas dado que, para el que es Eterno, no puede existir la *primera* llama de la Caridad, es mejor decir que la perfecta Unidad y Trinidad de Dios no tuvo principio en el sentido que los seres humanos quieren dar a esta palabra, y que el misterio, por ser misterio, nos será revelado sólo cuando seamos *una sola cosa* con Dios, así como Cristo pidió y obtuvo para nosotros.

Antes de esto, es inútil tratar de penetrar y conocer la verdad de este misterio. Y no podrán alcanzar el pleno conocimiento de este misterio mientras les revista carne mortal, ni el místico más ardiente, ni el contemplador más profundo, ni el adorador más sincero, por mucho que, casi olvidándose de sus exigencias humanas, se sumerjan, se abismen, ardan, se eleven, se lancen hacia ese Abismo de alturas que es la Divinidad, para conocer con el propósito de amar siempre de modo mejor, para implorarle al Objeto de su único amor la verdad, la revelación de este misterio y así podérselo explicar a muchos que, si lo conocieran serían atraídos hacia el Amor.

Hay qué creer por fe, por pura fe. Hay qué creer sin límites de investigaciones humanas. Hay qué acoger las verdades que se nos proponen sin querérnoslas explicar. Hay qué creer firmemente, simplemente, totalmente. Cuanto más se cree de este modo, tanto más se hace sutil el velo del misterio, hasta el punto que, en ciertos momentos, se tiene la sensación espiritual de que, por un instante, se ha desgarrado y ha confirmado al espíritu las sobrenaturales esperanzas de la posesión de Dios y ha producido una llamarada aún más ardiente de caridad que, al unirnos cada vez más a Dios, favorece una nueva y rapidísima revelación del Misterio sublime. Son instantes anticipados y relativos del Conocimientos que constituirá nuestra beatitud eterna. Entonces conoceremos lo que aquí, más o

menos relativamente y en proporción a nuestra vida de identificación con Cristo, Sabiduría, Verdad, Conocimiento del Padre, y a nuestra unión con la Divinidad, hemos logrado entrever en su Verdad.

Conoceremos a Dios, a este Dios que existe desde siempre. Conoceremos al Verbo, este Verbo que existe desde siempre y que, sin embargo, fue generado por el Padre sin que, por ello, haya tenido un momento inicial de generación; este Verbo "consustancial con el Padre" en el Cielo y en la Tierra, durante su tiempo de Hombre; este Verbo que es Una sola cosa con el Padre y que, sin embargo, está bien diversificado del Padre en cuanto a la Persona, que no es una cosa sola con el Padre, sino que es una Persona propia y una Persona divina, que no quedó anulada o ausente cuando el Verbo tomó forma humana y que, por el contrario, permaneció unida a ésta aunque estaban diferenciadas en Cristo, así como están diferenciadas en la admirable Unidad Trina, verdadero testimonio de que en el hombre, que la Gracia hizo hijo de Dios o criatura divinizada, puede existir la unión con Dios. Esta unión, perfectísima y única en el Verbo hecho Hombre que asumió carne mortal sin dejar de ser Dios, es una unión *relativa*, mas no por eso menos verdadera, en el hombre, que es elevado de criatura natural y racional a criatura divinizada por la participación a la vida sobrenatural.

Pues bien, por todo lo que se ha dicho más arriba, Jesucristo, que vendrá para ser Eterno, en el momento justo y del justo modo, es definido justamente "el Primero y el Último".

Es Primero en existir y Primero en instruir; al comienzo a través de su Palabra de Sabiduría que habla a los patriarcas y a los profetas por vías sobrenaturales; luego como Maestro, a las multitudes de Palestina; más tarde aún, y nuevamente por vías sobrenaturales, a sus siervos e instrumentos vivientes en la Tierra. Y es *Último* en instruir porque en el Cielo, para los espíritus bienaventurados y luego para los resucitados, estará el Verbo, y por el Verbo, por Jesús, los ciudadanos del Cielo, recibirán la última, la perfecta y completa instrucción que les hará conocer todas las verdades, hasta entonces incomprensibles por ser "misterios de fe", acerca de los que inútilmente, intentando conocerlos, se han extenuado doctores, contempladores y místicos.

Es el Maestro eterno, el primero y el último Maestro. Será Maestro aún, cuando todas las escuelas de doctores hayan cesado de existir. Es el Maestro que colma todas las lagunas, subsistidas por milenios y siglos, acerca del conocimiento de Dios, que ilumina la profundidad del misterio, oscura desde siempre para los intelectos humanos; que anula los errores de todas las escuelas humanas. Y así como por su primer "fiat", orden del Maestro que sabe

perfectamente cómo debe hacerse cada cosa para que sea buena, surgió la Creación sensible, del mismo modo por su último "fiat" se obtendrá la conclusión de todo lo que se corrompió y que será juzgado "buena cosa" que ya no exista, y se tendrá el nuevo mundo y todas las cosas serán establecidas en un mundo nuevo e inmutable, según su Voluntad de Maestro perfectísimo y de Juez supremo, a quien el Padre ha delegado todos los poderes del Reino de Dios en los Cielos, del Reino de Dios en los corazones, del Juicio sobre todas las criaturas: angélicas, racionales o infernales, para que todas, ya sea en el Cielo, en la Tierra o en el infierno, adoren, conozcan y sientan que Él es el que existe, el Rey de los reyes, el Señor de los señores, el Alfa y la Omega, el Omnipotente.

(Apocalipsis 2) Sí, el Apocalipsis es un libro de revelaciones; es más, concluye la gran revelación, pero también es un libro profético.

Ambas, la revelación y la profecía, provienen de Dios, porque sólo Dios las inspira. Sólo Dios puede inspirarlas porque sólo Él conoce la Verdad por ser la Verdad y conoce los acontecimientos futuros porque es el Eterno, el omnisciente, el omnipotente.

La profecía es como una proyección, de hechos futuros, vistos sólo por Dios e iluminados para los que viven en las nieblas de su momentáneo presente. Los analfabetos de la religión son muchos, muchos también entre los que limitan su catolicismo a recibir los Sacramentos, a obedecer el precepto festivo, a tomar parte en las procesiones, a ir a escuchar –sí, también esto- las prédicas, pero que, si se les interroga, no saben responder a muchas cosas, al significado de ciertas palabras (pues "profecía y profetas" tienen un significado y "apóstol" otro) y aún a muchas otras y, porque no saben, confunden lo que es bueno, que es cosa hecha de luz, con lo que no es bueno, que no está hecho de luz.

Para hacer entender a estos analfabetas de la religión qué es la revelación y qué es la profecía, así como en otro lugar se recurrió a la comparación de las tres caras de un poliedro para explicar la Unidad y Trinidad de Cristo, úsese ahora la comparación de una proyección de hechos reales, pero ocurridos en otro lugar y en un tiempo precedente, o de una proyección de hechos que, por cierto, se producirán pero que aún no han ocurrido, hechos que una Mente sola conoce, una sola Pupila ve, una sola Palabra puede ilustrar y quizás comprendan.

A través de los siglos, el hombre ha hecho muchos inventos y descubrimientos, algunos han sido buenos; otros, malos; otros habrían podido ser buenos, porque podían ser un medio de formación, de instrucción, y también de elevación y, en cambio, se convirtieron en lo opuesto, porque sirvieron para

excitar los bajos apetitos de los sentido, para corromper el intelecto y, por consiguiente, para dañar el alma. Una de estas cosas que habrían podido ser buenas y que se volvieran negativas porque sirvieron para ilustrar el vicio, el delito, el pecado, es la cinematografía y otra es la prensa. Mas para ilustrar nuestra idea nos sirve la primera. Con sus películas, la cinematografía puede ilustrar hechos y personas del pasado, de un modo más o menos correcto desde el punto de vista histórico, porque raramente el hombre hace bien lo que hace y aún más raramente lo hace siguiendo la verdad de las cosas. Pero, de todos modos, por medio de este invento es posible mostrar a los seres vivientes personas, acontecimientos, usos y costumbres de siglos y aun de milenios pasados. La película va desarrollándose y el hombre ve.

Dios toma a un hombre –ya sea un profeta o un inspirado por Él, de seguro uno que Él ha elegido para ese fin- y para los ojos o los oídos espirituales de ese hombre ilumina o explica acontecimientos pasados cuya verdad ha sido alterada, ya sea porque han pasado siglos o por una alteración involuntaria, que pude producirse fácilmente en la revelación verbal o por una alteración voluntaria causada por cismas religiosos, por herejías, por una investigación científica apartada de la sabiduría religiosa. O bien ilumina y revela hechos futuros que en su eterno Presente sólo Él conoce. Y ellos ven, ellos oyen, como si para ellos se proyectara una película sonora. Dios les encarga que manifiesten todo lo que Él les revela, que se conviertan en sus manos y su boca para escribir o para decir todo lo que a Dios le ha sido grato revelar.

Esta comparación (también Jesús empleaba comparaciones para hacer entender sus lecciones a sus adictos) les hará comprender a muchos qué es la profecía y qué son los profetas, qué es un inspirado o un vidente y cómo hay qué creer en ello que, a menos que digan cosas inadmisibles para la Fe y la Gran Revelación, manifiestan todo lo que es oportuno saber para proceder por senderos seguros.

Para algunos, las profecías son cosas no sólo incomprensibles por ser demasiado obscuras sino, además, cosas superadas, pues se refieren a hechos que ya ocurrieron hace siglos. Sí, muchas cosas expresadas por las profecías ya sucedieron y no volverán a repetirse; mas, muchas se repetirán, como ya ha sucedido todas las veces que la humanidad vuelve a la condición en la cual se dio la profecía. De este modo, como no se repetirá la encarnación del Verbo, ni la fundación de la Iglesia (porque la Iglesia, fundada por Jesús, su Pontífice y Cabeza eterna, no puede perecer, según su divina promesa y, por lo tanto, no puede haber necesidad de fundar una nueva Iglesia), del mismo modo es cierto que se repetirán, tal como ya se han repetido, los castigos que Dios permite

debido a la infamia que ha penetrado en los lugares sagrados y a las injusticias humanas. Y será así para muchas otras cosas.

La humanidad tiene ciclos alternados de justicia e injusticia, de fe *real* y de fe solamente exterior –se trata de "la letra y no del espíritu de la fe"- o hasta de *ausencia de fe* para los cinco décimos de la población mundial. Y por eso, del mismo modo, la humanidad tiene también ciclos alternados de castigos, ya padecidos, y de perdones, ya obtenidos, sin que eso la haga más buena. Y, dado que las profecías son pronunciadas por quien vio "el Tiempo" sin límites en el tiempo, en muchos puntos sirve de luz y guía de voz de la verdad, de consejo de misericordia en todos los tiempos.

El Apocalipsis, profecía del Apóstol de la Luz y de la Caridad, ilumina *los tiempos, cada tiempo hasta el tiempo último* y lo hace por Caridad. Han pasado diecinueve siglos desde que Juan tuvo la revelación llamada "Apocalipsis", cuyo cumplimiento podía considerarse "cercano", sólo si se le calculaba con referencia a la eternidad. Mas si el tiempo de la espera, referido al tiempo terrestre, ha sido y es largo, por lo que se refiere al estado de las siete iglesias es actual ahora como lo era en ese entonces.

Al ver las siete iglesias de entonces, las siete luces más o menos luminosas de aquel entonces, Juan no vio solamente ésas sino también las otras iglesias que iban a formarse a lo largo de los siglos, así como vio anticipadamente lo que luego ocurrió y lo que deberá ocurrir tanto en el Cielo como en la Tierra y en los infiernos.

Vio. Vio las luces de la santidad, las sombras de la injusticia, el crecimiento de la espiritualidad, el crecimiento de la humanidad o, mejor dicho, de la materialidad. Vio las llamas de la caridad y de la sabiduría nutrida por ella centellear elevándose al Cielo. Y vio también el nebuloso humear de la ciencia, exenta de sabiduría y arrastrándose por el suelo, cuando el hombre intentaba explicar, con sus solos conocimientos, su propia existencia y muchas otras cosas de la creación. Vio el nauseante humear de las injurias del yo, de todas las lujurias. Vio el culpable humear de los egoísmos y de las crueldades. Vio humo, humo, nada más que humo, humo nocivo que se arrastra por los suelos, que se insinúa, que ensucia, que envenena, que mata. Mata las cosas más "buenas" en el sentido que da Dios a esta palabra, o sea, las cosas que nosotros definiríamos más "bellas": las tres y las cuatro virtudes, las relaciones sociales, las conciencias, los intelectos, la paz familiar… Es decir, todas las cosas que el humo –que está donde no hay llamas de caridad- mata, envenena, ensucia y penetra. También vio la

formación del mundo nuevo: el mundo de Jesús, su Reino. Y vio la formación de un mundo nuevo en ese mundo nuevo: el mundo del anticristo, el reino de éste.

Vio los triunfos del cristianismo, las derrotas del cristianismo, la admirable unidad del Redil de Cristo, la rebelde separación de algunas partes del Rebaño. Todo esto vio Juan. Y la visión era tan viva, que le parecía que todo eso había de cumplirse inmediatamente. ¡Mas no era así! Debían pasar siglos y más siglos antes de que se cumpliera todo lo que había visto el vidente de Patmos. Y todo se cumplirá como está dicho y como en parte y en épocas diversas ya se ha cumplido, sin alterar el total cumplimiento de las cosas negativas que Juan vio anticipadamente.

Lo humano es algo difícilmente perfecto y aún más difícilmente no repetido. El hecho de pertenecer al Pueblo de Dios no les impidió a los Hebreos recaer muchas veces en los mismos pecados. El ejemplo de Adán, el ejemplo de los castigos divinos, que se manifestaron con el diluvio, la dispersión de los pueblos tras la soberbia de Babel, la destrucción de Sodoma y Gomorra, la opresión de Egipto, no impidieron que el pueblo pecara. La misericordia de Dios, que les liberó de la opresión del faraón y quiso darles una patria y una ley selectas, no indujo a los hombres a no pecar como reconocimiento hacia Dios. Pecaron hasta durante el mismo viaje hacia la Tierra Prometida, mientras Dios, como un verdadero Padre, les cubría con sus dones.

El hombre siempre es el hombre, tanto en la antigua como en la nueva religión –divinas la una y la otra- y ya sea que pertenezca a la antigua o a la nueva iglesia. "Me buscáis no sólo porque habéis visto que obro milagros, *sino también porque habéis comido de esos panes y os habéis saciado"* (Juan 6, 26). Siempre es así la humanidad. Es atraída por las cosas exteriores y prodigiosas, por lo que constituye algo nuevo o un goce material, por esperanzas y promesas humanas que uno cree poder alcanzar, en lugar se acercarse a las cosas interiores, sobrenaturales, ciertas y no menos prodigiosas; las cosas que, por el contrario, son mucho más prodigiosas, mucho más gozosas, mucho más seguras y, sobre todo, mucho más duraderas, porque son eternas.

Judas es el prototipo perfecto, perfecto e inconvertible, de los que se dejan seducir por los prodigios materiales y por las esperanzas de los honores humanos, aptos para saciar la avidez de los ojos o del intelecto.

Mas tampoco los demás apóstoles y discípulos estuvieron exentos de esta debilidad humana, que en ellos no era total y de la que fueron despojándose cada vez más hasta quedar tan separados de ella que supieron soportar todas las humillaciones y persecuciones, hasta el punto de saber despojarse de la misma

vida, para obtener la Vida eterna. Y, confirmados en la Fe, en la Esperanza y en la Caridad, confirmados en la Gracia y en la Sabiduría, y aún en la Piedad, en la Fuerza, en el santo Temor de Dios, en todos los dones del Paráclito, se convirtieron en otros tantos "maestros" y fundadores", no ya de una nueva doctrina y de nuevas iglesias –porque una es la doctrina perfecta y una es la Iglesia perfecta- sino "de la doctrina y de la Iglesia" entre nuevas gentes y en nuevas regiones.

Han pasado 20 siglos, nuevos apóstoles han sucedido a los primeros apóstoles, nuevas iglesias a otras iglesias, en zonas de la Tierra siempre nuevas. La tarea apostólica no tiene interrupciones ni pausas aunque, si bien sigue adelante, por culpa de los hombres sufre una regresión en cuanto a la vastedad de su dominio, y no sólo en cuanto a esto. La continuidad de la tarea, la propagación del Evangelio, la dilatación del Cuerpo Místico, son verdades innegables, consecuencias lógicas, dado que Jesús alimenta su Iglesia, la guía, la estimula, y Jesús es eterno, es potente, es santo. Su Santidad desciende y circula por todo el Cuerpo, su Potencia da fuerzas misteriosas a sus siervos, su Eternidad impide que la Iglesia muera.

Mas, por culpa de los hombres y por su mala voluntad, mientras desde hace veinte siglos procede y se extiende por nuevas tierras, se detiene, retrocede y hasta muere en otras. ¿Es un pecado sólo de estos tiempos? No; es un pecado de todos los tiempos, más o menos totalmente, más o menos profundamente; y hubo desviaciones, altos, separaciones y también "*muerte"* en los sarmientos que constituyen toda la mística Vid. Tales cambios fueron de diferentes tipos y, cuanto más pasaban los siglos, más graves se hacían la desviación y la defección* de los sarmientos de la Vid. Ahora es el tiempo de la Negación.

Mas Juan vio todas estas cosas. Las vio anticipadamente. Las vio en las siete iglesias de aquel entonces. Las vio anticipadamente en las iglesias de hoy, de las que las siete iglesias de entonces eran no sólo verdad sino también símbolo. Y también vio anticipadamente el horror actual: el horror de la Negación en demasiados lugares y en demasiados espíritus. Y vio anticipadamente el extremo horror: el tiempo del Anticristo.

Lo vio todo a través de la primera visión. La consecuencia última es fruto de la primera consecuencia. Se repite por ciclos de edad y crece cada vez más cuanto más ha crecido la Iglesia. También esto es una dolorosa lógica, porque el anticristo odia y se opone a Cristo cuanto más aumenta la afirmación y el triunfo de Cristo en los santos. ¿Es que el Cuerpo místico vence las batallas? Entonces el Anticristo aumenta su potencia y propone otros ataques más atroces porque, si

* defección = Acción de separarse con deslealtad de la causa o parcialidad a que se pertenecía.

Cristo quiere triunfar (como es justo), también el Anticristo quiere triunfar y, para vencer y abatir a Cristo, su violencia crece cuanto más triunfa Cristo. ¡Oh!, ¡no podrá hacerlo! Cristo es el vencedor. Más él espera y le tienta. Y, al no poder obtener su victoria colectiva sobre todo el pueblo de Dios, se toma sus victorias individuales o nacionales, descarriando intelectos y poseyendo espíritus, arrancando pueblos a la Iglesia.

Las siete iglesias habían sido fundadas hacía poco tiempo y las habían fundado los que habían sido enviados directamente por Dios para fundarlas: "Id a instruir a todas las gentes" (Mateo 28, 19), tras haber recibido, según la divina promesa, al Espíritu Santo que *"les recordaría todas las cosas y les enseñaría todas las verdades"* (Juan 14, 26) de modo que le comprendieran, es decir, haciéndoles capaces de entender las cosas más elevadas a fin de que, "revestidos de poder desde lo alto" (Lucas 24, 49), fueran capaces de ser los fundadores de algo tan elevado como el Reino de Dios entre los hombres. Y, a pesar de ello, en muchas de esas iglesias ya se había formado la imperfección, y aún más que la imperfección, porque espiritualmente ya estaba en acto el Adversario o Anticristo y ya obraba para corromper y destruir las fortalezas espirituales del Reino de Dios creando discordia entre sus miembros, insinuando sutiles herejías, suscitando necias soberbias, aconsejando viles compromisos entre la conciencia y las leyes de la carne, aconsejando las restricciones mentales (que son odiosas a Dios, porque su lenguaje consiste en el "sí, sí, no, no" y quiere que éste sea también el lenguaje de sus hijos y fieles), enfriando la caridad, aumentando el amor por la existencia terrena y por las riquezas y honores materiales.

Éstas son las obras del Adversario, incansable en trabajar para intentar vencer a Dios y en destruir todo lo que Él ha creado, aprovechando todo lo que puede ayudarle y que los mismos hombres le proporcionan, ya sea por propia imperfección o por la reacción provocada por las acciones injustas de los miembros más fuertes hacia los miembros más débiles.

Todo lo que es justo decir debe ser dicho. Faltar a la justicia y a la caridad, que como miel celeste atraen las almas hacia la mística colmena y allí las mantienen fielmente, provoca las reacciones de los miembros heridos, dolor, escándalo y también recelo y separación.

La Iglesia ha sido fundada por la Caridad, y tendría que haber sido siempre caridad perfecta. La Iglesia está alimentada por la Caridad y tendría que dar caridad perfecta a todos sus miembros y, sobre todo, a los débiles y mínimos a fin de alimentarlos y mantenerlos vivos. A la Iglesia se le ha mandado enseñar la

caridad. Mas, ¡ay si esta enseñanza se limita a la letra en lugar de ser practicada en su espíritu!

Vivir en la caridad para que, de este modo, los corderos vivan en ella. Éste es el deber de los pastores, que pretenden que los corderos practiquen la caridad y ¡ay del cordero que no ofrece un amor reverencial, capaz de llegar hasta la renuncia del libre juicio y de la libre acción en las cosas buenas!, juicio y acción que Dios deja al hombre limitándose, en realidad, a decirle lo que es bueno o lo que no lo es y permitiéndole, por lo tanto, la más amplia libertad. Mas, si los corderos advierten que los pastores pretenden la caridad mientras que se la niegan a los corderos, ¿qué sucede? Sucede que por un corazón que no se abre a las infinitas necesidades de las almas –estoy hablando de los corazones pastorales- las almas se dirigen hacia otro lado, van a golpeara otras puertas y, a veces, son puertas que se abren a las necesidades materiales y dan pan, vestidos, medicinas, consejos, ayudas para encontrar un trabajo, para que el rico, duro de corazón, no les eche de casa, pero que también quitan de los corazones religión y justicia. Sucede así. Y por un pan, un vestido, un techo, una ayuda a fin de restablecer la justicia para con un perseguido, un alma o más de una, abandonan el redil, las pasturas, la vía de Dios, y van hacia otras pasturas y por otras vías: materiales las primeras y anticristianas las segundas.

En el desarrollo a través de los siglos de la mística Vid se han producido separaciones incluso de tallos principales. Muchas fueron las causas de ello y no todas provienen de la espontánea rebelión de los miembros, sino también de la rebelión provocada por un rigor sin caridad, y por un rigor sin justicia, que impone a los demás cargar con los pesos que ellos no llevan. Por este motivo, Israel conoció guerras intestinas y cismas. Por este motivo, los humildes siguieron a Cristo. Por este motivo, aún hoy algunos miembros se separan o, por lo menos, se quedan perplejos o van a parar en el escándalo.

Observemos las siete iglesias *de aquel entonces*, tal como las vio Juan y como sintió que las juzgaba el Juez eterno. Veremos ya en acción en ellas lo que después, de modo cada vez más amplio, estuvo y está en acción en las iglesias o religiones llamadas “cristianas”, pero no cristianas católicas, o sea, las iglesias separadas.

Han creado para sí mismas una constitución humana conservando de la *verdadera* Iglesia sólo lo que les agradaba conservar para poder definirse “cristianas”. Mas ser cristianos no quiere decir solamente rezarle a Cristo y, de un modo cualquiera predicar su doctrina; no quiere decir ser más rigurosos que los verdaderos católicos en ciertas cosas. También los sacerdotes, los escribas, los

fariseos en tiempos de Jesús entre los hombres, le rezaban a Dios, predicaban su doctrina, eran rígidos en el servicio formal de Dios. Y, sin embargo, y salvo raras excepciones, eso no les hizo cristianos" sino que, por el contrario, les hizo "anticristianos".

Ser cristianos significa formar parte del Cuerpo místico perteneciendo a la Iglesia de Roma, como católicos, perteneciendo a Cristo *por vivir verdaderamente* como Él enseñó y mandó vivir. De lo contrario, no se es cristiano realmente, ni siquiera si se es católico por haber recibido el Bautismo según el rito de la Iglesia de Roma y los demás sacramentos y no se ha caído o permanecido en una culpa grave o no se ha llegado a renegar la fe o a participar de sectas condenadas por la Iglesia o a pertenecer a partidos políticos también condenados porque son justamente condenables; no se es verdadero católico, realmente cristiano, cuando *no se vive* la vida cristiana, cuando no se honra a Dios con un culto interior *vivo y siempre* – aun en la intimidad de la casa- *y siempre presente* también en el trabajo intelectual o manual que se debe efectuar, *siempre activo* también en las relaciones sociales que deben mantenerse continuamente con todos nuestros prójimos, más o menos unidos a nosotros por lazos de sangre o de relaciones sociales.

No se es verdadero católico y real cristiano cuando se practica solamente un culto exterior y formal para ser alabados, o solamente un culto interior para no ser burlados como santurrones o por no padecer un daño material. No se es verdadero católico y real cristiano cuando no se intenta practicar las virtudes lo más perfectamente posible, hasta el heroísmo si es necesario; cuando no se practica lo que es definido "cumplimiento de la ley: *la caridad".* De la que derivan las obras de misericordia; cuando no se intenta quitarse las costumbres viciosas que son la causa del pecar; cuando se peca contra el Espíritu Santo, dudando de la Misericordia divina que perdona al que se arrepiente, presumiendo poder salvarse por sí mismos, negando las luminosas verdades de la Fe, o burlándose de ellas (y no sólo en cuanto a las primeras y principales, sino en todo lo que está contenido en el Credo y definido por los dogmas antiguos y recientes), nutriendo envidia hacia los justos, permaneciendo obstinadamente como pecadores e impenitentes, cuando se daña al prójimo en su vida o solamente en su salud corporal, o en el honor; cuando se pisotea el orden de la naturaleza al cumplir actos abominables que los mismos animales no cumplen *con culpa total* porque no tienen ni razón ni conciencia, oprimiendo a los pobres, practicando usuras que son motivo de ganancias ilícitas, explotando más allá de toda medida al que trabaja y negándole un salario *justo.*

Cuando se vive de este modo, son merecidos los juicios severos que profirió Jesús contra los escribas, los fariseos y los mercantes del Templo. ¡Qué oportuno sería que muy frecuentemente se leyeran, se releyeran y se meditaran en el Evangelio –que tendría que ser el libro leído *cotidianamente* por todo cristiano, frase por frase, meditando acerca de esas verdades que dan la Vida- los puntos en que Jesús aclara donde hay verdadera vida religiosa y dónde hay sólo una apariencia o mentira de vida religiosa! Sería oportuno que uno se examinara a sí mismo, se comparara con el fariseo y el publicano, con el fariseo y la pecadora, con el levita y el buen samaritano, y meditara acerca de los ricos que arrojaban el excedente de sus riquezas en el gazofilacio* y acerca de la viuda que arrojaba allí "lo que tenía para vivir" y poder ver así a qué categoría se pertenece. Y si uno ve que pertenece a la categoría que observa solamente un culto exterior, debe arrepentirse, convertirse en verdadero discípulo del Maestro, en verdadero hijo de Dios y hermano de Cristo, o sea, *en cristiano de nombre y aún más de hecho.*

De lo contrario, uno llevará el nombre de cristiano pero no será uno de los sarmientos que Él alimenta. Será un tallo arrancado que, aunque no se haya secado del todo porque una natural tendencia al Bien le lleva a obrar como justo, es un ramo que se ha vuelto a plantar *por sí mismo,* con soberbia, de modo que ha formado una planta aparte, que da labrusca[3] y no uva buena. Para volver a ser tal, tendrá qué ser injertado de nuevo en la verdadera Vid, en la única y verdadera Vid que les permite dar a los sarmientos frutos copiosos y santos.

Esto vale tanto para cada uno de los sarmientos individuales como para los que forman una vid aparte, o sea, las iglesias separadas que, por estar separadas y porque han proclamado una constitución propia, ideada por su fundador –es decir, un hombre y no el Hombre-Dios- no pueden tener esa totalidad de vida espiritual que sólo la pertenencia al Cuerpo místico mantiene y que preserva de separaciones cada vez más grandes, no sólo del Cuerpo místico en sí mismo, sino de la Verdad y la Luz que hacen seguro el camino que conduce de la Iglesia terrenal a la celestial.

Hoy se ve más claro que nunca que el no pertenecer al Cuerpo místico produce también el decaimiento de la justicia. La separación se ahonda porque algunas iglesias separadas no sólo se limitan a no rendir obsequio ni obediencia al Supremo Pastor; no sólo se permiten elevar sus protestas cuando el Pontífice, iluminado por la luz divina, habla y define nuevas verdades; no sólo, aun pretendiendo querer servir a Cristo, le arrebatan o intentan arrebatarle criaturas

* gazofilacio = Lugar donde se recogían las limosnas, rentas y riquezas del templo de Jerusalén.
[3] labrusca = Vid silvestre.

que le pertenecen, que son de *su Redil* y que ellos, los separados, tratan de llevar al propio, a otros prados donde no todo es bueno, especialmente la parte principal. No sólo efectúan todo esto, sino que (eso es lo monstruoso) se ponen a celebrar al Anticristo, a la Bestia, y a aprobar su ideología.

Mas también esto está dicho: "Y la tierra entera seguía maravillada a la Bestia" (Apocalipsis 13, 3), aún viendo que ésta, para obedecer al dragón del que le proviene todo el poder, "hace la guerra a los santos y les vence (materialmente)" (Apocalipsis 13, 7). Hace la guerra a los santos, o sea, a todos los que adoran al verdadero Dios y permanecen fieles a Él y aman con todo su ser al Hijo del Hombre y de la Mujer y aman a la Mujer que fue Tabernáculo para Dios y también su Loa Sempiterna, Imagen y Semejanza perfecta de Dios. Lo es no como lo somos nosotros desde que la funesta herencia de Adán mancilló y debilitó en nosotros la divina semejanza; no como eran Adán y Eva antes de la culpa, es decir, dos inocentes, dos hijos de Dios, con los cuales el Creador mantenía coloquios cuya verdadera forma es un misterio, pero que no por eso deben ponerse en dudas (Génesis 1, 28-30; 2, 16; 3, 9-11. 13. 16-19.21), dos predestinados a vivir de la beatitud y en la beatitud de la visión de Dios para siempre. No, María no es así. María fue modelada por la Mano divina para que fuera "la forma para el Dios encarnado", que era la perfectísima Imagen del Padre: "Quien me ve a Mí, ve también a mi Padre" (Juan 14, 9). María, con quien Dios Uno y Trino siempre tuvo coloquios como los que se mantienen con una verdadera Hija, Esposa y Madre; María, que estuvo aferrada constantemente a su Señor con todas sus facultades, fue y es el purísimo Espejo en el que aparece la Imagen de Dios, suprema Belleza y Perfección, por lo que el que contempla a María ve todo lo que constituye la indescriptible Belleza que sumerge en los abismos de la bienaventuranza a los eternos ciudadanos del Cielo.

María es la criatura que es nuestra hermana porque nació humana; es la criatura divinizada de la que podemos ser espirituales hermanas *menores*, con sólo quererlo; es la obra maestra de Dios Creador de los hombres; es el signo, la medida, la forma sensible de todo lo que Dios destinó, *desde siempre*, a los hombres que viven como hijos de Dios.

La creencia del hombre en la resurrección de la carne y en la coparticipación de la carne resucitada en el gozo del espíritu bienaventurado es imperfecta; el hombre es incapaz de creer en esta verdad o, por lo menos, duda de ella y no está persuadido aún de la Resurrección de Jesucristo, porque dice: "Él era Dios y por lo tanto…". Mas ante la verdad establecida de la Asunción de María en cuerpo y alma al Cielo, ya no puede dudar. Su mente cuenta con un medio que,

poderosamente, le lleva a creer en la resurrección de la carne y en la coparticipación de la misma en el gozo eterno del espíritu.

Jesús es el que nos revela al Padre Dios. María es la que nos revela la suerte bienaventurada de los hijos de Dios. Jesús es el que, como Maestro, nos ha enseñado a vivir como hijos de Dios. María es la que nos ha mostrado prácticamente cómo se vive para ser hijos de Dios. Y los hombres que tienen dificultad en seguir el Evangelio y dicen: "Él podía hacerlo porque era Dios, y también alguno de sus elegidos puede hacerlo porque Dios-Jesús le da dones especiales", al ver la vida, el modo de vivir de María desde que abrió los ojos a la luz (porque en Ella, plena de gracia, no existió nunca ese estado de ignorancia, común a todos los recién nacidos, considerados, por lo tanto, irresponsables en cuanto a las propias acciones antes del uso de la razón), pueden persuadirse de que vivir como hijos de Dios les es posible a *todos* los nacidos de mujer o mejor, a todos los creados por Dios, con solo querer vivir como criaturas divinizadas.

Y a esta afirmación no se debe oponer la objeción: "María era inmune a la Culpa y a los estímulos". También Eva lo estaba. Es más: era *Inocente en un mundo inocente, reina en un mundo que estaba sometido a ella, única criatura superior* junto con su hombre, dotada de inteligencia, de gracia, de conciencia, dueña del universo sensible, guiada por la Voz de Dios. Sin embargo, cedió a la primera tentación, mientras no cedieron numerosas almas, a pesar de estar manchadas por la Culpa, ni tampoco muchas criaturas, a pesar de sentir en sí los estímulos, esa terrible "ley de la carne" que hizo gemir a Pablo, a Agustín y a muchos otros que ahora son santos y santas en el Cielo.

María, al igual que Jesús, no pecó nunca, de ningún modo, en ningún aspecto, ni siquiera con la lógica, natural y justa reacción de una madre que ve torturar a matar a su Hijo, ni cometió pecado contra la caridad o contra cualquier otra virtud. No quiso pecar. Y no pecó. De seguro, Dios obró de manera misteriosa en Ella, de modo que ni siquiera la más pequeña imperfección -¡qué digo! Ni siquiera la sombra, el germen de una imperfección- altera la pureza y la perfecta santidad de la Toda Bella. Mas también es seguro que María secundó *con todas sus facultades y voluntad* la Voluntad que Dios manifestaba hacia Ella.

Dios no hizo de María una esclava que no puede dejar de obedecer al amo que la gobierna, sino una Reina, *su Reina*, a la que se le envía como embajador un arcángel para que le anuncie el propósito de Dios, el propósito que se cumple sólo cuando María, espontáneamente dice: "Hágase según tu palabra".

El mismo arcángel había manifestado al sacerdote Zacarías otra maternidad prodigiosa por estar fuera de las leyes naturales, dada la edad de los esposos y la

esterilidad de la futura madre. Mas éste, a pesar de ser sacerdote y estar en la plenitud de sus funciones sacerdotales ante el Santo de los Santos, dudó del poder y la misericordia de Dios y de la verdad de las palabras angélicas, y por eso fue castigado.

He aquí la diferencia entre justicia y perfección de la justicia. En María hay fe y absoluta obediencia a pesar de que el prodigio era incomparablemente mayor. En Zacarías no las hay. ¿Por qué sucede esto? Porque, si bien es verdad que María era la Mujer y la Palabra de Dios tenía necesidad de la Mujer para conformarse en la Carne humana, también es verdad que era la Mujer tan despojada de humanidad natural y tan exuberante de índole sobrenatural, que ya no tenía ninguno de los lazos y de los obstáculos que imposibilitan o sobrecargan la facultad de la criatura de seguir la Voluntad de Dios, El cual puede cumplir las obras más grandes de su Omnipotencia en ese terreno del *yo* despojado de todo lo que constituye un obstáculo para las acciones divinas.

"La Tierra seguirá a la Bestia y dará la muerte a los santos que no adoren a la Bestia de la Tierra" (Apocalipsis 13). Es la primera de las manifestaciones del Anticristo, que es "de la tierra" porque niega a Dios, niega todo lo que se refiere a Dios, porque idolatra lo que no es Dios o, más aún, lo que está contra Dios, y suprime la ley divina sustituyéndola con la suya, que ya ni es una ley moral natural, y hasta intentando borrar en las criaturas el recuerdo de la misma y humillando y matando al que no quiere volverse malvado, impío y contrario a Dios.

La Bestia devora los corderos para arrebatar a Dios cuantos más hijos suyos puede. Y, a pesar de ello, ese tiempo ve el horror de ministros pertenecientes a iglesias separadas –y que, a pesar de todo, quieren definirse "cristianas"- que se adhieren obsequiosamente a las palabras y a la voluntad de la Bestia de la Tierra, ese monstruo que combate a Cristo; ministros que veneran a ese ídolo ideológico, corruptor y despiadado, sin estar obligados a ello como, en cambio, lo están los que son súbditos del lugar en que reina, y sin reflexionar que, si reinara en todas partes, también ellos tarde o temprano serían devorados, torturados, privados de las más sagradas libertades del individuo libre, hasta de la libertad de pensamiento. Ya desde hace 20 siglos, Dios ha indicado esas desviaciones y las causas que las originan.

Aquí hay laboriosidad y paciencia, mas "se ha abandonado la primera caridad" y, por eso, se ha vuelto más débil o ha muerto del todo la vida en Dios, porque donde no hay caridad no hay Dios, ni vida de Dios en la persona ni vida de la persona en Dios. *Allí, en cambio, hay amor por las riquezas de la vida,* es

decir, por la salud y la vida, mientras que los que quieren servir a Jesucristo no deben tener amor hacia la vida material, no deben temer y no deben rehuir las persecuciones, sino padecerlas, si es necesario, hasta la muerte, porque así hizo Cristo y porque el que pierde la vida por servirle, le poseerá de manera especial en el Cielo.

En otros lugares, hay quien es débil hacia los culpables de herejía, o de vida y doctrinas imperfectas. Lo hacen para no crearse enemigos. No debe ser así. Cuando en el jardín de la Iglesia militante se ven brotar plantas malvadas o enfermas o que son un mal ejemplo para las otras, es necesario privarlas de las partes afectadas, injertarlas y, si rechazan el injerto que las volvería buenas, también saber cortarlas ya en la misma base. ¡Es mejor una planta menos que veneno para todas! Es mejor ser perseguidos, es mejor quedarse sin amigos, que permitir que los enemigos o los siervos inútiles echen a perder otras almas y que Dios se aleje porque ve que un pastor prefiere la amistad con los cabritos a su santísima amistad.

En otros sitios aún, hay quien cree más en los falsos profetas, esas voces impuras a las que Satanás incita a hablar y que la Ley de la Iglesia condena, como condena igualmente a todos los que, aun siendo católicos, escuchan esas voces satánicas, que hablan por medio de las tablas parlantes o de los espiritistas, voces que hablan para engañar, seducir, desviar, separar de la Iglesia.

Sólo los espíritus de luz son veraces y son buenas guías, mas no vienen nunca -digo *nunca*- por una imposición humana ni necesitan especiales aparatos para manifestarse. Dios los envía *cuando quiere y a quien quiere*. Y son los únicos que dicen la verdad. Las manifestaciones de todos los demás son embustes, porque son manifestaciones de satanismo y Satanás no es sino Mentira. Aunque aparentemente parezcan pronunciar palabras buenas, todo lo que proviene de estas voces siempre está contaminado sutilmente por el error. Hablan para lograr separar de la Iglesia, diciendo que no es necesaria para comunicarse con Dios. Hablan para insinuar teorías falsas sobre la reencarnación, sobre un sistema de evolución de las almas por vidas sucesivas, *que es completamente falso.* Hablan sugiriendo soluciones científicas para las manifestaciones más luminosas de la Omnipotencia divina, que lo creó todo de la nada.

¡Pobre ciencia, que quiere ser sólo "ciencia" y rechaza la Sabiduría! La ciencia puede confirmar la Sabiduría, mas no puede abolirla. Donde logra abolirla, apaga un océano de luz que da consuelo a las almas y a los intelectos humanos.

¡Ay del que apaga esa luz! Ese gesto es semejante al de un enajenado tirano que, por odio o por delirio, debilita y hace polvo una ciudad o un templo. Es el

gesto de los que, por un excesivo amor a la ciencia, casi un culto hacia ella, hacen polvo el edificio de la cándida y simple Fe o, por lo menos muchas partes –las partes principales- de él, sin comprender que lo que hay qué amar, escuchar y creer es la Sabiduría, porque proviene del "Padre de las Luces, en el que no hay variaciones ni sombra de cambio" (Santiago 1, 17), el que es Espíritu de Verdad y Amor y quiere que seamos nutridos de verdad para amar siempre de modo más perfecto y quiere que se vea para conocer mejor, para servir mejor, para amar mejor.

Mas, si se desquician los fundamentos y las paredes maestras de un edificio, ¿éste puede mantenerse en pie? No puede, por supuesto, ¿Y qué sucede cuando, por la humana sed de parecer doctos y modernos, evolucionados de acuerdo con los tiempos, se quitan las piedras angulares a la base del edificio de la fe, considerando que ya no son conformes al momento actual, que son pueriles, inadmisibles, fábulas que ya no pueden ser aceptadas? Sucede que buena parte se derrumba y provoca víctimas, buena parte queda afeado y arruinado, muchos aspectos que eran luminosos y bellos se adornan con humo, lúgubremente, con las pobres luces humanas que, con sus vahos, ofuscan las luces celestes y crean dudas en las almas desconcertadas, dudas que la ciencia no satisface y que la Sabiduría ya no logra destruir y crean vacíos que nada consigue colmar. Un mundo de pura fe se derrumba. Y los escombros de sus silogismos, de sus deducciones e investigaciones no colman el vacío que se ha producido.

Impugnar la verdad conocida es un pecado contra el Espíritu Santo. Se ha dicho que "el Espíritu Santo educador rehuye el engaño, se mantiene alejado de los pensamientos insensatos y se retira cuando se presenta la injusticia" (Sabiduría 1, 5) ¿Y qué injusticia más grande que la de deducir que Dios, el Omnipotente, tuvo qué esperar espontáneas evoluciones para crear su obra maestra, que es el hombre, ¿qué pensamiento más insensato que el del que piensa que Dios fue impotente para crear directamente la obra más bella de su creación?

La verdad acerca de todas las cosas está en el Libro, porque son palabras escritas por inspiración de la Sabiduría, o sea, de Dios. Todo lo demás es engaño, es imaginación, es deducción humana. Sólo uno no se equivoca nunca: Dios. Aun el hombre más santo, o el más docto en cultura humana, siempre puede equivocarse cuando obra o habla *como "hombre"*, es decir, cuando no está animado por el Espíritu Santo, cuando no está iluminado por la Luz-Jesús, cuando aparta del Padre-Dios su mirada y ya no le ve en todas sus obras.

También la ciencia puede ser buena y útil. Dios le ha dado al hombre el intelecto con un buen propósito y para que lo use, pero el 90% de los hombres no

siempre lo usa con un buen fin. Y, entre los científicos, aún más del 90% no lo usan con un buen fin.

¿Por qué lo hacen?, porque, por seguir y perseguir vías y quimeras humanas, pierden de vista a Dios y su Ley. Es así; aunque en apariencia le sirven y le rinden un culto exterior y hasta un relativo culto interior y están convencidos de honrarle, en realidad ya no le ven luminosamente ni ven luminosamente los eternos preceptos de amor. Ya no viven la vida de Dios, que es una vida de amor. Si vivieran esa vida, si vieran luminosamente a Dios y su Ley, ¿cómo podrían emplear su inteligencia para destruir con sus deducciones científicas la fe simple de los "pequeños" y con sus científicos descubrimientos la existencia de tantas vidas humanas, de ciudades enteras?, ¿cómo podrían hasta llegar a debilitar todo el globo terráqueo turbando el equilibrio, *el orden* de los elementos, de las leyes cósmicas, que Dios ha establecido y que desde hace milenios permite que la Tierra viva y produzca vidas vegetales y animales sin salir de su órbita, sin desplazarse de su eje, evitando de ese modo cataclismos apocalípticos?

Pero un delito aun más grande es destruir la fe simple de los "pequeños", es destruir en las masas la persuasión de que Dios es ese Padre amoroso que cuida hasta de los pajaritos y de las flores del campo, que escucha y satisface los pedidos que le hacen sus hijos a través de las plegarias plenas de fe.

¿Cómo puede el hombre creer con simplicidad si, en nombre de la ciencia y con la ayuda de inciertas pruebas científicas, desquiciáis los fundamentos de la Revelación contenida en el Libro? ¿Cómo puede el hombre creer que Dios es poderoso, es amoroso, es un Padre que vela por sus hijos si, a causa de vuestros descubrimientos, el hombre está mortificado por castigos (no, en realidad, no son castigos, porque según todas las leyes humanas se castiga al malvado, mientras que vuestros medios de destrucción se descargan sobre un sinnúmero de gentes no malvadas), si el hombre es torturado hasta enloquecer o morir por el terror o las heridas, si está reducido a no tener ni siquiera la cueva que Dios concede hasta a los animales feroces, ni tampoco los alimentos y el indumentario que les son concedidos a las aves y a las flores del campo?

¡El delito más grande es destruir la fe y la confianza: la fe en las verdades de la Revelación, la confianza en la Bondad y Omnipotencia divinas! La primera destrucción hace que se derrumbe un mundo de cosas creídas que eran un poderoso incentivo para vivir como hijos de Dios y cancela todo un luminoso poema que celebra las infinitas bondades del Señor. La segunda destrucción es causa de que el hombre, desalentado por las experiencias vividas, diga: "¿De qué vale rezar, sacrificarse, vivir como justos si luego, de todos modos, se es

maltratado de este modo?". ¡Así surge la duda y la consiguiente laxitud de la fe, de las costumbres! ¡Así se abandona la plegaria! ¡Así se llega a veces a la desesperación! He aquí los frutos de la ciencia cuando se separa de la Sabiduría.

Son los frutos del maldito árbol de la ciencia, que no son buenos por no haber sido injertados con la Sabiduría. Queréis conocerlo todo, investigarlo todo, explicarlo todo, mas el intelecto del hombre, y especialmente el intelecto del hombre caído, no puede conocerlo todo porque es un intelecto dañado por la Culpa original, un intelecto dañado por la concupiscencia mental. También a Adán, aunque se le había hecho "rey" de toda la creación, se le había impuesto una prohibición: "No comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día en que comas de él, morirás" (Génesis 2, 17). No obedeció, quiso conocerlo todo y murió, primero respecto a la Gracia, y luego en la carne. Aún hoy, demasiada gente al tener de frente los dos árboles –el de la Vida, o sea, Jesús-Redentor-Salvador-Palabra que da la Vida eterna, y el árbol de la ciencia que, por lo general, da fruto de muerte- tiende la mano a éste y no a aquél, gusta de éste y no de aquél, y así se procura la muerte y procura muerte.

¿Toda la ciencia es culpable? No es así. Del mismo modo que ningún hombre es completamente malvado y perennemente malvado, tampoco la ciencia es siempre y completamente malvada y culpable. Hay hombres de ciencia que emplean su saber en obras de bien. Otros que, habiendo descubierto medios homicidas, destruyen los propios descubrimientos y prefieren, de ese modo, renunciar a la gloria humana que recibirían por los mismos, con tal de ahorrar nuevos flagelos a la humanidad. Y hay otros a quienes, por ser verdaderamente cristianos, el estudio científico aumenta la religión, aumenta las virtudes sobrenaturales y morales.

Éstos son bendecidos por Dios y son benefactores de la Humanidad. Y deberían ser imitados por *todos* los demás. En cambio, no es así. Los que son escuchados, tomados como apoyo de sus deducciones, son los otros hombres de ciencia, los que todo lo escrutan y explican *desde un punto de vista humano,* que lo ven todo con su ojos humano, material, que mira hacia abajo, que mira la Tierra y sus secretos, como hacen los animales, y aún peor que ellos porque, en verdad, se diría que los animales, o muchos de ellos, saben alabar las cosas, por lo menos las cosas bellas de la Creación, las cosas buenas, mejor que el hombre y están agradecidos al sol que los calienta, al agua que les quita la sed, a los frutos de la tierra que les quitan el hambre, al hombre que los ama.

El hombre, criatura dotada de razón, de espíritu y de vida sobrenatural, tendría que saber mirar hacia lo alto, al Cielo, a Dios. Tendría que purificar su pupila y su

saber a través de la contemplación de las obras divinas, a través de la convicción que Él las ha hecho, ver el signo incancelable que todas llevan impreso y que es el testimonio de que han sido hechas por Dios.

La religión y la fe, la religión y la caridad, hacen buena la actividad de la investigación humana. Privada de estas fuerzas espirituales, o poseyéndolas en una medida imperfecta, la investigación humana cae en el error –y lleva al error a otros- y en el debilitamiento o la muerte de la fe.

Por parecer *actuales, conformes* con los tiempos (que, a decir verdad, no son precisamente tiempos dignos de elogios), no rechacéis las luces, todas las luces que os llegan directamente de la Revelación, de la Sabiduría, e indirectamente de la sabia investigación de los científicos cristianos que se han elevado a Dios para poder penetrar también en los misterios del mundo, mas haciéndolo con espíritu bueno a fin de conocer la verdad de los mismos, esa verdad que confirma la obra de Dios y le eleva loas a Él. Por parecer actuales y conformes con los tiempos, no toméis para explicar todo lo que existe –que existe únicamente por omnipotencia y obras divinas- esas *"profundidades de Satanás"* (como son llamadas en el Apocalipsis 2, 24) o, por lo menos, *"del mundo",* que no están de acuerdo con la Revelación.

En otras partes aún hay tibieza en servir a Dios y orgullo de sí. La triple concupiscencia triunfa donde deberían reinar las virtudes y vuelve pobres y sin luz a los que son indiferentes y orgullosos. Les hace pobres de todo lo que es necesario para ser justos y de todo lo que es necesario tener para convertir en justos a los propios súbditos. El que es tibio no puede calentar al que está frío. Y quien no tiene luz no puede comunicarla. Y el que es avaro de los grandes dones que Dios le ha dado, no puede enriquecer a sus corderos. Tiene para sí el forraje, permite solamente que su rebaño se apaciente con lo indispensable para no perecer del todo, sin pensar que en el rebaño hay algunos débiles que tienen necesidad de ser nutridos en mayor medida, a veces en enorme medida, para no morir.

Para ser buenos pastores no basta ser santos individualmente, no pecar uno mismo. Es necesario santificar, velar porque otros no pequen y, si se sabe que algún cordero ha pecado y se ha herido mortalmente en el espíritu, no esperar a que venga en busca de curas, sino ir hacia él, curarlo, sanarlo. Y aunque nos rechace, volver una, dos, diez, cien veces, no sólo bajo aspecto del predicador que llama al deber con palabras de reproche, sino también con otros medios: como amigo, como médico, como padre. Y si se sabe que uno está desviándose, no

dejar que las cosas vayan así, sino intervenir con paciencia y dulzura para conducirlo otra vez al buen camino.

El apostolado del sacerdote *no se limita a la Misa cotidiana, a la Confesión, a la explicación evangélica y doctrinal en la iglesia. Hay mucho más que hacer fuera de la iglesia.* Hay qué acercarse a los propios súbditos, llevar la palabra de Dios y de la moral a los lugares donde no se va a la iglesia o se va poco y mal; donde un miembro de la familia, aunque sea uno sólo, no va a la iglesia; donde un miembro de la familia, aunque sea uno sólo, falta a sus deberes de padre, de madre, de esposo, de hijo, de ciudadano, de persona moral.

¡En cuántas familias hay dolores, situaciones penosas, pecados! ¡Cuánto terreno de apostolado hay en estos primeros núcleos de la sociedad humana!, en estas pequeños iglesias en las que, como sacerdotes sin ordenar mas con un deber muy específico, o mejor, con dos deberes muy específicos (continuar la creación procreando y colaborando así con Dios, que crea el alma para cada individuo procreado por el hombre y la mujer, y engendrar nuevos hijos adoptivos para Dios), dos se aman y viven unidos o, por lo menos, tendrían que hacerlo. Mas, a veces, no lo hacen. Recíprocamente faltan a sus deberes de marido y mujer, faltan a sus deberes hacia los hijos, despreocupándose de hacer de ellos *verdaderos* cristianos, dejándoles ir hacia donde no pueden volverse mejores, dándoles malos ejemplos, descuidando su formación religiosa, dejando que se les avecinen y les desvíen malos compañeros y miembros de partidos contrarios a Dios.

Las tierras de la misión no están solamente en África, en América, en Asia o en diferentes archipiélagos. También Europa, también Italia, son tierras de misión para quien tiene espíritu misionero y vista sobrenatural. Todo lugar, desde el mínimo pueblo hasta las grandes ciudades, cada territorio parroquial, cada casa, pueden ser una zona de misión, un lugar donde extirpar la cizaña para sembrar en su lugar el buen trigo, un lugar de saneamiento espiritual, un lugar de reconstrucción en Cristo, reconstrucción del Reino de Dios, en la familia y en sus miembros individuales.

"Vosotros sois la sal de la Tierra y la luz del mundo" (Mateo 5, 13-14). El Maestro, Sabiduría infinita, ha colmado de sal a sus elegidos y les ha dado la facultad de transmitir esa sal, que debe salar, a sus sucesores. El Maestro, verdadera Luz del mundo, ha colmado con su Luz a sus elegidos y les ha dado la orden de iluminar a cada hombre y de transmitir este poder a sus sucesores. Además, como Pontífice eterno, Él sigue infundiendo sal y luz en el Cuerpo místico para que nunca falten en él, aun cuando el escaso entusiasmo de los miembros llegara a producir carestía de sal y de luz.

La Iglesia es “Madre”. ¿Cuál es la madre que, mientras está en el período de gestación, no se nutre y vive de tal modo de dar vida a criaturas sanas? También la Iglesia, con cada uno de sus pastores de grado más o menos alto, debe proveer a sus hijos de las sales que mantienen íntegra y fuerte la vida espiritual.

La Iglesia es la “Esposa de Cristo”, Cristo es el Sol, es el Oriente, es la Estrella de la Mañana, es la Luz infinita. El Esposo dona a la Esposa sus riquezas y propiedades, se las comunica para que Ella las comunique a todos sus miembros, en especial a los que están destinados a iluminar; por eso, sus pastores de grado más o menos alto, deben ser “luz” para iluminar a los corderos.

Mas la luz presupone la llama y la llama el ardor. El incendio se inflama cuando arde y consume. También el apóstol se inflama y, por lo tanto, ilumina y calienta y también enciende, si arde y se consume- Mas si, por temor a consumirse, por temor de ser perseguido por los enemigos de la luz, por temor de trabajar demasiado, permanece indiferente, se vuelve insípido (y las cosas insípidas son rechazadas), se vuelve perezoso, ya no da luz, se apaga como un astro que ha dejado de resplandecer en los cielos, ya no brilla más en su cielo, en el cielo espiritual.

Si luego, a la pérdida de la luz, que proviene de un incendio de caridad, si a dicha perdida, que está causada por el orgullo de sí, se añade el egoísmo, entonces el pastor es un muerto, porque el egoísmo es lo contrario del altruismo, linfa del cristiano: “Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado. Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Juan 15, 12-13); “Si decimos que tenemos comunión con Dios y caminamos en las tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad. Si, en cambio, caminamos en la luz, así como Dios está en la luz, estamos en comunión unos con otros… En el que observa la palabra de Dios, es perfecta la caridad de Dios…” (1 Juan 1, 6-7 y 2, 5); “Si alguien dice: “Yo amo a Dios” y no ama al hermano, es un embustero, porque quien no ama al hermano, a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?” (1 Juan 4, 20).

El cristianismo es caridad, caridad de los poderosos hacia los pequeños, de los pequeños hacia los poderosos; caridad de los superiores hacia los inferiores, siempre caridad. Si no hay caridad, el cristianismo se apaga y le suceden el egoísmo y la indiferencia, la sal se vuelve insípida, el candil no brilla, sólo humea o lo ocultan para que no lo toquen. Y las almas, las pobres almas de los corderos, quedan abandonadas, ya no encuentran calor, luz, sabor, se debilitan, se pierden. ¡Pobres almas que tienen tanta necesidad de ayuda cuanto más débiles son!

Estas faltas, que son vivas e intensas, en las iglesias que ya no están alimentadas por las Aguas vivas que brotan por debajo de los lados del altar del verdadero Templo (Ezequiel 47, 1-2), tampoco están ausentes en la Iglesia verdadera. Santo es su Cuerpo y santísimas son su Cabeza y su Alma. Mas no todos sus miembros son santos, porque el pertenecer más o menos intrínsecamente al Cuerpo no cambia la naturaleza humana del hombre. El hombre debe trabajar constantemente para *regenerarse*, para *recrearse*, para *supercrearse,* a fin de alcanzar la perfección y lograr la semejanza, cuánto más perfecta posible, con Cristo, Jefe de la Iglesia, y con el Espíritu Santo, Alma de la Iglesia. La semejanza con Cristo la obtendrá por medio de una vida de "alter Christus"; la semejanza con el Espíritu Santo la obtendrá por medios de la caridad, la santidad, la pureza, la entereza, la piedad y todo otro atributo propio del Santificador.

Cuanto más los miembros se esfuerzan por ser santos, tanto más triunfa la Iglesia, porque la santidad de los miembros –me refiero a los más selectos- recae sobre los miembros inferiores, los eleva, los enciende, los convierte en instrumentos de santificación y de conversión hacia los miembros casi muertos o ya muertos completamente.

Si el apostolado sacerdotal es como Jesús lo quiso y lo quiere, suscita la enorme fuerza del apostolado laico. Es una fuerza enorme porque penetra con mayor facilidad por todas partes. En las familias, en las fábricas, en las diversas categorías profesionales, puede acercarse a los que han sido pervertidos por los jefes del partido, o por perversiones psicofísicas; puede desmantelar castillos de mentiras; puede destruir los falsos espejismos suscitados por los siervos del Anticristo, que obran hoy más que nunca hasta ahora en la historia del mundo; pueden neutralizar con la caridad de los hechos y no de las palabras, con la verdad de las acciones y no con las falsas palabras de las más falsas ideologías, el veneno esparcido a escondidas por la astuta serpiente actual, que por ahora se limita a ser "serpiente", a la espera de asumir su último aspecto de Anticristo triunfante por su breve y horrendo triunfo.

Mas si se relaja el espíritu en los miembros superiores, si el apostolado laico no es ayudado plenamente por el sacerdotal, es inevitable que suceda lo que sucedió en Israel cuando, habiendo decaído en la justicia el Templo y la Sinagoga, también las clases escogidas, humanamente, pudieron ser motivo de escándalo, de opresión, de ruina para el pueblo.

Estaba escrito que Cristo tuviera que morir por obra de los Sacerdotes, de los Escribas y de los Fariseos. Mas Dios, al dar el alma a esos sacerdotes, escribas y

fariseos que se iban a oponer a su Verbo hasta hacerle morir en la cruz, no había creado almas especiales de deicidas, de crueles, de injustos, de ávidos de poder, de embusteros. No, había creado para ellos un alma completamente igual a la de todos los hombres. Eran almas iguales por el modo en que habían sido creadas e iguales, más tarde, por la mancha del Pecado original; así como eran iguales para todo Israel la Ley y la Revelación; así como era igual la libre voluntad en los sumos y los mínimos.

Mas la justicia languidecía demasiado en demasiados entre los del Templo y de las Sinagogas y el Templo sagrado se había convertido en una "cueva de ladrones" (Mateo, Marcos, Lucas) y los descendientes de los Asideos, *los degenerados descendientes de los Asideos,* se habían vuelto hipócritas. Éstos habían sido hombres de moral elevada y verdadera, de total fidelidad a la Ley y a la doctrina de Moisés, de nobles sentimientos de amor patrio, por lo que supieron combatir y morir parea salvar a la nación de los prepotentes y los corruptos. En cambio los fariseos eran rigurosos sólo en lo exterior, mientras por dentro y en las sombras eran "sepulcros blanqueados, llenos de podredumbre" y, aunque se definieran "los separados" de la mayor parte, no estaban separados del pecado. También eran como ellos los escribas, que habían deformado la Ley e imposibilitado ponerla en práctica, por haberla recargado de tradiciones establecidas por ellos mismos. Por haber sucedido todo esto, su alma se volvió deicida y usaron su libertad, esa libertad que Dios les había dado, para matar al Hijo de Dios.

¡Matar al Hijo de Dios! ¡Calumniarle! ¡Mostrarle por lo que no era!

Mas, ¿es sólo un pecado de aquel entonces? No, ese pecado existe también hoy. Y si hoy no se alza directamente la mano para abofetear, para torturar, para matar a Cristo, aún se alza sobre Él, que está presente en sus siervos, porque aún hoy es Jesús el que sufre en los que son perseguidos, cualquiera que sea la persecución que padecen.

Personalmente, Saulo de Tarso no mataba a los cristianos, mas "aprobaba su asesinato" (Hechos 8, 1) y "causaba desolación en la Iglesia pues entraba en las casa, se llevaba a hombres y mujeres y les hacía meter en la cárcel" (Hechos 8, 3). Él mismo era un Anticristo en acción; él, que luego sería el Apóstol y el Vaso de elección; él, que luego combatiría tan eficazmente contra el Anticristo, aparecido inmediatamente en las diversas regiones en las que habían surgido las iglesias de Jesús.

Mas, ¿qué le sucedió mientras iba a Damasco "respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del Señor" y provisto de "cartas para las sinagogas

de Damasco, de modo de poder llevar como prisioneros a Jerusalén a todos los de la fe que hubiera encontrado? (Hechos 9, 1-2). Cerca de Damasco se produjo su encuentro con Cristo. ¿Y qué le dijo Cristo? Acaso le preguntó: "¿Por qué persigues a mis siervos?" No, le dijo: ¿Por qué me persigues?".

Jesús era el perseguido. *Jesús es el que sufre la persecución en sus siervos, porque Jesús está en ellos.* En ellos prosigue su Pasión. *Y el que persigue al siervo de Dios, al hijo adoptivo de Dios y hermano de Jesús, vuelve a fustigar a la Palabra del Padre,* a Jesús, el Hijo Unigénito del Padre, que está, como Dios, en el Padre y en los *verdaderos* cristianos.

¿Es un pecado sólo de hoy? No, es un pecado de siempre. Y no siempre los que persiguen a los siervos de Dios y a los más dilectos hermanos de Cristo, son los anticristianos llamados con tantos nombres. No es así. Muchas veces la persecución se debe a los que tendrían que serles de ayuda a éstos. Proviene de los que, por orgullo, no quieren que otros, "los mínimos", se eleven hasta donde ellos no han sido elevados. Proviene de los que, por ser indiferentes, no pueden entender cómo otros son llama fundida por la Llama, es decir, espíritu humano hecho llama por la caridad de Cristo y hacia Cristo, convertido en una sola cosa con el Espíritu de Cristo, en un solo fuego. Proviene del que no recuerda bien, y comprende aún peor, uno de los himnos más bellos que contiene el Evangelio: "Gloria a Ti, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has ocultados estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños" (Mateo 11, 25; Lucas 10, 21). Proviene del que "por motivos personales o por avidez de dones" (Deuteronomio 16, 19) cierra los ojos y falta a la justicia.

Son errores que van unidos a la debilidad del hombre, que sigue siendo "hombre" aunque vista hábitos sacros; errores que han conducido a siervos de Dios a la hoguera o a la cárcel y que aún hoy encadenan (pues aunque no sean cadenas materiales no dejan de ser cadenas) la doble libertad del individuo que su Señor ha elegido como siervo: la libertad del hombre, que es sagrada si no comete hechos punibles, según la ley, contra el estado y contra sus semejantes, y la libertad especial del siervo de Dios para servir a Dios como Él se lo pide.

Antes, mucho antes de Jesús, la voz de los Profetas había predicho que los pueblos que no conocían al Señor iban a convertirse en "su pueblo" en lugar de aquel pueblo que no había querido reconocerle. Y Jesús, muchos siglos después advierte a los suyos que "los Gentiles superarán en cuanto a la justicia a muchos de ellos". Y había dado el ejemplo en el modo de tratar a los Gentiles y a los pecadores para llevarles a la Vía, a la Verdad y a la Vida.

Sin embargo los mismos Apóstoles, aun siendo instruidos directamente por la palabra y el ejemplo del Maestro, debido al orgullo –siempre dispuesto a renacer- de ser "hebreos", tuvieron dificultad en la relación con los Gentiles. El ejemplo de Pedro con el centurión Cornelio (Hechos 10) muestra a todos cómo el orgullo puede retardar la conquista de las almas o hacer que algunas almas no surjan a la Vida. Tuvo qué intervenir Dios por medio de un milagro para persuadir al Apóstol de que "Dios no hace distinción de personas y que en cualquier nación le es grato el que le teme y practica la justicia (Hechos 10, 34-35).

Jesús, y antes que Él los Profetas, habían explicado con claridad la suerte de Cristo. Sin embargo, al llegar la noche del Jueves, aunque estaban fortificados por la purificación y la Eucaristía que les había suministrado el Pontífice eterno, la debilidad humana, que no es anulada por la consagración, les hace huir temerosos y avergonzados, les hace renegar, y es precisamente Pedro, el sucesor de Jesús en el gobierno de la Iglesia, quien le reniega. Y más tarde, aún investido por el Espíritu Santo más de una vez, no dejó de alimentar incomprensiones hacia los hermanos en el ejercicio sacerdotal y fue débil hasta el punto de mantener dos modos de vida (Gálatas 2, 12) por temor de ir al encuentro de críticas o enemistades.

El hombre es hombre. "Como pequeños recién nacidos" (1 Pedro 2, 2), que reclaman la leche espiritual y sincera para crecer y convertirse en "estirpe elegida, real sacerdocio, nación santa, pueblo de Dios", así también Pedro, ya hecho hombre, se hizo santo, heroicamente santo, cada vez más santo, y se convirtió en verdad, en "otro Cristo" mediante una asidua labor. Mas, antes fue "el hombre". Del mismo modo que Pablo fue "el hombre" en el que la ley de la carne luchaba contra la del espíritu (Romanos 7, 23); el hombre que, tras haber sido elevado al tercer cielo, conoció la bofetada del ángel de Satanás, el estímulo de la carne (2 Corintios 12, 7). Así como "hombres" fueron muchos otros siervos de Dios, mártires del propio yo, y beatos por haber vencido dicho yo y haberse regenerado en Cristo.

Un día Pedro le preguntó a Jesús: ¿Cuántas veces tendré qué perdonar?". Y Jesús respondió: "Setenta veces siete", es decir, un sinnúmero de veces, porque Jesús sabía que el hombre iba a seguir siendo siempre "el hombre", necesitado de compasión y perdón (siendo propenso a errar), aunque hubiera sido regenerado por la Gracia, aunque hubiera sido nutrido por la Eucaristía, aunque hubiera sido confirmado en la Gracia por la Confirmación, aunque hubiera sido elevado por el Sacerdocio.

Y muy pronto surgieron en el seno de la Iglesia separaciones y herejías, debidas a orgullo o indiferencia. He ahí a los gnósticos, a los nicolaítas, a los simonitas, a los bileamitas; y más tarde a los antipapas y la época atribulada de la corte pontificia en Avignon y la aún más atribulada del nepotismo y de todo lo que estuvo unido a ése. La Iglesia, Astro perpetuo, como todos los astros tiene sus fases; llama que no se apaga, como todas las llamas tiene alternativas de ardor y debilidad.

Mas, dado que Jesús, su Cabeza y el Espíritu Santo, su Alma, son eternos y perfectísimos, y que su poder y su voluntad son eternos e infinitos, Ella puede tener momentáneas fases de baja y de debilitamiento, mas no puede caer ni apagarse por completo. Es más, tras una de esas fases, a igual que una persona arrancada a un sopor o reanimada por una poderosa medicina, vuelve a aparecer despierta y vigorosa en su servicio y en su admirable misión universal. Y hay que reconocer que lo que apena ver en Ella –o sea los momentáneos relajamientos o la persecución de los enemigos- es para Ella precisamente la causa de una nueva fase ascendente.

Después de estas palabras, los que tienen un fácil orgullo o los que tienen facilidad para criticar y juzgar a todos menos a sí mismos, dirán: "¡Pero la Iglesia es una cosa sobrenatural! Por lo tanto, su perfección no puede disminuir". Esto dirán los primeros. Y los segundos dirán: "Si fuera como pretenden que sea, sería perfecta en todos sus miembros. En cambio…" y citarán casos y más casos, más o menos reprobables *verdaderamente;* digo *verdaderamente* porque a veces una cosa presenta una apariencia que no es buena y, en el fondo, no es malvada.

Se equivocaban ambos, porque la Iglesia ciertamente es una sociedad o congregación de miembros selectos, regenerados a la Gracia por el Bautismo, confirmados y perfeccionados en las virtudes y en los dones por la Confirmación, nutridos por la Eucaristía, purificados por la absolución derivada de la Penitencia, ayudados en su nueva misión de esposos y procreadores por el Matrimonio o en la otra misión, la de pastores de almas, por la Orden sacra. Además, la Iglesia, como Cuerpo místico, es santa en cuanto a su Cabeza, a su Alma, a su Ley, es santa en su doctrina y en muchos de sus miembros. Esto es cierto. Y tampoco son despreciables sus miembros inferiores, porque muchas veces "los miembros que parecen más débiles son los más necesarios" (1 Corintios 12, 22), porque con su vida humilde, santa, oculta, vivida y sufrida por toda la sociedad de los cristianos contribuyen a aumentar los tesoros espirituales de todo el Cuerpo místico, y también porque "Dios ha dispuesto el Cuerpo de manera de dar mayor honor a los miembros que no lo tenían" (1 Corintios 12, 24). Es decir que, a menudo, Él toma a los santificadores, que son los que con la acción y el ejemplo atraen

innumerables almas a Dios, de entre los que son "los mínimos" en el místico Cuerpo, sin grados ni ordenaciones, pero ricos en justicia porque se identifican con Cristo en todas sus acciones. Sí, por cierto la Iglesia, como sociedad de los fieles verdaderamente tales, es santa a partir de su Santísima Cabeza y nunca esa santidad que, desde la Cabeza desciende y circula por todos sus miembros, podrá cesar completamente. Mas no todos sus miembros son santos, porque el hombre es hombre aunque sea católico y sigue siendo hombre aunque pertenezca a cualquiera de las partes de la Iglesia.

Cuando muchos miembros llegan a ser más "*hombre racional"* que *"hombre divinizado",* se produce en la Iglesia un periodo de baja, del que surge porque Ella misma comprende que es necesario resurgir para poder enfrentar a los enemigos externos e internos, a los enemigos declarados, ya al servicio del Adversario y del Anticristo, y a los enemigos sutiles que desmoronan el edificio de la fe y que, por consiguiente, enfrían la caridad, al querer dar una nueva versión de los misterios y prodigios de Dios a través de esas "profundidades satánicas y del espíritu del mundo", de las que ya hemos hablado.

Que no digan los que tienen un fácil orgullo: "La Iglesia no puede llegar a conocer esto, porque siempre será santa".

Está dicho, tanto por la palabra divina que habló a los Profetas que por la divina y encarnada Palabra del Padre que habló a sus elegidos, que "grandes abominaciones como los celos y horribles abominaciones como la adoración a ídolos humanos (la ciencia exenta de sabiduría es uno de ellos) y, también, la perversión por adorar lo que no es motivo de veneración" sucederán en el Templo (Ezequiel 8, 1-17) y que "después que hayan matado a Cristo y ya no sea suyo el pueblo que le ha de renegar, la ciudad y el santuario serán destruidos por un pueblo que vendrá, cuyo propósito será la devastación, terminada la cual, vendrá la desolación anunciada… y faltarán las hostias y los sacrificios, y en el templo reinará la abominación de la desolación, que durará hasta el final" (Daniel 9, 26-27). Y aún está dicho, como directa confirmación, por parte de la Palabra, de las palabras de los que la anunciaron, es decir, de los profetas: "Cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar santo… la tribulación será grande, como nunca lo fue desde el principio de los siglos… y tras la tribulación… verán al Hijo del Hombre" (Mateo 24, 15. 21. 29-30). Y la caridad que se enfriará en demasiados corazones será uno de los signos precursores del final (Mateo 24, 12).

Está dicho y sucederá. ¡Abrid los ojos del espíritu, para leer las predicciones del Cielo! Si los abrís, leeréis la verdad, y veréis cuáles son los verdaderos signos del final y de qué modo éste ya está en acto.

Para El que es eterno, un siglo es menos que un minuto. Por lo tanto, no está dicho que sea mañana. Mas, si aún es largo el camino para que todo se cumpla, los hechos que están sucediendo os dicen que ya ha comenzado el proceso final.

Las cosas preparatorias son las grandes abominaciones, o sea, los celos donde debería haber sólo caridad fraterna, el exceso de amor hacia la ciencia humana donde debería haber sólo amor fiel hacia la Sabiduría, fuente de la Revelación, acuerdos entre los que produce una utilidad terrena y lo que da una utilidad sobrenatural para obtener una utilidad inmediata, Cristo aniquilado en demasiadas almas, una excesiva parte de su pueblo que reniega a su Salvador.

Luego está "el pueblo que vendrá" con el propósito de devastar. Otro profeta dijo: "Cuando el pueblo del norte… Un gran estrépito desde las tierras del norte… He aquí que llegan del norte…" (Jeremías 6, 22; 10, 22; 50, 41).

Ambas predicciones son tan claras que basta alzar los ojos, y saber ver, *y querer ver*, para entender.

¿Qué devastará ese pueblo? ¡Oh!, no devastará solamente los edificios y los pueblos. Devastará sobre todo la fe, la moral, las almas. Y no todas las almas devastadas serán almas comunes. Y, al no poder tener ya libertad de culto y temiendo mucho ser apresados por ello, faltarán las hostias y los sacrificios. En efecto, aunque todavía no estén en acto la devastación y la persecución, muchos reniegan la vía ya elegida, porque la abominación se expande como pérfida grama y la caridad se enfría mientras surgen los falsos profetas de que habla Cristo (Mateo 24) y Pablo (2 Tesalonicenses 2).

Por ahora se trata sólo de ésos. Pero luego vendrá el que por ellos está anticipado: el Anticristo, al que ellos ya habrán preparado el camino debilitando la caridad, así como el Bautista había preparado el camino a Cristo enseñando la caridad –de la que estaba colmado, ya que estaba "lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre" (Lucas 1, 15)- como medio indispensable para poder unirse a Cristo y vivir la vida de Dios. (Acerca de las enseñanzas de caridad del Bautista, véase Lucas 3, 10-14).

En verdad, la caridad es el lazo que mantiene unida la comunidad católica a Dios y a los hermanos. Está en la caridad y proviene de la caridad la unión y el alimento de las almas y su santificación y la de las nuevas almas que van llegando siempre. Si falta la caridad, la sustituye el amor propio. Y la diferencia entre los dos amores es ésta.

El amor santo y verdadero, ordenado y aconsejado por Dios, es búsqueda de Dios, es reconocimiento de su omnipotencia visible en todas las cosas, es elevación a Dios. Y para alcanzar esta elevación, le sirve todo al que lleva en sí la

caridad, que es piedad activa para todas las necesidades del prójimo, porque en cada prójimo la caridad nos hace ver a un hermano, y en él sentimos a Jesús, a Jesús que sufre por los sufrimientos del pobre, del enfermo, del perseguido, o que sufre porque un hijo del Padre está convirtiéndose en un hijo pródigo que deja la casa del Padre para ir en busca de un falso bienestar, o que sufre porque uno duda tener un Padre y, para que no caiga en la desolación y en el pecado, hay que persuadirle de que existe un Padre sumamente bueno.

En cambio, el amor propio es búsqueda de sí mismos, es sucesivo amor hacia sí mismos, es una acción cumplida para glorificarse a sí mismos ante los ojos del mundo. Por lo tanto, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida y, de esa planta con tres ramas, derivan luego la vanagloria, la dureza de corazón, la soberbia, las ansias de alabanzas humanas, la hipocresía, el espíritu del dominio, la convicción de saberse guiar por sí mismos, sacudiéndose de encima todas las disposiciones o consejos del Amor y de quien habla en nombre del Amor.

Se creen libres, se creen reyes porque, según ellos, nadie es mejor que ellos; porque, siempre según ellos, ya están instalados en las cumbres del saber y del poder. En cambio, son esclavos como no lo es ningún otro. Son esclavos de sí mismos, del enemigo de Dios, y de los siervos del enemigo de Dios. Son esclavos, siervos, desnudos, ciegos. Son esclavos de sí mismos, y siervos o esclavos del enemigo y de los enemigos de Dios. Están privados de las vestiduras ornadas, de las vestiduras de las bodas con la Sabiduría, de las vestiduras cándidas para el convite en los Cielos y para seguir cantando hosannas al Cordero. Están ciegos o, por lo menos, miopes, porque han arruinado su vista espiritual con inútiles investigaciones humanas.

Se convierten en esto, por haber renunciado a la primogenitura, o sea, a la prole más alta, la de Dios, a cambio de un mísero plato de lentejas, que es alimento terreno. Es un plato de lentejas la sustitución de las obras sapienciales, sobrenaturales y, sobre todo, de la Gran Revelación, que debe ser aceptada y creída sin ambages. Es un plato de lentejas sustituir todo esto por libros científicos que, por perfectos que sean, siempre son libros escritos por un hombre. Por eso, dichos libros podrán parecer más claros y, por cierto, más comprensibles al que sólo sabe leer al pie de la letra, quedarse en la superficie de las cosas; al que, debido a sus propios límites no puede ir más allá. Mas esos libros no transforman al hombre. No le elevan. En cambio los libros inspirados, los libros cuyo Autor es Dios, son, para quien sabe leerlos, un medio de transformación y unión en Dios y con Dios y un medio de elevación.

Todo lo que proviene de Dios es un medio de elevación, de transformación y de una unión con Dios más íntima. Los mismos milagros, aun de índole diversa –milagros que implican la cura de cuerpos y de espíritus y, en especial, estas últimoa- son un medio de transformación y unión con Dios. ¡Cuántos, incrédulos o pecadores, pudieron ser convertidos en creyentes y redimidos por el prodigio de un milagro!

No se debe negar el milagro por obsequio al racionalismo. No se debe negar el milagro de la Creación ni tampoco el de la cura del alma o de la carne. La materia fue extraída de la nada y ordenada para su finalidad particular por Dios. Un alma muerta o enferma por una incurable enfermedad espiritual fue sanada *por Dios*, con este o aquel medio, mas siempre por Dios. Un cuerpo condenado a morir puede ser sanado *por Dios*, siempre por Dios, aunque Él se valga de una aparición o de un justo para convertir y sanar un espíritu o de la particular confianza en un santo para sanar una carne.

Que los racionalistas sepan ver. La razón es una gran cosa. Ser una criatura racional es una gran cosa. Mas el espíritu es una cosa más grande. Y aún más grande es ser una criatura espiritual, es decir, una criatura que sabe que tiene un espíritu y que lo pone en primer lugar como rey de su yo y como cosa selecta sobre todas las otras porque, si la razón le ayuda al hombre a ser hombre y no bruto, cuando el espíritu es rey en el yo, hace del hombre el hijo adoptivo de Dios, le da la semejanza con Él, le permite participar de su Divinidad y de sus bienes eternos. Por lo tanto, que predomine el espíritu sobre la razón y sobre la carne o humanidad. Y que no reine el racionalismo que niega o que quiere explicar lo que debe ser creído por fe y que, al ser explicado, o mejor, al intentar ser explicado, es dañado y también es dañada, hasta hacerla morir, la fe.

Que los racionalistas sepan ver. Que depongan las lentes opacas del racionalismo. No les servirán. Aún peor: harán ver alteradas las verdades, del mismo modo que una lente no apta para un ojo debilitado, sólo sirve para ver aún peor. El que propende* al racionalismo ya es un ser debilitado en la vista espiritual. Y luego, cuando lo elige definitivamente, se pone lentes inadecuados para su vista debilitada y ve completamente mal. Que sepan ver, ver bien y el Bien, ver a Dios en su continuo y perfecto obrar manteniendo la Creación, que tuvo vida por su Voluntad, aportando salud y vida donde ya había muerte cierta.

Los que quieren explicar la Creación y la vida como autogénesis y poligénesis, ¿cómo pueden negar que el Omnipotente pueda menos de lo que no era ni siquiera materia sino solo caos y pudo crear al principio y luego eran cosas

* propender = Dicho de una persona: Inclinarse por naturaleza, por afición o por otro motivo, hacia algo en particular.

limitadas e imperfectas? ¿Es lógico, puramente lógico y razonable, que pueda admitirse el milagro del caos que se ordena por sí mismo y por sí mismo genera la célula, y la célula se desarrolla en la especie y esa especie en otras siempre más perfectas y numerosas, mientras se establece que Dios no pudo hacer por Sí mismo toda la creación? ¿Es lógico y razonable sostener la evolución de la especie, o mejor, de una *determinada* especie, hasta la forma animal más perfecta por estar dotada de palabra y razón, así sea sólo de éstas, cuando se ve desde hace milenios que cada criatura animal no ha adquirido ni razón ni palabra, aun conviviendo con el hombre?

Desde hace milenios, todos los animales son tal como fueron hechos. Se habrá producido una disminución estructural de tamaño, se habrán producido cruces por los que, de las primitivas razas creadas, han nacido otras razas híbridas. Mas a lo largo de épocas y milenios, nunca se vio que el toro dejara de ser tal, y así el león y así el perro que, sin embargo, convive con el hombre desde hace tantos siglos. Y tampoco se vio nunca que, con el pasar de los milenios y por sus contactos con el hombre, los monos –que, por cierto, pueden imitar los gestos del hombre pero no aprender el lenguaje- se volvieran hombres o, al menos, animales-hombre. Las mismas criaturas inferiores son las que desmienten, con la evidencia de los hechos, las elucubraciones de los cultores de la ciencia solamente racional. Tal como eran, son. A través de la variedad de las especies testimonian la omnipotencia de Dios. Mas no han evolucionado. Han permanecido tal como eran, con sus instintos, sus leyes naturales, su especial misión, que nunca es inútil aunque en apariencia pueda parecerlo. Dio no hace obras inútiles y completamente nocivas. El mismo veneno de la serpiente es útil y tiene su razón de ser.

Que los racionalistas sepan ver. Que se quiten los lentes del racionalismo científico y vean a la luz de Dios, por medio de la Palabra divina que habló por boca de los patriarcas y profetas del Tiempo antiguo, y de los santos, místicos y contempladores del Tiempo nuevo, a quienes siempre un Único espíritu reveló o recordó cosas ocultas y cosas pasadas que luego, yendo de boca en boca, alteraron su verdad. Que vean, sobre todo, por medio de Jesús, el Maestro de los maestros, la Palabra encarnada y luz del mundo, quien no cambió ni una sílaba de la Revelación contenida en el Libro y que, por el contrario, dado que Él, por ser Omnisciencia y Verdad, lo sabía todo en la entereza de la Verdad, la confirmó y la volvió a la forma primitiva, que es la única verdadera y cuyo significado a veces fue falseado a propósito por los rabinos de Israel.

Querer añadir algo a lo que ha revelado la Sabiduría, a lo que ha transmitido la Tradición, a lo que ha confirmado y explicado la Palabra, es añadir oropeles al

oro. Lo que abre las puertas del Reino de los Cielos no son las fichas de la ciencia, mas son las áureas monedas de la Fe en las verdades reveladas, las áureas monedas de la Esperanza en las promesas eternas, las áureas monedas de la Caridad practicada porque se ha creído y esperado, las que dan a los espíritus de los justos y luego a las carnes y los espíritus de los justos su lugar en la Ciudad eterna de Dios.

Nunca se dirá lo bastante que la ciencia es paja que llena pero no nutre, que es humo que ofusca pero no ilumina, que, si sobrepasa la fe y la sabiduría, es un veneno espiritual que mata, que es cizaña que da el fruto de los falsos profetas de un verbo nuevo y de nuevas teorías que no son ni el verbo divino ni la divina doctrina.

En otro lugar, donde no existe lo que se ha dicho más arriba, *está quien parece vivo y está muerto,* es decir, quien tiene sólo la apariencia de lo que debería ser, quien es completamente semejante a una estatua bella y bien adornada pero insensible, imposibilitada de comunicar a los demás la vida que no posee. Son bocas que hablan porque no pueden callar, pero que no persuaden porque a su palabra le falta la fuerza que convence. Tampoco ellos mismos están convencidos y, por eso, no pueden convencer. Son instrumentos mecánicos que, en cuanto a elocuencia, hablan bien pero que no tienen alma.

Los hubo siempre. Son los de la vocación equivocada. Al principio son entusiastas, pero luego su entusiasmo va apagándose lentamente y no tienen el coraje de retirarse. Es mejor un pastor menos que un pastor que parece vivo y está muerto, o muy próximo a morir, en el espíritu. Su lugar podría ocuparlo uno vivo, para dar vida. Mas un falso respeto, el más falso de los respetos humanos, le impide confesar abiertamente: “Ya no soy capaz y me retiro”.

Los hubo siempre. Su prototipo es Judas de Keriot. Habría sido mejor para él retirarse antes que permanecer y llegar al supremo delito. . El Maestro divino ha dicho: “El que, tras haber tomado en su mano el arado, se vuelve hacia atrás, no es apto para el Reino de Dios”. Y el que no es apto, es mejor que se retire en lugar de hacer perecer a muchos, hacer murmurar a muchos más, y causar daño al Sacerdocio con el escándalo producido.

La multitud generaliza y ve más fácilmente el mal que el bien. Que se retire el que comprende que está muerto para la misión y no permita que la multitud juzgue generalizando y dañando a toda la categoría. Si los ramos destinados a dar linfa a los frutos se vuelven estériles, deben ser cortados, no sólo porque son inútiles sino también porque quitan vigor a la planta solamente para ornarse de pomposas e inútiles hojas.

Siempre hubo en las cosas que Dios creó perfectas, una parte que no supo permanecer así. La primera defección se produjo en el ejército angélico, y es un misterio impenetrable que haya podido suceder en espíritus creados en la gracia, que veían a Dios, conocían su Esencia y sus Atributos, sus obras y sus futuros designios. Sin embargo, se rebelaron, no supieron permanecer en su estado de gracia y, de espíritus de luz que vivían en el gozo y en el conocimiento sobrenatural, se volvieron espíritus de tinieblas que vivían en el horror.

La segunda defección fue la de los Primogénitos y también esa fue algo inexplicable. ¿Cómo pudo suceder que dos inocentes, que gozaban de los innumerables beneficios de Dios y que, por su feliz estado de gracia y por otros dones, estaban en condiciones de conocer y amar a Dios como ningún otro hombre –excepto el Hijo del Hombre y la Madre de Éste, por ser plenos de Inocencia y de Gracia- pudieran escuchar y obedecer al tentador y preferirle, en lugar de escuchar la voz de Dios que les instruía amorosamente y les pedía *una sola* obediencia? Era una fácil obediencia, porque no tenía necesidad de coger *ese fruto* para estar saciados de todo apetito. Lo tenían todo. Dios les había hecho ricos en todo lo que era necesario para ser felices, eran sanos en el cuerpo y en el espíritu. Sin embargo, se rebelaron, desobedecieron, no supieron permanecer en su estado de gracia y, de criaturas que vivían en el gozo y en el conocimiento sobrenatural, pasaron a ser seres infelices en el espíritu, en el corazón, en la mente, en los miembros. Sus miembros padecieron la fatiga de la tarea, su mente se atemorizó por las dificultades del mañana inmediato y del mañana futuro y eterno, el corazón quedó transido* de dolor por el asesinato de un hijo y por la perfidia del otro, su espíritu, ya envuelto en las brumas de la culpa que le impedían comprender las amorosas guías del Padre Creador, se abatió.

La tercera de las misteriosas, inexplicables, grandes defecciones, fue la de Judas de Keriot que espontáneamente había querido ser de Cristo, que por tres años gozó de su amor, se nutrió de su Palabra y que, porque se sintió desilusionado en sus sueños concupiscentes, le vendió por treinta dineros y así pasó de apóstol, es decir, de elegido para la más alta dignidad espiritual, a traidor del Amigo, a deicida y suicida.

Éstas son las defecciones, más grandes pero, si bien menores, las hay siempre, porque el hombre es hombre, porque lo creado nunca es eternamente perfecto como lo es el Creador, excepto el Reino celeste –donde moran sólo los espíritus confirmados en la gracia y ya no sujetos a pecar- y excepto el Hijo del Hombre y su Madre. El primero estaba exceptuado porque era el Dios-Hombre y, por lo

* transido = Fatigado, acongojado o consumido de alguna penalidad, angustia o necesidad.

tanto, así como había unido a su persona de Hombre su Persona de Dios, del mismo modo había unido sus perfecciones divinas a sus perfecciones humanas. La segunda estaba exceptuada porque correspondió a los dones extraordinarios de que Dios la había colmado desde su concepción, con una buena voluntad y una fidelidad que alcanzaron una potencia como no alcanzó ni alcanzará nunca ningún santo.

Que el hombre sea a veces imperfecto no constituye una culpa imperdonable Dios también es Misericordia. También es Paciencia. Espera el arrepentimiento del que yerra y, si dicho arrepentimiento es sincero, perdona. Por lo tanto, todo hombre que cae puede volver a levantarse y puede ser de nuevo justo. Es más: puede ser aún más justo porque, al ser conciente de su debilidad, puede volverse menos orgulloso de sí y más misericordioso hacia sus semejantes en el ministerio o en la suerte de los hombres. Cuando el hombre no rechaza sus llamadas y consejos ni los de otros hermanos suyos más santos que él, Dios logra extraer el bien del mal. Mas, cuando ve que el hombre se obstina en sus imperfecciones y está satisfecho de una inacción que no le lleva ni al bien ni al mal, una inacción que le hace parecer vivo cuando, en realidad, está muerto y que tal conducta provoca la muerte o el debilitamiento de muchos, entonces Dios viene a él "como un ladrón y ni saben a qué hora vendrá a ellos" (Apocalipsis 3, 3).

Dijo el Maestro a los suyos: "Que vuestra cintura esté ceñida y que las lámparas estén encendidas en vuestras manos". No les dijo: "Descansaos, dormid, porque ya bebéis sido elegidos y estáis bien situados". El siervo de Dios es un obrero y Dios quiere que obre en cada hora de su jornada terrena. Y quiere que obre tanto más, cuantos más dones de elección amorosos y especiales, haya recibido de Dios. "A quien mucho se le ha dado, mucho se le reclamará" (Lucas 12, 48). Y ha de obrar según el ejemplo que ha dado el Maestro, un ejemplo de paciencia, de misericordia y de amor incansable porque hay que medir las debilidades de las otras criaturas con la misma medida que uno quisiera que Dios midiese las propias, para no incurrir en el rigor de Dios por haber medido con rigor *hacia los demás.* "Con la medida que usáis para medir, se os medirá y aun con creces" (Marcos 4, 24).

En otro lugar hay todavía poca caridad, practicada de modo heroico, *pero hay fidelidad a la Palabra,* ya sea personalmente, ya sea en el obrar para que otros le sean fieles o se vuelvan fieles y también constancia en confesar el Nombre del Señor aun delante de burladores o enemigos del catolicismo que, más que perseguidores, son opositores, descarriados, seres que ignoran ese Nombre y a El que lo lleva, todos los que pertenecen a la "sinagoga de Satanás" (Apocalipsis 3, 9) o a la del mundo, porque no han sido instruidos en la Verdad, no han sido

instruidos con paciencia y amor, según el espíritu del Evangelio, de Jesús su Autor y de la Iglesia Romana, su Guardiana y Dispensadora.

Son almas que están en las tinieblas pero que tienden instintivamente a la Luz. Son almas que están en el error de un culto idólatra o separado, pero que tienden instintivamente a la Verdad. Son almas que, por su propia índole tienden al Bien y por eso pertenecen, aun sin saberlo, al alma de la Iglesias por lo tanto, les basta una mano, una palabra, una ayuda apostólicamente fraterna, para convertirse en miembros vivos del Cuerpo místico y en adoradores del Dios verdadero.

Ahora bien, dado que es seguro que quien salva o da vida aunque sea a una sola alma, salva la propia y le da el premio de la Vida eterna (porque Dios le queda reconocido infinitamente al que le dona un hijo), es seguro igualmente que Dios le perdonará mucho al que se ingenie para hacer entrar muchas almas en las vías del Señor –las vías que conducen al Cielo- manteniendo abierta la puerta de la misericordia, de la verdad, de la sabiduría, es decir, el Evangelio, de modo que todos los que quieran entrar, tras la invitación del ministro de Dios, estén facilitados para hacerlo.

Por lo tanto, de esta reseña y comparación entre las siete iglesias de entonces y el estado actual de las diversas religiones e iglesias, se desprende la admonición y la incitación *a no dejar morir* la caridad; a *no seguir* doctrinas humanas –demasiado semejantes a la de Balaán- que son motivo de escándalo por lo que se refiere a los pequeños, y de envenenamiento y fornicación espiritual por lo que se refiere a los grandes; *a combatir* a todos y a quienquiera que se ocupe de hechos tenebrosos o frecuente personas relacionadas con ellos, fornicando con las potencias del mal y de la mentira y nutriéndose de un alimento mental inmolado u ofrecido a los ídolos de una ciencia y de una curiosidad impuras; *a sacudirse de encima* la apatía y a volver a ser *vivos*, para dar la vida; *a socorrer* a la virtud débil trabajando con todas las fuerzas de que uno dispone para llevar a los demás al conocimiento de Dios y del Evangelio y llevarles, por consiguiente, a la virtud, a fin de que los salvados mismos peroren por su salvador ante el Padre de los Cielos y de todos los hombres; *a arder* para arder, a *resplandecer* para iluminar, *a separarse* de todo lo que es concupiscencia –aunque sólo se refiera a las riquezas, al poder, a la salud y a las tranquilas comodidades humanas- para revestirse de las cosas sobrenaturales y ser libres, sin obstáculos en la tarea apostólica.

Entonces, los que *quisieron* volverse santos, venciendo todo lo contrario a la santidad, recibirán el *"nombre nuevo",* se nutrirán del "árbol de la vida", del "maná oculto", serán vestidos con el "cándido atavío" y coronados con la

"corona" de gloria celeste, se les hará "columna" del Templo eterno y "estarán sentados en el trono" preparado para los vencedores (Apocalipsis 3).

(Apocalipsis 4) La grandeza de la visión aumenta y aumenta la fuerza del éxtasis, porque el vidente ya no está llamado a ver lo que es actual para su tiempo, signo e imagen de lo que, de modos diversos y por diversas causas, va a repetirse luego a través de los siglos, sino cosas sobrenaturales y cosas futuras; éstas últimas las conoce sólo Dios, mientras las sobrenaturales las conocen también los ciudadanos de los Cielos.

Y en una nueva teofanía, que no es del todo igual a la de Ezequiel, ve la gloria del Señor sentado en el trono celeste con aspecto de hombre, mas de hombre doblemente glorificado por ser Dios y por ser el Hombre-Dios, el Santo de los santos, el Santo entre los santos, porque nadie entre los hombres fue santo como el Hijo de Dios. Por lo tanto, es un cuerpo hecho luz, "semejante al relámpago y al fuego" dice Ezequiel; "semejante a la piedra de jaspe y de sardónica" dice Juan; y ambos terminan diciendo: "circundado de un esplendor semejante al arco iris"[4]

También otros profetas habían visto al Hijo de Dios y del hombre, espléndido en sus vestiduras de lino, como si fuera de bronce o de otro metal incandescente, cuando aún era el Verbo en el seno del Padre y debían pasar siglos antes de que Él tomara Carne humana y de que esa Carne, tras el Sacrificio perfecto, ascendiera al Cielo para permanecer allí, como Dios Hombre, Rey eterno, Juez universal, Pontífice y Cordero, Vencedor del Mal, de la Muerte, del Tiempo, de todo lo que existe, porque el Padre le ha dado todos los poderes y primacías.

Mas si los antiguos Profetas no vieron mas que al Hombre Dios, otros, algunos, vieron al Hombre Dios llevado en su trono por sus principales confesores: los 4 evangelistas, cuyo aspecto traducía su índole espiritual. Eran: Mateo, el hombre absolutamente hombre en su pasado y hombre también al describir al Hijo de Dios; Marcos, un león en el predicar a Cristo entre los paganos más aún que en el describir el tiempo de Cristo en su Evangelio, donde quiso, *como verdadero león*, hace resaltar más la figura del divino Taumaturgo que la del Hombre-Mesías como, en cambio, había hecho Mateo. Lo hizo con el fin de asombrar y conquistar, a través del asombro, a los paganos, seducidos siempre por todo lo que aparecía como un prodigio.

Y también era Lucas, paciente y fuerte como el buey en el completar (con búsquedas pacientes también sobre los precedentes de la tarea apostólica

[4] Ezequiel 1, 27-28; Apocalipsis 4, 3.

propiamente dicha realizada por Cristo y sus adeptos) toda la obra de Dios para la salvación de la humanidad, porque esta obra de amor infinito principió con la Concepción inmaculada de María, con la plenitud de la Gracia que a Ella le fue concedida, con la continua comunión de María con su Señor que, como Padre, la creó con una perfección única entre todos los cuerpos de los nacidos de hombre y mujer y que, tras haberla creado, como amadísima Hija suya la colmó con su Luz: el Verbo que se le había revelado en las divinas e íntimas lecciones, por lo que Ella fue Sede de la Sabiduría desde sus más tiernos años, mientras que el Espíritu Santo, que desde siempre ama a los Puros, volcó en Ella los fuegos de su perfectísima caridad y, al hacer de Ella un altar y un arca más santa y dilecta que las del Templo, en Ella halló su reposo e irradió en todo el esplendor de su Gloria.

En los tiempos antiguos, cuando se construyó el Tabernáculo, una nube de fuego lo cubrió día y noche, ya sea que estuviera inmóvil, ya sea que peregrinara hacia la meta; y el pueblo de Dios se detenía o peregrinaba según lo que hacía la nube, que no era más que el testimonio de la gloria del Señor y de su Presencia (Números 9, 15-23).

Al principio del tiempo nuevo, del tiempo de la Gracia, la nube de fuego del Señor –de fuego que embiste y preserva de todo asalto del eterno Adversario, que más que nunca estaba en acción porque advertía que se avecinaba su derrota- cubrió un Tabernáculo mucho más santo, a la espera de cubrirlo aún más para ocultar el misterio máximo de las bodas fecundas entre Dios y la Virgen, cuyo fruto fue la Encarnación del Verbo. Y la gloria del Señor cubrió siempre a la Virgen Inviolada, a la Madre Deípara**, ya sea que se hubiera detenido o que se moviera por la orden divina que la condujo de Nazaret al Templo, del Templo a Nazaret como virgen-esposa y de Nazaret a Hebrón y a Belén como Virgen-Madre, y de Belén a Jerusalén como sostén de la profecía de Simeón, y de Belén a Egipto para proteger a la Odiada por ser madre de Dios, y de Nazaret a Jerusalén para conducirla adonde estaba el Niño con los Doctores, y de Nazaret a este o aquel lugar donde el Hijo-Maestro era perseguido y atormentado, y de Nazaret a Jerusalén y al Gólgota para ser copartícipe en la Redención, y al monte de los Olivos, desde donde el Hijo ascendía al Padre, y del monte de los Olivos al Cielo en el éxtasis final en el que el Fuego aspiraría a Sí a su María, del mismo modo que el sol aspira a sí la pura gota de rocío.

El paciente Lucas es el único que investiga y escribe también lo que puede llamarse el prólogo del Evangelio = anunciación y nos habla de la Virgen, sin la cual y sin cuya absoluta obediencia, no se habría cumplido la redención.

** deípara = Se dice exclusivamente de la Virgen María, por ser madre de Dios

Es propio del buey rumiar lo que ya ha tragado desde hace bastante tiempo. q El tiempo ya se había tragado desde hacía muchos años los episodios preliminares de la venida del Mesías como tal, es decir, como Maestro, como Salvador-Redentor. Lucas los saca a flote otra vez. Nos muestra a la Virgen, el instrumento necesario para que se tuviera a Jesucristo, el Dios-Hombre. Nos muestra a la Humildísima Plena de Gracia, a la Obedientísima y su exclamación: "Que se haga según tu Palabra", a la Sumamente Caritativa que va con santa prisa a casa de su prima Isabel para serle de consuelo y ayuda y, aunque no lo pensara, de santificación para el que debía preparar la vía al Señor, a Jesús, su Hijo. Nos muestra a la siempre Purísima e inviolada físicamente, moralmente, espiritualmente, desde la concepción hasta el extático tránsito de la Tierra al Cielo.

"Esta puerta permanecerá cerrada y no se abrirá y ningún hombre pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado por ella; estará cerrada pero el príncipe se sentará allí para comer el pan en presencia del Señor y entrará por la puerta del vestíbulo y por la misma saldrá" (Ezequiel 44, 2-3).

Eran palabras misteriosas de significado oscuro hasta que la Concepción de María y su Maternidad divina las aclararon a todos los que, bajo el rayo de la Luz eterna, no habían sabido leerlas en su justo significado.

La puerta cerrada, la puerta exterior del santuario, la puerta que miraba a oriente era, en verdad, María: *cerrada,* porque en Ella, que albergaba la plenitud de la Gracia, nunca entró nada terrenal; *puerta exterior* porque, entre el Cielo – Morada de Dios Uno y Trino- y el mundo, Ella estaba tan cerca de Dios que era semejante a la puerta que, desde el Santo de los Santos, se abría sobre lo Santo. En verdad, María fue y es para los hombres una puerta para que, a través de lo Santo, penetren en el Santo de los Santos y hagan su eterna morada con El que vive allí; *puerta que miraba a oriente,* es decir, sólo a Dios, al que los inspirados del Templo antiguo llamaban Oriente. En verdad, María tenía fijos los ojos de su espíritu únicamente en Dios.

Era *puerta cerrada* y, por eso nadie, excepto el Señor, entraría para amarla como Padre, como Hijo, como Esposo para hacerla fecunda sin dañarla, para nutrirse de Ella a fin de tomar Cuerpo, para nutrirse en presencia de su Padre divino y cumplir así su primera obediencia de Hijo del Hombre que, en la oscuridad de un seno de mujer, encierra y limita su Inmensidad y Libertad de Dios y se sujeta a todas las fases que regulan una gestación, así como después sigue, siempre nutriéndose de Ella, todas las fases del crecimiento para convertirse de Infante en Niño ya crecido.

Era *puerta cerrada* que no se abrió ni siquiera por la maternidad más santa pues, por una manera conocida sólo por Dios, así como Dios, pasando por el vestíbulo ardiente de caridad de María, había entrado en Ella, del mismo modo Él, Luz y Amor infinitos, vino a la luz, mientras María ardía en el éxtasis que hacía de Ella un rutilante altar sobre el cual la Hostia fue posada y ofrecida para que fuera la Salvación de los hombres.

Muchos siglos después de Ezequiel, Pablo dirá a los Hebreos: "…Cristo… venido a travesando de un tabernáculo más grande y más perfecto, no hecho por la mano del hombre" (Hebreos 9, 11).

A estas palabras se les dieron muchas interpretaciones, justas interpretaciones. Mas aún hay otra. Y es ésta: que Jesús vino a los hombres, vino a estar *entre los hombres*, pasando por un tabernáculo más grande por belleza sobrenatural, y más perfecto del que era meta para los Hebreos de Palestina y de la Diáspora, pues no era perfecto arquitectónicamente, sino *perfecto santamente* y no estaba hecho por la mano del hombre con mármoles y oros y cortinajes adornados; por el contrario, había sido creado, y casi podríamos decir había sido "hecho" por Dios, por el modo en que Él veló sobre su formación, de modo que, cuando llegara el tiempo de la Encarnación, su Verbo encontrara un tabernáculo sano, santo, electo, perfecto en todas sus partes, digno de acoger y de ser morada temporal de su divina Santidad.

Lucas, además de evangelista, era médico y con la paciente investigación del médico que no se detiene en el hecho objetivo y en el sujeto estudiado, sino que estudia el ambiente en el que ha vivido el sujeto y examina la herencia de la que puede haber tomado los rasgos pisco-físicos, nos habla de la Madre para presentarnos al Dios encarnado, al Hijo del Hombre, y hacérnoslo conocer mejor en su dulzura, aunque cuando es necesario saber ser fuerte; en su afecto hacia enfermos y pecadores ansiosos de sanarse física y espiritualmente en su obediencia perfectísima hasta la muerte; en su humildad que no iba en busca de alabanzas y que, por el contrario, aconsejaba: "No habléis de lo que habéis visto"; en su fortaleza que sabe superar todos los afectos y temores humanos para cumplir su misión; en su integridad por la cual nada podía corromper sus sentidos ni podía albergar en Él, aun fugazmente, ninguna pasión que no fuera una pasión buena. Nos presenta, pues, a la Madre, o sea, a La que, *por sí sola*, formó al Hijo transmitiéndole, junto con la sangre que había de revestirle de carne, también la semejanza con Ella, y aún más que la semejanza. Él, siendo Hombre, era viril en los rasgos y en los modos; Ella, siendo Mujer, era, por consiguiente, más dulce en las facciones y en los modales.

Mas en el Niño que sabe responderle: "¿Por qué me buscabais? ¿Acaso no sabéis que debo hacer lo que el Padre mío quiere que haga? (Lucas 2, 49) y en el Hombre que dice: "Mujer, ¿qué más hay entre Yo y tú? (Juan 2, 4) y que aún afirma: "¿Quiénes son mi Madre y mis parientes? Los que hacen la voluntad de mi Padre" (Mateo 12, 48-50). Es evidente la fortaleza que le comunicó La que siempre supo sufrir con fuerza y que padeció por diversos motivos: por la muerte de los padres, por la pobreza, por la sospecha de José, por el viaje a Belén, por la profecía de Simeón, por la fuga y el exilio en Egipto, por haberse extraviado Jesús, por la muerte del esposo, por el abandono del Hijo que va a emprender su misión, por el rencor del mundo hebreo hacia Él, por el martirio del Hijo en el Gólgota.

En la dulzura del Hijo es evidente la dulzura heredada de la Madre, y sucede lo mismo con la humildad, la obediencia y la pureza. Todas las excelsas virtudes de la Madre están también en el Hijo; es verdad que Jesús nos revela al Padre, pero también nos revela a la Madre. Y bien puede decirse que el que quiera conocer a María, a quien los Evangelistas y los Hechos de los Apóstoles han revelado muy poco, debe mirar a su Hijo, que de Ella *y solamente de Ella*, ha tomado todo, excepto su Naturaleza divina de Primogénito del Padre y Unigénito suyo.

"Hágase la Voluntad de Dios", dice María (Lucas 1, 38). "Hágase tu Voluntad", dice Jesús (Lucas 22, 42).

"Feliz de ti que has creído" dice Isabel a María (Lucas 1, 45). Y Jesús alaba numerosísimas veces durante su evangelización a los que saben creer.

"Has abatido a los potentes y has exaltado a los humildes" afirma María en su Magnificat y Jesús dice: "Te agradezco, Padre, porque has ocultado las cosas a los sabios y a los grandes y las has revelado a los pequeños".

El Verbo, la Sabiduría del Padre, convirtió en Maestra de Sabiduría a su futura Madre. Y la Madre transfundió en su Hijo, junto con la sangre y la leche y los cuidados maternos, los pensamientos escogidos que siempre habían estado afincados en su intelecto sin laceraciones, y los muy electos sentimientos que eran los únicos huéspedes de su Corazón sin mancha.

Juan, el cuarto Evangelista, es el Águila. Es propio del águila el vuelo alto, potente y solitario, y la capacidad de contemplar el sol. En Juan, el evangelista, existe la nobleza del ave real, el vuelo potente, el poder de contemplar el divino Sol, o sea, Jesús: Luz del mundo, Luz del Cielo, Luz de Dios, infinito Esplendor, y la capacidad de elevarse a alturas sobrenaturales hasta las que no se elevó ningún otro evangelista y, elevándose de este modo, poder penetrar el misterio, y la verdad, y la doctrina, y todo lo del Hombre que era Dios.

Volando muy alto, como águila real, sobre las cosas de la Tierra y de la humanidad, vio a Cristo en su verdadera Naturaleza de Verbo de Dios. Más que al Taumaturgo y al Mártir, Juan nos presenta "al Maestro", el único y perfectísimo Maestro que tuvo el mundo, el maestro-Dios, la Sabiduría hecha carne y maestra verbal para los hombres, el Verbo o la Palabra del Padre, es decir, la Palabra que hace sensibles para los hombres los pensamientos de su Padre, la Luz que vino a iluminar las tinieblas y a disipar la penumbra.

Todas las verdades, las más sublimes, las más dulces, las más profundas y también las más amargas están expresadas sinceramente en el Evangelio de Juan que, con su vista de águila y su capacidad de elevarse con el espíritu siguiendo el espíritu del Maestro, vio desde lo alto las supremas grandezas y las supremas bajezas, midió la vastedad del amor de Cristo y el odio hacia Cristo del mundo judío; la vastedad de la lucha entre la luz y las tinieblas, de las demasiadas "tinieblas", o sea, de los demasiados enemigos de su Maestro, entre los que se hallaba hasta un discípulo y apóstol, al que Juan, en este evangelio suyo de la Verdad y de la Luz, llama claramente con su verdadero nombre, con uno de sus verdaderos nombres: "ladrón"; vio las conjuras subterráneas, los engaños sutiles, usados para hacer desagradable a Cristo para sus dominadores romanos y hebreos y para los "pequeños" que formaban el rebaño de los fieles a Cristo. Nota todas las verdades y las transmite todas, mostrando a Jesús en su sublime santidad, no sólo de Dios, sino también de Hombre.

Es el Hombre que no establece compromisos con sus enemigos para hacérselos amigos; es el Hombre que sabe decir la verdad a los potentes y desenmascarar las culpas y las hipocresías de los mismos; es el Hombre que, aunque no rechaza a nadie que merezca ser avecinado, porque se acerca a Él llevado por el deseo de su alma de redimirse, también sabe lanzar su anatema a todos, aun a los poderosos, que le engañan con falsas propuestas de amistad para poder hacerle caer en culpas; es el Hombre que respeta la Ley, mas pisotea las sobreposiciones a la Ley: los "pesos" que los fariseos le ponen a los pequeños; es el Hombre que rechaza el reino y la corona terrenas y huye para librarse de ellas (Juan 6, 15), mas que no cesa de pregonar su Reino espiritual y asume la corona de Redentor para confirmar con su propio sacrificio su doctrina de sacrificio; es el Hombre santísimo que quiso conocerlo todo del hombre menos el pecado.

El águila no canta como, en cambio, hacen más o menos melodiosamente las demás aves; lanza su grito potente, una verdadera afirmación de potencia que hace temblar el corazón de los hombres y de los animales. Tampoco Juan canta con dulzura la historia de Cristo, sino que lanza su grito potente para celebrar al Héroe y es un grito tan potente al afirmar la Divinidad, la luminosísima Sabiduría

de Cristo, que hace temblar el alma y el corazón desde las primeras palabras de su proemio*.

El águila ama las cumbres solitarias en las que el sol arroja todos sus dardos de fuego, y cuanto más brilla el sol, tanto más el águila fija su mirada en él, como hechizada por su esplendor y su calor. Juan era, en verdad, el Apóstol diverso, único en ciertos aspectos particulares tanto de hombre como de discípulo y estaba unido a los demás sólo por su caridad vivísima. Y aunque estuvo junto a sus compañeros tanto antes como después de la Pasión y Ascensión del Maestro, también Juan, el solitario, amaba como el águila el estar en la cumbre, bajo el incendio de su Sol, y mirarle sólo a Él, escuchar todas sus palabras expresadas y también las secretas, es decir, las lecciones y las conversaciones profundas y amables de Cristo, sus efusiones solitarias, sus plegarias y comuniones con el Padre, en el silencio nocturno o en la profundidad del bosque, en todos los lugares donde Cristo *–el gran Solitario porque era el gran Desconocido e Incomprendido-* se aislaba para encontrar el consuelo de la unión con su Padre.

Jesús era el Sol de la Caridad; Juan, el amante del Sol de la Caridad, el virgen esposo de la Caridad, el puro atraído por Jesús, la Pureza perfecta. El amor crea comprensiones especiales. Cuanto más fuerte es el amor, más comprende el amante hasta los impulsos más íntimos del amado. Por eso Juan, el muy fiel y muy amante de Jesús Dios y Hombre, lo comprendió todo de Él, como si en lugar de estar sobre su Corazón divino, estuviera en su Corazón.

Nadie conoció a Cristo tan íntimamente como Juan. Conoció todas las perfecciones de Cristo. Penetró en su misterio y en el océano de sus virtudes; midió, en verdad, la altura, la amplitud y la profundidad de este Templo viviente que no fue realizado por la mano del hombre y que en vano los hombres intentaban destruir. Y, después de decenios, las escribió y describió todas y nos dejó el Evangelio más perfecto en cuanto a la veracidad histórica, más potente en cuanto a la doctrina, más iluminado por luces sapienciales y caritativas, más fiel en la descripción de episodios y caracteres, capaz de superar las restricciones mentales de los hebreos y describir también todo lo que los otros evangelistas no habían osado decir: la samaritana, el oficial real, el escándalo, la fuga y la rebelión de los discípulos contra el Maestro después del discurso del Pan del Cielo, la adúltera, las abiertas disputas con los Judíos, los Fariseos, los Escribas y los Doctores, y su buscar refugio en Efraím, en Samaria y sus contactos con los Gentiles, y la verdad sobre Judas, definido “ladrón”, y otras cosas más.

* proemio = Prólogo, discurso antepuesto al cuerpo de un libro.

Juan, la amorosa águila de Cristo, nos ha revelado a Cristo con una potencia superior a cualquier otra, inferior sólo a la del mismo Cristo –que era infinita porque era la Potencia de Dios- al revelarnos a su Padre. Y Juan lo hizo cuando ya contaba muchos años, pues escribió su Evangelio siendo muy anciano; pero fue perennemente joven porque era puro y fue siempre ardientemente e invariablemente amoroso de Cristo porque ningún otro amor humano sustrajo llamas a su caridad hacia el Amado.

Los cuatro que estaban alrededor del trono (Apocalipsis 4, 7-8) estaban cubiertos de ojos. En efecto, eran los contempladores, los que habían contemplado bien a Cristo para poderle describir bien y confesar.

Mas Juan, el águila, con sus ojos mortales e inmortales, le había contemplado, como un águila, con ojos de águila, y así había penetrado en el ardiente misterio de Cristo. Y más allá de la vida, ya al lado de su Amado, con vista perfecta y fija, penetra hasta el centro del Misterio y entona el himno de alabanzas que van siguiendo los otros y los 24 ancianos, a fin de fortificarse el espíritu para anunciar las cosas de los últimos tiempos; el supremo horror, la suprema persecución, los últimos flagelos y las supremas victorias de Cristo, y los supremos y eternos júbilos de sus fieles adeptos.

Las primeras palabras de su canto angélico son una loa a la Luz. Las últimas al Apocalipsis son un grito de amoroso pedido y de amorosa respuesta: "¡Ven, Señor, Jesús!", "¡Sí, vengo pronto!". Y estos dos gritos, el del Amado y el del Amante, nos revelan, más que cualquier otra cosa, lo que Juan era para Jesús y Jesús para Juan. Era: *el Amor.*

A este ardiente amante que, llevado por el amor se elevó con el espíritu y el intelecto a las zonas excelsas y penetró en los misterios más altos como ningún otro apóstol y evangelista, opongamos el hombre: Mateo. Juan era todo espíritu, cada vez más espíritu; Mateo era materia, completamente materia hasta que Cristo le convirtió y le hizo suyo. Juan era ángel con aspecto de hombre, o mejor, el serafín que con sus alas de águila subía hasta donde les es dado subir sólo a muy pocos; Mateo era el hombre, lo era aún después de la conversión que hizo de él, hombre pecador, un hombre de Dios, es decir, un hombre vuelto a ascender a criatura razonable y destinada a la vida eterna del Cielo. Mas seguía siendo un hombre, sin la cultura de Lucas, sin la sabiduría sobrenatural de Juan, sin la fuerza leonina de Marcos. En la mística escala de los evangelistas, puede colocarse a Mateo en el primer peldaño, a Marcos en la cuarta parte de la misma; a Lucas en el medio y a Juan en la parte más alta.

Sin embargo el haber permanecido "hombre" no le dañó; al contrario, sirvió para hacerle ascender en la perfección manteniéndole humilde, contrito por su pasado, del mismo modo que su descripción del Verbo hecho Carne –que presenta a Cristo más como "hombre" que como Maestro, Taumaturgo, Dios- sirvió, en ese entonces y en los siglos futuros, para ratificar y confesar y afirmar la verdadera Naturaleza de Cristo, que era el Verbo del Padre para la eternidad, pero que fue realmente el Hombre que, debido a un milagro único y divino, se encarnó en el seno de la Virgen para ser el Maestro y el Redentor por los siglos de los siglos.

No tuvo los éxtasis de amor de Juan, ni la admirable organización de Lucas, que no se limitó a hablar de Cristo-Maestro, sino que nos habla también de todo lo que es preparación a Cristo, o sea, de la Madre de Él, de los acontecimientos que precedieron las manifestaciones públicas de Jesucristo, para hacernos conocer todo, para confirmar lo dicho por los profetas, para desbaratar, con la narración más exacta de la vida oculta de Jesús, María y José, las futuras herejías que iban a nacer, que aún no han terminado y que alteran la verdad acerca de Cristo, acerca de su vida y su doctrina, acerca de su persona sana, fuerte, paciente y heroica como nunca lo fue ninguna otra. ¿Quién nos ha mostrado, como lo hizo Lucas, a Cristo Salvador y Redentor que comienza su Pasión con el sudor sanguíneo del Getsemaní? Mas, si Lucas es el histórico erudito, Marcos es el impulsivo que a las multitudes paganas les impone a Cristo y hace resaltar su sobrenatural, o mejor, divina potencia para obrar toda suerte de milagros.

Cada uno de los cuatro sirvió para componer el mosaico que nos muestra al verdadero Jesucristo Hombre-Dios, Salvador, Maestro, Redentor, Vencedor de la muerte y del demonio, Juez eterno y Rey de los reyes por la eternidad. Por eso, en la teofanía* que el Apóstol Juan describe en su Apocalipsis (4, 5-9) los cuatro, con los cuatro aspectos diversos, forman la base y la corona del trono donde está sentado El que es, que era, que ha de venir y que es el Alfa y la Omega, principio y fin de todo lo que era, es y será y sus voces unidas a la de los veinticuatro, o sea, de los doce patriarcas principales y de los doce profetas más grandes, o profetas mayores, cantan la eterna loa al que es Santísimo y Omnipotente.

Doce y doce: este número era uno de los números sagrados para los hebreos. Doce eran los Patriarcas, doce los hijos de Jacob, doce las tribus de Israel; y si los Mandamientos de la Ley son diez, o sea, los Mandamientos que Dios-Padre le dio a Moisés en el Sinaí (Éxodo 20), en verdad son doce desde que el Verbo del Padre, la eterna y perfectísima Sabiduría, completó la Ley y la perfección y

* teofanía = Manifestación de la divinidad de Dios.

enseñó que los mandamientos de los mandamientos son: "Ama a Dios con todo tú mismo y al prójimo como a ti mismo" porque estos dos primeros y principales mandamientos son, en realidad, la base de vida para los diez mandamientos, dado que los tres primeros no pueden practicarse si no se ama a Dios con todo sí mismo, con todas las propias fuerzas, con toda el alma, y los siete restantes ni siquiera pueden practicarse si no se ama al prójimo como a sí mismos, sin faltar al amor, a la justicia, a la honestidad en ninguna cosa ni hacia ninguna persona.

Doce eran los años establecidos por la Ley para que un adolescente hebreo se convirtiera en hijo de la Ley. Y Jesús, fiel a la Ley, quiso que le siguieran doce apóstoles, porque ese número era sagrado. Y si luego una rama se pudrió y cayó, y la joven planta quedó sólo con once ramas, muy pronto una nueva rama, duodécima y santa, renació en la planta del cristianismo y el número sagrado, quedó restablecido.

¡Cuántos números sagrados había en Israel! Y cada uno tenía su símbolo, que luego fue transferido a la nueva iglesia: el tres, el siete, el doce, el setenta y dos. Y, en tiempos futuros, resplandecerá la verdad acerca de los números aún oscuros contenidos en el Apocalipsis, números que indican la Perfección y la Santidad infinita y la Impiedad, también desmesurada.

Jehoshua[5] = Perfección, Santidad, Salvación, nombre de ocho letras; Satana = Impiedad, enemigo del género humano, perfección del mal, nombre de seis letras.

Y, dado que el primero es el nombre de un Bien perfectísimo y el segundo de un Mal perfectísimo, es decir, sin medida, repite por cada uno de ellos 3 veces, número de la perfección, el número de sus letras y así el primero se convierte en 888 y el segundo en 666. ¡Y ay cuatro veces ay, por esos días en los que el infinito Bien y el infinito Mal librarán la última batalla antes de la definitiva victoria del Bien y de los buenos y de la definitiva derrota del Mal y de sus siervos!

Todos lo horroroso y sanguinario que se produjo en la Tierra desde que la formó el Creador, será una nada respecto al horror de la última lucha. Por eso, Jesús habló tan claro a los suyos cuando predijo los últimos tiempos. Lo hizo para preparar a los hombres a las luchas últimas, en las que sólo los que tengan una intrépida fe, una ardiente caridad, una esperanza inquebrantable, podrán perseverar sin caer en condenas y merecerán el Cielo.

Por este motivo, porque el mundo desciende cada vez más hacia el abismo, hacia la falta de fe, o hacia una fe demasiado débil, y porque la caridad y la

[5] Hemos preferido dejar estos nombres tal como se les lee en el texto italiano original. Evidentemente, Jehoshua corresponde a Jehová y Satana a Satanás.

esperanza languidecen en demasiados seres y en muchas hasta están muertas ya, tendría que lograrse con todos los medios, que Dios sea más conocido, más amado, más seguido. Lo que no puede obtener el sacerdote –de quien muchos huyen, a quien muchos no escuchan- puede hacerlo la prensa, pueden hacerlo los libros, presentando de nuevo a las multitudes la Palabra de Dios.

A veces basta una sola palabra para volver a levantar un espíritu caído, para conducir de nuevo a la justa vía al que se ha descarriado, para impedir el suicidio definitivo de un alma.

Por eso Dios, que todo lo ve y conoce de los hombres, con los medios de su infinita Caridad, revela su pensamiento y su deseo a ciertas almas que Él ha elegido para tal misión, quiere que su ayuda no quede inerte y sufre al ver que lo que sería pan de salvación para muchos, no les es dado.

Cada vez crece más la necesidad de alimento espiritual para las almas que languidecen. Mas el grano elegido y dado por Dios está encerrado, es inútil, y la languidez va creciendo, y va creciendo cada vez más el numero de los que perecen, y no tanto en esta vida cuanto en la otra.

¿Cuándo, gracias a haber obtenido un conocimiento de Cristo más verdadero, más vasto y profundo, gracias a haber quitado finalmente los sellos a lo que es fuente de vida, de santidad y de salvación eterna, una multitud de almas podrá cantar el himno de júbilo, de bendición, de gloria a Dios, que las ayudó a salvarse y a formar parte del pueblo de los Santos?

¿Con qué palabras hablará y con qué miradas mirará el Juez eterno a los que con sus designios impidieron que muchos se salvaran? ¿Cómo les pedirá cuentas sobre los que no tuvieron el Cielo porque ellos, a igual que los antiguos Escribas y Fariseos, les cerraron en la cara la vía que podía llevarles al reino de los Cielos (Mateo 23, 13) y, encegueciendo voluntariamente sus ojos y endureciendo su corazón (Isaías 6, 10), no quisieron ver ni entender?

Entonces, demasiado tarde se golpearán el pecho y pedirán perdón por su comportamiento.

Ya habrá sido pronunciado el juicio y será irrevocable; tendrán qué expiar su culpa y pagar también por aquellos a quienes, con su modo de obrar, les impidieron volver a encontrar a Dios y salvarse.